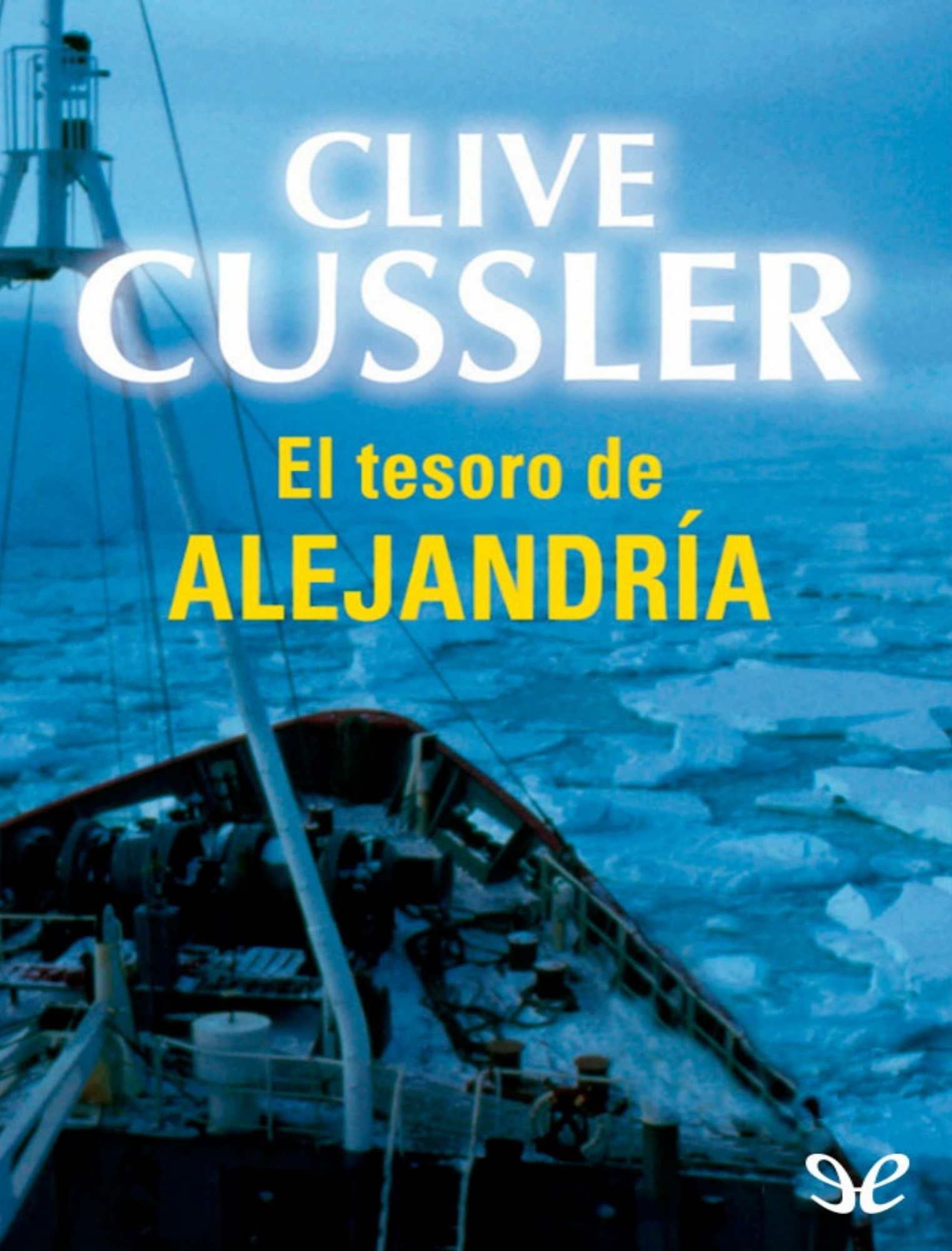

CLIVE
CUSSLER
El tesoro de
ALEJANDRÍA

LE LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

http://LeLibros.org/

Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online

El emperador bizantino Teodosio ordenó que la Biblioteca de Alejandría, una de las maravillas del mundo antiguo, fuera quemada. Afortunadamente, el conservador de la biblioteca logró poner a salvo las obras de mayor valor, ocultándolas en un barco. Dieciséis siglos más tarde, Dirk Pitt encuentra ese barco y su tripulación perfectamente conservados en los hielos de Groenlandia.

LELIBROS

Clive Cussler

El tesoro de Alejandría

Dirk Pitt - 09

PRÓLOGO

LOS PRECURSORES

15 de julio de 391 - En una tierra desconocida

Una pequeña luz vacilante bañaba con su luz espectral la negrura del pasadizo subterráneo. Un hombre vestido con una túnica de lana que le llegaba por debajo de las rodillas hizo una pausa y levantó una lamparilla de aceite por encima de la cabeza. El mortecino resplandor iluminó una silueta humana dentro de un ataúd de oro y cristal, creando una sombra grotesca y ondulante en la lisa pared excavada en la roca. El hombre de la túnica contempló por unos instantes los ojos ciegos de la figura del ataúd; luego, bajó de nuevo la lámpara y dio media vuelta para volver sobre sus pasos.

Estudió la hilera de formas inmóviles que permanecían en un silencio letal, en tal número que parecían sucederse hasta el infinito antes de desvanecerse en la oscuridad de la larga caverna.

Junio Venator continuó avanzando y sus sandalias de correas levantaron un leve susurro al rozar el suelo desigual. El túnel se ensanchó gradualmente dando paso a una enorme galería. El techo abovedado de la sala, a unos diez metros de altura, estaba dividido por una serie de arcos que le proporcionaban solidez estructural. Unos canales tallados en la piedra *caliza* descendían en espiral por las paredes, con objeto de conducir el agua de las filtraciones a unos profundos pozos de drenaje. Las paredes estaban llenas de cavidades ocupadas por miles de recipientes circulares de bronce de extraño aspecto. De no ser por las cestas de madera apiladas uniformemente en el centro de la cámara, el ominoso lugar podría haber sido confundido con las catacumbas de Roma.

Venator repasó los marbetes de cobre sujetos a cada caja, contrastando su numeración con la de un pergamino que extendió sobre una mesilla plegable. El aire era seco y cargado y el sudor empezaba a resbalar entre las capas de polvo que cubrían su piel. Dos horas más tarde, tras comprobar que todo estaba catalogado y en el orden preciso, enrolló de nuevo el pergamino y lo guardó en un fajín que llevaba a la cintura.

Dirigió una última mirada solemne a los objetos de la galería y exhaló un suspiro de pena, pues sabía que nunca volvería a verlos ni a tocarlos. Con gesto

cansado, dio media vuelta sosteniendo la lamparilla ante él y retrocedió por el túnel sobre sus propios pasos.

Venator no era un hombre joven; se acercaba a los cincuenta y siete años y, para su época, empezaba a ser un anciano. Su rostro gris y surcado de arrugas, sus mejillas hundidas y sus pasos cansinos y arrastrados reflejaban la fatiga de un hombre al que la vida había dejado de importar. Y, pese a todo sintió el calor de una íntima satisfacción. Había culminado con éxito el inmenso proyecto y sus agobiados hombros se verían liberados por fin de su pesada carga. Lo único que le quedaba era sobrevivir al largo viaje a Roma.

Pasó por delante de otros cuatro túneles que se desviaban hacia las entrañas de la montaña. Uno de ellos estaba cegado por un montón de cascotes. Doce esclavos que excavaban en las profundidades del pasadizo habían perecido al derrumbarse el techo. Sus cuerpos todavía estaban allí, aplastados y enterrados en el lugar donde habían caído. Venator no sintió pena por ellos. Era preferible que hubieran tenido allí una muerte rápida, en lugar de padecer años de sufrimiento en las minas del Imperio, alimentados apenas para sobrevivir hasta que cayeran víctimas de las enfermedades o fueran abandonados al hacerse demasiado viejos para el trabajo.

Tomó el pasadizo más alejado a la izquierda y se encaminó hacia el pálido resplandor de la luz diurna. El pozo de entrada había sido excavado a mano en el interior de una pequeña gruta y medía dos metros y medio de diámetro, justo lo necesario para permitir el paso de las espuertas de mayor tamaño.

De pronto, el eco llevó hasta él, por el pozo, un lejano grito de mujer procedente del exterior. Venator frunció el entrecejo en gesto de preocupación y aceleró el paso. Al salir a la luz, entrecerró los ojos como de costumbre ante el resplandor del sol. Titubeó y observó el campamento instalado a corta distancia sobre una llanura inclinada. Un grupo de legionarios romanos tenía acorraladas a varias mujeres bárbaras. Una muchacha gritó e intentó escapar. Casi logró romper el cordón de los soldados, pero uno de ellos la agarró por su larga melena negra, libre al viento. Tiró de ella y la muchacha cayó de rodillas sobre el áspero suelo.

Un individuo enorme, de aspecto aguerrido, observó a Venator y se acercó a él. El gigante, que le sacaba una cabeza a todos los ocupantes del campamento, tenía caderas recias y hombros cuadrados de los que salían brazos como robles, terminados en unas manos que le llegaban casi a las rodillas.

Latinio Macer, el galo, era el capataz jefe de los esclavos. Tras un gesto de saludo, habló con voz sorprendentemente aguda.

—¿Está todo dispuesto? —inquirió.

—La tarea está terminada —asintió Venator—. Ya puedes sellar la entrada.

—Considéralo hecho.

—¿Qué es ese alboroto en el campamento?

Macer dirigió una mirada a los soldados con sus ojos negros y fríos, y escupió en el suelo.

—Esos estúpidos legionarios se sentían inquietos y han asaltado un poblado a cinco leguas al norte de aquí. Una matanza sin sentido. Al menos han muerto cuarenta bárbaros, de los cuales sólo diez eran hombres; el resto, mujeres y niños. Y sin ninguna buena razón. Nada de oro, ningún botín que merezca la pena. Han vuelto con un puñado de feas mujeres para entretenerse y poco más.

—¿Ha habido algún otro superviviente? —preguntó Venator con el rostro tenso.

—Me han dicho que dos de los hombres huyeron entre la maleza.

—Entonces, darán la alarma en otros poblados. Me temo que Severo ha hurgado en un nido de avispas.

—¡Severo! —Macer escupió el nombre al mismo tiempo que una nueva salva de saliva—. El maldito centurión y sus hombres no hacen más que dormir y beberse nuestro vino. En mi opinión, traer a ese hatajo de haraganes fue una inutilidad.

—Los contratamos para que nos protegieran —recordó Venator a su interlocutor.

—¿De qué? —quiso saber Macer—. ¿De unos paganos primitivos que comen insectos y reptiles?

—Reúne a los esclavos y sella el túnel enseguida. Y asegúrate de hacer un buen trabajo. Es preciso que esos bárbaros no puedan cavar bajo las piedras cuando nos hayamos ido.

—No temas. Por lo que pude ver, en esta tierra maldita nadie domina el arte de la metalurgia. —Macer hizo una pausa y señaló el enorme montón de tierra y rocas excavadas, almacenado sobre la entrada del pozo y sostenido allí precariamente por un encofrado de troncos—. Cuando eso empiece a caer, puedes dejar de preocuparte por tus preciosas antigüedades. Ninguno de esos bárbaros llegará nunca hasta ellas. Desde luego, no lo hará si hurga con sus manos desnudas.

Más tranquilo, Venator despidió al capataz y se encaminó con aire colérico hacia la tienda de Domicio Severo. Pasó ante el emblema personal del destacamento militar, una representación en plata del símbolo de Tauro sobre una lanza, y apartó a un lado al centinela que intentó cerrarle el paso.

Encontró al centurión sentado en una silla de campaña, contemplando a una mujer bárbara, desnuda y sucia, que permanecía a hurtadillas murmurando una salmodia de extraños sonidos vocálicos. Era joven, no más de catorce años. Severo llevaba una túnica corta encarnada, abrochada sobre el hombro izquierdo. Sus brazos desnudos estaban adornados con dos brazaletes de bronce en torno a los bíceps. Eran los brazos musculosos de un soldado, entrenados para la espada y el escudo. Severo no se molestó en alzar la vista ante la repentina aparición de

Venator.

—¿Es así como pasas el tiempo, Domicio? —masculló Venator con voz fría y sarcástica—. ¿Así menosprecias la voluntad del Señor, violando a esa hija de gentiles?

Severo volvió lentamente sus duros ojos grises hacia Venator.

—Hace un día demasiado agradable para escuchar tus tonterías cristianas. Mi dios es más tolerante que el tuyo.

—Es cierto, pero tú adoras a un ídolo.

—Mera cuestión de preferencias. Ninguno de los dos hemos encontrado a nuestros dioses cara a cara. ¿Cómo podemos saber quién tiene razón?

—Cristo fue el hijo del verdadero Dios.

—Has invadido mi intimidad. Di lo que tengas que decir y vete —dijo Severo, lanzando una mirada de exasperación a Venator.

—¿Para que te cebes en esa pobre pagana?

Severo no respondió. Se levantó, tomó a la chiquilla por el brazo y la arrojó con brusquedad en su catre de campaña.

—¿Quieres unirte a mí, Junio? Puedes tomarla primero.

Venator miró al centurión y sintió un escalofrío. Los centuriones de Roma, que conducían una unidad de infantería, eran rudos y broncos por naturaleza, pero aquel hombre era un salvaje despiadado.

—Nuestra misión aquí ha terminado —dijo—. Macer y los esclavos se disponen a sellar la cueva. Podemos levantar el campamento y volver a las naves.

—Mañana hará once meses que dejamos Egipto. No importará perder un día más en disfrutar del lugar.

—Nuestra misión no era el pillaje. Los bárbaros buscarán vengarse. Son muchos, y nosotros muy pocos.

—Mis legionarios podrán con cualquier horda que esos bárbaros puedan formar.

—Tus mercenarios se han vuelto blandos.

—No se han olvidado de luchar —replicó Severo con una sonrisa confiada.

—Pero ¿morirán por el honor de Roma?

—¿Por qué deberían hacerlo? ¿Por qué debería hacerlo ninguno de nosotros? Los grandes días del Imperio han pasado ya. Nuestra ciudad del Tíber, en otro tiempo gloriosa, se ha convertido en un sumidero. Poca sangre romana corre por nuestras venas. La mayoría de mis hombres es nativa de las provincias. Yo soy hispano y tú griego, Junio. En estos tiempos caóticos, ¿quién puede guardar una onza de lealtad hacia un emperador que gobierna muy lejos al este, en una ciudad que ninguno de nosotros ha visto jamás? No, Junio: mis hombres lucharán porque son profesionales y porque les pagan para ello.

—Tal vez los bárbaros no les den otra opción.

—Nos ocuparemos de esa escoria cuando llegue el momento.

—Será mejor evitar los enfrentamientos. Debemos partir antes de que oscurezca…

Un gran estruendo que hizo vibrar el suelo interrumpió a Venator, que salió apresuradamente de la tienda y volvió la vista hacia el farallón rocoso. Los esclavos habían retirado los soportes del encofrado, liberando un alud de tierra y rocas que cayó por el pozo de la cueva, cegándolo bajo toneladas de grandes peñascos. Una enorme nube de polvo se alzó del lugar, esparciéndose por la hondonada. Al eco del derrumbe siguieron los vítores de los esclavos y los legionarios.

—Ya está —dijo Venator con voz solemne y rostro grave—. La sabiduría de los siglos está a salvo.

—Una lástima que no se pueda decir lo mismo de nosotros —replicó Severo, llegando a su altura. Venator se volvió.

—Si Dios nos concede un buen viaje de regreso, ¿qué podemos temer?

—La tortura y la ejecución —replicó Severo—. Hemos desafiado al emperador y Teodosio no olvida fácilmente. No podremos ocultarnos en ningún rincón del Imperio. Será mejor buscar refugio en algún país extranjero.

—Mi esposa y mi hija… Tenían que reunirse conmigo en nuestra villa de Antioquía.

—Probablemente los agentes del emperador ya las habrán interceptado. Estarán muertas, o habrán sido vendidas como esclavas.

Venator negó con la cabeza, incrédulo.

—Tengo amigos que las protegerán hasta mi regreso.

—Los amigos pueden ser amenazados o comprados.

—¡Ningún sacrificio es demasiado por lo que hemos conseguido! —Venator lanzó una mirada retadora a su interlocutor—. ¡Y de nada servirá lo que hemos hecho si no volvemos con un relato y un mapa de nuestro viaje!

Severo se disponía a replicar cuando observó a su primer oficial, Artorio Norico, que ascendía a la carrera la ligera cuesta hasta la tienda. El rostro moreno del joven legionario brillaba bajo el calor del mediodía mientras gesticulaba en dirección al borde de los pequeños acantilados.

Venator levantó una mano para resguardarse del sol y miró hacia arriba. Apretó los labios hasta que formaron una fina línea.

—Los bárbaros, Severo. Han venido a desquitarse por el saqueo del poblado.

Era como si las colinas bulleran de hormigas. Más de un millar de hombres y mujeres bárbaros contemplaba a los crueles invasores de sus tierras. Iban armados con arcos y flechas, escudos de cuero y lanzas de puntas de obsidiana talladas. Algunos empuñaban mazas de roca atadas a mangos cortos de madera. Los hombres sólo lucían taparrabos.

La multitud permanecía inmóvil, inexpresiva, salvaje, en un pétreo silencio

que producía los mismos malos presagios de una tormenta al aproximarse.

—¡Otra fuerza de esos bárbaros se ha interpuesto entre nosotros y las naves! —gritó Norico.

Venator se volvió con el rostro encendido:

—¡Esto es consecuencia de tu estupidez, Severo! —exclamó, ciego de ira—. ¡Nos has matado a todos!

Tras esto, cayó de rodillas y empezó a rezar. Severo le respondió con sarcasmo:

—Tu dios no va a convertir a esos bárbaros en corderos, anciano. Sólo la espada puede salvarnos. —Se volvió y, tomando del brazo a Norico, le ordenó—: Manda al corneta que llame a combate. Dile a Latinio Macer que arme a los esclavos. Dispón los hombres en un cuadro de combate cerrado. Avanzaremos en formación hasta el río.

Norico saludó con marcialidad y corrió hacia el centro del campamento.

Los sesenta hombres de la unidad de infantería formaron enseguida un cuadrado con el centro hueco. Los arqueros sirios ocuparon su posición en los flancos entre los esclavos armados, mirando hacia afuera; los romanos, por su parte, formaron en el frente y la retaguardia. En el centro, protegidos, quedaban Venator y su pequeña plana mayor de ayudantes egipcios y griegos, así como una unidad sanitaria de tres hombres.

Las principales armas de infantería de la Roma del siglo IV eran el *gladius*, una espada corta con punta y doble filo, de unos ochenta y dos centímetros, y el *pilum*, una lanza para combate y lanzamiento que medía unos dos metros. Como protección y armadura, los soldados llevaban un casco parecido a los que hoy llevan los jinetes, pero de hierro, con dos piezas que les cubrían las mejillas y se ataban bajo el mentón con una correa; un peto de láminas de metal superpuestas que les envolvía el tronco y les cubría los hombros, y una guarda en las espinillas que recibía el nombre de *greba*. Su arma defensiva era un escudo ovalado de madera laminada.

En lugar de lanzarse al ataque, los bárbaros se tomaron las cosas con calma y rodearon lentamente a la columna romana. Al principio intentaron hacer salir a los soldados de sus sólidas líneas enviando por delante a un puñado de hombres que empezaron a proferir extrañas palabras acompañadas de gestos amenazadores. Sin embargo, pese a su marcada inferioridad numérica, los enemigos no dieron muestras de pánico ni huyeron como esperaban los bárbaros.

El centurión Severo era demasiado veterano para sentir miedo. Se adelantó a la vanguardia de sus tropas e inspeccionó el terreno repleto de bárbaros.

Hizo un gesto de desprecio hacia éstos. No era la primera vez que hacía frente a una situación tan desventajosa en un combate. Severo había entrado como voluntario en las legiones a los dieciséis años y había ascendido de rango desde el puesto de simple soldado, obteniendo diversas condecoraciones por su

valentía en batallas contra los godos, junto al Danubio, y contra los francos en el Rin. Al terminar su compromiso con el ejército, se había convertido en mercenario al servicio del mejor postor, en este caso Junio Venator.

Severo tenía absoluta confianza en sus legionarios, en cuyos cascos y espadas desenvainadas se reflejaba el sol. Eran recios combatientes, hombres endurecidos en las batallas que conocían la victoria e ignoraban el sabor de la derrota.

La mayor parte de los animales de la expedición, incluido su propio caballo, había muerto en el agotador viaje desde Egipto, de modo que el centurión se puso al frente de la tropa a pie, volviendo la cabeza cada pocos pasos para mantener una cauta vigilancia sobre el enemigo.

Con un rugido que se alzó como una gran ola al romper, los bárbaros echaron a correr por la pendiente bañada por el sol y cayeron sobre los romanos. La primera oleada fue diezmada por las lanzas arrojadizas de los soldados y por las flechas de los arqueros sirios. La segunda oleada llegó a continuación, se estrelló contra la pequeña formación y cayó segada como un campo de trigo bajo la guadaña. Las relucientes espadas perdieron su brillo y se tiñeron de rojo con la sangre de los bárbaros. Impulsados por un torrente de insultos de ánimo y bajo la amenaza del látigo de Latinio Macer, los esclavos se portaron como era debido y permanecieron firmes en sus puestos.

La formación avanzó paso a paso mientras los bárbaros acosaban por todas partes, lanzando al combate sus interminables reservas de guerreros. Sobre el suelo de la árida cuesta se formaron grandes charcos de sangre. Innumerables cuerpos desnudos caían sin vida y quienes llegaban detrás luchaban sobre los cadáveres de sus camaradas, rebanándoles, en la lucha, sus pies descalzos con sus armas primitivas, y arrojando los pedazos de carne contra las terribles armas de hierro que seguían hundiéndose en sus pechos y sus estómagos, engrosando el montón de cadáveres. A corta distancia, los guerreros bárbaros no eran enemigo para los disciplinados romanos.

La batalla tomó entonces un giro distinto. Al advertir que no podían abrir brecha en las espadas y lanzas de los extranjeros, los bárbaros retrocedieron y se reagruparon. Luego, empezaron a disparar nubes de flechas y a arrojar sus toscas lanzas, mientras las mujeres lanzaban grandes piedras.

Los romanos unieron los escudos sobre sus cabezas como un enorme caparazón de tortuga y mantuvieron tercamente la marcha hacia el río para refugiarse en la seguridad de sus naves. Sólo los arqueros sirios podían ahora causar bajas entre los bárbaros. No había suficientes escudos para amparar a los esclavos, de modo que éstos tenían que luchar a cuerpo descubierto sin ninguna protección ante la granizada de dardos. Debilitados tras el largo viaje y la agotadora excavación en la cueva, muchos de ellos cayeron y fueron dejados atrás. De inmediato, sus cuerpos fueron descuartizados y mutilados

horriblemente.

Severo era un buen conocedor de aquel estilo de lucha, que ya había experimentado frente a los britanos. Al advertir que el enemigo era temerario e inexperto, ordenó hacer un alto y dejar todas las armas en el suelo. Los bárbaros, tomando el gesto como señal de rendición, cayeron en la trampa de lanzar una carga precipitada. Entonces, a una orden de Severo, los romanos recogieron las armas y contraatacaron.

A horcajadas entre dos rocas, el centurión movió su espada con golpes medidos, casi acompasados. Cuatro bárbaros cayeron a sus pies. Rechazó a otro con un golpe plano de su arma y le segó la garganta a otro más que se lanzaba contra su costado. Tras esto, la frenética oleada retrocedió y la horda desnuda se puso fuera del alcance de la lucha cuerpo a cuerpo.

Severo aprovechó el respiro para hacer recuento de las bajas. De sus sesenta soldados, doce yacían muertos o agonizantes. Catorce presentaban heridas de diversa gravedad. La peor parte la habían llevado los esclavos: más de la mitad de ellos había muerto o desaparecido.

El centurión se acercó a Venator, que estaba vendándose una herida por una cuchillada recibida en el brazo, con un retal arrancado de su propia túnica. El sabio griego aún llevaba bajo el cinto su precioso pergamino.

—¿Aún entre nosotros, anciano? Venator alzó la vista con un extraño fulgor en sus ojos, mezcla de miedo y determinación.

—Antes morirás tú que yo, Severo.

—¿Es una amenaza o una profecía?

—¿Acaso importa? Ninguno de nosotros volverá a ver el Imperio.

Severo no replicó. La lucha se reanudó bruscamente cuando los bárbaros arrojaron otra andanada de lanzas y piedras que oscureció el cielo y resonó contra los escudos. El centurión regresó a toda prisa a su lugarteniente a la mermada formación.

Los romanos lucharon denodadamente, pero sus filas iban menguando. Casi todos los arqueros sirios habían caído. El cuadrado iba cerrándose sobre sí mismo mientras el agobiante ataque continuaba sin respiro. Los supervivientes, muchos de ellos heridos, estaban agotados y sufrían de sed y calor. Las espadas empezaban a pesar y los soldados las pasaban de una mano a la otra para resistir al cansancio.

También los bárbaros estaban agotados y seguían teniendo grandes pérdidas, pero disputaban tercamente cada paso de la ladera que descendía poco a poco hasta el río. Podía contarse media docena de cadáveres por cada legionario muerto. Los cuerpos de los mercenarios, atravesados por puñados de flechas, parecían erizos.

Macer, el gigante capataz, estaba herido en el muslo y en una rodilla. Se sostenía en pie pero no podía mantener la marcha de la formación. Se quedó

atrás y pronto fue atacado por un grupo de veinte bárbaros que lo rodearon rápidamente. Macer se volvió, acorralado blandió la espada como el aspa de un molino y partió por la mitad a tres asaltantes antes de que el resto se echara atrás, vacilantes y respetuosos ante la demostración de su temible fortaleza. El gigante lanzó un grito y les hizo un gesto conminándolos a acercarse y luchar.

Los bárbaros habían aprendido la lección y rehuyeron el combate a corta distancia. Retrocedieron unos pasos y luego arrojaron una lluvia de lanzas sobre Macer. Segundos después, la sangre manaba por cinco heridas. El gigante agarró las astas y las arrancó de su cuerpo. Un bárbaro se acercó corriendo y lanzó su arma, acertando a Macer en la garganta. Poco a poco, se derrumbó por efecto de la pérdida de sangre y cayó al suelo. Las mujeres bárbaras se le lanzaron encima como una jauría de lobas enloquecidas y le lapidaron hasta reducirle a una masa sanguinolenta.

Sólo unas peñas elevadas de arenisca separaban a los romanos de la orilla del río. Más allá, parecía como si el cielo hubiera cambiado su color azul por un anaranjado intenso. Luego, una columna de humo apareció en él, negra y densa, y el viento trajo hasta los combatientes el olor de la madera quemada.

La sorpresa de Venator dio paso muy pronto a la desesperación.

—¡Las naves! —exclamó—. ¡Los bárbaros están atacando las naves!

Los esclavos, bañados en sangre, fueron presa del pánico y echaron a correr hacia el río en un acto suicida. Los bárbaros se agruparon a los flancos y los acosaron con ferocidad. Varios de los esclavos arrojaron las armas en señal de rendición y fueron pasados a cuchillo. El resto intentó plantear resistencia bajo una arboleda, pero sus perseguidores dieron cuenta de ellos, hasta el último hombre. El polvo de aquella tierra extraña fue su sudario; los secos arbustos su sepulcro.

Severo y sus legionarios supervivientes se abrieron paso a golpe de espada hasta la cima de las peñas y se detuvieron allí un instante, sin atender a la cruel matanza que se desarrollaba a su alrededor, para contemplar con aturdida fascinación el desastre que se estaba produciendo bajo su posición.

Grandes piras de fuego se alzaban y se fundían en un enorme penacho de humo cuyas volutas se enroscaban hacia el cielo como una serpiente. La flota, su única esperanza de huida, ardía junto a la ribera del río. Las enormes naves de transporte de grano que habían requisado en Egipto estaban siendo reducidas a cenizas bajo grandes llamaradas.

Venator se abrió paso entre la primera fila de defensores y llegó junto a Severo. El centurión guardaba silencio; la sangre y el sudor salpicaban su túnica y su peto mientras miraba con abatimiento el mar de fuego y humo, las velas encendidas que se desintegraban en un torbellino de chispas. En sus ojos estaba impresa la terrible certeza de la derrota.

Las naves estaban ancladas junto a la orilla, desnudas y desprotegidas. Una

horda de bárbaros había dado muerte al pequeño destacamento de marineros y había prendido fuego a todo lo susceptible de arder. Sólo un pequeño buque mercante había escapado a la conflagración; de algún modo, su tripulación había logrado mantener a raya a los atacantes. Cuatro marineros se esforzaban por izar las velas mientras otros de sus camaradas, a los remos, se esforzaban por ganar la seguridad de las aguas profundas.

Venator apreció en su boca el sabor del hollín transportado por el viento y la amargura de la catástrofe. Hasta el propio cielo parecía haber enrojecido. Permaneció inmóvil, de pie en la peña, furioso e impotente. Había desaparecido de su corazón la fe que había depositado en su plan, meticulosamente ejecutado, para poner a salvo los preciados conocimientos del pasado.

Una mano se posó en su hombro; se volvió y observó una extraña expresión de divertida frialdad en el rostro de Severo.

—Siempre había esperado morir borracho de buen vino y en la cama con una buena hembra —masculló el centurión.

—Sólo Dios puede escoger la muerte de un hombre —replicó Venator con vaguedad.

—Para mí, es la fortuna quien actúa.

—¡Qué lástima! ¡Qué terrible pérdida!

—Al menos, tu valiosa carga está escondida y a salvo —replicó Severo—. Y esos marineros que han logrado huir contarán a los sabios del Imperio lo que hemos hecho aquí.

—No —murmuró Venator sacudiendo la cabeza—. Nadie tomará en serio las palabras de unos marineros ignorantes. —Se volvió y contempló las colinas bajas que se perdían en la distancia—. El tesoro permanecerá perdido para siempre.

—¿Sabes nadar?

—¿Nadar? —Venator fijó de nuevo la mirada en centurión.

—Si crees que puedes alcanzar el barco, te daré cinco de mis mejores hombres para que trates de llegar hasta el agua.

—No… no estoy seguro. —El sabio griego contempló las aguas del río y la distancia cada vez mayor entre la costa y el barco.

—Si es preciso, utiliza como flotador uno de los maderos chamuscados —le indicó con voz áspera Severo—. Pero date prisa, porque todos vamos a reunimos con nuestros dioses dentro de pocos minutos.

—¿Qué harás tú?

—Estas peñas son un lugar tan bueno como cualquier otro para ofrecer resistencia.

—Que el Señor quede contigo —dijo Venator, abrazando al centurión.

—Será mejor que camine a tu lado.

Severo dio media vuelta y escogió rápidamente cinco de los soldados ilesos, ordenándoles proteger a Venator en su carrera hacia el río. Después se concentró

en recolocar a su diezmada unidad, preparando la defensa final.

El puñado de legionarios se congregó en torno a Venator. A continuación, se lanzaron a la carga hacia el río, gritando y abriéndose paso a golpe de espada por un punto débil en la masa de bárbaros, sorprendidos por el inesperado movimiento. Los romanos repartieron tajos y hundieron sus espadas como si fueran presa de un ataque de locura asesina.

Venator estaba agotado más allá de toda resistencia pero su espada no titubeó, ni vaciló su paso. Era un erudito transformado en exterminador. Había dejado atrás el punto de no retorno y sólo quedaba en él una firme y desesperada obstinación; había desaparecido todo miedo a la muerte.

Continuaron luchando entre el torbellino de calor abrasador. Llegó hasta Venator el olor a carne quemada. Se arrancó otro retal de túnica y se cubrió con él la nariz y la boca mientras avanzaba entre el humo.

Los soldados cayeron uno tras otro, protegiendo a Venator hasta el último aliento. De pronto, los pies del griego se encontraron en el agua y Venator echó a correr, zambulléndose en cuanto el nivel subió por encima de sus rodillas. Localizó un mástil que había caído de una nave en llamas y nadó frenéticamente hacia él sin atreverse a mirar atrás.

Los soldados que todavía resistían en las rocas rechazaron todo cuanto les arrojaban los adversarios. Los bárbaros se mantenían a cubierto y entonaban cantos de desafío mientras buscaban un punto débil en las defensas romanas. Cuatro veces se agruparon en masa y se lanzaron a la carga, y cuatro veces fueron rechazados, aunque no sin antes reducir un poco más el número de exhaustos legionarios. El cuadrado de la formación se convirtió en un pequeño puño cuando los contados supervivientes cerraron filas para combatir hombro con hombro. Montones de cadáveres y moribundos cubrían la cumbre y su sangre corría en regueros peñas abajo. Y, pese a todo, los romanos continuaron su resistencia.

La batalla había sido encarnizada y sin tregua a lo largo de casi dos horas, pero los bárbaros seguían atacando con la misma intensidad que al principio. Empezaban a oler la victoria y se agruparon para una carga final.

Severo rompió las astas de las flechas que sobresalían de su piel desnuda y continuó luchando. Los cadáveres de los bárbaros cubrían el suelo a su alrededor. Apenas un puñado de legionarios seguía a su lado. Uno a uno, todos perecieron con la espada en la mano, sepultados bajo una lluvia de piedras, dardos y lanzas.

Severo fue el último en caer. Las piernas cedieron bajo su peso y su brazo ya no pudo sostener la espada por más tiempo. Cayó de rodillas, hizo un vano intento por incorporarse, levantó los ojos al cielo y murmuró en voz baja:

—Madre, padre, llevadme a vuestros brazos.

Como en respuesta a su súplica, los bárbaros se lanzaron sobre él y le golpearon salvajemente con sus mazas hasta que la muerte lo liberó de su agonía.

En el agua, Venator se asió con terquedad al mástil y batió el agua con las piernas en un intento desesperado por alcanzar la nave que se alejaba, pero sus esfuerzos fueron inútiles. La corriente del río y una leve brisa impulsaban el barco cada vez más lejos.

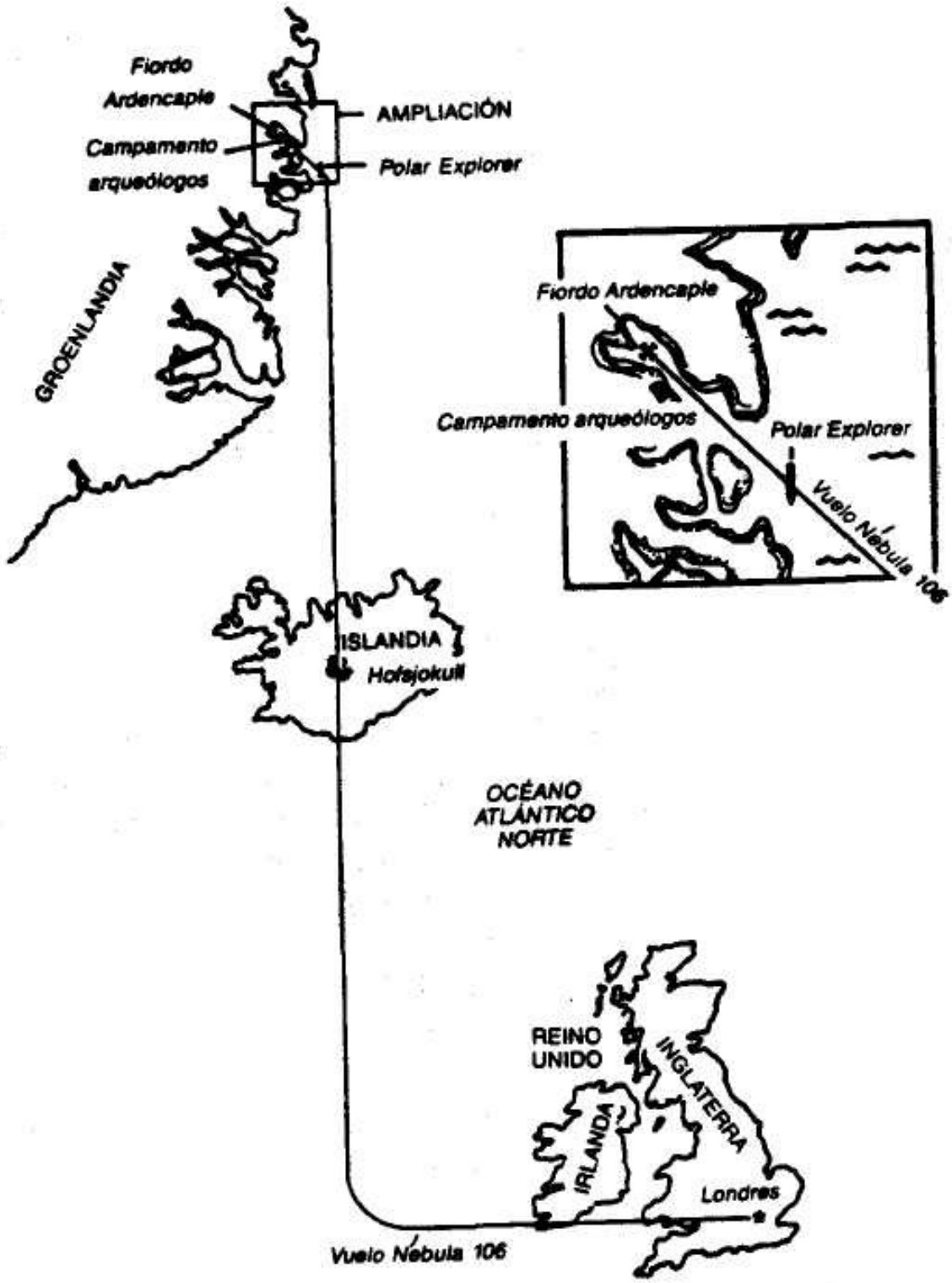
Lanzó gritos a la tripulación y agitó frenéticamente el brazo libre. A popa de la embarcación, un grupo de marineros y una muchacha con un perro en brazos lo contemplaron sin compadecerse de él y sin hacer el menor gesto de regresar por él. La nave continuó su huida río abajo como si Venator no existiera.

Desesperado, comprendió que lo estaban abandonando. El rescate no se produciría. Golpeó el mástil con el puño, presa de la desesperación, y se echó a llorar inconteniblemente, convencido de que su Dios se había olvidado de él. Por último, volvió los ojos hacia la orilla y contempló la carnicería y la devastación.

La expedición había desaparecido perdida en una pesadilla.

I.

VUELO *NEBULA 106*


Fiordo
Ardencaple
Campamento
arqueólogos
AMPLIACIÓN
Polar Explorer
GROENLANDIA
Fiordo Ardencaple
Campamento arqueólogos
Polar Explorer
Vuelo Nébula 106
ISLANDIA
Hofsjokull
OCÉANO
ATLÁNTICO
NORTE
REINO
UNIDO
INGLATERRA
IRLANDA
Londres
Vuelo Nébula 106

1

12 de octubre de 1991 - Aeropuerto de Heathrow, Londres

Nadie prestó la menor atención al piloto mientras se escabullía entre la multitud de corresponsales de prensa que llenaban a rebosar la sala de personalidades. Tampoco los pasajeros reunidos en la sala de espera de la puerta 14 se fijaron en que el hombre llevaba una gran bolsa de lona en lugar del habitual maletín. El piloto mantuvo la cabeza baja y los ojos fijos al frente, evitando la batería de cámaras de televisión dirigidas hacia una mujer alta y atractiva, de piel morena, facciones finas y grandes ojos negros como el carbón, que era el centro del bullicio.

El hombre cruzó apresuradamente la rampa de embarque y se detuvo ante la pareja de guardias de seguridad del aeropuerto que, vestidos de civil, controlaban el acceso al avión. Con un gesto despreocupado de saludo, el piloto intentó pasar entre los dos hombres, pero una mano le sujetó por el brazo.

—Un momento, comandante.

El piloto se detuvo con una expresión sorprendida pero amistosa en su rostro de piel atezada. Parecía ligeramente divertido ante la incomodidad.

Sus ojos, de un castaño aceitunado y muy penetrantes, tenían un aire agitanado. El hombre había sufrido más de una rotura de nariz y una larga cicatriz le recorría la base de la mandíbula izquierda. El cabello, canoso y muy corto bajo la gorra, así como las arrugas que surcaban su rostro, le daban aspecto de cincuentón. Medía casi un metro noventa de estatura, era corpulento y mostraba una ligera tripa. Con su aire confiado y tranquilo, luciendo su uniforme confeccionado a medida, parecía uno más de los diez mil pilotos de líneas aéreas que comandaban aviones de pasajeros en vuelos internacionales.

Extrajo su documento de identificación del bolsillo superior de la chaqueta y lo entregó al guardia de seguridad.

—¿Qué sucede? ¿Algún personaje importante a bordo? —preguntó inocentemente.

El guarda británico, correcto de trato e impecablemente vestido, asintió.

—Un grupo de funcionarios de las Naciones Unidas que regresa a Nueva

York. Entre ellos, la nueva secretaria general.

—¿Hala Kamil?

—Sí.

—Vaya trabajo para una mujer.

—El sexo no fue ningún impedimento para la primera ministra Thatcher.

—Es cierto, pero ésta no tenía el agua al cuello.

—Kamil es una mujer muy astuta. Seguro que lo hará bien.

—Siempre que los fanáticos musulmanes de su propio país no la quiten de en medio —replicó el piloto con marcado acento americano.

El británico le dirigió una mirada de extrañeza pero no hizo más comentarios mientras comparaba la fotografía de la credencial con el rostro de su interlocutor. Pronunció en voz alta el nombre de éste.

—Comandante Dale Lemke.

—¿Algún problema?

—No. Sólo intentamos evitar que se produzcan —replicó el guardia de seguridad con voz aburrida.

—¿Quiere cachearme también? —añadió Lemke, abriendo los brazos.

—No es necesario. No es probable que un piloto intente secuestrar su propio avión, pero tenemos que comprobar sus credenciales para asegurarnos de que es un auténtico miembro de la tripulación.

—No llevo este uniforme para una fiesta de disfraces…

—¿Quiere enseñarnos el contenido de la bolsa?

—Desde luego.

El piloto dejó la bolsa azul en el suelo y procedió a abrirla. El segundo agente la levantó, pasó rápidamente las páginas de los manuales de operaciones de vuelo y, a continuación, sacó un artilugio mecánico con un pequeño cilindro hidráulico.

—¿Le importaría explicarme qué es esto?

—Un brazo articulado para una puerta refrigerada por aceite. Se ha atascado en la posición abierta y nuestro equipo de mantenimiento del aeropuerto Kennedy me ha pedido que lo lleve allí personalmente para revisarlo.

El agente dio unos golpecitos en un voluminoso objeto colocado en el fondo de la bolsa.

—¡Vaya! ¿Qué tenemos aquí? —exclamó, al tiempo que alzaba la vista con una expresión de curiosidad en sus ojos—. ¿Desde cuándo llevan paracaídas los pilotos de aviones comerciales?

—Es mi pasatiempo favorito —explicó Lemke con una sonrisa—. Cuando tengo tiempo en mis escalas, siempre acudo a Croydon para efectuar algunos saltos con unos amigos.

—Supongo que no tendrá usted intención de saltar desde un avión de pasajeros, ¿verdad?

—Desde luego, no pienso hacerlo volando a quinientos nudos y a treinta y

cinco mil pies de altitud sobre el océano Atlántico.

Los agentes intercambiaron una mirada, satisfechos con la inspección. La bolsa de lona fue cerrada y el piloto recuperó su tarjeta de identificación.

—Lamentamos haberle retrasado, comandante Lemke.

—Me ha encantado la charla.

—Que tenga un buen vuelo a Nueva York.

—Muchas gracias.

Lemke agachó la cabeza y penetró en la cabina del avión. Cerró la puerta y apagó las luces de la cabina para que ningún observador casual pudiera ver sus movimientos por las ventanas desde el pasillo de tránsito. En una secuencia perfectamente ensayada, se arrodilló tras los asientos, sacó una pequeña linterna del bolsillo de su chaqueta y levantó una trampilla que daba paso a las instalaciones electrónicas bajo la cabina, un compartimiento que algún bromista había bautizado mucho tiempo atrás con el nombre de « agujero del infierno» . El piloto desplegó la escalerilla en la oscuridad, atento al murmullo de voces de los auxiliares de vuelo que preparaban la cabina principal para la llegada del pasaje, y llegó hasta sus oídos el ruido del equipaje que los mozos procedían a cargar en la bodega posterior del aparato.

Ya en el compartimiento inferior, Lemke sacó la mano por la trampilla y arrastró la bolsa de lona por el hueco al tiempo que encendía la linterna. Una ojeada al reloj le indicó que faltaban cinco minutos para que llegara el resto de la tripulación. En un ejercicio que había practicado más de cincuenta veces, sacó el brazo articulado de la bolsa y lo conectó a un temporizador en miniatura que llevaba oculto en la gorra. Después conectó el artilugio a las bisagras de una pequeña portezuela de acceso al exterior que utilizaban los mecánicos de mantenimiento en tierra. A continuación colocó junto a ella el paracaídas.

Cuando llegaron el primer y el segundo oficial, Lemke ocupaba ya el asiento del piloto con el rostro enterrado en un manual de información del aeropuerto. Tras intercambiar unos rutinarios saludos, los recién llegados empezaron a realizar las comprobaciones habituales previas al despegue. Ni el copiloto ni el ingeniero de vuelo se apercibieron de que Lemke parecía inusualmente taciturno y distante.

Tal vez habrían prestado más atención si hubiesen sabido que aquélla iba a ser su última noche en este mundo.

En el abarrotado salón de autoridades, Hala Kamil se enfrentó a un bosque de micrófonos y focos de televisión. Con una paciencia que parecía inagotable, empezó a responder a la andanada de preguntas que le formulaba la multitud de inquisitivos periodistas.

Sólo unos pocos se refirieron a su gira por Europa y a sus sucesivas reuniones

con jefes de estado y de gobierno. La mayoría de los reporteros quería conocer sus opiniones sobre el inminente derrocamiento del gobierno egipcio a manos de los fundamentalistas musulmanes.

La mujer aún no había valorado las dimensiones políticas de los disturbios en su país. Los fanáticos *mullahs*, conducidos por un estudioso de la ley coránica, Ajmad Yazid, habían encendido las pasiones religiosas entre los millones de campesinos empobrecidos de las riberas del Nilo y entre las masas de menesterosos que poblaban los barrios de chabolas de El Cairo. Oficiales de alto rango del ejército y de la fuerza aérea conspiraban abiertamente con los extremistas islámicos para derrocar al presidente Nadav Hasan, que acababa de acceder al cargo. La situación era extremadamente delicada, pero Hala Kamil no había recibido las últimas novedades de los servicios de información de su país, de modo que se vio obligada a responder en términos vagos y ambiguos.

Externamente, Hala parecía conservar una absoluta serenidad mientras contestaba con parsimonia, sin demostrar la menor emoción, como una esfinge. Por dentro, la mujer flotaba entre la confusión y la conmoción espiritual. Se sentía sola y distante, como si aquellos acontecimientos incontrolables estuvieran sucediéndole a otra persona, a alguien a quien no tenía forma de ayudar y por quien sólo podía sentir lástima.

La mujer hubiera podido ser, perfectamente, la modelo del busto pintado de la reina Nefertiti que se conservaba en el museo de Berlín. Las dos poseían el mismo cuello largo, las mismas facciones delicadas y la misma mirada hechizadora. Hala Kamil tenía cuarenta y dos años, era delgada y esbelta, tenía unos ojos castaños aceitunados y una tez tostada de líneas perfectas, y lucía un cabello sedoso, largo, negro como el azabache, que llevaba peinado hacia atrás y le caía sobre los hombros. Con sus zapatos de tacón alto, su estatura rozaba el metro ochenta y su cuerpo ágil y bien proporcionado adquiría aún más prestancia gracias al traje, de un conocido diseñador, combinado con una falda plisada.

A lo largo de los años, Hala había gozado de las atenciones de cuatro amantes, pero no se había casado. La idea de un esposo y unos hijos parecía ajena a ella. Se negaba a perder el tiempo en relaciones sentimentales prolongadas y hacer el amor no despertaba en ella más emoción que comprar una entrada para acudir a una representación de ballet.

Cuando era una chiquilla, en El Cairo, donde su madre era maestra y su padre cineasta, Hala había pasado todos sus momentos libres dibujando bocetos y excavando entre las viejas ruinas próximas a su casa, a las que llegaba en unos minutos con su bicicleta. Excelente cocinera y dibujante, graduada en antigüedades egipcias, había terminado por ocupar uno de los escasos empleos a los que podía tener acceso una mujer musulmana, como investigadora del Ministerio de Cultura.

A partir de allí, con un gran esfuerzo personal y una prodigiosa energía, había logrado vencer las discriminaciones islámicas hasta ocupar el cargo de directora de Antigüedades y, más tarde, de responsable del departamento de Información. Su eficacia había llamado la atención del entonces presidente Mubarak, quien le pidió que encabezara la delegación egipcia en la Asamblea General de las Naciones Unidas. Cinco años más tarde, Hala fue nombrada vicepresidenta cuando Javier Pérez de Cuéllar renunció a la Secretaría General en mitad de su segundo mandato tras una agria polémica, durante la cual cinco naciones de régimen islámico se retiraron del foro internacional debido a una controversia sobre ciertas exigencias de reformas religiosas. Ante la renuncia a aceptar el cargo de una serie de personalidades, Hala Kamil había sido nombrada para el puesto vacante con la débil esperanza de que su gestión contribuyera a cerrar las crecientes grietas en los cimientos de la organización.

Ahora, con el gobierno de su propio país al borde de la desintegración, cabía la posibilidad de que la mujer se convirtiera en la primera alta representante de las Naciones Unidas apátrida.

Un colaborador se acercó a ella y le cuchicheó algo al oído. Hala asintió y levantó la mano.

—Me comunican que el avión está preparado para despegar —explicó—. Responderé a una pregunta más.

Un bosque de manos se alzó al aire y una decena de preguntas formuladas a la vez llenó la sala. Hala hizo un gesto a un hombre situado al fondo, junto a la puerta, que sostenía una grabadora.

—Leigh Hunt, de la BBC, señora Kamil. Si Ajmad Yazid sustituye el gobierno democrático del presidente Hasan por un régimen islámico, ¿regresará usted a su país?

—Yo soy musulmana y egipcia. Si los dirigentes de mi país, sea cual sea el gobierno que ocupe el poder, desean que regrese, obedeceré la orden.

—¿Aunque Ajmad Yazid la haya llamado herética y traidora?

—Sí —reafirmó Hala sin alzar la voz.

—Aunque Yazid no sea ni la mitad de fanático que el *ayatolá* Jomeini, volver allí será ir de cabeza al patíbulo. ¿Le gustaría hacer algún comentario al respecto?

Hala hizo un gesto de negativa con la cabeza, sonrió con elegancia y murmuró:

—Tengo que irme. Muchas gracias.

Un cordón de agentes de seguridad la protegió de la avalancha de reporteros y la escoltó hasta la rampa de embarque. Sus colaboradores y una numerosa delegación de la Unesco ocupaban ya sus asientos. Cuatro miembros del Banco Mundial compartían una botella de champán y conversaban en voz baja en la zona de cocina. La cabina principal olía a combustible de aviación y a consomé de carne.

Con gesto cansado, Hala ajustó el cierre del cinturón de seguridad y echó una mirada por la ventanilla. Había una ligera niebla y los puntos de luz azules a lo largo de las pistas de rodaje despedían un resplandor mortecino antes de desaparecer. Se quitó los zapatos, cerró los ojos y dio una cabezada antes de que la azafata pudiera ofrecerle un cóctel.

Después de esperar su turno tras los cálidos vapores que despedían los reactores de un 747 de la TWA, el vuelo chárter 106 de las Naciones Unidas ocupó por fin la cabecera de la pista. Cuando la torre de control autorizó el despegue, Lemke movió hacia adelante la palanca de propulsión y el Boeing 720-B rodó por el húmedo asfalto hasta alzarse en el aire saturado de vapor de agua.

Cuando hubo alcanzado la altitud de crucero, a 10 500 metros, y hubo conectado el piloto automático, Lemke se desabrochó el cinturón de seguridad y se levantó del asiento.

—Una necesidad fisiológica —dijo mientras se dirigía a la puerta de la cabina. El segundo oficial e ingeniero de vuelo, un hombre pecoso de cabello pajizo, sonrió sin apartar la vista del tablero de instrumentos y replicó:

—Está bien, yo espero aquí.

El capitán Lemke soltó una breve carcajada y salió a la cabina de pasajeros. Los auxiliares de vuelo estaban preparando la comida y el aroma del caldo se hizo más intenso que nunca. El piloto hizo una seña al sobrecargo para que se acercara.

—¿Necesita usted algo, capitán?

—Una taza de café, nada más —respondió Lemke—. Pero no te preocupes, puedo servirme solo.

—No es molestia. —El sobrecargo penetró en la zona de cocina y llenó una taza.

—Una cosa más.

—¿Sí?

—La compañía nos ha pedido que participemos en un estudio meteorológico patrocinado por el gobierno. Cuando estemos a mil ochocientas millas de Londres, voy a efectuar un descenso hasta cinco mil pies durante unos diez minutos para registrar la velocidad del viento y la temperatura. Después, volveremos a nuestra altitud normal.

—Cuesta creer que la compañía haya accedido. Ojalá tuviera yo en mi cuenta del banco la suma que le costará en combustible desperdiciado.

—Puedes estar seguro de que esos roñosos de dirección general le pasarán la factura a Washington.

—Informaré de la maniobra a los pasajeros cuando llegue el momento para que no se alarmen.

—También puedes anunciar que si alguien observa alguna luz por las ventanillas, probablemente proceda de alguna flota pesquera.

—Me ocuparé de ello.

Lemke recorrió con la mirada el compartimiento del pasaje, deteniéndose un instante en la forma dormida de Hala Kamil antes de continuar avanzando.

—¿Te has dado cuenta de que las medidas de seguridad eran excepcionalmente minuciosas? —inquirió Lemke, prolongando distendidamente la conversación.

—Uno de los periodistas me dijo que Scotland Yard había oído rumores de un complot para asesinar a la secretaria general.

—Siempre actúan como si hubiera un plan terrorista debajo de cada piedra. Incluso yo he tenido que mostrar mis credenciales mientras los agentes revisaban mi bolsa de mano.

—En fin —respondió el sobrecargo, encogiéndose de hombros—, todo sea por nuestra protección y la de los pasajeros.

—Al menos, ninguno de ellos tiene aspecto de pirata del aire —Lemke continuó avanzando por el pasillo.

—Siempre que no lleve puesto un traje de tres piezas.

—Para mayor seguridad, mantendré cerrada por dentro la puerta de la cabina. Llámame por el intercomunicador sólo si surge algo importante.

—Así lo haré.

Lemke bebió un sorbo de café, dejó la taza a un lado y regresó a la cabina. El primer oficial, su copiloto, estaba observando las luces de Gales, al norte, por la ventanilla lateral, mientras, detrás de él, el ingeniero de vuelo se ocupaba de los cálculos de consumo de carburante.

El piloto dio la espalda a los demás y sacó una cajita del bolsillo superior de la chaqueta. La abrió y preparó una jeringa que contenía un agente nervioso letal, denominado sarin. Después se volvió de nuevo hacia la tripulación y dio un paso vacilante como si fuera a perder el equilibrio, agarrándose del brazo del segundo oficial para apoyarse.

—Lo siento, Frank. He tropezado con la moqueta.

Frank Hartley lucía un poblado bigote, tenía el cabello cano y ralo, y poseía un rostro aguileño bastante atractivo. El nombre no llegó a notar que la aguja se clavaba en su hombro. Alzó la vista de los indicadores y las luces del tablero y emitió una satisfecha carcajada.

—Vas a tener que dejar la botella, Dale.

—Puedo volar perfectamente —replicó Lemke, de buen humor—. Lo que me resulta difícil es caminar recto.

Hartley abrió la boca como si fuera a decir algo pero, de pronto, una expresión de sorpresa cruzó su rostro. Sacudió la cabeza como para despejarse. No le dio tiempo a más: puso los ojos en blanco y quedó inmóvil.

Lemke inclinó su cuerpo contra el de Hartley para que el ingeniero de vuelo no se escurriera del asiento, extrajo la jeringa y la reemplazó rápidamente por otra.

—Creo que a Frank le sucede algo —comentó, sin la mínima expresión de sorpresa en su voz.

Jerry Oswald se volvió en el asiento del copiloto. Era un hombre corpulento con las facciones enjutas de un buscador de minas del desierto.

—¿De qué se trata?—preguntó, levantando la mirada.

—Será mejor que vengas a echar un vistazo.

Oswald se abrió paso con su gran corpachón entre los asientos y se inclinó sobre Hartley. Lemke clavó la aguja y apretó el émbolo, pero el copiloto notó el pinchazo.

—¿Qué diablos ha sido eso? —exclamó, volviéndose en redondo y contemplando desconcertado la jeringa hipodérmica en la mano de Lemke. Oswald era mucho más pesado y musculoso que Hartley y el tóxico no surtió efecto con la misma celeridad. Los ojos del copiloto se abrieron como platos al comprender lo sucedido y se lanzó hacia adelante, agarrando a Lemke por el cuello.

—¡Tú no eres Dale Lemke! —exclamó—. ¿Por qué te has hecho pasar por él?

El hombre que se hacía pasar por Lemke no habría podido responder aunque lo hubiese querido. Las manazas del copiloto estaban ahogándolo. Aplastado contra el panel de instrumentos por el enorme peso de Oswald, intentó improvisar una mentira pero de su boca no salió palabra alguna. Lanzó un rodillazo a los testículos del copiloto, pero la única reacción de éste fue un breve gruñido. La oscuridad empezó a cubrir las esquinas de su visión.

Luego, poco a poco, la presión de las manos cedió y Oswald retrocedió. En sus ojos se reflejó el terror cuando comprendió que estaba agonizando. Dirigió una mirada de confuso terror hacia Lemke y, con la fuerza de los últimos latidos de su corazón, lanzó el puño golpeando de lleno a Lemke en el estómago.

El falso piloto cayó de rodillas, aturdido y sin aliento debido al golpe. Entre un velo de niebla, vio tropezar a Oswald contra el asiento del piloto y rodar luego al suelo de la cabina. Lemke se sentó en el lugar donde había caído y permaneció allí unos instantes, reponiéndose entre jadeos y dándose masaje en la zona donde había recibido el puñetazo.

Se incorporó a duras penas y escuchó con atención por si se oía alguna voz curiosa al otro lado de la puerta. La cabina principal parecía tranquila. Ninguno de los pasajeros ni de los tripulantes de cabina había oído nada anormal por encima del monótono zumbido de los motores.

Cuando al fin colocó a Oswald en el asiento del copiloto, sujeto con el cinturón de seguridad, Lemke estaba bañado en sudor. Hartley todavía tenía

abrochado su cinturón, de modo que el falso piloto no se ocupó más de él. Por último, se instaló a los mandos, en el lugar del piloto. Cuarenta y cinco minutos más tarde, Lemke desvió el avión de su plan de vuelo previsto hacia Nueva York y lo situó en un nuevo rumbo, hacia los hielos del Ártico.

2

La región es de los lugares más desolados del planeta y a ella nunca llegan los turistas. Durante los últimos cien años, sólo un puñado de exploradores y científicos ha recorrido sus peligrosos parajes. El mar que baña sus torturadas costas está helado todo el año, salvo unas pocas semanas en verano, y a principios de otoño las temperaturas rondan los 23° bajo cero. La oscuridad se adueña de los fríos cielos durante los largos meses invernales e, incluso en verano, el cegador brillo del sol puede verse reemplazado por una ventisca impenetrable en menos de una hora.

Sin embargo, bajo la sombra de las montañas marcadas por las cicatrices de los glaciares y barrido por un viento constante, este espléndido y desolado paraje en lo más profundo del fiordo de Ardencaple, en la costa septentrional de Groenlandia, estuvo habitado hace casi dos mil años por una tribu de cazadores. La datación por carbono-14 de los restos excavados indicaban que el asentamiento estuvo ocupado desde el 200 a. C. hasta el 400 de nuestra era, un período muy breve para el reloj arqueológico. Sin embargo, sus habitantes dejaron tras ellos veinte viviendas que se habían conservado perfectamente bajo el clima helado.

Un grupo de científicos de la Universidad de Colorado había transportado hasta allí por helicóptero una vivienda prefabricada de aluminio, que habían instalado en las proximidades del antiguo poblado. Una serie de planchas aislantes y un insuficiente sistema de calefacción libraban una batalla perdida de antemano contra el frío pero, al menos, impedían la entrada del viento inagotable que lanzaba sus espectrales gemidos al otro lado de las paredes. El refugio permitía también, al equipo arqueológico, los trabajos de campo en los inicios del invierno.

Lily Sharp, profesora de antropología en Colorado, no pensaba en el frío que se abatía sobre el poblado. Arrodillada en el suelo de una vivienda unifamiliar, se dedicaba a raspar la tierra helada con una pequeña paleta. Sola y profundamente concentrada, se afanaba en sondear en el remoto pasado de aquel pueblo prehistórico.

Era una tribu de cazadores de mamíferos marinos que pasaban los duros inviernos árticos en viviendas parcialmente excavadas en el terreno, con muros

bajos de roca y techos de turba, muchas veces sostenidos mediante huesos de ballena.

Aquellas gentes se calentaban con lámparas de aceite y pasaban los meses de oscuridad tallando esculturas en marfil, cornamentas y pedazos de madera arrastrados por el mar.

Habían poblado aquella parte de Groenlandia durante los primeros siglos después de Cristo. Luego, inexplicablemente, en el momento cumbre de su cultura, habían levantado el campo y se habían desvanecido, dejando tras ellos un revelador yacimiento de restos arqueológicos.

La perseverancia de Lily tuvo su recompensa. Mientras los tres hombres del equipo se relajaban después de la cena en la cabaña que constituía su cuartel general, ella había vuelto al poblado para continuar excavando al aire libre, hasta desenterrar un fragmento de asta de caribú con veinte figurillas de oso esculpidas en su superficie, un peine de mujer delicadamente tallado y un cacharro de cocina de piedra.

De improviso, la paleta de Lily resonó al tropezar con algo. La muchacha repitió el movimiento y escuchó con atención. Fascinada, volvió a golpear. No era el familiar sonido del borde de la herramienta al chocar con una roca. Aunque un poco amortiguado, el sonido era claramente metálico.

Se incorporó y enderezó la espalda. Unos mechones de cabello pelirrojo encendido, largo y espeso, le resbalaron del tupido gorro de lana y brillaron bajo la luz de la linterna. En sus ojos verde azulados se reflejó una curiosidad cargada de escepticismo al contemplar el pequeño objeto que sobresalía de la tierra negra como el carbón.

Allí había vivido un pueblo prehistórico, recordó. Una gente que no había conocido el hierro ni el bronce.

Lily intentó mantener la calma pero una sensación de asombro, seguida de una gran excitación y, luego, de una incontenible urgencia se adueñó de ella. Dejó a un lado la máxima del arqueólogo, « actuar con prudencia en cualquier circunstancia» , y se puso a cavar casi con furia en el suelo congelado, duro como el cemento. Cada pocos minutos, se detenía y barría minuciosamente la tierra suelta con un pequeño pincel de pintor.

Por fin, el objeto quedó plenamente al descubierto. Se inclinó sobre él para observarlo más de cerca y contempló con asombro su brillo amarillento bajo la luz blanca y cegadora de la linterna.

Lily acababa de descubrir, no sin asombro, una auténtica moneda de oro.

Una moneda muy antigua, a juzgar por lo desgastado de su borde. En un lado mostraba un pequeño agujero traspasado por un fragmento de correa de cuero descompuesta, lo cual sugería que la moneda había sido en algún momento un colgante o un amuleto personal.

La muchacha se sentó en el suelo y lanzó un profundo suspiro, casi temerosa

de alargar la mano y tocarla.

Cinco minutos después, Lily seguía allí, agachada de rodillas y tratando de imaginar una solución al enigma, cuando la puerta de la cabaña se abrió bruscamente y del frío, acompañado de un remolino de nieve, apareció un hombre de barriga prominente, patillas negras y rostro bonachón. El recién llegado exhalaba nubes de vapor al respirar. Llevaba las cejas y la barba cubiertas de hielo, lo que le daba un cierto aspecto de monstruo de película de ciencia ficción, hasta que en su rostro se formó una gran sonrisa llena de dientes.

Era el doctor Hiram Gronquist, el arqueólogo jefe del equipo de cuatro científicos.

—Lamento interrumpirte, Lily —dijo el hombre con su voz profunda y suave —, pero estás esforzándote demasiado. Tómate un respiro. Vuelve a la cabaña, entra en calor y deja que te prepare un buen trago de coñac.

—Hiram —replicó Lily, haciendo todo lo posible por reprimir la excitación en su voz—, quiero que veas una cosa.

Gronquist se acercó e hincó la rodilla junto a ella.

—¿Qué has encontrado?

—Obsérvalo tú mismo.

El arqueólogo rebuscó sus gafas de aumento en el bolsillo del abrigo de piel de foca y se las colocó en su enrojecida nariz. Se inclinó sobre la moneda hasta que su rostro estuvo a apenas unos centímetros de ella y la estudió desde todos los ángulos. Al cabo de unos instantes, alzó la vista hacia Lily con un centelleo divertido en las pupilas.

—¿Quieres tomarme el pelo?

Lily lo miró con gesto ceñudo; luego, se relajó y se echó a reír.

—¡Oh, Dios mío! ¿Crees que lo he preparado yo?

—Tienes que reconocer que esto es como encontrar una virgen en un burdel.

—Muy gracioso.

Gronquist dio unos golpecitos amistosos en la rodilla de la muchacha.

—Felicidades, Lily; has hecho un descubrimiento muy inusual.

—¿Cómo crees que puede haber llegado aquí?

—No existe una mina de oro explotada en mil quinientos kilómetros y, desde luego, no fueron sus antiguos habitantes quienes la acuñaron, pues su nivel de desarrollo estaba apenas un poco por encima de la Edad de Piedra. Evidentemente, esta moneda tuvo que proceder de otra fuente y de otra época posterior.

—¿Cómo explicas el hecho de que esté enterrada entre objetos que hemos datado en el año 300, con un siglo de margen arriba o abajo?

—No sé —respondió el hombre, encogiéndose de hombros.

—¿No se te ocurre nada? —insistió Lily.

—Por decir algo, se me pasa por la cabeza que la moneda fue perdida o

cambiada por otra cosa por algún vikingo.

—No existe ningún indicio de que los vikingos navegaran tan al norte por la costa oriental de Groenlandia —replicó Lily.

—Muy bien, tal vez algún esquimal de tiempos más recientes comerció con los asentamientos noruegos más al sur y utilizó este lugar para acampar durante las expediciones de caza.

—Sabes que no puede ser, Hiram. No hemos encontrado rastros de pobladores con posterioridad al año 400.

Gronquist dirigió una mirada reprobadora a la muchacha.

—Nunca te rindes, ¿verdad? Ni siquiera hemos datado esa moneda.

—Mike Graham es un experto en numismática. Una de sus especialidades es la datación de yacimientos en el Mediterráneo. Tal vez pueda identificarla.

—No nos costará un céntimo que le eche un vistazo —dijo Gronquist en un juego de palabras—. Vamos. Mike puede examinarla mientras tomamos ese coñac.

Lily se puso los gruesos guantes forrados de piel, se ajustó la capucha del abrigo y apagó la linterna que colgaba en el habitáculo. Gronquist encendió la suya de mano y sostuvo la puerta para que pasara la muchacha. Lily salió a la agonía del frío entumecedor y del viento que gemía como un fantasma en un camposanto. El aire helado golpeó sus mejillas descubiertas y le produjo un escalofrío, una reacción que parecía adueñarse de ella en cada ocasión, aunque a aquellas alturas ya debería de estar perfectamente habituada al frío.

Se agarró de la cuerda que conducía hasta la vivienda del grupo y avanzó tras la mole protectora de Gronquist. A medio camino, dirigió una mirada a hurtadillas hacia lo alto. El cielo estaba despejado y las estrellas parecían fundirse en una inmensa alfombra de resplandecientes diamantes que iluminaban las desoladas montañas al oeste y la capa de hielo que, al este, corría por el fiordo hasta el mar. La extraña belleza del Ártico era una amante exigente, se dijo Lily. Entendía muy bien por qué los hombres perdían sus almas bajo su embrujo.

Tras un trayecto de treinta metros por la oscuridad, penetraron en el túnel de acceso a la cabaña, recorrieron tres metros más y abrieron una segunda puerta que daba paso al interior del refugio. Para Lily, tras el tremendo frío del exterior, fue como entrar en un horno. El aroma del café acarició su olfato como un perfume y no tardó en despojarse del abrigo y los guantes para servirse una taza.

Sam Hoskins, con una melena larga hasta los hombros, del mismo tono rubio que su enorme bigote, estaba encorvado sobre un tablero de dibujo. Hoskins, un arquitecto neoyorquino amante de la arqueología, reservaba dos meses al año en su apretada agenda de actividades para efectuar excavaciones en diversas partes del mundo. Su más valiosa aportación al grupo de investigadores de Colorado era la realización de minuciosos dibujos sobre el aspecto que pudo haber tenido el

poblado prehistórico diecisiete siglos atrás.

El cuarto miembro del equipo, un hombre de piel pálida y cabello pajizo y escaso, permanecía acostado en una litera leyendo una novela de bolsillo manoseada y con las puntas dobladas. Lily no recordaba haber visto nunca a Mike Graham sin un libro de aventuras en la mano o guardado en un bolsillo de la chaqueta. Graham, uno de los principales arqueólogos de campo de su país, era ceremonioso como un empleado de pompas fúnebres.

—¡Eh, Mike! —exclamó Gronquist—. ¡Échale un vistazo a lo que ha encontrado Lily!

El hombre le arrojó la moneda de un extremo a otro de la cabaña. Lily soltó un jadeo, sobresaltada, pero Graham tomó la moneda en el aire con gesto despreocupado y la contempló por ambas caras. Al cabo de unos instantes, levantó la vista y entrecerró los ojos con expresión dubitativa.

—¿Queréis tomarme el pelo?

—¡Ésas han sido exactamente mis palabras cuando Lily me la ha enseñado, pero no se trata de ninguna broma! La ha encontrado en la zona ocho.

Graham sacó un maletín de debajo de la litera y extrajo de él una lupa. Después, colocó la moneda bajo la lente y la examinó desde todos los ángulos.

—Y bien, dime, ¿cuál es el veredicto? —inquirió Lily, impaciente.

—Es increíble —murmuró Graham, realmente fascinado—. Un *miliarense* de oro. Unos trece gramos y medio de peso. No había visto ninguna moneda de este tipo hasta hoy. Se han encontrado muy pocas. Un coleccionista pagaría probablemente entre seis y ocho mil dólares por ella.

—¿De quién es la efigie del anverso?

—Es la figura erecta de Teodosio el Grande, emperador de los Imperios romano y bizantino. Su postura es un motivo común en las acuñaciones de esa época. Si se observa detenidamente, se pueden apreciar unos cautivos a sus pies y en las manos sostiene un globo y un lábaro.

—¿Un lábaro?

—Sí, un estandarte con las letras griegas XP formando una especie de monograma que significa « en el nombre de Cristo» . El emperador Constantino lo adoptó tras su conversión al Cristianismo y fue transmitido por sus sucesores.

—¿Qué puedes decirnos de las inscripciones del reverso? —preguntó Gronquist. El ojo de Graham aumentó desproporcionadamente de tamaño a través de la lupa mientras estudiaba la moneda.

—Hay tres palabras. La primera parece ser triumfator. Las otras dos resultan ilegibles. En un catálogo de coleccionista encontraríamos una descripción y una traducción del latín. Tendremos que esperar a volver a la civilización para poder consultarlo.

—¿De qué fecha puede ser?

Graham alzó los ojos al techo con aire pensativo.

—Veamos… Fue acuñada durante el reinado de Teodosio, que, si no me equivoco, abarcó desde el 379 al 395.

—Justo en los límites —dijo Lily, volviéndose hacia Gronquist. Éste movió la cabeza en gesto de incredulidad.

—Sugerir que los esquimales del siglo IV tuvieron contacto con el Imperio romano es una absoluta fantasía.

—Pero no podemos descartar absolutamente tal posibilidad —insistió Lily.

—Cuando esto se sepa, la prensa levantará una polvareda de especulaciones e hipótesis en torno al asunto —intervino Hoskins, inspeccionando por primera vez la moneda. Gronquist bebió un trago de coñac y comentó:

—Ya se encontraron otras monedas en lugares insospechados con anterioridad, pero la datación y la ubicación de estas monedas raras nunca quedaron determinadas a plena satisfacción de la comunidad arqueológica.

—Es posible —dijo Graham lentamente—, pero yo daría mi Mercedes descapotable por saber cómo ha aparecido aquí este *miliarense*.

Todos contemplaron la moneda unos segundos más, sin decir palabra, perdido cada uno en sus propios pensamientos. Por último, Gronquist rompió el silencio.

—Parece que lo único que sabemos con certeza es que tenemos un auténtico misterio entre manos.

3

Poco antes de medianoche, el impostor empezó la operación, previamente ensayada, de abandonar el avión. El aire estaba resplandeciente y despejado y la oscura mancha borrosa de Islandia se alzaba sobre la planicie negra del horizonte marino. La pequeña silueta de la isla se recortaba bajo la aurora boreal, un velo difuso y espectral de tonos verdosos.

No prestó la menor atención a los muertos que le rodeaban. Estaba habituado al olor de la sangre y ya no le producía efecto. La muerte y la sangre, sencillamente, eran parte de su trabajo. Sentía ante un cuerpo mutilado la misma indiferencia que un patólogo o que el carnicero del barrio.

El impostor trataba el tema de la muerte desapasionadamente. Las cifras de cadáveres no eran más que sumas matemáticas. Le pagaban bien; era un mercenario, además de un fanático religioso que mataba por una causa. No obstante, si algo le molestaba de su trabajo era que le llamaran asesino o terrorista. Detestaba aquellas palabras, pues tenían cierto matiz político y él sentía una repugnancia visceral por los políticos.

Era un hombre de mil y una identidades, un perfeccionista al que desagradaban los atentados indiscriminados contra la población o el recurso chapucero del coche bomba, considerando ambas acciones como obras para jóvenes idiotas. Sus métodos eran mucho más sutiles. Jamás dejaba nada al azar. A los investigadores internacionales les costaba distinguir muchos de sus golpes de lo que parecían ser accidentes.

La muerte de Hala Kamil era mucho más que una misión por encargo. La consideraba un deber. Su elaborado plan había tardado cinco meses en quedar perfeccionado al detalle, y después había sido preciso esperar pacientemente el momento oportuno.

Era casi una lástima, reflexionó. Kamil era una mujer hermosa, muy hermosa. Sin embargo, constituía una amenaza que era preciso neutralizar.

Se colocó con cuidado frente al panel de control y asió el timón de profundidad, iniciando un suave descenso. La leve caída de velocidad y de altitud sólo habría resultado perceptible para otro piloto.

La tripulación de la cabina del pasaje no lo había molestado para nada. En aquel instante, los pasajeros estarían dando una cabezada, intentando sin

conseguirlo entrar en ese sueño profundo que tan esquivo resulta en los viajes largos en avión.

Comprobó el rumbo por vigésima vez y estudió las cifras de la pantalla del ordenador, que había reprogramado para que indicara la distancia y el tiempo calculados para alcanzar la zona donde se proponía saltar.

Quince minutos después, el reactor cruzó sobre un punto deshabitado de la costa de Islandia y sobrevoló la isla. Debajo del aparato, el paisaje se convirtió en una sucesión de rocas grises y nieves blancas. Bajó los alerones y redujo la velocidad hasta que el Boeing 720-B alcanzó los 190 nudos.

Conectó otra vez el piloto automático a una nueva frecuencia de radio que transmitía desde un radiofaro situado en el Hofsjokull, un glaciar que se alzaba a 1737 metros de altitud en el centro de la isla. A continuación, programó la altitud de vuelo de modo que el aparato fuera a impactar a 150 metros por debajo del pico.

Tras esto, metódicamente, destrozó y desarmó los indicadores de dirección y los sistemas de comunicaciones. También empezó a descargar los depósitos de combustible para mayor seguridad, por si algo no salía como había previsto en su plan, meticulosamente trazado.

Quedaban ocho minutos.

Se dejó caer en el compartimiento inferior tras abrir la trampilla. Ya iba calzado con unas botas de paracaidista francesas, de suelas resistentes y elásticas. Rápidamente, sacó un traje de salto de la bolsa de lona y se lo enfundó. No había podido introducir un casco en el avión, de manera que se cubrió la cabeza con un pasamontañas y un gorro tupido. Después sacó un par de guantes, unas gafas protectoras y un altímetro, que se ajustó a la muñeca.

Se abrochó los cierres del arnés y comprobó que los tirantes estuvieran ajustados debidamente. La mochila quedó sujeta a su espalda, con el paracaídas de reserva sobre los hombros y el principal contra los riñones. Tenía confianza en aquel pedazo de tela, en aquel retal que le habría de servir de superficie de sustentación y con el que, más que saltar, podría volar en la dirección que quisiera.

Echó otro vistazo al reloj. Un minuto, veinte segundos. Abrió la portezuela exterior y una poderosa corriente de aire barrió el compartimiento. Fijó la vista en la segundera del reloj y siguió la cuenta atrás.

Cuando llegó a cero, lanzó su cuerpo por la estrecha abertura con los pies por delante, de cara a la dirección del vuelo. La velocidad de la corriente de aire le golpeó con la fuerza helada de un alud, cortándole la respiración. El avión pasó por encima de él con un rugido ensordecedor. Durante un breve instante, notó el calor de los gases de escape del reactor; luego, se encontró lejos del aparato y cayendo.

Cayendo hacia abajo con los brazos y las piernas extendidas y en posición

estable, con las rodillas ligeramente flexionadas y las manos abiertas al frente, el impostor miró hacia el suelo y sólo vio oscuridad. No había ninguna luz en la zona.

Pensó en lo peor: su grupo no había podido alcanzar el punto fijado para la cita. Sin una zona definida como referencia, no podía calcular la velocidad o la dirección del viento y, por ello, podía posarse a kilómetros de distancia o, peor aún, ir a caer en medio de una zona de hielos fisurados y quedar herido de gravedad sin que sus compañeros lo encontraran a tiempo.

En diez segundos había descendido ya casi 400 metros. El indicador del dial luminoso del altímetro estaba entrando en el rojo. No podía esperar más. Extrajo el paracaídas piloto de la bolsa y lo soltó al viento. Al quedar anclado en el aire, el tirón hizo salir el paracaídas principal.

Escuchó satisfecho el ruido sordo que hacía al abrirse y sufrió el tirón, que le colocó en posición vertical. Sacó la linterna y dirigió su estrecho haz de luz por encima de la cabeza. La tela del paracaídas quedó iluminada sobre él. De pronto, un pequeño círculo de luces titiló aproximadamente a un kilómetro a su derecha. A continuación, una bengala se alzó en el cielo, donde permaneció suspendida unos segundos, los suficientes para permitirle calcular la dirección y la velocidad del viento. Maniobró con los tirantes de dirección y empezó a planear hacia las luces.

Otra bengala iluminó el cielo. El viento se mantuvo firme, sin fluctuaciones, mientras el paracaidista se acercaba al suelo. Ahora podía ver con claridad a su grupo. Habían colocado otra línea de luces que conducía al círculo iluminado con anterioridad. Moviendo con destreza los tirantes de dirección, efectuó un giro de 180 grados hasta quedar de frente al viento.

Se preparó para tocar el suelo. Su gente había escogido el terreno adecuado. Las almohadillas de sus pies tomaron contacto con una blanda tundra y efectuó un aterrizaje perfecto, de pie, en el centro del círculo.

Sin una palabra, se despojó del arnés del paracaídas y se apartó del círculo de luces. Después, miró hacia el firmamento.

El avión, sin que los tripulantes ni los pasajeros lo supieran, volaba en línea recta hacia el glaciar que, poco a poco, se hacía más alto, estrechando la distancia entre el hielo y el metal.

El hombre permaneció allí, con la mirada fija, mientras el leve sonido de los reactores se apagaba y las luces de navegación desaparecían en la oscuridad de la noche.

4

En la cocina del avión, una de las azafatas torció la cabeza, escuchando algo.

—¿Qué es ese ruido tan raro que viene de la cabina? —preguntó.

Gary Rubin, el sobrecargo, salió al pasillo entre los asientos y miró hacia la proa del avión. Desde allí, escuchó una especie de rugido amortiguado y continuo, que le recordó una lejana corriente de agua.

Diez segundos después del salto del impostor, el temporizador del brazo articulado puso éste en movimiento, cerrando la escotilla del compartimiento inferior de la cabina y poniendo fin al extraño sonido.

—Ha cesado —dijo el sobrecargo—. Ya no lo oigo.

—¿Qué crees que ha sido?

—No sé. Nunca había oído nada parecido. Por un momento, he creído que habíamos sufrido una pérdida de presión.

Se encendió la luz de llamada de un pasajero y la azafata apartó su cabellera rubia del rostro al tiempo que se adentraba en la zona del pasaje.

—Será mejor que lo compruebes con el capitán —añadió la muchacha, volviendo la cabeza hacia él.

Rubin vaciló, recordando la orden de Lemke de no molestar a los pilotos salvo si era un asunto importante. Más valía asegurarse que lamentarse después, se dijo. La seguridad de los pasajeros se imponía a todo lo demás. Cogió el teléfono de comunicaciones internas y pulsó el botón de llamada a la cabina.

—Capitán, aquí el sobrecargo. Acabamos de advertir un ruido extraño delante de la zona de pasaje. ¿Tienen problemas ahí dentro?

No recibió ninguna respuesta.

Lo intentó tres veces, pero el intercomunicador siguió mudo. Rubin permaneció allí unos instantes, desconcertado, preguntándose por qué no respondía la cabina de vuelo. En doce años a bordo de aviones, jamás le había sucedido algo semejante.

Aún estaba intentando resolver el misterio cuando la azafata llegó corriendo a su lado y dijo algo. Al principio, Rubin no le hizo caso, pero el tono de urgencia de su voz penetró finalmente hasta su cerebro.

—¿Qué… qué has dicho?

—¡Estamos volando sobre tierra!

—¿Tierra?

—Justo debajo de nosotros —insistió ella con una mirada de desconcierto—. Un pasajero me lo ha enseñado.

—Imposible. —El sobrecargo sacudió la cabeza con gesto de incredulidad—. Tenemos que estar en mitad del océano. Probablemente ha visto las luces de unos barcos de pesca. El capitán dijo que tal vez los viéramos durante nuestro descenso para el estudio meteorológico.

—Míralo tú mismo —suplicó ella—. Nos acercamos rápidamente a tierra. Creo que estamos aterrizando.

El sobrecargo se acercó a la ventanilla de la zona de cocina y miró por ella. En lugar de las aguas oscuras del Atlántico, divisó un resplandor blanco. Una inmensa capa de hielo se deslizaba bajo el avión a menos de 300 metros de su panza. Lo bastante cerca para que los cristales de hielo reflejaran los flashes parpadeantes de las luces de posición. Paralizado y desconcertado, intentó encontrar algún sentido a lo que sus ojos le decían que estaba sucediendo.

Si se trataba de un aterrizaje de emergencia, ¿por qué no había advertido de ello el capitán? Los rótulos de Abróchense el cinturón y No fumar seguían apagados.

Casi todos los delegados de las Naciones Unidas estaban despiertos, leyendo o conversando. Sólo Hala Kamil dormía a pierna suelta. Varios representantes de México que volvían de una reunión económica en la sede del Banco Mundial estaban reunidos en torno a una mesa en la sección de cola. Miguel Salazar, director de Finanzas Exteriores, hablaba en tono sombrío. En torno a la mesa reinaba una atmósfera impregnada de derrota. México había sufrido un catastrófico colapso económico y se encontraba en quiebra técnica, sin perspectivas de ningún recurso monetario.

Rubin notó un escalofrío de miedo y unas palabras surgieron involuntariamente de su boca:

—¿Qué diablos está pasando aquí?

La azafata mostraba una expresión parecida. Su rostro palideció y sus ojos se agrandaron de miedo.

—¿No deberíamos empezar el procedimiento de emergencia?

—No alarmes a los pasajeros. Todavía no. Deja que hable primero con el capitán.

—¿Queda tiempo?

—No lo sé.

Controlando el miedo, Rubin se dirigió con paso rápido, casi al trote, hacia la cabina de los pilotos fingiendo un bostezo de aburrimiento para desviar la curiosidad de cualquier pasajero ante su andar apresurado. Cerró tras él la cortina que separaba el vestíbulo de embarque de la cabina principal. A continuación, empujó la puerta. Estaba cerrada.

Dio unos golpecitos frenéticos con los nudillos. Dentro, no hubo respuesta. Incrédulo, con la mente en blanco, contempló con desconcierto la delgada barrera que le impedía el acceso a la cabina. Luego, en un destello de desesperación, alzó el pie y dio una patada a la puerta.

El delgado panel estaba construido para abrirse hacia afuera, pero el golpe la lanzó contra la mampara interior. Rubín cruzó el umbral y observó el reducido espacio de la cabina de vuelo.

Incredulidad, desconcierto, miedo, horror… Todas estas emociones formaron un torbellino en su mente, como una inundación precipitándose por una presa agrietada.

Tras una rápida mirada, identificó a Hartley tumbado sobre su panel y a Oswald tendido en el suelo boca arriba, con los ojos sin vida fijos en el techo de la cabina. Lemke parecía haberse desvanecido.

Rubin trastabilló sobre el cuerpo de Oswald, se inclinó sobre el asiento vacío del piloto y miró por el parabrisas, sobrecogido de terror.

La enorme cumbre del glaciar de Hofsjokull apareció ante la proa de la aeronave a menos de quince kilómetros de distancia. La luz titilante de la aurora boreal recortó la silueta de la masa de hielo, bañando la desigual superficie de unos tonos grises y verdes espectrales.

Llevado de la desesperación y del pánico, el sobrecargo se lanzó al asiento del piloto y asió con gesto ceñudo los mandos del aparato y tiró del timón de profundidad hacia su pecho.

No sucedió nada.

El timón se negó a ceder pero, cosa extraña, el altímetro mostró un lento pero sostenido aumento de altitud. Tiró nuevamente de los mandos, pero esta vez con más fuerza. Ahora, notó que cedía ligeramente. Le sorprendió la resistencia que encontraba.

No tenía tiempo de pensar en lo que estaba haciendo. Era demasiado inexperto para darse cuenta de que estaba tratando de tomar el mando sobre el piloto automático por la fuerza bruta cuando sólo era precisa una presión de quince kilos para vencer su resistencia.

El aire frío y cortante hacía que el glaciar pareciera casi al alcance de la mano. Empujó los mandos hacia adelante e insistió en tirar del timón de profundidad hacia su cuerpo. La columna de control cedió perezosamente, como el volante de un coche lanzado por la autopista que hubiera perdido la servodirección, y retrocedió palmo a palmo.

Con lentitud, el Boeing levantó el morro y pasó sobre el pico helado, a unos treinta metros por encima de la cumbre.

Abajo, en el glaciar, el hombre que había matado en Londres al genuino

piloto del vuelo 106, Dale Lemke, para ocupar su lugar, observaba ahora a lo lejos a través de unos prismáticos de visión nocturna. La aurora boreal se había difuminado hasta convertirse en un mortecino resplandor, pero la cresta mellada del Hofsjokull seguía recortándose contra el cielo.

El aire estaba impregnado de expectación. Los únicos sonidos procedían del equipo de dos hombres que empezaban a cargar los focos y el radiofaro en la bodega de un helicóptero.

Los ojos de Suleiman Aziz Ammar se habituaron a la oscuridad y pudo distinguir las crestas agrietadas que recorrían la muralla de hielo. Ammar permaneció como una estatua, contando los segundos a la espera de la pequeña llamarada distante que señalaría el final del vuelo 106.

Sin embargo, el tan esperado resplandor del incendio no llegó nunca.

Ammar bajó los prismáticos y exhaló un suspiro. A su alrededor se extendía la quietud del glaciar, fría y remota. Se quitó la peluca canosa y la arrojó a la oscuridad. Después, se quitó un par de botas fabricadas especialmente para él y sacó de su interior unas alzas de diez centímetros que llevaba en los talones. Entonces advirtió la presencia a su lado de su sirviente y amigo, Ibn Telmuk.

—Buen trabajo de camuflaje, Suleiman. No habría sabido reconocerte —dijo Ibn, un hombre moreno con una gran mata de cabello ensortijado, negro como el ébano.

—¿Está cargado el equipo? —preguntó Ammar.

—Todo está a bordo. ¿Has tenido éxito en tu misión?

—Ha habido un ligero error de cálculo. No sé cómo, el avión ha pasado por encima del pico. Alá ha concedido a Hala Kamil unos minutos más de vida.

—Ajmad Yazid no estará contento.

—Kamil morirá según lo previsto —replicó Ammar, confiado—. No he dejado nada al azar.

—El avión todavía vuela.

—Ni siquiera Alá puede mantenerlo en el aire indefinidamente.

—Has fallado, Ammar —dijo una nueva voz. El aludido se volvió y sostuvo la helada y ceñuda mirada de Muhammad Ismail. El rostro redondo del egipcio era una curiosa mezcla de maldad y de inocencia infantil. Sus ojos negros almendrados miraban por encima de un poblado mostacho con perversa intensidad, pero carecían de poder de penetración. Era una mirada jactanciosa sin sustancia, una mera fachada de rudeza, pero la única habilidad de aquel hombre era tirar del gatillo.

Ammar no había tenido voz en la elección de Ismail para el grupo, pues el oscuro *mullah* venido del campo le había sido impuesto por Ajmad Yazid. El líder islámico administraba su confianza como un avaro, racionándola solamente entre aquellos que, en su consideración, poseían un espíritu combativo y una devoción tradicionalista a las leyes originales del Islam. Para Yazid, la firmeza en las

convicciones religiosas contaba más que la competencia y la profesionalidad.

Ammar profesaba ser un sincero creyente de la fe, pero Yazid no se fiaba de él. La costumbre de aquel hombre de acción de hablar de los líderes musulmanes como si fueran simples mortales iguales a los demás no le sentaba bien a Yazid, quien había insistido en que llevara a cabo sus mortíferas misiones bajo la cauta vigilancia de Ismail. Ammar había aceptado la presencia de su perro guardián sin protestas, pues era un maestro en el arte del engaño. Muy pronto, convirtió el papel de Ismail en el de un peón que utilizaba para sus propios propósitos de información. Sin embargo, la estupidez de los árabes era fuente de constantes irritaciones para Ammar. El razonamiento analítico, desapasionado, estaba fuera de su alcance. Sacudió la cabeza apesadumbrado y, con voz paciente, explicó la situación a Ismail.

—Puede haber sucedido algo imprevisible: una corriente de aire ascendente, un mal funcionamiento del piloto automático o de los altímetros, un cambio repentino del viento. Hay cien posibles causas de que el avión no se haya estrellado contra el pico, pero he tenido en cuenta todas las posibilidades. El piloto automático está fijado en un rumbo hacia el polo y no le quedan más de noventa minutos de vuelo.

—¿Y si alguien descubre los cuerpos de la cabina y uno de los pasajeros sabe pilotar el avión? —insistió Ismail.

—Recuerda que examinamos con detalle los expedientes de todos los que van a bordo. En ninguno se indicaba que tuviera experiencia como piloto. Además, destrocé la radio y los instrumentos de navegación. Todo intento de tomar los controles será en vano. No funciona la brújula, no hay puntos de referencia que puedan indicar una dirección. Hala Kamil y sus compañeros de cama de las Naciones Unidas desaparecerán en las frías aguas del océano Glacial Ártico.

—¿No existe ninguna posibilidad de que sobrevivan? —preguntó Ismail.

—Ninguna —respondió Ammar—. Absolutamente ninguna.

5

Dirk Pitt se relajó y se repantigó en la silla giratoria, estirando las piernas hasta que su metro noventa y dos de estatura quedó en un plano casi horizontal. Entonces, bostezó y se pasó las manos por su espesa mata de cabello negro ondulado.

Pitt era un hombre delgado, de firme musculatura, en excelente forma física tratándose de alguien que no corría quince kilómetros diarios ni consideraba el ejercicio, el sudor y el levantamiento de pesas como un tónico celestial contra la vejez. Su rostro tenía la piel morena y curtida de un hombre amante del aire libre, que prefería el sol a los fluorescentes de una oficina. Sus ojos, de un verde intenso y opalino, irradiaban una extraña mezcla de calor y crueldad, mientras que sus labios parecían formar una eterna sonrisa amistosa.

Era el tipo llano y complaciente que sabía desenvolverse fácilmente entre ricos y poderosos, pero prefería la compañía de los hombres y mujeres que sabían beber a palo seco y no hacían ascos a ensuciarse las manos.

Producto de la Academia de la Fuerza Aérea, estaba en situación activa con el rango de comandante, aunque llevaba casi seis años asimilado a la Agencia Marítima y Submarina Nacional (NUMA), de la que era director de Proyectos Especiales.

Junto con Al Giordino, su mejor amigo desde los tiempos de la niñez, había vivido y navegado por todos los mares, tanto en la superficie como en las profundidades, acumulando en apenas media década más experiencias emocionantes de las que muchos hombres experimentarían en diez vidas. Después de sumergirse en una caverna en el subsuelo de Nueva York, había encontrado el tren expreso Manhattan Limited, misteriosamente desaparecido. También había recuperado el barco de pasajeros *Empress of Ireland*, hundido en el fondo del río San Lorenzo con un millar de ocupantes; había rastreado el submarino nuclear *Starbuck*, perdido en mitad del Pacífico; había seguido la pista de un barco fantasma, el *Cyclops*, a su tumba bajo el mar Caribe, y había subido al *Titanic*.

Como solía decir Giordino, Pitt era un hombre dedicado al redescubrimiento del pasado, un hombre que había nacido con ochenta años de retraso.

—Deberías venir a ver esto —dijo una voz al otro extremo de la sala.

Pitt se apartó de un monitor de vídeo en color que exhibía una vista del fondo marino a cien metros por debajo de la quilla del rompehielos de investigaciones, *Polar Explorer*. Era un barco nuevo, sólido, construido especialmente para la navegación por aguas cubiertas de hielo. La enorme superestructura cuadrada que sobresalía del casco tenía el tamaño y el aspecto de un edificio de oficinas de cinco plantas, y su gran proa, impulsada por unos motores de 80 000 caballos, era capaz de abrirse paso en unos hielos de hasta un metro y medio de grosor.

Pitt puso un pie sobre un tablero, flexionó la rodilla y se dio impulso. Semanas de práctica habían perfeccionado el movimiento, acompasado con el suave balanceo del barco al desplazarse. Dio una vuelta de 180 grados en su silla giratoria mientras las ruedas lo desplazaban tres metros por la inclinada cubierta del compartimiento de electrónica.

—Parece que nos acercamos a un cráter. Al Giordino tomó asiento ante una consola y estudió una imagen en el registro sonar de búsqueda lateral. Bajo y rechoncho, con su escaso 1,62 de estatura sobre unos pies que calzaban un cuarenta y cuatro enfundados en gruesos calcetines, sus amplios hombros le daban el aspecto de un prisma. Parecía formado con las piezas sueltas de un tractor. Tenía el cabello oscuro y rizado, herencia de sus orígenes italianos y, si hubiera llevado un pañuelo de colores en la frente y un pendiente habría podido pasar por un organillero ambulante. Con su carácter seco, firme y fiable como las mareas, Giordino era la póliza de seguro de Pitt contra la ley de Murphy.

Su concentración no cedió un instante cuando Pitt, con los pies extendidos como parachoques, topó bruscamente contra la consola contigua.

Dirk Pitt observó la sonografía ampliada por ordenador de la cresta de un cráter que se alzaba poco a poco para marcar luego un pronunciado descenso hacia el hueco del interior.

—Baja muy deprisa —dijo Giordino. Pitt consultó la sonda acústica.

—De ciento cuarenta a ciento ochenta metros.

—Por la parte exterior, apenas tiene una altitud apreciable.

—Doscientos, y sigue disminuyendo.

—Una formación muy extraña, incluso para ser un volcán —murmuró Giordino—. No hay rastro de rocas de lava.

Un hombre alto, de rostro encendido, con una tupida mata de cabello castaño que pugnaba por escapar de la gorra de béisbol, que llevaba ladeada con la visera hacia atrás, abrió la puerta y se asomó a la sala.

—¡Eh, aves nocturnas! ¿Os apetece algo de comer o de beber?

—Bocadillo de manteca de cacahuete y una taza de café solo para mí —replicó Pitt sin volverse—. Nivelando a doscientos veinte metros.

—Un par de donuts con leche —añadió Giordino. El comandante de Marina Byron Knight, capitán del barco de investigaciones, asintió. Además de Pitt y Giordino, era el único a bordo con acceso al compartimiento de electrónica. Para

el resto de oficiales y tripulación, la sala era zona restringida.

—Haré que os traigan el pedido de la cocina.

—Eres un ser humano maravilloso, Byron —dijo Pitt con una sonrisa de sarcasmo—. Y no me importa lo que diga de ti el resto de la Marina.

—¿Has probado alguna vez la manteca de cacahuete con arsénico? —replicó Knight, volviendo la cabeza. Giordino observó con interés cómo el arco de la formación rocosa se extendía y ensanchaba.

—Diámetro, casi dos kilómetros.

—El interior es liso y no se aprecian hundimientos ni protuberancias en el suelo.

—Debe de haber sido un volcán gigantesco.

—No; un volcán, no —replicó Pitt. Giordino se volvió hacia él con un destello de curiosidad en los ojos.

—¿Se te ocurre otro nombre para esa cicatriz de viruela?

—¿Qué te parece « impacto de meteoro» ?

—¿Un cráter de meteoro en el fondo del mar, a esta profundidad? —protestó Giordino con una expresión de escepticismo.

—Es probable que cayera hace miles, tal vez millones de años, en una época en que el nivel del mar era más bajo.

—¿Qué te ha llevado a pensar en un impacto?

—Tres detalles —explicó Pitt—. En primer lugar, tenemos un borde bien definido, sin una ladera exterior prominente. Segundo, la gráfica del fondo indica una sección en forma de olla. Y en tercer lugar… —Pitt hizo una pausa, señalando un punzón que se agitaba furiosamente sobre un rollo de papel milimetrado, dibujando una gráfica llena de altibajos—, el magnetómetro está sufriendo un espasmo. Ahí abajo hay suficiente hierro como para construir una flota de barcos de guerra.

De pronto, Giordino se puso tenso.

—¡Tenemos algo en los sensores!

—¿Dónde?

—A doscientos metros a estribor, posado en la ladera del cráter y en perpendicular al borde. La imagen resulta bastante vaga, pues el objeto está oculto parcialmente por la geología del terreno.

Pitt descolgó el intercomunicador y llamó al puente.

—Hemos tenido un fallo en el equipo. Siga el mismo rumbo hasta el final de la zona a explorar. Si conseguimos repararlo a tiempo, volveremos atrás y lo repetiremos.

—A la orden, señor —respondió el oficial de guardia.

—Eres más astuto que un charlatán de feria —comentó Giordino con una sonrisa.

—No tenemos manera de saber hasta qué punto nos están captando los

aparatos de escucha soviéticos.

—¿Captan algo las cámaras de vídeo?

—Aún está fuera de su alcance. Pero deberíamos de ver algo en la próxima pasada.

La imagen inicial del sonar aparecida en el papel registrador parecía una mancha oscura sobre el fondo claro de la cresta del cráter. El fragmento de papel pasó por el visor del aparato y desapareció en el interior de un ordenador destinado a amplificar los detalles. La ampliación resultante quedó reflejada en un monitor especial de vídeo en color de altísima definición. La mancha oscura se había convertido en una forma bien definida.

Utilizando el teclado del ordenador, Pitt cerró en un cuadrado el centro de la imagen y pulsó una orden para una nueva ampliación de la zona marcada.

El ordenador pitó durante unos instantes y apareció en la pantalla otra imagen mayor y más detallada del objeto. Automáticamente, apareció un rectángulo en torno a éste registrando sus dimensiones. Al mismo tiempo, otra máquina reprodujo la imagen en color sobre una hoja de papel satinado.

El comandante Knight volvió a entrar apresuradamente en el compartimiento. Después de días de tedioso navegar arriba y abajo como si estuvieran segando un inmenso césped, después de permanecer durante horas interminables atentos a las pantallas de vídeo y a las mediciones de los instrumentos de rastreo, el marino estaba ansioso y en cada surco de su rostro se reflejaba la expectación.

—He recibido el mensaje acerca de la avería. ¿Habéis encontrado algo?

Ni Pitt ni Giordino respondieron a la pregunta, pero sonrieron como buscadores de oro que hubieran encontrado el filón principal. Al ver su expresión, Knight supo de pronto de qué se trataba.

—¡Dios santo! —balbució—. Lo hemos encontrado, ¿no es eso?

—Camuflado en el fondo del mar —asintió Pitt, señalando el monitor al tiempo que entregaba la foto a Knight—. La imagen perfecta de un submarino soviético de la clase Alfa.

Knight contempló fascinado las dos imágenes recogidas por el sonar y comentó:

—Los rusos rastrearon toda esta zona de mar. Parece increíble que no dieran con él.

—Es fácil no verlo —respondió Pitt—. El banco de hielos flotantes era más grueso cuando efectuaron su búsqueda y, seguramente, no pudieron mantener un rumbo recto; lo más probable es que pasaran por el otro lado de la ladera del cráter y que su sonar sólo mostrara una sombra en el lugar donde está el submarino. Por otra parte, la concentración inusualmente grande de hierro bajo el cráter pudo hacer muy confuso su perfil magnético.

—Nuestros colegas de inteligencia bailarán de contento cuando vean esto.

—No lo creo, si los soviéticos se enteran —replicó Giordino—. No creo que se queden de brazos cruzados viéndonos repetir nuestro golpe del setenta y cinco, cuando les birlamos de las narices su submarino de clase Golf con el *Glomar Explorer*.

—¿Pretendes decir que no se han tragado nuestro cuento de que estamos realizando un estudio geológico de los fondos marinos? —preguntó Pitt con profundo sarcasmo. Giordino le respondió con una mirada torva.

—El contraespionaje es un asunto muy raro —dijo—. La tripulación del barco en que estamos no tiene la menor idea de qué estamos haciendo aquí en realidad pero, aun así, los agentes soviéticos en Washington han olido nuestra misión desde hace semanas. La única razón de que no hayan intervenido es que nosotros tenemos mejor tecnología de rastreo submarino y prefieren que los llevemos hasta el submarino.

—No será fácil engañarlos —asintió Knight—. Dos de sus pesqueros nos han venido siguiendo desde el puerto.

—Igual que sus satélites de vigilancia —añadió Giordino.

—Por todas esas razones he pedido al puente que termine de recorrer toda la línea de rastreo antes de aproximarnos de nuevo para echarle un vistazo más detenidamente.

—No está mal pensado, aunque los rusos se darán cuenta de que hemos vuelto sobre una zona ya rastreada.

—Es cierto, pero cuando pasemos sobre el submarino seguiremos sin detenernos y saltaremos a la siguiente línea de rastreo, continuando como antes. Después, llamaré por radio a nuestros ingenieros de Washington para quejarme de problemas en el equipo y para pedir instrucciones sobre mantenimiento y reparaciones. Cada par de millas, repetiremos una línea de rastreo y así podremos terminar de dar verosimilitud al truco.

—Tal vez se lo traguen —dijo Giordino, mirando a Knight—. Resulta bastante creíble.

—Muy bien —respondió el comandante—, no perdamos más tiempo. Éste será nuestro último vistazo al objetivo. Después continuaremos nuestro camino como si no hubiéramos descubierto nada.

—Y cuando hayamos terminado de rastrear esta zona —añadió Pitt—, podemos empezar a recorrer otra nueva a, digamos, treinta millas de aquí y fingir que hemos descubierto algo.

—Un buen detalle escénico —asintió Giordino, aprobando la idea—. Montar una pista falsa para despistar.

Knight puso fin a la conversación con una sonrisa burlona:

—Parece un buen guión. Vamos a por él.

El barco cabeceó y la cubierta se ladeó ligeramente a estribor mientras el timonel ponía la hélice en marcha atrás. En la popa del buque y a considerable

distancia de éste, como si fuera un perro obstinado sujeto a una larga correa, un robot sumergible llamado *Sherlock* enfocó automáticamente sus dos cámaras de cine y su objetivo fotográfico mientras seguía emitiendo ondas de sonar hacia el fondo del mar. *Sherlock*, que presumiblemente había sido bautizado con ese nombre en recuerdo del detective de ficción, ponía a la vista con todo detalle lechos marinos que el hombre no había podido ver hasta entonces.

Los minutos transcurrieron con la lentitud de las horas hasta que, por fin, la cresta del cráter empezó a aparecer en la gráfica. El rumbo del *Polar Explorer* arrastró a *Sherlock* sobre la empinada pendiente del interior del cráter y tres pares de ojos se concentraron sobre el aparato.

—Ahí está —dijo Giordino con un leve temblor de excitación en la voz. El submarino soviético casi llenó el lado de babor de la sonografía. Descansaba en un ángulo pronunciado, con la popa hacia el centro del cráter y la proa apuntando al borde. El casco estaba intacto y en pie, al contrario que los submarinos norteamericanos, el *Thresher* y el *Scorpion* que, en la década de los sesenta, habían estallado en cientos de pedazos al naufragar. La ligera escora a estribor no superaba los dos o tres grados. Habían transcurrido diez meses desde su desaparición pero el casco aparecía libre de vegetación y de óxido en las aguas heladas del Ártico.

—No hay duda de que se trata de un clase Alfa —dijo Knight—. Movido por energía atómica, casco de titanio antimagnético y anticorrosivo en agua salada, tecnología punta en hélices silenciosas… El submarino más rápido y capaz de alcanzar mayores profundidades, tanto de la flota soviética como de la norteamericana.

El intervalo entre la grabación de sonar y la imagen de vídeo era de unos treinta segundos. Como si estuvieran presenciando un partido de tenis, las tres cabezas se volvieron a la vez, de la gráfica del sonar a los monitores de televisión, en las que se fijaron atentamente.

Las suaves líneas del submarino aparecieron ante su vista bajo las luces de las cámaras y quedaron expuestas en un fantasmagórico tono gris azulado. A los norteamericanos les costaba aceptar que el barco ruso fuera la tumba de más de ciento cincuenta hombres que reposaban en su interior. Más bien parecía un juguete infantil posado en el fondo de una piscina de poca profundidad.

—¿Alguna indicación de radiactividad fuera de lo normal? —preguntó Knight.

—Un levísimo aumento —respondió Giordino—. Probablemente, del reactor del submarino.

—El núcleo del reactor no parece haberse fundido —conjeturó Pitt.

—Según las mediciones, no.

Knight observó las pantallas y realizó una primera evaluación del estado del submarino.

—Algunos daños en la proa. El plano de inmersión de babor arrancado y una

larga brecha en la parte inferior, que se extiende unos veinte metros.

—Y muy profunda, al parecer —apuntó Pitt—. Penetró en los tanques de lastre y rompió el casco interno presurizado. El submarino debió chocar contra el borde opuesto del cráter, dejándose las entrañas en la roca. Es fácil imaginar a la tripulación tratando de llevarlo a la superficie mientras cruzaba sobre el centro del cráter. Sin embargo, debió entrar en el casco más agua de la que eran capaces de achicar y terminó por hundirse hasta impactar, al final, a media altura de la cresta, en este lado de la curiosa formación geológica.

El silencio cubrió el compartimiento por unos instantes cuando el submarino quedó a popa del *Sherlock* y desapareció lentamente de la visión de las cámaras. Los hombres continuaron con la vista fija en los monitores mientras el quebrado contorno del fondo del mar seguía pasando ante ellos. Sus mentes imaginaron la muerte terrible que acechaba a los hombres que surcaban las hostiles profundidades marinas.

Durante medio minuto nadie habló, ni casi respiró. Luego, poco a poco, fueron sacudiéndose de encima la visión de pesadilla y se apartaron de los monitores. El hielo se había roto. Empezaron a relajarse y a reír con el entusiasmo espontáneo de un grupo de bebedores celebrando junto a una barra un gol del equipo local.

Pitt y Giordino ya podían echarse a descansar el resto del viaje. Su aportación al proyecto de investigación había terminado. Habían encontrado una aguja en un pajar. Luego, lentamente, la expresión de Pitt recobró la seriedad y su mirada se perdió en el vacío.

Giordino reconoció los síntomas debido a su larga experiencia junto a Pitt. Una vez terminado con éxito un proyecto, su amigo sufría una depresión. El reto que se había planteado estaba resuelto y su mente inquieta necesitaba pasar inmediatamente al siguiente.

—Has hecho un trabajo de primera, Dirk, y tú también, Al —dijo Knight calurosamente—. Desde luego, vosotros, los de la NUMA, conocéis a fondo las técnicas de rastreo. Éste va a ser el golpe más espectacular del contraespionaje en veinte años.

—No te dejes llevar por el entusiasmo —replicó Pitt—. Lo más difícil todavía ha de llegar. Recuperar el submarino bajo las narices de los rusos va a ser una operación delicada. Esta vez no habrá ningún *Glomar Explorer*. Nada de rescatarlo con barcos de superficie perfectamente visibles, toda la operación tendrá que realizarse bajo el agua…

—¿Qué diablos es eso? —lo interrumpió Giordino, cuyos ojos habían vuelto al monitor—. Parece un cántaro.

—Más bien una jarra —confirmó Knight.

Pitt contempló la pantalla un largo instante, pensativo, y sus ojos cansados, enrojecidos, brillaron de pronto con una súbita intensidad. El objeto estaba

derecho. Dos asas sobresalían a ambos lados de un cuello estrecho y bien torneado que daba paso a un cuerpo ancho y ovalado, el cual terminaba en una base cónica enterrada en el sedimento.

—Es un ánfora de terracota —anunció por fin Pitt.

—Creo que tienes razón —asintió Knight—. Los griegos y los romanos las usaban para el transporte del vino y el aceite. Han sido encontradas a todo lo largo del Mediterráneo.

—¿Y qué está haciendo una de ellas en el mar de Groenlandia? —Giordino no dirigió la pregunta a nadie en particular—. Mirad, a la izquierda de la pantalla. Ahí aparece otra.

A continuación, un grupo de tres pasó ante las cámaras, seguido de otras cinco que formaban una especie de hilera en dirección sudeste a noroeste. Knight se volvió hacia Pitt.

—Tú eres el experto en rescates marinos. ¿Qué opinas de esto?

Pasaron unos buenos diez segundos antes de que Pitt respondiera. Cuando al fin lo hizo, su voz era distante, como si viniera del compartimiento contiguo.

—Me temo que esas ánforas nos conducen a un antiguo naufragio que, según los libros de historia, es imposible que se hubiese producido aquí.

6

Rubin habría vendido su alma por abandonar aquella tarea imposible, por apartar las manos bañadas en sudor de los mandos del avión, por cerrar sus cansados ojos y aceptar la muerte. Sin embargo, su sentido de la responsabilidad para con la tripulación y los pasajeros lo empujó a continuar.

Ni en sus peores pesadillas se había visto en un apuro semejante. Un movimiento en falso, un ligero error de apreciación y cincuenta personas encontrarían una tumba profunda e ignorada en las frías aguas del océano. No era justo, gritó mentalmente una y otra vez, no era justo.

No funcionaba ninguno de los instrumentos de orientación. Todo el equipo de comunicaciones estaba también desconectado. Ni uno solo de los pasajeros había pilotado jamás un avión, aunque fuera una avioneta ligera. Rubin estaba desorientado por completo e irremisiblemente perdido. Los indicadores de combustible, inexplicablemente, marcaban « vacío» . Su mente luchó contra la confusión que le rodeaba.

¿Dónde estaba el piloto? ¿Qué había causado la muerte de los pilotos? ¿Quién estaba tras aquella absurda locura?

Las preguntas bulleron en su mente, pero las respuestas continuaron envueltas en una frustrante incógnita. El único consuelo de Rubin era que no estaba solo. Otro hombre compartía la cabina de mando.

Eduardo Ybarra, miembro de la delegación mexicana, había servido como mecánico en las fuerzas aéreas de su país. Habían pasado treinta años desde que se encargara de apretar tuercas en un aparato propulsado a hélice, pero, una vez sentado en el asiento del copiloto leyendo instrumentos para Rubin y al mando de los controles de los motores, habían vuelto poco a poco a su mente recuerdos fragmentarios de esa época de su vida.

Ybarra tenía un rostro redondo y atezado, un cabello tupido y negro con algunas canas y unos ojos castaños muy separados e inexpresivos. Con su traje de tres piezas, parecía fuera de lugar en la cabina de mando. Sorprendentemente, no había una gota de sudor en su frente y no se había quitado la americana ni se había aflojado la corbata.

El mexicano hizo un gesto con la mano hacia el cielo a través del parabrisas.

—A juzgar por las estrellas, yo diría que vamos en dirección al polo Norte.

—Por lo que yo sé, podríamos estar volando hacia el este sobre Rusia —replicó Rubin con aire sombrío—. No tengo la más remota idea de nuestro rumbo.

—Eso que dejamos atrás hace un rato era una isla.

—¿Cree que era Groenlandia?

Ybarra movió la cabeza en gesto de negativa:

—Durante las últimas horas hemos estado volando encima del agua. Si fuera Groenlandia, todavía estaríamos sobre los heleros. Yo diría que esa tierra era Islandia.

—¡Dios mío! ¿Cuánto tiempo llevamos rumbo al Norte?

—No hay modo de saber cuándo se desvió el piloto de la ruta Londres-Nueva York.

Un nuevo temor se añadió a la doliente confusión de Rubin. Una desgracia se sumaba a otra. Sus posibilidades de salir de aquello con vida, una entre mil, acababan de reducirse en un abrir y cerrar de ojos a una entre un millón. Era preciso tomar una decisión desesperada, la única posible.

—Voy a desviar el avión noventa grados a babor.

—No tenemos otra solución —asintió Ybarra con gesto solemne.

—Si nos estrellamos en tierra, tal vez pueda sobrevivir alguien. Intentar posarnos en el mar con un fuerte oleaje y en la oscuridad resulta casi imposible, incluso si fuéramos pilotos experimentados. Y si por algún milagro lográramos amerizar intactos, ningún ser humano vestido con ropas de calle duraría más de unos minutos en unas aguas heladas como ésas.

—Quizá sea ya demasiado tarde. —El delegado mexicano en la ONU indicó con la cabeza el tablero de instrumentos. En el panel destelleaban unas luces rojas avisando que se agotaban las reservas de combustible—. Me temo que nuestro tiempo en el aire ha terminado.

Rubin observó con desconcierto los delatores instrumentos. No sabía que el Boeing consumía la misma cantidad de combustible volando a 200 nudos y a 5000 pies que si lo hiciera a 500 nudos y a 35 000 pies.

—Muy bien, entonces volaremos hacia el oeste hasta que el avión se caiga.

Rubin se frotó las palmas de las manos en las perneras del pantalón y agarró los controles de nuevo. No había vuelto a tomar el mando del avión desde que salvara el pico del glaciar. Respiró profundamente y pulsó el botón de desconexión del piloto automático, situado junto a su dedo pulgar. Desconocía la técnica para hacer virar la aeronave mediante los alerones y un alabeo, de modo que se limitó a utilizar los timones de profundidad para modificar lentamente el rumbo sin perder altitud. Cuando al fin tuvo la proa del avión en la línea deseada, notó que algo iba mal.

—El motor número cuatro está bajando de revoluciones —le informó Ybarra con un perceptible temblor en la voz—. Se está quedando sin carburante.

—¿No deberíamos cortar ese motor o algo así?

—No sé cómo se hace —respondió Ybarra.

«¡Dios Santo! —pensó Rubin—. ¡Un ciego guiando a otro ciego!». El altímetro empezó a registrar un mantenido descenso. La velocidad del aire lo indicaba también. Rubin, en un impulso irracional, intentó, más que seguir pilotando el aparato, sostenerlo en el aire a pura fuerza de voluntad.

También intentó detener el tiempo mientras la distancia entre el avión y las olas iba reduciéndose lenta e inexorablemente. Luego, sin previo aviso, la columna de control empezó a vibrar y a perder firmeza entre sus manos.

—¡Estamos entrando en pérdida! —gritó Ybarra con un asomo de miedo, por fin, en sus estoicas facciones—. Lleve el morro hacia abajo.

Rubin movió la palanca hacia adelante, plenamente consciente de que estaba acelerando lo inevitable.

—¡Baje los alerones para aliviar la presión! —ordenó a Ybarra.

—Bajando los alerones —repitió Ybarra con los labios apretados.

—Se acabó —murmuró Rubin—. Vamos a caer.

A la puerta abierta de la cabina, una azafata escuchó el diálogo con los ojos desorbitados de miedo y el rostro blanco como una hoja de papel.

—¿Vamos a estrellarnos? —preguntó, apenas en un susurro.

Rubin, tenso en su asiento y demasiado ocupado para volverse, masculló una respuesta:

—¡Sí, maldita sea! ¡Ve a asegurarte!

La muchacha dio media vuelta y estuvo a punto de caer mientras corría a la zona de pasajeros para preparar a los demás tripulantes y pasajeros para lo peor. Todo el mundo se daba cuenta de que no había modo de retrasar lo inevitable y, afortunadamente, no se produjo pánico ni demostraciones de histeria por parte del pasaje. Incluso las oraciones fueron musitadas en voz baja.

Ybarra se volvió en su asiento y miró hacia el pasillo. Kamil estaba consolando a un anciano que temblaba sin control. El rostro de la mujer reflejaba una total serenidad y parecía traslucir una extraña expresión de satisfacción. Realmente, pensó Ybarra, era una mujer encantadora. Qué lástima que su belleza fuera a apagarse tan pronto. Suspiró y volvió a concentrarse en el tablero de instrumentos.

El altímetro señalaba menos de doscientos metros. Ybarra se arriesgó a aumentar la potencia de los tres motores restantes en un gesto inútil, nacido de la desesperación. Con ello, sólo lograría que los motores consumieran más deprisa los escasos litros de carburante que quedaban y se apagaran antes. Pero Ybarra ya había dejado de pensar con lógica. No podía quedarse allí sentado sin hacer nada. Le pareció que debía realizar un último acto de desafío, lo que fuera, aunque significara acelerar su propia muerte.

Pasaron en un instante cinco minutos angustiosos. El negro océano se alzó

para engullir el avión.

—¡Veo luces! —exclamó Rubin—. ¡Justo delante!

Ybarra parpadeó al instante y escrutó la oscuridad a través del parabrisas.

—¡Un barco! —gritó—. ¡Un barco!

Y, casi al tiempo que gritaba, el avión pasó rugiendo sobre el *Polar Explorer*, a menos de diez metros del mástil del radar.

7

La tripulación del rompehielos había sido alertada por el radar de la proximidad del aparato. Los hombres que ocupaban el puente encogieron la cabeza involuntariamente cuando el avión, con los dos reactores que le quedaban en marcha aullando como almas en pena, pasó sobre ellos en dirección a la costa de Groenlandia, al oeste.

El rugido llenó el compartimiento de electrónica, que se vació como un lago a través de una presa rota. Knight se dirigió corriendo al puente, con Pitt y Giordino pisándole los talones.

Ninguno de los hombres de servicio en el puente hizo el menor ademán de volverse cuando el comandante cruzó la puerta. Todos tenían puesta la mirada en el avión que se alejaba.

—¿Qué diablos era eso? —preguntó Knight al oficial de guardia.

—Un avión no identificado ha estado a punto de embestir al barco, señor.

—¿Militar?

—No, señor. He visto por un instante la parte inferior de las alas cuando pasaba encima de nosotros. No tenía distintivos.

—¿Un avión espía, tal vez?

—Lo dudo. Llevaba todas las ventanillas iluminadas.

—Un aparato comercial —apuntó Giordino.

Knight se volvió hacia él con una expresión vaga y un tanto irritada.

—¿Qué pretende ese piloto, poniendo en peligro mi barco? ¿Y qué está haciendo por aquí? Nos encontramos a cientos de kilómetros de los pasillos de vuelo comerciales.

—Parece que pierde altitud —intervino Pitt, contemplando el parpadeo de las luces de posición que se perdían hacia el este—, yo diría que va a estrellarse.

—Que Dios los ayude si caen al mar en medio de esta oscuridad.

—Es extraño que no haya conectado las luces de aterrizaje.

—Extraño: ésa es la palabra —asintió con la cabeza el oficial de guardia—. Un piloto en dificultades seguro que enviaría una señal de auxilio, pero la sala de comunicaciones no ha captado nada en absoluto.

—¿Hemos intentado ponernos en contacto con él?

—Desde que apareció en el radar. No ha habido respuesta.

Knight se acercó a la ventana del puente y miró al exterior. Dio unos golpecitos con las yemas de los dedos en el cristal, pensativo, durante no más de cuatro segundos. Después, dio media vuelta sobre sus tacones y miró al oficial de guardia.

—Mantenga el curso. Continúe el rastreo según lo previsto.

—Comprendo su decisión, capitán —intervino Pitt—, pero no puedo decir que la comparta.

—Está usted en un buque de la Marina, señor Pitt —replicó Knight con gesto severo—. No somos el servicio de Guardacostas. Nuestra misión tiene prioridad absoluta.

—A bordo de ese avión podrían viajar mujeres y niños.

—De momento, nada indica una tragedia. El aparato sigue volando. Si el *Polar Explorer* es la única esperanza de rescate en esta parte del océano, ¿por qué no hay ninguna llamada de socorro, ningún intento de hacernos señales con los faros de aterrizaje, ningún signo de preparativos para hacer descender el avión al mar? Usted es aviador, Pitt, dígame por qué el piloto, si estaba en dificultades, no ha sobrevolado el barco en círculos.

—Tal vez esté tratando de llegar a tierra.

—Si me perdona el capitán —interrumpió el primer oficial—, he olvidado mencionar que el aparato llevaba bajados los alerones de aterrizaje.

—Seguimos sin pruebas de la inminencia de una catástrofe —insistió Knight, obstinado.

—¡Todo avante y a la mierda con la compasión! —masculló Pitt con voz gélida—. ¡No estamos en la guerra, comandante! Estamos hablando de una misión humanitaria. No me gustaría llevar sobre mi conciencia la muerte de cien personas por haber dejado de actuar. La Marina puede permitirse el combustible que empleemos en investigar.

Knight ladeó la cabeza hacia la sala de mapas anexa, que estaba vacía, y cerró la puerta una vez hubieron entrado Pitt y Giordino.

—Es preciso que tengamos en cuenta nuestra misión —insistió el comandante, sin exabruptos—. Si nos desviamos ahora de nuestro rumbo, los soviéticos sospecharán que hemos encontrado el submarino y se concentrarán en rastrear esta zona.

—Un buen argumento —reconoció Pitt—. Pero, aun así, puedes enviarnos a Giordino y a mí a husmear.

—Te escucho.

—Podemos usar nuestro helicóptero NUMA, que tenemos en la cubierta de popa, y tú nos dejas a los sanitarios y a un par de marineros fuertes. Iremos tras ese avión mientras el *Polar Explorer* continúa explorando el suelo marino.

—¿Y la vigilancia soviética? ¿Cómo interpretarán todo esto sus analistas de contraespionaje?

—Al principio, no lo considerarán una coincidencia. Es probable que ya estén tratando de imaginar una relación. Pero si, Dios no lo quiera, el avión se estrella y resulta ser un aparato comercial, al menos tendrás una razón legítima para haber variado el rumbo y emprender una misión de rescate. Después, reanudaremos nuestra búsqueda según lo previsto, engañaremos a los rusos y jugaremos a convertir una catástrofe en un golpe de suerte.

—¿Y el vuelo del helicóptero? Seguirán todos vuestros movimientos.

—Al y yo usaremos canales abiertos de comunicaciones y mantendremos un diálogo normal sobre la búsqueda del misterioso avión caído. Eso debería calmar sus suspicacias.

Knight bajó la mirada, posándola en algo más allá de la cubierta del puente. Tras un suspiro, alzó los ojos hacia Pitt.

—Estamos perdiendo el tiempo. Preparad el pájaro y calentadlo. Me ocuparé del personal médico y de reunir un grupo de voluntarios.

Rubin no hizo ningún intento de volar en círculo sobre el *Polar Explorer* debido a la casi inexistente altitud y a su absoluta falta de talento como piloto. Tenía todas las posibilidades de desequilibrar el aparato y enviarlo dando vueltas contra las grandes olas.

La mera visión del barco había encendido un leve hálito de esperanza en la cabina. Ahora habían sido avistados y los grupos de rescate sabrían dónde buscar a los posibles supervivientes. No era un gran consuelo, pero mejor eso que nada.

Las negras aguas se convirtieron de pronto en una sólida capa de hielo que, amplificado por el resplandor de las estrellas, pasó velozmente bajo el aparato. Estaban cayendo sobre una llanura helada, desolada.

—¡Madre de Dios! —murmuró Ybarra—. Veo montañas a nuestra derecha. Estamos sobre tierra.

El péndulo de la fortuna se había decantado al cabo en favor de Rubin. Las montañas de Ybarra eran una cordillera que se extendía sobre la mellada costa groenlandesa más de ciento cincuenta kilómetros en ambas direcciones. Rubin, sin embargo, había conseguido esquivarla milagrosamente y había conducido el Boeing en su descenso justo al centro del fiordo de Ardencaple. Ahora, sobrevolaba el angosto estero con el mar helado debajo y entre las cumbres de unos acantilados de abrupta pendiente. La fortuna también había conjurado un viento de proa que proporcionaba al avión un poco más de sustentación.

El hielo le parecía lo bastante cerca como para extender la mano y pasar los dedos sobre él. Las luces reflejaban un caleidoscopio de colores cambiantes. Al frente se alzaba una masa oscura. Presionó ligeramente el pedal del timón derecho y la masa oscura se deslizó hacia el lado de babor.

—¡Baje el tren de aterrizaje!

Ybarra obedeció sin replicar. Según el procedimiento de urgencia normal, era lo peor que se podía hacer; sin embargo, en su ignorancia, los improvisados pilotos habían tomado inconscientemente la decisión más correcta para el tipo de superficie que tenían debajo. El tren de aterrizaje salió de su hueco en el fuselaje y el avión perdió velocidad rápidamente debido al aumento de la resistencia del viento.

Rubin asió los controles hasta que los nudillos se le volvieron de marfil y miró directamente hacia el hielo que se deslizaba a toda velocidad. Los cegadores cristales parecían levantarse a su encuentro, agrandándose cada vez más.

Cerró los ojos, rogando que estuvieran cayendo sobre nieve blanda en lugar de estrellarse contra el hielo sólido. Ybarra y él ya no podían hacer más. El fin se aproximaba con horrible rapidez.

Afortunadamente, no sabía, no podía saber, que el hielo sólo tenía un metro de espesor, demasiado poco para aguantar el peso de un Boeing 720-B.

El rompecabezas de luces de los instrumentos se había vuelto loco y muchas de ellas lanzaban destellos en rojo. El hielo surgía de la oscuridad. Rubin tenía la sensación de atravesar una cortina negra para salir a un vacío blanco. Tiró de la palanca de control hacia él y la velocidad del avión se redujo al tiempo que la proa se levantaba por última vez en un débil intento de agarrarse al cielo.

Ybarra permaneció inmóvil, aterrado. Sin recordar la velocidad del aire, de 320 kilómetros por hora, se quedó paralizado y no hizo el menor intento de cortar los motores. Y, en su estado de confusión, tampoco cortó el combustible ni la energía eléctrica.

Se produjo el impacto.

Por puro reflejo, Rubin e Ybarra levantaron los brazos y cerraron los ojos. Los neumáticos rozaron el hielo, se deslizaron y dejaron unas huellas paralelas sobre la blanca superficie. El motor de babor más próximo al cuerpo del avión rozó el suelo y fue arrancado de sus monturas, para perderse en la oscuridad dando vueltas furiosamente. Los dos motores de estribor hincaron el hielo al mismo tiempo, quedaron enganchados y arrancaron el ala, convirtiéndola en una masa retorcida y chirriante. La electricidad se cortó en aquel instante y todas las luces se apagaron.

El Boeing se deslizó por la capa de hielo del fiordo, perdiendo piezas de gimiente metal como partículas de la cola de un cometa. Golpeó una cresta de presión que se había levantado en el hielo al chocar dos témpanos. Las ruedas delanteras quedaron aplastadas contra la panza del aparato bajo la cabina de mandos, penetrando en el compartimiento inferior. La proa cayó y excavó un surco en el hielo; sus débiles planchas de aluminio se hundieron hacia el interior de la cabina. Por fin, el impulso cedió y el estrujado aparato, deformado y desmembrado, llegó al término de su frustrado viaje. Se detuvo a apenas treinta metros de un sólido escollo de grandes peñascos próximo a la orilla helada.

Durante unos breves segundos, se produjo un silencio de muerte. Luego, una serie de crepitaciones surgieron del hielo, el metal soltó un gemido como si rozara contra otro metal y el roto metal se hundió entre el hielo hasta quedar semisumergido en las gélidas aguas.

8

Los arqueólogos también oyeron al Boeing sobrevolar el fiordo. Salieron apresuradamente de su casa prefabricada a tiempo de ver por unos instantes la silueta del avión reflejada en el hielo iluminado por los faros del aparato. El grupo pudo apreciar claramente las luces de las ventanillas y el tren de aterrizaje desplegado. Casi de inmediato les llegó el estruendo del metal chirriante y, una fracción de segundo más tarde, la vibración del impacto sacudió la superficie helada. Las luces se apagaron pero el quejido del metal torturado continuó durante unos segundos. Luego, de pronto, un silencio mortal llenó la oscuridad. Un silencio que venció al lóbrego aullido del viento.

Los arqueólogos permanecieron paralizados de incredulidad. Desconcertados, inmóviles en el exterior de la cabaña e insensibles al frío, escrutaron la negra noche como estatuas de sal.

—¡Dios santo! —murmuró por fin Gronquist con voz agitada—. ¡Se ha estrellado en el fiordo!

Lily tampoco pudo ocultar su excitación:

—¡Qué horror! Es imposible que alguien haya resultado ileso.

—Lo más probable es que estén todos muertos, si el aparato ha caído al agua.

—Probablemente sea ésa la razón de que no se haya incendiado —añadió Graham.

—¿Se ha fijado alguien en qué tipo de avión era? —preguntó Hoskins.

—Ha sido todo demasiado rápido —respondió Graham sacudiendo la cabeza —. Pero era bastante grande, de todos modos. Me ha parecido un cuatrimotor. Tal vez sea una patrulla de reconocimiento de los hielos.

—¿A qué distancia calculas que ha caído? —inquirió Gronquist.

—Aproximadamente a un kilómetro o un poco más.

—Tenemos que hacer algo para socorrerlos —propuso Lily con las facciones de su rostro pálidas y tensas.

Gronquist calculó visualmente el rumbo a tomar y se frotó con las manos las mejillas, que llevaba al descubierto.

—Volvamos adentro antes de congelarnos y tracemos un plan sin precipitarnos.

Lily empezó a reaccionar.

—Recoged mantas y toda la ropa de abrigo sobrante que encontréis —dijo bruscamente—. Yo me ocuparé del botiquín.

—Mike, ve a la radio —ordenó Gronquist—. Notifica el suceso a la estación meteorológica de Daneborg. Ellos harán llegar la noticia a las unidades de rescate de la Fuerza Aérea en Thule.

Graham hizo un gesto de asentimiento con la mano y fue el primero en regresar a la cabaña.

—Será mejor que llevemos herramientas para liberar de los restos del aparato a los posibles supervivientes —intervino Hoskins. Gronquist asintió mientras se enfundaba el abrigo de piel de foca y los guantes.

—Buena idea —murmuró—. Haz una lista de todo lo demás que necesitaremos. Engancharé el trineo a una de las motos de nieve. Podemos llevar en él todo el equipo.

Cinco minutos antes, todos estaban dormidos. Ahora, se estaban colocando a toda prisa las ropas contra el frío y corrían a ocuparse de sus respectivas tareas. Olvidada quedaba la enigmática moneda bizantina, y olvidada la comodidad y el calor del sueño reparador. Lo único que importaba ahora era la urgencia de llegar al avión lo antes posible.

Cuando volvió a salir, con la cabeza inclinada contra una repentina ráfaga de viento, Gronquist apretó el paso en torno a la cabaña hasta llegar a un pequeño cobertizo cubierto de nieve donde guardaban las dos motos de nieve de la expedición. Rompió a puntapiés el hielo que se había formado en la parte inferior de la puerta y la abrió de un empujón. En el interior, un pequeño calefactor de aceite luchaba, con la misma eficacia que una vela en un congelador, por mantener la atmósfera del interior veinte grados por encima de la temperatura exterior. Pulsó los botones de encendido de los vehículos pero las baterías estaban casi agotadas después de meses de uso continuado y ambos motores se negaron a ponerse en marcha. Mascullando maldiciones entre las nubes de vapor de su aliento, se quitó los gruesos guantes con los dientes y empezó a tirar de las cuerdas de encendido manual. El motor de la primera moto de nieve respondió al quinto intento, pero el segundo siguió obstinado en negarse. Por fin, después de treinta y dos intentos (Gronquist los contó), el vehículo cobró vida entre accesos de tos.

Enganchó el extremo de un gran trineo al pestillo trasero de la moto de nieve, cuyo motor había tenido tiempo de sobras para calentarse. Lo consiguió justo a tiempo, cuando las yemas de sus dedos empezaban ya a perder sensibilidad.

Cuando salió del cobertizo, los demás ya habían amontonado las ropas y equipos de socorro en el pasillo de acceso a la cabaña. Salvo Gronquist, los demás iban abrigados con monos de fibras artificiales rellenos de plumón. En

menos de dos minutos, cargaron hasta los topes el trineo. Graham entregó a cada uno una potente linterna y se dispusieron para la marcha.

—Si se han hundido en el hielo —gritó Hoskins por encima del viento—, ya podemos ir olvidándonos.

—Tienes razón —respondió Graham con otro grito—. Ya estarán ahora mismo muertos de hipotermia.

—El pesimismo no ha salvado nunca a nadie —dijo Lily, con un aire ceñudo en sus ojos bajo el pasamontañas—. Lo mejor será que os pongáis en movimiento enseguida, pájaros de mal agüero.

Gronquist cogió a la muchacha por la cintura y la ayudó a acomodarse en la moto.

—Haced lo que dice la señora, chicos. Ahí fuera hay gente muriéndose.

Montó en el sillín delante de Lily y dio gas mientras Hoskins y Graham corrían hacia la segunda moto, que aguardaba al ralentí en el cobertizo. El tubo de escape tosió y las estrías traseras del vehículo oruga se agarraron a la nieve. Gronquist dio una cerrada media vuelta y puso dirección a la orilla del fiordo, con el trineo dando botes detrás de ellos.

La moto salvó las piedras desiguales cubiertas de hielo de la playa del fiordo helado. La marcha era peligrosa. La luz del único faro del vehículo, instalado delante del manillar, saltaba en la capa de hielos flotantes desquiciadamente, en una confusión de destellos blancos y sombras negrísimas que hacía casi imposible a Gronquist distinguir las crestas de presión hasta que las tenía encima, como si estuviera a bordo de un bote salvavidas en plena marejada. Y, por grande que fuera su habilidad como piloto, no tenía modo de evitar que el trineo, con su pesada carga, se desviara y coleara sobre el hielo.

Lily unió las manos en torno al prominente estómago de Gronquist en un abrazo mortal, con los ojos cerrados y la cabeza enterrada entre los hombros del arqueólogo. Gritó a éste que redujera la velocidad, pero el hombre no le hizo caso. Ella se volvió y localizó la luz vacilante de la segunda moto de nieve, que se acercaba a toda prisa por detrás.

Sin el peso suplementario del trineo, el vehículo que cerraba la marcha, con Hoskins al manillar y Graham de acompañante, no tardó en alcanzarlos y dejarlos atrás.

Muy pronto, lo único que Lily pudo distinguir de los dos hombres fue una mancha confusa de siluetas oscuras entre una nube de nieve polvo arrastrándose por la superficie.

La muchacha notó a Gronquist repentinamente tenso en el instante en que un gran objeto metálico surgió en la oscuridad al otro extremo de la zona bañada por la luz del faro. El hombre viró deprisa el manillar hacia su izquierda. El borde de los patines delanteros se clavó en el hielo y el vehículo se desvió a apenas un metro de un fragmento del ala destrozada del avión. Gronquist hizo un frenético

intento de enderezar la moto, pero el súbito desplazamiento de la fuerza centrífuga hizo que el trineo diera un latigazo como la cola de una serpiente de cascabel enloquecida. El inestable trineo empezó a patinar sin control, chocó por detrás con la moto y se soltó de ésta. Luego, las puntas de los patines se clavaron en la nieve y el trineo volcó, esparciendo su carga en el aire como los restos de una explosión.

Gronquist lanzó un grito pero sus palabras quedaron interrumpidas cuando el golpe plano de uno de los patines del trineo le acertó con precisión en el hombro, arrojándolo lejos del vehículo. El hombre voló por los aires como una bola de demoliciones a punto de golpear una pared. La capucha del abrigo quedó hacia atrás y su desprotegida cabeza fue a golpear contra una cresta de hielo.

Los brazos de Lily perdieron la cintura de Gronquist cuando éste se desvaneció en el aire. La muchacha habría podido salir del trance sin más que unos cardenales o alguna torcedura, pues el trineo no la alcanzó antes de estrellarse y detenerse a unos metros de distancia. Sin embargo, la moto de nieve tenía otras intenciones. Sin las manos de Gronquist a los mandos, se detuvo y quedó en un precario equilibrio, balanceándose en un ángulo de cuarenta y cinco grados con el motor al ralentí.

Durante un breve instante, permaneció en aquella posición; después, lentamente volcó sobre uno de los lados y cayó encima de las piernas de Lily, atrapándola sin remedio de cintura para abajo contra la capa de hielo.

Hoskins y Graham no advirtieron de inmediato el accidente, pero también ellos estaban a punto de encontrarse en apuros. Habían cubierto otros doscientos metros cuando Graham se volvió, más por curiosidad que por intuición, para comprobar la distancia que les habían sacado a Lily y Gronquist. Le sorprendió ver tan atrás la luz del vehículo, inmóvil y apuntando al suelo.

Dio unos golpes en el hombro de Hoskins y le gritó al oído:

—Creo que les ha sucedido algo.

La intención original de Hoskins había sido encontrar la depresión producida en el hielo por el avión y seguirla hasta el lugar del choque *final*. Sus ojos trataban de penetrar en las sombras que tenía delante cuando los golpes de Graham interrumpieron su concentración.

El ruido del tubo de escape de la moto de nieve le impidió entender lo que decía. Volvió la cabeza y le gritó a su compañero:

—¡No te oigo!

—¡Da la vuelta! ¡Les ha sucedido algo!

Hoskins asintió y prestó atención de nuevo al terreno que tenía delante. Sin embargo, la breve distracción iba a resultarle muy cara. Demasiado tarde, advirtió la presencia de uno de los surcos abiertos en el hielo por el tren de aterrizaje.

La moto de nieve, como un aparato volador, salvó limpiamente la abertura en

el hielo, de dos metros de anchura. El peso de los dos viajeros inclinó la parte delantera hacia abajo y el vehículo chocó contra el muro del otro lado, con un chasquido seco como el disparo de una pistola. Afortunadamente para ellos, Hoskins y Graham salieron lanzados por encima del borde del muro y fueron a parar a la superficie de hielo, donde sus cuerpos rodaron y se deslizaron como si fueran muñecos de trapo arrojados sobre un suelo encerado.

Treinta segundos después, un conmocionado Graham consiguió ponerse a gatas con los anquilosados movimientos y sin saber muy bien cómo había llegado hasta allí. Escuchó un extraño siseo y volvió la cabeza.

Hoskins estaba sentado en posición erguida, con el cuerpo doblado en gesto de dolor y las dos manos apretadas con fuerza en la entrepierna, jadeaba trabajosamente y exhalaba al aire con los dientes apretados, al tiempo que se balanceaba hacia atrás y hacia adelante. Graham se quitó el guante externo y se palpó ligeramente la nariz. No la notó rota, pero sangraba por las fosas nasales, lo cual le obligaba a respirar por la boca. Tras una serie de movimientos, comprobó que seguía moviendo todas las articulaciones y que tenía todos los huesos en su sitio. No era sorprendente, teniendo en cuenta la protección que proporcionaba su indumentaria acolchada. Avanzó gateando hasta Hoskins, cuyo torturado siseo había dado paso a una serie de dolientes gemidos.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Graham, arrepintiéndose de haber formulado una pregunta tan estúpida en el mismo instante en que salía de sus labios.

—Hemos tropezado con un surco abierto en el hielo por ese avión —logró articular Hoskins entre gemidos—. ¡Señor! Creo que estoy castrado.

—Déjame echar un vistazo —Graham sujetó las manos de su compañero y le abrió la cremallera de la parte delantera del mono. Después, sacó la linterna de un bolsillo y la conectó. No pudo reprimir una sonrisa—. Tu esposa va a necesitar otra excusa para deshacerse de ti. No hay rastro de sangre. Tu vida sexual está asegurada.

—¿Dónde están Lily y Gronquist? —preguntó Hoskins, vacilante.

—Unos doscientos metros más atrás. Tendremos que rodear esa abertura en el hielo y comprobar su situación. Hoskins se puso en pie, dolorido, y se acercó cojeando hasta el borde del agujero en el hielo. Curiosamente, el faro de la moto de nieve seguía funcionando y su débil resplandor iluminaba el fondo del fiordo y las burbujas que ascendían desde el aparato, posado en el fondo del fiordo a seis metros de profundidad. Graham se incorporó también y se asomó a las aguas. Después, los dos hombres se miraron.

—Como salvavidas —comentó Hoskins con abatimiento—, es mejor que sigamos dedicándonos a la arqueología.

—¡Silencio! —lo interrumpió de pronto Graham. Se llevó los guantes a los oídos y se volvió en una dirección y otra como una antena de radar. Luego, se

detuvo y señaló con excitación hacia unas luces que destellaban a lo lejos—. ¡Es increíble! —gritó—. ¡Se acerca un helicóptero por el fiordo!

Lily flotó en la semiinconsciencia.

No podía entender por qué le costaba cada vez más razonar con coherencia. Alzó la cabeza y buscó a Gronquist con la mirada. Lo vio tendido en el hielo, inmóvil, a unos metros de ella. Le lanzó un grito, desesperada, tratando de hacerlo reaccionar, pero el hombre parecía muerto. No insistió y, poco a poco, entró en un mundo irreal mientras perdía completamente la sensibilidad en las piernas. Sólo se dio cuenta de que estaba en un ligero estado de shock cuando notó que empezaba a temblar.

Estaba segura de que Graham y Hoskins volverían en cualquier momento, pero los instantes se convirtieron en dolorosos minutos y seguían sin aparecer. La muchacha se sentía muy cansada y ya casi estaba en los dulces brazos del sueño cuando escuchó un extraño y poderoso sonido que se aproximaba por encima de ella. Después, una luz cegadora rasgó la oscuridad del cielo y la cegó. Un súbito torbellino levantó una nube de nieve suelta a su alrededor. El sonido perdió intensidad a continuación y una figura vaga, envuelta por la luz, se acercó a ella.

La figura se convirtió en un hombre enfundado en un grueso abrigo de piel de foca que se hizo cargo de la situación inmediatamente, sujetando con fuerza la moto de nieve y poniéndola en pie para liberar las piernas de la muchacha.

Después se acercó a ella hasta que pudo iluminar su rostro con una linterna. Lily levantó la vista, más borrosa de lo debido, pero distinguió un par de ojos verdes chispeantes que la dejaron sin aliento. Parecían reflejar firmeza, delicadeza y sincera preocupación, en una brillante fusión. Al advertir que se trataba de una mujer, los ojos se cerraron unos milímetros. La muchacha se preguntó, aturdida, de dónde había salido el hombre.

No se le ocurrió otra cosa que decir:

—¡Oh! Me alegro mucho de verle.

—Me llamo Dirk Pitt —respondió una voz cálida—. Si no tiene otro compromiso, ¿por qué no cenamos juntos mañana?

9

Lily miró fijamente a Pitt tratando de descifrar sus palabras, no muy segura de haberlas entendido.

—No sé si estaré en condiciones.

El hombre echó hacia atrás la capucha de su abrigo y pasó las manos por las piernas de la muchacha, de arriba abajo. Después, le apretó suavemente los tobillos.

—No se aprecian fracturas o contusiones importantes —comentó luego con voz amistosa—. ¿Le duele?

—Tengo demasiado frío para que me duela.

Pitt recogió un par de mantas que habían saltado del trineo y la cubrió.

—Usted no es del avión. ¿De dónde diablos ha salido?

—Pertenezco a un grupo de arqueólogos. Estamos trabajando en la excavación de un antiguo poblado esquimal. Hemos oído bajar al avión sobre el fiordo y hemos salido de nuestro refugio justo a tiempo de verlo caer en el hielo. Íbamos para el lugar con ropas de abrigo y un botiquín cuando… —Lily dejó la frase a medio terminar e hizo un gesto abatido hacia el trineo volcado.

—*¿Íbamos?*

Bajo los focos del helicóptero, Pitt se hizo rápidamente una imagen del accidente en la nieve que cubría el hielo: el rastro recto de la moto de nieve, el brusco giro junto al fragmento de ala del avión, los profundos surcos dejados por los patines del trineo fuera de control… Sólo entonces advirtió la presencia de otro cuerpo tendido casi diez metros más allá del ala.

—Un momento.

Pitt llegó hasta Gronquist y se arrodilló a su lado. El grueso arqueólogo respiraba normalmente. Pitt le sometió a un somero examen médico. Lily lo observó durante unos instantes y luego preguntó con ansiedad:

—¿Está muerto?

—De ninguna manera. Sólo tiene una fuerte contusión en la frente. Tal vez tenga alguna fractura, pero lo dudo. La cabeza de este hombre parece una caja fuerte.

Graham apareció caminando pesadamente, seguido por un Hoskins renqueante. Parecían una pareja de abominables hombres de las nieves, con sus

trajes especiales cubiertos de blanco y los pasamontañas emplastados de hielo de sus respiraciones. Graham se quitó el pasamontañas, dejando al descubierto su rostro ensangrentado, y estudió a Pitt unos instantes, desconcertado. Después, esbozó una sonrisa.

—Bienvenido, forastero. Tiene usted un sentido de la oportunidad perfecto.

Desde el aire, ninguno de los ocupantes del helicóptero había visto a los otros dos miembros de la expedición arqueológica y Pitt empezó a preguntarse cuántos casos médicos más estarían deambulando por el fiordo.

—Hemos encontrado aquí a un hombre y una mujer heridos —dijo sin formalidades—. ¿Sabe si forman parte de su grupo?

La sonrisa desapareció del rostro de Graham.

—¿Qué ha sucedido?

—Han tenido un mal vuelco.

—Lo mismo nos ha pasado a nosotros.

—¿Han visto el avión?

—Lo hemos visto caer, pero no hemos llegado hasta él.

Hoskins se asomó por detrás de Graham, observó a Lily y continuó mirando hasta distinguir a Gronquist.

—¿Están heridos de gravedad?

—Lo sabremos mejor después de unas radiografías.

—Tenemos que prestarles ayuda.

—Tengo un equipo de sanitarios a bordo del helicóptero…

—Entonces, ¿a qué diablos espera? —lo interrumpió Hoskins—. Hágales venir.

Hizo un gesto como para apartar a Pitt, pero se vio inmovilizado por una mano de hierro que le sujetaba del brazo. Desconcertado, se encontró frente a un par de ojos que lo miraban sin parpadear.

—Sus amigos tendrán que esperar —dijo Pitt con firmeza—. Tienen prioridad los posibles supervivientes del avión accidentado. ¿A qué distancia tienen el campamento?

—A un kilómetro al sur —respondió Hoskins, sumiso.

—Su vehículo todavía funciona. Usted y su compañero pueden enganchar el trineo y transportar allí a los lesionados. Vayan con cuidado por si alguno sufre heridas internas. ¿Tienen radio?

—Sí.

—Manténganse a la espera en la frecuencia treinta y dos —les indicó Pitt—. Si ese avión era un aparato comercial cargado de pasajeros, tendremos entre manos un auténtico lío.

—Nos mantendremos a la escucha —le aseguró Graham.

Pitt se inclinó hacia Lily y le apretó la mano.

—No olvide nuestra cita —murmuró.

Tras esto, se subió de nuevo la capucha del abrigo, dio media vuelta y regresó

al helicóptero a paso ligero.

Rubin notó que un gran peso lo comprimía por todas partes, como si una fuerza implacable estuviera tirando de él hacia atrás. El cinturón de seguridad y la parte superior del asiento le apretaban cruelmente contra el estómago y los hombros. Abrió los ojos y sólo vio unas formas vagas en sombras. Mientras esperaba a que su visión se aclarase, trató de mover los brazos y las manos, pero parecía tenerlas aprisionadas, inmovilizadas.

Luego, sus ojos se enfocaron gradualmente y comprendió la razón.

Un alud de nieve y hielo había penetrado por el destrozado parabrisas, atrapándole el cuerpo hasta el pecho. Hizo un desesperado intento por liberarse, pero tras unos minutos de forcejeo se dio por vencido. La firme presión lo tenía sujeto como una camisa de fuerza. No tenía manera de escapar de la cabina sin ayuda.

Poco a poco, la conmoción empezó a pasar y apretó los dientes del dolor que sentía en sus piernas rotas. Notaba una extraña sensación en los pies, como si estuvieran sumergidos en agua y se dijo que debía de ser su propia sangre.

Rubin se equivocaba. El avión había atravesado el hielo para hundirse casi tres metros en el agua y ésta había inundado el piso de la cabina hasta la altura de los asientos.

Sólo entonces se acordó de Ybarra. Volvió la cabeza a la derecha y escrutó la oscuridad. El lado de estribor de la proa de la aeronave se había hundido casi hasta la altura del panel del ingeniero de vuelo. Lo único que pudo ver del delegado mexicano fue un brazo rígido, levantado, que sobresalía entre la nieve y el destrozado fuselaje.

Rubin apartó la mirada, repentinamente mareado al darse cuenta de que el hombrecillo que había compartido a su lado la terrible experiencia estaba muerto, con todos los huesos aplastados. También se dio cuenta de que sólo le quedaba un breve tiempo de vida antes de morir congelado. Rompió a llorar.

—¡Debe de estar casi a la vista! —gritó Giordino por encima del ruido del motor y de los rotores.

Pitt asintió y contempló el surco abierta en el despiadado hielo, a cuyos lados aparecían esparcidos piezas y fragmentos del fuselaje. Por fin vio el aparato. Un objeto tangible con las líneas rectas que delataban su fabricación por la mano humana apareció en la penumbra, casi imperceptible. Instantes después, el helicóptero estaba sobre los restos.

El destrozado avión tenía un aspecto lamentable. Una de las alas se había desprendido completamente y la otra estaba torcida hacia atrás contra el

fuselaje. La sección de cola había quedado doblada en un ángulo patético. Los restos tenían el aspecto de un gusano aplastado sobre una alfombra blanca.

—El fuselaje se ha hundido en el hielo y dos terceras partes de él están sumergidas en agua —apuntó Pitt.

—No ha ardido —añadió Giordino—. Es toda una suerte. —Levantó la mano para protegerse los ojos del cegador reflejo de los focos del helicóptero en el metal del avión—. Está realmente brillante. El equipo de mantenimiento se había ocupado de él a fondo. Me parece que se trata de un Boeing 720-B. ¿Alguna señal de vida?

—No —informó Pitt—. Esto no tiene buen aspecto.

—¿Ves alguna marca identificatoria?

—Tres franjas a lo largo del fuselaje, azul celestes y púrpuras, separadas por una banda dorada.

—No recuerdo ninguna línea aérea que use esos colores.

—Desciende y traza un círculo a su alrededor —dijo Pitt—. Mientras buscas un lugar para posarnos, intentaré leer el nombre de la compañía.

Giordino ladeó el helicóptero y descendió en una espiral hacia el lugar de la catástrofe. Los faros de aterrizaje, situados a proa y cola del aparato, iluminaron el avión semihundido en un mar de destellos brillantes. El nombre que aparecía sobre las franjas decorativas estaba escrito con una grafía estilizada, en lugar de con las letras de molde habituales, más fáciles de leer.

—Nébula —leyó Pitt en voz alta—. Nébula air.

—No he oído hablar nunca de ella —comentó Giordino con los ojos fijos en el hielo.

—Es una compañía de lujo que trabaja para personajes importantes. Sólo opera en régimen de vuelos chárter.

—¿Qué diablos hace aquí, tan lejos de las rutas comerciales?

—Si ha quedado alguien con vida para contarlo, pronto lo sabremos.

Pitt se volvió hacia los ocho hombres cómodamente instalados en el cálido vientre del helicóptero. Todos iban convenientemente equipados con la indumentaria de la Marina para el Ártico. Uno de ellos era el médico de a bordo, otros tres eran sanitarios y los cuatro restantes eran expertos en control de siniestros. Los hombres hacían comentarios entre ellos con la misma tranquilidad que si estuvieran en un viaje de autobús a cualquier ciudad del oeste. En medio de ellos, atados con correas al centro de la plataforma, se amontonaban varias cajas de suministros médicos, fardos de mantas y una serie de camillas, junto a varios trajes de amianto y una cesta con equipo antiincendios.

Frente a la puerta principal estaba colocada una unidad térmica auxiliar con sus cables de fijación asegurados a un montacargas. A su lado estaba una moto de nieve de aspecto sólido, con una cabina cerrada y patines a los lados.

El hombre de cabello gris sentado justo detrás de la cabina de los pilotos,

lanzó una sonrisa a Pitt asomando los dientes entre un bigote y una barba a juego con el cabello.

—¿Qué, ya es hora de que nos ganemos la paga? —preguntó animadamente.

Al parecer, nada podía turbar el buen humor natural del doctor Jack Gale.

—Vamos a tomar tierra —respondió Pitt—. No se mueve nada en torno al avión. La cabina está enterrada y el fuselaje parece distorsionado pero intacto. No hay rastro de incendio.

—Nada es sencillo nunca —dijo Dale encogiéndose de hombros—; no obstante, lo que a mí más me disgusta, es tratar los casos de quemados.

—Hasta aquí, las buenas noticias. Las malas son que la cabina del pasaje tiene casi un metro de agua y que no hemos traído las botas impermeables.

—Que Dios se apiade de los heridos que no se hayan puesto a salvo del agua. A la temperatura que está, no habrán durado ni diez minutos —comentó Gale con voz grave.

—Si no pueden abrir la puerta de emergencia los posibles supervivientes, tendremos que abrirnos paso cortando el fuselaje.

—Las chispas de las sierras tienen la desagradable costumbre de prender en el combustible derramado en la zona —intervino el teniente Cork Simón, el corpulento jefe del equipo de control de daños del *Polar Explorer*. El teniente tenía el aire confiado de quien conocía su trabajo a la perfección, y aún más—. Será mejor que entremos por la puerta de la zona de pasaje. El doctor Gale necesitará todo el espacio posible para sacar a los heridos que requieran camilla.

—Tiene razón —asintió Pitt—. Pero una puerta presurizada encajada contra los goznes y torcida por el impacto, tomará su tiempo abrirla por la fuerza. Y ahí dentro puede haber gente muriéndose de congelamiento. Nuestra primera misión debe ser abrir un orificio para introducir el tubo de conducción térmica…

Interrumpió la frase cuando Giordino dio una vuelta cerrada y descendió hacia una zona llana a tiro de piedra del avión siniestrado. Todos prestaron atención a la maniobra, tensos y dispuestos. Fuera, el efecto de las aspas levantó una pequeña ventisca de partículas de nieve y hielo, convirtiendo el lugar de aterrizaje en un revoltijo de color de alabastro que impedía totalmente la visión.

Cuando Giordino apenas había posado las ruedas del helicóptero en el suelo y puesto el motor al ralentí, Pitt abría ya la compuerta de carga del aparato. Saltó al frío y se encaminó hacia los restos. Detrás de él, el doctor Gale empezó a dirigir la descarga del equipo mientras Cork Simón y sus hombres bajaban la unidad térmica auxiliar y la moto de nieve al hielo del fiordo.

Medio corriendo, medio resbalando, Pitt rodeó el fuselaje evitando cuidadosamente las grietas abiertas en el hielo. El aire tenía el desagradable olor del carburante de aviación. Se encaramó al montón de hielo, de un metro de grosor, que se apilaba sobre las ventanillas de la cabina de mandos. Escalar la resbaladiza superficie fue como subir por una rampa engrasada. Trató de

excavar un orificio hasta la cabina pero se rindió rápidamente; le habría llevado más de una hora abrirse paso entre el hielo hasta poder colarse en el interior de la cabina.

Se dejó caer resbalando y pasó alrededor del ala restante. La sección principal estaba arrancada de sus soportes y retorcida, con la punta en dirección a la cola. Estaba sobre el hielo, aplastada junto al hundido fuselaje a menos de un metro por debajo de la hilera de ventanillas. Utilizando el ala como pasarela sobre las aguas abiertas, Pitt se agachó e intentó ver algo en el interior. Las luces del helicóptero brillaban en el plexiglás y tuvo que llevarse las manos en torno a los ojos para evitar el reflejo.

Al principio, no detectó el menor movimiento; sólo oscuridad y una quietud mortal.

Luego, de improviso, un rostro grotesco se materializó al otro lado de la ventanilla, a escasos centímetros de los ojos de Pitt.

Inconscientemente, dio un paso atrás. La repentina aparición de una mujer con un corte por encima de un ojo y un reguero de sangre bañándole la mitad de las facciones, todas ellas distorsionadas por las finas grietas que recorrían la ventanilla, sobresaltaron a Pitt durante unos segundos.

Pronto reaccionó a la sorpresa y estudió el lado intacto del rostro de la mujer. Sus pómulos altos, el cabello largo y oscuro y un ojo castaño oliváceo bastaban para sugerir que se trataba de una mujer muy hermosa, pensó Pitt caritativamente.

Se acercó todo lo posible a la ventanilla y gritó:

—¿Puede abrir la compuerta de emergencia?

La ceja perfectamente depilada se alzó durante una décima de segundo, pero el ojo pareció no comprender.

—¿Puede oírme?

En ese instante, los hombres de Simón pusieron en funcionamiento el generador auxiliar y cobró vida una serie de focos que iluminó el avión con una claridad comparable a la luz diurna. Conectaron rápidamente la unidad térmica y Simón empezó a desenrollar la manguera flexible a través del hielo.

—Por aquí, en el ala —le indicó Pitt—. Y trae algo para cortar una ventanilla.

El grupo de control de siniestros estaba entrenado para las reparaciones de emergencia a bordo del barco y se enfrascó en su trabajo con aire competente y sin desperdiciar movimientos, como si rescatar a los pasajeros atrapados en un avión siniestrado fuera tarea de todos los días.

Cuando Pitt volvió a mirar, el rostro de la mujer había desaparecido.

Simón y uno de su equipo se encaramaron al ala, manteniendo el equilibrio a duras penas y arrastrando iras ellos la boca de la manguera del calorífero. Pitt notó un chorro de aire caliente y le sorprendió que el artefacto necesitara tan poco tiempo para surtir efecto.

—Necesitaremos un hacha de bomberos para abrirnos paso —dijo Pitt.

Simón fingió un gesto de desprecio.

—Concédale a la Marina un mínimo de delicadeza. Hemos avanzado bastante desde esos brutos métodos a base de fuerza. —Extrajo del bolsillo del abrigo una herramienta a pilas, pequeña y compacta. Pulsó un botón y una minúscula rueda abrasiva apareció en un extremo y empezó a rodar—. Atraviesa el aluminio y el plexiglás como si fueran mantequilla.

—Haga su trabajo —replicó Pitt con sequedad, apartándose de en medio.

Simón era tan eficaz como decía; el pequeño artilugio cortó el grueso panel exterior de la ventanilla en menos de dos minutos. La placa interior, más delgada, sólo le llevó treinta segundos.

Pitt se encogió y extendió el brazo en el interior, alumbrando con la linterna. No había rastro de la mujer ni de otros cuerpos. El agua fría del fiordo brillaba bajo el haz de luz y lamía el borde de los asientos.

Simón y Pitt introdujeron el extremo de la manguera por la ventanilla y corrieron luego hacia la parte delantera del avión. Los hombres de la Marina, con los brazos bajo el agua, habían logrado abrir el pestillo de la puerta principal, pero, como ya habían previsto, estaba atascada. Tras esto, taladraron rápidamente unos agujeros en la puerta, atornillaron en ellos unos ganchos de acero y ataron a éstos unos cables que iban hasta la moto de nieve.

El conductor soltó el embrague y el vehículo avanzó centímetro a centímetro hasta que los cables se tensaron. Entonces el motor subió de revoluciones, las planchas metálicas del vehículo oruga se clavaron en el hielo y la pequeña moto de nieve tiró con toda su potencia. Durante unos segundos no pareció suceder nada. Sólo se oyó el gruñido del tubo de escape y el crujido de las planchas metálicas al dejar estampada su huella en el hielo.

Tras una espera llena de ansiedad, un nuevo sonido rompió el frío, un chirrido sobrenatural de metal protestando, y el extremo inferior de la puerta de la cabina apareció en la superficie del agua. Tras desenganchar los cables, todo el grupo de rescate se agachó en torno a la entrada, apoyaron los hombros en la puerta y la empujaron hasta que, con un crujido, quedó en una posición casi completamente abierta.

El interior del avión estaba a oscuras y envuelto en un silencio siniestro. Pitt se estiró sobre el estrecho brazo de aguas abiertas y se asomó a lo desconocido, notando en su estómago un nudo de morbosa curiosidad. Su figura produjo una sombra sobre el agua en el pasillo de la cabina de pasajeros y, al principio, no vio nada salvo el reflejo de las paredes de la zona de cocina.

Todo estaba extrañamente silencioso y no había indicio de restos humanos.

Pitt vaciló y miró atrás. El doctor Gale y su equipo médico estaban observando con sombría expectación, mientras los hombres de Simón procedían a tender un cable eléctrico desde el generador auxiliar para iluminar el interior

del avión.

—Voy a entrar —anunció Pitt.

Saltó por la abertura al interior del aparato. Se posó en el suelo de la cabina con un chapoteo y comprobó que el agua le cubría hasta las rodillas. Notó como si sus piernas hubieran recibido de pronto mil aguijonazos. Penetró en el vestíbulo y accedió al pasillo entre los asientos de la cabina del pasaje. El espectral silencio resultaba desconcertante; el único sonido procedía de su propio chapoteo.

Un instante después, se quedó paralizado. Sus peores temores se abrieron como los pétalos de una flor venenosa.

Pitt se encontró intercambiando una mirada vacía con un mar de rostros fantasmagóricamente blancos. Ninguno de ellos se movió, ninguno parpadeó, ninguno habló. Se limitaron a permanecer muy quietos en sus asientos, con los cinturones de seguridad abrochados, mirándole con la ciega expresión de los muertos.

10

Un escalofrío peor que el viento ártico recorrió la cerviz de Pitt. La luz del exterior se filtraba por las ventanillas y llenaba de sombras fantasmagóricas los tabiques del avión. Pasó la mirada de asiento en asiento como si esperara que alguno de los pasajeros le saludara agitando la mano o dijera cualquier cosa, pero todos continuaron sentados, quietos como momias en sus tumbas.

Se inclinó sobre un hombre de cabellos rubios peinados hacia atrás con gomina y raya justo en medio de la cabeza, que ocupaba un asiento junto al pasillo central. En su rostro no había ninguna expresión de agonía. Tenía los ojos entrecerrados como si estuviera a punto de caer dormido, sus labios estaban relajados, la boca entreabierta y tenía la mandíbula ligeramente floja.

Pitt levantó la mano y colocó las yemas de los dedos en la muñeca del individuo, justo sobre la arteria que pasa bajo la piel en su cara interna. No apreció ninguna pulsación. El corazón del hombre estaba detenido.

—¿Algún signo de vida? —preguntó el doctor Gale mientras pasaba chapoteando junto a él para examinar a otro pasajero.

—Está muerto —respondió Pitt.

—Igual que éste.

—¿Causa de las muertes?

—Todavía no lo sé. No hay lesiones visibles y llevan muertos poco tiempo. No se aprecian tampoco signos de lucha o de dolores intensos, y la coloración de la piel no sugiere una muerte por asfixia.

—Esto último parece descartable, en efecto —asintió Pitt—. Las máscaras de oxígeno siguen en los paneles sobre los asientos.

—Podré saber algo más después de un examen más minucioso —dijo Gale moviéndose rápidamente de un cuerpo al siguiente.

Se detuvo mientras Simón terminaba de instalar una fuente de luz sobre la compuerta de entrada, a buena distancia por encima del agua. El oficial de Marina hizo una señal y, de pronto, el interior de la cabina de pasajeros quedó inundada de luz.

Pitt inspeccionó la cabina. El único daño apreciable era una ligera distorsión en el techo. Todos los asientos estaban colocados hacia adelante y todos los cinturones de seguridad, abrochados.

—Resulta imposible pensar que se limitaron a quedarse sentados ahí, medio sumergidos en agua helada hasta morir de hipotermia, sin hacer el menor movimiento —dijo mientras examinaba a una mujer madura de cabellos castaños por si presentaba alguna señal de vida. En su rostro no había asomo de sufrimiento. Por su aspecto se diría que, sencillamente, se había quedado dormida. Entre sus dedos colgaba un rosario.

—No hay duda de que estaban todos muertos antes de que el aparato se posara en el hielo —aventuró Gale.

—Una observación muy acertada —murmuró Pitt, echando una rápida mirada a las filas de asientos como si buscara a alguien.

—Probablemente la muerte se produjo por vapores tóxicos.

—¿Huele usted algo?

—No.

—Yo, tampoco.

—¿Qué nos queda, entonces?

—Envenenamiento por vía digestiva.

Gale contempló a Pitt un largo y penoso instante. Luego musitó:

—¿Está usted diciendo que se trata de un asesinato en masa…?

—Al parecer, debemos encaminarnos en esa dirección.

—Sería de gran ayuda contar con algún testigo.

—Lo tenemos —reveló Pitt.

Gale se puso tenso al instante y volvió a recorrer los blancos rostros de los cadáveres.

—¿Ve usted a alguien que aún respira? Indíquemelo.

—Antes de que entráramos —explicó Pitt—, una mujer me miró desde el otro lado de una de las ventanillas, estaba viva, sin duda, pero ahora no la veo.

Antes de que Gale pudiera añadir nada, Simón penetró en el pasillo inundado y se detuvo, con los ojos desorbitados de sorpresa y desconcierto.

—¿Qué diablos…? —Se puso tenso y lanzó una mirada errática en torno a la cabina—. Parecen figuras de un museo de cera.

—Más bien cadáveres de una morgue —replicó con sequedad Pitt.

—¿Están muertos? ¿Todos? ¿Está absolutamente seguro?

—Hay alguien con vida —respondió Pitt—, sea en la cabina de mandos o en los lavabos de la parte de cola.

—Entonces, mis servicios serán necesarios —dijo Gale. Pitt asintió.

—Creo que será mejor que continúe el examen de los cuerpos por si existe la menor posibilidad de que alguno de ellos conserve un hálito de vida. Simón puede comprobar la cabina de los pilotos. Yo me llegaré a la cola para mirar en los lavabos.

—¿Qué hacemos con todos estos fiambres? —quiso saber Simón, irreverente —. ¿No deberíamos alertar al comandante Knight y empezar a evacuarlos?

—Dejémoslos en paz —respondió Pitt—. Y olvidémonos de la radio. Presentaremos nuestro informe al comandante Knight en persona. Mantenga fuera a sus hombres, monte una guardia en el exterior y declare zona prohibida el interior del aparato. Lo mismo digo de su equipo de sanitarios, doctor: que no toquen nada a menos que sea absolutamente necesario. Aquí ha sucedido algo que escapa a nuestras posibilidades. Dentro de unas horas, los investigadores de accidentes aéreos y los medios de comunicación caerán sobre este lugar como una plaga de langosta. Será mejor que mantengamos la reserva sobre lo que hemos encontrado hasta que recibamos indicaciones de las autoridades a quienes concierna el asunto.

—Entendido —asintió Simón tras sopesar las palabras de Pitt durante unos instantes.

—Entonces pongámonos en marcha al encuentro de ese superviviente.

Lo que en condiciones normales era un tramo que se cubría en unos segundos, a Pitt le llevó casi dos minutos de esfuerzo con el agua hasta los muslos, pero al fin llegó hasta la zona de los lavabos. Ya había perdido la sensibilidad en los pies y no le hacían falta los servicios del doctor Gale para comprender que no podía tardar más de media hora en secárselos y hacerlos entrar en calor, bajo riesgo de sufrir congelaciones irreversibles.

El número de muertos habría sido mucho mayor en el caso de que el avión hubiera ido al completo de su capacidad, pero, aun con muchos de los asientos vacíos, contó cincuenta y tres cuerpos.

Se detuvo a examinar a una azafata sentada junto al vestíbulo de cola. Tenía la cabeza caída hacia adelante y unos mechones rubios le cubrían el rostro. No apreció el menor pulso en su muñeca.

Llegó al compartimiento de los lavabos. Tres tenían el rótulo de Libre y Pitt asomó la cabeza. Estaban vacíos. En el cuarto, el rótulo rezaba ocupado y la puerta estaba cerrada. Si el pestillo estaba pasado, debía de haber alguien en el interior.

Dio unos sonoros golpes a la puerta y dijo:

—¿Puede oírme? Hemos venido para ayudar. Abra la puerta, por favor.

Aplicó el oído a la puerta y le pareció escuchar un débil sollozo al otro lado, seguido de unos murmullos como si dos personas estuvieran conversando en apagados susurros.

—Échese atrás —añadió Pitt levantando la voz—. Voy a forzar la puerta.

Alzó una pierna que chorreaba agua helada y lanzó una patada seca pero medida, suficiente para romper el pestillo sin golpear con la puerta a quien pudiera encontrarse detrás de ella. El tacón de su bota dio justo por encima de la cerradura y arrancó el pasador del marco. La puerta cedió un par de centímetros. Con un leve empujón de su hombro, terminó de abrirla.

En el reducido interior del habitáculo había dos mujeres en pie sobre la tapa

del retrete, a salvo del agua, temblorosas y cogidas una de la otra para sostenerse mutuamente. En realidad, la que se agarraba era una azafata uniformada con los ojos muy abiertos, reflejando alarma y miedo como un ciervo acorralado. La mujer se apoyaba en la pierna derecha y tenía la izquierda extendida a un costado, rígida. Pitt supuso que se trataba de una torcedura de rodilla.

La otra mujer se enderezó y clavó en Pitt una mirada desafiante. El hombre la reconoció de inmediato como la aparición de la ventanilla. Parte de su rostro aún estaba manchado de sangre coagulada, pero ahora tenía ambos ojos abiertos y su expresión era fría, cargada de odio. A Pitt le sorprendió su hostilidad.

—¿Quién es usted y qué quiere? —preguntó la mujer con voz ronca y un ligero acento en su inglés.

Lo primero que le pasó a Pitt por la cabeza fue que se trataba de una pregunta estúpida, pero enseguida atribuyó el malhumorado exabrupto al estado de shock de la mujer y dirigió a ella su mejor sonrisa de muchacho explorador.

—Me llamo Dirk Pitt. Formo parte de un equipo de rescate del barco de la Marina norteamericana *Polar Explorer*.

—¿Puede demostrar lo que dice?

—Lo siento, me he dejado el carnet de conducir en casa. —Aquello resultaba casi ridículo. Probó otra táctica y se apoyó en el quicio de la puerta cruzando los brazos sobre el pecho con gesto relajado—. Por favor, tranquilícense —añadió con voz suave—. Sólo pretendo ayudarlas.

La azafata pareció relajarse por un instante; sus ojos brillaron ligeramente y en las comisuras de sus labios se formó una leve sonrisa. Luego, de pronto, el miedo volvió a adueñarse de ella y rompió en sollozos histéricos.

—¡Están todos muertos! ¡Asesinados!

—Sí, lo sé —replicó Pitt pausadamente, al tiempo que extendía la mano—. Déjeme llevarla a un lugar caliente y el médico de a bordo se ocupará de sus heridas.

Las luces de la parte delantera de la cabina dejaban en sombras el rostro de Pitt y la mujer más fuerte de las dos no podía observarle los ojos.

—Usted debe de ser uno de los terroristas que han causado todo esto —dijo con voz medida—. ¿Por qué habría de confiar en sus palabras?

—Porque, si no lo hace, morirá congelada ahí dentro.

Pitt estaba harto de palabras. Avanzó un paso, tomó a la azafata en sus brazos con cuidado y la sacó al pasillo. La muchacha no ofreció resistencia, pero su cuerpo estaba tenso de aprensión.

—Tranquilícese —le dijo él—. Imagine que es Escarlata O'Hara y que yo soy Rhett Butler y que he venido para hacerle perder la cabeza de amor.

—No me siento en absoluto como Escarlata. Debo de estar hecha un desastre.

—A mí no me lo parece —Pitt sonrió—. ¿Qué me dice de cenar juntos cualquier noche?

—¿Puede venir mi marido?

—Sólo si se hace cargo de la cuenta.

La azafata se rindió por fin y Pitt notó cómo su cuerpo se relajaba de agotado alivio. Poco a poco, sus brazos rodearon el cuello del hombre y hundió la cabeza en su hombro. Pitt hizo una pausa y se volvió hacia la otra mujer. Los focos iluminaron su cálida sonrisa y el brillo de sus ojos.

—No se mueva de ahí. Volveré enseguida por usted.

Por primera vez, Hala Kamil comprendió que estaba a salvo. Sólo entonces empezó a abrirse la compuerta de la presa mental que había retenido aquella aterradora pesadilla, y comenzó a aceptar la desconcertante constatación de que todo aquello le estaba sucediendo a ella.

Dio rienda suelta a las emociones contenidas y se echó a llorar.

Rubin se dio cuenta de que estaba perdiendo el conocimiento. Había dejado de notar el frío y el dolor. Las voces extrañas, la repentina aparición de luces, no tenían ningún sentido para él. Se sintió distante. Para su mente confusa, no eran más que difusos recuerdos del pasado, de un tiempo lejano. De pronto, un resplandor blanco llenó la destrozada cabina. Rubin se preguntó si sería la luz al final del túnel que afirman haber experimentado aquéllos que han estado al borde de la muerte.

Cerca de él, una voz espectral dijo:

—Con cuidado, con cuidado.

Rubin intentó enfocar la mirada en una vaga figura que se inclinaba sobre él.

—¿Eres Dios?

Simón lo miró unos instantes con rostro inexpresivo. Después, con una sonrisa comprensiva, respondió:

—No, sólo soy un mero mortal que pasaba casualmente por aquí.

—¿No estoy muerto?

—Lo siento pero, si de mí depende, tendrá que esperar para eso otros cincuenta años.

—No puedo moverme y apenas noto las piernas. Creo que las tengo rotas. Sáqueme de aquí, por favor…

—A eso he venido —replicó Simón en un tono animado. Empleando ambas manos, apartó una buena cantidad de hielo y nieve de la parte superior del tronco de Rubin hasta que consiguió dejarle libres los brazos—. Muy bien, ahora ya puede rascarse la nariz hasta que vuelva con una pala y herramientas para cortar.

Simón retrocedió hasta la cabina de pasajeros en el momento en que Pitt estaba pasando a la azafata por la puerta y la depositaba en los brazos de los sanitarios, que la colocaron con delicadeza en una camilla.

—¡Eh, doctor! —dijo a Gale—. Tengo a un superviviente en la cabina.

—Voy para allá —respondió el médico.

—También necesitaría su ayuda —añadió Simón, volviéndose hacia Pitt. Éste asintió.

—Déme un par de minutos para traer a otra mujer de la parte trasera del aparato.

Hala se dejó caer sobre las rodillas, se inclinó hacia adelante y se miró en el espejo. Había suficiente luz para observar claramente su reflejo. El rostro que la miraba era inexpresivo y tenía unos ojos sin brillo. Un completo desastre. Parecía una buscona callejera entrada en años que acabara de recibir una paliza de su chulo.

Extendió la mano y sacó varias toallas de papel de un cajón. Las empapó en el agua helada y se limpió con ellas la sangre coagulada y el carmín que le embadurnaba la boca. El maquillaje y la sombra de ojos parecían una obra al óleo de Jackson Pollock y la mujer se los quitó también. Conservaba el peinado relativamente intacto y se limitó a colocar en su sitio los mechones revueltos.

Seguía teniendo un aspecto horrible, se dijo con desesperación. Cuando Pitt reapareció, le dedicó una sonrisa forzada, esperando estar más presentable.

El hombre la miró un largo instante y se formó en su rostro una mueca de asombrada curiosidad.

—Discúlpeme, hermosa criatura, ¿no habrá visto por aquí a una vieja bruja?

Los ojos de Hala se llenaron de lágrimas mientras, medio riendo y medio llorando, murmuraba:

—Es usted muy amable, señor Pitt. Gracias.

—Dios sabe que lo hago encantado —repuso él jocosamente.

Pitt había regresado con varias mantas y envolvió con ellas a la mujer. Pasó un brazo bajo sus rodillas y el otro en torno a su cintura y la levantó sin dar la menor muestra de esfuerzo. Mientras la transportaba por el pasillo, las piernas entumecidas empezaron a fallarle y dio varios pasos tambaleándose antes de recuperar el equilibrio.

—¿Está usted bien? —preguntó ella.

—No es nada que no pueda arreglar un buen trago de bourbon Jack Daniels.

—En cuanto vuelva a casa le haré mandar una caja entera.

—¿Y dónde tiene su casa?

—En Nueva York, por el momento.

—Le propongo que cenemos juntos la próxima vez que yo vaya por allí.

—Lo consideraría un honor, señor Pitt.

—Lo mismo digo, señora Kamil.

Hala enarcó las cejas.

—¿Me ha reconocido, a pesar de mi aspecto tan horrible?

—Reconozco que no la he identificado hasta que se ha limpiado un poco —respondió Pitt.

—Perdóneme por haberle metido en esto. Debe de tener helados los pies y las piernas.

—Una pequeña molestia sin importancia que doy por bien empleada, pues ahora puedo decir que he tenido entre mis brazos a la secretaria general de la ONU.

Asombroso, se dijo Pitt. Era realmente asombroso. Había sido un día excepcional: citarse con las únicas tres mujeres —y todas ellas atractivas, por cierto— en tres mil kilómetros de helada soledad a la redonda, y hacerlo en menos de media hora de intervalo, tenía que constituir algún tipo de récord. Para él, aquello representaba más que el descubrimiento del submarino ruso.

Quince minutos más tarde, una vez Hala, Rubin y la azafata estuvieron cómodamente instalados en el interior del helicóptero, Pitt se plantó delante de la cabina del aparato e hizo un gesto a Giordino, quien levantó los pulgares en señal de asentimiento. Los motores se pusieron en marcha y el aparato se levantó del suelo envuelto en un torbellino de nieve; después, viró ciento ochenta grados y se dirigió hacia el *Polar Explorer*. Sólo cuando vio alejarse al helicóptero Pitt se decidió a acercarse cojeando a la unidad térmica.

Se quitó las botas llenas de agua y los calcetines empapados; después, levantó los pies sobre el tubo de escape, absorbiendo el calor y aceptando de buena gana las punzadas de dolor al recuperar la circulación sanguínea. Apenas se dio cuenta de la proximidad de Simón.

Éste se detuvo junto a él y observó los retorcidos restos del avión. Ya no le parecía un objeto solitario y desamparado.

El conocimiento de la carga mortal que contenía le hacía verlo como una sepultura.

—Delegados de las Naciones Unidas —comentó Simón con tono distante—. ¿Realmente lo eran?

—Varios de los pasajeros eran miembros de la Asamblea General —respondió Pitt—. El resto eran directores y ayudantes de las agencias especializadas de la ONU. Según Hala Kamil, la mayoría de ellos regresaban de una gira de inspección de sus respectivas organizaciones.

—¿Quién sacaría provecho de matar a esa gente?

Pitt escurrió sus calcetines y los colocó sobre el tubo del calefactor.

—No tengo idea —respondió.

—¿Acaso terroristas de Oriente Medio? —insistió Simón.

—Según he oído, han muerto todos envenenados.

—¿Cómo tiene los pies?

—Voy recuperándolos poco a poco. ¿Y usted?

—La Marina proporciona botas para el mal tiempo. Mis pies están secos y

calentitos.

—Hurra por los almirantes considerados con sus hombres —murmuró Pitt con ironía.

—Yo diría que uno de los tres supervivientes hizo el trabajo sucio.

—Si realmente han muerto por efecto de algún veneno —replicó Pitt sacudiendo la cabeza—, lo más probable es que éste fuera introducido en la comida en la cocina de la empresa concesionaria antes de que la subieran a bordo del aparato.

—El sobrecargo o la azafata podrían haberlo hecho en la cocina del avión.

—Sería demasiado difícil envenenar más de cincuenta servicios de comida sin que nadie lo viera.

—¿Qué me dice de las bebidas? —probó de nuevo Simón.

—¿Siempre es usted tan insistente?

—¿No podemos especular un poco hasta que vengan a relevarnos?

Pitt comprobó el estado de los calcetines. Seguían húmedos.

—Muy bien —dijo a continuación—. Las bebidas son otra posibilidad, en especial el té y el café.

Simón pareció complacido de que una de sus teorías hubiera sido aceptada y añadió:

—Entonces, de los tres supervivientes, ¿cuál es, para usted, el principal sospechoso?

—Ninguno de ellos —replicó Pitt.

—¿Está usted diciendo que el culpable tomó a sabiendas el veneno y se suicidó?

—No. Lo que digo es que fue el cuarto superviviente.

—Pero si sólo hemos encontrado tres…

—Eso es *después* de que el avión se estrellara. *Antes* de eso, eran cuatro.

—No se estará refiriendo a ese menudo mexicano que ocupa el asiento del copiloto, ¿verdad?

—De él hablo.

Simón le observó con aire de absoluto escepticismo y exclamó:

—¿Qué brillante deducción lógica lo ha llevado a esa conclusión?

—Elemental —dijo Pitt con una sonrisa socarrona—. Según la mejor tradición del género policíaco, el asesino es siempre el menos sospechoso.

11

—¿Quién ha repartido esta mano?

Julius Schiller, subsecretario de Asuntos Políticos, sonrió con afabilidad mientras estudiaba las cartas, con un habano apagado entre los dientes. Alzó la vista y observó con sus inteligentes ojos azules al resto de jugadores, uno por uno.

En torno a la mesa de póquer estaban sentados cuatro hombres, además de él. Ninguno fumaba y Schiller, diplomáticamente, se abstuvo de encender su cigarro. Un puñado de troncos de cedro crepitaba en una antigua estufa de marinero que dejaba fuera de la estancia el frío de principios de otoño. La madera de cedro, al arder, llenaba de un agradable aroma el interior del salón comedor del yate de Schiller, de tabiques de teca. El velero, una embarcación de bellas proporciones con una eslora de 35 metros y dotada de un motor auxiliar, estaba amarrada en el Potomac, cerca de South Island, justo enfrente de Alexandría, Virginia.

El jefe de misión adjunto soviético, Aleksey Korolenko, un hombre corpulento y de porte sereno, lucía la expresión de jovialidad permanente que se había convertido en su distintivo característico en los círculos sociales de Washington.

—Es una lástima que no estemos jugando en Moscú —dijo con tono grave pero burlón—. Sé de un lugar magnífico en Siberia donde mandar al que ha repartido esta mano.

—Apoyo la moción —dijo Schiller, al tiempo que se volvía hacia el hombre que había dado las cartas—. La próxima vez, Dale, barájalas bien.

—Si tan malas tenéis las cartas —gruñó Dale Nichols, ayudante especial del presidente—, ¿por qué no pasáis?

El senador George Pitt, que presidía el Comité de Relaciones Exteriores del Senado, se puso en pie y se quitó una chaqueta deportiva de color salmón. Tras colocarla con cuidado en el respaldo de la silla, se volvió hacia Yuri Vyhousky.

—No sé de qué se quejan ésos. Tú y yo aún hemos de ganar una mano.

El consejero especial sobre Asuntos Norteamericanos de la embajada soviética asintió con la cabeza.

—No he visto una mano buena desde que empezamos nuestras partidas, hace cinco años.

Las sesiones de póquer de los jueves por la noche venían celebrándose en el yate de Schiller, en efecto, desde 1986 y eran mucho más que una mera partida de naipes entre amigos que necesitaran una noche semanal de esparcimiento. En un principio, su intención había sido abrir una pequeña grieta en el muro que separaba a las superpotencias. A solas, lejos de los ambientes oficiales y de los medios de comunicación, los hombres allí reunidos podían intercambiar puntos de vista saltándose los trámites burocráticos y el protocolo diplomático. A menudo, se habían expresado allí ideas e informaciones que tenían un gran peso real en las relaciones soviético-norteamericanas.

—Abro con cincuenta centavos —anunció Schiller.

—Subo a un dólar —dijo Korolenko.

—Y luego se preguntan por qué no confiamos en ellos —gruñó Nichols.

El senador Pitt dirigió un comentario a Korolenko sin mirarlo.

—¿Qué se opina en tu bando de la posibilidad de una revuelta en Egipto, Aleksey?

—Al presidente Hasan no le doy más de treinta días antes de que su gobierno sea derrocado por Ajmad Yazid.

—¿No crees que se producirá una lucha prolongada por el poder?

—No, si los militares respaldan con sus fuerzas a Yazid.

—Tú hablas, senador —interrumpió Nichols.

—Veré esas apuestas.

—¿Yuri?

Vyhousky dejó tres monedas de medio dólar en el montón.

—Desde que Hasan accedió al cargo tras la renuncia de Mubarak —dijo Schiller—, ha logrado mantener cierta estabilidad. Creo que aguantará.

—Lo mismo pensabais del sha de Irán —lo pinchó Korolenko.

—No hay duda de que ahí nos equivocamos —Schiller hizo una pausa en sus comentarios y se descartó—. Quiero dos —añadió, dejando otras tantas cartas sobre el tapete.

Korolenko levantó un dedo y recogió su carta.

—Aunque volcaseis en el país toda vuestra ayuda, sería como echarla en un pozo sin fondo. Las masas egipcias están al borde de la inanición, una situación que aviva las llamas del fanatismo religioso que barren los suburbios y las poblaciones rurales. Tenéis tan pocas posibilidades de frenar a Yazid como ya sucedió con Jomeini.

—¿Y cuál es la postura del Kremlin? —preguntó el senador.

—Esperar —respondió Korolenko, impasible—. Esperar a que la polvareda se asiente.

Schiller estudió sus cartas y las ordenó.

—Suceda lo que suceda, nadie saldrá ganando —sentenció.

—Es cierto, aquí perdemos todos. Vosotros quizá seáis el gran Satán a ojos de

los fundamentalistas islámicos, pero nosotros, como buenos ateos comunistas, tampoco gozamos de grandes simpatías. Y no es preciso comentar que la mayor perdedora es Israel. Después de la desastrosa derrota de Iraq a manos de Irán y tras el asesinato del presidente Saddan Hussein, queda abierta la vía para que Irán y Siria amenacen a los países árabes moderados con unir las fuerzas para un ataque masivo en tres frentes contra Israel. Esta vez, no hay duda de que los judíos saldrán derrotados.

—Los israelíes tienen la mejor maquinaria militar de Oriente Medio —replicó el senador, sacudiendo la cabeza en gesto de duda—. Ya han vencido en otras ocasiones y están es disposición de hacerlo otra vez.

—No podrán, si han de enfrentarse a ataques en oleadas humanas de casi dos millones de soldados árabes —apuntó Vyhousky—. Las fuerzas de Assay se lanzan hacia el sur mientras los egipcios de Yazid atacan hacia el norte cruzando el Sinaí, como sucedió en el sesenta y siete y en el setenta y tres. Sólo que, esta vez, el ejército iraní sé lanzará sobre Arabia Saudí y Jordania para cruzar el Jordán desde el oeste. A pesar de su capacidad de combate y de su superioridad tecnológica, los israelíes serán derrotados.

—Y cuando la confrontación por fin termine —añadió Korolenko ominosamente—, occidente quedará sumido en un estado de depresión económica si los gobiernos musulmanes unidos, con el control total del cincuenta y cinco por ciento de las reservas mundiales de petróleo, suben los precios a cotas astronómicas. Cosa que sin duda harán.

—Tú hablas —dijo Nichols a Schiller.

—Dos dólares.

—Subo otros dos —intervino Korolenko. Vyhousky arrojó sus cartas sobre la mesa:

—No voy —dijo.

El senador contempló su mano unos instantes.

—Veo tus cuatro y subo cuatro más.

—Los tiburones están rondando —murmuró Nichols con una tensa sonrisa—. No cuentes conmigo.

—No seamos ingenuos —comentó el senador—. No es ningún secreto que los israelíes tienen un pequeño arsenal de armas nucleares, y no dudarán en utilizarlo como último recurso.

—No quiero ni pensar en las consecuencias —añadió Schiller con un profundo suspiro, levantando la vista cuando el piloto de la embarcación llamó con los nudillos a la puerta y entró en la sala con cierto titubeo.

—Perdone la interrupción, señor Schiller, pero hay una llamada importante para usted.

Schiller empujó sus cartas hacia Nichols.

—Es absurdo que prolongue mi agonía con estas cartas —comentó—. ¿Me

excusáis un momento?

Una de las reglas capitales de aquellas reuniones semanales, era que no hubiera llamadas telefónicas a menos que se tratara de un asunto urgente que afectara de algún modo a todos los reunidos en torno al tapete. La partida continuó, pero los cuatro hombres jugaron como autómatas, en una atmósfera de creciente curiosidad.

—Tú hablas, Aleksey —dijo el senador.

—Subo otros cuatro dólares a los tuyos.

—Los veo.

Korolenko se encogió de hombros con resignación y enseñó sus cartas. Apenas tenía un par de cuatros.

El senador sonrió, burlón, y mostró su juego. Había ganado la mano con un par de seises.

—¡Cielo santo! —gimió Nichols—. ¡Y yo he pasado con un par de reyes!

—Te has quedado sin dinero para el almuerzo, Aleksey —exclamó Vyhousky con una carcajada.

—Así que los dos íbamos de farol —añadió Korolenko—. Ahora sé por qué no le compraría un coche de segunda mano a un político americano.

El senador se echó hacia atrás en el asiento y se pasó la mano por su tupida mata de cabello plateado.

—De hecho, mientras estudiaba la carrera de derecho me gané la vida vendiendo coches. Es la mejor preparación que he tenido nunca para presentarme a las elecciones.

Schiller regresó a la sala y tomó asiento junto a los demás.

—Lamento haber tenido que salir, pero me acaban de notificar que un avión de las Naciones Unidas se ha estrellado en la costa norte de Groenlandia. Más de cincuenta muertos. No hay noticias de supervivientes.

—¿Iba algún representante soviético a bordo? —preguntó Vyhousky.

—Todavía no tenemos la lista de pasajeros.

—¿Un atentado terrorista?

—Es demasiado pronto para decirlo, pero las primeras informaciones fragmentarias dicen que no ha sido un accidente.

—¿Qué vuelo era? —quiso saber Nichols.

—Un chárter Londres-Nueva York.

—¿Y ha caído en el norte de Groenlandia? —repitió Nichols, pensativo—. Debe de haberse desviado más de mil quinientos kilómetros del rumbo correcto.

—Eso huele a secuestro —apuntó Vyhousky.

—Han acudido al lugar varias unidades de rescate —explicó Schiller—. Dentro de una hora tendremos más detalles.

—Tengo la sospecha de que Hala Kamil debía de viajar en ese vuelo —murmuró el senador Pitt con expresión sombría—. Tenía previsto el regreso de

Europa a la sede de la ONU para la sesión de la Asamblea General de la próxima semana.

—Creo que George tiene razón —asintió Vyhousky—. Y dos de nuestros delegados viajaban en su grupo.

—Es una locura —dijo Schiller, sacudiendo la cabeza con gesto abatido—. Una absoluta locura. ¿Quién podría sacar provecho de matar a un puñado de funcionarios de las Naciones Unidas?

Nadie respondió. Hubo un largo momento de silencio. Korolenko clavó una mirada inexpresiva en el centro de la mesa y luego, con voz ronca pronunció un nombre:

—Ajmad Yazid.

El senador Pitt miró directamente a los ojos al ruso.

—Tú lo sabías.

—Sólo es una suposición.

—¿Crees que Yazid ha ordenado la muerte de Kamil?

—Sólo puedo decir que nuestros servicios de inteligencia se habían enterado de que una facción islámica de El Cairo estaba preparando un atentado.

—Y os habéis quedado quietos, sin decir nada, mientras morían cincuenta inocentes…

—Ha sido un error de cálculo —reconoció Korolenko—. No sabíamos cuándo ni cómo iba a tener lugar el asesinato. Pensábamos que la vida de Kamil sólo correría peligro si regresaba a Egipto… y no por causa del propio Yazid, sino más bien por la acción de alguno de sus fanáticos seguidores. Yazid nunca estuvo relacionado con actos terroristas. Nuestros informes dicen de él lo mismo que los vuestros: parece que es un hombre brillante que se considera una especie de Gandhi musulmán.

—Un aplauso para la CÍA y el KGB —comentó Vyhousky con ironía.

—Otro ejemplo típico de cómo los expertos en inteligencia se dejan engañar por una campaña de relaciones públicas bien planificada —suspiró el senador—. Ese egipcio es un psicópata más peligroso de lo que habíamos pensado.

Schiller asintió.

—El responsable de la tragedia debe de ser Yazid, sin duda —afirmó—. Sus seguidores no habrían emprendido una acción así sin su bendición.

—Desde luego, tiene un buen motivo —intervino Nichols—. Kamil posee un encanto y una influencia enormes. Su grado de popularidad entre el pueblo y el ejército es muy superior al del presidente Hasan. Es un obstáculo muy poderoso para Yazid. Si ha muerto, Egipto tiene las horas contadas antes de que se instaure un gobierno guiado por un grupo de *mullahs* extremistas.

—Y, cuando Hasan caiga —preguntó Korolenko, inquisitivo—, ¿cuál será la posición de la Casa Blanca?

Schiller y Nichols cruzaron una mirada de inteligencia.

—La misma que en el Kremlin —respondió el primero—. Esperar a que el polvo se aquiete.

La permanente sonrisa de Korolenko desapareció de su rostro unos instantes.

—¿Y si, o mejor, *cuando* los países árabes desencadenen un ataque combinado contra el estado judío?

—Respaldaremos por completo a Israel, como hicimos en el pasado.

—Pero ¿intervendrán directamente las fuerzas norteamericanas?

—Probablemente, no.

—Si los líderes árabes se enteraran de esto, seguro que se andarían con menos cautelas.

—Por nosotros, que lo sepan. Recuerda solamente, Aleksey, que esta vez no utilizaremos nuestra influencia para impedir que los israelíes tomen El Cairo, Beirut y Damasco.

—¿Me estás diciendo que el presidente no intervendrá si Israel recurre a las armas nucleares?

—Algo así —respondió Schiller con estudiada indiferencia. Luego, se volvió hacia Nichols—. ¿Quién da?

—Me parece que me toca a mí —dijo el senador Pitt, esforzándose por parecer relajado. Aquel cambio de planteamiento en la política presidencial respecto al Oriente Medio era una novedad para él—. Pongamos la apuesta inicial en medio dólar, ¿os parece?

Los rusos no estaban dispuestos a dejar el tema.

—Todo esto me resulta muy perturbador —comentó Vyhousky.

—Algún día tenía que producirse un cambio de postura en este sentido —observó Nichols—. Los últimos cálculos estiman las reservas de petróleo norteamericanas en ocho billones de barriles. Si los precios subieran a cincuenta dólares el barril, nuestras empresas petroleras podrían financiar un extenso programa de sondeos de nuevos yacimientos. Y, naturalmente, aún podríamos contar con las reservas mexicanas y sudamericanas. En definitiva, lo importante es que ya no tenemos que depender de Oriente Medio para el suministro de petróleo, de modo que podemos abstenernos de intervenir en el conflicto. Si el gobierno soviético desea heredar el avispero árabe, se lo regalamos.

Korolenko no podía creer lo que estaba oyendo. Su cautela innata lo hacía sentirse escéptico, pero conocía demasiado a los norteamericanos para pensar que deseaban confundirlo o engañarlo en un tema de tal trascendencia.

El senador Pitt también tenía sus dudas sobre el plan estratégico que el presidente estaba filtrando a aquellos representantes soviéticos. Existían grandes posibilidades de que el petróleo al sur del río Grande no llegara a Estados Unidos cuando éstos lo necesitaran, pues México era otra revolución a la espera del pistoletazo de salida.

Egipto tenía sobre sí la maldición de un fanático salido de la Edad Media

como Yazid, pero México tenía a su propio loco en Topiltzin, un personaje mesiánico mezcla de Benito Juárez y Emiliano Zapata que predicaba el retorno a un estado religioso basado en la cultura azteca. Igual que Yazid, Topiltzin contaba con el apoyo de millones de desheredados de su país y estaba también a escasos centímetros de barrer el gobierno establecido.

El senador se preguntó de dónde estarían saliendo aquellos locos iluminados. ¿Quién estaba dejando sueltos aquellos demonios? Tuvo que hacer un esfuerzo consciente para que las manos no le temblaran mientras empezaba a repartir naipes.

—Cinco cartas descubiertas, caballeros. Con comodines.

12

Unas figuras enormes se alzaban en el misterioso silencio nocturno y contemplaban el yermo paisaje con sus ojos vacíos, como si esperaran a que una presencia desconocida les infundiera vida. Las estatuas, hieráticas y tiesas, tenían una altura equivalente a dos pisos y sus rostros siniestros e inexpresivos estaban iluminados por la luna llena.

Mil años antes, habían sostenido el techo del templo que se alzaba en lo alto de la pirámide de Quetzalcóatl que, con sus cinco gradas, dominaba la ciudad tolteca de Tula. El templo había desaparecido pero la pirámide seguía en pie, recuperada gracias a la labor de los arqueólogos. Las ruinas se extendían a lo largo de una cresta rocosa de poca altura y, durante los días de gloria de la ciudad, en sus calles habían vivido y deambulado sesenta mil personas.

Pocos eran los visitantes que llegaban hasta el lugar y aquéllos que se decidían a hacerlo quedaban asombrados y sobrecogidos por la fantasmal desolación de Tula.

La luna llenaba de sombras espectrales la ciudad muerta mientras una figura solitaria ascendía los empinados peldaños de la pirámide hacia las estatuas de piedra que la coronaban. El hombre iba vestido con traje y corbata y llevaba en la mano un maletín de cuero.

El individuo se detuvo unos instantes en cada una de las cinco terrazas para contemplar las macabras figuras esculpidas en los frisos que decoraban los muros. De las fauces abiertas de monstruosas serpientes asomaban rostros humanos mientras unas águilas de aspecto feroz desgarraban con el pico sus corazones. El hombre continuó su ascensión y dejó atrás un altar con un bajorrelieve de calaveras y huesos cruzados, símbolos que utilizarían siglos después los piratas del mar Caribe.

Cuando por fin llegó a la cima de la pirámide, sudoroso, echó un vistazo a su alrededor. No estaba solo. Dos figuras avanzaron hacia él y procedieron a registrarlo con modales bruscos. Después, señalaron con un gesto el maletín. El hombre lo abrió con aire servicial y los dos individuos inspeccionaron el contenido. Tras comprobar que no llevaba armas, la pareja se retiró en silencio hacia el borde de la plataforma del templo.

Rivas se relajó y pulsó un botón oculto en el asa del maletín. Una pequeña

grabadora camuflada en el interior de la tapa se puso en funcionamiento.

Breves instantes después, una nueva figura emergió de entre las sombras de las grandes estatuas de piedra. Era un hombre vestido con una túnica de tela blanca que le llegaba hasta el suelo. Llevaba sus largos cabellos recogidos en la nuca, desde donde le caían en una cola de caballo. Sus pies quedaban ocultos bajo la túnica, pero el claro de luna iluminaba en sus brazos desnudos unos brazaletes de oro tallado con incrustaciones de turquesas.

El extraño individuo era de baja estatura y su rostro ovalado y barbilampiño reflejaba sus indudables orígenes indios. Sus ojos oscuros estudiaron al hombre alto y de tez clara que tenía delante, fijándose especialmente en su indumentaria, que parecía totalmente fuera de lugar en aquel escenario. Después, cruzó los brazos sobre el pecho y pronunció unas palabras extrañas que sonaron casi líricas.

—Yo soy Topiltzin.

—Me llamo Guy Rivas, representante especial del presidente de Estados Unidos —respondió el hombre del traje.

Rivas había esperado encontrarse con una persona más entrada en años. Resultaba difícil adivinar la edad de aquel mesías mexicano, pero apenas parecía rondar los treinta. Topiltzin indicó con un gesto un muro bajo próximo.

—¿Nos sentamos a hablar?

Rivas asintió en un gesto de agradecimiento y tomó asiento.

—Ha escogido usted un lugar de lo más inusual.

—Sí. Tula me ha parecido el sitio adecuado —la voz de Topiltzin adoptó de pronto un tono desdeñoso—. Su presidente tiene miedo de conferenciar abiertamente conmigo. No quiere desairar y enojar a sus amigos de Ciudad de México.

Rivas no cayó en la trampa de replicar a sus palabras y se limitó a responder:

—El presidente me ha pedido que le exprese su gratitud por concederme esta entrevista.

—Esperaba a alguien de rango superior —dijo Topiltzin.

—Una de sus condiciones para el encuentro fue que sólo recibiría a un enviado y hemos pensado que no aceptaría la presencia de un intérprete por nuestra parte. Dado que usted no está dispuesto a utilizar el inglés ni el español, soy el único funcionario de alto rango que domina el náhuatl, la lengua de los aztecas.

—Y lo habla usted muy bien.

—Mi familia emigró a Estados Unidos desde la población de Escampo. Aprendí a hablar en náhuatl cuando era muy pequeño.

—Conozco Escampo; es un pueblecito de gentes orgullosas que apenas tienen recursos para sobrevivir.

—Usted afirma que terminará con la pobreza en México. Nuestro presidente

está muy interesado en sus planes para conseguirlo.

—¿Y por eso lo ha enviado aquí? —preguntó Topiltzin.

—En efecto —asintió Rivas—. Desea establecer un canal de comunicación con usted.

Se produjo un instante de silencio mientras una sonrisa torva cruzaba las facciones de Topiltzin.

—Es un hombre muy astuto —murmuró por fin—. Sabe que, a la vista del colapso económico de mi país, el movimiento que dirijo barrerá del gobierno al Partido Revolucionario Institucional y teme que ello cause problemas en las relaciones entre Estados Unidos y México, de modo que pretende mantener un doble juego con ambas partes.

—No puedo saber cuáles son los pensamientos del presidente.

—Muy pronto se dará cuenta de que la gran mayoría de mexicanos está harta de ser explotada por los ricos y por la clase dominante. Ya no aguanta más el fraude político y la corrupción generalizada. Está cansada de rebuscar entre la basura en los barrios de chabolas y no está dispuesta a seguir soportando esta situación.

—¿Y cómo saldrá de ella? ¿Construyendo una utopía a partir del polvo de los aztecas?

—También su país haría mejor en retomar las ideas que impulsaron a sus padres fundadores.

—Los aztecas fueron el pueblo más cruel y violento de toda la historia de América. Establecer un gobierno moderno sobre la base de viejas creencias bárbaras es… —Rivas titubeó. Estuvo a punto de decir « una idiotez» , pero logró contenerse y por último añadió—: Es una ingenuidad.

Topiltzin, con una expresión tensa en su rostro ovalado, movió las manos compulsivamente.

—Olvida que fueron los conquistadores españoles quienes exterminaron a nuestros antepasados comunes.

—Los españoles podrían argumentar lo mismo acerca de los moros, pero ello no justificaría la reinstauración de la Inquisición.

—¿Qué desea de mí el presidente?

—Su único interés es la paz y la prosperidad de México —replicó Rivas, ciñéndose a las respuestas previamente preparadas—. Y su promesa de que no emprenderá una carrera hacia el comunismo.

—No soy marxista. Detesto a los comunistas tanto como él y entre mis seguidores no existen grupos armados guerrilleros.

—El presidente se alegrará de saberlo.

—Nuestra nueva nación azteca recobrará su grandeza cuando los que se enriquecieron por medios ilícitos, los funcionarios corruptos y los actuales dirigentes del gobierno y del ejército hayan sido sacrificados.

Rivas no creyó haber interpretado correctamente la frase.

—¿Se refiere usted a ejecutar a miles de personas?

—No, señor Rivas. Hablo de ofrecer sacrificios propiciatorios a nuestros venerados dioses Quetzalcóatl, Huitzilopochtli y Tezcatlipoca.

Rivas lo miró fijamente, desconcertado.

—¿Sacrificios propiciatorios?

Topiltzin no replicó. Rivas contempló el rostro impasible de su interlocutor y, de pronto, comprendió a qué se refería.

—¡No! —exclamó—. ¡No puede hablar en serio!

—Nuestro país volverá a ser conocido por el nombre azteca de Tenochtitlan —continuó su explicación Topiltzin, impertérrito—. Seremos un estado religioso. Convertiremos el náhuatl en nuestro idioma oficial. La población será mantenida bajo control mediante leyes rigurosas. Las industrias extranjeras pasarán a manos del Estado. Sólo se permitirá vivir en el país a quienes hayan nacido en él. Todos los demás serán expulsados de sus fronteras.

Rivas estaba pasmado ante lo que oía. Permaneció sentado, pálido como la cera, escuchando el discurso en silencio. Topiltzin continuó hablando sin pausas.

—No se comprará un solo artículo más a los Estados Unidos, ni se permitirá a los norteamericanos adquirir nuestro petróleo. Las deudas mexicanas con los bancos internacionales serán declaradas nulas y todas las propiedades de extranjeros quedarán confiscadas. También reclamaremos la devolución de nuestros territorios expoliados en California, Texas, Nuevo México y Arizona. Para conseguirlo, me propongo lanzar a millones de personas a través de la frontera.

Las amenazas de Topiltzin resultaban del todo alarmantes. La aturdida mente del enviado norteamericano no alcanzó a hacerse una idea clara de las terribles consecuencias que todo aquello podía acarrear.

—¡Esto es una absoluta locura! —exclamó, desesperado—. ¡El presidente jamás aceptará unas demandas tan absurdas!

—¿No creerá que hablo en serio?

—Nadie en su sano juicio lo haría.

Perturbado por lo que estaba oyendo, Rivas había ido demasiado lejos en sus calificativos. Topiltzin se puso en pie lentamente, sin parpadear. Con la cabeza gacha, murmuró con voz monocorde:

—En tal caso, le haré llegar un mensaje que no podrá dejar de entender.

Tras esto, alzó las manos por encima de su cabeza con los brazos extendidos hacia el oscuro firmamento. Respondiendo a la señal, cuatro indios, vestidos con capas blancas abrochadas al cuello sin nada debajo, aparecieron de las cuatro esquinas de la plataforma en que se hallaban y sujetaron rápidamente a Rivas, que se quedó paralizado de sorpresa. Los indios lo condujeron al altar de piedra con los bajorrelieves de calaveras y huesos cruzados y lo arrojaron de espaldas

sobre él, sujetándolo por los brazos y las piernas.

Al principio, Rivas estaba demasiado aturdido para protestar, demasiado sorprendido e incrédulo para comprender las intenciones de Topiltzin. Cuando al fin, horrorizado, se dio cuenta de lo que se proponía, lanzó un grito de espanto.

—¡Oh, Dios mío! ¡No, no!

Fríamente, sin hacer caso del lastimero terror que reflejaban los ojos del norteamericano, Topiltzin se colocó a un lado del altar e hizo un gesto con la cabeza. De inmediato, uno de sus hombres abrió de un tirón la camisa de Rivas, dejando al descubierto su pecho.

—¡No lo haga! —suplicó Rivas.

Un cuchillo de obsidiana afilado como una navaja pareció materializarse en la mano izquierda de Topiltzin, levantada hacia el cielo. La luz de la luna hizo brillar la hoja negra y cristalina, suspendida sobre su cabeza.

Rivas lanzó un nuevo grito, el último sonido que saldría de sus labios.

A continuación, el cuchillo descendió.

Con pétrea indiferencia, las grandes estatuas de formas humanas fueron testigo de la sangrienta ceremonia. Diez siglos atrás, habían presenciado miles de veces aquellas horribles exhibiciones de inhumana crueldad. En sus ojos esculpidos, desgastados por el paso del tiempo, no se reflejó la menor piedad cuando el corazón de Rivas, latiendo todavía, fue arrancado de su pecho.

13

A pesar de la gente congregada y de la actividad que se desarrollaba a su alrededor, Dirk Pitt se sintió cautivado por el denso silencio helado del norte. Reinaba en aquellos parajes una increíble quietud que parecía acallar las voces y los ruidos de las máquinas. Pitt tuvo la sensación de encontrarse absolutamente solo, entumecido de frío, en el interior de un frigorífico en mitad de un mundo desolado.

Amaneció por fin y la luz diurna se filtró a través de una extraña niebla gris que no permitía la formación de sombras. A media mañana, el sol empezó a despejar la bruma helada y el cielo adquirió un suave tono blanco anaranjado. La tenue luz daba a los picos rocosos que se alzaban sobre el fiordo el aspecto de lápidas de un cementerio cubierto por la nieve.

La zona que rodeaba el lugar donde había caído el avión empezaba a parecer el escenario de una invasión militar. Una escuadrilla de cinco helicópteros de la Fuerza Aérea había sido la primera en llegar. Transportando una unidad de servicios especiales del Ejército formada por unos hombres de aspecto resuelto y armados hasta los dientes, procedieron a acordonar inmediatamente la zona y empezaron a patrullar por ella. Una hora más tarde, aterrizaron los investigadores de siniestros de la Oficina Federal de Aviación y comenzaron a marcar los restos dispersos del aparato accidentado para su recuperación y transporte. Llegó después un equipo de patólogos que procedió a colocar tarjetas de identificación en los cadáveres y a trasladarlos a los helicópteros, que los transportaron rápidamente al depósito de la base de Thule.

La Marina estuvo representada por el comandante Knight y por la inesperada aparición del *Polar Explorer*. Todos los miembros de los grupos de rescate hicieron un alto en su penosa labor para volver la vista hacia el mar cuando una serie de sonoros aullidos de la sirena del barco, repetidos por el eco en las escarpadas montañas, anunciaron su presencia.

El *Polar Explorer* viró lentamente y penetró en la boca del fiordo esquivando las masas de hielo de reciente formación, opacas y de escasa altura, y los primeros icebergs invernales, que recordaban las ruinas de unos castillos medievales. Durante un rato, un mar de color azul ceniciento siseó quedamente tras el paso de la quilla del buque, salpicada de cicatrices, antes de que volviera a

formarse en su superficie una nueva costra de hielo blanquecino.

La inmensa proa del rompehielos se abrió paso sin esfuerzo entre las banquisas flotantes y ancló a menos de cincuenta metros del fuselaje del avión. Knight detuvo los motores, bajó una escalerilla hasta el hielo y ofreció amablemente las instalaciones del barco como puesto de mando a los grupos de seguridad e investigación. La oferta fue calurosamente aceptada al instante, sin la menor vacilación.

Pitt estaba asombrado ante la eficacia de las medidas de seguridad. El muro de silencio informativo aún se mantenía incólume y la versión ofrecida en el aeropuerto Kennedy sólo hacía mención de que el vuelo de las Naciones Unidas llegaba con retraso. De todos modos, sólo era cuestión de una hora, como mucho, antes de que algún astuto corresponsal intuyera el asunto y levantara la liebre.

—Creo que tengo congelados hasta los ojos —comentó Giordino con voz lúgubre, sentado en el puesto del piloto del helicóptero y tratando de apurar una taza de café antes de que se congelara—. Deben de estar más fríos que las ubres de las vacas de Minnesota en enero.

—¿Cómo puedes saber si hace frío o no? —replicó Pitt, dirigiendo una mirada escéptica a su amigo—. No has salido de tu carlinga con calefacción en toda la noche.

—Yo me congelo con sólo mirar los cubitos de hielo de un vaso de whisky —insistió Giordino al tiempo que alzaba una mano con los cinco dedos extendidos —. Mira esto. Estoy tan tieso de frío que no puedo ni cerrar el puño.

Pitt volvió la vista hacia la ventanilla lateral del aparato y observó al comandante Knight, que se alejaba de su barco caminando por el hielo con grandes zancadas. Pitt volvió a la plataforma posterior del helicóptero y abrió la compuerta de carga cuando Knight llegó a la escalerilla. Giordino lanzó un gemido de autocompasión mientras su preciado calor escapaba por la abertura y una brisa helada invadía el interior del aparato.

Knight efectuó un gesto de saludo con la mano y subió a bordo del helicóptero, exhalando nubes de vapor con su aliento. No tardó en llevarse una mano al bolsillo del abrigo de piel de foca y sacar un frasco forrado de piel.

—He traído un regalito de la enfermería: coñac. No tengo idea de la marca, pero creo que sabréis encontrarle un buen uso.

—Creo que acabas de transportar a Giordino a la gloria —comentó Pitt con una carcajada.

—Preferiría estar en el infierno —replicó Giordino. Dio un trago del frasco y paladeó el coñac mientras descendía hacia su estómago. Después, alzó de nuevo la mano y cerró con fuerza el puño—. Me parece que estoy curado.

—Será mejor que nos tomemos las cosas con calma —dijo Knight—. Hemos recibido órdenes de mantenernos en posición durante las próximas veinticuatro horas. Si me perdonáis el chiste fácil, quieren conservarnos en hielo hasta que las

tareas de recogida de restos hayan finalizado.

—¿Qué tal están los supervivientes? —se interesó Pitt.

—La señora Kamil descansa tranquilamente. Por cierto, ha pedido verte. Hablaba no sé qué de una cena contigo en Nueva York.

—¿Una cena? —preguntó Pitt con aire ingenuo.

—Es muy curioso —continuó Knight—. Poco antes de que el doctor Gale interviniera quirúrgicamente a la enfermera para repararle la rotura de ligamentos de la rodilla, la muchacha también comentó algo de una cita para cenar contigo.

Pitt puso una cara de absoluta inocencia y murmuró:

—Supongo que deben de tener hambre.

Giordino puso los ojos en blanco y dio otro tiento al frasco del coñac.

—Creo que ya he oído esa canción otras veces.

—¿Y el sobrecargo?

—Está bastante mal —explicó Knight—, pero el doctor opina que saldrá adelante. Se llama Rubin. Mientras empezaba a hacerle efecto la anestesia, empezó a contar una historia incongruente sobre si el piloto había dado muerte al primer y segundo oficiales para luego desaparecer en pleno vuelo.

—Tal vez no sea tan incongruente —intervino Pitt—. El cuerpo del piloto todavía no ha aparecido.

—Pero no seré yo quien me ocupe de buscarlo —dijo el comandante, encogiéndose de hombros—. Ya tengo suficientes preocupaciones para verme involucrado en un misterioso accidente aéreo.

—¿Qué novedades hay respecto al submarino ruso? —preguntó Giordino.

—Mantendremos en secreto nuestro descubrimiento hasta que podamos informar personalmente a los jefazos del Pentágono. Es una tontería correr el riesgo de que alguien se entere por una filtración en el sistema de comunicaciones. Desde luego, la caída del avión nos ha venido como anillo al dedo, pues nos proporciona una excusa lógica para poner rumbo a nuestra base de Portsmouth en cuanto los supervivientes puedan ser transportados por vía aérea a un hospital del continente. Esperemos que este suceso inesperado confunda lo suficiente a los analistas de contraespionaje soviéticos para quitárnoslos de encima.

—No cuentes con ello —replicó Giordino, cuyo rostro empezaba a enrojecer —. Si los rusos tienen la más leve sospecha de que hemos encontrado nuestro filón, y si son lo bastante paranoicos como para pensar que nuestro bando ha causado la caída del avión como maniobra de diversión, acudirán a la carga con barcos de rescate, una flota de guerra para protegerlos y cobertura aérea en abundancia y, cuando localicen el submarino, lo pondrán a flote y lo remolcarán hasta su base de Severomorsk, en la península de Kola.

—O lo harán estallar en mil pedazos —añadió Pitt.

—¿Destruirlo?

—Los rusos no tienen una tecnología avanzada para el rescate de naves hundidas. Su primer objetivo será asegurarse de que nadie más pone las manos en su submarino.

—No tiene sentido debatir sobre la guerra fría aquí —dijo Giordino al tiempo que pasaba el coñac a Pitt—. ¿Por qué no volvemos al barco? Allí estaremos cómodos y calentitos.

—Desde luego —asintió Knight—. Vosotros dos ya habéis cumplido de sobras con vuestro deber.

Pitt, sin embargo, se incorporó y empezó a abrocharse el abrigo de piel de foca.

—Creo que voy a darme un paseo —anunció.

—¿No vuelves con nosotros?

—Dentro de un rato. Creo que antes me llegaré al campamento de los arqueólogos para ver qué tal están.

—Es un viaje inútil. El doctor ha enviado a uno de sus auxiliares allí y ya ha regresado. Dice que están todos bien, salvo algunas torceduras y magulladuras.

—Tal vez sea interesante observar lo que han descubierto en sus excavaciones —insistió Pitt.

Giordino, acostumbrado a leer los pensamientos de su amigo, comentó:

—Crees que quizá hayan encontrado un puñado de ánforas griegas, ¿no es eso?

—No se pierde nada por preguntar.

Knight dirigió una severa mirada a Pitt y le advirtió:

—Ten cuidado con lo que dices.

—Me sé al pie de la letra nuestra tapadera de la misión de exploración geológica.

—¿Y sobre los ocupantes del avión?

—Quedaron todos atrapados en el interior del fuselaje y murieron de hipotermia producida por la exposición a las aguas heladas.

—Yo diría que podrá engañarlos sin problemas —comentó Giordino secamente.

—Está bien —asintió Knight—. Me parece que te haces cargo de la situación. Procura no mencionar nada que no tengan por qué conocer.

Pitt abrió la compuerta de carga y les dirigió un gesto despreocupado a modo de despedida.

—No me esperéis levantados —dijo, antes de saltar al frío.

—Qué tipo más obstinado —murmuró Knight—. No sabía que Pitt estuviera tan interesado por las antigüedades.

Giordino contempló por la ventanilla a Pitt, que se alejaba por el fiordo. Tras un suspiro, replicó:

—Él tampoco.

La capa de hielo era lisa y firme, lo cual permitió a Pitt avanzar a buena marcha por el fiordo. Al levantar los ojos, observó una capa de amenazadoras nubes grises que se aproximaba por el noroeste. El tiempo podía cambiar de un sol radiante a una ventisca cegadora en cuestión de minutos y borrar de la vista todas las referencias del terreno. Pitt no tenía el menor interés en perderse sin tener siquiera una brújula y apretó el paso.

Un par de gerifaltes blancos, al parecer inmunes al frío del Ártico, surcaron el aire encima de su cabeza. Los gerifaltes formaban parte del escogido grupo de aves que permanecían en el norte durante el crudo invierno.

Pitt avanzó en dirección sur, cruzó la línea de la costa y mantuvo el rumbo hacia el humo que se alzaba de la cabaña de los arqueólogos. La lejana y densa columna de humo daba la impresión de estar tras las lentes de unos prismáticos vueltos del revés.

Estaba apenas a diez minutos del campamento cuando lo alcanzó la tormenta. Un minuto antes, la visibilidad llegaba casi a los veinte kilómetros. En un abrir y cerrar de ojos, había quedado reducida a menos de cinco metros.

Echó a correr con la esperanza de estar haciéndolo en una dirección que se pareciera, aunque sólo fuera remotamente, a una línea recta. La nieve, que el viento impulsaba paralela al suelo, le llegaba por el costado izquierdo y Pitt se inclinó ligeramente hacia ese lado para compensar la desviación que pudiera causarle.

La ventisca arreció y le golpeó hasta que casi no pudo mantenerse en pie. Continuó avanzando a ciegas, arrastrando los pies con la vista fija en ellos, contando los pasos y con los brazos en torno a la cabeza. Pitt sabía que era imposible caminar a ciegas sin terminar dando vueltas en círculo. También era consciente de que podía pasar de largo junto a la cabaña de los arqueólogos por apenas unos metros, y seguir avanzando a trompicones hasta caer rendido de agotamiento.

A pesar de la intensa sensación de frío, aumentada por el viento, su gruesa indumentaria le proporcionaba una adecuada protección y el ritmo de sus latidos le indicó que no estaba quemando demasiadas energías. Cuando calculó que debía de hallarse en las proximidades de la cabaña, Pitt hizo una pausa. Después, continuó avanzando otros treinta pasos antes de detenerse de nuevo.

Se volvió noventa grados a la derecha y avanzó unos tres metros, distancia desde la cual todavía podía observar las huellas que acababa de dejar en la nieve; a continuación, retrocedió en paralelo a las huellas originales como si segara un césped, aplicando la misma maniobra que si buscara un objeto bajo el mar. Pudo dar unos sesenta pasos antes de que las huellas por las que se guiaba

desaparecieran en la nieve.

Hizo cinco recorridos con el mismo sistema y procedió luego a desandar todo lo hecho, repitiendo las maniobras hasta estar seguro de que se encontraba de nuevo en la línea de huellas original, ahora totalmente borrada. Desde allí, continuó el rastreo hacia el otro lado. En el tercer recorrido, tropezó en un ventisquero y cayó contra un tabique de metal. Lo siguió y, tras doblar dos esquinas, encontró una cuerda que conducía a una puerta. Con un gran suspiro de alivio, Pitt la empujó saboreando el pensamiento de que su vida había corrido peligro y la había salvado. Penetró en el interior y se llevó una sorpresa.

Aquello no era el refugio-vivienda, sino más bien un gran cobertizo de planchas corrugadas y techo semicilíndrico que resguardaba una serie de excavaciones en la tierra, libre de nieve. La temperatura en el interior no superaba apenas los cero grados, pero afortunadamente allí estaba a cubierto del fuerte viento.

La única luz del lugar procedía de una linterna colgada del techo. Al principio, Pitt pensó que el cobertizo estaba desierto, pero luego observó una cabeza y unos hombros que parecían surgir de una zanja abierta en el suelo. La figura estaba de rodillas, vuelta de espaldas a Pitt, y parecía absorta en quitar cuidadosamente la tierra de un pequeño escalón de la zanja.

Pitt salió de las sombras y miró la figura.

—¿Está preparada? —preguntó.

Lily se volvió en redondo, más desconcertada que sorprendida. La luz de la linterna le daba en los ojos y sólo podía distinguir una silueta confusa frente a ella.

—¿Preparada para qué?

—Para salir a cenar a la ciudad.

La muchacha reconoció la voz. Se incorporó lentamente y asió la lámpara. Contempló el rostro de Pitt, cautivada una vez más por sus ojos, mientras él admiraba su cabello intensamente pelirrojo, que brillaba como una llamarada bajo la potente luz de la linterna.

—El señor Pitt, ¿verdad?

La muchacha se quitó el guante y tendió su mano derecha hacia él. Pitt también se quitó el suyo, alargó la mano y estrechó con firmeza la de ella.

—Prefiero que las chicas guapas me tuteen. Llámame Dirk.

La joven arqueóloga se sentía como una chiquilla tímida. Estaba furiosa consigo misma por no llevar un ápice de maquillaje y se preguntaba si él habría advertido los callos de sus manos. Y, lo peor de todo, notó impotente cómo sus mejillas se ruborizaban.

—Lily… Lily Sharp —tartamudeó—. Mis amigos y yo esperábamos poder darte las gracias por lo de anoche. Pensaba que lo de la cena era una broma. En realidad, no pensaba que te volvería a ver.

—Como puedes oír… —Pitt hizo una pausa y ladeó la cabeza hacia el viento que aullaba en el exterior—, ni siquiera una ventisca ha podido impedir que viniera.

—Estás chiflado.

—No; sólo soy lo bastante estúpido para haber pensado que podía correr más que una tormenta ártica.

Los dos se echaron a reír y la tensión desapareció. Lily se dispuso a salir de la zanja. Pitt la asió del brazo y la ayudó a hacerlo. Ella dio un respingo y él la soltó rápidamente.

—No deberías estar trabajando.

Lily le respondió con una resuelta sonrisa:

—Estoy coja y un poco molida, con un montón de contusiones, pero sobreviviré.

Pitt se hizo cargo de la linterna y, levantándola por encima de la cabeza, contempló el extraño grupo de rocas y excavaciones.

—¿Qué es todo esto? —preguntó.

—Un antiguo poblado esquimal que fue habitado entre los siglos I y IV de nuestra era.

—¿Le habéis puesto algún nombre?

—Nosotros llamamos a este yacimiento Gronquist Bay en honor del doctor Hiram Gronquist, que lo descubrió hace cinco años.

—¿Ese doctor era uno de los tres hombres que vi anoche?

—Sí. Es el que encontraste sin sentido cerca de mí.

—¿Qué tal está?

—A pesar de tener un gran chichón amoratado en la frente, asegura que no le duele la cabeza ni se siente mareado. Cuando salí de la cabaña para venir aquí, estaba asando un pavo.

—¿Un pavo? —repitió Pitt, sorprendido—. Debéis de tener un sistema de aprovisionamiento de primera clase.

—Dos veces por semana, llega de Thule un avión Minerva de despegue y aterrizaje vertical prestado a la universidad por un alumno millonario.

—Yo pensaba que, en esta latitud tan extrema, las excavaciones quedaban limitadas al verano, cuando las temperaturas suben por encima de cero y el terreno se deshiela.

—Normalmente, así es, pero nosotros tenemos instalado nuestro refugio prefabricado, con un excelente sistema de calefacción, justo al lado de la sección principal del poblado. Eso nos permite trabajar desde abril hasta octubre.

—¿Habéis encontrado algo fuera de lo normal, como algún objeto que no debería estar aquí?

—¿Por qué lo preguntas? —respondió Lily, dirigiendo a Pitt una mirada llena de suspicacia.

—Pura curiosidad.

—Hemos desenterrado cientos de objetos interesantes que reflejan el modo de vida y la tecnología de los esquimales prehistóricos. Si quieres examinarlos, están en el refugio principal.

—¿No podríamos echarles un vistazo mientras damos cuenta del pavo? —sugirió Pitt.

—Es una buena idea. El doctor Gronquist es un cocinero excelente.

—Yo he venido con la intención de invitaros a todos a cenar en el barco, pero esta tormenta inesperada ha torcido mis planes.

—Siempre nos alegra ver una cara nueva a la mesa —dijo Lily en tono cordial.

—Es cierto que habéis descubierto algo inusual, ¿verdad? —insistió Pitt, cambiando de tema bruscamente.

—¿Cómo lo sabes? —replicó Lily con una nueva mirada de suspicacia.

—¿Griego o romano?

—Del Imperio romano. De Bizancio, en concreto.

—¿De Bizancio? —repitió Pitt, con cierta dureza en la mirada—. ¿Qué clase de objeto? ¿De qué época?

—Una moneda de oro. De finales del siglo seis.

Tras esta revelación, Pitt pareció relajarse. Efectuó una profunda inspiración y exhaló el aire de los pulmones lentamente mientras la muchacha lo observaba, confusa y presa de cierta irritación.

—¡Suelta lo que tengas que decir! —exclamó Lily.

—¿Y si te dijera —empezó a responder Pitt con palabras medidas— que existe un reguero de ánforas esparcido por el lecho marino que conduce al fiordo?

—¿Ánforas? —repitió Lily, desconcertada—. ¿Hablas en serio?

—Lo tengo en una cinta de vídeo de nuestras cámaras submarinas.

—Entonces, es cierto que llegaron —comentó Lily como si estuviera en trance—. Es cierto que cruzaron el Atlántico. Los romanos pusieron pie en Groenlandia antes que los vikingos.

—Los datos apuntan en esa dirección —asintió Pitt al tiempo que pasaba su brazo en torno a la cintura de Lily y la empujaba hacia la puerta del cobertizo—. Y, hablando de direcciones, ¿tendremos que quedarnos aquí dentro mientras dure la tormenta, o esa cuerda tendida en el exterior conduce a la cabaña principal?

Lily asintió a lo segundo.

—Sí, esa cuerda va de un edificio a otro. —Hizo una pausa y contempló la excavación donde había descubierto la moneda—. Pitias, el navegante griego, realizó un viaje en el 350 a. C. Las leyendas dicen que navegó por el Atlántico con rumbo norte y que finalmente llegó a Islandia. Por eso resulta extraño que no existan documentos o leyendas que hagan referencia a un viaje romano hasta

estas latitudes, tan al norte y tan al oeste, casi setecientos cincuenta años más tarde.

—Pitias tuvo mucha suerte al conseguir volver y explicar el viaje que había efectuado.

—Entonces, ¿crees que los romanos que llegaron a estas tierras se perdieron en el viaje de regreso?

—No. Me parece que todavía están aquí —respondió Pitt contemplando a la muchacha con una resuelta sonrisa—. Y nosotros dos, mi encantadora señorita, vamos a encontrarlos.

II.

EL *SERAPIS*

14

14 de octubre de 1991 - Washington, D. C.

Una llovizna fría e insistente envolvía la capital federal mientras el taxi se detenía en la esquina de la calle Diecisiete con Pennsylvania Avenue, frente al viejo edificio del Poder Ejecutivo. Un hombre vestido con un uniforme de mozo de reparto se apeó del asiento trasero y dijo al taxista que lo esperara. Volvió a introducir el cuerpo en el vehículo y extrajo de él un paquete envuelto en seda roja. Después, cruzó corriendo la acera y descendió varios peldaños hasta cruzar un portal y penetrar en la zona de recepción de la sala de correos.

—Para el presidente —dijo el hombre con un marcado acento español.

Un empleado del servicio postal estampó el sello de recepción en el recibo del paquete y anotó la hora. Después, alzó la vista y sonrió.

—¿Sigue lloviendo?

—Sólo son cuatro gotas.

—Lo suficiente para hacer la vida desgraciada.

—Y para poner insoportable el tráfico —añadió el repartidor con una expresión agria en el rostro.

—Que tenga un buen día, a pesar de todo —le deseó el empleado.

—Lo mismo digo.

El repartidor se marchó mientras su interlocutor tomaba el paquete y lo colocaba bajo el fluoroscopio. A continuación, se apartó del aparato y observó la pantalla mientras los rayos X analizaban el objeto oculto bajo la envoltura de seda.

Lo identificó sin problemas como un maletín, pero el resto de la imagen lo desconcertó. En su interior no había el menor rastro de documentos o papeles, ni ningún objeto duro con un contorno identificable, ni nada que pareciera un explosivo. El hombre era un experto en su trabajo, pero el contenido de aquel maletín lo dejó perplejo.

Descolgó el teléfono e hizo una petición a la persona que respondió al otro lado de la línea. Un par de minutos después, apareció un agente de seguridad acompañado de una perra.

—¿Tienes algo para *Sweetpea*?[1] —preguntó el recién llegado. El empleado postal asintió y colocó el paquete en el suelo.

—No puedo identificar el contenido en la pantalla.

Sweetpea era una perra de raza cruzada, resultado de un breve encuentro entre un sabueso y un perro salchicha, que tenía unos enormes ojos castaños y un cuerpo pequeño y grueso sobre unas patas cortas y delgadas. Bajo la atenta mirada de los dos hombres, la perra, entrenada para identificar por el olfato cualquier clase de explosivo, del más común al más exótico, dio unas vueltas en torno al paquete frunciendo el hocico como una matrona rechoncha que estuviera probando aromas en el mostrador de una perfumería.

De pronto, *Sweetpea* se puso muy agitada, se le erizó el pelaje de la nuca y del lomo, y empezó a retroceder. Apareció en su cara una especie de expresión de desagrado, extraña y muy sospechosa, al tiempo que se ponía a gruñir furiosamente.

—No es su reacción normal —comentó el agente sorprendido.

—Ahí dentro hay algo extraño —añadió el empleado.

—¿A quién va dirigido el paquete?

—Al presidente.

El agente dio unos pasos hasta el teléfono y marcó un número.

—Será mejor que hagamos venir a Jim Gerhart —dijo el empleado mientras aguardaba respuesta.

Gerhart, agente especial encargado de la seguridad física de la Casa Blanca, recibió la llamada mientras daba cuenta de un breve almuerzo en su despacho y salió de inmediato hacia la sala de recepción del correo.

Tras observar la reacción de la perra y volver a pasar el paquete bajo el fluoroscopio, murmuró con el acento arrastrado de Georgia:

—No detecto ningún cable ni aparato detonador.

—No es ninguna bomba —asintió el empleado postal.

—Entonces, vamos a abrirlo.

La envoltura de seda roja fue retirada cuidadosamente, dejando a la vista un maletín portafolios de cuero negro. No mostraba ninguna marca, ni siquiera el nombre del fabricante o el número de modelo. En lugar de una cerradura de combinación, el maletín tenía dos cerrojos con orificios para introducir una llave.

Gerhart manipuló los dos cerrojos al unísono y ambos se abrieron sin resistencia.

—Es el momento de la verdad —dijo con una cauta sonrisa.

Colocó las manos en las esquinas de la tapa superior y la levantó lentamente hasta que el maletín quedó abierto y su contenido, a la vista.

—¡Dios santo! —exclamó jadeante Gerhart.

El rostro del agente de seguridad palideció y el hombre se volvió de espaldas. El empleado postal, entre arcadas, se dirigió hacia el retrete tambaleándose.

Gerhart cerró el maletín de golpe.

—Que alguien lleve esto al hospital universitario George Washington —ordenó.

El agente de seguridad no pudo responder hasta que pudo tragar de nuevo la bilis que le había subido por la garganta. Por último, alcanzó a decir entre toses:

—¿Qué es eso? ¿Es de verdad, o se trata de algún truco propio de la noche de Halloween?

—Es auténtico —respondió Gerhart con aire sombrío—. Y, créame, no se trata de ninguna broma.

En su despacho de la Casa Blanca, Dale Nichols se echó atrás en su silla giratoria y se ajustó a la nariz sus gafas de leer. Quizá por décima vez, empezó a repasar el contenido de un grueso informe que le había remitido Armando López, director jefe de la oficina presidencial para Asuntos Latinoamericanos.

Nichols ofrecía la imagen de un profesor universitario; de hecho, ésa era su profesión antes de que el presidente lo convenciera para cambiar su apacible cátedra en Stanford por el agitado sumidero político de Washington. Su inicial rechazo de aquel mundo se había convertido en sorpresa al descubrir que poseía un talento oculto para manipular a los burócratas de la Casa Blanca.

Llevaba su abundante cabello castaño oscuro perfectamente peinado con raya al medio. Sus gafas, de cristales pequeños y redondos y montura fina de metal, algo anticuadas, reflejaban el temperamento laborioso, tenaz, de un hombre que no se ocupaba de nada salvo de su proyecto más inmediato. Y por último, para terminar de ofrecer la imagen típica de un académico, lucía pajarita y fumaba en pipa.

Nichols la encendió sin apartar la vista de los recortes de periódicos mexicanos, que trataban de un solo tema: Topiltzin.

Entre los recortes de prensa había varias entrevistas concedidas por el carismático mesías a representantes de los países de Centro y Suramérica. Topiltzin, por el contrario, se había negado a recibir a periodistas o representantes gubernamentales norteamericanos y ninguno de ellos había podido salvar sus barreras de guardaespaldas.

Nichols había aprendido español durante una estancia de dos años en Perú, como miembro del Cuerpo por la Paz, y no tuvo problema para leer las informaciones. Cuando terminó, tomó un bloc de notas y empezó a anotar una lista de declaraciones y afirmaciones que aparecían en las entrevistas.

1. Topiltzin se describe a sí mismo como un hombre surgido de la más pobre pobreza y dice haber nacido en una chabola de madera en el extrarradio de Ciudad de México, entre basureros municipales, no sabe en

qué día, mes ni año. Según él, ha sobrevivido y aprendido a desenvolverse entre desperdicios, moscas, estiércol y mugre; entre los hambrientos sin hogar.

2. Afirma no haber recibido ninguna educación. La historia de su infancia hasta su aparición como supuesto sumo sacerdote de una antigua religión tolteca/azteca está en blanco.

3. Dice ser la reencarnación de Topiltzin, un jefe de los toltecas del siglo X a quien se identificaba con el legendario dios Quetzalcóatl.

4. Su filosofía política es una extravagante mezcla de cultura antigua y religión, con un vago esquema de régimen autocrático, personalista y sin partidos. Pretende jugar el papel de padre benevolente del pueblo mexicano. No se define en cuestiones tales como el sistema que pretende emplear para salir del marasmo económico. Se niega a explicar cómo reestructurará el gobierno si accede al poder.

5. Es un orador persuasivo y tiene una aceptación asombrosa entre quienes lo escuchan. Sólo habla en la antigua lengua azteca, a través de intérpretes. El idioma que emplea es utilizado todavía por muchos indios de la zona central de México.

6. La mayor parte de sus seguidores son fanáticos y su popularidad ha inundado el país como la proverbial ola mexicana. Los analistas políticos predicen que podría ganar unas elecciones nacionales por casi seis puntos de margen, pero se niega a participar en elecciones libres con el argumento —muy razonable, por cierto— de que los corruptos líderes de la nación no le entregarían nunca el poder aunque perdieran en las urnas. Topiltzin se propone tomar el poder por aclamación popular.

Nichols dejó la pipa en un cenicero, alzó los ojos al techo por unos instantes en actitud pensativa y continuó escribiendo.

«RESUMEN: Topiltzin puede ser un tipo increíblemente ignorante o, por el contrario, tener un talento fuera de lo normal. Es un ignorante si realmente es lo que dice ser. Pero podemos estar ante un genio si existe algún plan tras su locura, algún objetivo que sólo él alcanza a ver».

Problemas, problemas, problemas.

Nichols se puso a repasar de nuevo los artículos en busca de alguna clave sobre la personalidad de Topiltzin, cuando sonó el teléfono. Descolgó el auricular.

—El presidente por la línea uno —anunció su secretaria. Nichols pulsó el botón correspondiente.

—Señor presidente…

—¿Alguna noticia de Guy Rivas?

—No, ninguna.

Al otro extremo de la línea hubo un silencio. Por fin, el presidente dijo:

—Tenía concertada una cita conmigo para hace un par de horas. Estoy preocupado. Si ha tenido algún problema, su piloto ya debería habérnoslo comunicado.

—Rivas no voló a Ciudad de México en un avión oficial —explicó Nichols—. Para proteger mejor el secreto de su misión, tomó un pasaje de segunda clase en un vuelo comercial, como un simple turista de vacaciones.

—Entiendo —asintió el presidente—. Si el presidente De Lorenzo supiera que he enviado a sus espaldas un representante personal para entablar contactos con la oposición, lo tomaría como un insulto y no acudiría a nuestra conferencia de Arizona de la semana próxima.

—Ésta ha sido nuestra principal preocupación —le aseguró Nichols.

—¿Ha recibido usted algún informe sobre el accidente de ese avión de la ONU? —preguntó el presidente, cambiando súbitamente de tema.

—No, señor —respondió Nichols—. La única información que tenemos es que Hala Kamil ha sobrevivido.

—Ella y dos miembros de la tripulación. El resto murió envenenado.

—¿Envenenado? —repitió Nichols, incrédulo.

—Eso es lo que dicen los investigadores. Creen que el piloto intentó envenenar a todos los que iban a bordo antes de saltar en paracaídas sobre Islandia.

—Ese piloto debía de ser un impostor.

—No lo sabremos hasta que encontremos su cuerpo, caliente o frío.

—¡Santo cielo! ¿Qué grupo terrorista tendría interés en matar a más de cincuenta representantes de las Naciones Unidas?

—Hasta ahora, nadie ha reivindicado la autoría. Según Marun Brogan, de la CÍA, si se trata de un acto terrorista, los autores se han apartado mucho de las tácticas habituales.

—Tal vez el objetivo fuera Hala Kamil —apuntó Nichols—. Ajmad Yazid ha jurado eliminarla.

—En efecto, no podemos pasar por alto tal posibilidad —reconoció el presidente.

—¿Se ha enterado la prensa del asunto?

—Sí, saldrá en todos los periódicos y darán un reportaje por televisión dentro de una hora. No he visto ninguna razón para mantener oculta la noticia.

—¿Desea alguna otra cosa de mí, señor presidente?

—Dale, me gustaría que estuviera atento a las reacciones en el entorno del presidente De Lorenzo. En el vuelo iban once delegados y representantes mexicanos. Preséntele condolencias en mi nombre y ofrézcale toda nuestra

colaboración. ¡Ah, sí!, será mejor que mantenga informado a Julius Schiller, del Departamento de Estado, para que no haya interferencias entre ustedes.

—Pondré a mi equipo a trabajar en el asunto.

—Y, cuando sepa algo de Rivas, hágamelo saber enseguida.

—Sí, señor presidente.

Nichols colgó y concentró de nuevo su atención en el informe. Empezó a preguntarse si Topiltzin tendría relación con el atentado del avión. Si se encontrase algún hilo del que tirar…

Nichols no era un detective. No tenía talento para diseccionar fríamente a un sospechoso, capa a capa, hasta conocer qué impulsos le hacían reaccionar. Su especialidad académica eran los sistemas prospectivos de los movimientos políticos internacionales.

Topiltzin era un enigma para él. Hitler tenía una visión equivocada de la supremacía aria. Impulsado por el fervor religioso, Jomeini pretendía el retorno de Oriente Medio a las esencias musulmanas de la Edad Media. Lenin había predicado una cruzada mundial por el comunismo.

¿Cuál era el objetivo de Topiltzin? ¿Un México azteca? ¿Un retorno al pasado? Una sociedad moderna no podía funcionar bajo unas normas tan arcaicas. México no era una nación que pudiera regirse por unas fantasías quijotescas. Tenía que haber otra fuerza que impulsara los actos de aquel hombre, pero Nichols estaba haciendo conjeturas en el vacío. La imagen que tenía de Topiltzin era una caricatura, un villano de tira cómica.

Su secretaria entró en el despacho sin llamar y dejó un expediente sobre el escritorio.

—El informe que ha pedido a la CÍA… y tiene una llamada por la línea tres.

—¿Quién es?

—Un tal James Gerhart —respondió ella.

—Seguridad de la Casa Blanca —dijo Nichols—. ¿Ha dicho qué quería?

—No. Sólo que era urgente.

A Nichols le picó la curiosidad y atendió la llamada.

—Aquí Dale Nichols.

—Jim Gerhart, señor, encargado de…

—Sí, ya sé —le interrumpió Nichols—. ¿De qué se trata?

—Creo que será mejor que acuda al laboratorio de Patología del George Washington.

—¿El hospital universitario?

—Sí, señor.

—¿Para qué diablos…?

—Preferiría no comentar el asunto por teléfono.

—Estoy muy ocupado, señor Gerhart. Tendrá que concretar un poco más.

Se produjo un breve silencio.

—Es un asunto que les afecta a usted y al señor presidente, no puedo decirle más.

—¿No puede darme, al menos, una pista?

Al otro lado de la línea, Gerhart hizo caso omiso de la pregunta.

—Uno de mis hombres está esperando a la puerta de su despacho y puede conducirlo al laboratorio. Nos encontraremos en la sala de espera.

—Escúcheme, Gerhart…

Nichols no pudo decir nada más antes de que el sonido de marcar le zumbara en el oído.

La llovizna se había convertido en un chaparrón y el estado de ánimo de Nichols reflejaba la misma melancolía que el tiempo mientras un auxiliar lo guiaba desde la entrada del hospital hasta el laboratorio de Patología. Los olores como de éter que impregnaban los pasillos le resultaban sumamente desagradables.

Fiel a su palabra, Gerhart lo aguardaba en la antesala. Los dos hombres se conocían de vista y de nombre, pero no habían hablado nunca. Gerhart se adelantó hacia Nichols pero no hizo el menor gesto de estrecharle la mano.

—Gracias por venir —dijo en tono oficial.

—¿Por qué estoy aquí? —quiso saber Nichols directamente.

—Para una identificación.

Nichols se sintió invadido de pronto por los peores presagios.

—¿De quién se trata?

—Prefiero que me lo diga usted.

—No tengo estómago para ver cadáveres.

—No es exactamente un cadáver pero, se lo aseguro, va a necesitar un estómago fuerte.

—Está bien, acabemos de una vez con este asunto —dijo Nichols, encogiéndose de hombros.

Gerhart le franqueó el paso y lo condujo por un largo pasillo hasta una sala con el piso y las paredes de grandes baldosas blancas. El suelo era ligeramente cóncavo y tenía un desagüe en el centro. En mitad de la sala, en completa soledad, había una mesa de acero inoxidable. Un plástico blanco, opaco, cubría un objeto alargado que apenas se alzaba un par de centímetros de la superficie de la mesa. Nichols miró a Gerhart, desconcertado.

—¿Qué se supone que debo identificar? —Sin pronunciar palabra, Gerhart levantó el plástico y lo retiró de la mesa, dejándolo caer al suelo.

Nichols contempló lo que había sobre la mesa, sin comprender de qué se trataba. Al principio creyó que era una silueta humana recortada en papel. Después, cuando reconoció la terrible verdad, se estremeció y, presa de un

temblor incontrolable, se inclinó sobre el desagüe y vomitó.

Gerhart salió de la sala y volvió enseguida con una silla plegable y una toalla. Condujo a Nichols hasta la silla y le ofreció el paño para limpiarse.

—Tenga —dijo, sin demostrar simpatía por él—. Use esto.

Nichols permaneció sentado casi dos minutos, con la toalla apretada contra el rostro y sin poder controlar las arcadas. Por fin, se recobró lo suficiente para alzar los ojos hacia Gerhart y balbucir:

—¡Dios santo…! ¡No hay nada más que…!

—Piel —Gerhart terminó la frase por él—. Piel humana desollada.

Nichols se obligó a mirar otra vez el espanto extendido sobre la mesa. Le recordó un globo deshinchado. No había otro modo de describirlo. Se había practicado una incisión desde la parte posterior de la cabeza hasta los tobillos y se había separado la piel del resto del cuerpo como el pellejo de un animal. En el pecho había una larga abertura vertical, cosida toscamente. Faltaban los ojos, pero la dermis estaba completa, incluidas las manos y los pies.

—¿Puede decirme de quién cree que pueda tratarse? —preguntó Gerhart en voz baja.

Nichols intentó concentrarse, pero los rasgos faciales, grotescos y deformes, hicieron imposible la identificación. Sólo el cabello le pareció vagamente familiar. Y, a pesar de todo, Nichols *supo* quién era.

—Guy Rivas —murmuró.

Gerhart no hizo comentarios. Asió del brazo a Nichols y le ayudó a pasar a otra habitación confortablemente amueblada con mullidos sillones y una máquina de café. Llenó una taza y la pasó a Nichols.

—Beba esto. Volveré en un minuto.

Nichols permaneció sentado como en una pesadilla, conmocionado aún por la nauseabunda visión que había experimentado en la sala contigua. No podía hacer frente a la realidad de la espantosa muerte de Rivas.

Gerhart regresó con un maletín, que depositó sobre una mesilla.

—Dejaron esto en la sala de recepción de correo. La piel estaba perfectamente doblada en el interior. Al principio pensé que era obra de algún psicópata, pero después hice un examen exhaustivo y encontré una grabadora en miniatura camuflada en un doble fondo.

—¿Ha escuchado su contenido?

—Desde luego que sí. Parece una conversación entre dos hombres, en una especie de código.

—¿Cómo ha relacionado a Rivas conmigo?

—Dentro de la piel desollada habían dejado su tarjeta de identificación gubernamental. El que lo mató, fuera quien fuese, quiso asegurarse de que se supiera de quién se trataba. Fui al despacho de Rivas e interrogué a su secretaria. Supe por ella que se había reunido con usted y el presidente durante dos horas,

antes de salir hacia el aeropuerto y tomar un vuelo con un destino desconocido. Me pareció raro que su propia secretaria no supiera adonde iba, de modo que supuse que había sido enviado a una misión secreta. Por eso me puse en contacto con usted.

Nichols lo miró detenidamente.

—¿Dice que en esta cinta hay una conversación?

—Y también los gritos de Rivas mientras lo mataban —añadió Gerhart, asintiendo gravemente.

Nichols cerró los ojos, tratando de apartar de su mente la visión.

—Habrá que notificarlo a sus parientes —prosiguió Gerhart—. ¿Tenía esposa?

—Y cuatro hijos.

—¿Lo conocía bien?

—Guy Rivas era un buen hombre. Una de las pocas personas íntegras que conocí desde que llegué a Washington. Trabajamos juntos en varias misiones diplomáticas.

Por primera vez, las pétreas facciones de Gerhart se dulcificaron.

—Lo lamento —murmuró.

Nichols no le escuchaba. Poco a poco, su mirada fue haciéndose fría e intensa. Su anterior expresión, como recién despierto de una pesadilla, había desaparecido. Ya no se sentía enfermo de horror ni a punto del vómito. La salvaje brutalidad infligida a alguien cercano a él había provocado una oleada de rabia en su interior. Una rabia como Nichols no había experimentado nunca.

El profesor cuyo ámbito de acción quedaba limitado a los muros de las aulas había dejado de existir. En su lugar estaba un hombre próximo al presidente, un miembro del reducido grupo de fontaneros de Washington con el poder necesario para hacer realidad acontecimientos o para causar estragos en cualquier punto del globo.

Contara o no con el permiso presidencial o con la aprobación oficial, Nichols estaba dispuesto a utilizar todos los medios y todo el poder con que contaba en la Casa Blanca para vengar el asesinato de Rivas. Topiltzin tenía que morir.

15

El pequeño reactor privado Beechcraft tomó tierra con un leve gemido de los neumáticos y rodó por la pista de gravilla de un aeropuerto privado, a veinte kilómetros al sur de Alejandría, en Egipto. Menos de un minuto después de que se detuviera junto a un Volvo verde con la palabra « taxi» escrita en las portezuelas, el ruido de los motores cesó y se abrió la compuerta de pasajeros.

El hombre que saltó al suelo llevaba un traje blanco con una corbata del mismo color sobre una camisa azul marino. Delgado y con casi un metro ochenta de estatura, se detuvo un instante y se pasó un pañuelo por la frente, que mostraba una incipiente calvicie, y se retocó el gran bigote negro con el índice, con gesto presumido. Sus ojos quedaban ocultos tras las gafas de sol y sus manos lucían unos guantes blancos de piel.

Suleiman Aziz Ammar no se parecía en nada al piloto que había subido al vuelo 106 en Londres.

Anduvo hasta el Volvo y saludó al hombre bajo y musculoso que emergió de detrás del volante.

—Buenos días Ibn. ¿Has tenido algún problema en el viaje de vuelta?

—Tus asuntos están en orden —respondió Ibn al tiempo que abría la puerta trasera del coche sin hacer ningún esfuerzo por ocultar un fusil semiautomático recortado del tamaño de una pistola, que llevaba en una sobaquera.

—Llévame hasta Yazid.

Ibn asintió en silencio mientras Ammar se instalaba en el asiento trasero.

El exterior del taxi era tan engañoso como los numerosos disfraces de Ammar. Las ventanillas oscuras y las planchas metálicas del vehículo eran blindadas. Dentro, Ammar se acomodó en un sillón de cuero, bajo y confortable, frente a un escritorio compacto que contenía una serie de compactos aparatos electrónicos entre los que se encontraban dos teléfonos, un ordenador, un transmisor de radio y un monitor de televisión. El vehículo contaba también con un bar y un armero con dos fusiles automáticos.

Mientras el coche evitaba el abigarrado centro de Alejandría y tomaba por la carretera de la playa de al-Jaysh, Ammar se dedicó a repasar sus vastas operaciones financieras. Su riqueza, que sólo él conocía, era enorme. Su éxito financiero se debía más a sus métodos expeditivos que a su astucia. Si algún

ejecutivo o financiero gubernamental se cruzaba en el camino de Ammar en algún negocio suculento, sencillamente lo eliminaba.

Después de un trayecto de veinte kilómetros, Ibn redujo la velocidad del Volvo y se detuvo junto a una verja que daba a una pequeña casa de campo edificada en una baja colina, con vistas a una amplia playa de arena.

Ammar desconectó el ordenador y bajó del coche. Cuatro centinelas con ropas militares para el desierto, de color arena, lo rodearon y lo cachearon con minucia. Como precaución adicional, le ordenaron pasar por un detector de rayos X como los que se utilizan en los aeropuertos.

Después fue conducido a la casa por una escalinata de piedra, dejando atrás los edificios de cemento, de tosca construcción, que acogían a una pequeña guarnición del cuerpo de élite de guardaespaldas de Yazid. Ammar sonrió cuando él y la escolta pasaron frente a la ornamentada entrada principal, abierta sólo a los visitantes ilustres, y penetraron en la casa por una pequeña puerta auxiliar. El recién llegado pasó por alto la afrenta, consciente de que era el sistema empleado por el mezquino Yazid para humillar a aquéllos que le hacían el trabajo sucio pero que no eran aceptados en el círculo privado de sus fanáticos servidores.

Ammar penetró en una estancia vacía y austera, con un taburete de madera como único mobiliario y un gran tapiz persa de Kashan colgado en una de las paredes. La sala estaba caliente y mal ventilada, no tenía ventanas y la única iluminación procedía de un tragaluz abierto en el techo. Sin una palabra, la escolta se retiró cerrando la puerta al salir.

Ammar bostezó y levantó despreocupado la muñeca como si comprobara la hora. Después, se quitó las gafas de sol y se frotó los ojos. Aquellos gestos, ensayados mil veces, le permitieron localizar, sin despertar sospechas, la pequeña lente de una cámara de televisión camuflada en los dibujos del tapiz que cubría la pared.

Tuvo que esperar casi una hora antes de que el tapiz fuera levantado y Ajmad Yazid penetrara en la estancia a través de un pequeño pasadizo.

El líder espiritual de los musulmanes egipcios era joven: no tenía más de treinta y cinco años. De baja estatura, tenía que levantar la cabeza para cruzar su mirada con la de Ammar. Su rostro no tenía los rasgos de la mayoría de egipcios; el mentón y los pómulos eran más suaves, más redondeados. Llevaba la cabeza cubierta con un breve turbante de tela blanca y su cuerpo delgado como el palo de una escoba estaba envuelto con un caftán de seda también blanco. Cuando pasó de la sombra a la luz, el color de sus ojos pareció cambiar de negro azabache a castaño oscuro.

Como muestra de respeto, Ammar inclinó ligeramente la cabeza sin mirar a los ojos a Yazid.

—¡Ah, amigo mío! —exclamó Yazid en tono cálido—. Me alegro de tenerte

de vuelta.

Ammar alzó la vista, sonrió y empezó a interpretar la comedia.

—Es un honor estar en tu presencia, Ajmad Yazid.

—Siéntate, por favor —indicó éste. Era más una orden que una invitación.

Ammar obedeció, tomando asiento en el pequeño taburete de madera de modo que Yazid pudiera mirarlo desde arriba. Yazid añadió a ello otra forma de sutil humillación y se puso a caminar en círculos por la estancia mientras entraba en materia sin preámbulos, obligando a Ammar a dar vueltas en el taburete para seguirlo en su deambular.

—Semana a semana, la frágil autoridad del presidente Hasan se tambalea más y más. Lo único que impide ahora su caída es la lealtad de los militares, pues todavía puede confiar en el respaldo de su ejército de trescientos cincuenta mil hombres. De momento, el ministro de Defensa, Abu Hamid, sigue sin tomar partido. Me aseguró que prestará apoyo a nuestro movimiento por la creación de una república islámica, pero sólo si ganamos un referéndum nacional sin derramamiento de sangre.

—¿Y eso es inconveniente? —preguntó Ammar con aire cándido. Yazid le dirigió una fría mirada.

—Ese hombre es un charlatán prooccidental demasiado cobarde para renunciar a la ayuda norteamericana. Lo único que le importa son sus preciosos reactores, sus helicópteros artillados y sus tanques. Teme que Egipto siga el camino de Irán y el muy idiota insiste en una transición política en orden para que sigan llegando los préstamos de los bancos internacionales y las ayudas financieras de Estados Unidos.

Hizo una pausa y miró directamente a los ojos a Ammar, como si desafiara a su asesino profesional a contradecirlo otra vez. Ammar guardó silencio. La atmósfera sofocante de la estancia empezaba a resultarle insoportable.

—El ministro Abu Hamid también exige mi promesa de que Hala Kamil seguirá siendo secretaria general de las Naciones Unidas —añadió Yazid.

—Pero tú me ordenaste eliminarla —respondió Ammar, curioso. Yazid asintió.

—En efecto, quería ver muerta a esa perra porque está utilizando su posición en la ONU como una tribuna para expresar su oposición a nuestro movimiento y para poner contra mí a la opinión pública mundial. Sin embargo, si Hala hubiera sido asesinada abiertamente, Abu Hamid me habría cerrado la puerta en las narices; por eso recurrí a ti, Suleiman, para eliminarla mediante un accidente imposible de investigar. Desgraciadamente, has fracasado. Has logrado matar a todos los que iban en el avión *menos* a Hala Kamil.

Estas últimas palabras cayeron sobre Ammar como un mazazo. Su calma exterior se desvaneció y dirigió a Yazid una mirada de absoluto desconcierto.

—¿Está viva?

Yazid le dirigió una mirada helada.

—Hace menos de una hora que la noticia se ha recibido en Washington. El avión se estrelló en Groenlandia y todos los que viajaban a bordo, salvo ella y dos miembros de la tripulación, fueron encontrados muertos por envenenamiento.

—¿Envenenamiento? —repitió Ammar con escepticismo.

—Nuestros agentes infiltrados en los medios de comunicación norteamericanos han confirmado ese extremo. ¿Qué te proponías, Suleiman? Me aseguraste que el avión desaparecería en el mar.

—¿Se sabe cómo logró alcanzar Groenlandia?

—Un miembro de la tripulación descubrió los cuerpos de los pilotos y, con la ayuda de un delegado mexicano, se puso a los mandos y consiguió efectuar un aterrizaje de emergencia en un fiordo de la costa. Kamil habría muerto de frío, sacándote del apuro, de no ser por un buque de investigación norteamericano que se encontraba casualmente en la zona y acudió casi de inmediato al rescate, salvándola.

Ammar no salía de su asombro. No estaba acostumbrado a fracasar y no lograba imaginar cómo había podido terminar tan mal su plan, que había concebido y llevado a cabo con extrema minuciosidad. Cerró los ojos y vio al avión salvando apuradamente la cima del glaciar. Casi al instante, hizo un repaso de los imponderables que podían haber surgido y se concentró en una pieza del rompecabezas que no encajaba.

Yazid permaneció inmóvil y en silencio durante unos instantes; luego, interrumpió la concentración de Ammar.

—Naturalmente, te darás cuenta de que me acusarán a mí del asunto.

—No existe ninguna prueba que pueda relacionarme con el suceso ni contigo —se apresuró a replicar Ammar con absoluta rotundidad.

—Tal vez, pero las especulaciones y rumores en los medios de comunicación occidentales me señalarán como culpable, puesto que tenía motivos para ordenar el atentado. Debería hacerte ejecutar.

Ammar trató de recuperar la claridad de ideas y se encogió de hombros con aire indiferente.

—Sería una pérdida lamentable. Sigo siendo el mejor eliminador de Oriente Medio.

—Y el mejor pagado.

—No tengo por costumbre cobrar por los proyectos no terminados.

—Eso espero —replicó Yazid con acritud. Bruscamente, dio media vuelta y se dirigió hacia el tapiz de la pared. Alargó el brazo y lo apartó con la mano izquierda; hizo una pausa y se volvió hacia Ammar.

—Debo preparar mi espíritu para la plegaria. Puedes irte, Suleiman Aziz Ammar.

—¿Y Hala Kamil? El trabajo está inconcluso.

—Voy a encargar su eliminación a Muhammad Ismail.

—Ismail… —gruñó Ammar—. Ese hombre es un cretino.

—Se puede confiar en él.

—¿Para qué? ¿Para limpiar alcantarillas?

Los ojos fríos y penetrantes de Yazid se clavaron en Ammar, amenazadores.

—Kamil ya no es asunto tuyo. Quédate aquí, en Egipto, cerca de mí. Mis fieles consejeros y yo tenemos otro proyecto para hacer triunfar nuestra causa. Podrás gozar de otra oportunidad para redimirte a los ojos de Alá.

Antes de que Yazid abandonara la estancia, Ammar se puso en pie.

—Ese delegado mexicano que ayudó a pilotar el avión… ¿murió envenenado también?

Yazid movió la cabeza en gesto de negativa y respondió:

—Los informes dicen que murió al estrellarse el aparato.

Tras esto, desapareció por el pasadizo y el tapiz volvió a cubrir la abertura. Ammar se sentó de nuevo en el taburete. Poco a poco, una revelación se abrió paso entre las brumas de aquel enigma. Debería de haber montado en cólera, pero no sintió el menor asomo de rabia. Al contrario, en los labios, bajo el poblado bigote, empezó a formarse una sonrisa divertida.

—Así que éramos dos a bordo —murmuró en voz alta, hablándole a la sala vacía—. Y el otro envenenó la comida —sacudió la cabeza, sorprendido y admirado, antes de añadir—: ¡Envenenó el caldo! ¡Dios mío, qué original!

16

Al principio, nadie prestó atención al pequeño borrón que quedó impreso en el borde exterior de la gráfica que registraba los hallazgos del sonar.

Después de seis horas de búsqueda, habían encontrado varios objetos fabricados por la mano del hombre: fragmentos del avión caído que fueron señalados para su posterior recuperación, una red de pesca hundida, desperdicios arrojados por los barcos de pesca que buscaban refugio de las tormentas en el fiordo… Todos ellos fueron identificados por la cámara de vídeo y descartados.

La última anomalía no descansaba en el fondo del fiordo, como habían previsto. Se hallaba en el interior de una pequeña ensenada rodeada por abruptos acantilados. Sólo uno de sus extremos sobresalía en las aguas claras; el resto del objeto estaba enterrado bajo un muro de hielo.

Pitt fue el primero en comprender su significado. Estaba sentado frente a la impresora, rodeado por Giordino, Knight y los arqueólogos. Se inclinó hacia un transmisor y dijo:

—Moved el pez, rumbo uno-cinco-cero grados.

El *Polar Explorer* seguía detenido en el fiordo, cercado por el hielo. En el exterior, junto al barco, un grupo al mando de Cork Simón había taladrado el hielo y había bajado hasta el agua el aparato sensor. Con gran cuidado, los hombres de Simón movieron el pez, como denominaban al sensor, estudiando la zona en un barrido de 360 grados. Una vez comprobada una zona, largaron más cable y probaron en otro punto, algo más alejado del barco.

Simón escuchó la orden de Pitt y maniobró hasta que el sonar del pez quedó enfocado en el rumbo solicitado.

—¿Qué tal va? —quiso saber.

—Estás justo sobre el objetivo —replicó Pitt desde el barco.

Visto desde un ángulo más favorable, el objetivo quedó más destacado. Pitt rodeó con un trazo de rotulador negro el punto de la gráfica que reflejaba su presencia.

—Creo que tenemos algo.

Gronquist se inclinó sobre el papel y asintió.

—No se aprecia lo suficiente para identificarlo. ¿Qué opina usted?

—La imagen es muy confusa, en efecto —respondió Pitt—. Es preciso poner

algo de imaginación porque la mayor parte del objeto está cubierta por el hielo desprendido de los acantilados próximos. Sin embargo, el fragmento que se puede ver en el agua parece corresponder a un barco de madera. Se observa una forma angulosa bien definida que se junta en lo que podría ser un codaste de popa alto y curvo.

—Sí —intervino Lily con voz excitada—. Alto y de líneas elegantes. Típico de las naves mercantes del siglo IV.

—No te dejes llevar por el entusiasmo —le previno Knight—. Podría tratarse de un viejo barco de pesca a vela.

—Es posible —comentó Giordino con aire pensativo— pero, si la memoria no me engaña, los daneses, islandeses y noruegos que han pescado en estas aguas a lo largo de los siglos, navegaban en embarcaciones más estrechas, con los dos extremos iguales y baos en ambos.

—Tienes razón —asintió Pitt—. La proa y la popa afiladas fueron herencia de los vikingos. Lo que tenemos delante tal vez tuviera también los dos extremos iguales, pero su manga es mucho mayor.

—La parte del casco cubierta por el hielo impide una visión clara —dijo Gronquist—, pero podríamos bajar una cámara detrás de la sección de popa en las aguas claras para una mejor identificación.

Giordino expresó sus dudas:

—Tal vez la cámara pueda confirmar la presencia de la sección de popa de un barco naufragado, pero poco más.

—En este barco hay un montón de recios pares de manos varoniles —comentó Lily—. Podríamos abrir un túnel por el hielo e inspeccionarlo de cerca.

Gronquist tomó unos prismáticos y salió del compartimiento de electrónica, dirigiéndose al puente. Al cabo de medio minuto, volvió a entrar.

—Calculo que la capa de hielo sobre los restos tiene sus buenos tres metros de grosor. Nos llevará al menos un par de días abrir ese túnel.

—Me temo que tendrán que hacerlo sin nosotros —intervino Knight—. Tengo órdenes de ponernos en marcha antes de las 6 de esta tarde. No disponemos de tiempo para una excavación prolongada.

—¡Eso sólo nos deja cinco horas de margen! —protestó Gronquist, abatido. Knight le dirigió un gesto de impotencia.

—Lo siento, la decisión no depende de mí.

Pitt estudió la mancha oscura de la gráfica y se volvió a Knight.

—Si demostrara positivamente que existe una nave romana del siglo IV ahí debajo, ¿podría usted convencer al Comando del Atlántico Norte para que nos deje seguir aquí un par de días?

—¿Qué plan le ronda por la cabeza? —replicó Knight, con un destello de astucia en los ojos.

—¿Lo hará usted? —insistió Pitt.

—Sí —se comprometió Knight con voz firme—, pero sólo si me demuestra sin una sombra de duda que esos restos pertenecen a un barco hundido hace mil quinientos años.

—Trato hecho.

—¿Cómo piensa conseguirlo, Dirk?

—Muy sencillo —respondió Pitt—. Voy a bucear bajo el hielo e introducirme en el casco.

Cork Simón y su equipo se aplicaron rápidamente a abrir un agujero hasta el agua en la capa de hielo flotante, de un metro de espesor, con sus sierras de cadena. Extrajeron numerosos bloques hasta alcanzar la capa final y luego, con un martillo neumático montado en improvisado armazón, rompieron la corteza helada hasta el agua y retiraron los fragmentos de hielo mediante garfios, abriendo un boquete suficiente para que Pitt pudiera sumergirse.

Cuando se dio por satisfecho con su trabajo, Simón anduvo unos pasos y entró en un pequeño refugio cubierto por una lona. En su cálido interior se amontonaban los hombres y el equipo de inmersión. Junto al calefactor instalado en el refugio, había un ruidoso compresor de aire que expulsaba al exterior los gases del tubo de escape.

Lily y los demás arqueólogos estaban sentados en torno a una mesa plegable en un rincón del improvisado refugio, realizando una serie de dibujos y explicándoselos a Pitt mientras éste se vestía para la inmersión.

—Cuando tú quieras —anunció Simón—. El agujero ya está listo.

—Cinco minutos más —respondió Giordino mientras comprobaba las junturas de la válvula y el regulador de una escafandra de buceo de la Marina, modelo Mark I.

Pitt se había enfundado un traje de caucho especial encima de una ropa interior larga de tupido pelo de nilón que lo aislaría del frío. A continuación, se encasquetó una capucha y, por último, se ajustó un cinturón de lastre fácil de desprenderse. A la vez que iba colocándose su indumentaria, Pitt intentó asimilar un cursillo acelerado sobre la construcción de las naves antiguas.

—En los primeros barcos mercantes, los carpinteros de ribera solían emplear madera de cedro, de ciprés o, a menudo, de pino para las cubiertas —le indicó Gronquist—. Para la quilla, casi siempre utilizaban madera de roble.

—No voy a ser capaz de distinguir una madera de otra —comentó Pitt.

—Entonces, estudie el casco. Las cubiertas estaban ensambladas sólidamente mediante espigas y entalladuras. Muchas de las naves llevaban planchas de plomo en el casco, bajo la línea de flotación. Los elementos metálicos han de ser de hierro o de cobre.

—¿Qué me dice del timón? —preguntó Pitt—. ¿Hay algún detalle en que deba

fijarme, respecto a su diseño y a sus dimensiones?

—No encontrará un timón único colocado en el centro de la popa —dijo Sam Hoskins—. Tales timones no aparecieron hasta ochocientos años más tarde. Todos los mercaderes del Mediterráneo de la época clásica utilizaban dos remos gemelos como timón, colocados en las aletas de popa.

—¿Quieres llevar una bombona de aire de reserva? —lo interrumpió Giordino. Pitt movió la cabeza en un gesto de negativa.

—No será necesario para una inmersión tan poco profunda, siempre que lleve atado un cabo de seguridad.

Giordino levantó la escafandra Mark I y ayudó a Pitt a pasársela por la cabeza. Pitt comprobó el obturador facial, se lo colocó y ajustó las correas de caucho. Abrió el paso del aire y, cuando hubo señalado que era el adecuado, Giordino procedió a incorporar el equipo de comunicaciones a la escafandra.

Mientras uno de los marineros desenrollaba la manga del aire y el cable de comunicación, Giordino ató un cabo salvavidas de cáñamo en torno a la cintura de Pitt. Después, efectuó las comprobaciones previas a la inmersión y, por último, se colocó unos auriculares con un micrófono incorporado.

—¿Me oyes bien? —preguntó.

—Te oigo bien, pero muy bajo —respondió Pitt—. Sube un poco el volumen.

—¿Mejor ahora?

—Mucho mejor.

—¿Qué tal te sientes?

—Muy a gusto con este aire tibio que estoy respirando.

—¿Todo a punto?

Pitt respondió haciendo un signo de asentimiento con el pulgar levantado. Después se entretuvo un momento en colgarse del cinturón una linterna submarina.

Lily le dio un abrazo y se asomó a la escafandra.

—Buena caza. Y ten cuidado.

Pitt le guiñó el ojo. Después, se volvió y salió por la abertura del refugio al frío del exterior, seguido por dos de los marineros que se ocupaban de los cables.

Giordino se dispuso a seguirlos cuando Lily lo agarró del brazo.

—¿Podremos escucharle nosotros? —preguntó con aire nervioso.

—Sí, he conectado un altavoz aquí. Usted y el doctor Gronquist pueden quedarse al calor del refugio y escuchar la conversación. Si tiene algún mensaje para Pitt, bastará con que venga a decírmelo y se lo haré llegar.

Pitt avanzó torpemente hasta el agujero abierto en el hielo y se sentó en el borde. La temperatura del aire había bajado a cero grados. Era un día de noviembre transparente como el cristal y hacía un frío penetrante a consecuencia de la brisa que se había levantado, de unos 15 kilómetros por hora.

Mientras se colocaba las aletas, contempló las empinadas laderas de las

montañas que se alzaban sobre la ensenada. Las toneladas de nieve y hielo que pendían de sus abruptas fragosidades parecían a punto de caer en cualquier momento. Volvió la vista hacia el fondo del fiordo, donde pudo observar los brazos del glaciar formando meandros y deslizándose hacia el océano. Después, miró a sus pies.

El agua del fondo del agujero, fría y siniestra, parecía de jade.

El comandante Knight se aproximó a Pitt y le puso la mano en el hombro. No alcanzó a ver más que un par de ojos intensamente verdes a través del cristal de la escafandra. Knight habló a gritos para que Pitt pudiera oírlo.

—Queda una hora y veintitrés minutos. He creído que debías saberlo.

Pitt le dirigió una mirada dura como el acero pero no respondió. Volvió a levantar el pulgar indicando que todo iba bien y se deslizó por el estrecho agujero hacia las aguas amenazadoras.

Poco a poco, fue dejando atrás las paredes blancas que lo rodeaban. Era como si estuviera descendiendo por un pozo. Una vez el hielo quedó encima de él, el brillante caleidoscopio de colores que formaban los rayos del sol al penetrar el hielo lo deslumbró. La superficie inferior de la capa de hielo era desigual, mellada y salpicada de pequeñas estalactitas formadas por salinización del agua dulce, congelada rápidamente, que los glaciares aportaban al fiordo.

La visibilidad bajo el agua era de casi ochenta metros en horizontal. Miró hacia abajo y vio una masa de algas agarrada a la masa de rocas que cubría el fondo. Miles de pequeños crustáceos parecidos a gambas, suspendidos en las aguas tranquilas, rehuyeron su presencia hasta perderse de vista.

Una enorme foca barbuda de tres metros de longitud lo contempló con curiosidad a cierta distancia. Unas grandes matas de ásperas cerdas sobresalían a ambos lados de su hocico. Pitt agitó los brazos y el gran mamífero marino le dirigió una cauta mirada antes de alejarse.

Pitt tocó el fondo e hizo una pausa para equilibrar sus oídos. Era peligroso bucear bajo el hielo incluso con un chaleco salvavidas compensador de flotabilidad, y él no lo llevaba. El peso era algo excesivo y lo alivió quitando y dejando caer una pieza de plomo del cinto. El aire que le llegaba a la máscara desde el compresor, a través de un filtro y de un acumulador, sabía insípido pero puro.

Alzó la vista, se orientó por el fantasmagórico resplandor del hueco en el hielo y observó la brújula. No se había molestado en traer un batígrafo pues se iba a mover en aguas de unos cuatro metros de profundidad.

—Dime algo —le llegó la voz de Al Giordino por los auriculares de la escafandra.

—Estoy en el fondo —respondió—. Todos los aparatos funcionan correctamente.

Pitt se volvió y observó el verde vacío.

—El barco está a diez metros al norte de mi posición. Voy a avanzar hacia él. Dadme suficiente cable.

Empezó a nadar lentamente, vigilando que los conductos del aire y de comunicaciones no se enredaran en los salientes rocosos. El frío intenso del agua helada empezaba a adueñarse de su cuerpo y agradeció a Giordino la previsión de hacerle llegar aire templado y seco.

La popa del buque hundido apareció ante sus ojos. Los costados estaban cubiertos de una alfombra de algas. Limpió una pequeña zona con su mano enguantada, levantando una nube de verdor. Aguardó unos instantes a que la nube se dispersara y observó el resultado de su acción.

—Informa a Lily y al doctor de que estoy viendo un casco de madera sin timón a popa, pero no hay rastro de dos remos que hicieran las veces de timón.

—Entendido —dijo Giordino.

Pitt sacó un machete de la funda que llevaba sujeta a la pierna y tanteó la parte baja del casco, cerca de la quilla. La punta del machete reveló al tacto la presencia de un metal blando.

—Aquí hay un fondo del casco que está forrado de plomo —anunció.

—Estupendo —replicó Giordino—. El doctor Gronquist quiere saber si observas rastros de algo tallado en el codaste.

—Un momento.

Pitt quitó con cuidado la vegetación de una sección plana del poste de popa, justo donde desaparecía la capa de hielo que tenía encima, y esperó pacientemente a que la nube de algas subsiguiente se asentara.

—Hay una especie de placa de madera dura incrustada en el codaste. Distingo unas letras y un rostro.

—¿Un rostro?

—Una cabeza de cabello rizado y barba espesa.

—¿Qué pone en la inscripción?

—Lo siento, pero no conozco el griego.

—¿Ni el latín? —replicó Giordino, escéptico.

Las marcas en la madera eran ilegibles bajo la luz trémula que se filtraba a través del hielo. Pitt se acercó hasta que la escafandra casi tocó la placa tallada.

—Es griego —afirmó Pitt.

—¿Seguro?

—Sí, solía salir con una chica que era una experta en griego.

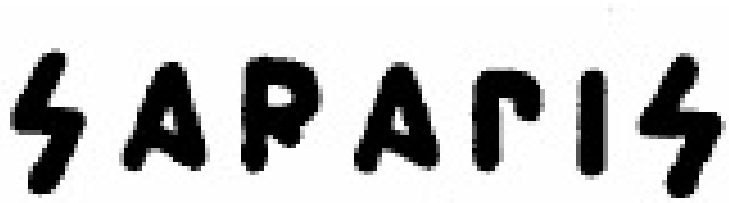
—Espera. Me parece que has causado un auténtico revuelo entre estos recogehuesos.

Un par de minutos más tarde, la voz de Giordino volvió a hablarle por los auriculares.

—Gronquist cree que alucinas, pero Mike Graham dice que estudió griego clásico en la universidad y pregunta si podrías describir esas letras.

—La primera parece una S con la forma como se dibuja un rayo. Luego viene una A sin la pata derecha. Después, una P seguida de otra A coja y algo parecido a una L boca abajo o a una horca. Luego, una I. La última letra es otra S como un rayo. Eso es lo mejor que puedo hacerlo.

Graham, escuchando por el altavoz del refugio, copió la breve descripción de Pitt en una hoja de un bloc de notas hasta que tuvo todas las letras.



Estudió unos instantes lo que parecía ser una palabra. Había algo que no cuadraba. Luchó por refrescar la memoria y, por fin, lo descubrió. Aquellas letras eran griegas clásicas, pero orientales.

Su expresión pensativa se convirtió poco a poco en incredulidad. Escribió furiosamente una breve palabra, arrancó la hoja y la levantó. En caracteres modernos, podía leerse:

SARAPIS

Lily miró a Graham interrogativamente.

—¿Significa algo?

—Me parece que es el nombre de un dios greco-egipcio —intervino Gronquist.

—Una deidad popular en todo el Mediterráneo —asintió Hoskins—. La pronunciación moderna sería « serapis» .

—Así pues, nuestro barco es el *Serapis* —murmuró Lily, pensativa.

—De modo que podemos tener aquí un barco hundido de procedencia griega, romana o egipcia: ¿cuál de las tres?

—Eso queda fuera de nuestros conocimientos —respondió Gronquist—. Necesitaremos la colaboración de un arqueólogo marino que conozca las embarcaciones de la época para determinarlo.

Debajo del hielo, Pitt avanzó junto al costado de estribor del casco hasta detenerse donde las cuadernas desaparecían en el hielo. Rodeando el poste de popa, pasó al costado de babor. Las planchas parecían allí combadas hacia afuera. Un ligero impulso con las aletas le permitió ver una sección del buque donde había abierto un boquete.

Se acercó a la abertura y asomó la cabeza a su interior. Era como mirar un armario a oscuras y sólo alcanzó a ver unas formas vagas, indistinguibles. Introdujo la mano y palpó un objeto redondo y duro. Midió la distancia entre las cuadernas rotas, pero el agujero era demasiado pequeño para introducir los hombros por él.

Agarró la plancha superior, plantó un pie con la correspondiente aleta contra el casco y dio un tirón. La madera, muy bien conservada, se curvó lentamente pero no cedió. Pitt probó con ambos pies y repitió el tirón con todas sus fuerzas. La plancha siguió sin ceder. Cuando ya estaba a punto de abandonar, las clavijas se soltaron de pronto de las cuadernas y la madera saturada de agua se desprendió, lanzando a Pitt hacia atrás en un torpe movimiento a cámara lenta que le llevó contra una roca de gran tamaño.

Cualquier arqueólogo marino titulado habría sufrido una crisis cardiaca ante una muestra de tan irreverente brutalidad para con unos restos antiguos como aquéllos, pero Pitt sentía una absoluta indiferencia por los escrúpulos académicos. Tenía cada vez más frío, empezaba a dolerle el hombro a causa del impacto con la roca y se daba cuenta de que no podía permanecer allí abajo mucho más tiempo.

—He encontrado una brecha en el casco —informó, jadeando como un corredor de maratón—. Bajad una cámara.

—Entendido —replicó la voz imperturbable de Giordino—. Vuelve y te la haré llevar.

Pitt regresó hasta el agujero abierto en el hielo y subió a la superficie detrás de sus propias burbujas. Giordino se tendió boca abajo en el hielo, extendió las manos hacia el fondo del agujero y entregó a Pitt un equipo compacto submarino de videocámara y grabadora.

—Toma unos metros de película y sal de ahí —le dijo Giordino—. Ya has hecho bastante.

—¿Qué dice Knight?

—Un momento. Haré que se ponga al micrófono.

La voz de Knight le llegó por los auriculares unos instantes después.

—¿Dirk?

—Adelante, Byron.

—¿Estás seguro al ciento por ciento de que estamos ante unos restos de mil quinientos años de antigüedad en perfecto estado de conservación?

—Todas las indicaciones concuerdan.

—Necesitaré algo tangible si he de convencer al Alto Mando de que nos permita seguir donde estamos durante otras cuarenta y ocho horas.

—Espera un poco y sellaré mi declaración con un beso.

—Bastará con que subas una antigüedad que resulte convincente —respondió Knight con acritud.

Pitt agitó el agua del agujero y desapareció de la vista.

No penetró en el pecio inmediatamente, aunque no estuvo seguro del tiempo que pasó flotando, inmóvil, ante la mellada abertura. Probablemente, estuvo así un minuto; desde luego, no más de dos. No sabía a qué venían sus vacilaciones. Tal vez esperase la invitación de una mano esquelética que lo llamara desde dentro, o quizá temía no encontrar más que los restos de una barca de pesca islandesa de ochenta años de antigüedad. O tal vez sólo sentía recelo de penetrar en lo que podía ser una tumba.

Por último, bajó la cabeza, puso los hombros en tensión y, con sumo cuidado, se impulsó con las aletas.

La desconocida oscuridad se abrió ante él y Pitt se adentró en ella nadando.

17

Cuando Pitt hubo penetrado por la abertura del casco, hizo una pausa y permaneció inmóvil, dejándose caer lentamente de rodillas. Escuchó los latidos de su corazón y el aire que escapaba por la válvula de expulsión de aire y esperó a que sus ojos se acostumbraran finalmente a la fluida penumbra.

No sabía qué esperaba encontrar en realidad. Lo que descubrió fue un número considerable de vasijas de terracota, cántaros, tazas y platos perfectamente ordenados en estanterías adosadas a los mamparos. Uno de los objetos era un gran cazo de cobre que había palpado mientras inspeccionaba el casco, y que estaba cubierto por una gruesa pátina de verdor.

Al principio creyó que sus rodillas se apoyaban en la sólida superficie de la cubierta pero, al tantear el terreno con las manos, descubrió que estaba arrodillado en la superficie enlosada de unos fogones. Alzó la vista y observó que las burbujas se elevaban y se extendían en una capa temblorosa. Se incorporó y emergió en una cámara de aire. Puesto en pie, la cabeza y los hombros de Pitt quedaban por encima del nivel del agua en el fiordo.

—Estoy en la cocina de la nave —notificó al grupo que, fascinado, esperaba sobre el hielo—. La mitad superior está seca. Voy a tomar unas vistas con la cámara.

—Entendido —asintió Giordino lacónicamente.

Pitt empleó los minutos siguientes en grabar en vídeo el interior de la cocina por encima y por debajo del nivel del agua, mientras mantenía un animado diálogo sobre el inventario. Encontró un armario abierto, ocupado por varias vasijas de cristal de formas elegantes. Tomó una y miró el interior. Contenía monedas. Sacó una de ellas, la limpió de algas con los dedos enguantados y la filmó con una mano. La superficie de la moneda presentaba un color dorado.

Una sensación de temor reverencial inundó a Pitt. Echó un rápido vistazo alrededor como si esperara que una tripulación de fantasmas —o, al menos, los esqueletos de los marinos— surgieran por la escotilla para acusarlo de ladrón. Pero no había tripulación alguna. Pitt estaba solo, manipulando objetos pertenecientes a otros hombres que habían caminado por la misma cubierta, que habían preparado allí sus comidas y habían dado cuenta de ellas en aquella estancia. Unos hombres que llevaban muertos dieciséis siglos.

Empezó a preguntarse qué les habría sucedido. ¿Cómo habían podido terminar sus días allí, en el norte helado, si no existía la menor noticia histórica de tal viaje? Los tripulantes debían haber muerto de frío, pero ¿dónde estaban sus cuerpos?

—Será mejor que subas —dijo Giordino—. Llevas ahí abajo casi treinta minutos.

—Todavía no —replicó Pitt. Treinta minutos, se dijo. A él le habían parecido sólo cinco. Había perdido la medida del tiempo, señal indudable de que el frío empezaba a afectarle el cerebro. Depositó de nuevo la moneda en la vasija de cristal y continuó la inspección.

El techo de la cocina se alzaba medio metro por encima de la cubierta principal, situada encima, y las ventanillas en forma de arco que normalmente servían de respiraderos para la ventilación estaban cerradas con tablones en la parte superior del mamparo delantero. Pitt forzó una de ellas pero no encontró detrás otra cosa que un sólido muro de hielo.

Hizo una medición aproximada y observó que el nivel del agua era superior hacia la parte de proa de la cocina. Pitt interpretó este dato como una indicación de que la sección central del casco estaba apoyada en la pendiente de la orilla del fiordo, enterrada bajo el hielo.

—¿Has encontrado algo más? —preguntó Giordino con ardiente curiosidad.

—¿Como qué?

—¿Restos de la tripulación?

—Lo siento, pero no hay huesos a la vista. —Pitt metió la cabeza bajo el agua y estudió la zona en torno a él para asegurarse. El compartimiento estaba vacío y libre de restos.

—Probablemente, fueron presa del pánico y abandonaron el barco en el mar —sugirió Giordino.

—Nada apunta a una escena de pánico —replicó Pitt—. Esta cocina podría pasar una inspección de orden y limpieza.

—¿Puedes penetrar en el resto de la nave?

—Hay una escotilla en el mamparo de proa. Voy a ver qué encuentro al otro lado.

Se agachó y penetró por la baja y estrecha abertura, teniendo buen cuidado de arrastrar tras él el conducto del aire y el cable de comunicaciones. La oscuridad era opresiva. Sacó la linterna de buceo del cinturón de lastre y pasó su haz de luz por un pequeño compartimiento.

—Ahora estoy en una especie de almacén. Aquí el nivel del agua es más bajo. Me llega apenas por las rodillas. Sí, veo algunas herramientas: los útiles del carpintero de a bordo, varias anclas de reserva, una romana…

—¿Una romana? —lo interrumpió Giordino.

—Sí, una balanza antigua con un gancho y un contrapeso.

—¡Ah!

—También hay un puñado de hachas, redes de pesca y plomos. Espera un momento a que saque unas fotos.

Una estrecha escalerilla de madera conducía hacia arriba por una abertura de la cubierta principal. Después de tomar varias instantáneas, Pitt comprobó su estado con cautela y le sorprendió descubrir que aún era lo bastante firme para sostener su peso.

Subió lentamente los peldaños y asomó la cabeza entre los restos destrozados de un camarote de cubierta. Apenas se veía nada, salvo unos cuantos restos enterrados en el hielo. El camarote estaba casi aplastado por la masa de hielo.

Descendió la escalerilla y penetró chapoteando por otra escotilla que daba a la bodega de carga. Pasó la luz de la linterna de estribor a babor y, de pronto, se quedó paralizado de sorpresa.

No era sólo una bodega de carga. Era también una cripta.

El frío extremo había transformado la bodega, libre de agua, en una cámara criogénica. Ocho cuerpos en un estado de casi perfecta conservación estaban agrupados en torno a una pequeña estufa de hierro en la parte de proa. Cada uno de los cuerpos estaba cubierto por una capa de hielo y daba la sensación de que hubieran sido envueltos individualmente en un saco de plástico grueso y transparente.

Las expresiones de sus rostros reflejaban paz y tenían los ojos abiertos. Como maniquíes en un escaparate, los cuerpos estaban colocados en diferentes posiciones como si alguien hubiera preparado la escena minuciosamente. Cuatro de ellos estaban sentados en torno a una mesa en actitud de comer, con los platos entre las manos y las copas levantadas hasta los labios. Dos estaban recostados hombro con hombro contra el casco, leyendo lo que Pitt supuso que serían unos rollos de pergamino. Otro estaba inclinado sobre un cofre de madera, mientras que el último aparecía sentado en actitud de escribir.

A Pitt le pareció haber entrado en una máquina del tiempo. No podía creer que tuviera ante sí a unos hombres que habían sido ciudadanos de la Roma imperial. A unos antiguos marineros que habían visitado puertos enterrados muchos siglos antes entre las ruinas de civilizaciones posteriores. A unos ancestros surgidos de más de sesenta generaciones atrás.

Aquellos navegantes no estaban preparados para el frío del Ártico. Ninguno de ellos llevaba ropas gruesas, sino que iban envueltos en unas bastas mantas. Parecían de pequeña estatura en comparación con Pitt, que le sacaba la cabeza a cualquiera de ellos. Uno de los cuerpos pertenecía a un hombrecillo calvo, con unas canas ensortijadas en los costados. Otro era pelirrojo, con el cabello hirsuto y una barba tupida. La mayoría iba afeitada. Por lo que pudo deducir tras la costra de hielo, el más joven tenía unos dieciocho años y el mayor, cerca de cuarenta.

El marinero que había muerto escribiendo llevaba un casquete de cuero ajustado a la cabeza y unas largas bandas de lana envolviéndole las piernas y los pies. Estaba inclinado sobre un pequeño montón de tablillas de cera colocadas en la mellada superficie de una pequeña mesa plegable. Aún tenía el punzón entre los dedos de su mano derecha.

La tripulación no parecía haber fallecido de inanición o de muerte lenta a causa del frío. El final les había llegado de pronto, inesperadamente.

Pitt adivinó la causa. Todos los respiraderos habían sido sellados para combatir el frío y la única abertura para ventilación se había obturado con el hielo. Las ollas con la última comida estaban sobre el pequeño fogón de aceite. El calor y el humo no tenían salida al exterior y el monóxido de carbono, de efecto mortal, se había ido acumulando en la bodega. La pérdida de conciencia había llegado sin aviso y todos habían muerto donde estaban.

Casi como si temiera despertar al marino, muerto hacía tantos siglos, Pitt rompió con mucho cuidado el hielo que cubría las tablillas de cera hasta que pudo soltarlas. Luego abrió la cremallera de la parte frontal del traje de buceo y las guardó en el interior.

Pitt dejó de notar la agonía del dolor, el sudor nervioso que brotaba de sus poros ni los escalofríos. Su mente estaba tan absorta en la morbosa escena que no escuchaba las repetidas demandas de Giordino para que le respondiera.

—¿Sigues con nosotros todavía? —insistió Giordino—. ¡Contesta, maldita sea!

Pitt murmuró unas cuantas palabras ininteligibles.

—Repite. ¿Tienes algún problema?

El tono de preocupación en la voz de Giordino despertó por fin a Pitt de aquella especie de letargo.

—Informa al comandante Knight que sus peores temores están confirmados —respondió—. La antigüedad del barco es auténtica. Y, por cierto —añadió con voz monótona y lacónica—, también puedes decirle que si necesita testigos, puedo presentar a toda la tripulación.

18

—Te llaman al teléfono —gritó su esposa a Julius Schiller por la ventana de la cocina.

Schiller alzó la vista de la barbacoa encendida en el patio trasero de la casa de Chevy Chase, a la sombra de los árboles.

—¿Ha dicho quién era?

—No, pero la voz suena a Dale Nichols.

El hombre suspiró y alzó al aire unas pinzas de carne.

—Ven a ocuparte de los filetes para que no se quemen.

La señora Schiller dio un breve beso a su esposo cuando se cruzaron en el porche. Schiller entró en su estudio, cerró la puerta y levantó el auricular.

—¿Sí?

—¿Julius? Dale.

—¿Qué te pasa?

—Lamento llamarte en domingo —dijo Nichols—. ¿He interrumpido algo?

—Sólo una barbacoa familiar.

—Debes de estar chiflado. En la calle sólo hará unos cinco grados.

—Es mejor que ahumar el garaje.

—Filete y huevos revueltos, ése es mi plato favorito.

Schiller captó la insinuación de Nichols sobre los huevos y pasó la comunicación a una línea telefónica de seguridad que utilizaba un desmodulador computerizado.

—Está bien, Dale, ¿qué tienes?

—Hala Kamil. El cambio se ha llevado a cabo sin problemas.

—¿Su doble está en el hospital Walter Reed? —preguntó Schiller.

—Bajo rigurosa protección, para seguir la comedia.

—¿Quién ocupa su lugar?

—Teri Rooney, la actriz. Un trabajo de maquillaje soberbio: tienes que estar casi nariz con nariz ante ellos para saber cuál es la auténtica secretaria general. Como apoyo, preparamos una conferencia de prensa con los médicos del hospital y éstos emitieron un parte que calificaba su estado de grave.

—¿Y Kamil?

—No salió del avión de la fuerza aérea que la trajo de Groenlandia. Después

de repostar, el avión voló a Buckley Field, cerca de Denver y, desde allí, un helicóptero la llevó a Breckenridge.

—¿La estación de esquí de Colorado?

—Sí. Ahora descansa cómodamente en la casa del senador Pitt, a las afueras del pueblo. No tiene heridas, salvo algunas contusiones y un principio de congelación.

—¿Cómo se está tomando esta convalecencia forzosa?

—No ha dicho nada todavía. En el hospital de Thule le administraron una fuerte sedación antes de embarcarla. Pero colaborará cuando la pongamos al corriente de nuestra operación para proteger su llegada a la sede de la ONU con objeto de dirigirse a la Asamblea General en la sesión de apertura. Una fuente fiable próxima a ella dice que tiene la intención de realizar una severísima denuncia de Yazid, desenmascarándolo como charlatán religioso y presentando pruebas de sus actividades terroristas clandestinas.

—Yo también leí un informe de la misma fuente —reconoció Schiller.

—Faltan cinco días para la sesión de apertura —dijo Nichols—. Yazid no reparará en nada para quitarla de en medio.

—Es preciso que la mantengamos en hielo hasta que suba al estrado —respondió Schiller, absolutamente serio.

—Estará segura —lo tranquilizó Nichols—. ¿Alguna noticia del gobierno egipcio por tu parte?

—El presidente Hasan nos presta su plena cooperación respecto a Kamil. Está arañando todas las horas y minutos que puede para lanzar sus nuevas reformas económicas y para reemplazar a los jefes militares por hombres de su confianza. Hala Kamil es la única figura que impide a Yazid intentar un asalto rápido al gobierno egipcio. Si los asesinos de Yazid la eliminan antes de su discurso al mundo vía satélite, corremos un verdadero riesgo de que Egipto se convierta en otro Irán antes de que termine el mes.

—Tranquilízate, Yazid no se enterará de nuestra maniobra hasta que sea demasiado tarde —respondió Nichols con toda confianza.

—Supongo que ese hombre se encuentra bajo una fuerte vigilancia, ¿no?

—Un grupo de élite de agentes del Servicio Secreto. El presidente sigue muy de cerca toda la operación.

La esposa de Schiller llamó a la puerta y dijo en voz baja desde el otro lado:

—Los filetes están a punto, Julius.

—Ahora mismo voy —respondió.

Nichols advirtió el diálogo al otro lado de la línea.

—Eso es todo por ahora. Te dejo que vuelvas a esos filetes.

—Me sentiría mejor si el FBI nos echara una mano —comentó Schiller.

—El servicio de seguridad de la Casa Blanca ha previsto todas las contingencias. El presidente ha creído mejor mantener toda la operación en un

círculo muy reducido.

Schiller permaneció en silencio unos instantes, pensativo. Luego, dijo:

—No cometamos errores, Dale.

—No te preocupes. Te lo prometo: Hala Kamil llegará al edificio de la ONU en Nueva York en perfecto estado y con muchos ánimos.

—Será mejor así.

—¿No se pone el sol por el oeste?

Schiller colgó el teléfono. Se sentía inquieto. Pidió a Dios que la Casa Blanca supiera lo que estaba haciendo.

Al otro lado de la calle, tres hombres estaban sentados en la parte trasera de una furgoneta Ford con el rótulo « Fontanería Capitol, servicio de urgencia las 24 horas» pintado en los laterales. El reducido interior del vehículo estaba abarrotado de equipos de escucha electrónica.

La tediosa actividad se había iniciado cinco horas antes. La vigilancia es, tal vez, el trabajo más aburrido después del de sentarse a observar cómo se oxidan los rieles del ferrocarril. La atmósfera era de irritación. Uno de los hombres fumaba y los otros dos no soportaban el aire viciado. Todos estaban rígidos y ateridos de frío. Eran antiguos agentes de contraespionaje que habían dimitido para convertirse en empresarios independientes.

La mayor parte de los agentes retirados aceptaban en ocasiones un trabajo eventual para el gobierno, pero estos tres estaban entre los pocos que tenían más respeto por el dinero que por el patriotismo, y vendían al mejor postor cualquier información secreta que caía en sus manos.

Uno de ellos, un tipo rubio y larguirucho de aspecto andrajoso, observó con unos prismáticos los cristales oscuros de una ventana del hogar de los Schiller.

—Ahora deja el estudio.

El hombre gordo, inclinado sobre una grabadora con unos auriculares, asintió.

—Han dejado de hablar.

El tercero, que lucía un poblado bigote, manipulaba una antena parabólica de láser con un micrófono ultrasensible que recogía los sonidos del interior de una habitación por las vibraciones de los cristales y luego los ampliaba por fibra óptica a un canal de sonido.

—¿Algo interesante? —preguntó el larguirucho.

El gordo dejó a un lado los auriculares y se secó la frente.

—Me parece que mi parte de este asunto me dará para pagar el barco de pesca.

—Me encantan los asuntos rentables.

—Esta información valdrá mucho dinero del cliente adecuado.

—¿En quién estás pensando? —preguntó el del bigote.

El gordo sonrió como un coyote ahíto:

—Es un individuo rico y bien situado que quiere hacer méritos ante Ajmad Yazid.

19

El presidente se levantó del escritorio e hizo un breve gesto de bienvenida con la cabeza mientras el director de la CÍA, Martin Brogan, entraba en el Despacho Oval para la reunión matinal de temas de seguridad.

El formulismo del apretón de manos entre los dos hombres había quedado olvidado poco después del inicio de sus reuniones diarias, hecho que a Brogan, un hombre delgado y educado, no le importaba en lo más mínimo pues tenía unas manos finas, de dedos largos propios de violinista, mientras que el corpulento presidente, con sus casi cien kilos, tenía unas manazas tremendas y un apretón podía romperle algún hueso.

Brogan esperó a que el presidente tomara asiento antes de acomodarse en una silla de cuero. Casi siguiendo un ritual, el presidente se sirvió una taza de café, añadió una cucharadita de azúcar y pasó una jarra de café a Brogan. Se pasó una mano por sus cabellos y fijó en el hombre sus claros ojos grises.

—Muy bien, ¿qué secretos guarda el mundo esta mañana?

Brogan se encogió de hombros y le entregó una carpeta encuadernada en piel, alargando el brazo sobre el escritorio.

—A las nueve, hora de Moscú, el presidente soviético, Georgi Antonov, se ha dado un revolcón con su amante en el asiento trasero de su coche oficial camino del Kremlin.

—Le envidio esa manera de empezar el día —comentó el presidente con una ancha sonrisa.

—También hizo dos llamadas desde el teléfono del coche. Una a Sergei Kornilov, director del programa espacial soviético, y la otra a su hijo, que trabaja en la sección comercial de la embajada en Ciudad de México. Encontrará la transcripción de las conversaciones en las páginas cuatro y cinco.

El presidente abrió la carpeta, se puso unas gafas para leer y estudió la transcripción sorprendido, como siempre, de la capacidad de penetración de los servicios de inteligencia.

—¿Y qué tal ha sido el resto del día para Georgi?

—Ha pasado la mayor parte del tiempo ocupado en cuestiones domésticas. No le gustaría a usted estar en su pellejo. Las perspectivas de la economía soviética empeoran día a día. Las reformas en el campo y en la industria se han

quedado en agua de borrajas. La vieja guardia del Politburó está tratando de desestabilizarlo. Los militares no están contentos con sus propuestas sobre armamento y ya hicieron pública su oposición. Los ciudadanos soviéticos protestan cada vez más mientras las colas crecen. Con un poco de estímulo de nuestros agentes, empiezan a aparecer en las ciudades pintadas contra el gobierno. El crecimiento económico nacional ha sido negativo en un dos por ciento. Existen considerables posibilidades de que Antonov pierda el cargo antes del próximo verano.

—Si no logramos controlar nuestro déficit público, tal vez termine como él —murmuró el presidente con aire sombrío.

Brogan no hizo comentarios. No tenía por qué hacerlos.

—¿Cuáles son los últimos informes sobre Egipto? —preguntó el presidente, pasando a otro tema.

—El presidente Hasan también está pendiente de un hilo. La fuerza aérea sigue leal a él, pero los generales del ejército están próximos a arrojarse en brazos de Yazid. El ministro de Defensa, Abu Hamid, mantuvo una entrevista secreta con Yazid en Port Said. Nuestros informativos dicen que Hamid no le prestará apoyo sin seguridades de mantener una sólida posición de poder. No quiere estar al dictado del círculo de fanáticos *mullahs* de Yazid.

—¿Cree que Yazid accederá?

Brogan movió la cabeza, con gesto de negativa.

—No tiene la menor intención de compartir el poder: Hamid ha subestimado la crueldad de Yazid. Ya hemos descubierto una conspiración para poner una bomba en el avión privado de Hamid.

—¿Han alertado a Hamid?

—Necesito su autorización para ello.

—La tiene —dijo el presidente—. Hamid es muy desconfiado y puede pensar que estamos urdiendo un plan para mantenerlo alejado del campamento de Yazid.

—Podemos darle los nombres del grupo de asesinos. Si Hamid insiste en tener pruebas, puede empezar por ahí.

El presidente se echó hacia atrás en el sillón y contempló el techo del despacho unos instantes.

—¿Podemos relacionar a Yazid con el asunto del avión de la ONU que llevaba a Hala Kamil?

—Como mucho, pruebas circunstanciales —reconoció Brogan—. No tendremos conclusiones en firme hasta que los investigadores terminen y presenten su informe. De momento, la catástrofe es un auténtico rompecabezas. Sólo se han descubierto algunos datos. Por ejemplo, sabemos que el piloto de verdad fue asesinado; se ha encontrado su cuerpo en el maletero de un coche aparcado en el aeropuerto de Heathrow.

—Parece un golpe mafioso.

—En efecto, si no fuera porque el asesino hizo un trabajo maestro disfrazándose, hasta el punto de hacerse pasar por el piloto. Después de efectuar personalmente la maniobra de despegue, mató a la tripulación de vuelo inyectándoles un agente neurotóxico denominado sarin, desvió del rumbo el avión y abandonó el aparato sobre Islandia.

—Debía de actuar en combinación con un equipo de profesionales muy bien entrenados.

—Tenemos razones para creer que actuó solo —dijo Brogan.

—¿Solo? —La expresión del presidente se volvió incrédula—. Ese tipo tiene que ser un hijo de puta muy hábil.

—La limpieza y complicación del plan son casi el sello de la casa de un árabe cuyo nombre es Suleiman Aziz Ammar.

—¿Un terrorista?

—No, en el sentido estricto. Ammar es uno de los asesinos profesionales más astutos en activo. Ojalá lo tuviéramos de nuestro lado.

—Que nunca le oigan decir eso los liberales del Congreso —le reprendió el presidente en tono burlón.

—Ni los medios de comunicación —añadió Brogan.

—¿Tiene algún expediente sobre ese Ammar?

—De casi un metro de grueso. Es lo que, en el oficio, se conoce como un maestro del disfraz. Es un buen musulmán practicante con escaso interés por la política, un mercenario al que no se conoce vinculación con los fanáticos combatientes islámicos. Ammar cobra cifras enormes, y se las gana. Y es un hábil hombre de negocios. Su fortuna se calcula en más de sesenta millones de dólares. Apenas se ciñe a las normas y sus golpes están pensados y llevados a cabo con gran ingenio, de modo que parezcan accidentes, y no ha habido modo de demostrar su participación en ninguno de ellos. Las víctimas inocentes no tienen ninguna importancia para él, mientras consiga eliminar a su objetivo. Lo consideramos responsable de más de cien muertes en los últimos diez años. Si se demuestra su intervención, el atentado contra Hala Kamil será el primer golpe fallido de este hombre de que tengamos noticia.

El presidente se ajustó las gafas y volvió a consultar el informe sobre el accidente aéreo.

—Debo de haber pasado algo por alto. Si se proponía hacer desaparecer el avión en el océano, ¿por qué se molestó en envenenar a los pasajeros? ¿Qué razón podía tener para matarlos dos veces?

—Ésa es la cuestión —explicó Brogan—. Mis analistas no creen que Ammar fuera responsable del envenenamiento de los pasajeros.

El presidente le dirigió una mirada de sorpresa.

—Ahora sí que me confunde usted, Martin. ¿De qué diablos está hablando?

—Unos patólogos del FBI volaron a Thule y efectuaron la autopsia de las víctimas. Encontraron en los cuerpos de la tripulación de vuelo unas dosis de sarin cincuenta veces superiores a la necesaria para causarles la muerte, pero los análisis demostraron que los pasajeros murieron por ingestión de manzanillo en la comida de a bordo.

Brogan hizo una pausa para beber un sorbo de café. El presidente aguardó, impaciente, dando golpecitos con un bolígrafo sobre un calendario de mesa.

—El manzanillo, o guayabo venenoso, como también se le llama, es un árbol de las tierras costeras del Caribe y del golfo de México —prosiguió Brogan—. El veneno procede del látex de ese árbol, que tiene un fruto de sabor dulzón y forma parecida al manzano, cuya ingestión es mortal. Los indios caribes lo empleaban para impregnar las puntas de sus flechas. Se conocen varios casos de antiguos marineros náufragos y de modernos turistas que han muerto después de probar la pulpa venenosa de un manzanillo.

—¿Y su gente cree que un asesino del calibre de Ammar no recurriría al empleo de ese veneno?

—Algo así —confirmó Brogan—. Los contactos de Ammar no deberían tener muchos problemas para comprar o robar sarin de alguna empresa de suministros químicos europea, pero el manzanillo es otra cosa muy distinta. No se puede encontrar en cualquier parte y, además, su acción es demasiado lenta para producir una muerte rápida. Me parece dudoso que Ammar pueda haber pensado siquiera en recurrir a él.

—Si no fue el árabe, entonces, ¿quién?

—No lo sabemos —respondió Brogan—. Desde luego, no fue ninguno de los supervivientes. La única pista, muy inconcreta, nos conduce a un delegado mexicano llamado Eduardo Ybarra. Fue el único pasajero, aparte de Hala Kamil, que no probó la comida.

—Aquí dice que murió en el accidente —comentó el presidente, mirando a su interlocutor por encima del expediente que tenía en las manos—. ¿Cómo pudo introducir veneno en la comida de a bordo sin que lo vieran?

—Eso se hizo en la cocina de la empresa que aprovisiona a la compañía aérea. Los investigadores británicos están siguiendo esa pista en estos momentos.

—Tal vez Ybarra sea inocente. Es posible que no probara la comida por alguna sencilla razón que ignoramos.

—Según la azafata superviviente, Hala dormía cuando se sirvió la comida, pero Ybarra fingió no encontrarse bien del estómago.

—Es posible.

—La azafata lo vio más tarde comiendo un bocadillo que sacó del maletín.

—Entonces, ese hombre lo sabía.

—Eso parece.

—¿Y por qué se arriesgó a subir a bordo si sabía que todo el mundo iba a

morir excepto él?

—Para mayor seguridad. Por si su blanco o blancos principales, probablemente el contingente de delegados mexicanos, dejaba de tomar el veneno.

El presidente se inclinó hacia atrás en su sillón y contempló el techo.

—Está bien: Kamil es una espina clavada en la garganta de Yazid y éste paga a Ammar para que la quite de en medio. El trabajo sale mal y el avión no desaparece en mitad del océano Glacial Ártico, según lo previsto, sino que cae en Groenlandia. Hasta aquí, el misterio número uno; el caso está claro y contamos con datos sólidos en qué basarnos. Lo llamaremos, de momento, la conexión egipcia. El misterio número dos, la conexión mexicana, resulta mucho más nebuloso. No existen motivos evidentes para un asesinato en masa y el único sospechoso está muerto. Si yo fuera juez, ordenaría el sobreseimiento del caso por falta de pruebas.

—Tengo que estar de acuerdo con usted —dijo Brogan—. Hasta ahora no ha habido pruebas de actuaciones terroristas impulsadas desde México.

—Se olvida usted de Topiltzin —masculló el presidente.

A Brogan le sorprendió la expresión fría y furiosa, de pura rabia, que cruzó el rostro del presidente.

—La agencia no ha olvidado a Topiltzin —le aseguró Brogan—, ni lo que hizo a Guy Rivas. Podemos acabar con él cuando usted dé la orden.

El presidente respondió con un profundo suspiro, hundiéndose en su asiento.

—Ojalá fuera tan sencillo. Chasqueo los dedos y la CÍA elimina a un líder opositor extranjero. El riesgo es excesivo, como pudo comprobar Kennedy cuando perdonó a la mafia las tentativas para acabar con Castro.

—Reagan no puso objeciones a los intentos de eliminar a Muammar el Gaddafi.

—Es cierto —reconoció el presidente con gesto cansado—. ¡Ah, si Reagan hubiera sabido que Gaddafi iba a engañarnos a todos y morir de cáncer tan pronto!

—No tendremos esa suerte con Topiltzin. Los informes médicos dicen que está fuerte como una mula.

—Ese tipo es un lunático sanguinario. Si se apodera de México, tendremos una catástrofe en puertas.

—¿Ha escuchado la grabación efectuada por Rivas? —preguntó Brogan, seguro de la respuesta.

—Cuatro veces —asintió el presidente con amargura—. Con eso basta para sufrir pesadillas.

—¿Y si Topiltzin derriba al actual gobierno y lleva a cabo su amenaza de enviar a millones de personas a cruzar nuestra frontera sur en un desquiciado intento de recuperar el sudoeste de Estados Unidos…?

Brogan dejó la pregunta en el aire. El presidente respondió en un tono extrañamente benigno.

—En tal caso, no tendré más remedio que ordenar a nuestras fuerzas armadas dar el trato de fuerzas invasoras a cualquier horda de extranjeros que cruce ilegalmente la frontera.

Brogan regresó a su despacho en la sede de la CÍA, en Langley, y encontró esperándolo a Elmer Shaw, secretario adjunto de la Marina.

—Lamento trastornar su repleta agenda —se excusó Shaw—, pero tengo algunas noticias de interés que tal vez le ocupen el día.

—Deben de ser importantes para que haya venido en persona.

—Lo son.

—Pase y siéntese. ¿Son noticias buenas o malas?

—Muy buenas.

—Últimamente nada funciona como es debido —declaró Brogan con aire solemne—. Me encantará escuchar algo positivo para variar.

—El *Polar Explorer*, nuestro barco de investigaciones, ha estado buscando el submarino soviético de la clase Alfa que se perdió y…

—Estoy al corriente de esa misión —lo interrumpió Brogan.

—Pues bien, lo ha encontrado.

A Brogan se le agrandaron ligeramente los ojos y dio unos golpecitos sobre su escritorio en una inhabitual demostración de complacencia.

—Felicidades. Ese clase Alfa es el mejor submarino de ambas flotas. Su gente ha dado un golpe maestro.

—Todavía no hemos cobrado la presa —dijo Shaw.

Al saberlo, Brogan entrecerró de pronto los ojos.

—¿Qué hay de los rusos? ¿Están al tanto del hallazgo?

—Creemos que no. Poco después de que los instrumentos detectaran el submarino hundido, del cual, por cierto, tenemos incluso filmaciones en vídeo, nuestro barco dejó la búsqueda para colaborar en las operaciones de rescate del avión de la ONU, que cayó muy cerca de su zona. Una cortina de humo que nos ha enviado el cielo. Nuestros topos en la Marina soviética confirman que todo sigue absolutamente normal. Tampoco hay nada del KGB y nuestros satélites de vigilancia de su flota del Atlántico Norte no muestran la menor indicación de cambios de rumbo notables en dirección a la zona.

—Es extraño que no tengan algún pesquero espía vigilando al *Polar Explorer*.

—No tan extraño —explicó Shaw—. Han mantenido una estrecha vigilancia sobre todas nuestras operaciones, siguiendo el curso del barco y sus comunicaciones desde los satélites. Lo han dejado solo, esperando que nuestra tecnología de búsqueda submarina, más avanzada, tuviera suerte donde ellos

habían fracasado. Tenían puestas sus esperanzas en la lógica probabilidad de que la tripulación del barco cometiera el menor desliz y revelara la localización del objetivo.

—Pero no ha sido así.

—En efecto —respondió Shaw—. A bordo, la seguridad era absoluta. Salvo el capitán y dos expertos en búsqueda submarina de la NUMA, el resto de la tripulación creía estar desarrollando una misión científica de estudio de los icebergs y de la geología de los fondos marinos. El informe sobre el éxito del hallazgo me fue traído en mano desde Groenlandia por el segundo oficial del *Polar Explorer* para evitar posibles filtraciones.

—Muy bien, ¿qué hacemos ahora? —inquirió Brogan—. Está claro que los soviéticos no permitirán una repetición del episodio del *Glomar Explorer*, y todavía tienen un barco patrullando la zona en la que perdieron ese submarino con misiles frente a la costa este en el ochenta y seis.

—Proyectamos una operación de rescate bajo el agua Jijo Shaw.

—¿Cuándo?

—Si empezamos a prepararlo pronto, modificando y rediseñando surmergibles y equipo ya existentes, deberíamos estar dispuestos para recuperarlo en el plazo de diez meses.

—Así pues, dejamos en paz el submarino o simulamos hacerlo hasta que llegue el momento, ¿no es eso?

—Exacto —asintió Shaw—. Mientras tanto, nos ha caído en las manos otro asunto que confundirá a los soviéticos. La Marina necesita la colaboración de la Agencia para llevarlo a cabo.

—Lo escucho.

—Durante el rescate y la posterior investigación del accidente aéreo, los expertos de la NUMA que colaboraban con nosotros en la búsqueda tropezaron accidentalmente con los restos de lo que parece ser un barco de la antigua Roma enterrados en el hielo.

Brogan miró a Shaw con escepticismo.

—¿En Groenlandia?

—Los expertos confirman que es auténtico —asintió Shaw.

—¿Qué puede hacer la CÍA para ayudar a la Marina en este asunto?

—Crear un poco de desinformación. Nos gustaría hacer creer a los rusos que el *Polar Explorer* estaba buscando esa nave romana desde el principio.

Brogan advirtió una luz parpadeando en el intercomunicador.

—Parece una buena idea. Mientras la Marina se prepara para apoderarse de su submarino último modelo, nosotros vamos echando migas de pan por el sendero equivocado.

—Algo así.

—¿Y cómo piensan ustedes aprovechar la presencia de esa nave romana?

—De momento, estableceremos un proyecto arqueológico como tapadera de una base de operaciones sobre el terreno. El *Polar Explorer* seguirá en la zona para que la tripulación eche una mano en la excavación.

—¿Está cerca el submarino?

—A menos de diez millas.

—¿Alguna idea de su estado?

—Tiene algunos daños en la estructura como consecuencia de una colisión con una elevación del fondo marino pero, aparte de esto, parece intacto.

—¿Y la nave romana?

—Los hombres que la encontraron dicen que han encontrado los cuerpos congelados de la tripulación en un excelente estado de conservación.

Brogan se levantó del escritorio y acompañó a Shaw hasta la puerta.

—Es posible —comentó, fascinado. Después, con una sonrisa pícara, añadió —: Me pregunto si también encontraremos antiguos secretos de estado en ella.

—Mejor sería encontrar un buen tesoro —replicó Shaw con otra sonrisa.

Ninguno de los dos interlocutores habría apostado un céntimo a que, en las siguientes cuarenta y ocho horas, el recuerdo de aquellos comentarios humorísticos los asaltaría obsesivamente.

20

Bajo la dirección de los arqueólogos, la tripulación del *Polar Explorer* se abrió paso hasta la antigua nave aprisionada en el hielo cortando éste capa por capa, hasta que la cubierta superior quedó al descubierto desde el extremo hasta el codaste de popa.

Todos los presentes en el fiordo, hipnotizados de curiosidad, se vieron atraídos hacia el lugar. Sólo faltaban Pitt y Lily, quienes permanecían a bordo del rompehielos estudiando las tablillas de cera.

Un silencio respetuoso envolvía al grupo de marinos y arqueólogos al que se había sumado el equipo de investigación del accidente aéreo, reunido al borde de la excavación. Los hombres contemplaban el barco, parcialmente libre de hielos, como si se tratara de la tumba secreta de una antigua dinastía real.

Hoskins y Graham procedieron a medir el barco, calculando una eslora total de casi veinte metros, por siete de manga. El mástil se había roto dos metros por encima de la base y había desaparecido. Los restos del aparejo de cáñamo envolvían la cubierta superior y los costados de la nave como estrujados y soltados desde lo alto por alguna ave gigante. Lo único que quedaba de la vela cuadrada eran unos jirones de lona.

Al tantear el entarimado de la cubierta para comprobar su resistencia, observaron que seguía tan firme como el día en que el barco fuera botado en algún astillero del Mediterráneo cuyo recuerdo hacía mucho que se había borrado. Después de ser fotografiados, los objetos desparramados por la cubierta fueron identificados, llevados con gran cuidado a la superficie y transportados a bordo del *Polar Explorer*, donde se procedió a limpiarlos y catalogarlos. Luego, todos los restos fueron almacenados en la cámara frigorífica del barco para evitar su deterioro durante el viaje a una nación que no existía cuando el viejo buque mercante efectuó su último viaje.

Gronquist se tendió boca abajo y asomó la cabeza y los hombros en el agujero hasta que su vista abarcó por debajo de las vigas de la cubierta.

—¿Están ahí? —preguntó Graham con voz expectante—. ¿Están como decía Pitt?

Gronquist contempló los lívidos rostros espectrales, las facciones heladas, como máscaras. Le dio la impresión de que, si les quitaba la capa de hielo y los

sacudía, sus ojos parpadearían y todos ellos resucitarían.

Antes de responder a Graham, el arqueólogo titubeó. La brillante luz del sol en lo alto le proporcionó una visión clara de la totalidad de la bodega y apreció dos formas, encogidas la una contra la otra en el extremo de proa, que Pitt no había advertido.

—Están exactamente como decía —informó con sobriedad—, salvo que, además, hay un perro y una muchacha.

Protegido tras un arbotante de la cubierta, Pitt contempló cómo Giordino, a los mandos del helicóptero de la NUMA, inmovilizaba el aparato en el aire sobre la popa del *Polar Explorer*. Quince segundos más tarde, los patines de aterrizaje besaron el centro de la diana pintada en la zona de popa, el agudo zumbido de la turbina se apagó y las palas de los rotores se detuvieron lentamente.

La puerta del lado derecho de la cabina se abrió y un hombre vestido con un suéter verde de cuello de cisne bajo una americana deportiva de pana marrón saltó a la cubierta. Echó un vistazo a su alrededor como para orientarse y luego se fijó en Pitt, que le dirigió un gesto de saludo. El hombre se le acercó a paso rápido, con los hombros encogidos y las manos hundidas en los bolsillos para resguardarlas del frío.

Pitt dio un paso adelante y condujo rápidamente al visitante por una escotilla al cálido seno del rompehielos.

—¿El doctor Redfern?

—¿Usted es Dirk Pitt?

—Sí, soy Pitt.

—He leído sus hazañas.

—Gracias por encontrar tiempo en su apretada agenda para acudir.

—¿Bromea? —exclamó Redfern con los ojos abiertos de entusiasmo—. He salido disparado tan pronto he recibido su invitación. No hay un arqueólogo en el mundo que no diera lo que fuese por estar presente en este descubrimiento. ¿Cuándo podré echar un vistazo?

—Oscurecerá en diez minutos. Me parece más conveniente que le informe el doctor Gronquist, el arqueólogo que ha supervisado la excavación. También le mostrará los objetos que hemos recuperado de la cubierta principal. Mañana, con las primeras luces, podría poner el pie en el barco y hacerse cargo de la operación.

—Me parece muy bien.

—¿Trae equipaje? —preguntó Pitt.

—He venido poco cargado. Sólo un maletín y una bolsa.

—Al Giordino…

—¿El piloto del helicóptero?

—Sí. Al se encargará de que lleven sus cosas al camarote. Ahora, si me sigue, me ocuparé de conseguirle algo caliente para el estómago y le plantearé un intrigante rompecabezas.

—Después de usted.

El doctor Mel Redfern, que le sacaba una cabeza a Pitt, hubo de doblarse casi hasta el ombligo para pasar por la escotilla.

Su cabello rubio había retrocedido en la frente, marcándole unas pronunciadas entradas, y lucía gafas de marca ante sus ojos gris azulados. Su largo corpachón se mantenía en considerable buena forma para tratarse de un hombre de cuarenta años con una ligera, pero reconocible, barriga.

Antigua figura del baloncesto universitario que había renunciado a pasar al profesionalismo por conseguir el doctorado en antropología, Redfern había dedicado más adelante sus destacadas facultades a la exploración submarina hasta convertirse en uno de los principales expertos mundiales en arqueología marina clásica.

—¿Ha reñido buen viaje de Atenas a Reykjavik? —preguntó Pitt.

—Esa etapa la he pasado durmiendo casi todo el tiempo —respondió Redfern —. Ha sido la travesía en el avión de la patrulla de la Marina desde Islandia al asentamiento esquimal a ciento cuarenta kilómetros al sur de aquí lo que me ha convertido en un verdadero témpano de hielo. Espero que puedan prestarme ropa de abrigo, pues hice las maletas para viajar a las soleadas islas griegas y no contaba con un viaje urgente al círculo polar ártico.

—El comandante Knight, el capitán del buque, le proveerá de lo necesario. ¿En qué estaba trabajando ahora?

—En un buque mercante griego del siglo dos a. C. que naufragó con un cargamento de esculturas de mar. —Redfern no pudo reprimir su curiosidad y empezó a sonsacar a Pitt—. En el mensaje no se decía cuál era la carga de la nave.

—Salvo los cuerpos de los tripulantes, encontré vacía la bodega.

—No se puede tener todo —murmuró Redfern con filosofía—. Sin embargo, decía usted que la nave estaba prácticamente intacta.

—Sí, es cierto. Si reparásemos una vía de agua del casco, cambiáramos el mástil y le colocásemos remos nuevos para gobernarla, podríamos entrar con ella en el puerto de Nueva York.

—¡Santo cielo, esto es asombroso! ¿Ha podido determinar el doctor Gronquist la época aproximada a que pertenece?

—Sí, gracias a unas monedas acuñadas hacia el año 390. Incluso sabemos su nombre: SERAPIS. Lo lleva grabado en griego en el poste de popa.

—Un barco mercante bizantino del siglo seis, perfectamente conservado —

murmuró Redfern, maravillado—. Éste va a ser el descubrimiento arqueológico del siglo. Estoy impaciente por verlo.

Pitt lo condujo al comedor de oficiales, donde encontraron a Lily sentada a una de las mesas, copiando en papel las palabras escritas en las tablillas de cera. Pitt efectuó las presentaciones.

—La doctora Lily Sharp, el doctor Mel Redfern.

Lily se incorporó y tendió la mano al recién llegado.

—Es un honor para mí, doctor. Aunque mi especialidad es la arqueología terrestre, he sido una entusiasta de su trabajo desde que entré en la universidad.

—El honor es mío —respondió cortés Redfern—. Apeemos los tratamientos; tuteémonos y llamémonos por nuestros nombres.

—¿Qué os puedo ofrecer? —preguntó Pitt, haciendo caso de la sugerencia.

—Un litro de chocolate caliente y una sopera llena hasta el borde tal vez me saquen el frío de los huesos.

Pitt pasó el pedido a un camarero.

—Bien, ¿dónde está ese rompecabezas que ha mencionado? —preguntó Redfern con la avidez de un niño que saltara de la cama la mañana de Reyes. Pitt lo miró y sonrió.

—¿Qué tal va su latín, Mel?

—Bastante aceptable. Creí haber entendido que el barco era griego.

—Lo es —intervino Lily—, pero el capitán escribió su diario de a bordo en esas tablillas en latín. Seis de ellas contienen palabras. La séptima presenta líneas como un mapa. Dirk las recuperó durante su primera entrada en el barco. He pasado los escritos a papel para hacerlos más legibles y reproducirlos en una copiadora. También he dibujado a mayor escala la tablilla que contiene esa especie de plano. Hasta ahora no hemos logrado determinar su localización geográfica porque no lleva ninguna referencia.

Redfern tomó asiento y sostuvo en sus manos una de las tablillas. La estudió casi con reverencia durante unos instantes antes de dejarla. Después, tomó las páginas de Lily y empezca leer.

El camarero trajo un tazón de chocolate caliente y un gran bol de sopa de almejas. Redfern estaba tan enfrascado en la traducción que perdió el apetito. Como un autómata, levantó el tazón y dio un sorbo al chocolate sin apartar los ojos de las páginas manuscritas. Casi diez minutos más tarde, se puso en pie y deambuló entre las mesas del comedor de oficiales murmurando para sí unas frases en latín, sin hacer caso a su encandilada audiencia.

Pitt y Lily continuaron sentados en completo silencio, sin atreverse a interrumpir sus pensamientos y contemplando sus reacciones con curiosidad. Redfern se detuvo como si estuviera situando mentalmente un problema en su correcta perspectiva. Después, volvió a la mesa y examinó de nuevo las hojas. La atmósfera se podía cortar de expectación.

Transcurrieron unos minutos más antes de que Redfern dejara por fin las hojas sobre la mesa con manos temblorosas. Después, dejó la mirada perdida en el vacío con unos ojos extrañamente borrosos.

Redfern parecía aturdido de pies a cabeza.

—Por tu expresión, se diría que acabas de encontrar el Santo Grial —dijo Pitt.

—¿De qué se trata? —preguntó Lily—. ¿Qué has descubierto?

La respuesta de Redfern, con la cabeza hundida entre los hombros, les resultó casi inaudible.

—Es posible, sólo posible —murmuró el doctor Redfern—, que este descubrimiento casual abra la puerta a la mayor colección de tesoros artísticos y literarios que ha conocido nunca el hombre.

21

—Ahora que has conseguido toda nuestra atención —intervino Pitt con sequedad —, ¿te importa compartir con nosotros esa revelación?

Redfern sacudió la cabeza como para despejarse.

—La historia o, mejor, la saga, resulta abrumadora. No alcanzo a comprenderla del todo.

—¿Dicen esas tablillas por qué navegó tan lejos de sus aguas habituales una nave grecorromana como ésa?

—Grecorromana, no. Bizantina —lo corrigió Redfern—. Cuando el *Serapis* surcaba el mundo antiguo, la sede del Imperio había sido trasladada por Constantino el Grande desde Roma al Bosforo, en el emplazamiento de la vieja ciudad griega de Bizancio.

—Que se convirtió en Constantinopla —dijo Pitt.

—Y, más tarde, en Estambul. —Redfern se volvió hacia Lily y añadió—: Lamento no estar respondiendo directamente a tu pregunta. En efecto, las tablillas revelan cómo y por qué llegó aquí ese barco. Para entenderlo, hay que remontarse un poco a los antecedentes, a partir del año 323 a. C., año en que Alejandro Magno murió en Babilonia. Su imperio se dividió entre sus generales, uno de los cuales, Ptolomeo, obtuvo Egipto y se convirtió en rey. Un tipo astuto, ese Ptolomeo. También consiguió apropiarse del cuerpo de Alejandro, encerrado en una urna de oro y cristal. Más tarde, depositó el cuerpo en un elegante mausoleo y construyó en torno a él una ciudad esplendorosa que sobrepasó en grandeza a Atenas. En honor de su antiguo rey, Ptolomeo le puso por nombre Alejandría.

—¿Qué tiene que ver todo eso con el *Serapis*? —quiso saber Lily.

—Aguarda un poco más, por favor —replicó Redfern con jovialidad—. Ptolomeo fundó un enorme museo y biblioteca de la nada, pero su inventario llegó a ser monumental. Sus descendientes, incluida Cleopatra y posteriores sucesores, continuaron adquiriendo manuscritos y obras de arte hasta que el museo y, sobre todo, la biblioteca se convirtieron en los mayores depósitos de arte, ciencia y literatura que existieran jamás. Esta vasta colección de conocimientos duró hasta el año 391. En esa fecha, el emperador Teodosio y el patriarca de Alejandría, un chiflado religioso llamado Teófilo, decidieron que la

referencia a cualquier cosa que no fueran los principios cristianos recién formados era paganismo, y ordenaron la destrucción del contenido de la biblioteca. Estatuas, fabulosas obras de arte en mármol, bronce, oro y marfil, increíbles pinturas y tapices, incontables libros escritos en pergamino o en rollos de papiro, incluso el cuerpo de Alejandro: todo debía ser convertido en polvo o reducido a cenizas.

—¿Cuando hablas de incontables, qué cifras tienes en la cabeza? —quiso saber Pitt.

—Sólo los libros, se contaban por cientos de miles.

—¡Qué terrible pérdida inútil! —musitó Lily, sacudiendo la cabeza con aire entristecido.

—Sólo quedaron los libros bíblicos y los escritos eclesiales —continuó Redfern—. Finalmente, también los edificios de la biblioteca y el museo fueron arrasados por los ejércitos árabes del Islam que invadieron Egipto hacia el año 646.

—Las antiguas obras maestras recogidas a lo largo de los siglos se perdieron, malográndose para siempre —resumió Pitt.

—En efecto, se perdieron —asintió Redfern—. O así lo habían creído los historiadores hasta ahora. Pero si lo que acabo de leer es cierto, lo mejor de la colección no se ha perdido sin remedio, sino que yace enterrado en alguna parte.

—¿Que todavía existe hoy día? —repitió Lily, desconcertada—. ¿Quieres decir que el *Serapis* lo sacó a escondidas de Alejandría antes del incendio?

—Así fue, según las inscripciones de las tablillas.

Pitt dirigió a Redfern una mirada dubitativa.

—Es imposible que el *Serapis* pudiera llevarse más que una pequeñísima parte de la colección. No habría cabido, pues la embarcación es demasiado pequeña. No permite más de cuarenta toneladas de carga. La tripulación pudo haber introducido unos pocos miles de rollos y un par de estatuas en la bodega, pero nada parecido a las cifras que acabas de mencionar.

Redfern dirigió una mirada de respeto a Pitt.

—Eres muy astuto. Y conoces muy bien las naves antiguas.

—Volvamos a la razón de que el *Serapis* haya aparecido aquí, en Groenlandia —exigió Pitt. Redfern tomó las páginas del manuscrito copiado por Lily y las ordenó.

—No voy a haceros una traducción literal del latín del siglo cuarto, pues resulta demasiado rígido y formal. Lo que haré será tratar de resumir el texto en inglés colonial. La primera anotación está fechada, según el calendario juliano, el 3 de abril del año 391. El diario empieza así:

> Yo, Cuccio Rufino, capitán del *Serapis*, al servicio de Nicias, mercader griego de la ciudad portuaria de Rodas, he accedido a transportar una

carga por cuenta de Junio Venator, de Alejandría. Según parece, el viaje será largo y lleno de dificultades, y Venator no quiere dar a conocer el destino. Mi hija, Hipatia, viene conmigo en este viaje y su madre estará muy preocupada ante nuestra larga separación, pero Venator nos paga veinte veces más que lo normal, una buena fortuna de la que sacaremos provecho tanto Nicias como yo mismo y la tripulación.

La carga ha sido llevada a bordo de noche bajo una fuerte escolta y de manera muy misteriosa, puesto que me han ordenado permanecer en los muelles con la tripulación mientras se producía el embarque. Cuatro soldados al mando del centurión Domicio Severo han recibido la orden de permanecer a bordo y navegar con nosotros.

El asunto no me gusta, pero Venator me ha pagado todo el viaje por adelantado y no puedo volverme atrás en el contrato.

—Un hombre honrado —comentó Pitt—. Resulta difícil creer que no descubriera la naturaleza de su carga.

—Hace referencias a ella más adelante. Las líneas siguientes son un diario de la travesía. También hace mención del dios cuyo nombre lleva el barco. Me saltaré unos párrafos hasta donde habla de la primera escala.

Di gracias a nuestro dios, Serapis, por concedernos una travesía rápida y sin inconvenientes que nos condujo en catorce días a Cartago Nova, donde descansamos cinco días y embarcamos un cargamento de provisiones cuatro veces mayor de lo ordinario. En ese puerto nos reunimos con los demás barcos de Junio Venator. La mayoría son embarcaciones de más de doscientas toneladas de capacidad y algunas casi alcanzan las trescientas. Contando la nave insignia de Venator, somos en total dieciséis barcos y nuestro resistente *Serapis* es el más pequeño de la flota.

—¡Flota! —exclamó Lily, con un destello en la mirada y todo el cuerpo en tensión—. ¡Entonces, es cierto que salvaron la colección!

Redfern asintió, entusiasmado.

—O, al menos, una buena parte de ella. Los barcos entre doscientas y trescientas toneladas eran los mayores mercantes de la época. Calculando que dos de las naves transportaran hombres y provisiones y que las otras catorce llevaran un promedio de doscientas toneladas de carga cada una, nos da un total de dos mil ochocientas toneladas. Lo bastante para transportar un tercio de los

libros de la biblioteca y una buena parte de los tesoros artísticos del museo.

Pitt solicitó una pausa en la narración. Cruzó el comedor hasta el mostrador de la zona de la cocina y volvió con dos tazas de café. Dejó una delante de Lily y regresó por una bandeja de pastas. Después, se quedó de pie, pues pensaba y se concentraba mejor en aquella posición.

—De momento, el salvamento de la gran biblioteca es una mera teoría —comentó—. Nada de cuanto he oído demuestra que sus tesoros fueran sacados de ella en secreto.

—Rufino se refiere a ello más adelante —replicó Redfern—. La descripción del cargamento del *Serapis* está cerca del final del diario.

Pitt dirigió una mirada de impaciencia al arqueólogo marino y volvió a sentarse, esperando.

—En la siguiente tablilla, Rufino menciona unas reparaciones de poca importancia en el barco, recoge chismorreos propios de marinos y da una visión turística del puerto, hoy Cartagena, en la costa española. Extrañamente, no vuelve a manifestar la menor inquietud acerca del viaje que se aproxima. Ni siquiera anotó la fecha en que la flota abandonó Cartago Nova. Con todo, el párrafo más notable es el que hace mención de la censura. Escuchad esto:

> Hoy hemos zarpado hacia el gran mar. Las naves mayores remolcan a las más pequeñas. No puedo escribir más. Los soldados vigilan. Bajo estrictas órdenes de Junio Venator, no debe llevarse ningún diario de a bordo de nuestro viaje.

—Justo cuando empezamos a encajar las piezas en el rompecabezas —murmuró Pitt—, falta toda la parte principal.

—Tiene que haber algo más —insistió Lily—. Sé que copié bastante más que esa parte del relato.

—Es cierto —reconoció Redfern, manoseando las hojas—. Rufino reemprende la narración once meses más tarde.

> Ahora soy libre de nuevo para contar nuestro cruel viaje sin temor al castigo. Venator y su pequeño ejército de esclavos, Severo y sus legionarios, las tribulaciones de las naves… todos han muerto a manos de los bárbaros y la flota ha sido pasto de las llamas. El *Serapis* logró escapar porque mi miedo a Venator me hizo actuar con cautela.
>
> He sabido el origen y el contenido del cargamento de la flota y conozco el lugar de las montañas donde fue ocultado, pero los secretos como éste deben ocultarse a los mortales. Sospecho que Venator y Severo tenían la intención de acabar con todos nosotros, salvo un puñado de

soldados de confianza y la tripulación de una de las naves para asegurarse el viaje de regreso.

Yo temía por la vida de mi hija, de modo que repartí armas a mi tripulación y ordené a todos que permanecieran cerca del barco para poder largar velas al primer asomo de traición. Sin embargo, los bárbaros se les adelantaron y dieron muerte a los esclavos de Venator y a la legión de Severo. Nuestros centinelas murieron en la batalla y cortamos las amarras, alejando nuestro barco de la orilla. Venator intentó salvarse haciendo una loca carrera hasta el agua y, ya en ella, se puso a gritar para que lo salváramos, pero yo no podía poner en peligro las vidas de Hipatia y de la tripulación para salvarle y me negué a dar media vuelta. Con las corrientes contrarias, hacerlo habría sido un suicidio.

Redfern hizo una pausa en la traducción antes de proseguir.

—En ese punto, Rufino escribe de modo disperso y recuerda la partida de Cartagena de la flota.

El viaje desde Hispania hasta nuestro destino en esa tierra extraña duró cincuenta y ocho días. El viento fue favorable, impulsándonos de popa. Pero Serapis exigió un sacrificio por esta buena fortuna y dos de nuestros hombres murieron de una dolencia desconocida para mí.

—Debe de referirse al escorbuto —dijo Lily.

—Los antiguos marinos rara vez navegaban más de un par de semanas sin tocar tierra —le aclaró Pitt—. El escorbuto no se hizo habitual hasta los largos viajes de los españoles. Esos hombres pudieron morir por muy diversas causas.

—Lamento haberte interrumpido —dijo Lily, asintiendo a Redfern—. Continúa, por favor.

Primero tocamos la costa de una gran isla habitada por bárbaros que se parecían a los escitas, aunque de tez más oscura. Se mostraron amistosos y ayudaron de buen grado a reponer nuestras provisiones de comida y agua potable.

Avistamos otras islas, pero la nave insignia continuó su marcha. Únicamente Venator sabía el destino de la flota. Por fin, avistamos una costa desolada y llegamos a la amplia desembocadura de un río. Allí descansamos cinco días y noches hasta que los vientos soplaron a nuestro favor. Entonces, izamos velas y pusimos rumbo río arriba, remando en ocasiones, hasta que llegamos a las colinas de Roma.

—¿Las colinas de Roma? —repitió Lily distraídamente—. ¿A qué viene eso?

—Debe de tratarse de una comparación —dijo Pitt.

—Un buen misterio a descifrar —reconoció Redfern.

Los esclavos a las órdenes de Latinio Macer empezaron a excavar las montañas sobre el río. Ocho meses más tarde, el cargamento de la flota fue transportado de las naves al escondite.

—¿Describió Venator ese « escondite» ? —inquirió Pitt.

Redfern tomó una tablilla y la comparó con la copia que había realizado la muchacha.

—Algunas partes del texto están borrosas. Tendré que rellenar los huecos lo mejor que pueda.

Así pues, el secreto de los secretos se encuentra en el interior de la montaña, en una cámara excavada por los esclavos. El lugar no queda visible gracias a la empalizada.

Cuando ya estaba todo guardado, la horda de bárbaros apareció desde todos los puntos de las montañas. Ignoro si la cámara fue sellada a tiempo, ya que en ese momento estaba atareado ayudando a mis hombres a separar el barco de la arena.

—Rufino no anota distancias concretas —dijo Pitt, desilusionado—, ni proporciona una sola dirección. Ahora existen muchas posibilidades de que los bárbaros, quienesquiera que fuesen, saquearan los depósitos de documentos.

—No podemos pasar por alto esa posibilidad —asintió Redfern al tiempo que su expresión se hacía sombría.

—Estoy convencida de que no ocurrió lo peor —replicó Lily, optimista—. Una colección tan inmensa no podría haberse esfumado como si jamás hubiera existido. Con el tiempo, habrían aparecido algunas piezas.

—Depende de la zona donde se desarrollara la acción —comentó Pitt—. Cincuenta y ocho días a una velocidad media de… pongamos tres nudos y medio, tratándose de un barco de las anticuadas líneas del *Serapis*... Es posible que navegara más de cuatro mil millas náuticas.

—Siempre que lo hiciera en línea recta —terció Redfern—, pero no es lo más probable. Rufino se limita a decir que navegaron cincuenta y ocho días antes de pisar tierra. Viajando por aguas desconocidas, las embarcaciones debieron de avanzar pegadas a la costa.

—Sí, pero ¿viajar adónde? —quiso saber Lily muy excitada.

—El destino más lógico es la costa sur de África occidental —respondió

Redfern—. En el siglo quinto a. C., unos barcos fenicios navegaron ya en torno a África siguiendo el sentido de las manecillas del reloj y, en la época de Rufino, una parte importante de esas costas aparecía ya en los mapas. Parece razonable pensar que Venator dirigiera sus naves hacia el sur tan pronto como dejara atrás el estrecho de Gibraltar.

—Eso no convencería a ningún jurado —dijo Pitt—. Rufino describe islas.

—Podrían ser las Madeira, las Canarias o las islas de Cabo Verde.

—Sigue sin convencerme. Eso no explicaría cómo pudo el *Serapis* terminar en Groenlandia, a tanta distancia del África occidental. Estamos hablando de una travesía de ocho mil millas náuticas.

—Es cierto. Reconozco que estoy confuso con lo que respecta a este punto.

—Yo opino que navegaron rumbo al norte —intervino Lily—. Esas islas podrían ser las Shetland o las Feroe, lo cual ubicaría el lugar de la excavación en algún punto de la costa noruega o, mejor aún, en Islandia.

—Me parece una suposición muy acertada —asintió Pitt—. Tu teoría explicaría por qué vino a naufragar el *Serapis* en las costas groenlandesas.

—¿Qué más escribió Rufino después de escapar de los bárbaros? —preguntó la muchacha. Redfern hizo una pausa para terminar el tazón de chocolate caliente. Luego, prosiguió la narración:

> Llegamos a mar abierto y la navegación se hizo más difícil. Las posiciones de las estrellas eran diferentes y el sol tampoco era el mismo. Violentas tormentas se abatieron sobre nosotros desde el sur. Uno de los tripulantes, un galo, fue arrojado a las aguas por un golpe de mar el décimo día de navegación y el viento continuó empujándonos hacia el norte. El día trigésimo primero, nuestro dios nos guió a una bahía resguardada donde efectuamos unas reparaciones e hicimos acopio de las escasas provisiones que pudimos encontrar en tierra. También añadimos al barco algunas piedras como lastre. A cierta distancia de la playa hay un gran mar de pinos enanos. Allí, si se hunde una vara en el suelo, mana agua de la arena.
>
> Seis días de buena navegación y, luego, otra tormenta que nos dejó las velas rasgadas e inutilizadas. La furiosa galerna nos rompió el mástil y las olas se llevaron los remos de gobierno de la nave. Quedamos a la deriva, a merced del viento implacable, durante días y días, hasta que perdimos la cuenta. Resultaba imposible dormir y las temperaturas se hicieron muy frías. Se formó una capa de hielo en la cubierta y la nave se volvió muy inestable. Ordené entonces a mi helada y exhausta tripulación que arrojara por la borda nuestras reservas de agua y vino.

—Las ánforas que encontraste en el fondo del mar a la entrada del fiordo —

comentó Redfern, volviéndose hacia Pitt. Y continuó leyendo:

Poco después fuimos impulsados a esta larga bahía, conseguimos atracar en la orilla y caímos todos en un profundo sueño durante dos días y dos noches.

El dios Serapis es cruel con nosotros. Ha llegado el invierno y el hielo ha aprisionado la nave. No tenemos otro remedio que resistir hasta que los días vuelvan a ser cálidos. Al otro lado de la bahía hemos encontrado un poblado de bárbaros abiertos al comercio y hemos adquirido comida de ellos. Utilizan nuestras monedas de oro como dijes, sin la menor idea de su valor. Nos han enseñado a mantenernos calientes quemando el aceite que extraen de un pez monstruoso. Tenemos los estómagos llenos y creo que sobreviviremos.

Ahora que estoy cómodo y dispongo de tiempo en abundancia, escribiré un poco cada día. En este capítulo, haré recuento de la cantidad y tipo de cargamento que los esclavos de Venator desembarcaron de la bodega del *Serapis*, pues tuve la suerte de contemplarlo sin ser visto desde un rincón de la cocina de a bordo y tomé buena nota de todo. A la vista del gran objeto, todo el mundo hincó la rodilla con la debida veneración.

—¿A qué se refiere? —preguntó Lily.

—Paciencia —respondió Redfern—. Escuchad.

Trescientos veinte tubos de cobre con la inscripción *Cartas Geológicas*. Sesenta y tres grandes tapices. Estos estaban sujetos entre sí y envolvían el espléndido ataúd de oro y cristal de Alejandro. Las rodillas me temblaron al verlo, y pude contemplar su rostro a través de…

—Rufino no escribió nada más —dijo Redfern con tristeza—. No terminó la frase. La última tablilla es un dibujo que muestra el perfil general de la costa y el curso del río.

—El ataúd perdido de Alejandro Magno —dijo Lily con la voz en un leve susurro—. ¿Es posible que aún siga enterrado en una cueva en alguna parte?

—¿Junto con los tesoros de la Biblioteca de Alejandría? —añadió Redfern a la pregunta de la muchacha—. No podemos hacer mucho más que esperar que así sea.

La reacción de Pitt fue muy distinta, llena de profunda confianza.

—Esperar es sólo para los pacientes. Yo calculo que podría encontrar esas antigüedades en cuestión de treinta… pongamos veinte días.

Lily y Redfern abrieron unos ojos como platos y contemplaron a Pitt con la

suspicacia que normalmente se reserva para un político que promete reducir los impuestos. Sencillamente, no lo tomaban en serio.

Pero deberían haberlo hecho.

—¿No te parece que eres demasiado arrogante? —dijo Lily.

Los ojos verdes de Pitt despedían un destello de absoluta convicción.

—Echemos un vistazo al mapa.

Redfern le entregó una copia de los trozos de la tablilla que Lily había dibujado, y luego ampliado, sobre el papel. Había poco a examinar, salvo una serie de líneas sinuosas.

—No nos dirá mucho —comentó el arqueólogo—. Rufino no indicó ningún nombre.

—Me bastará —respondió Pitt en tono seco e imperturbable—. Bastará para llevarnos hasta la puerta de ese escondite.

Eran las cuatro de la mañana cuando Pitt se despertó. Automáticamente, dio media vuelta para seguir durmiendo pero advirtió entre la bruma del sueño que alguien había abierto la luz y le estaba hablando.

—Lo siento, amigo, pero tienes que levantarte y ponerte en marcha.

Pitt, aún medio dormido, entreabrió los ojos y reconoció el grave rostro del comandante Knight.

—¿Qué sucede?

—Ordenes de arriba. Tienes que salir para Washington ya.

—¿Han dicho por qué?

—Mira, cuando llaman desde el Pentágono, no suelen estar para muchas explicaciones.

Pitt se incorporó hasta quedar sentado en la litera y posó los pies desnudos en la cubierta.

—Esperaba poder quedarme un tiempo más por aquí y observar las excavaciones.

—No tendrás esa suerte —dijo Knight—. Tú, Giordino y la doctora Sharp tenéis que poneros en marcha en una hora.

—¿Lily también? —Pitt se puso en pie y se dirigió hacia el lavabo—. Entiendo que el Alto Mando quiera interrogarnos a Al y a mí respecto al submarino soviético pero ¿por qué están interesados en Lily?

—La Junta de Jefes no confía en sus siervos —comentó Knight con una malévola sonrisa—. No tengo idea.

—¿Qué hay del transporte?

—Usaréis el mismo sistema empleado por Redfern para venir. Helicóptero hasta el poblado esquimal y la estación meteorológica, un avión de la Marina hasta Islandia y, una vez allí, seréis transferidos a un bombardero B-52 que

regresa a Estados Unidos para una revisión general.

—De eso, nada —murmuró Pitt con el cepillo de dientes en la boca—. Si quieren tener mi colaboración voluntaria, tiene que ser un reactor privado o nada.

—Para ser tan temprano, me parece que has bebido demasiado.

—Cuando me sacan de la cama así, antes de que amanezca, no tengo ningún inconveniente en decirle a la Junta de Jefes que se meta la orden en las almorranas.

—Adiós a mi próximo ascenso —gimió Knight—. Culpable por asociación.

—Sigue conmigo y llegarás a almirante.

—Seguro.

Pitt se dio unos golpecitos en la cabeza con el cepillo de dientes.

—Ya lo tengo. Envía un mensaje diciendo que nos encontraremos a medio camino. Giordino y yo pilotaremos el helicóptero de la NUMA directamente a la base aérea de Thule. Los del Pentágono no deberían tener ningún problema para hacer que un reactor del gobierno nos espere allí para conducirnos a la capital.

—Eso es como ponerse a jugar con un doberman cuando está comiendo.

Pitt alzó las manos y exclamó:

—¿Por qué nadie tiene un ápice de confianza en mis impulsos creativos?

22

En Washington anochecía tras un día de claridad deslumbrante. El fresco tiempo otoñal hacía el aire punzante, mientras el sol crepuscular hacía brillar el blanco granito de los edificios de la administración como si fueran de porcelana dorada. El cielo estaba salpicado de nubes como borregos que parecían lo bastante sólidas como para que aterrizara en ellas el reactor privado *Gulstream IV*.

El aparato podía transportar hasta diecinueve pasajeros, pero Pitt, Giordino y Lily tenían la cabina para ellos solos. Giordino no había tardado en dormirse, y no había vuelto a abrir los ojos desde antes incluso de que las ruedas del avión despegaran de la base de Thule. Lily había dado varias cabezadas y había dedicado el resto del tiempo a leer *El umbral*, de Marlys Millhiser.

Pitt permaneció despierto, perdido en sus pensamientos y efectuando esporádicas anotaciones en una pequeña libreta. Se volvió y contempló por la ventanilla el tráfico que, lentamente, se abría paso desde el corazón de la capital hasta los barrios residenciales.

Sus pensamientos volaron de nuevo a la congelada tripulación del *Serapis*, a su capitán, Rufino, y a la hija de éste, Hipatia. Pitt lamentaba que sus ojos no hubieran descubierto a la muchacha en la oscuridad de la bodega, aunque la cámara de vídeo la había registrado con toda claridad, con sus brazos en torno a un perro pequeño de largo pelaje.

Gronquist casi había llorado al describirla. Pitt se preguntó si terminaría como un objeto congelado en un museo, contemplada entre susurros de asombro por colas interminables de curiosos.

Al contemplar la alameda de Washington, mientras el Gulstream sobrevolaba la ciudad aproximándose al aeropuerto, Pitt decidió apartar de su mente el recuerdo del *Serapis y* se concentró en la búsqueda de los tesoros de la Biblioteca de Alejandría. Ya sabía paso a paso cómo iba a enfocar la investigación. Lo que no le gustaba del plan era tener que jugárselo todo a una carta. Todas sus investigaciones debían basarse en unas cuantas líneas toscamente trazadas en cera por la mano helada de un hombre agonizante. La ley de Murphy —si algo puede ir mal, irá mal— empezaba ya a levantar obstáculos en su contra.

Debido a una serie de razones, las indicaciones del mapa podían no coincidir con una localización geográfica conocida. La cera podía haberse distorsionado

debido a los bruscos cambios de temperatura durante el congelamiento inicial en el *Serapis y* el posterior deshielo a bordo del *Polar Explorer*, Rufino podía haberse equivocado en la escala y trazar erróneamente las curvas y ángulos de la costa y del río o, lo peor de todo y lo más probable, las formas del paisaje podían haber sufrido grandes cambios a lo largo de los mil seiscientos años transcurridos, debido a la erosión y a los levantamientos del terreno, a los movimientos sísmicos o a los cambios extremos en el clima. En el mundo, recordó Pitt, no había río que hubiese mantenido invariable su curso a lo largo de un milenio.

Pitt olfateó el aroma embriagador de su desafío. Para los hombres inquietos, tiene un aroma real que llena el aire con un perfume entre el de una mujer sexualmente excitada y el de la hierba recién cortada tras la lluvia, un impulso tentador y adictivo que lleva a quien lo experimenta a despreciar la posibilidad del fracaso o del riesgo. Y, sin embargo, cuando por fin conseguía alcanzar lo casi imposible, enseguida le invadía inevitablemente una sensación de fracaso.

Su primer obstáculo era la falta de tiempo para efectuar una investigación. El segundo, el submarino soviético. Giordino y él eran los principales candidatos para dirigir la operación de rescate bajo las aguas del Ártico.

Los pensamientos absortos de Pitt fueron interrumpidos por la voz del piloto que les indicaba que se abrocharan los cinturones. Observó la menuda sombra del avión agrandándose a sus pies sobre los árboles desnudos de hojas. La hierba parda quedó atrás a toda velocidad y dio paso al asfalto. El piloto desvió el aparato de la pista de aterrizaje principal de la base aérea Andrews y por último se detuvo junto a una camioneta Ford Taunus.

Pitt ayudó a Lily a bajar del avión. Después, él y Giordino descargaron el equipaje y lo introdujeron en el maletero de la camioneta. El conductor, un joven atlético con aire de pertenecer a la escuela preparatoria de suboficiales, dio un paso atrás como si temiera estorbar a aquel par de tipos duros que manejaban sus pesadas maletas y macutos como si fueran almohadas.

—¿Qué plan tenemos? —preguntó Pitt al conductor.

—Cena con el almirante Sandecker en su club.

—¿Almirante qué? —preguntó Lily.

—Sandecker —repitió Giordino—. Es nuestro jefe de la NUMA. Hemos debido de hacer algo bien, porque no es habitual que invite a nadie a su mesa.

—Y mucho menos si la invitación es para el club John Paul Jones —añadió Pitt.

—¿Es muy exclusivo?

—Es un depósito de viejos oficiales de Marina herrumbrosos con agua de sentina en las vejigas.

Ya había oscurecido cuando el conductor penetró por fin en una tranquila calle residencial de Georgetown. Cinco bloques más allá, el coche tomó un sendero de grava y se detuvo ante el pórtico de una mansión victoriana de

ladrillos rojos.

En el salón de entrada, un hombre menudo con aire de gallo de riña deambulaba de un extremo a otro de la alfombra vestido con un traje de seda de tres piezas, de buen corte. El hombre se movía con pasos rápidos y enérgicos, como un gato colándose por una rendija de la puerta. Sus rasgos eran angulosos y a Pitt siempre le recordaba la figura de un buitre. El cabello intensamente pelirrojo se prolongaba por los costados de su rostro hasta formar una barba mefistofélica, cuidada con esmero. Sus ojos estaban llenos de energía y mordacidad. El almirante James Sandecker no era un hombre que entrara de incógnito en una estancia; la tomaba al asalto.

—Me alegro de tenerlos de vuelta, muchachos —soltó el almirante, en un tono más oficial que amistoso—. He oído que ese descubrimiento de la nave antigua puede cambiar los libros de historia. Los medios de comunicación le están dando un gran bombo al asunto.

—Tuvimos varios golpes de suerte —dijo Pitt—. Le presento a la doctora Lily Sharp. Lily, el almirante James Sandecker.

Sandecker destellaba como un faro cuando estaba en presencia de una mujer atractiva y dirigió a Lily una mirada radiante.

—Doctora, es usted sin duda la mujer más encantadora que ha pisado jamás estos salones.

—Me alegra comprobar que su club no hace discriminaciones con las mujeres.

—No se debe a que los miembros sean de mentalidad liberal —comentó Giordino con sarcasmo—, sino a que la mayoría de las mujeres preferirían ponerse una inyección contra el tétanos a entrar aquí y escuchar a estas viejas reliquias recordando batallitas.

Sandecker lanzó una mirada furibunda a Giordino. Lily contempló a los dos hombres y, desconcertada, creyó encontrarse entre dos enemigos irreconciliables de antiguo.

Pitt reprimió una carcajada, pero no pudo evitar una sonrisa. Había sido testigo de aquel toma y daca durante diez años y, como todos los que conocían a Giordino y Sandecker, sabía que eran íntimos amigos.

Lily se decidió por efectuar una retirada táctica.

—Caballeros, si alguno de ustedes tiene la amabilidad de decirme dónde está el tocador de señoras, iré a empolvarme la nariz.

Sandecker le indicó un pasillo.

—La primera puerta a la derecha. Por favor, tómese su tiempo.

Tan pronto como Lily se alejó, el almirante condujo a Pitt y a Giordino a una salita contigua y cerró la puerta.

—Tengo que salir para una reunión con el secretario de Marina dentro de una hora. Esta será nuestra única oportunidad para hablar en privado, de modo que

iré rápidamente al grano, antes de que vuelva la doctora Sharp. Déjenme empezar diciendo que han hecho ustedes un excelente trabajo localizando al submarino soviético y manteniendo luego en secreto su hallazgo. El presidente se mostró muy complacido al recibir la noticia y me pidió que les diera las gracias.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó Giordino.

—¿Empezar qué?

—La operación secreta de rescate submarino del barco soviético.

—Nuestra gente de Inteligencia insiste en dejar el asunto aparcado. Su plan consiste en proporcionar información falsa a los agentes soviéticos. Intentan hacerles tragar que consideramos cualquier nueva investigación como un despilfarro del dinero del contribuyente y que, en consecuencia, las hemos descartado como una causa perdida.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó Pitt.

—Un año, tal vez. El tiempo necesario para que los encargados de la misión puedan trazar los planes y construir el equipo necesario para la empresa.

—Tengo la impresión de que no cuentan con nosotros —comentó Pitt, observando al almirante con suspicacia.

—Exacto —respondió Sandecker sin cambiar el tono de voz—. Como dicen en la policía, están fuera del caso.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Tengo otro trabajo más importante para ustedes dos.

—¿Qué puede ser más importante que conseguir los secretos del submarino más mortífero de la Marina soviética? —inquirió Pitt, precavido.

—Unas vacaciones en la nieve —respondió Sandecker—. No hay nada como el aire tonificante de las pistas de esquí de las Rocosas. Tienen pasaje en un vuelo comercial a Denver mañana por la mañana, a las 10.45. La doctora Sharp los acompañará.

Pitt miró a Giordino, que se limitó a encogerse de hombros. Luego, se volvió hacia el almirante.

—¿Es un premio o un exilio?

—Considérenlo unas vacaciones de trabajo. El senador Pitt les explicará los detalles.

—¿Mi padre?

—Lo estará esperando esta misma tarde en su casa —Sandecker extrajo un gran reloj de oro del bolsillo del chaleco y consultó su esfera de marfil—. No debemos hacer esperar a una mujer bonita.

El almirante se dirigió hacia la puerta mientras Pitt y Giordino se levantaban y permanecían clavados sobre la gastada alfombra de la salita, taciturnos.

—¡No se guarde información, almirante! —dijo Pitt de pronto, con voz estridente—. Si no nos lo cuenta usted todo, no sueñe con que tomaré ese avión mañana.

—Acepte también mis disculpas —añadió Giordino—. Presiento que se avecina una plaga de hongos de la jungla de Borneo…

Sandecker se detuvo en seco, dio media vuelta, enarcó una ceja y miró a los ojos a Pitt.

—No me ha engañado usted un solo minuto, señor Pitt. El submarino soviético le importa un bledo. Está tan ansioso por encontrar los restos de la Biblioteca de Alejandría que incluso renunciaría al sexo.

Dominándose a duras penas, Pitt replicó:

—Como de costumbre, su perspicacia es impecable. Igual que su red de información. Tenía intención de presentarle la transcripción del diario de a bordo del *Serapis* a nuestro regreso a Washington. Por lo que parece, alguien se me ha adelantado.

—Ha sido el comandante Knight. Transmitió en clave la traducción del doctor Redfern, con destino al Departamento de Marina, de donde la hicieron llegar al Consejo Nacional de Seguridad y a la Casa Blanca. Leí una copia antes de que ustedes salieran de Islandia. Sin saberlo, ustedes abrieron la caja de Pandora. Si el escondite existe y puede ser encontrado, causará una sacudida política. Pero no voy a seguir hablando de eso. Su padre se encargará de hacerlo por razones que él podrá explicarle mejor.

—¿Qué papel juega Lily en esta película?

—Es parte de su tapadera. Un refuerzo por si hay alguna filtración o por si el KGB sospecha que hayan podido encontrar el submarino. Martin Brogan quiere que se los vea dedicarse a un trabajo arqueológico de verdad. Por eso los he citado en el club y será su padre quien lo ponga al corriente en su casa. Sus movimientos deben parecer normales por si lo están siguiendo.

—Todo esto me suena a precauciones excesivas.

—La burocracia actúa por caminos misteriosos —comentó Giordino con resignación—. Me pregunto si podré sacar entradas para el partido Denver-Bronco.

—Me alegra ver que estamos de acuerdo —afirmó Sandecker con cierto tono de satisfacción—. Ahora, vayamos a la mesa. Estoy hambriento.

Dejaron a Lily frente al hotel Jefferson. La muchacha abrazó a ambos y penetró en el vestíbulo, seguida por un conserje con su equipaje. Pitt y Giordino indicaron al conductor que los llevara al edificio de cristales oscuros y diez pisos de altura que constituía la sede central de la Agencia Marítima y Submarina Nacional (NUMA).

Giordino acudió directamente a su despacho de la cuarta planta mientras Pitt seguía en el ascensor y subía hasta las instalaciones de la red de comunicaciones e informaciones del último piso. Dejó el maletín al recepcionista y sacó un sobre

que guardó en el bolsillo del abrigo.

Deambuló frente a las hileras, al parecer interminables, de equipo electrónico y ordenadores hasta encontrar a un hombre sentado en el suelo enlosado, con las piernas cruzadas, que contemplaba una grabadora en miniatura extraída de un gran muñeco con la forma de un canguro.

—¿Tal vez canta fuera de tono? —preguntó Pitt.

—¿Cómo lo has sabido?

—He acertado por casualidad.

Hiram Yaeger alzó la mirada y sonrió. Tenía un rostro gracioso con un cabello rubio muy largo y estirado, atado en una cola de caballo. La barba, que le caía en grandes rizos, parecía sacada de una casa de disfraces. Miraba a través de unas gafas de abuela y vestía como un desharrapado artista del rodeo, con unos viejos tejanos y unas botas que una pordiosera habría rechazado.

Sandecker había robado a Yaeger de una compañía de diseño por ordenador en el Silicon Valley de California y le había concedido carta blanca para crear el complejo de datos de la NUMA desde los inicios. Era un maridaje perfecto entre un genio humano y la unidad procesadora central. Yaeger supervisó una enorme biblioteca de información que contenía todos los informes y libros conocidos que se habían escrito sobre los océanos del planeta.

Yaeger estudió la grabadora del muñeco y el pequeño altavoz con ojo crítico.

—Yo habría podido diseñar un sistema mejor que ése con instrumentos de cocina.

—¿Puedes repararlo?

—Probablemente, no.

Pitt sacudió la cabeza e indicó con un gesto el complejo de ordenadores que los rodeaba.

—¿Has organizado todo esto y no eres capaz de arreglar una simple grabadora?

—No puedo centrar el interés en ello. —Yaeger se levantó, entró en un despacho y colocó el canguro de trapo en una esquina de escritorio—. Tal vez algún día, si estoy inspirado, lo transforme en una lámpara parlante. Pitt lo siguió al interior del despacho y cerró la puerta.

—¿Tienes humor para una empresa más exótica?

—¿De qué se trata?

—Investigación.

—Vamos allá.

Pitt sacó el sobre del bolsillo y lo entregó a Yaeger. El mago del ordenador de la NUMA se sentó indolentemente en una silla, abrió el sobre y extrajo su contenido. Echó un rápido vistazo a la transcripción mecanografiada y volvió a leer el texto con más cuidado. Tras un largo silencio, miró a Pitt por encima de las gafas.

—¿Esto es de esa vieja nave que encontraste?

—¿Has oído hablar del asunto?

—Debería ser sordo y ciego para no enterarme. La historia ha salido en todos los periódicos y en televisión. Pitt indicó con un gesto los papeles que Yaeger tenía en la mano.

—Es una traducción del latín del diario de a bordo.

—¿Qué quieres de mí?

—Échale un vistazo a la página del mapa.

Yaeger la sostuvo y estudió sus líneas sin nombres.

—¿Quieres que haga una comparación con los lugares geográficos conocidos?

—Si es posible —asintió Pitt.

—Desde luego, no es mucho para empezar. ¿Tienes alguna idea?

—Es una costa marina y la desembocadura de un río.

—¿Cuándo fue dibujado?

—En el año 391.

Yaeger lanzó una mirada estupefacta a Pitt.

—Es como si me preguntaras el nombre de las calles de la Atlántida.

—Programa tus juguetes electrónicos para que hagan una proyección del rumbo seguido por la flota tras zarpar de Cartagena. También puedes probar a trazar el recorrido a la inversa desde el lugar del naufragio en Groenlandia. He anotado la posición.

—¿Te das cuenta de que ese río podría no existir ya?

—Me había pasado por la cabeza tal posibilidad.

—Necesitaré la autorización del almirante.

—La tendrás mañana, a primera hora.

—Está bien —aceptó Yaeger con displicencia—. Le pondré todo mi interés. ¿Qué plazo tengo?

—Sigue con ello hasta que tengas algo —respondió Pitt—. Tengo que salir de la ciudad por un tiempo. Me pondré en contacto contigo pasado mañana para ver cómo van las cosas.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Esto es importante de verdad?

—Sí —dijo Pitt—. Me parece que sí. Tal vez más de lo que podamos imaginar.

23

Cuando el padre de Pitt abrió la puerta de su casa colonial de Massachusetts Avenue, en Bethesda, Maryland, llevaba un par de descoloridos pantalones caqui y un jersey muy gastado. Aquel Sócrates del Senado era famoso por sus trajes, caros y a la moda, siempre realzados con una amapola de California en la solapa. Sin embargo, cuando no estaba sometido a la atención del público, el senador solía vestir como un ranchero acampado en las montañas.

—¡Dirk! —exclamó, complacido, al tiempo que daba un caluroso abrazo a su hijo—. Últimamente nos vemos demasiado poco.

Pitt pasó un brazo en torno a los hombros del senador y los dos entraron juntos en un cuarto de trabajo de paredes revestidas de madera y llenas de estanterías rebosantes de libros desde el suelo hasta el techo. Unos troncos ardían en la chimenea, bajo una repisa de madera de teca bellamente tallada.

Con un gesto, el senador indicó a su hijo que tomara asiento y él se acercó a un mueble bar de la estancia.

—Martini con ginebra de Bombay y unas gotas de limón, ¿no es eso?

—Hace demasiado frío para la ginebra. Prefiero un bourbon solo.

—Cada hombre tiene su propio veneno.

—¿Qué tal mamá?

—Está en un balneario de lujo, un establecimiento de California, llevando a cabo su cruzada anual para perder peso. Volverá dentro de un par de días, con un kilo más de los que pesaba al irse.

—Mamá nunca se rinde.

—Pero así es feliz.

El senador pasó a Dirk un Jack Daniels y se sirvió un oporto.

Levantó la copa:

—Por un viaje fructífero a Colorado.

—¿De quién fue la brillante idea de enviarme a esquiar? —replicó Dirk, sin tocar la bebida.

—Mía —respondió el padre.

Dirk tomó un trago de su bourbon con gesto parsimonioso y dirigió una dura mirada a su padre.

—¿Qué relación tienes tú con los objetos de la Biblioteca de Alejandría? —le

preguntó.

—Muy estrecha, si realmente existen.

—¿Estás hablando como ciudadano particular o como burócrata de la administración?

—Como patriota.

—Está bien —asintió Dirk con un profundo suspiro—. Explícame por qué son tan importantes para los intereses de Estados Unidos esas antiguas obras de arte y literarias y el ataúd de Alejandro Magno.

—Lo que nos interesa no es eso —respondió el senador—. El plato principal del inventario son esos mapas que mostrarían la ubicación de los recursos geológicos del mundo antiguo. Las minas de oro perdidas de los faraones, las olvidadas minas de esmeraldas de Cleopatra, la fabulosa pero mística tierra del Ponto, famosa por su riqueza en plata, antimonio y en un inusual oro verduzco. La ubicación de todos estos lugares era conocida hace dos o tres mil años, pero ha quedado enterrada en el olvido del tiempo. También estaba la fabulosa tierra de Ofir y su constatada abundancia en metales preciosos, cuya localización sigue siendo un recuerdo tentador. Y las minas del rey Salomón, de Nabucodonosor de Babilonia y de Sheda, la reina de Saba, cuyo mítico país hoy sólo es un recuerdo bíblico. Las riquezas legendarias de los tiempos pasados siguen aún ocultas bajo las arenas de Oriente Medio.

—Aunque encontremos esos mapas, ¿de qué nos serviría? ¿Por qué se ha de preocupar nuestro gobierno de unos depósitos de metales preciosos que pertenecerían a otros países?

—Los utilizaríamos para negociar —respondió el senador—. Si podemos determinar su localización, podríamos establecer empresas conjuntas para su explotación. También podemos ganar puntos ante los líderes nacionales y ampliar esas relaciones de buena voluntad que tanta falta nos hacen.

Dirk sacudió la cabeza y reflexionó sobre sus palabras.

—Eso de que el Congreso haya decidido potenciar las perspectivas de unas mejores relaciones exteriores es una novedad para mí. Debe de haber algo más que no me has contado.

El senador asintió, maravillándose de la perspicacia de su hijo.

—Lo hay, en efecto. ¿Te suenan los términos « trampa estratigráfica» ?

—Por supuesto —sonrió Dirk—. Hace unos años encontré una de ellas en el mar del Labrador, frente a las costas de la provincia de Quebec.

—Sí, el proyecto Doodlebug. Lo recuerdo.

—Las trampas estratigráficas son los yacimientos de petróleo más difíciles de descubrir. Las exploraciones sismográficas normales no los pueden detectar, pero la mayoría de las veces han demostrado producir unos rendimientos increíblemente altos.

—Lo cual nos lleva al betún natural, una especie de alquitrán o asfalto de

hidrocarburos que ya era utilizado en Mesopotamia hace cinco mil años para impermeabilizar edificios, canales y conducciones de alcantarillado de barro, así como para calafatear embarcaciones. Esa sustancia también se empleaba para preparar caminos, para tratar heridas y como adhesivo. Mucho más tarde, los griegos mencionan la existencia, a lo largo de las costas del norte de África, de manantiales de los que brota « aceite de roca» . Los romanos dieron el nombre de Montaña de Petróleo a cierto lugar desconocido del desierto del Sinaí. La Biblia recoge que Dios le ordenó a Jacob que extrajera aceite de una roca parecida al pedernal, y describe el valle de Siddim lleno de charcas de cieno, que podrían interpretarse como depósitos de betún natural.

—¿No se ha redescubierto o vuelto a explotar ninguna de estas zonas? —preguntó Dirk.

—Ha habido algunas prospecciones, en efecto, pero hasta la fecha no se hicieron descubrimientos significativos. Los geólogos afirman que, sólo en el subsuelo de Israel, existe un noventa por ciento de posibilidades de encontrar quinientos millones de barriles de crudo. Por desgracia, se ignora el emplazamiento de esos antiguos yacimientos y, a lo largo de los siglos, los depósitos han quedado ocultos debido a los terremotos y movimientos del terreno.

—Así pues, el principal objetivo es encontrar unas inmensas reservas de petróleo en Israel.

—Tienes que reconocer que eso resolvería gran cantidad de problemas.

—Sí, supongo que sí.

Durante el minuto siguiente, el senador y Dirk permanecieron sentados contemplando los troncos de la chimenea. Si Yaeger y sus ordenadores no conseguían encontrar una pista, las posibilidades de llevar a cabo el plan serían, como mucho, contadísimas. De pronto, Pitt se sintió irritado ante el hecho de que los peces gordos de la Casa Blanca y del Congreso estuvieran más interesados en el petróleo y el oro que en el arte y la literatura que podían llenar los huecos existentes en la historia.

Era, se dijo, una triste observación sobre los asuntos de estado.

El sonido del teléfono rompió el silencio. El senador se acercó al escritorio y levantó el auricular. No dijo nada y se limitó a escuchar durante unos segundos antes de colocar en su lugar el auricular.

—Dudo que vaya a encontrar esa biblioteca perdida en Colorado —comentó Dirk con sequedad.

—A todos los que estamos al corriente del asunto nos sorprendería que lo hicieras —replicó el senador—. Mi equipo te ha preparado una reunión con el máximo experto en el tema. El doctor Bertram Rothberg, profesor de historia clásica en la Universidad de Colorado. Ha convertido el estudio de la Biblioteca de Alejandría en la obra de su vida. El te proporcionará los datos de interés que puedan ayudarte en la búsqueda.

—¿Por qué tengo que ir yo a verlo? Me parece que sería más práctico traerlo a él a Washington.

—¿Has hablado con el almirante Sandecker?

—Sí.

—Entonces, sabrás que es fundamental manteneros a ti y a Al Giordino apartados del descubrimiento del submarino soviético. Esa llamada telefónica de hace un momento era de un agente del FBI que está siguiendo a un agente del KGB que te está siguiendo a ti.

—Me alegro de saber que soy tan popular.

—Entonces, comprenderás que no debes hacer ningún movimiento que pueda despertar sus sospechas.

Pitt asintió con la cabeza.

—Desde luego, pero supón que los rusos se enteran de la misión. Si los datos de la biblioteca llegaran a sus manos, tendrían tanto a ganar como nosotros.

—Existe la posibilidad de que nos roben el secreto, pero es extremadamente remota —respondió el senador con cautela—. Hemos adoptado todas las precauciones posibles para mantener oculta la existencia de las tablillas.

—Tengo otra duda.

—Habla, entonces.

—Si estoy bajo vigilancia —dijo Pitt—, ¿cómo podremos impedir que el KGB me siga hasta la puerta del doctor Rothberg?

—No pensamos hacerlo —explicó el senador—. Al contrario, pensamos mantenernos a distancia, sin intervenir, y estimular a los rusos a que sigan tu rastro.

—Entonces, todo el asunto es una representación teatral para despistarlos, ¿no es eso?

—Exacto.

—¿Por qué habéis pensado en mí?

—A causa de tu Cord L-29.

—¿Mi Cord?

—Sí, ese coche de época que hiciste restaurar en Denver. El hombre que contrataste llamó aquí la semana pasada para decir que el trabajo estaba terminado y que el coche tiene un aspecto estupendo.

—De modo que viajo a Colorado a plena luz para recoger mi coche de coleccionista, practicar un poco de esquí en las pistas y pasármelo en grande con la doctora Sharp.

—Exacto —repitió el senador—. Alójate en el hotel Breckenridge. Allí te esperará un mensaje explicando dónde y cuándo te pondrás en contacto con el doctor Rothberg.

—Recuérdame que nunca me meta en negocios contigo.

—Tú también has urdido algunas tramas bastante oscuras por tu cuenta, hijo

—replicó el senador con una carcajada.

Pitt apuró su copa y la dejó sobre la repisa de la chimenea.

—¿Te importa si ocupo la casa de la familia?

—Preferiría que te mantuvieras alejado de ella.

—Pero si tengo las botas y los esquíes en el garaje…

—Puedes alquilar el equipo necesario.

—Esto es absurdo.

—No tan absurdo —replicó el senador sin alzar la voz—, si tienes en cuenta que, en el mismo instante en que abrieras la puerta, te coserían a tiros.

—¿Está seguro de que quiere apearse aquí, amigo? —dijo el taxista mientras se detenía junto a lo que parecía un hangar abandonado en una esquina del aeropuerto internacional de Washington.

—Sí, aquí es —respondió Pitt.

El taxista observó con expresión preocupada la zona, desierta y sin iluminación. Aquello tenía todo el aspecto de un atraco, se dijo. Llevó la mano bajo el asiento delantero y asió una porra de caucho que guardaba para ocasiones como aquélla. Siguió con cautela por el retrovisor los movimientos del pasajero mientras Pitt sacaba su cartera del bolsillo del abrigo. El taxista se tranquilizó ligeramente. El pasajero no actuaba como un atracador.

—¿Qué le debo?

—El contador marca ocho sesenta —respondió el taxista.

Pitt pagó la tarifa, añadió una propina y bajó del taxi, esperando a que el conductor abriera el portamaletas y sacara el equipaje.

—Vaya un sitio para quedarse —murmuró el taxista.

—Me están esperando.

Pitt esperó hasta que vio perderse las luces del taxi a lo lejos; después, desconectó el sistema de alarma del hangar con un transmisor de bolsillo y entró por una puerta lateral. Marcó un código en el transmisor y el interior del hangar quedó bañado por unas brillantes luces fluorescentes.

El hangar era el hogar de Pitt. La planta baja estaba ocupada por una reluciente colección de automóviles clásicos que habían marcado época. También había un antiguo vagón *pullman* de ferrocarril y un aeroplano Ford trimotor. El más extraño de todos los objetos era una bañera de hierro forjado con un motor fuera borda acoplado a ella.

Se encaminó a sus habitaciones, que se extendían en un nivel más elevado, levantado de pared a pared, en el fondo, formando un segundo piso al que se accedía por una escalerilla en espiral de hierro ornamentado. La puerta situada en lo alto de la escalera daba paso a un salón flanqueado por un dormitorio amplio y un estudio, a uno de los lados, y por una cocina y un comedor, al otro.

Deshizo el equipaje y entró en el baño, abrió el agua caliente de la bañera y dejó que se llenara. Después, se introdujo en ella y se tendió en el agua con los pies levantados justo a la altura de los grifos para poder controlar con ellos la temperatura del agua. Muy pronto, se quedó adormilado.

Tres cuartos de hora más tarde, Pitt salió del baño envuelto en un albornoz y conectó el televisor. Se disponía a recalentar una lata de enchilada de Texas cuando sonó el zumbido del intercomunicador. Pulsó el botón del altavoz de la puerta pensando que tal vez fuera Al Giordino.

—¿Sí?

—Suministros Groenlandia —respondió una voz femenina.

Pitt soltó una carcajada y pulsó el interruptor que abría la puerta lateral del hangar. Después, salió a la galería del piso superior y miró hacia abajo.

Lily penetró en el recinto cargada con una gran cesta de picnic, se detuvo y contempló la vista durante unos segundos, con los ojos deslumbrantes por el reflejo de las luces en el mar de cromados y de pintura lacada perfectamente bruñida.

—El almirante Sandecker ha intentado describirme este lugar —comentó, admirada—, pero no le ha hecho justicia.

Pitt bajó la escalerilla para salir a su encuentro. Le tomó de la mano la cesta de picnic y estuvo a punto de caérsele.

—Esto pesa una tonelada. ¿Qué llevas ahí?

—Nuestra cena. Me he detenido en una tienda y he comprado unas cuantas cosillas.

—Huele muy bien.

—Empezaremos por el salmón ahumado, seguido de una sopa de champiñones, ensalada de espinacas con faisán y nueces, y tallarines en salsa de ostras y vino blanco, todo ello regado con una botella de Principessa Gavi. De postre tenemos bizcocho borracho de café y chocolate.

Pitt miró a Lily y sonrió con auténtica admiración. La muchacha tenía el rostro animado y los ojos chispeantes. Despedía unas vibraciones que él no había advertido hasta entonces. Llevaba el cabello suelto y liso y un vestido ajustado con la espalda al aire y lentejuelas negras que lanzaban destellos cuando se movía. Libres del grueso abrigo que había llevado desde la partida de Groenlandia, sus senos resultaron mayores y sus caderas más marcadas de lo que Pitt había imaginado. Tenía unas piernas largas y seductoras y sus movimientos tenían una sensual vivacidad.

Una vez entraron en el salón, Pitt dejó la cesta de la comida en una silla y asió a Lily por la mano.

—Ya cenaremos más tarde —dijo en un susurro.

Ella, en un gesto automático de timidez, bajó la mirada; luego, lentamente, como arrastrada por una fuerza irresistible, sus ojos se alzaron hasta encontrarse

con los de él. Los verdes ojos de Pitt eran tan penetrantes que a Lily le fallaron las piernas y sus manos fueron presa de un patente temblor. Notó que se ruborizaba.

Aquello era absurdo, se dijo la muchacha. Había proyectado con toda calma la seducción, hasta en el detalle del vino adecuado, el vestido y el atractivo juego de ropa interior de encaje negro, y ahora, en cambio, se sentía abrumada de confusión y de dudas. No había soñado que las cosas sucedieran tan deprisa.

Sin una palabra, Pitt apartó los tirantes del vestido de Lily, dejando sus hombros al descubierto. El vestido de lentejuelas se deslizó hasta el suelo, formando un charco de reflejos luminosos en torno a sus zapatos de tacón alto. Dirk pasó sus manos en torno al talle desnudo de Lily y por detrás de sus rodillas, alzándola del suelo con un suave movimiento.

Mientras la llevaba hacia el dormitorio, ella hundió el rostro en su pecho.

—Me siento como una buscona descarada —susurró.

Pitt la dejó con suavidad sobre la cama y la contempló. La visión de su cuerpo despertó el fuego en su interior.

—Será mejor que te comportes como una de ellas —respondió con voz ronca.

24

Yazid entró en el comedor de su casa de campo. Hizo una pausa e indicó con un breve gesto de cabeza la larga mesa cubierta de bandejas, fuentes, cubiertos y vasos, todo ello de bronce.

—Confío en que mis amigos hayan disfrutado de la cena.

Mohammed al Hakim, un *mullah* erudito que era la sombra de Yazid, retiró su silla hacia atrás y se puso en pie.

—Como siempre, excelente, Ajmad. Pero hemos echado a faltar tu preclara presencia.

—Alá no me revela sus deseos cuando tengo el estómago lleno —respondió Yazid con una leve sonrisa, mientras paseaba la mirada en torno a la sala contemplando a los cinco hombres que se habían incorporado y le demostraban el reconocimiento a su autoridad con diversas muestras de respeto.

No había dos de los presentes que vistieran igual. El coronel Naguib Bashir, líder de una organización clandestina de oficiales del ejército favorables a Yazid, se había colocado una chilaba ancha de mangas largas y capucha para ocultar su identidad a la salida de El Cairo. Al-Hakim, el *mullah*, lucía un turbante como una grotesca protuberancia en la cabeza y su frágil cuerpo iba envuelto desde los hombros hasta los pies en una túnica deslustrada de algodón negro, muy gastada. Mussa Moheidin, un periodista que era el principal propagandista de Yazid, iba vestido informalmente con pantalones bombachos y camisa deportiva de cuello abierto, mientras que el «joven turco» del grupo, Jaled Fauzi, dirigente del consejo revolucionario, lucía uniforme de campaña. Únicamente Suleiman Ammar iba impecablemente vestido con un traje de safari hecho a medida.

—Os debéis estar preguntando por qué he convocado esta reunión de urgencia —anunció Yazid—, de modo que no perderé el tiempo. Alá me ha proporcionado un plan para librarnos del presidente Hasan y de su camarilla de ladrones corruptos en un golpe maestro. Ahora, por favor, sentaos y terminad el café.

Yazid se acercó a una de las paredes y pulsó un botón. Un gran mapa coloreado bajó lentamente hasta tocar el suelo. Ammar lo reconoció como un mapa típico de las escuelas egipcias que mostraba América del Sur. Con un círculo en rojo, se había destacado la ciudad costera de Punta del Este, en

Uruguay. En la parte inferior del mapa, sujeta con cinta adhesiva, había una foto ampliada de un lujoso crucero.

Los hombres reunidos a la mesa tomaron asiento de nuevo con caras inexpresivas, en actitud interesada. Pacientemente, aguardaron a oír la revelación que Alá había otorgado a su líder religioso.

Solamente Suleiman Ammar hubo de ocultar su escepticismo. Él era demasiado realista para creer en intervenciones divinas.

—Dentro de seis días —explicó Yazid— se inicia la reunión cumbre sobre economía internacional provocada por la crisis monetaria mundial. La conferencia se celebrará en la ciudad turística de Punta del Este, antiguo escenario de la conferencia del Consejo Económico y Social Interamericano que proclamó la Alianza para el Progreso. Las naciones deudoras, salvo Egipto, se han unido para negarse al pago de los préstamos y dar por saldada la deuda exterior. Este plante llevará a la quiebra a cientos de bancos de Estados Unidos y Europa. Los banqueros de Occidente y sus expertos en finanzas nacionales han convocado una reunión permanente en un último intento de ganar tiempo ante la catástrofe económica que se avecina. Nuestro presidente, ese lacayo de los imperialistas, es el único que se niega a participar. Hasan tiene previsto asistir a las conversaciones y tratar de dividir a nuestros hermanos islámicos y a nuestros amigos del Tercer Mundo suplicando a los cambistas occidentales más préstamos con que mantener el poder que se le escapa de las riendas en Egipto. No debemos permitir que lo haga. *Bis millah*[2], aprovecharemos ese momento para establecer un verdadero gobierno islámico para nuestro pueblo.

—Yo digo que matemos al tirano y acabemos de una vez —exclamó Jaled Fauzi con voz áspera. Jaled era joven, arrogante y falto de tacto. Su impaciencia ya había dado como resultado un fallido golpe de fuerza de sus estudiantes revolucionarios que había costado treinta vidas. Sus ojos oscuros escrutaron un lado y otro de la mesa—. Un misil tierra-aire bien dirigido mientras el avión de Hasan despega hacia Uruguay y nos habremos librado de su régimen corrupto.

—Y habremos abierto la puerta para que el ministro de Defensa, Abu Hamid, se instale como dictador antes de que estemos preparados —añadió Mussa Moheidin, el famoso escritor egipcio. A sus sesenta y algunos años, seguía siendo un hombre perspicaz, educado y elocuente, de modales refinados y parsimoniosos. Moheidin era el único hombre de la reunión al que Ammar respetaba de verdad.

Yazid se volvió a Bashir.

—¿Es ésa una predicción acertada, coronel?

Bashir asintió. De carácter vanidoso y superficial, el coronel estaba siempre dispuesto a mostrar su conocimiento de los temas militares.

—Mussa tiene razón. Abu Hamid sigue dando largas a la perspectiva de prestarte apoyo con la excusa de que espera a que le presentes un refrendo del

pueblo, pero eso son meras tácticas dilatorias. Hamid es ambicioso y juega con la oportunidad de utilizar al ejército para poder instaurarse como presidente.

—Es muy cierto —asintió Fauzi—. Uno de sus colaboradores más próximos es miembro de nuestro movimiento y nos ha revelado que Hamid proyecta proclamarse presidente y consolidar su posición casándose con Hala Kamil debido a la popularidad de ésta entre el pueblo.

—Me parece que Hamid está montando castillos de naipes. Que no cuente con Hala Kamil para una ceremonia de casamiento —replicó Yazid con una sonrisa.

—¿Tan seguro estás? —intervino Ammar.

—Sí —replicó Yazid sin alzar la voz—. Alá ha decidido que no viva más allá del próximo amanecer.

—Por favor, comparte tu revelación con nosotros Ajmad —suplicó Al-Hakim. Al contrario que los demás, que tenían la tez curtida por el sol, su rostro era el de un hombre que había pasado la mitad de su vida en una celda carcelaria. Su pálida piel parecía casi transparente, pero en sus ojos, que los gruesos cristales de sus gafas hacían mucho más grandes, había un aire de inconmovible determinación.

Yazid asintió a la petición.

—Mis fuentes en México me han informado que, debido a una inesperada invasión de turistas, se ha producido una cierta escasez de plazas en los hoteles de lujo y residencias palaciegas de Punta del Este. Ante la posibilidad de que las conversaciones cambiaran de sede y Uruguay se viera apartado del centro de atención internacional, las autoridades del país han dispuesto que los líderes mundiales y sus séquitos sean acogidos a bordo de varios cruceros de lujo fletados especialmente para la ocasión y anclados en el puerto. Hasan y la delegación egipcia se alojarán en un buque británico denominado *Lady Flamborough*. El presidente de México, De Lorenzo, también estará a bordo con su personal.

Yazid hizo una pausa y observó uno por uno a los reunidos. Después, añadió:

—Alá se me ha aparecido en una visión y me ha ordenado que nos apoderemos del barco.

—¡Alá sea alabado! —exclamó Fauzi.

Los demás se miraron unos a otros con incredulidad. Después, volvieron la atención de nuevo a Yazid sin hacer ninguna pregunta, expectantes.

—Por vuestra expresión, amigos míos, sospecho que dudáis de mi visión.

—En absoluto —respondió Al-Hakim con aire solemne—, pero tal vez hayas malinterpretado las órdenes de Alá.

—No. Sus indicaciones fueron suficientemente claras: « Es preciso adueñarse del barco, con el presidente Hasan y sus ministros» .

—¿Con qué objeto? —preguntó Mussa Moheidin.

—Inmovilizar a Hasan y evitar su regreso a El Cairo mientras nuestras fuerzas islámicas se hacen con el poder.

—Abu Hamid recurrirá al ejército para aplastar cualquier golpe de estado que no sea el suyo —avisó el coronel Bashir—. Puedes estar seguro de que lo hará.

—Hamid no podrá detener la oleada de fervor revolucionario —afirmó Yazid —. La agitación popular está en su punto culminante. Las masas están hartas de las severas medidas de austeridad provocadas por la exigencia de pagos de la deuda externa. Hasan y el ministro Hamid están arriesgando el cuello al no denunciar a esos prestamistas infieles. Egipto sólo puede salvarse si abraza en toda su pureza la ley islámica.

Jaled Fauzi se puso en pie de un salto y alzó el puño.

—Ajmad, sólo tienes que darme la orden y sacaré un millón de personas a la calle.

Yazid hizo una pausa, resollando su celo religioso. Después, murmuró:

—El pueblo nos conducirá. Yo iré detrás.

—Debo confesar —intervino Al-Hakim con una expresión seria en el rostro— que me asaltan oscuros presagios.

—¡Eres un cobarde! —masculló Fauzi, desafiante y temerario.

—Mohammed Al-Hakim es más inteligente que tú —intervino Moheidin con voz paciente— y entiendo su punto de vista. No desea que se repita el fiasco del *Achille Lauro* en 1985, cuando los palestinos se apoderaron del crucero italiano y mataron a un viejo judío inválido, inmovilizado en una silla de ruedas.

—Los actos terroristas no convienen a nuestra causa —comentó Bashir.

—¿Acaso te opones a respetar la voluntad de Alá? —replicó Yazid, molesto.

Todos se pusieron a hablar a la vez y la estancia se llenó de voces ásperas que discutían con acaloramiento.

Sólo Ammar se mantuvo al margen. Aquellos hombres eran idiotas, se dijo. Desconectó su atención del debate y contempló la foto del crucero al tiempo que su cabeza empezaba a urdir un plan.

—No somos únicamente egipcios —argumentó Bashir—, sino también árabes. El resto de naciones árabes se volverá contra nosotros si empezamos a matar a nuestros dirigentes y a todo aquel que se interponga en nuestro camino. Nuestros hermanos árabes no considerarán tales actos como un don de Alá, sino más bien como una trama política terrorista.

—Jaled tiene razón en una cosa —intervino Moheidin, haciendo un gesto hacia el aludido—. Es mejor matar a Hasan en territorio egipcio que vernos envueltos en un baño de sangre a bordo de una nave que también alberga al presidente de México y a su delegación.

—No podemos recurrir a un acto de terrorismo de masas —insistió al-Hakim —. Las consecuencias negativas para nuestro nuevo gobierno serían desastrosas.

—No sois más que un hatajo de gusanos vendidos a Hasan —escupió Fauzi—. Yo estoy a favor de atacar al crucero y mostrar al mundo nuestro poder.

Pese a sus palabras, nadie prestó atención a aquel militante fanático, ferozmente antijudío y anticristiano.

—¿No comprendes, Ajmad —suplicó Bashir—, que las medidas de seguridad en Punta del Este serán imposibles de penetrar? Las patrulleras uruguayas rondarán como tábanos y todos los barcos que acojan a participantes en la cumbre estarán fuertemente vigilados. Estás hablando de un asalto suicida a cargo de un ejército de comandos. Sencillamente, es un plan irrealizable.

—Contaremos con la ayuda de unos aliados que, de momento, deben seguir en el anonimato —reveló Yazid, al tiempo que se volvía hacia Ammar y lo observaba detenidamente—. Suleiman, tú eres nuestro experto en operaciones encubiertas. Si pudiera introducirse a un grupo de nuestros mejores combatientes a bordo del *Lady Flamborough* sin ser detectado, ¿serías capaz de adueñarte del barco y retenerlo hasta que podamos establecer una república en nombre del Islam?

—Sí —respondió Ammar sin apartar los ojos de la foto del crucero. Su voz era tranquila, pero expresaba un absoluto convencimiento—. Seis días es un plazo muy breve, pero podría apoderarme del barco con diez combatientes experimentados y cinco marineros expertos, sin que haya derramamiento de sangre si contamos con el elemento sorpresa.

Con un intenso fulgor en la mirada, Yazid exclamó:

—¡Ah, mi buen Suleiman, sabía que podía contar contigo!

—Es imposible —rugió Bashir—. No podrás introducir a tantos hombres en Uruguay sin levantar sospechas. Incluso si, por algún milagro, lograras capturar el barco y reducir a la tripulación, tendrías encima a todos los equipos especiales de asalto de los países occidentales en el plazo de veinticuatro horas, y las amenazas de dar muerte a los rehenes no los detendrían. Serías afortunado si pudieras mantener el barco en tu poder más allá de unas horas.

—Soy capaz de asaltar el *Lady Flamborough* y retenerlo durante dos semanas.

—Vives en un mundo de sueños —replicó Bashir moviendo la cabeza en gesto de negativa.

—¿Cómo podrías conseguirlo? —preguntó Moheidin—. Me interesa mucho saber cómo esperas burlar a un ejército de fuerzas de seguridad internacionales altamente preparadas sin desencadenar una batalla campal.

—No tengo intención de combatir.

—¡Esto es absurdo! —exclamó Yazid, desconcertado.

—En absoluto —insistió Ammar—. Sólo se trata de conocer el truco.

—¿El truco?

—Exacto —explicó Ammar con una afable sonrisa—. Veréis, mi plan

consiste en hacer desaparecer el *Lady Flamborough* con toda su tripulación y su pasaje.

25

—Mi visita es rigurosamente extraoficial —expuso Julius Schiller a Hala Kamil mientras entraban en el salón del refugio de esquí del senador Pitt, con el techo de vigas de madera—. Mis colaboradores han hecho correr la voz de que estoy de pesca en Key West.

—Entiendo —asintió Hala—. Y agradezco la oportunidad de poder hablar con alguien más que con la cocinera o los hombres del Servicio Secreto.

Hala Kamil lo había recibido vestida a la moda con un jersey de lana marrón islandés y unos pantalones a juego, que la hacían parecer aún más joven de lo que Schiller recordaba.

El hombre parecía fuera de lugar en una estación de esquí con su traje de negocios, sus lustrosos zapatos de cordones y el maletín en la mano.

—¿Puedo ayudar en algo a hacer más soportables las medidas de seguridad?

—No, gracias —respondió la secretaria general—. Nada puede aliviar la frustración de la inactividad cuando hay tanto por hacer.

—Unos días más y todo habrá terminado —trató de consolarla Schiller.

—No esperaba verlo por aquí, Julius.

—Ha surgido algo que afecta a Egipto. Nuestro presidente ha juzgado prudente consultarla sobre un suceso producido recientemente.

Hala cruzó las piernas bajo el cuerpo y bebió un sorbo de té.

—¿Debo sentirme halagada por el gesto?

—Digamos que el presidente le agradecería su colaboración.

—¿Respecto a qué?

Schiller abrió el maletín, entregó a la mujer un expediente y volvió a concentrarse en el té. Observó las suaves facciones del rostro angelical de Hala y cómo se contraían lentamente al darse cuenta del alcance de lo que estaba leyendo. Por fin, terminó la última página y cerró el informe. Dirigió una mirada penetrante a Schiller.

—¿La noticia es de dominio público?

—Sí —respondió él—. El descubrimiento de la nave se anunciará esta tarde, pero vamos a silenciar cualquier referencia a los tesoros de la Biblioteca de Alejandría.

—La pérdida de la biblioteca, hace dieciséis siglos —comentó Hala,

contemplando el paisaje por la ventana—, sería comparable a si, de pronto, su presidente ordenase quemar los archivos de Washington, el Instituto Smithsoniano y la National Art Gallery.

—Una buena comparación —asintió Schiller.

—¿Existe alguna esperanza de poder recuperar los libros antiguos?

—Todavía no lo sabemos. Las tablillas de cera de la nave sólo nos proporcionan algunas pistas tentadoras. El escondite podría estar en cualquier punto entre Islandia y Sudáfrica.

—Pero ustedes tienen intención de buscarlo… —dijo ella, con creciente interés.

—El proyecto para descubrir el lugar ya se ha puesto en marcha.

—¿Quién más está al corriente?

—Sólo el presidente, yo mismo y un puñado de miembros de nuestro gobierno, de toda confianza. Y ahora usted.

—¿Por qué han contado conmigo, y no con el presidente Hasan?

Schiller se incorporó y cruzó la estancia. Luego, se volvió a Hala.

—El líder de su país tal vez no siga mucho tiempo en el poder y consideramos que la información es demasiado trascendental para caer en malas manos.

—¿Ajmad Yazid?

—Francamente, sí.

—Su Gobierno tendrá que tratar con él tarde o temprano —dijo Hala—. Si los tesoros de la biblioteca y sus valiosos datos geológicos pueden ser localizados, Yazid exigirá que les sean devueltos a Egipto.

—Lo sabemos —asintió Schiller—. Ése es el propósito de que nos hayamos reunido aquí, en Breckenridge. El presidente desea que anuncie usted el inminente descubrimiento en su mensaje a la Asamblea General.

Hala contempló a Schiller unos instantes. Luego, sus ojos se apartaron de él y en su voz apareció un tono de cólera.

—¿Cómo quiere que diga que el descubrimiento está a la vuelta de la esquina cuando la búsqueda puede prolongarse durante años? Me parece de muy mal gusto que el presidente y sus consejeros insistan en crear una mentira y en utilizarme para darle publicidad. ¿Ya estamos con otro de sus estúpidos juegos de política internacional con Oriente Medio, Julius? ¿Qué es esto, una jugada de último recurso para mantener en el poder al presidente Hasan y erosionar la influencia de Ajmad Yazid? ¿Y yo soy el instrumento que debe llevar a engaño al pueblo egipcio y hacerle creer que están a punto de encontrarse en el país ricos depósitos minerales que permitirán la recuperación de la deprimida economía y la eliminación de la terrible pobreza? —Schiller permaneció callado, sin rechazar ninguna de aquellas palabras—. Ha venido a ver a la persona equivocada, Julius. Asistiré a la caída de mi gobierno y afrontaré la muerte a manos de los asesinos de Yazid, antes de engañar a mi pueblo con falsas esperanzas.

—Unos sentimientos muy nobles —comentó Schiller sin alzar la voz—. Admiro sus principios, pero tengo la firme convicción de que nuestro plan es correcto.

—El riesgo es excesivo. Si el presidente no logra encontrar el gran conocimiento de las bibliotecas, será una invitación al desastre político. Yazid se aprovechará con una campaña propagandística que amplíe su base de poder y se hará más fuerte de lo que sus expertos sobre Egipto hayan podido imaginar. Por décima vez en otros tantos años, los expertos yanquis en política exterior aparecerán a los ojos del mundo como payasos aficionados.

—Se han cometido algunos errores —reconoció Schiller.

—Si no se hubiesen metido en nuestros asuntos…

—No estoy aquí para discutir la política sobre el Oriente Medio, Hala. He venido para pedirle ayuda.

La mujer sacudió la cabeza y apartó la mirada.

—Lo siento. No puedo hacer una declaración pública conociendo su falsedad.

Schiller la miró con cierta lástima. No la presionó más, pero juzgó preferible añadir algo a sus palabras.

—Comunicaré al presidente su respuesta —dijo, al tiempo que recogía el maletín y se encaminaba a la puerta—. Se sentirá muy disgustado.

—¡Espere!

Schiller se volvió, expectante. Hala se puso en pie y avanzó hacia él.

—Demuéstreme que su gente tiene una pista positiva para la localización del contenido de la biblioteca, algo más que un rastro nebuloso, y haré lo que pide la Casa Blanca.

—¿Hará usted el anuncio?

—Sí.

—Faltan cuatro días para el discurso. No es mucho tiempo.

—Ésas son mis condiciones —insistió Hala con brusquedad.

—Aceptadas —asintió Schiller con gesto solemne. Después, dio media vuelta y desapareció por la puerta.

Muhammad Ismail observó cómo la limusina de Schiller salía del camino particular que llevaba al refugio del senador Pitt y tomaba la autopista 9 hacia la estación invernal de Breckenridge. El árabe no vio al ocupante del asiento trasero, ni le importó.

La presencia del coche oficial, de hombres que patrullaban los jardines y hablaban por unos radiotransmisores a intervalos regulares, y de dos guardianes armados en el interior de una furgoneta estacionada a la entrada del camino le bastaban para confirmar la información que habían suministrado los agentes de Yazid en Washington.

Ismail se inclinó disimuladamente hacia un gran Mercedes Benz sedán diesel, cubriendo a un segundo hombre que, sentado en el interior del vehículo con la ventanilla abierta, observaba la casa con unos prismáticos. En la baca del coche había varios equipos de esquís. Ismail iba enfundado en un traje de esquí blanco y un pasamontañas del mismo color ocultaba sus facciones, permanentemente ceñudas.

—¿Has visto suficiente? —preguntó mientras simulaba comprobar la colocación de los esquís sobre el Mercedes.

—Un momento más —respondió el hombre de los prismáticos, estudiando el refugio que quedaba parcialmente visible entre los árboles. Alrededor de los prismáticos, sólo se apreciaba del individuo su espesa barba negra y una mata de cabello despeinado.

—Date prisa. Me estoy helando aquí fuera y sin moverme.

—Aguarda un momento.

—¿Qué te parece?

—Sólo hay un grupo de cinco hombres, tres en la casa y dos en la furgoneta. El exterior de la casa únicamente lo patrulla un hombre nunca durante más de treinta minutos cada vez. No se lo toman a la ligera, pero el frío también les afecta. Siempre siguen el mismo sendero sobre la nieve. No hay rastros de cámaras de televisión, aunque probablemente tengan una instalada en la furgoneta, que controlan desde la casa.

—Avanzaremos en dos grupos —dijo Ismail—. Uno tomará la casa y el otro matará al hombre que patrulla en el exterior y destruirá la furgoneta desde detrás, por donde menos esperan un ataque.

El observador bajó los prismáticos.

—¿Te propones atacar esta noche, Muhammad?

—No —respondió Ismail—. Mañana, cuando esos cerdos americanos se estén llenando la boca con el desayuno.

—Un ataque a la luz del día será peligroso.

—No tengo intención de arrastrarme entre la sombras como una mujer.

—Pero nuestra única ruta de huida hasta el aeropuerto será atravesando el centro del pueblo —protestó el hombre de los prismáticos—. Las calles estarán llenas de tráfico y de cientos de esquiadores. Suleiman Ammar no se arriesgaría a una aventura semejante.

Ismail de pronto dio media vuelta y abofeteó a su interlocutor con la mano enguantada.

—¡Aquí mando yo! —masculló—. Suleiman es un chacal a quien se valora en exceso. No vuelvas a mencionar su nombre en mi presencia.

El hombre de los prismáticos no se acobardó y en sus ojos apareció un destello de hostilidad.

—Harás que nos maten a todos —dijo, sin alzar la voz.

—Que así sea —siseó Ismail con un tono de voz frío como la nieve—. Si morimos para que Hala Kamil muera, el precio habrá sido barato.

26

—Espléndido —dijo Pitt.

—Delicioso. Sencillamente, delicioso —murmuró Lily.

Giordino asintió, de acuerdo con ambos.

—Un auténtico número uno.

Los tres se encontraban en un taller de restauración de automóviles antiguos y de época y sus muestras de admiración iban dirigidas a un coche de ciudad Cord L-29 de 1930, un modelo con una parte delantera descubierta para el chófer. La parte central estaba pintada de color borgoña mientras que los guardabarros eran de un tono ante, a juego con la capota forrada de cuero del compartimiento de pasajeros. De líneas elegantes, largo y lleno de gracia, la tracción delantera proporcionaba al automóvil un perfil bastante bajo. El carrocero original había alargado el chasis hasta una longitud de casi seis metros desde el parachoques delantero al posterior. Casi la mitad de su longitud la ocupaba el capó, con una rejilla tomada de los coches de carreras en el extremo y terminado en un parabrisas muy inclinado.

Era un vehículo grande y elegante, una joya perteneciente a una época que las generaciones de más edad reverenciaban, pero que sus descendientes desconocían por completo.

El hombre que había encontrado el coche de Pitt en un viejo garaje, oculto bajo los desperdicios de cuarenta años, y que lo había recuperado de su lamentable estado, se sentía orgulloso de su trabajo artesanal. Robert Esbenson, un hombre alto de rostro travieso y claros ojos azules, dio una última caricia al capó con un paño para quitar el polvo e hizo entrega del coche a Pitt.

—Lamento tener que despedirme de éste —comentó.

—Has hecho un trabajo excelente —respondió Pitt.

—¿Va a enviarlo a su casa por un transportista?

—Todavía no. Me gustaría conducirlo unos días.

—Muy bien —asintió Esbenson—. Permítame ajustar el carburador y el distribuidor para la altitud de la zona. Luego, cuando vuelva al taller, le daré un repaso y me ocuparé de buscar un transportista que lo lleve a Washington.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó Lily, expectante.

—Podemos ir todos a Breckenridge —asintió Pitt. Se volvió hacia Giordino y

añadió—: ¿Vienes con nosotros, Al?

—¿Por qué no? Podemos dejar el coche de alquiler fuera, en el aparcamiento.

Cambiaron el equipaje de maletero y, diez minutos más tarde, Pitt salió con el Cord a la Interestatal 70 y dirigió el largo capó hacia las colinas que conducían a los picos nevados de las montañas Rocosas.

Lily y Al iban sentados en el lujoso compartimiento de pasajeros, al abrigo del frío, separados de Pitt por una ventanilla divisoria. Pitt no corrió la capota transformable que protegía el asiento del chófer, sino que condujo al descubierto, enfundado en un grueso abrigo de piel de oveja, disfrutando de la sensación del aire frío en el rostro.

Por unos instantes, toda su mente se concentró en la conducción, comprobando los instrumentos para cerciorarse de que el coche, con sus sesenta años, volvía a funcionar como el primer día. Se mantuvo en el carril de la derecha, dejando que la mayor parte del tráfico pasara a su lado y observando los rostros boquiabiertos que los miraban.

Pitt se sintió eufórico y satisfecho tras el volante, escuchando el suave ronroneo del motor de ocho cilindros y el rumor del tubo de escape. Era casi como controlar un ser vivo.

Si hubiera tenido la menor sospecha de dónde se iba a meter, habría regresado directamente a Denver.

La oscuridad había caído ya sobre la cordillera cuando el Cord llegó a la legendaria ciudad minera de Colorado convertida en centro de deportes de invierno. Dirk Pitt recorrió la calle principal, cuyos viejos edificios conservaban su añejo sabor a salvaje oeste. Las aceras estaban llenas de gente que llegaba de las pistas con los esquís y los bastones cargados al hombro.

Pitt aparcó cerca de la entrada del hotel Breckenridge. Se registró en la recepción y recogió dos mensajes telefónicos. Leyó los dos avisos y guardó las notas en un bolsillo.

—¿Del doctor Rothberg? —preguntó Lily.

—Sí, nos invita a cenar en su casa. Está justo enfrente del hotel.

—¿A qué hora? —quiso saber Giordino.

—A las siete y media.

—Sólo nos quedan cuarenta minutos para una ducha y arreglarme el peinado —dijo Lily, consultando su reloj—. Será mejor que me dé prisa.

—Tú estás en la 221 —indicó Pitt, entregándole la llave de su habitación—. Al y yo estaremos en las habitaciones contiguas, uno a cada lado.

Cuando Lily hubo desaparecido con un botones en uno de los ascensores, Pitt condujo a Giordino al bar del establecimiento y aguardó a que la camarera

tomara nota de lo que querían beber antes de pasar a su amigo el segundo mensaje. Giordino lo leyó sin alzar la voz.

—« El proyecto de la biblioteca tiene prioridad absoluta. Urgentísimo que encuentres una dirección permanente para Alejandro en los próximos cuatro días. Mucha suerte. Papá» . —Giordino alzó la vista, absolutamente perplejo—. ¿Lo estoy leyendo bien? ¿Sólo tenemos cuatro días para encontrar la localización?

Pitt asintió y comentó:

—Puedo advertir una sensación de pánico entre líneas y me huele a que los círculos del poder de Washington están tramando algo.

—Es como si nos pidieran que inventáramos un remedio barato que sirva para el herpes, el sida y el acné —gruñó Giordino—. Ya podemos despedirnos de nuestro viaje de placer a la nieve.

—Nos quedaremos aquí —replicó Pitt—. No podemos hacer nada hasta que Yaeger tenga suerte. —Se levantó de la silla y añadió—: Hablando de Yaeger, será mejor que le haga una llamada.

Encontró una cabina en el vestíbulo del hotel y realizó una llamada con su tarjeta de crédito. Al cuarto zumbido, respondió una voz que parecía haber sido sorprendida en pleno bostezo.

—Aquí Yaeger.

—Hiram, soy Dirk. ¿Cómo va la investigación?

—Va.

—¿Has encontrado algo?

—Mis pequeños han repasado todos los datos geológicos que tienen en sus pequeños bancos de memoria, desde Casablanca hasta Zanzíbar pasando por el cuerno de África. No han encontrado un solo punto en la costa africana que concordara con el dibujo. Había tres remotas posibilidades pero, cuando he programado los datos de las transformaciones que pueden haberse producido en el terreno durante los últimos mil seiscientos años, no he encontrado nada de interés. Lo siento.

—¿Cuál es tu siguiente paso?

—Ya estoy preparando la búsqueda hacia el norte. Esto llevará más tiempo porque la costa abarca las islas Británicas, el mar Báltico y los países escandinavos hasta Siberia.

—¿Podrás hacerlo en cuatro días?

—Sólo si insistes en que dedique al personal a este proyecto las veinticuatro horas del día.

—Insisto en ello —dijo Pitt con firmeza—. Acabo de enterarme de que el proyecto tiene prioridad absoluta.

—Nos volcaremos en ello —le confió Yaeger, en tono más jovial que serio.

—Estoy en Breckenridge, Colorado. Si encuentras algo llámame al hotel Breckenridge.

Pitt dio a Yaeger el teléfono del hotel y el número de habitación. Su interlocutor repitió diligentemente las cifras.

—Muy bien, ya lo tengo.

—Parece que estás de buen humor —comentó Pitt.

—¿Por qué no iba a estarlo? Ya hemos avanzado mucho.

—¿Por qué lo dices? Todavía no sabemos dónde está ese río.

—Tienes razón —replicó Yaeger alegremente—. Pero ya sabemos con seguridad dónde *no* está.

Caían unos copos de nieve como palomitas de maíz cuando el trío atravesó la calle desde el hotel hasta unos chalets adosados de dos plantas, rodeados de cedros. En un rótulo iluminado podía leerse el nombre de los apartamentos: « skiqueen» [3].

Subieron luego una escalera y llamaron a la puerta del 22B.

Bertram Rothberg los recibió con una sonrisa jovial tras su espléndida barba gris y unos chispeantes ojos azules. Sus orejas se desplegaban como velas al viento entre un mar agitado de cabello canoso. Una camisa a cuadros roja y unos pantalones de pana cubrían su cuerpo musculoso. Si hubiera llevado un hacha en una mano y una sierra de través en la otra, habría pasado perfectamente por un leñador.

Estrechó la mano de sus visitantes calurosamente y sin presentaciones, como si los conociera de toda la vida. Condujo a los tres por una estrecha escalera a un salón-comedor bajo un techo inclinado con grandes claraboyas.

—¿Les apetece un botellón de vino barato de borgoña antes de la cena? —preguntó con una pícara sonrisa.

—Me arriesgo —dijo Lily con una sonrisa.

Giordino se encogió de hombros:

—Mientras sea líquido, me da lo mismo.

—¿Y usted, Dirk?

—Me parece bien.

Pitt no se molestó en preguntar a Rothberg cómo había reconocido a cada cual. Su padre debía de haberle proporcionado las descripciones. La actuación del historiador era casi perfecta y Pitt se preguntó si en el pasado habría trabajado para alguna de las numerosas agencias de inteligencia del gobierno.

Rothberg se retiró a la cocina para servir el vino y Lily lo acompañó.

—¿Puedo ayudarle en algo…? —la muchacha interrumpió la pregunta y observó los estantes vacíos y la cocina impoluta.

Rothberg advirtió su mirada sorprendida.

—Soy un cocinero horrible, de modo que he encargado la cena. Debería estar aquí alrededor de las ocho. Por favor —añadió, indicando el sofá

desmontable del salón—, pónganse cómodos alrededor del fuego.

Repartió los vasos y luego dejó caer su rotunda figura en un sillón de cuero.

—Por el éxito en la búsqueda —brindó, alzando el vaso.

—Por el éxito —asintió Lily. Pitt fue directo al grano.

—Mi padre dice que ha dedicado usted la vida al estudio de la Biblioteca de Alejandría.

—Treinta y dos años. Probablemente habría hecho mejor en tener una esposa durante ese tiempo, en lugar de dar vueltas por estanterías polvorientas y perder la vista con antiguos manuscritos, pero el tema ha sido para mí como una amante. Nunca me ha pedido nada, sólo me ha dado. Y nunca he dejado de estar enamorado de ella.

—Comprendo que sienta esa atracción —dijo Lily.

—Siendo usted arqueóloga, no me extraña —respondió Rothberg con una sonrisa. Se puso en pie y movió los troncos del hogar con un atizador. Cuando consideró que la madera ardía suficientemente, volvió a su sillón y continuó.

—Sí, la biblioteca no era sólo un espléndido edificio para el saber, sino también la mayor maravilla del mundo antiguo, que daba cabida a enormes acumulaciones de sabiduría de civilizaciones enteras —Rothberg hablaba casi como en trance, viendo en su mente las sombras del pasado—. El esplendor artístico y literario de los griegos, los egipcios y los romanos, las sagradas escrituras de los judíos, la sabiduría y los conocimientos de los hombres de más talento que ha conocido el mundo, las obras excelsas de la filosofía, músicas de increíble belleza, los libros más leídos de la Antigüedad, las obras maestras de la medicina y las ciencias… La biblioteca fue el depósito más importante de obras y conocimientos jamás reunido en la historia humana.

—¿Estaba abierta al público? —preguntó Giordino.

—Desde luego, no a cualquier mendigo de la calle —respondió Rothberg—, pero los investigadores y eruditos tenían acceso prácticamente libre a sus salas para examinar, catalogar, traducir, escribir y publicar sus hallazgos. Como ven, la biblioteca y su museo anexo fueron mucho más que simples depósitos de documentos. En sus salas se impulsó la verdadera ciencia del estudio creativo. Fue la primera auténtica biblioteca de referencia como hoy la concebimos, con los libros sistematizados y catalogados. En realidad, el complejo de edificios era conocido como el Lugar de las Musas.

Rothberg hizo una pausa y observó los vasos de sus invitados.

—Me parece que usted tomaría otro trago de vino, Al.

—Nunca rechazo una bebida gratis —respondió Giordino con una sonrisa.

—¿Lily? ¿Dirk?

—Yo apenas he tocado el mío —comentó la muchacha.

—Tengo suficiente —dijo Pitt con un gesto de negativa.

Rothberg volvió a llenar el vaso de Giordino y el suyo antes de continuar.

—Las naciones e imperios posteriores tienen una gran deuda de gratitud para con la Biblioteca de Alejandría. Pocas instituciones del saber han sido tan fecundas. Plinio, un famoso romano del siglo uno, inventó y escribió la primera enciclopedia del mundo. Aristófanes, director de la biblioteca doscientos años antes de Cristo, fue el padre del diccionario. Calimaco, un famoso escritor y autoridad en el tema de la tragedia griega, recopiló el primer Quién es Quién. Euclides, el gran matemático, diseñó el primer libro de texto sobre geometría que se conoce. Dionisio organizó la gramática en un sistema coherente y publicó su Arte de la gramática, que se convirtió en texto modelo para todos los idiomas, escritos y hablados. Estos hombres, junto a miles más, trabajaron y produjeron los avances de su época mientras trabajaban en la biblioteca.

—Está describiendo usted una universidad —comentó Pitt.

—Exacto. El conjunto de la biblioteca y el museo eran considerados la universidad del mundo helenístico. Las inmensas salas de mármol blanco contenían galerías pictóricas, salas de escultura, teatros para lecturas poéticas y para conferencias sobre todos los temas, desde la astronomía a la geología. También había dormitorios, un comedor, claustros y peristilos para la meditación, un parque de animales y un jardín botánico. Diez grandes salas albergaban diferentes categorías de manuscritos y libros. Cientos de miles de ellos eran manuscritos sobre pergamino o papiro, que se guardaban enrollados en tubos de bronce.

—¿Qué diferencia hay entre el pergamino y el papiro? —preguntó Giordino.

—El segundo es una planta tropical. Los egipcios elaboraban un material parecido al papel con sus tallos. El pergamino, llamado también vitela, se hacía con pieles de animales, especialmente terneros, cabritos y corderos.

—¿Es posible que esos materiales hayan resistido el paso del tiempo? —quiso saber Pitt.

—El pergamino puede durar más que el papiro —respondió Rothberg. Volviéndose hacia Pitt, añadió—: Su estado después de dieciséis siglos dependería de dónde estuvieran guardados. En las tumbas egipcias se han encontrado rollos de papiro perfectamente legibles después de tres mil años.

—En una atmósfera cálida y seca.

—Sí.

—Supongamos que los rollos están enterrados en algún lugar de la costa norte de Suecia o de Rusia.

Rothberg bajó la cabeza, meditabundo.

—Cabe pensar que el frío invernal los conservaría pero, durante el deshielo estival, se pudrirían debido a la humedad.

Pitt temió estar avanzando hacía el fracaso. Las cosas no pintaban nada bien y las esperanzas de encontrar intactos los manuscritos de la biblioteca parecían más remotas que nunca.

Lily no compartía el pesimismo de Pitt y volvió hacia él un rostro encendido de excitación.

—Si fuera usted Junio Venator, doctor Rothberg, ¿qué libros habría salvado?

—Una pregunta difícil —respondió Rothberg, lanzándole un guiño—. Sólo puedo suponer que habría intentado salvar las obras completas de Sófocles, Eurípides, Aristóteles y Platón, para empezar. Y, naturalmente, Homero, que escribió veinticuatro obras, de las cuales sólo nos han llegado unas pocas. Creo que Venator habría salvado el mayor número de los cincuenta mil volúmenes sobre historia griega, etrusca, romana y egipcia que pudiera llevar en su flota. Esta última sería sumamente interesante, ya que la monumental cantidad de literatura religiosa y científica de los egipcios que contenía la biblioteca se ha perdido por completo. No sabemos prácticamente nada de los etruscos, pero Claudio escribió una historia exhaustiva sobre ellos que debió figurar en las estanterías de la biblioteca. Desde luego, habría preservado las obras religiosas sobre las leyes y tradiciones hebreas y cristianas. Las revelaciones de esos rollos echarían por tierra, probablemente, las posiciones de muchos estudiosos modernos de la Biblia.

—¿Y libros de ciencias? —añadió Giordino.

—No hace falta decirlo.

—No se olvide de los libros de cocina —dijo Lily. Rothberg soltó una carcajada y añadió:

—Venator fue un conservador astuto. Creo que salvaría una muestra general de los conocimientos y materiales de la biblioteca, y eso incluiría los libros de cocina y referencias al hogar. Un poco de todo, podría decirse.

—Y, en especial, los datos geológicos de la Antigüedad —apuntó Pitt. Rothberg asintió.

—En especial, eso.

—¿Se sabe por casualidad qué tipo de persona fue? —preguntó Lily.

—¿Venator?

—Sí.

—Era el intelectual más destacado de su tiempo, un erudito y maestro renombrado que fue contratado por uno de los grandes centros del saber de Atenas y se convirtió en el último de los grandes conservadores de la Biblioteca de Alejandría. Y fue el gran cronista de su época. Sabemos que escribió más de cien libros documentados políticos y sociales que hacían referencia al mundo conocido hace cuatro mil años, pero ninguna de esas obras ha llegado a nuestras manos.

—Una lástima —comentó Lily—. Los investigadores habríamos tenido un trabajo de base con datos recopilados por alguien que estaba dos mil años cerca de nuestro pasado.

—¿Qué más se conoce de él? —insistió Pitt.

—No mucho. Venator atrajo a gran número de discípulos que se convirtieron en reconocidos hombres de letras y de ciencia. Uno de los alumnos, Diocles de Antioquía, lo mencionó brevemente en uno de sus ensayos y describió a Venator como un atrevido innovador que había profundizado en campos que otros eruditos temían pisar. Aunque cristiano, consideraba la religión más como una ciencia social. Ésa fue la causa principal de los roces entre Venator y el fanático cristiano, Teófilo, obispo de Alejandría. Teófilo buscó vengarse de Venator con la acusación de que el museo y la biblioteca eran semilleros de paganismo. Finalmente, logró convencer al emperador Teodosio, un cristiano devoto, para que ordenara quemar el lugar. En los disturbios y revueltas que se produjeron entre cristianos y no cristianos durante la destrucción, se daba por supuesto que Junio Venator fue muerto por los fanáticos seguidores de Teófilo.

—Pero ahora sabemos que escapó con lo más selecto de la colección —comentó Lily.

—Cuando me llamó el senador Pitt con la noticia del descubrimiento efectuado en Groenlandia —añadió Rothberg—, me sentía tan excitado como un mendigo callejero que acabara de ganar un millón de dólares en la lotería.

—¿Tiene usted alguna idea de dónde pudo ocultar Venator su cargamento?

Rothberg meditó la respuesta un largo instante. Luego, en voz baja, respondió:

—Junio Venator no era un hombre corriente. Se regía por sus propias conclusiones y tenía acceso a una montaña enorme de conocimientos. Sin duda, escogería la ruta siguiendo un plan detallado y científico, dejando al azar sólo lo desconocido. Desde luego, en este aspecto su trabajo ha resultado realmente eficaz, si se piensa que los restos han permanecido ocultos dieciséis siglos —Rothberg levantó las manos en señal de rendición—. No puedo ofrecer ninguna pista más. Venator es un tipo demasiado complejo para hacer suposiciones respecto a él.

—Alguna idea debe de tener —insistió Pitt.

Rothberg miró larga e intensamente las llamas trémulas de la chimenea.

—Sólo puedo decir una cosa: el lugar escogido por Venator estará donde a nadie se le ocurriría buscar.

27

El reloj digital de Ismail marcaba las 7.58. Tendido tras un pequeño abeto, observó el refugio. Una columna de humo se elevaba en volutas de una de las chimeneas mientras por los respiraderos de la calefacción surgía una nube de vapor. Ismail sabía que Hala Kamil solía levantarse temprano y que era una buena cocinera, por lo que intuyó, que la mujer ya estaba en pie y preparaba el desayuno de sus guardaespaldas.

Ismail era un hombre del desierto, poco acostumbrado al frío que le atenazaba. Tenía ganas de incorporarse, agitar los brazos y pisar con fuerza sobre la nieve. Los dedos de los pies le dolían y notaba las manos entumecidas dentro de los guantes. La agonía provocada por el frío le estaba invadiendo la mente y ralentizaba su tiempo de reacción. Se estaba adueñando de él una sensación de creciente temor, de miedo a fracasar en su misión y morir sin conseguir su propósito.

La inexperiencia de Ismail se dejaba ver a cada instante. En aquel momento crucial de la misión, se estaba dejando llevar por el nerviosismo. De pronto, se preguntó si los odiados norteamericanos no sospecharían o se habrían enterado de algún modo de su presencia allí. Nervioso y asustado, la mente de Ismail empezó a perder la capacidad para tomar decisiones rápidas y acertadas.

Una rápida mirada a la furgoneta detenida a la entrada del camino particular del refugio. 7.59. Cada cuatro horas se producía el cambio de turno entre los guardaespaldas abrigados al calor del refugio y los que se acurrucaban en el interior del vehículo. En cualquier momento, los hombres del relevo aparecerían a la puerta de la casa para recorrer los cien metros que los separaban de la furgoneta.

Ismail volvió la atención al hombre que hacía la ronda en torno al refugio, recorriendo un sendero perfectamente identificable en la nieve del jardín. Estaba acercándose lentamente al árbol de Ismail; exhalando nubes de vapor al respirar y con los sentidos alerta por si captaban algún indicio fuera de los ordinarios.

La monotonía y el intenso frío no habían disminuido la atención del agente del Servicio Secreto, cuyos ojos barrían la zona como antenas de radar. Faltaba menos de un minuto para que descubriera el rastro de Ismail en la nieve.

El árabe masculló un juramento para sí y se apretó más contra la nieve.

Sabía que estaba terriblemente poco protegido y que las agujas del abeto que lo ocultaban de la vista no podrían detener las balas.

Las 8.00 en punto. Se abrió la puerta delantera del refugio y salieron dos hombres que lucían gruesos gorros y chaquetas de esquí forradas de plumón. Automáticamente, los dos hombres estudiaron el paisaje nevado mientras avanzaban por el sendero conversando en voz baja.

El plan de Ismail consistía en esperar a que los hombres de relevo llegaran a la furgoneta para sorprender a los cuatro vigilantes a la vez. Sin embargo, calculó mal y se colocó en posición demasiado pronto. Los dos hombres sólo habían recorrido unos cincuenta metros del sendero cuando el agente que hacía la ronda en el exterior del refugio descubrió las huellas de las pisadas de Ismail.

El agente se detuvo y acercó el transmisor a sus labios, pero sus palabras fueron interrumpidas por una serie de disparos surgidos de la ametralladora ligera de Ismail, una Heckler & Koch MP5.

El plan del árabe, propio de aficionados, había tenido un mal comienzo. Un profesional habría eliminado al agente de un único disparo en el entrecejo con una pistola semiautomática dotada de silenciador. Ismail agujereó el abrigo del hombre en la zona del pecho con diez balas, mientras otras veinte quedaban esparcidas en la arboleda del fondo.

Uno de los árabes del comando empezó a lanzar granadas contra la furgoneta frenéticamente, mientras otro rociaba de plomo el vehículo desde uno de los lados. Los asaltos sofisticados quedaban fuera de las posibilidades de la mayoría de terroristas, para quienes la limpieza en la ejecución del golpe era tan ajena como el jabón líquido. Su única esperanza era tener la fortuna de su lado y, en efecto, una de las granadas consiguió penetrar por el parabrisas de la furgoneta y estalló con un potente ruido sordo. La explosión no guardó ningún parecido con los efectos especiales de las películas de acción. El depósito de gasolina no estalló en una bola de fuego, pero la furgoneta reventó y saltó en pedazos como si fuera una lata de conservas.

Los dos ocupantes resultaron muertos instantáneamente.

Excitados ante el baño de sangre, los dos asesinos, ninguno de los cuales tenía aspecto de haber cumplido los veinte años, continuaron su ataque sobre la furgoneta destrozada hasta vaciar los cargadores de sus fusiles, en lugar de concentrarse en los agentes situados en el camino; éstos se pusieron a cubierto tras los árboles y abrieron fuego con disparos precisos de sus armas, que abatieron rápidamente a los dos atacantes.

Calculando con acierto que era inútil ir en ayuda de sus colegas de la furgoneta, los dos agentes iniciaron la retirada hacia el refugio corriendo de costado, espalda contra espalda. Uno de los dos cambió unos disparos con Ismail, que había encontrado refugio tras una gran peña cubierta de musgo.

La confusión de la escamaruza inicial echó por tierra la estrategia de Ismail.

Los otros diez componentes del grupo terrorista deberían haber corrido a la puerta trasera del refugio al escuchar el sonido de los disparos de Ismail, pero perdieron un tiempo precioso al tener que avanzar por un terreno donde la nieve llegaba a la altura de las rodillas. Su asalto llegó tarde y fue repelido eficazmente por los agentes situados en el interior de la casa.

Uno de los árabes consiguió ponerse a cubierto provisionalmente bajo el muro norte del refugio, extrajo el seguro de una granada y la arrojó contra una gran ventana corredera, pero se equivocó al calcular el grosor del cristal y la granada rebotó en éste. El hombre apenas tuvo tiempo de poner una expresión de terror antes de que el estallido de la granada lo destrozara.

Los dos agentes ganaron la escalinata de entrada y alcazaron de un salto la puerta delantera. Los árabes los recibieron allí con una barrera de fuego que acertó a uno de los hombres en la espalda, haciéndole caer con el cuerpo dentro de la casa y asomando únicamente los pies en el umbral. El herido fue arrastrado con rapidez al interior y la puerta se cerró de un golpe en el preciso instante en que tres decenas de balas y una granada la reventaban, convirtiéndola en astillas.

Las ventanas se desintegraron en una lluvia de cristales pero los sólidos muros de troncos resistieron sin problemas la explosión. Los agentes abatieron a otros dos hombres del grupo de Ismail, pero el resto de los atacantes continuó avanzando, utilizando las rocas y los pinos como protección. Cuando lograron llegar a unos veinte metros de la casa, empezaron a lanzar granadas contra las ventanas.

En el interior del refugio, uno de los agentes empujó sin miramientos a Hala para que se protegiera en el hueco de la chimenea, apagada a aquella hora de la mañana. El hombre se disponía a arrastrar un escritorio delante del hueco para proteger mejor a la mujer cuando una lluvia de balas, disparadas por la ventana, rebotó en la repisa de piedra de la chimenea y tres de los proyectiles hirieron al agente en el hombro y el cuello. Hala no pudo verlo, pero escuchó el ruido sordo del cuerpo al caer al suelo de madera.

Ahora, las granadas de mano estaban teniendo un efecto mortífero. A corta distancia, la metralla causaba más daño en los tejidos humanos, que las balas de fusil. La única defensa posible de los agentes era un fuego sostenido y preciso, pero no habían previsto la posibilidad de un asalto en toda regla y sus pequeñas reservas de munición estaban reduciéndose a los últimos cargadores.

Inmediatamente después de los disparos iniciales de Ismail se había transmitido una petición de ayuda, pero la llamada de emergencia llegó a las oficinas del Servicio Secreto en Denver y se perdió un tiempo precioso hasta que se pudo notificar a la policía local y sus unidades móviles se pusieron en marcha.

Una granada estalló en un almacén, prendiendo fuego a una lata de diluyente de pintura. Seguidamente, se incendió una lata de gasolina utilizada para llenar el depósito de la máquina quitanieve y no tardó en quedar envuelto en llamas todo

un costado de la casa.

Los disparos cesaron mientras el fuego se extendía. Los árabes fueron cerrando el cerco cautelosamente, formando un círculo en torno al refugio con los fusiles automáticos apuntados hacia las puertas y ventanas, esperando pacientemente a que las llamas obligaran a salir a los posibles supervivientes.

Sólo dos de los agentes del Servicio Secreto continuaban en pie. El resto había quedado tendido en el suelo, con sus cuerpos ensangrentados entre los fragmentos destrozados del mobiliario. El voraz incendio se extendió a la cocina y a la escalera trasera, alcanzando los dormitorios del piso superior y adquiriendo unas proporciones que hacían imposible apagarlo. El calor se hizo pronto insoportable para los defensores que resistían en la planta baja.

El aullido de unas sirenas procedentes del pueblo resonó en el valle, acercándose a la casa.

Uno de los agentes apartó el escritorio que protegía a Hala en el hueco del hogar y la condujo gateando hasta una ventana baja.

—Están llegando los hombres de la policía local —dijo apresuradamente—. Tan pronto como atraigan la atención de los terroristas, saldremos de la casa a la carrera antes de quedar asados aquí dentro.

Hala sólo pudo asentir sin palabras. Apenas podía escuchar las instrucciones, pues el estampido de las explosiones le había afectado los tímpanos. Tenía los ojos llenos de lágrimas y apretaba con fuerza un pañuelo contra la nariz y la boca para filtrar la humareda, cada vez más densa.

En el exterior, Ismail seguía tendido en el suelo boca abajo, presa de la indecisión, con su ametralladora automática entre las manos. El refugio se había convertido rápidamente en un infierno y de sus ventanas surgían grandes llamaradas e imponentes columnas de humo. Si había alguien con vida en el interior, tendría que salir en los segundos siguientes o moriría abrasado.

Sin embargo, Ismail no pudo esperar más para emprender la retirada, pues ya podía ver entre los árboles los destellos rojos y azules de las luces de la patrulla policial que se acercaba por la carretera.

Del grupo original de doce hombres quedaban siete, contándose él. Los posibles heridos deberían ser rematados por los supervivientes para evitar que alguno de ellos fuera interrogado por los funcionarios de inteligencia norteamericanos. Gritó una orden a sus hombres y éstos se alejaron de la casa en dirección al sendero de acceso.

Los primeros policías en llegar se detuvieron haciendo patinar el coche y bloqueando el camino. Mientras uno comunicaba su posición por radio, su compañero abrió con cautela la portezuela y contempló la furgoneta y el refugio en llamas, empuñando el revólver.

Sus órdenes eran sólo de observar, informar y esperar la llegada de refuerzos. Ésa era la táctica habitual cuando había que enfrentarse a delincuentes

armados y peligrosos, pero, por desgracia, no funcionó frente al pequeño ejército de terroristas que, de improviso, abrió fuego con una ráfaga de disparos que cosió el coche patrulla y acabó con los dos policías sin darles tiempo a reaccionar.

A una señal de un agente del Servicio Secreto asomado a la ventana, Hala fue levantada por el hueco de ésta y arrojada al exterior, donde rodó por el suelo. Los agentes saltaron tras ella, la agarraron rápidamente por los brazos y echaron a correr, avanzando a trompicones por la nieve en dirección a la carretera.

Apenas habían cubierto treinta pasos cuando uno de los hombres de Ismail advirtió su presencia y dio la voz de alarma. En torno a los supervivientes en fuga, las balas se clavaban en los troncos y hacían saltar algunas ramas. De pronto, un agente levantó los brazos con las manos extendidas al cielo, dio unos pasos tambaleándose y cayó boca abajo en la nieve.

—¡Intentan cortarnos el paso a la carretera! —gritó el otro agente—. Tiene que intentar llegar hasta ella. Yo me quedaré a hacerles frente para retrasar su avance.

Hala empezó a decir algo pero el agente la hizo volverse en la dirección adecuada y le dio un empujón nada delicado para ponerla en marcha.

—¡Corra, maldita sea! —aulló.

Sin embargo, el hombre se daba cuenta de que era demasiado tarde. Cualquier esperanza de escapar con vida era vana. Al salir de la casa en llamas habían tomado la dirección equivocada y habían corrido justo hacia los dos Mercedes Benz aparcados entre los árboles junto a la carretera. Desesperado, comprendió que los coches pertenecían a los terroristas. No tenía alternativa y, ya que no podía detener a sus perseguidores, decidió que al menos los retrasaría el tiempo suficiente para que Hala pudiera subirse a algún coche que pasara. En un movimiento suicida, el agente corrió hacia los árabes con el dedo hundido en el gatillo de su ametralladora y gritando todas las obscenidades que se le ocurrieron.

Ismail y sus hombres se quedaron paralizados de la sorpresa por un instante ante lo que les pareció un demonio que se les venía encima. Durante dos incrédulos segundos titubearon. Después recuperaron el aplomo y dispararon una ráfaga al valeroso agente del Servicio Secreto, abatiéndolo a mitad de carrera.

Aunque no sin que antes derribara a tres de ellos.

Hala también vio los coches y a los terroristas corriendo en dirección a ellos. Oyó a su espalda una atronadora salva de disparos. Jadeando y tosiendo, con el cabello y las ropas chamuscados, saltó a una pequeña zanja y escaló el otro lado hasta quedar tendida sobre una superficie dura.

Levantó ligeramente la cabeza y se encontró contemplando el negro asfalto de la carretera. Se puso en pie y echó a correr sabiendo que con ello sólo retrasaba lo inevitable, comprendiendo con terrible certeza que en cuestión de minutos estaría muerta.

28

El Cord avanzaba majestuosamente por la carretera. Breckenridge quedaba atrás y el sol matinal brillaba sobre el bruñido cromado y la carrocería recién pintada. Los esquiadores que se dirigían a pie hacia los remontadores saludaban al coche sexagenario cuando pasaba junto a ellos. Giordino dormitaba en el asiento trasero, a cubierto, mientras Lily estaba sentada en la parte delantera, al aire libre, como copiloto de Pitt.

Éste se había levantado aquella mañana con una terca idea en la cabeza. No veía ninguna razón para tener que esquiar con un equipo alquilado cuando sus Olin 921, de fabricación norteamericana, estaban en un armario, a apenas cinco kilómetros del hotel por la carretera. Además, se dijo, podía llegarse al refugio de la familia, coger el equipo y estar en un remontador en la mitad de tiempo que emplearía en la cola para alquilar el material en la tienda.

Pitt pasó por alto las inconcretas advertencias de su padre respecto a que se mantuviera alejado del refugio. Sencillamente, tomó el comentario como una típica exageración de burócrata.

—¿Quién está lanzando fuegos artificiales a esta hora de la mañana? —se preguntó Lily en voz alta.

—No son fuegos artificiales —respondió Pitt, reconociendo el áspero tableteo de las armas automáticas y el trueno de las granadas explosivas que les llevaba el eco desde las laderas que cerraban el valle—. Parecen disparos de infantería.

—Vienen de los bosques de ahí delante —indicó Lily—, a la derecha de la carretera.

Las arrugas en torno a los ojos de Pitt se acentuaron. Aumentó la velocidad del Cord y dio unos golpecitos en el cristal que separaba la parte delantera de la trasera. Giordino despertó y bajó la ventanilla.

—Me has despertado justo cuando se iniciaba la orgía —dijo entre bostezos.

—Escucha —lo cortó Pitt.

Giordino se encogió ante el frío que penetraba en el compartimiento de pasajeros. Se llevó las manos a los oídos para escuchar mejor y, poco a poco, una expresión de asombro apareció en su rostro.

—¿Nos han invadido los rusos?

—¡Mirad! —dijo Lily con voz excitada—. ¡Un incendio forestal!

Giordino efectuó un rápido estudio del humo negro que, de pronto, había aparecido sobre las copas de los árboles seguido de columnas de llamas.

—Demasiado concentrado —observó—. Yo diría que es un edificio quemándose. Probablemente un chalet aislado o una casa de una urbanización.

Pitt decidió que Giordino estaba en lo cierto. Masculló un juramento y descargó un golpe sobre el volante, con la deprimente certeza de que era el refugio familiar lo que alimentaba el hongo de llamas y humo, cada vez mayor.

—No tiene sentido que nos busquemos problemas deteniéndonos ahí —comentó—. Pasaremos de largo y nos fijaremos en lo que sucede. Al, pasa delante conmigo. Lily, déjale tu sitio, pasa atrás y mantén la cabeza agachada. No quiero que te pase nada.

—¿Y a mí, qué? —preguntó Giordino con indignada resignación—. ¿No merezco un poco de preocupación? Dame una sola buena razón por la que deba sentarme a tu lado ahí fuera, al descubierto.

—Por ejemplo, para proteger a tu fiel chófer de unos criminales malvados y peligrosos.

—Decididamente, no es un buen motivo.

Pitt intentó otro truco.

—Además, están esos cincuenta dólares que me prestaste en Panamá y que nunca te devolví.

—Más los intereses.

—Más los intereses —repitió Pitt.

—Lo que he de hacer para proteger mis inversiones…

El tonillo de abatimiento de Giordino sonó casi auténtico mientras se colaba por la ventanilla abierta que dividía ambos compartimientos y cambiaba de asiento con Lily.

Un trecho más adelante, a menos de un kilómetro de la entrada al refugio, vieron a varias personas detenidas y agachadas detrás de sus vehículos, observando a hurtadillas las volutas de humo y pendientes de las ráfagas de unas armas automáticas. A Pitt le pareció extraño que no hubiera hecho aparición la policía local, pero casi de inmediato vio el coche patrulla cosido a balazos y atravesado en el sendero que conducía a la casa.

Pitt tenía concentrada su atención a la derecha de la carretera y en el infierno que se alzaba más allá cuando, de pronto, captó por el rabillo del ojo una forma vaga que se acercaba corriendo por el asfalto, en una trayectoria que la llevaría a estrellarse contra el Cord.

Apretó el pedal del freno con fuerza mientras movía el volante hacia la derecha, haciendo que el coche quedara cruzado en la carretera y se deslizara unos metros de costado. Las llantas, altas y estrechas, emitieron un chillido ante la fricción con el pavimento. El Cord terminó deteniéndose en mitad del asfalto, bloqueando el paso en ambos sentidos. El costado del conductor quedó por fin a

no más de un metro de la mujer que se había quedado paralizada como una estatua.

El corazón le latía a Pitt al doble de lo normal. Exhaló un profundo suspiro y contempló a la mujer a la que había estado a punto de aplastar como un insecto. Vio que el miedo y la conmoción de sus ojos se transformaba lentamente en una expresión de incredulidad.

—¡Usted! —musitó, asombrada—. ¿De veras es usted?

Pitt le devolvió una mirada de desconcierto.

—¿Señora Kamil?

—Ahora creo en las escenas que se viven varias veces —murmuró Giordino —. Sí, esto me parece *deja vu*.

—¡Oh, gracias a Dios! —susurró Hala—. Ayúdeme, por favor. Han muerto todos y vienen por mí.

Pitt saltó del volante al tiempo que Lily se apeaba del compartimiento de pasajeros; entre los dos, entraron a Hala y la hicieron tumbarse en el asiento de atrás.

—¿Quiénes son? —preguntó Pitt.

—Asesinos a sueldo de Yazid. Han matado a los agentes del Servicio Secreto que me protegían. Tenemos que salir de aquí enseguida. Llegarán en cualquier momento.

—Tranquila —dijo Lily, advirtiendo por primera vez la piel ennegrecida por el humo y el cabello chamuscado de Hala—. La llevaremos a un hospital.

—No hay tiempo —respondió Hala, señalando con una mano temblorosa hacia la ventanilla delantera—. Deprisa, por favor, o todos moriremos.

Pitt volvió la cabeza justo a tiempo de ver salir de entre los árboles en dirección a la carretera dos Mercedes negros. Los estudió durante no más de un segundo antes de saltar de nuevo al volante. Puso la primera y pisó el acelerador a fondo. Dio vuelta al volante y situó el Cord en la única dirección posible, de vuelta al centro de Breckenridge.

Con una breve mirada por el retrovisor montado junto a la rueda de repuesto, situada en el lateral del capó, calculó la distancia entre el Cord y los coches de los terroristas en apenas trescientos metros. No le dio tiempo más que a aquel corto vistazo. Casi al instante, el espejo saltó hecho añicos por el impacto de una bala.

—¡Al suelo! —gritó a las dos mujeres de la parte trasera del vehículo.

El Cord no llevaba eje de transmisión en las ruedas traseras y las mujeres pudieron enroscarse la una contra la otra en el piso del coche. Hala miró a Lily y fue presa de un temblor incontrolable. Lily le pasó un brazo en torno al cuerpo y se obligó a sonreír.

—No se deje llevar por el pánico —intentó animarla—. Cuando lleguemos al pueblo, estaremos a salvo.

—No —murmuró Hala, que empezaba a sentirse conmocionada tras lo

sucedido—. No estaremos a salvo en ninguna parte.

En el asiento delantero, Giordino se había agachado todo lo posible para mantenerse a salvo del tiroteo y del viento helado que silbaba contra el parabrisas.

—¿Qué velocidad alcanza este cacharro? —preguntó con tono distendido.

—La velocidad punta que se le ha medido a un L-29 es de setenta y siete —respondió Pitt.

—¿Millas o kilómetros?

—Millas.

—Tengo la deprimente sensación de que nos sacan ventaja. —Giordino tuvo que gritar junto al oído de Pitt para hacerse oír por encima del aullido del Cord al pasar a segunda.

—¿Con qué nos enfrentamos?

Giordino se volvió, asomó la cabeza por la portezuela y miró atrás con cautela.

—Por delante es difícil saber de qué modelo de Mercedes se trata, pero diría que nuestros perros de presa conducen dos 300 SDL.

—¿Diesel?

—Turbodiesel, para ser más exactos. Capaces de alcanzar doscientos kilómetros por hora.

—¿Se nos acercan?

—Como tigres a un perezoso —asintió Giordino desconsoladamente—. Nos habrán alcanzado mucho antes de que lleguemos al café donde suele tener su tertulia el comisario.

Pitt pisó el embrague a fondo, asió el extremo de la palanca del cambio de marchas que sobresalía del tablero de instrumentos y puso la tercera.

—Será mejor que salvemos vidas evitando el centro del pueblo. Esos cerdos sanguinarios son capaces de matar a cien espectadores inocentes sólo por acabar con Kamil.

—Creo que puedo verles el blanco de los ojos —replicó Giordino, tras asomar de nuevo la cabeza.

Ismail lanzó una decena de maldiciones cuando el arma se le encasquilló. En un acceso de rabia, la arrojó fuera del Mercedes y tomó otra de manos de uno de sus secuaces, sentado en la parte trasera del coche. Sacó el brazo con la metralleta por la ventanilla y disparó una ráfaga contra el Cord. El cañón sólo escupió cinco balas hasta vaciar por completo el cargador. Ismail lanzó una nueva maldición y buscó rápidamente otro cargador en el bolsillo para acoplarlo al arma sin perder un segundo.

—No te pongas nervioso —dijo con voz pausada el conductor—. Los

cogeremos en menos de un kilómetro. Yo me situaré a su izquierda mientras Omar y los suyos pueden colocarse a la derecha con el otro coche. Entonces los someteremos a un fuego cruzado desde corta distancia.

—Quiero acabar con ese cerdo entrometido del coche —masculló Ismail.

—No tardarás en tener la oportunidad. Paciencia.

Ismail le hizo caso, se hundió en su asiento y contempló el viejo coche de época con mirada vengativa por el parabrisas del Mercedes, casi como un niño insaciable que no puede imponer sus caprichos.

Ismail era un asesino de la peor especie. Carecía por completo de remordimientos y habría sido capaz de salir de copas después de destruir una sala de maternidad. Los asesinos de primera categoría tomaban nota de sus acciones y estudiaban el modo de perfeccionar su trabajo. Ismail nunca se preocupaba de reexaminar sus atentados o hacer recuento de los muertos. Su planificación era poco rigurosa y en un par de ocasiones había eliminado a quien no debía. Todo ello hacía de un fanático como él un individuo aún más peligroso e impredecible; como un tiburón, atacaba indiscriminadamente y sin piedad a cualquier víctima inocente que tuviera la desgracia de cruzarse en su camino. Justificaba sus sangrientas hazañas en motivaciones religiosas pero, en otro tiempo y en otro lugar, habría sido un mero asesino sin freno que dejaba tras de sí un rastro de muertes por el mero placer de apretar el gatillo. Ismail habría dado asco incluso a Dillinger o a Bonnie y Clyde.

Sentado en el coche, sus dedos acariciaban el arma como si fuera un objeto sensual, esperando para descargar su fuego mortal a través de la delgada carrocería del viejo coche contra el individuo que le había quitado de las manos a su presa por unos instantes.

—Deben de estar reservando la munición —dijo Giordino.

—Sólo hasta que nos atrapen y no puedan fallar —respondió Pitt.

Sus ojos estaban clavados en la carretera, pero su mente no dejaba de estudiar desesperadamente algún plan para escapar.

—Mi reino por un lanzacohetes.

—Eso me recuerda que esta mañana, al subir al coche, he tropezado accidentalmente con algo bajo el asiento.

Giordino se inclinó y tanteó el piso del vehículo bajo el asiento de Pitt hasta que su mano tocó un objeto frío y duro, que sostuvo en alto.

—No es más que una llave de casquillo —anunció con voz lúgubre—. Para lo que nos sirve, podría haber sido un hueso de jamón.

—No falta mucho para que lleguemos a un camino de montaña que conduce a la cima de las pistas de esquí. A veces, los vehículos de mantenimiento lo utilizan para transportar equipo y suministros hasta la cumbre. Esa ruta puede

ofrecernos una ligera posibilidad de perderlos de vista entre los árboles o en una hondonada. Si seguimos por la carretera, estamos perdidos.

—¿Cuánto falta para el lugar?

—Está después de la próxima curva.

—¿Podremos hacerlo?

—Dímelo tú.

Giordino miró hacia atrás por tercera vez. Luego informó:

—Setenta y cinco metros y acercándose.

—Están demasiado cerca —dijo Pitt—. Tendríamos que obligarlos a reducir la marcha.

—Puedo dedicarles mis muecas más horrorosas y hacerles gestos obscenos —sugirió Giordino con voz seca.

—Eso sólo los pondría más furiosos. Tenemos que poner en marcha el plan uno.

—Lo siento, pero me he perdido las explicaciones previas —comentó con sorna Giordino.

—¿Qué tal tienes el brazo de lanzar?

Giordino asintió, comprendiendo a qué se refería.

—Manten en línea recta esta vieja bañera y Giordino el meteoro, pondrá fuera de juego al equipo rival.

El coche descubierto ofrecía una plataforma perfecta para lo que se proponía. Giordino se colocó de rodillas en el asiento mirando hacia atrás, con la cabeza y los hombros al descubierto por encima de la capota. Apuntó, levantó el brazo y lanzó la herramienta hacia el primero de los Mercedes en un gran arco.

Su corazón se detuvo por un instante. Creyó que había fallado pues la llave fue a caer en el capó del automóvil perseguidor. Sin embargo, rebotó en el metal y penetró limpiamente por el parabrisas, haciendo añicos el cristal.

El árabe que estaba al volante había visto a Giordino en el momento de lanzar la herramienta. Su tiempo de reacción fue bueno, pero no lo suficiente. Pisó el freno y dio un golpe de volante para apartarse en el preciso instante en que el parabrisas estallaba en mil pedazos y le saltaba a la cara. La llave tropezó en el volante y fue a caer en el regazo de Ismail.

El conductor del segundo Mercedes avanzaba pegado al guardachoques trasero del coche de Ismail y no vio la herramienta volando por los aires. Cuando las luces de los frenos del coche que le precedía se iluminaron de pronto, lo pillaron totalmente desprevenido. Impotente, vio cómo embestía al primer Mercedes y éste perdía el control, girando alocadamente hasta detenerse vuelto en dirección contraria.

—¿Era eso lo que tenías en mente? —dijo Giordino con voz jubilosa.

—Justo en la diana. Sujétate, estamos llegando al lugar que decía.

Pitt redujo la marcha y el Cord tomó un camino estrecho, cubierto de nieve,

que se internaba en las montañas por un trazado lleno de curvas y cambios de rasante.

El motor de ocho cilindros lineales y 115 caballos de potencia pugnó por tirar del pesado vehículo sobre el piso resbaladizo e irregular. La dura suspensión hizo que todos botaran como pelotas de tenis en una lavadora mientras la parte trasera, más ligera, patinaba a un lado y otro. Pitt compensó el movimiento con un hábil toque de volante y acelerador, utilizando la tracción de las ruedas delanteras para mantener el largo capó apuntado al centro de un camino que más correcto sería calificar de impreciso sendero de excursionistas.

Lily y Hala se habían levantado del suelo y estaban en el asiento, con los pies apoyados en el tabique divisor que cerraba el compartimiento y sujetándose de los pasamanos situados sobre las puertas para conservar la integridad física.

Seis minutos más tarde, dejaron atrás los árboles y continuaron su ascenso por encima del límite de los árboles. Ahora, el camino corría entre pronunciadas pendientes sembradas de grandes peñas y nieve profunda. La idea original de Pitt había sido abandonar el Cord y echar a correr, utilizando los árboles y el terreno escarpado para resguardarse, pero la profundidad de la famosa nieve polvo de Colorado aumentaba mucho en las altitudes superiores, haciendo casi imposible el avance a pie. No le quedaba otra alternativa que alcanzar la cumbre con tiempo suficiente para saltar a un telesilla que los bajara al pueblo y, una vez allí, perderse entre la multitud de esquiadores.

—Está ardiendo —apuntó Giordino.

Pitt no necesitó ver salir el vapor en torno a la base del tapón del radiador; ya se había dado cuenta de que el indicador de la temperatura había marcado un rápido aumento hasta situarse en el rojo.

—El motor fue reconstruido con una tolerancia muy limitada. Le hemos exigido demasiado sin darle tiempo a rodar lo suficiente —explicó.

—¿Qué haremos cuando el camino se acabe? —preguntó Giordino.

—Plan dos —respondió Pitt—. Hacemos un viaje de placer en telesilla hasta el bar más próximo.

—Me gusta tu estilo, pero la guerra no ha terminado —replicó Giordino, señalando por encima del hombro—. Nuestros amigos han vuelto.

Pitt había estado demasiado ocupado para cuidarse de los perseguidores. Éstos se habían recuperado del accidente y venían montaña arriba tras el Cord. Antes de que pudiera echar un vistazo, unas balas destrozaron la ventanilla posterior entre las cabezas de Lily y Hala, atravesaron el coche y pasaron a través del parabrisas, dejando tres pequeños agujeros estrellados. No hubo que volver a decir a las mujeres que se echaran al suelo. Esta vez, trataron de *fundirse* con él.

—Creo que están furiosos por lo de la llave —comentó Giordino.

—Mucho más lo estoy yo por el modo en que están destrozando mi coche.

El coche entró en una curva cerrada y, al enderezarlo de nuevo, Pitt se volvió y lanzó una rápida mirada a los Mercedes perseguidores. La visión por detrás resultaba amenazadora.

Los dos coches patinaban violentamente sobre el camino nevado y su superior velocidad se veía contrarrestada en parte por la tracción delantera del Cord. Pitt les sacaba ventaja en las curvas cerradas, pero los árabes reducían la distancia en los tramos rectos.

Pitt vio brevemente al conductor del primer Mercedes dando vueltas al volante como un maníaco, sin la menor precaución, con las ruedas motrices traseras patinando constantemente. En cada curva, el coche estaba a punto de resbalar hasta la nieve profunda y quedarse atascado sin remedio.

Desde el Cord, a Pitt le sorprendió que los Mercedes no llevaran llantas para la nieve. No podía saber que los árabes habían pasado los coches por la frontera de México para borrar su rastro. Registrados a nombre de una inexistente empresa textil de Matamoros, tenían previsto abandonarlos en el aeropuerto de Breckenridge una vez concluido el asesinato de Hala.

A Pitt no le gustó lo que vio. Los Mercedes se acercaban irremisiblemente. Ya estaban a sólo cincuenta metros. Tampoco le gustó la visión del hombre que enseñaba un fusil automático por el parabrisas destrozado.

—¡Ahí viene el correo! —gritó, encogiéndose bajo el volante hasta que apenas le asomaron los ojos sobre el tablero—. ¡Todos abajo!

No habían acabado de salir de su boca estas palabras cuando las balas empezaron a incrustarse en el Cord. Una ráfaga arrancó la rueda de repuesto montada sobre el guardabarros del lado derecho del capó. La siguiente atravesó la capota, haciendo trizas el acolchado de cuero y deformando el metal del armazón.

Pitt, tenso, trató de encogerse todavía más mientras el costado izquierdo del coche se abría como si hubiera sufrido el ataque de un ejército de abrelatas. Los goznes de una de las puertas traseras saltaron y la puerta quedó abierta, colgando grotescamente durante unos segundos hasta que fue arrancada por un árbol que el Cord esquivó por poco. Una lluvia de fragmentos de vidrio cayó sobre las ocupantes. Una de ellas gritó, pero Pitt no distinguió cuál. Advirtió unas gotas de sangre en el tablero. Una bala había trazado un surco en una oreja de Giordino, pero el animoso italiano no había abierto la boca.

Giordino se llevó la mano a la herida con indiferencia, casi como si estuviera reconociendo a otro. Después, ladeó la cabeza y lanzó una sesgada sonrisa a Pitt.

—Me temo que está saliéndose el vino de anoche.

—¿Es grave? —preguntó Pitt.

—Nada que un cirujano plástico no pueda arreglar por dos mil dólares. ¿Qué tal las mujeres?

—Lily, ¿estáis bien tú y Hala? —gritó sin volverse.

—Unos arañazos y cortes con los cristales —respondió Lily con voz resuelta —. Por lo demás, estamos indemnes.

Se la notaba muy asustada, pero en absoluto al borde del pánico.

Ahora, el vapor del radiador del Cord escapaba como un chorro de alta presión. Pitt notó que el motor perdía revoluciones y empezaba a rendirse lentamente. Como un yóquey montando a un viejo penco que deberían haber retirado a los pastos hacía mucho tiempo, Pitt tiró del coche tanto como se atrevió.

Se dedicó fríamente a ello, concentrándose en conducir el Cord hasta la última curva antes de la cima. Había arriesgado para eludir a los asesinos y había fracasado. Ahora, los tenía pegados a su parachoques trasero como si estuvieran encadenados a él.

Los mecanismos del motor empezaron a carraspear en protesta por el exceso de calor y de tensión. Otra rociada de balas salpicó el guardabarros trasero izquierdo y pinchó la rueda. Pitt maniobró con el volante para evitar que la parte trasera del coche se saliera del camino y arrastrara el coche por una pendiente de sesenta grados llena de grandes peñascos de bordes afilados.

El Cord estaba agonizando. Un humo azul de mal agüero se filtraba por la rendija de ventilación del capó. Por debajo, el motor perdía aceite debido a un agujero abierto en el cárter por una piedra que Pitt no había podido evitar. El indicador de la presión de aceite cayó rápidamente a cero. Las posibilidades de alcanzar la seguridad temporal de la cumbre se hacían más remotas con cada golpe de las varillas de los pistones.

El primer Mercedes entró en la curva patinando descontroladamente. Pitt agarró el volante con desesperación, imaginando el aire de triunfo de los rostros de sus perseguidores al darse cuenta de que, en cuestión de segundos, podrían abalanzarse sobre su presa.

No vio ninguna posibilidad de una huida desesperada a pie. Estaban atrapados en el estrecho camino entre una empinada pendiente, a un lado, y una escarpada pared rocosa, al otro. No había dónde ir sino adelante, hasta que el motor del Cord exhalara el último aliento y se detuviera.

Pitt apretó el acelerador a fondo con todas sus fuerzas y murmuró una breve plegaria.

Increíblemente, aquella reliquia cansada de batallas aún tenía algo más que dar. Como si aquel artilugio mecánico tuviera una mente propia, buscó en sus entrañas de hierro y acero las reservas para un último y espléndido esfuerzo. Las revoluciones del motor aumentaron de pronto, los neumáticos delanteros se agarraron al terreno y el Cord atacó el peldaño final hasta la cima. Un minuto más tarde, dejando tras él unas columnas de humo azul y de vapor blanco, el coche se asomó a la cresta abierta de una pista de esquí.

A menos de cien metros de ellos se encontraba el extremo superior de un

telesilla con asientos de tres plazas. Al principio, a Pitt le pareció extraño que no hubiera nadie esquiando en la ladera justo bajo las ruedas del Cord. Después, advirtió que la gente saltaba del telesilla y se volvía hacia la ladera opuesta para iniciar la bajada por una zona que era menos inclinada.

Después, comprobó que aquella parte de la ladera estaba cerrada con unas cuerdas, en las que colgaban diversos rótulos festoneados de banderolas anaranjadas fluorescentes advirtiendo a los esquiadores que se abstuvieran de descender por aquella pista debido a la presencia de capas de hielo.

—Es el final del camino —murmuró Giordino con aire solemne. Pitt asintió con gesto de frustración.

—No podemos echar a correr hacia el telesilla. Nos abatirían antes de haber dado diez pasos.

—La decisión está entre enfrentarnos a ellos con bolas de nieve o correr el riesgo y rendirnos.

—O probar el plan tres.

Giordino lanzó una mirada de curiosidad a su compañero.

—No puede ser peor que los dos primeros. —Instantes después, sus ojos se abrieron como platos y añadió con un gemido—: ¡No pensarás…! ¡Oh, cielos, no…!

Los dos Mercedes estaban ya casi encima. Se habían colocado uno al lado del otro para poder rematar el Cord con fuego cruzado, cuando Pitt giró el volante y lanzó el coche pista abajo.

29

—Que Alá nos ayude —murmuró el conductor del coche de Ismail—. No podemos detener a esos locos estúpidos.

—¡Sigue tras ellos! —gritó histérico Ismail—. No los dejes escapar.

—Morirán de todos modos. Nadie puede sobrevivir a la caída de un coche por una ladera así.

Ismail movió el brazo que sostenía el arma y colocó la boca del cañón junto al oído del conductor.

—Atrapa a esos cerdos —masculló con voz rencorosa—, o verás a Alá más pronto de lo que pensabas.

El conductor titubeó, con la certeza de que le esperaba la muerte cualquiera que fuese su decisión. Por último, acató la orden de Ismail y lanzó el Mercedes por la pendiente tras el Cord.

—¡Que Alá guíe mis actos! —exclamó con voz aterrada.

Ismail apartó el arma y apuntó con ella por el parabrisas destrozado.

—Cállate y concéntrate en el volante.

Los secuaces de Ismail que viajaban en el segundo Mercedes no se detuvieron sino que, obedientemente, se lanzaron también tras su jefe.

El Cord rodó sobre la nieve compacta como un tren de carga desbocado, aumentando de velocidad con una rapidez aterradora. No había modo de aminorar la marcha del pesado automóvil. Pitt dio un ligero toque de volante y rozó los frenos, teniendo cuidado de no bloquearlos pues ello haría que el coche se pusiera a girar sin control. Un descenso de costado por la abrupta ladera sólo podría tener como resultado el vuelco del automóvil y la caída hasta el pie de la montaña dejando un rastro de metal y cuerpos rotos.

—¿Te parece buen momento para mencionar el asunto de los cinturones de seguridad? —preguntó Giordino con los pies levantados y apoyados con fuerza en el tablero de instrumentos.

Pitt negó con la cabeza y respondió:

—En los años treinta no existían los complementos opcionales.

Pitt consideró que la suerte le echaba una mano cuando el neumático de una

de las ruedas traseras, destrozado por las balas de sus perseguidores, se desprendió del vehículo. Libre de la llanta deshinchada, el doble filo de metal de la rueda se clavó en el hielo levantando cortinas de partículas de hielo como abanicos y permitiendo a Pitt un cierto control del automóvil.

El velocímetro indicaba cien kilómetros por hora cuando Pitt vio acercarse una zona de montículos de nieve. Estas zonas de montículos constituyen uno de los lugares favoritos para la práctica de su deporte por parte de los esquiadores expertos, y también Pitt disfrutaba recorriéndolos cuando descendía una ladera a toda velocidad. Pero ahora, deslizándose por la pista en una loca carrera a bordo de un automóvil que pesaba más de dos toneladas, las cosas eran muy distintas.

Con un hábil golpe de volante, desvió el coche hacia un lado de la pista donde el piso era más uniforme. Era como tratar de enhebrar una aguja a bordo de un trineo olímpico. Inconscientemente, Pitt se preparó para un inmediato impacto destructor pues, si cometía el menor error, el coche terminaría incrustándose contra un árbol y reduciendo a sus ocupantes a un amasijo sanguinolento.

Sin embargo, el impacto no se produjo. Milagrosamente, el Cord recorrió el estrecho paso con los montículos de nieve a un lado y los árboles al otro, como si pasara entre unos imprecisos decorados teatrales.

Cuando el coche volvió a salir a un tramo de pista amplio y sin obstáculos, Pitt volvió la cabeza para observar la situación de sus perseguidores.

El conductor del primer Mercedes era muy hábil y había conseguido seguir el rastro de las ruedas del Cord en torno a los montículos de nieve. El segundo conductor no había advertido su presencia o no los había considerado peligrosos. Demasiado tarde, comprendió su error y trató de corregirlo lanzando el Mercedes a un violento zigzag en un esfuerzo desesperado por sortear los montículos, de un metro de altura.

El árabe llegó a salvar tres o cuatro obstáculos antes de chocar de frente con uno de ellos. El morro del Mercedes se clavó en la nieve y la parte posterior se levantó hacia el cielo hasta quedar en vertical. El coche permaneció así unos instantes y luego terminó de volcar. La capota golpeó la nieve y el automóvil continuó dando vueltas de campana ladera abajo, acompañado del estrépito del metal y los cristales al saltar en añicos.

Los ocupantes tal vez habrían podido sobrevivir si hubieran salido expulsados del vehículo, pero la serie de tremendos impactos había bloqueado las puertas. El Mercedes empezó a desintegrarse. El motor saltó de sus soportes y salió rodando hacia los árboles. Las ruedas, la suspensión delantera, el eje de las ruedas traseras… ninguno de estos componentes estaba preparado para soportar aquella tortura destructiva y fueron desprendiéndose del chasis, rebotando en locos saltos ladera abajo.

Pitt no tuvo tiempo de ver cómo el Mercedes daba un salto mortal y quedaba reducido a una masa informe al detenerse finalmente en el fondo de una

pequeña hondonada.

—Ya nos hemos librado de uno —dijo Giordino, en su primer comentario desde que el Cord se había lanzado pendiente abajo.

—No te hagas muchas ilusiones —murmuró Pitt entre dientes—. Nosotros podemos ser los siguientes —añadió, soltando por un segundo una mano del volante y señalando al frente.

Giordino observó, alarmado, que la pista de esquí se bifurcaba y se juntaba con otra, abarrotada de esquiadores enfundados en sus trajes de vivos colores. Se puso de pie, asido a lo que quedaba del marco del parabrisas, y se puso a gritar y agitar la mano frenéticamente mientras Pitt hacía sonar la doble bocina del Cord.

Los sorprendidos esquiadores se volvieron al escuchar el estruendo y vieron los dos coches lanzados a gran velocidad por la pista. En cuestión de segundos, todos se hicieron a los lados y contemplaron, asombrados, el paso del Cord con un Mercedes pisándole los talones.

En la nueva pista, unos cien metros más abajo, se hallaba la cabecera de un trampolín de saltos. Pitt apenas tuvo tiempo de distinguir la rampa nevada que se confundía con la ladera nevada. Sin la menor vacilación, dirigió el coche hacia la cabecera de la instalación.

—¿No pretenderás…? —balbució Giordino.

—Plan cuatro —le tranquilizó Pitt—. Sujétate. Puedo perder el control.

—Pensaba que ya lo habías perdido hace rato.

El trampolín, mucho menor que los construidos para las competiciones olímpicas, sólo se utilizaba para acrobacias y para exhibiciones de fin de semana. Tenía la anchura suficiente para el Cord, y aún sobraba un poco. La rampa formaba una profunda concavidad y terminaba en un ángulo pronunciado que permitía al esquiador alcanzar una gran altura sobre el suelo.

Pitt se situó en línea con el portillón de acceso al trampolín, ocultando éste a la vista del Mercedes gracias a la anchura del Cord. El truco que se proponía llevar a cabo dependía de escoger el momento oportuno y del acierto al dar el golpe de volante.

En el último momento, antes de que las ruedas delanteras pisaran la entrada de la instalación, Pitt tocó el volante e hizo girar la parte trasera del coche, apartándolo de la rampa de aceleración. Pendiente de la repentina maniobra del Cord, el conductor del coche de Ismail se desvió para evitar la colisión y efectuó una entrada perfecta por el portillón de acceso al trampolín.

Mientras Pitt luchaba por recuperar el control del Cord, Giordino volvió la vista atrás y vio en la parte delantera del Mercedes un rostro cubierto por una extraña expresión de rabia y temor. El rostro desapareció mientras el coche se deslizaba por el trampolín, sin el menor control. El Mercedes debería haber saltado de frente como un pájaro obeso desprovisto de alas, pero las ruedas traseras se desviaron ligeramente, el coche coleó y el neumático derecho se salió

de la rampa unos metros antes de que el coche llegara al punto de despegue, lo cual hizo que el vehículo saliera despedido con un movimiento en espiral, como un balón de fútbol americano en un perfecto lanzamiento.

El Mercedes debía de ir a unos ciento veinte kilómetros por hora en el momento de despegar. Llevado por su enorme inercia, surcó el aire hasta una distancia increíble antes de caer a plomo hacia el suelo y golpear la pista nevada con un tremendo impacto de sus cuatro ruedas. Como a cámara lenta, rebotó y salió despedido contra un robusto pino cuyo tronco golpeó de lleno. El chirrido del metal despedazado hendió el aire enrarecido mientras el chasis y la carrocería se doblaban en torno al tronco hasta que los dos parachoques se tocaron, casi como una herradura perfectamente lanzada contra una estaca de metal. Los cristales estallaron como confeti y los cuerpos del interior quedaron retorcidos y aplastados como moscas.

Giordino meneó la cabeza, asombrado.

—Nunca había visto nada parecido.

—Y lo que vendrá —replicó Pitt. Había conseguido enderezar el Cord y ya no zigzageaba, pero no había modo de reducir su velocidad. Los frenos habían quedado inutilizados a media ladera y el eje de dirección estaba doblado y colgando de un hilo. La trayectoria del Cord era inconfundible. Se dirigía hacia el gran edificio de servicios y restaurante para esquiadores situado al pie de los telesillas. Pitt no podía sino seguir haciendo sonar la bocina y tratar de evitar a los esquiadores que, desconcertados, no se habían apartado a tiempo.

En la parte de atrás del Cord, las mujeres habían presenciado la destrucción del último Mercedes con morbosa curiosidad y enorme alivio, pero éste apenas duró un abrir y cerrar de ojos pues, al volver la mirada al frente, observaron horrorizadas el edificio que se les echaba encima.

—¿No podemos hacer algo? —preguntó Hala con voz firme y sonora.

—Estoy abierto a sugerencias —replicó Pitt. Después, enmudeció mientras maniobraba para esquivar a un grupo de niños que aprendía a esquiar con un instructor. Logró rozar un montículo de nieve y desviar el coche de su letal trayectoria. La gran mayoría de los esquiadores había presenciado o escuchado el vuelo del Mercedes y supo reaccionar de inmediato al aparecer el Cord. Todo el mundo se apartó rápidamente a los lados de la pista y contempló desconcertado el automóvil que descendía por la nieve como una exhalación.

Desde el extremo superior del telesilla, alguien había llamado al valle para advertir de la presencia de los coches y los monitores habían retirado a la mayor parte de los esquiadores de la zona inferior de la pista. A la derecha del edificio principal había una laguna helada, poco profunda, y Pitt tenía la esperanza de poder desviar el Cord en aquella dirección y penetrar en el hielo hasta que este se resquebrajara y el coche se hundiera hasta los estribos, deteniéndose de golpe. El único problema era que los espectadores habían formado, involuntariamente, un

pasillo que conducía hacia el restaurante.

—Supongo que no tendrás un plan cinco —dijo Giordino, preparándose para la colisión.

—Lo siento —replicó Pitt—. Se han agotado los planes.

Lily y Hala contemplaron la escena, impotentes y aterradas. Luego, se encogieron tras la divisoria entre el compartimiento de los pasajeros y el asiento del chófer, cerraron los ojos y se agarraron una a la otra.

Pitt se asió del volante mientras el Cord golpeaba varios armeros donde se guardaban esquís y bastones. Los esquís parecieron estallar al ser lanzados por los aires como si se tratara de palillos de dientes. Por un instante, el Cord pareció quedar enterrado, pero inmediatamente se sacudió las astillas de los esquís y remontó la escalinata de acceso al edificio, desviándose del comedor pero sin poder evitar la pared de tablones del bar. La pared saltó hecha pedazos y el coche penetró por el boquete.

El bar se encontraba vacío salvo la presencia del pianista, que permanecía sentado ante el teclado, paralizado, y de un camarero que escogió la discreción y se refugió rápidamente tras la barra en el mismo instante en que el Cord irrumpía en el local y se abría camino como una excavadora entre un mar de sillas y mesas.

El coche estuvo a punto de salir despedido por el otro extremo del bar y caer de una altura de dos pisos. Sin embargo, milagrosamente, su impulso se consumió por fin y su carrocería mutilada se detuvo en el último instante, asomando sólo el parachoques delantero, totalmente deformado, a través de la pared del fondo. El local parecía haber sido el objetivo de una andanada de artillería.

Salvo el siseo del radiador y las toses del motor sobrecalentado, un siniestro silencio llenó el local. Pitt se había golpeado la cabeza contra el marco del parabrisas y un reguero de sangre procedente de un corte en el cuero cabelludo le corría por el rostro. Miró a Giordino, que tenía la vista fija en la pared como si se hubiera quedado petrificado. Después, se volvió hacia la parte posterior para comprobar el estado de las mujeres. Ambas parecían preguntarse con sus ojos « ¿cómo podemos estar vivas todavía?» , pero no parecían haber sufrido heridas de importancia.

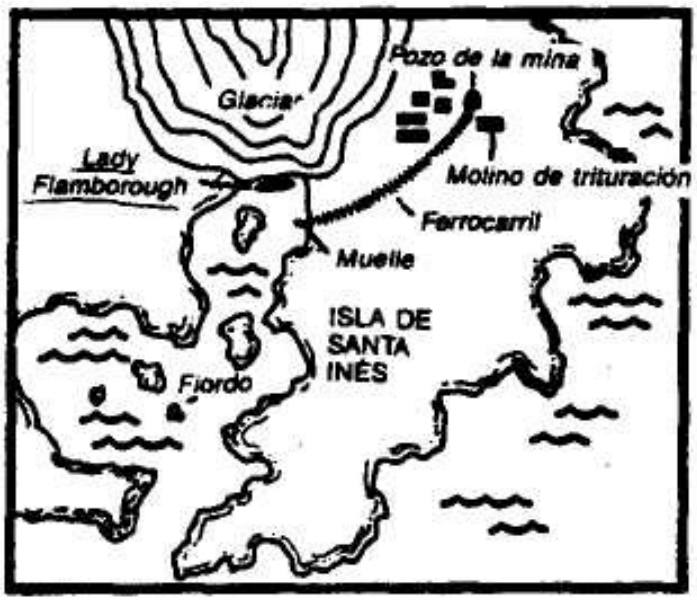
El camarero seguía agachado tras la barra, oculto a la vista, de modo que Pitt se volvió hacia el pianista, que seguía sentado en un taburete de tres patas, con un sombrero hongo en la cabeza y una expresión de estupor en el rostro. De la comisura de los labios colgaba un cigarrillo del que ni siquiera le caía la ceniza. Tenía las manos sobre las teclas y el cuerpo rígido, como si se encontrara paralizado en estado de animación suspendida. Conmocionado, el músico contempló a la aparición ensangrentada que le sonreía insensatamente.

—Disculpe —murmuró Pitt con educación—. ¿Podría tocar *Fly me to the Moon*?[4]

III.

EL *LADY FLAMBOROUGH*

ARGENTINA
CHILE
OCÉANO ATLÁNTICO
Punta Arenas
Estrecho de Magallanes
TIERRA DEL FUEGO
Isla de Santa Inés
AMPLIACIÓN
OCÉANO PACÍFICO


Pozo de la mina
Glaciar
Lady Flamborough
Molino de trituración
Ferrocarril
Muelle
ISLA DE SANTA INÉS
Fiordo

30

19 de octubre de 1991 - Uxmal, Yucatán

La obra de sillería de la enorme estructura reflejaba un resplandor sobrenatural bajo la batería de luces multicolores. El azul bañaba los muros de la gran pirámide mientras, en la parte superior, el anaranjado destacaba el templo del Mago. Unos focos rojos barrían la amplia escalinata de acceso produciendo el efecto de una cascada de sangre. Arriba, en el techo del templo, una figura esbelta enmarcada en luces blancas permanecía en actitud mayestática.

Topiltzin alzó los brazos y abrió las manos en un gesto divino y contempló los cien mil rostros que, vueltos hacia él, rodeaban el templo piramidal de la antigua ciudad maya de Uxmal, en la península del Yucatán. La enorme audiencia escuchó sus palabras y repitió las frases a coro.

—La fuerza y el valor de nuestra nación está en nosotros, que jamás seremos grandes ni ricos. Pasamos hambre y penalidades por unos líderes que son menos nobles y menos honrados que nosotros. No podrá haber gloria ni grandeza para México hasta que el falso gobierno muera. No soportaremos la esclavitud por más tiempo. Los dioses se acercan de nuevo para sacrificar a los corruptos en nombre de los honrados. Los dioses nos traen el regalo de una nueva civilización y debemos aceptarlo.

Cuando las palabras cesaron, las luces de colores fueron apagándose hasta que sólo Topiltzin continuó brillantemente iluminado. Después, también los focos concentrados en él se apagaron y la figura en lo alto del templo desapareció.

Una serie de grandes hogueras se encendieron en la explanada y un camión de transporte empezó a repartir cajas de alimentos entre la masa agradecida. Cada caja contenía la misma cantidad de harina y de productos en conserva, más un librito lleno de dibujos con breves comentarios al pie. El presidente De Lorenzo y sus ministros aparecían dibujados como demonios que eran expulsados de México por Topiltzin y cuatro grandes dioses aztecas y se arrojaban en los brazos abiertos de un Tío Sam de aspecto diabólico.

En el folleto se incluía también una lista de instrucciones que describía métodos pacíficos pero eficaces para erosionar la influencia del gobierno.

Durante el reparto de alimentos, hombres y mujeres recorrían la multitud reclutando nuevos seguidores para Topiltzin. El mitin estaba preparado y puesto en escena con el profesionalismo de una organización de conciertos de rock. Uxmal era sólo un paso más en la campaña de Topiltzin para subvertir al gobierno de Ciudad de México.

Sólo realizaba sus alocuciones a las masas en los centros de piedra de las ciudades antiguas: Teotihuacán, Monte Albán, Tula y Chichén Itzá. Jamás aparecía en las urbes modernas.

La gente vitoreaba a Topiltzin y aclamaba su nombre, pero él ya no oía sus voces. En el mismo instante de apagarse los focos, sus guardaespaldas lo condujeron por una escala colocada en el otro lado de la pirámide hasta un gran camión dotado de remolque. El motor se puso en marcha y el camión, precedido por un coche y con otro en la retaguardia, se abrió paso lentamente a través de la multitud hasta salir a la carretera. Una vez en ella, tomó la dirección de Mérida, la capital de Yucatán, y empezó a adquirir velocidad.

El interior del remolque estaba lujosamente decorado y dividido entre un salón de conferencias y los aposentos privados de Topiltzin.

Topiltzin estudió brevemente el programa para el día siguiente con sus fieles más próximos. Cuando la reunión terminó, el camión se detuvo y todos se despidieron de su líder, deseándole las buenas noches. Los dos coches recogieron a sus fatigados seguidores y los condujeron a un hotel de Mérida.

Una vez Topiltzin cerró la puerta dejando fuera un mundo, penetró en otro muy distinto.

Se quitó el tocado de plumas y la túnica blanca, dejando a la vista unos pantalones caros y una camisa deportiva. Abrió un cajón secreto, sacó una botella de vino espumoso puesto a enfriar y la destapó deprisa. La primera copa le aplacó la sed; luego, paladeó lentamente la segunda.

Ya relajado, Topiltzin penetró en un pequeño cubículo que contenía un equipo de comunicaciones, pulsó un código de números en un teléfono holográfico y se volvió de frente al centro de la sala. Dio un sorbo al champán californiano y aguardó. Poco a poco, empezó a materializarse en tres dimensiones una figura borrosa. Al propio tiempo, Topiltzin se hacía visible a miles de kilómetros de distancia.

Cuando los detalles se hicieron más precisos, apareció un hombre sentado en un sofá que contemplaba a Topiltzin. Sus facciones eran oscuras y su cabello fino y peinado hacia atrás brillaba, engominado. Sus ojos despedían el fulgor de dos piedras preciosas. El visitante iba vestido con una túnica sedosa de vivos colores por encima de un pijama. Contempló la camisa y los pantalones de Topiltzin unos instantes y frunció el entrecejo al advertir la copa en su mano.

—Vives peligrosamente —dijo en inglés, con acento norteamericano y tono severo—. Ropa de moda, champán… lo próximo serán las mujeres.

Topiltzin se echó a reír.

—No me tientes. Hacer de Papa y llevar ese estúpido disfraz dieciocho horas al día ya es suficiente carga.

—Yo también tengo el mismo inconveniente: estoy obligado a practicar el celibato.

—No te descuides, ahora que el éxito está tan cerca.

—Quédate tranquilo. Ninguno de los míos osaría perturbar mi intimidad. Están convencidos de que, cuando estoy a solas, entro en comunicación con los dioses.

—Esas palabras me suenan familiares —respondió su interlocutor con una sonrisa.

—¿Hablamos de negocios? —dijo Topiltzin.

—De acuerdo. ¿Cómo está la situación?

—Los acuerdos están sellados. Todo el mundo estará en su puesto en el momento oportuno. Pagué más de diez millones de pesos en sobornos para concertar la cita. Una vez esos estúpidos hicieron su trabajo, fueron sacrificados no sólo para garantizar su silencio, sino también como advertencia a los que esperan para llevar a cabo las instrucciones.

—Mis felicitaciones. Eres muy concienzudo.

—La habilidad te la dejo a ti.

Tras ambas declaraciones hubo un instante de amistoso silencio que se prolongó varios segundos, mientras los dos hombres permanecían sumidos en sus pensamientos. Por fin, el interlocutor lanzó una sonrisa de complicidad y sacó una copita de brandy de entre los pliegues de la túnica.

—A tu salud.

Topiltzin lanzó una carcajada irónica y levantó su copa de champán.

—Por el éxito de nuestra empresa.

El etéreo visitante hizo una pausa.

—Por el éxito de nuestra aventura —repitió, y añadió—, sin tropiezos inesperados.

Después de una pausa todavía más larga, el hombre concluyó, pensativo:

—Será interesante ver cómo nuestros esfuerzos modifican el futuro.

31

El rugido de los motores decreció mientras el reactor Beechcraft, sin distintivos en el fuselaje, remontaba el vuelo desde el aeródromo de Buckley Field, en las afueras de Denver, y ascendía hacia su altitud de crucero. Las montañas Rocosas, con sus picos cubiertos de nieve, quedaron a su espalda cuando el reactor puso proa hacia las grandes llanuras centrales.

—El presidente le envía sus mejores deseos de una pronta recuperación —dijo Dale Nichols—. Se enfadó mucho al enterarse de la penosa experiencia que ha tenido que soportar…

—Se puso furioso, sería la expresión más precisa —intervino Schiller.

—Dejémoslo en que no se sintió nada feliz —prosiguió Nichols—. Me ha pedido que le presente sus excusas por no haber previsto unas medidas de seguridad más amplias y su promesa de que hará cuanto esté en su mano para protegerla mientras se encuentre en Estados Unidos.

—Dígale que se lo agradezco —respondió Hala Kamil—, y ruéguele que envíe mis más sentidas condolencias a las familias de los hombres que murieron por salvar mi vida.

—Nos ocuparemos de ello. Tenga la seguridad de que atenderemos a sus necesidades —afirmó Nichols.

Hala estaba recostada en una cama, vestida con un mono de deporte de veludillo blanco con rayas de color jade y con el cuello abierto. Llevaba el pie derecho enyesado y paseaba la mirada de Nichols a Julius Schiller y al senador Pitt, que permanecían sentados frente al lecho.

—Me honra que tres caballeros tan distinguidos encuentren tiempo en sus ocupadas agendas para volar a Colorado y acompañarme de regreso a Nueva York.

—Si hay algo que podamos hacer…

—Ya han hecho más de lo que podría esperar ningún extranjero en su país…

—Tiene usted más vidas que un gato —comentó el senador Pitt.

Hala abrió los labios en una sonrisa.

—Sí, y le debo dos de ellas a su hijo. Tiene una capacidad asombrosa para aparecer en el lugar oportuno cuando una menos lo espera.

—He visto ese coche antiguo de Dirk. Es un milagro que hayan sobrevivido

todos.

—Un automóvil realmente hermoso —suspiró Hala—. Qué lástima que quedara destruido.

Nichols carraspeó ligeramente antes de interrumpir la conversación.

—Si le parece que tratemos el asunto de su discurso a las Naciones Unidas, mañana…

—¿Ha encontrado su gente algún dato concreto que conduzca a la localización de los objetos de la Biblioteca de Alejandría? —preguntó Hala, incisiva.

Nichols se volvió hacia el senador y hacia Schiller con el aire de quien se ha metido de pronto en arenas movedizas. El senador le echó un cable y respondió:

—No hemos tenido tiempo de organizar una búsqueda masiva —dijo, con franqueza—: No sabemos mucho más que hace cuatro días.

—El presidente… esperaba que… —empezó a decir Nichols, titubeante.

—Le ahorraré tiempo, señor Nichols —Hala concentró su mirada en Schiller —. Puede quedarse tranquilo, Julius, mi intervención incluirá una breve referencia al « inminente descubrimiento» de las antigüedades de la Biblioteca de Alejandría.

—Me alegra oír que ha cambiado de idea.

—Considerando los recientes sucesos, le debo a su gobierno ese favor.

Visiblemente aliviado, Nichols comentó:

—Su anuncio proporcionará al presidente Hasan una considerable ventaja política sobre Ajmad Yazid, y será una ocasión de oro para promover el nacionalismo egipcio en lugar del fundamentalismo religioso.

—No esperen gran cosa —protestó el senador—. Sólo estamos tapando las grietas de las paredes de un fuerte que se derrumba.

Schiller abrió los labios en una fría sonrisa.

—Daría el sueldo de un mes —dijo— por ver la cara de Yazid cuando se dé cuenta de lo que tenemos en nuestras manos.

—Me temo que intentará vengarse de Hala Kamil por el medio que sea — apuntó Schiller.

—No lo creo —replicó Nichols—. Si el FBI puede trazar el rastro desde los terroristas muertos hasta Yazid y, después, hasta el asesino responsable de la caída del avión y de la muerte de sus sesenta ocupantes, muchos egipcios moderados que no aprueban el terrorismo retirarán su apoyo al movimiento. Con una acusación internacional de dirigir estos actos terroristas sobre sus espaldas, Ajmad Yazid se lo tendrá que pensar dos veces antes de ordenar otro atentado contra la vida de la señora Kamil.

—El señor Nichols acierta en un punto —intervino Hala—: La mayor parte de los egipcios son musulmanes sunitas y no siguen el vocerío sangriento y revolucionario de los chiítas iraníes, sino que prefieren una transición progresiva que cambie poco a poco la lealtad al gobierno democrático por otro tipo de

liderazgo de base religiosa. La mayoría de los egipcios no acepta los métodos sanguinarios de Yazid. En cambio —añadió Hala tras una pausa—, estoy en desacuerdo con el segundo punto: Yazid no descansará hasta verme muerta. Es demasiado fanático para rendirse y probablemente ya esté preparando en este mismo instante el próximo atentado contra mi vida.

—Tal vez la señora Kamil tenga razón; es preciso que sigamos muy de cerca a Yazid —avisó el senador.

—¿Qué planes tiene para después de la alocución a la asamblea? —quiso saber Schiller.

—Esta mañana, antes de abandonar el hospital, me han entregado una carta del presidente Hasan por medio de un agregado de nuestra embajada en Washington. El presidente Hasan desea reunirse conmigo.

—Si abandona usted las fronteras norteamericanas, no podremos garantizar su protección —le advirtió Nichols.

—Lo entiendo —respondió ella—, pero eso no me preocupa en exceso. Desde el asesinato del presidente Sadat, los servicios de seguridad egipcios se hicieron muy eficientes.

—¿Puedo preguntarle dónde se celebrará la reunión? —quiso saber Schiller —. ¿O es un asunto que no me incumbe?

—No será ningún secreto; de hecho, es un asunto que los medios de prensa de todo el mundo se ocuparán de airear —respondió Hala con indiferencia—. El presidente Hasan y yo mantendremos una entrevista durante las próximas reuniones sobre economía que se celebrarán en Punta del Este, Uruguay.

El Cord, destrozado y hecho un colador, ocupaba el centro del taller con su aspecto calamitoso. Esbenson dio la vuelta al coche lentamente y meneó la cabeza con gesto abatido.

—Es la primera vez que tengo que restaurar un coche de época sólo dos días después de entregarlo al cliente.

—Tuvimos un mal día —explicó Giordino. Al llevaba un collarín ortopédico, un brazo en cabestrillo y un aparatoso vendaje cubriéndole la oreja.

—Es un milagro que hayan sobrevivido todos.

Salvo seis puntos en la cabeza, la mayoría de ellos ocultos bajo el cabello, Pitt estaba indemne. Acercándose al coche, dio unos golpecitos sobre la abollada rejilla cromada del radiador como si el coche fuera un animal de compañía herido.

—Por fortuna, estos coches eran construidos para que durasen —comentó sin levantar la voz.

Lily apareció a la puerta de la oficina del taller, cojeando dolorosamente. Tenía una contusión en la mejilla izquierda y amoratado el ojo derecho.

—Tengo a Hiram Yaeger al teléfono —anunció.

Pitt asintió y posó una mano en el hombro de Esbenson.

—Déjelo mejor aún de lo que estaba.

—Eso costará seis meses y muchos billetes —respondió Esbenson.

—El tiempo no es problema y el dinero, tampoco —Pitt hizo una pausa y mostró una sonrisa—. Esta vez, el gobierno se hará cargo de la factura —se volvió, entró en la oficina y tomó el teléfono—. Hiram ¿tienes algo?

—Sólo un informe de situación —respondió Yaeger desde Washington—. He eliminado el mar Báltico y la costa de Noruega.

—Y no ha salido nada.

—Nada que merezca la pena. No hay coincidencias con los contornos geológicos o las descripciones geográficas del diario de a bordo del *Serapis*. Los bárbaros que Rufino menciona no se parecen en nada a los vikingos primitivos. Habla de individuos que parecían escitas, pero de tez más oscura.

—A mí me extrañó —reconoció Pitt—. Los escitas procedían del Asia central y no hay modo de confundirlos con los rubios nórdicos de piel clara.

—No veo razón para seguir la búsqueda por ordenador desde las costas noruegas hacia las aguas septentrionales de Rusia.

—Estoy de acuerdo. ¿Qué hay en Islandia? Los vikingos no se establecieron allí hasta quinientos años después. Tal vez Rufino se refería a esquimales.

—No —respondió Yaeger—. Lo he comprobado y los esquimales no emigraron nunca a Islandia. Rufino también habla de ese misterioso « gran mar de pinos enanos» . No puede tratarse de Islandia, y no olvides que estamos hablando de un viaje de casi seiscientas millas por uno de los peores mares del mundo. Los registros marinos históricos son muy precisos: los capitanes de las naves romanas rara vez navegaban lejos de la vista de la costa durante más de dos días. La travesía desde la tierra europea más próxima hasta Islandia habría llevado a una embarcación del siglo cuatro, en condiciones ideales, cuatro días y medio.

—Entonces, ¿dónde probamos ahora?

—Recorreré de nuevo la costa occidental de África. Tal vez se nos haya escapado algo. Unos africanos de piel oscura y un clima más cálido parecen encajar mejor que los fríos países nórdicos, especialmente para unos hombres del Mediterráneo.

—Aún queda por explicar cómo pudo aparecer el *Serapis* en Groenlandia.

—Una proyección de los vientos y las corrientes puede darnos alguna clave.

—Esta noche vuelo de regreso a Washington —dijo Pitt—. Mañana pasaré a verte.

—Quizá tenga algo —dijo Yaeger, pero su tono de voz no reflejaba optimismo.

Pitt colgó y salió de la oficina. Lily lo miró con expresión esperanzada, pero

rápidamente leyó la decepción en sus ojos.

—¿No hay buenas noticias? —preguntó.

—Parece que no damos con nada. —Pitt se encogió de hombros. Lily lo tomó del brazo.

—Yaeger lo encontrará —trató de animarlo.

—No puede hacer milagros.

Giordino consultó el reloj que llevaba en el brazo sano.

—No tenemos mucho tiempo para llegar al avión. Será mejor que nos pongamos en marcha.

Pitt se acercó al grupo, estrechó la mano de Esbenson y sonrió.

—Póngalo otra vez en condiciones, nos ha salvado la vida.

Esbenson lo miró fijamente.

—Sólo si me promete tenerlo a salvo de balas y de pistas de esquí.

—Hecho.

Cuando ya habían partido para el aeropuerto, Esbenson abrió una puerta trasera del Cord. Al hacerlo, se quedó con el tirador en la mano.

—¡Señor! —exclamó, pesaroso—. ¡Vaya estropicio!

32

Una gran salva de aplausos surgió de las galerías del público y se extendió entre los delegados de la platea cuando Hala, rechazando cualquier ayuda, se acercó lentamente al estrado con muletas. Permaneció de pie tras el estrado, seria y serena, hablando con voz firme y convincente, acompañada de unos gestos moderados y sutiles. Hala conmocionó al auditorio con un emotivo llamamiento para poner fin a las inútiles matanzas de inocentes en nombre de la religión. Únicamente cuando pidió una censura a los gobiernos que hacían la vista gorda ante las actividades de las organizaciones terroristas, algunos de los delegados presentes se movieron incómodos en sus escaños, con la mirada perdida en el infinito.

Una serie de rumores y comentarios siguió a su anuncio del inminente descubrimiento de la Biblioteca de Alejandría, cuando los presentes empezaron a darse cuenta de las inmensas posibilidades que ofrecía tal hallazgo. Después, le llegó su turno a Ajmad Yazid, a quien sometió a un acerbo ataque, acusándolo directamente de los atentados contra su vida.

Hala concluyó su parlamento afirmando con rotundidad que las amenazas contra su integridad física no le harían abandonar su cargo de secretaria general y que seguiría ejerciéndolo hasta que sus colegas delegados le pidieran la dimisión.

La respuesta fue una ovación de los delegados puestos en pie, que se hizo atronadora cuando Hala Kamil se colocó a un lado del estrado, dejando a la vista su tobillo enyesado.

—Es toda una mujer —comentó el presidente con admiración—. Daría cualquier cosa por tenerla en mi gabinete.

El presidente pulsó un botón del mando a distancia y apagó el televisor.

—Un discurso excelente —dijo el senador Pitt—. Ha hecho trizas a Yazid… y ha despertado el interés de todos con su mención del proyecto de búsqueda de la biblioteca.

—Sí, ha accedido a apoyarnos en ambos puntos —asintió el presidente.

—Naturalmente, sabrá usted que la señora Kamil tiene intención de partir

hacia Uruguay para entrevistarse con el presidente Hasan.

—Dale Nichols me ha puesto al corriente de la conversación que mantuvieron con ella en el avión —respondió el presidente, sentado tras su escritorio del despacho Oval—. ¿Qué tal va la investigación?

—Los ordenadores de la NUMA están trabajando en la localización —respondió el senador.

—¿Estamos cerca?

—No —respondió el senador, moviendo la cabeza—. Seguimos igual que hace cuatro días.

—¿No podemos acelerar el proceso? ¿Y si reunimos un equipo de expertos, gente de las universidades, de otras agencias gubernamentales?

El senador Pitt puso cara de escepticismo.

—La NUMA tiene la mejor biblioteca computerizada del mundo en cuestión de océanos, ríos y lagos. Si ellos no pueden descubrir el destino de la flota egipcia, no lo conseguirá nadie.

—¿Qué me dice de los registros históricos y arqueológicos? —Apuntó el presidente—. Tal vez en el pasado se descubrió algo que pudiera proporcionarnos una pista.

—Quizá merezca la pena intentarlo. Conozco a un experto de la universidad de Pennsylvania, un investigador muy destacado que podría tener a treinta colaboradores registrando archivos aquí y en Europa, en un plazo de veinticuatro horas.

—Muy bien, póngalo en antecedentes.

—Ahora que los medios de comunicación y Hala Kamil han difundido la noticia —comentó el senador—, la mitad de los gobiernos y la mayoría de los cazadores de fortunas del mundo se dedicarán a la caza de la colección de objetos de la biblioteca.

—Ya he tenido en cuenta tal posibilidad —afirmó el presidente—, pero ahora tiene máxima prioridad el apuntalamiento del gobierno del presidente Hasan. Si primero llevamos a cabo el descubrimiento y luego accedemos a la cesión del material encontrado, después de que Hasan efectúe una campaña espectacular reclamando la devolución de los restos a Egipto, su popularidad en el país aumentará notablemente y el hecho lo convertirá en un héroe a los ojos del pueblo egipcio.

—Y, al mismo tiempo, evitará la amenaza de una toma del poder por parte de Yazid y sus seguidores —añadió el senador—. El único problema es el propio Yazid, un hombre de reacciones impredecibles. Nuestros máximos expertos en cuestiones de Oriente Medio son incapaces de adivinar sus movimientos. Ese Yazid es capaz de sacar un conejo del sombrero y robarnos la escena.

El presidente contempló fijamente a su interlocutor.

—No veo ningún problema para alejarlo de los focos de la atención pública

una vez los objetos encontrados le sean entregados al presidente Hasan.

—Estoy con usted, señor presidente, pero es peligroso subestimar a Yazid.

—Ese hombre está lejos de ser perfecto.

—Sí, pero a diferencia del ayatolá Jomeini, Ajmad Yazid tiene una mente brillante. Es lo que las agencias de publicidad llamarían « un buen creativo» .

—Tal vez lo sea en asuntos políticos, pero como asesino deja mucho que desear.

El senador se encogió de hombros y sonrió, como si el comentario no le sorprendiera.

—Sin duda —respondió— sus planes fracasaron por culpa de sus secuaces. Como presidente, usted sabe mejor que nadie con qué facilidad puede meter la pata cualquier colaborador.

El presidente le devolvió la sonrisa sin el menor asomo de humor. Después, se apoyó en el respaldo del sillón y se puso a juguetear con una estilográfica.

—Conocemos muy pocas cosas de ese condenado Yazid; ignoramos de dónde viene y qué impulsos lo guían.

—Afirma haber pasado los primeros treinta años de su vida vagando por el desierto del Sinaí hablando con Alá.

—De modo que está utilizando una página de la vida de Jesucristo. ¿Qué más tenemos de él?

—Será mejor que consulte usted con Dale Nichols —respondió el senador—. Tengo entendido que está trabajando con la CÍA en la elaboración de un perfil biográfico y psicológico.

—Veamos si han averiguado algo —el presidente pulsó un botón de su intercomunicador—. Dale, ¿podría venir un momento?

—Ahora mismo —contestó la voz de Nichols por el altavoz.

Los dos hombres que ocupaban el despacho Oval permanecieron callados durante los quince segundos que tardó Nichols en llegar desde su despacho. Dale llamó con los nudillos, abrió la puerta y penetró en el despacho.

—Estábamos hablando de Ajmad Yazid —le informó el presidente—. ¿Han encontrado Brogan y su gente algún dato sobre sus orígenes?

—He hablado con Martin hace apenas una hora —respondió Nichols—. Me ha asegurado que sus analistas podrán tener a punto un informe en un par de días más.

—Quiero verlo en cuanto esté terminado —dijo el presidente.

—No es que quiera cambiar de tema —intervino el senador Pitt—, pero ¿no debería informar alguien al presidente Hasan sobre lo que tenemos previsto hacer en el caso de que los documentos de la biblioteca sean localizados en las próximas semanas?

El presidente asintió.

—Desde luego —corroboró. Después, mirando a los ojos al senador, añadió

—: George, ¿cree que podría encontrar cuarenta y ocho horas para hacer los honores a nuestro aliado?

—Usted quiere que me entreviste con Hasan en Uruguay. —Era más una afirmación que una pregunta.

—¿Tiene algún inconveniente?

—En realidad, este asunto le correspondería a Doug Oates, del Departamento de Estado. Él y Joe Arnold, del Tesoro, se encuentran ya en Kingston celebrando reuniones previas sobre economía con líderes extranjeros. ¿Considera prudente entablar contactos al margen de ellos?

—En condiciones normales no lo haría. En este caso, sin embargo, usted está mejor informado del proyecto de búsqueda. Además, ya se ha reunido con el presidente Hasan en cuatro ocasiones distintas y mantiene una estrecha relación con Hala Kamil. En pocas palabras, es el hombre más adecuado para esta misión.

El senador alzó las manos con resignación.

—El Senado no tiene pendientes votaciones importantes en los próximos días y mis colaboradores pueden ocuparse de los asuntos políticos. Si me permite utilizar un avión del gobierno, puedo salir de Washington el martes a primera hora, reunirme con Hasan por la noche y estar de vuelta para informarle el miércoles a media tarde.

—Gracias, George, es usted un buen colaborador. —El presidente hizo una pausa y, a continuación, hizo saltar la trampa—. Hay otra cosa…

—Siempre la hay —suspiró el senador.

—Me gustaría que informara al presidente Hasan, en privado y bajo el más estricto secreto, de que puede contar con mi plena colaboración en el caso de que decida eliminar a Yazid.

El senador Pitt replicó con voz conmovida.

—¿Desde cuándo se mezcla la Casa Blanca en asesinatos políticos? Le suplico, señor presidente, que no mancille su cargo rebajándose al nivel de Yazid y otros terroristas.

—Si alguien hubiera tenido la previsión de quitar de en medio a Jomeini hace doce años, Oriente Medio sería hoy un lugar mucho más pacífico.

—Lo mismo podría haber dicho el rey de Inglaterra sobre George Washington y las colonias de la Corona en 1778.

—Dejemos el tema, George. Podríamos pasarnos el día haciendo comparaciones. La decisión final corresponde a Hasan. Él tiene que dar la orden.

—Una mala idea —dijo el senador—. Tengo profundas dudas sobre la conveniencia de este ofrecimiento. Si se produjera alguna filtración en el tema, podría tener graves repercusiones en su presidencia.

—Respeto su consejo y su sinceridad. Por eso es el único hombre a quien puedo confiar la transmisión de ese mensaje.

El senador se dio por vencido ante su insistencia.

—Haré lo que me pide y expondré con gusto a Hasan la propuesta referente a la biblioteca, pero no espere de mí que lo incite a autorizar el asesinato de Yazid, aunque éste merezca la muerte.

—Me ocuparé de que el personal de Hasan esté advertido de su llegada —intervino.

El presidente se puso en pie tras el escritorio, indicando con ello el final de la entrevista. Después, estrechó la mano del senador.

—Se lo agradezco mucho, amigo mío. Esperaré impaciente su informe del miércoles por la tarde. Cenaremos juntos lo más temprano posible.

—Hasta entonces, señor presidente.

—Que tenga un buen vuelo.

Cuando el senador Pitt abandonó el despacho Oval, tuvo la terrible sensación de que era muy posible que el presidente tuviera que cenar solo el miércoles por la noche.

33

El Lady Flamborough entró suavemente en el pequeño puerto de Punta del Este pocos minutos antes de que el sol se pusiera tras el horizonte, bajo una leve brisa del sur que apenas hacía ondear la bandera británica de su popa.

La nave era un hermoso crucero, de líneas elegantes y diseño muy cuidado, dotado de una superestructura aerodinámica. Rompía con los tradicionales cascos negros y el blanco habitual en la superestructura de los buques británicos. Estaba pintado por entero con un suave azul pizarra, con unas franjas de colores púrpura real y rojo borgoña en la chimenea, muy inclinada hacia atrás.

Perteneciente a una nueva generación de cruceros estilizados y no muy grandes, el *Lady Flamborough* tenía más bien el aspecto de un yate de lujo. Su esbelto casco de cien metros de eslora contenía los elementos más suntuosos incorporados a un barco y sus apenas cincuenta espaciosas suites podían acoger como máximo a cien pasajeros, atendidos por igual número de tripulantes.

Sin embargo, en la travesía desde su puerto base en San Juan, Puerto Rico, el crucero no había transportado pasaje.

—Dos grados a babor —indicó el práctico, de tez oscura.

—Dos grados a babor —repitió el timonel.

El práctico, con su amplia camisa color caqui y sus pantalones cortos, dio sus órdenes en el puente y mantuvo la vista puesta en la barra de tierra que cerraba la bahía hasta que la barra quedó tras la popa del *Lady Flamborough*.

—Empiece a virar a estribor rumbo cero-ocho-cero.

El timonel repitió obedientemente la orden y el barco maniobró lentamente hasta alcanzar el nuevo rumbo.

El puerto estaba repleto de yates y otros cruceros que lucían guirnaldas de gallardetes multicolores, triangulares y en cola de golondrina. Algunos de los barcos habían sido fletados como hoteles flotantes para la conferencia, y los demás llevaban a bordo su habitual pasaje de turistas en vacaciones.

A menos de media milla del amarradero, el práctico ordenó poner los motores en punto muerto. La lujosa embarcación se deslizó por las tranquilas aguas llevada por el impulso, reduciendo la distancia y deteniéndose poco a poco. Satisfecho, el práctico comunicó unos datos a tierra por el radiotransmisor portátil.

—Estamos en posición. Marcha lenta a popa y soltar el ancla.

La orden fue transmitida a proa y el ancla se hundió en el agua mientras el barco se movía ligeramente marcha atrás. Cuando el ancla quedó sujeta en el fondo del puerto, se recogió la cadena hasta tensarla y el práctico dio la orden de detener los motores.

El capitán Oliver Collins, un hombre delgado y erguido como una vara, con su uniforme blanco de corte impecable, asintió al práctico en señal de respeto y le tendió la mano.

—Una entrada perfecta, como siempre, señor Campos.

El capitán Collins conocía al práctico desde hacía casi veinte años, pero nunca se dirigía a nadie —ni siquiera a sus mejores amigos— por el nombre de pila.

—Si el barco midiera treinta metros más, no sería capaz de hacerlo entrar —respondió Harry Campos con una sonrisa que dejó al descubierto una dentadura amarillenta por el tabaco. Su acento era más irlandés que español—. Lamento no poder llevarlo hasta el amarradero, pero he recibido órdenes de dejarlo amarrado en las aguas del puerto.

—Por razones de seguridad, imagino —comentó Collins.

Campos encendió una colilla de habano.

—Esta reunión de personalidades ha puesto patas arriba la ciudad entera. Por cómo actúa la policía, se diría que hay un francotirador detrás de cada palmera.

Collins contempló por los ventanales del puente la ciudad más allá de los muelles.

—No me quejo. El barco acogerá a los presidentes de México y de Egipto durante la conferencia.

—¿De veras? —murmuró Campos—. Entonces, no me extraña que hayan decidido mantenerlo apartado de la orilla.

—¿Puedo ofrecerle una copa en mi camarote? O, mejor aún, dada la hora, ¿me haría el honor de cenar conmigo?

—Lo siento, capitán —respondió Campos moviendo la cabeza en señal de negativa. Tras una pausa, señaló las numerosas embarcaciones que abarrotaban el puerto—. Le agradezco la invitación, pero tengo mucho trabajo. Tal vez en su próxima escala.

Campos cumplimentó los documentos para el pago y los entregó al capitán Collins, quien estampó su firma. Campos contempló las inmaculadas cubiertas del crucero por los ventanales del puente de popa.

—Un día de éstos me tomaré unas vacaciones y embarcaré en este crucero como pasajero.

—Hágamelo saber —dijo Collins—. Me ocuparé de que la compañía cubra todos los gastos.

—Una oferta muy tentadora. Si se lo digo a mi esposa, no me dejará en paz hasta que la aproveche.

—Será un placer, señor Campos. Ya sabe, cuando usted guste.

La lancha del práctico se acercó al flanco del *Lady Flamborough* y Campos saltó a ella desde el pie de la escalerilla de embarque. Cuando la lancha arrancó y puso proa al mar para conducir a puerto al siguiente barco, el práctico saludó agitando la mano.

—Es el mejor viaje que he hecho desde que navego. —El comentario provenía del primer oficial de Collins, Michael Finney, quien añadió—. La tripulación completa y ningún pasajero. Durante los seis últimos días, he creído que había muerto y estaba en el paraíso.

Las órdenes de la compañía exigían que los oficiales pasaran casi tanto tiempo entreteniendo a los pasajeros como gobernando la nave, y esas relaciones sociales eran un deber que Finney odiaba profundamente. Buen marino, permanecía apartado del comedor principal cuanto le era posible; prefería comer con sus compañeros oficiales o dedicarse a inspeccionar el barco.

Finney no tenía, precisamente, el aspecto del animador de las fiestas. Era un hombre grande y corpulento, con un pecho como un tonel que parecía a punto de reventar los estrechos confines del uniforme.

—No puedo entender que desee usted perderse la alegría de relacionarse con la gente e intercambiar chismes y cotilleos —comentó Collins con sarcasmo. Finney respondió con una mueca de desagrado.

—No sería tan terrible si, al menos, no se pasaran el rato haciendo las mismas preguntas estúpidas.

—Cortesía y respeto en el trato con los pasajeros, señor Finney —le recordó Collins con tono admonitorio—. Tenga cuidado con sus modales durante los próximos días, pues vamos a tener a bordo a varios líderes y estadistas extranjeros.

Finney no respondió y volvió la vista hacia los elevados edificios modernos que se alzaban tras los chalets al borde del agua.

—Cada vez que veo la ciudad —comentó con voz apenada—, han levantado otro hotel.

—Es cierto, nació usted en Uruguay.

—Sí, nací al oeste de Montevideo. Mi padre era representante de una empresa de maquinaria de Belfast.

—Debe de alegrarle volver a casa —comentó Collins.

—En realidad, no. Me enrolé en un carguero de mineral panameño cuando tenía dieciséis años. Mis padres han muerto y no queda nadie de mis amistades de la infancia —hizo una pausa y señaló por el cristal del puente una lancha que se aproximaba—. Ahí vienen los condenados inspectores de aduanas e inmigración.

—Dado que no llevamos pasajeros y la tripulación no bajará a tierra —dijo Collins—, supongo que las formalidades se reducirán a estampar un sello.

—Los inspectores sanitarios son los peores.

—Avise al sobrecargo, señor Finney. Después, acompañe a los inspectores a mi camarote.

—Disculpe, capitán, pero ¿no es un poco excesivo? Quiero decir si es preciso recibir a unos meros funcionarios de aduanas en el camarote del capitán…

—Tal vez tenga razón, pero quiero que no haya ningún problema con la burocracia mientras estemos en el puerto. Nunca sabe uno cuándo puede necesitar un favor.

—Sí, señor.

Anochecía cuando los funcionarios de aduanas e inmigración situaron su lancha al costado del *Lady Flamborough* y subieron por la escalerilla de embarque. De pronto, se encendieron las luces del barco e iluminaron sus cubiertas superiores y la superestructura. Amarrado entre las luces de la ciudad y los demás cruceros, el barco relucía como un diamante en un joyero.

Los funcionarios uruguayos, conducidos por Finney, se acercaron a la puerta abierta del camarote del capitán. Collins estudió a los cinco hombres que se acercaban tras su primer oficial. El capitán era un hombre a quien escapaban pocos detalles y no tardó en advertir algo extraño en uno de ellos. El individuo llevaba un sombrero de paja de ala ancha que le ocultaba los ojos e iba enfundado en un mono de trabajo, mientras que el resto iba vestido bastante correctamente con los uniformes oficiales que solía llevar la mayoría de estos funcionarios.

El tipo que destacaba anduvo detrás de los demás sin levantar la vista, con los ojos clavados en los talones del que le precedía. Cuando llegaron a la puerta, Finney se hizo a un lado educadamente y los dejó entrar delante.

Collins se adelantó a recibirlos.

—Buenas noches, caballeros. Bienvenidos a bordo del *Lady Flamborough*. Soy el capitán Oliver Collins.

Los funcionarios recién llegados guardaron un extraño silencio y Collins y Finney intercambiaron una mirada de sorpresa. Entonces, el hombre del mono de trabajo se adelantó y, lentamente, se despojó de él dejando a la vista un uniforme blanco con galones dorados que era una copia exacta del que llevaba Collins. Después, se quitó el sombrero de paja y lo reemplazó por una gorra a juego con el uniforme.

Collins, normalmente imperturbable, por un instante pareció paralizado por la sorpresa. Era como si se estuviera viendo en un espejo. El desconocido habría podido pasar fácilmente por su hermano gemelo.

—¿Quién es usted? —exigió saber Collins—. ¿Qué está pasando aquí?

—No es preciso citar nombres —respondió Suleiman Aziz Ammar con una sonrisa tranquilizadora—. Y lo que estoy haciendo es tomar el mando de su barco.

34

La clave para el éxito de cualquier operación clandestina es el factor sorpresa. Y el abordaje por sorpresa del *Lady Flamborough* fue un éxito total. Salvo el capitán Collins, el primer oficial Finney y un desconcertado sobrecargo, que fueron atados, amordazados y confinados en el camarote del primer oficial bajo una estrecha vigilancia, ninguno de los demás oficiales o tripulantes llegó a tener la más remota idea de que su nave acababa de ser secuestrada.

Ammar había calculado perfectamente el tiempo de la operación. Los auténticos inspectores de aduanas uruguayos aparecieron sólo doce minutos más tarde. Los recibió como si fueran viejos conocidos, simulando ser Collins con su maquillaje y su disfraz casi perfecto. Los hombres que había escogido para hacer el papel de Finney y del sobrecargo permanecieron en las sombras. Ambos eran experimentados oficiales de barco y guardaban un considerable parecido con los hombres cuyos lugares ocupaban. Contados miembros de la tripulación habrían advertido las diferencias faciales a más de tres metros de distancia.

Los funcionarios uruguayos firmaron las autorizaciones oportunas y pronto abandonaron el crucero. Ammar llamó al segundo y tercer oficial al camarote del capitán. Aquélla sería su primera prueba, y la más importante de todas. Si pasaba la inspección sin despertar sospechas, la participación de aquellos hombres como inocentes cómplices sería muy valiosa para llevar a cabo el complejo plan que debía desarrollarse durante las siguientes veinticuatro horas.

Maquillarse para parecerse a Dale Lemke, el piloto del vuelo Nébula 106, no había sido un proceso difícil. Ammar había obtenido un vaciado en yeso del rostro de Lemke después de matarlo. En cambio, disfrazarse para hacerse pasar por el capitán del *Lady Flamborough* había sido muy distinto: se había visto obligado a trabajar a partir de sólo ocho fotografías de Collins obtenidas apresuradamente por uno de sus agentes en Gran Bretaña. También tuvo que inyectarse una sustancia que elevara su tono de voz a un nivel idéntico al recogido en las grabaciones de la voz de Collins.

Contrató a un buen artista para que esculpiera un doble del rostro de Collins a partir de las fotos y sacó moldes de la escultura. Después, comprimió entre los moldes una capa de látex natural teñido para imitar el color de piel del capitán

Collins, hasta que se produjo la gelación, y pasó la máscara por el horno. Luego, alisó y se colocó cuidadosamente la máscara de látex utilizando una mezcla de ceras y resinas para copiar las diferencias de detalle en la estructura facial.

A continuación, Ammar se aplicó unas prótesis de espuma en orejas y nariz, añadiendo el maquillaje. Por último, se colocó un peluquín del color, corte y peinado correctos, unas lentillas de contacto del mismo color que los ojos de Collins, una dentadura falsa y, con todo ello, se convirtió en la viva imagen del capitán del crucero.

Ammar no tuvo tiempo de estudiar en profundidad la personalidad de Oliver Collins ni de fijarse en sus hábitos y gestos característicos. Hubo de contentarse con un cursillo acelerado sobre tareas de a bordo y con memorizar el nombre y el rostro de todos los oficiales del crucero. No tenía más remedio que correr el riesgo, en la seguridad de que la tripulación no tenía la menor razón para desconfiar. Tan pronto como los dos oficiales se presentaron en el camarote del capitán, Ammar empezó a actuar para inclinar la balanza a su favor.

—Caballeros, disculpen mi voz y mi aspecto un tanto indispuesto, pero creo que he pillado la gripe.

—¿Hago llamar al médico de a bordo? —preguntó el segundo oficial, Herbert Parker, un hombre en buena forma física, bronceado, con un rostro juvenil barbilampiño que sólo parecía necesitar de la cuchilla de afeitar los domingos.

Casi había cometido un error, se dijo Ammar. Un doctor que tratara a Collins se daría cuenta de la mascarada al instante.

—Ya me ha dado píldoras suficientes para acabar con un elefante. Me siento lo bastante en forma para ocuparme de mis obligaciones.

El tercer oficial, un escocés que llevaba el insólito nombre de Isaac Jones, apartó de su despejada frente un mechón de cabello intensamente pelirrojo.

—¿Podemos hacer algo por usted?

—Sí, señor Jones, en efecto —respondió Ammar—. Nuestros importantes pasajeros llegarán mañana por la tarde. Se encargará usted de darles la bienvenida. No tenemos a menudo el honor de recibir a dos presidentes y estoy seguro de que la compañía espera de nosotros que llevemos a cabo una ceremonia de primera categoría.

—Sí, señor —respondió Jones—. Confíe en que lo será.

—Señor Parker.

—¿Capitán?

—Dentro de una hora llegará una lancha de desembarco para transferirnos un cargamento por cuenta de la compañía. Se encargará usted de las operaciones de carga. También subirá a bordo esta noche un grupo de agentes de seguridad. Ocúpese de acomodarlos, por favor.

—Resulta sorprendente que llegue un cargamento sin previo aviso, ¿no le parece, señor? Además, tenía entendido que los agentes de seguridad egipcios y

mexicanos no llegarían hasta mañana a primera hora.

—Los designios de los directivos de nuestra compañía son inescrutables —dijo Ammar filosóficamente—. En cuanto a nuestros invitados armados, también son órdenes de la compañía. Desean tener su propio personal de seguridad a bordo por si surge algún problema.

—Una cuestión de quién vigila al vigilante.

—Algo así. Creo que la Lloyd's exigía unas precauciones extra bajo la amenaza de aumentar nuestra póliza de seguros a cifras astronómicas.

—Entiendo.

—¿Alguna pregunta, caballeros?

No había ninguna y los dos oficiales dieron media vuelta para marcharse.

—Una cosa más, Herbert —dijo Ammar—. Por favor, embarquen el cargamento lo más deprisa y silenciosamente que puedan.

—Así se hará, señor.

Cuando ya no los podía oír desde la cubierta, Parker se volvió hacia Jones.

—¿Has oído eso? ¡Me ha llamado por el nombre! ¿No te parece extraño?

Jones se encogió de hombros con indiferencia.

—Debe de estar más enfermo de lo que pensábamos.

La lancha de desembarco se acercó al crucero hasta colocarse bajo una pequeña grúa. La operación de carga transcurrió sin problemas. El resto de los hombres de Ammar, vestidos con traje y corbata, subieron también a bordo y fueron repartidos entre cuatro suites vacías.

A medianoche, la lancha de desembarco se alejó en la oscuridad hasta desaparecer. La grúa del *Lady Flamborough* fue guardada en la bodega, fuera de la vista, y las grandes compuertas dobles de carga volvieron a cerrarse.

Ammar dio cinco golpes a la puerta del camarote de Finney y esperó. La puerta se abrió unos milímetros y, a continuación, el guardia se apartó. Ammar dio un rápido vistazo a un lado y a otro del pasillo y entró.

A una indicación suya, el guardia se adelantó y arrancó el esparadrapo que tapaba la boca del capitán Collins.

—Lamento las molestias, capitán, pero supongo que sería una pérdida de tiempo pedirle que me diera su palabra de no intentar escapar o advertir a su tripulación.

Collins, sentado muy erguido en una silla con los brazos y las piernas encadenados a ella, lanzó una mirada asesina a Ammar.

—¡Sórdido desperdicio de sumidero!

—Los insultos de ustedes los británicos tienen una gran calidad literaria sorprendente y admirable —replicó Ammar—. Un norteamericano se habría limitado a soltar una sola palabra para expresar la misma idea.

—¡No espere la menor colaboración mía o de mis oficiales!

—¿Ni siquiera si ordeno a mis hombres que le corten el cuello a las mujeres que forman parte de la tripulación, una por una, y que arrojen los cuerpos a los tiburones?

Finney hizo el gesto de lanzarse hacia Ammar pero el guardia se apresuró a golpear los genitales del primer oficial con la culata de su fusil automático. Finney cayó hacia atrás en su silla con un gemido sofocado y los ojos vidriosos de dolor.

Collins no apartó la mirada de Ammar un solo instante.

—Cuidado, capitán. No está tratando con unos jóvenes ignorantes cuyo objetivo es matar infieles —explicó Ammar con voz paciente—. Somos profesionales de primera clase. Esto no es una repetición del desafortunado episodio del *Achille Lauro* de hace unos años. No tenemos intención de matar a nadie: nuestro propósito es, sencillamente, tomar prisioneros a los presidentes Hasan y De Lorenzo y a sus colaboradores para pedir un rescate. Si no se interpone usted en nuestro camino, realizaremos las negociaciones con los respectivos gobiernos y desapareceremos sin que nadie sufra daños.

Collins estudió el rostro de Ammar, idéntico al suyo, en busca de algún indicio de que el árabe mentía. Sin embargo, los ojos de su interlocutor reflejaban una absoluta sinceridad. El capitán no podía saber que Ammar era un maestro del engaño y de la teatralidad.

—Pero, si me resisto, no vacilará en matar a mi tripulación.

—Y a usted también, por supuesto.

—¿Qué quiere de mí?

—En realidad, de usted no quiero nada. El señor Parker y el señor Jones me han aceptado como Oliver Collins. De quien requiero los servicios es de su primer oficial, Finney. Le ordenará usted que obedezca mis órdenes.

—¿Por qué Finney?

—He abierto el archivo de su camarote y he estudiado los expedientes personales de los oficiales. Finney conoce bien estas aguas.

—No entiendo qué pretende.

—No podemos correr el riesgo de llamar a un práctico —explicó Ammar—. Mañana, cuando haya oscurecido, Finney se hará cargo del timón y conducirá la nave a mar abierto a través del canal.

Collins reflexionó con calma y movió lentamente la cabeza en gesto de negativa.

—Cuando las autoridades portuarias adviertan la maniobra, cerrarán la bocana y le impedirán salir aunque amenace con matar a todos los ocupantes del barco.

—Un barco sin luces puede escapar sin ser visto en una noche oscura —le aseguró Ammar.

—¿Y hasta dónde cree que podrá llegar? Cuando amanezca, tendrá a todas las patrulleras acosándolo en cien millas a la redonda.

—No nos encontrarán.

—¡Está loco! —exclamó Collins, algo desconcertado—. Un barco como el *Lady Flamborough* no se puede ocultar.

—Tiene razón —asintió Ammar mientras asomaba a sus labios una sonrisa fría, astuta—. Pero puedo hacerlo invisible.

Jones estaba inclinado sobre el escritorio de su camarote tomando notas para las ceremonias de recepción de la mañana siguiente cuando Parker llamó a la puerta y entró. Se lo veía cansado y llevaba el uniforme bañado en sudor.

Jones se volvió a mirarlo.

—¿Ya han terminado las tareas de carga?

—Sí, a Dios gracias.

—¿Le apetece una última copa?

—¿Un trago de ese excelente whisky escocés de malta?

Jones se incorporó del asiento y extrajo una botella de un cajón del armario. Llenó dos vasos y pasó uno a Parker.

—Tómelo de esta manera —dijo—: Se ha ahorrado una guardia de madrugada en el puente.

—Hubiera preferido eso a ocuparme de la carga —replicó Parker con voz cansada—. ¿Y usted?

—Acabo de salir de servicio.

—No lo habría molestado si no hubiese visto luz por la portilla.

—Estaba terminando de repasar unos detalles para asegurarme de que mañana todo saldrá como es debido.

—No encuentro a Finney y he creído que debía hablar con alguien.

Por primera vez, Jones advirtió la expresión de desconcierto en los ojos de Parker.

—¿Le preocupa algo? —preguntó.

Parker apuró el whisky y miró fijamente el vaso vacío.

—Acabamos de subir a bordo la carga más extraña que he visto nunca en un crucero de pasajeros.

—¿En qué consistía esa carga? —preguntó Jones, picado por la curiosidad. Parker se sentó y permaneció inmóvil, sacudiendo únicamente la cabeza.

—Equipo de pintura. Compresores de aire, brochas, rodillos y cincuenta bidones, supongo de pintura.

—¿De qué color? —no pudo evitar preguntar Jones.

—No sé —respondió Parker, sin dejar de mover la cabeza—. Los bidones van rotulados en español.

—No me parece un cargamento tan extraño. Tal vez la compañía quiere tenerlo a mano cuando el *Lady Flamborough* entre en puerto para alguna reparación.

—El equipo de pintura sólo es una parte de lo que hemos subido a bordo. También hemos transbordado enormes rollos de plástico.

—¿Plástico? —repitió Jones.

—Y grandes láminas de fibra de vidrio —añadió Parker—. Debemos de haber cargado kilómetros de esas planchas. Apenas pasaban por las compuertas de carga de las bodegas y hemos estado más de tres horas sólo para hacerles sitio.

Jones fijó la mirada en su vaso con los ojos semicerrados.

—¿Qué cree que pretende hacer la compañía con ese material?

Parker alzó la vista hacia Jones con una mueca de perplejidad.

—No tengo la más remota idea.

35

Los agentes de seguridad egipcios y mexicanos subieron a bordo poco después del amanecer y procedieron a inspeccionar el barco en busca de explosivos ocultos y a echar un rápido vistazo a los expedientes de los miembros de la tripulación en busca de alguna indicación sobre la presencia de un posible asesino. Salvo algunos indios y paquistaníes, los miembros de la tripulación eran británicos y no tenían ningún asunto pendiente con los Gobiernos de Egipto ni de México.

Todos los componentes del grupo terrorista de Ammar hablaban correctamente el inglés y colaboraron de buena gana en la investigación, presentando sin dilaciones sus pasaportes británicos falsificados y sus documentos acreditativos como agentes de seguridad de la compañía naviera, y ofreciendo su ayuda para la inspección del barco.

El presidente De Lorenzo subió a bordo por la mañana. Era un hombre de baja estatura que rondaba los sesenta, de constitución robusta, con un cabello cano despeinado por el viento y unos ojos oscuros de expresión abatida, que ofrecía el aspecto de un intelectual condenado a una institución psiquiátrica. En sus rasgos faciales se apreciaba la influencia de sus antepasados españoles.

Salió a recibirlo Ammar quien, disfrazado de capitán Collins, llevó a cabo una actuación merecedora de un premio. La orquesta del barco interpretó el himno nacional mexicano a continuación, De Lorenzo y su equipo de colaboradores fueron escoltados hasta sus suites, en el costado de estribor del *Lady Flamborough*.

A media tarde, un yate perteneciente a un rico exportador egipcio se situó al costado del crucero y el presidente Hasan subió a bordo. El líder egipcio era la otra cara de la moneda con respecto a su equivalente mexicano. Era más joven, pues acababa de cumplir cincuenta y cuatro años, y tenía el cabello negro y ralo. Alto y delgado, caminaba no obstante con los movimientos vacilantes de un hombre enfermo. Sus ojos oscuros y lacrimosos parecían mirarlo todo a través de un filtro de suspicacia.

Se repitió el ceremonial y el presidente Hasan, con su séquito, fue conducido a las suites que ocupaban la mitad de babor del crucero.

Más de cincuenta jefes de estado del Tercer Mundo habían llegado a Punta

del Este para la cumbre económica. Algunos habían decidido alojarse en regias fincas propiedad de ciudadanos de sus respectivos países o en el selecto club de campo Cantegril. Otros prefirieron la tranquilidad de los cruceros amarrados frente al puerto.

Diplomáticos y periodistas visitantes abarrotaron pronto las calles y los restaurantes para preocupación de los funcionarios uruguayos, que no estaban seguros de poder ocuparse de las numerosas personalidades extranjeras presentes en la ciudad, además de atender a la habitual entrada de turistas. Las fuerzas militares del país y las unidades de policía hicieron lo posible por controlar la situación, pero pronto se vieron desbordadas por la oleada humana que invadía las calles y abandonaron todo intento de controlar el tráfico, concentrando sus esfuerzos en la protección de los líderes reunidos para la cumbre.

Ammar contempló la bulliciosa ciudad desde el ala de estribor del puente a través de los prismáticos. Después, bajándolos un momento, consultó el reloj de su muñeca.

Ibn, su íntimo amigo, lo observó detenidamente.

—¿Estás contando los minutos que faltan para el crepúsculo, Suleiman Aziz?

—El sol se pondrá dentro de cuarenta y tres minutos —respondió Ammar sin volverse.

—Las aguas están muy concurridas esta noche, Ammar —comentó Ibn, señalando hacia la flota de pequeñas embarcaciones que surcaban el puerto, ocupadas por periodistas que solicitaban entrevistas y por turistas que esperaban descubrir la presencia de alguna celebridad internacional.

—No dejes subir a nadie a bordo, salvo a los delegados egipcios y mexicanos de los séquitos de De Lorenzo y de Hasan.

—¿Y si alguien quiere bajar a tierra antes de abandonar el puerto?

—Permite que lo haga —dijo Ammar—. La rutina a bordo debe parecer totalmente normal. La confusión en la ciudad nos favorece; no nos echarán en falta hasta que sea tarde.

—Las autoridades portuarias no son estúpidas. Si no ven encenderse nuestras luces después del anochecer, investigarán.

—Les notificaremos que nuestro generador principal está en reparación. —Ammar señaló hacia otro crucero anclado más lejos de la orilla, entre el *Lady Flamborough* y la península que cerraba el puerto—. Desde la costa, las luces de ese barco parecerán las nuestras.

—A menos que alguien mire con la suficiente atención.

—Sólo necesitamos una hora para alcanzar el mar abierto —insistió Ammar, encogiéndose de hombros—. Los servicios de seguridad uruguayos no emprenderán una búsqueda fuera del puerto antes del amanecer.

—Si queremos eliminar a tiempo a los agentes de seguridad egipcios y

mexicanos —dijo Ibn—, debemos empezar enseguida.

—¿Las armas llevan silenciadores adecuados?

—Nuestros disparos no harán más ruido que una palmada.

Ammar dirigió una penetrante mirada a Ibn y le advirtió:

—Sigilo y silencio, amigo mío. Utiliza todos los engaños necesarios para aislarlos y quitarlos de en medio uno a uno. Nada de voces ni de gritos. Si alguien escapa por la borda y alerta a las fuerzas de seguridad de tierra, todos moriremos. Asegúrate de que tus hombres lo entienden.

—Para el trabajo de esta noche necesitaremos todos los brazos fuertes y las espaldas anchas que podamos reunir.

—Entonces, ha llegado el momento de ganarnos el sueldo y llevar a Yazid al poder en Egipto.

Los guardaespaldas egipcios fueron los primeros en ser eliminados. Como no tenían ninguna razón para desconfiar de los falsos agentes de seguridad de Ammar, no fue difícil atraerlos a las suites vacías de pasajeros, que pronto se convirtieron en auténticos mataderos.

Para conducir a los guardaespaldas, los hombres de Ammar utilizaron cualquier treta que tuviera un gramo de credibilidad. La mentira que mejor funcionó fue la de hacerles creer que uno de los funcionarios de alto rango había sido víctima de un envenenamiento en la comida y que el capitán del barco exigía su presencia.

Una vez que los agentes egipcios cruzaban el umbral, la puerta se cerraba y uno de los secuestradores les disparaba fríamente a quemarropa en el corazón. Mientras se procedía a limpiar rápidamente la sangre, los cuerpos iban amontonándose en un dormitorio contiguo.

Cuando llegó el turno a los mexicanos, dos de los guardaespaldas de De Lorenzo se negaron a entrar en la suite, algo recelosos. Sin embargo, ambos fueron reducidos rápidamente y pasados a cuchillo en un corredor vacío antes de que pudieran dar la alarma.

Uno a uno, hasta un total de doce, los agentes de seguridad de los dos mandatarios encontraron la muerte. Al final quedaron sólo dos egipcios y tres mexicanos montando guardia ante las suites de sus líderes.

La oscuridad caía ya desde el este cuando Ammar se despojó del uniforme del capitán del barco y se enfundó un mono de trabajo de algodón negro. A continuación, se quitó la capa de látex con la que se había disfrazado y se cubrió el rostro con una pequeña máscara de bufón.

Estaba ajustándose al cuerpo un pesado cinturón que contenía dos pistolas automáticas y una radio portátil cuando Ibn llamó a la puerta y penetró en el camarote.

—Quedan cinco —informó—. Sólo podemos liquidarlos mediante ataques directos.

—Buen trabajo —dijo Ammar, dirigiendo una mirada a Ibn—. Ya no es preciso seguir con subterfugios. Acaba con esos guardaespaldas, pero advierte a nuestros hombres que tengan cuidado. No quiero que Hasan o De Lorenzo mueran accidentalmente.

Ibn asintió y dio la orden a uno de los hombres, que esperaba al otro lado de la puerta. Luego, se volvió de nuevo hacia Ammar con una sonrisa de confianza.

—Considera tomado el barco.

Ammar señaló un gran cronómetro de metal situado sobre el escritorio del capitán.

—Zarparemos dentro de treinta y siete minutos. Reúne a todos los pasajeros y a la tripulación, salvo los maquinistas del barco. Ocúpate de que la dotación de la sala de máquinas esté preparada para ponerse a trabajar cuando dé la orden. Concentra a los demás en el comedor principal. Es hora de presentarnos y dar a conocer nuestras exigencias.

Ibn no respondió. Permaneció donde estaba, inmóvil, con una sonrisa que dejó al descubierto todos sus dientes.

—Alá nos ha bendecido con una gran fortuna —dijo por fin. Ammar lo miró fijamente.

—Sabremos mejor si nos ha bendecido de aquí a cinco días.

—Ya nos ha enviado un buen presagio. Ella está aquí.

—¿Ella? ¿A quién te refieres?

—Hala Kamil.

Al principio, Ammar no le entendió. Después, no pudo creer lo que oía.

—¿Kamil? ¿Está aquí, en el barco?

—Ha subido a bordo hace menos de diez minutos —anunció Ibn con una sonrisa radiante—. La tengo bajo guardia en uno de los camarotes de la tripulación femenina.

—Alá es realmente bondadoso —murmuró Ammar, incrédulo.

—Sí. Ha enviado la mosca a la araña —dijo Ibn lóbregamente— y te ha proporcionado una segunda oportunidad para acabar con ella en nombre de Ajmad Yazid.

Cuando ya caía la oscuridad, una ligera lluvia tropical aclaró la atmósfera y se alejó hacia el norte. En las calles de Punta del Este y a bordo de las naves del puerto, las luces empezaban a brillar y salpicaban el agua con sus parpadeos y reflejos.

Al senador Pitt le pareció extraño que no se viera nada en el *Lady Flamborougb* salvo su silueta contra el deslumbrante resplandor de la nave

amarrada tras el crucero. Éste parecía a oscuras y desierto cuando la lancha pasó junto a su popa y se detuvo junto a la escalerilla de abordaje.

Con un maletín por todo equipaje, el senador dio un breve salto a la estrecha plataforma. Apenas había subido un par de peldaños cuando la lancha se separó del crucero para regresar hacia la zona del muelle. Llegó a la cubierta y la encontró desierta. Allí había un error terrible. Lo primero que le pasó por la cabeza fue que se había equivocado de barco.

Los únicos sonidos, los únicos sonidos de vida, eran de una voz procedente de algún punto del interior de la superestructura que surgía por el sistema de megafonía, y el murmullo de los generadores en las entrañas del buque.

Se volvió para llamar a la lancha pero ésta ya se había alejado demasiado para que pudieran oírlo por encima del ruido del tubo de escape del viejo motor diesel. Una figura vestida con un mono negro salió de las sombras empuñando un fusil automático con el que apuntaba al estómago del senador.

—¿Es éste el *Lady Flamborough*? —preguntó el senador.

—¿Quién es usted? —replicó la voz en un susurro—. ¿Qué hace aquí?

El centinela permaneció donde estaba, con el fusil en la misma posición, contemplando con la cabeza ligeramente ladeada al senador mientras éste explicaba su presencia.

—El senador George Pitt, dice. Un norteamericano. No lo esperábamos.

—El presidente Hasan estaba al corriente de mi llegada —dijo el senador en tono impaciente—. Haga el favor de bajar el arma y conducirme a su camarote.

Los ojos del centinela emitieron un destello de suspicacia al reflejar las luces de la costa.

—¿Viene alguien más con usted?

—No, estoy solo.

—Debe volver a tierra.

El senador señaló con un gesto de cabeza la lancha que se alejaba.

—Mi transporte se ha marchado.

El centinela pareció replantearse la situación. Por último, bajó el arma y anduvo unos pasos en silencio por cubierta hasta detenerse junto a una puerta. Una vez allí, extendió una mano y señaló el maletín.

—Por aquí —cuchicheó, como si estuviera contando algún secreto—. Déme su maletín.

—Son documentos oficiales —se limitó a responder el senador. Asió el maletín con ambas manos y se abrió paso apartando al centinela.

Se dio de bruces contra una tupida cortina negra, la apartó a un lado y se encontró ante un comedor-salón de baile de unos dos mil metros cuadrados. La enorme sala tenía grandes paredes de madera de roble y el mobiliario recordaba las mansiones inglesas. Un pequeño ejército de individuos, unos de pie y otros sentados, vestidos con traje y corbata o con uniforme de tripulantes, se volvieron

al unísono a mirarlo como si fuera la pelota de un partido de tenis.

Repartidos junto a las paredes, silenciosos y absolutamente serios, había nueve hombres vestidos iguales, con monos negros y el calzado deportivo del mismo color. Y cada uno de esos hombres llevaba colgada del hombro un arma automática cuyo cañón apuntaba, moviéndose de uno a otro, al grupo de cautivos.

—Bienvenido —dijo la voz amplificada de una figura situada en un escenario frente a un micrófono, un individuo que no se distinguía de los nueve hombres armados salvo en la máscara cómica que cubría su rostro. Sin embargo, las muestras de humor terminaron allí, bruscamente—. Por favor, identifíquese.

—¿Qué sucede aquí? —dijo el senador, contemplando la escena desconcertado.

—Por favor, responda a mi pregunta —insistió Ammar con helada educación.

—Senador George Pitt, del Congreso de Estados Unidos. Estoy aquí para mantener una conversación con el presidente Hasan de Egipto. Me han dicho que estaba a bordo de este barco.

—Encontrará al presidente Hasan sentado en la primera fila.

—¿Qué hacen esos hombres apuntando con sus armas a los demás?

Ammar fingió una displicente paciencia.

—Yo creía, senador, que la razón era obvia. Acaba de meterse sin saberlo en mitad de un secuestro.

Una creciente incomprensión se adueñó del senador Pitt, acompañada de los primeros asomos de aturdido miedo. Avanzó como hipnotizado, dejó atrás al capitán Collins y a sus oficiales, y contempló los rostros pálidos y familiares de los presidentes Hasan y De Lorenzo. Se detuvo bruscamente y vio los ojos abatidos de Hala Kamil.

En aquel instante, comprendió que iban a morir.

Sin una palabra, pasó el brazo en torno a los hombros de Hala y ella lo apartó con un súbito gesto de ira.

—Por el amor de Dios, senador, ¿sabe lo que está haciendo?

—Yo sí conozco muy bien lo que hago —dijo Ammar—. Alá me ha acompañado en cada paso que he dado. En su jerga de póquer, senador, ha endulzado el pote subiendo las apuestas con las inesperadas llegadas de la secretaria general de las Naciones Unidas y, ahora, de un distinguido senador de Estados Unidos.

—Ha cometido un grave error —replicó el senador, desafiante—. No podrá llevar a cabo su plan y vivir para jactarse.

—¡Ah, senador! Puedo, y lo haré.

—¡Imposible!

—De ningún modo imposible —repuso Ammar con una siniestra rotundidad

en su voz—, como pronto verá.

36

Nichols se había puesto el abrigo y estaba terminando de guardar unos documentos en su maletín, antes de marcharse a casa, cuando su secretaria asomó la cabeza por la puerta abierta del despacho.

—Ha llegado alguien de Langley con un recado —anunció.

—Hágalo pasar —dijo Nichols.

Un agente de la CÍA a quien Nichols ya conocía entró en el despacho portando un viejo maletín de cuero pasado de moda.

—Me encuentra por casualidad, Keith —dijo Nichols—. Estaba a punto de irme a casa.

Keith Farquar llevaba gafas de montura de concha y tenía el cabello castaño muy tupido, con un poblado bigote. Nichols se dijo una vez más que aquel hombretón corpulento y serio, de ojos contemplativos, era uno de esos agentes que constituían el más sólido baluarte de la Agencia.

Sin esperar a su invitación, Farquar tomó asiento en una silla, colocó el maletín sobre sus muslos y marcó la combinación de una cerradura que liberaba el pestillo y desconectaba el circuito de un pequeño explosivo incendiario situado en el interior. Sacó del maletín un delgado expediente y lo dejó sobre el escritorio, al alcance de Nichols.

—El señor Brogan me ha encargado decirle que los datos sobre el pasado de Ajmad Yazid son muy escasos. Los detalles biográficos respecto a su nacimiento, sus padres y antepasados, su educación y sus posibles matrimonios o hijos son prácticamente inexistentes, igual que las menciones a su persona en procedimientos legales, sean de naturaleza penal o civil. La mayor parte de lo que ha conseguido saber de él nuestra sección de Oriente Medio procede de descripciones de personas que lo conocieron. Por desgracia, la mayoría de esas personas se convirtieron, por una u otra razón, en enemigos de Yazid y, por tanto, sus testimonios pueden estar influidos por el rencor.

—¿Sabe si la sección de psicología elaboró ya un perfil de nuestro hombre? —preguntó Nichols.

—Al menos, consiguieron un retrato a grandes rasgos. Yazid es tan impenetrable como una tormenta de arena en el desierto. Un velo de seguridad lo mantiene oculto en el misterio. Las entrevistas de los periodistas con gente de su

entorno chocan con una constante ambigüedad y con un muro de silencio.

—Lo cual contribuye a potenciar el espejismo —comentó Nichols.

—Ésa es precisamente la descripción de Yazid en palabras del señor Brogan —asintió Farquar con una sonrisa—. Un espejismo escurridizo.

—Le agradezco que me haya traído el informe —dijo Nichols—. Dé las gracias también a todos los que han contribuido a recopilar la información que les había solicitado.

—Siempre al servicio del cliente. —Farquar cerró los pestillos del maletín y, poniéndose en pie, se dirigió hacia la puerta—. Buenas noches.

—Lo mismo digo.

Nichols llamó a su secretaria. La mujer apareció en la puerta con el abrigo puesto y el bolso en la mano.

—¿Puedo hacer algo por usted antes de irme? —preguntó con voz aprensiva, temiendo que su jefe le pidiera que se quedase a hacer horas extraordinarias por tercera noche consecutiva.

—Por favor, ¿podría llamar a mi esposa antes de irse? —le pidió Nichols—. Dígale que no se preocupe. Yo me encargo de la cena, pero me retrasaré una media hora.

La secretaria emitió un suspiro de alivio.

—Sí, señor, se lo diré. Buenas noches.

—Buenas noches.

Nichols deslizó la pipa entre sus dientes pero no la cargó ni encendió la cazoleta. Dejó el maletín a un lado del escritorio y, sin despojarse del abrigo, se sentó a examinar el expediente de Yazid.

Farquar no había exagerado. Los datos contrastados eran muy escasos. Aunque había gran cantidad de información sobre los últimos seis años, la vida de Yazid antes de su rápida salida del anonimato apenas ocupaba un párrafo. Su primera aparición en los medios de comunicación se había producido al ser detenido por la policía egipcia durante una sentada de protesta por la situación de las masas hambrientas de El Cairo en el vestíbulo de un hotel de lujo para turistas. Desde entonces, había destacado por sus sermones en las zonas más miserables del país.

Ajmad Yazid afirmaba haber nacido en la más absoluta pobreza en una chabola de adobe entre los ruinosos mausoleos de la Ciudad de los Muertos, en un suburbio que se extendía entre los basureros de El Cairo. Su familia, según él, había vivido en el estrecho margen entre la supervivencia y la muerte hasta que su padre y sus dos hermanas habían fallecido de enfermedades provocadas por el hambre y por las infectas condiciones de vida.

Yazid decía no haber tenido otra educación que la recibida durante la adolescencia de labios de venerables eruditos islámicos, aunque no se había podido localizar a ninguno de éstos para que respaldara sus afirmaciones. Ajmad

Yazid proclamaba que el profeta Mahoma hablaba por su boca y transmitía revelaciones divinas a los fieles, exhortándolos a convertir Egipto en un utópico estado islámico.

Dotado de una voz sonora, Yazid sabía encontrar el tono y las palabras adecuadas para extasiar a las multitudes, llevándolas lentamente, a lo largo de sus mítines, hasta un estado de febril paroxismo que alcanzaba su punto culminante al final del discurso. Insistía en que el modo de vida occidental era incapaz de resolver los problemas económicos y sociales de Egipto y predicaba que todos los egipcios eran miembros de una generación perdida que debía reencontrarse a sí misma a través de la visión moral que él propugnaba.

Aunque realizaba vehementes declaraciones en sentido contrario, las pruebas indicaban que no era ajeno al uso del terrorismo para conseguir sus fines. Cinco incidentes separados podían ser atribuidos a Yazid, entre ellos el asesinato de un general de alto rango de las fuerzas aéreas, la explosión de un camión frente a la embajada soviética y la muerte, con el ritual de una ejecución, de cuatro profesores universitarios que habían hablado en favor de Occidente. No se había podido demostrar nada, pero gracias a las informaciones dispersas obtenidas de fuentes musulmanas, los analistas de la CÍA estaban seguros de que Yazid proyectaba un golpe maestro para eliminar al presidente Hasan y hacerse con el poder aprovechando la creciente oleada de aclamación popular.

Nichols dejó el expediente sobre la mesa y, por fin, cargó y encendió la pipa. Una idea difusa, indefinible todavía, surgió de las profundidades de su mente.

Algo relativo a aquel informe le parecía vagamente familiar. Colocó a un lado una fotografía en papel brillante de Yazid dirigiendo a la cámara una malévola mirada.

La respuesta iluminó de pronto a Nichols. Era sencilla y, a la vez, desconcertante.

Descolgó el auricular y marcó el número codificado de un teléfono directo; impaciente, tamborileó con los dedos sobre el escritorio, hasta que una voz contestó al otro extremo de la línea.

—Aquí Brogan.

—Martin, gracias a Dios que aún trabaja a estas horas. Soy Dale Nichols.

—¿Qué puedo hacer por usted, Dale? —respondió el director de la CÍA—. ¿Ha recibido el informe sobre Ajmad Yazid?

—Sí, gracias —dijo Nichols—. Lo he repasado y he descubierto algo en lo que puede ayudarme.

—Cuente con ello. ¿De qué se trata?

—Necesito dos muestras de grupo sanguíneo y huellas dactilares.

—¿Huellas dactilares?

—Exacto.

—Hoy día, utilizamos los códigos genéticos y el ADN para las

identificaciones —respondió Brogan en tono condescendiente—. ¿Necesita esas muestras de sangre y esas huellas por alguna razón en concreto?

Nichols hizo una pausa para ordenar sus pensamientos.

—Si se la digo, Martin, le juro por todos los santos que pensará que necesito una camisa de fuerza.

Yaeger se quitó las gafas de leer, que recordaban las de una abuela, y las guardó en el bolsillo de una chaqueta tejana; revolvió y ordenó de nuevo un montón de informes de ordenador y se acomodó de nuevo en el asiento dando un sorbo de una lata de refresco sin azúcar.

—Nada —dijo, casi con tristeza—. Un esfuerzo totalmente en vano. Una pista de hace mil seiscientos años es demasiado poco sin contar con datos sólidos. El ordenador no puede retroceder en el tiempo y decirte exactamente cómo eran las cosas entonces.

—Tal vez el doctor Gronquist pueda determinar dónde tocó tierra el *Serapis* cuando haya estudiado los objetos que contenía —dijo Lily con optimismo.

Pitt estaba sentado dos filas más abajo que los demás y algunos asientos más cerca de la pared del pequeño anfiteatro de la NUMA.

—He hablado con él hace una hora —se volvió para informarles—. No ha encontrado nada que no sea de origen mediterráneo.

Una proyección tridimensional del océano Atlántico donde aparecían los accidentes geográficos y la irregular geología del fondo marino llenaba una pantalla sobre el escenario. Los presentes parecían obsesionados por ella y todas las miradas continuaron fijas en la imagen mientras dialogaban. Todas, salvo la del almirante James Sandecker, quien observaba con aire suspicaz a Al Giordino y, en especial, el gran habano que sobresalía de los labios del director adjunto del proyecto, a un lado de su boca, como si lo acabaran de trasplantar de un vivero.

—¿Desde cuándo compra usted Excalibur de Hoyo de Monterrey?

Giordino se volvió hacia el almirante con aire de inocencia.

—¿Habla usted conmigo, almirante?

—Dado que usted y yo somos los únicos que fumamos Excalibur en esta sala y que no tengo la costumbre de hablar conmigo mismo, sí.

—Un habano espléndido, rico en sabor —comentó Giordino, sosteniendo entre los dedos el cigarro y expulsando una bocanada de humo azulado—. Alabo su buen gusto.

—¿Dónde lo ha conseguido?

—En una tienducha de Baltimore. No recuerdo el nombre.

Sandecker no se dejó engañar ni por un instante. Giordino llevaba años robándole sus caros habanos, pero lo que más hacía subirse por las paredes al almirante era no haber podido averiguar cómo lo hacía. Por muy bien que los

escondiera o los guardara, al hacer recuento siempre descubría que le faltaba un par de ellos cada semana.

Giordino no había contado el secreto a Pitt para no poner a su amigo en el compromiso de mentir si le preguntaban cómo lo conseguía. Únicamente Giordino y un viejo colega suyo de la fuerza aérea, que trabaja como ratero profesional para una agencia de inteligencia, estaban al corriente de los detalles de la Operación Tabaco.

—Tengo buenas razones para poder exigirle que me enseñe la factura —gruñó Sandecker.

—Hemos estado enfocando este asunto desde un punto de vista equivocado —intervino Pitt, llevando de nuevo la conversación al tema de la reunión.

—¿Existe otro punto de vista? —preguntó Yaeger—. Hemos seguido el único enfoque lógico a nuestra disposición.

—Dado que no había ninguna referencia a la dirección tomada, encontrar el lugar era una tarea imposible —lo apoyó Lily.

—Es una lástima que Rufino no anotara en el diario la posición del barco y la distancia recorrida.

—El hombre tenía órdenes estrictas de no anotar absolutamente nada.

—¿Sabían determinar la posición de un barco en esa época? —quiso saber Giordino. Lily asintió.

—Hiparco, un griego, determinó la posición de los accidentes geográficos más importantes calculando su longitud y su latitud ciento treinta años antes de Cristo.

Sandecker cruzó las manos sobre su liso estómago y observó a Pitt por encima de sus gafas de leer.

—Conozco esa mirada perdida que tiene en los ojos. Hay algo que lo tiene inquieto, Pitt.

El aludido se repantigó en el asiento y comentó:

—Hemos estado juzgando los hechos y haciendo suposiciones sin tener en cuenta al hombre que ideó el plan para salvar el tesoro.

—¿Junio Venator?

—Sí —continuó Pitt—, un tipo brillante a quien un contemporáneo describió como « un osado innovador que profundizó en materias que otros eruditos no se atrevieron a estudiar» . Lo que hemos pasado por alto es la siguiente pregunta: si estuviéramos en el lugar de Venator, ¿dónde habríamos llevado y ocultado los grandes tesoros artísticos y literarios de nuestro tiempo?

—Yo sigo opinando que en África —sugirió Yaeger—. Probablemente en la zona del Cabo, en algún punto del curso de un río de la costa oriental.

—Sin embargo, los ordenadores no han podido encontrar una zona que coincida con el mapa de Rufino.

—Ni remotamente, es cierto —reconoció Yaeger—. Pero sólo Dios sabe los

cambios que han podido sufrir las formaciones geológicas desde los tiempos de Rufino.

—¿Podría Venator haber conducido la flota hacia el nordeste, al mar Negro? —apuntó Lily.

—Rufino fue muy preciso al decir que el viaje había durado cincuenta y ocho días —protestó Giordino.

Sandecker asintió, dando una chupada a su habano.

—En efecto, pero si la flota encontró mal tiempo y vientos contrarios, es posible que no llegara a cubrir ni mil millas en ese plazo.

—El almirante tiene razón —concedió Yaeger—. Las embarcaciones de esa época estaban construidas para surcar el mar a favor del viento. Su aparejo no era eficaz para la navegación contra el viento. Una travesía con mal tiempo podría haber reducido su avance en un ochenta por ciento.

—Sin embargo —intervino Pitt—, Venator cargó en sus naves « cuatro veces las provisiones habituales» .

—Así que tenía en mente un viaje prolongado —dijo Lily, súbitamente intrigada—: Venator no pensaba tocar tierra cada pocos días y reavituallar la flota.

—Lo único que eso demuestra, en mi opinión —terció Sandecker—, es que Venator pretendía mantener el viaje en el mayor secreto posible, sin acercarse nunca a la costa para no dejar rastro.

Pitt sacudió la cabeza en gesto de negativa.

—Tan pronto como las naves dejaron atrás el estrecho de Gibraltar, todas las precauciones para mantener el secreto eran innecesarias. Venator estaba en mar abierto. Las naves de guerra bizantinas enviadas a detenerlo estarían tan a oscuras respecto al rumbo que pudo tomar desde allí como lo estamos ahora nosotros.

Yaeger dirigió una mirada de curiosidad a Pitt.

—Así pues, hemos de ponernos en los zapatos, o sandalias, o lo que diablos llevaran entonces, de ese Venator. ¿Cómo lo hacemos?

—Sin saberlo, el doctor Rothberg dio con la clave del misterio —explicó Pitt —. Según él, Venator enterró los tesoros de la biblioteca donde nadie de su época pensaría en buscar.

Yaeger le dirigió una mirada de desconcierto.

—¡Eso podría ser cualquier rincón del mundo antiguo!

—O de fuera del mundo que conocían los romanos.

—Los mapas de la época apenas se extienden hasta las costas norteafricanas, al sur, y del mar Negro y el golfo Pérsico, al este —intervino Lily—. Más allá de ellos se extendían las tierras inexploradas.

—No podemos estar seguros de eso —replicó Pitt, en patente desacuerdo—. Junio Venator tuvo acceso a cuatro mil años de conocimientos humanos. Conocía

la existencia del continente africano y de las grandes estepas rusas. Debió de estar al corriente del comercio con la India y de que ésta, a su vez, importaba y exportaba mercaderías a y de China. Además, Venator pudo tener ocasión de estudiar relatos de viajes efectuados por naves que habían llegado mucho más allá de las rutas comerciales habituales romano-bizantinas.

—Sabemos con seguridad que la Biblioteca de Alejandría tuvo toda una sección dedicada a los documentos geográficos —asintió Lily—. Venator pudo consultar mapas procedentes de tiempos muy anteriores al suyo.

—¿Qué cree usted que pudo descubrir nuestro hombre que lo decidiera a lanzarse al viaje? —preguntó el almirante Sandecker.

—Una dirección —respondió Pitt.

Todos concentraron su curiosidad en Pitt y éste no los defraudó. Bajó hasta el estrado y tomó una linterna cuyo haz formó una pequeña flecha en la proyección tridimensional.

—La única duda que tengo —comentó Giordino—, es si la flota navegó en dirección norte o sur.

—Ninguna de las dos. —Pitt movió la flecha luminosa por el estrecho de Gibraltar y la llevó a través del Atlántico—. Venator condujo a su flota hacia el oeste, hacia el continente americano.

Su afirmación fue acogida con incredulidad y desconcierto.

—No existe ninguna evidencia arqueológica de un contacto entre Europa y América antes de Colón —afirmó Lily con rotundidad.

—El *Serapis* es una buena muestra de que tal viaje pudo hacerse —le replicó Sandecker.

—El tema es objeto de fuertes controversias —admitió Pitt—, pero en el arte y la cultura mayas existen demasiadas semejanzas con otras culturas para pasarlas por alto. Tal vez la América antigua no estuvo tan aislada de las influencias europeas y asiáticas como hemos creído hasta hoy.

—Francamente, me gusta la idea —intervino Yaeger recuperando su entusiasmo—. Apostaría mi colección de discos de Willie Nelson a que fenicios, egipcios, griegos, romanos y vikingos, todos ellos, pusieron el pie en Norte y Sudamérica antes que Colón.

—Ningún arqueólogo que se precie apoyaría esa hipótesis —insistió Lily. Giordino dirigió una sonrisa a la muchacha.

—Eso se debe a que no quieren jugarse su preciada reputación.

—Hagamos otro intento en esta línea de trabajo —comentó Sandecker a Yaeger, y éste se volvió hacia Pitt.

—¿Qué costas quieres que investigue?

Pitt se frotó la barbilla y advirtió que necesitaba con urgencia un buen afeitado.

—Empieza en el fiordo de Groenlandia y ve bajando hasta Panamá. —Hizo

una pausa para contemplar la proyección tridimensional con aire pensativo y lleno de curiosidad—. Tiene que estar en alguna parte entre esos dos puntos.

37

El capitán Oliver Collins golpeó con los nudillos el barómetro del puente y, tras observar la aguja apenas visible bajo las luces de la costa, masculló una maldición al comprobar que indicaba buen tiempo. Collins, un marino de primera pero mal juez de la naturaleza humana, pensaba que, si hubiera caído una tormenta, el barco no habría podido abandonar el puerto.

Sin embargo, Suleiman Aziz Ammar habría ordenado que el *Lady Flamborough* se hiciera a la mar incluso en mitad de un huracán con vientos de noventa nudos. El árabe, tenso, ocupaba el asiento del capitán tras los ventanales del puente y se secaba el sudor que le corría desde la barbilla hasta el cuello.

La máscara era una tortura en aquel clima húmedo, también lo eran los guantes que llevaba constantemente, pero soportaba la incomodidad con estoicismo. Si el secuestro fracasaba y lograba escapar, los servicios de inteligencia internacionales no podrían identificarlo por declaraciones de testigos o por las huellas digitales.

Uno de sus hombres se encontraba al timón y lo miraba expectante desde el otro extremo del puente en sombras. Otros dos comandos vigilaban las puertas de acceso al puente y apuntaban con sus armas a Collins y al primer oficial, Finney, que se encontraba de pie junto al timonel.

La marea había subido, empujando el casco sujeto por el ancla hasta que la proa del crucero quedó apuntando a la bocana del puerto. Ammar echó un último vistazo con los prismáticos al muelle y la zona de carga del puerto y, seguidamente, hizo un gesto con la mano a Finney al tiempo que ordenaba por un pequeño radiotransmisor:

—Ahora. Póngalo en movimiento e inicie la maniobra.

Finney, con una mueca de ira, se volvió hacia Collins implorando del capitán un gesto de desafío. Sin embargo, Collins le respondió con un abatido encogimiento de hombros y el primer oficial, a regañadientes, dio la orden de levar anclas.

Dos minutos más tarde, rezumando sedimentos del fondo del puerto, el ancla se alzó de las negras aguas y fue recogida hasta quedar sujeta en el escobén. El timonel de Ammar permaneció junto a la rueda pero no hizo el menor gesto por sujetar los radios. En los buques modernos, la dirección manual se utiliza, sobre

todo, con mal tiempo o cuando se está a la orden de los prácticos en las maniobras de entrada y salida de puerto. Era Finney quien pilotaba la nave y regulaba su velocidad desde un panel de mandos conectado por fibra óptica al sistema automatizado de control. Al mismo tiempo, Finney se ocupaba de mantener una rigurosa vigilancia de la pantalla de radar.

Una vez abandonado el puerto, el buque era puesto en piloto automático; la orden de avance lento al jefe de máquinas dada por el teléfono del puente, más que una necesidad se estaba convirtiendo en una tradición.

Avanzando sigilosamente en la oscuridad de la noche, con la silueta sólo visible cuando ocultaba las luces de la costa opuesta, el *Lady Flamborough* se deslizó por el abigarrado puerto, inadvertido y en sombras. Sus motores diesel emitían un leve murmullo mientras las grandes hélices de bronce batían el agua.

Como un fantasma abriéndose paso a ciegas entre las tumbas de un cementerio, el crucero avanzó zigzagueando entre los demás buques amarrados y entró en el estrecho canal que conducía a mar abierto.

Ammar tomó el teléfono del puente y llamó a la sala de comunicaciones.

—¿Hay algo? —preguntó con sequedad.

—Todavía nada —respondió el hombre que estaba a la escucha de la frecuencia radiofónica utilizada por las patrulleras de la Marina uruguaya.

—Pasa cualquier señal que encuentres por los altavoces del puente.

—Así lo haré.

—Una embarcación cruzando a nuestra proa —anunció Finney—. Debemos cederles el paso.

Ammar colocó la boca del cañón de su pistola automática en la nuca de Finney.

—Mantenga el rumbo y la velocidad.

—Estamos en trayectoria de colisión —protestó Finney—. El barco no lleva luces y no pueden verlo.

La única respuesta de Ammar fue aumentar la presión del metal contra la base del cráneo.

Pudieron ver con claridad la embarcación que se aproximaba. Era un yate a motor de gran tamaño, fabricado según el diseño del comprador. Collins calculó sus dimensiones en cuarenta metros de eslora y ocho de manga. Hermoso y elegante, resplandecía bajo las luces. A bordo se celebraba una fiesta y la gente formaba grupos en animadas conversaciones o bailaba en los amplios solanos de la cubierta. Collins advirtió, horrorizado, que la antena del radar no funcionaba.

—Haga sonar la sirena —suplicó—. Adviértales de nuestra presencia mientras aún tengan tiempo de esquivarnos.

Ammar hizo caso omiso de sus palabras.

Transcurrieron unos segundos bajo un espantoso silencio hasta que la colisión fue inevitable. Los convidados a la fiesta en el yate y el hombre al timón del

mismo permanecían totalmente ajenos al monstruo de acero que se lanzaba sobre ellos desde la oscuridad.

—¡Es inhumano! —exclamó Collins—. ¡Esto es inhumano!

El *Lady Flamborough* colisionó de proa contra el costado de estribor del gran yate. No se escuchó ningún choque ni hubo chirriar de metal contra metal. Los hombres que ocupaban el puente del crucero sólo apreciaron un levísimo temblor mientras la proa de la embarcación, de cuatro pisos de altura empujaba al yate casi por completo bajo el agua antes de partir su casco en dos.

El efecto de la embestida fue tan destructivo como el de un martillazo sobre un juguete.

Collins apretó los puños en torno al pasamanos de la parte delantera del puente mientras contemplaba la catástrofe lleno de horror. Había escuchado claramente los gritos de pánico de las mujeres cuando las partes de proa y de popa del yate, destrozadas, habían rozado los costados del *Lady Flamborough* antes de hundirse, a menos de cincuenta metros detrás del crucero. La oscura superficie de la estela del buque quedó sembrada de cuerpos y restos del naufragio.

Un puñado de los infortunados pasajeros del yate había salido despedido del mismo y trataba de alejarse a nado mientras los heridos se agarraban a cuanto estaba a su alcance para mantenerse a flote. Poco después, se perdieron en la noche.

La rabia y la amargura se agolparon en la garganta de Finney.

—¡Cerdo asesino! —escupió a Ammar.

—Sólo Alá conoce lo imprevisto —replicó Ammar con voz remota e indiferente. Con gestos lentos, apartó la automática de la cabeza de Finney y le ordenó—: En cuanto salgamos del canal, ponga rumbo uno-cinco-cinco grados magnético y conecte el piloto automático.

Collins, con el rostro plomizo bajo el bronceado tropical, se volvió y miró de frente a Ammar.

—Por el amor de Dios, llame por radio al servicio de rescate marítimo uruguayo y déles una oportunidad de salvar a esa pobre gente.

—Nada de comunicaciones.

—No tienen por qué saber quién ha enviado la comunicación.

Ammar insistió en su negativa con un gesto de cabeza.

—Menos de una hora después de que las autoridades sean alertadas del accidente, se iniciará una investigación a cargo de las fuerzas de seguridad. Nuestra ausencia será descubierta rápidamente y se iniciará una búsqueda. Lo siento, pero cada milla náutica que logremos poner entre nuestras hélices y Punta del Este puede ser fundamental. La respuesta es no.

Collins clavó sus ojos en los de Ammar y lo contempló sin hablar, mientras su mente confusa pugnaba por orientarse. Por último, murmuró:

—¿Qué precio habrá que pagar para que libere mi barco?

—Si usted y la tripulación hacen lo que les ordene, ninguno de ustedes sufrirá el menor daño.

—¿Y los pasajeros, los presidentes De Lorenzo y Hasan y sus colaboradores? ¿Qué planes tiene para ellos?

—Al final los cambiaremos por un rescate pero, durante las próximas diez horas, todos ellos van a tener que ensuciarse las manos.

Una amarga desesperación atenazó la garganta de Collins, pero logró mantener impasible la voz.

—Usted no tiene la menor intención de retenerlos como rehenes por dinero.

—¿Se dedica usted a adivinar el pensamiento, además de a capitán de barco? —replicó Ammar con desinteresada curiosidad.

—No es preciso ser antropólogo para ver que sus hombres han nacido en Oriente Medio. Me figuro que su intención es asesinar a los egipcios.

Ammar le dirigió una sonrisa hueca.

—Alá decide el destino del hombre. Yo sólo llevo a cabo mis instrucciones.

—¿Instrucciones? ¿De quién?

Antes de que Ammar pudiera replicar, se escucharon unas palabras por los altavoces del puente.

—Cita a las 02:30, aproximadamente, comandante.

Ammar dio por recibido el mensaje en su radiotransmisor portátil. Después miró a Collins.

—No hay más tiempo para conversaciones, capitán. Tenemos mucho por hacer antes de que amanezca.

—¿Qué planes tiene respecto a mi barco? —exigió saber Collins—. Me debe una respuesta a esta pregunta.

—Sí, claro, se la debo —murmuró Ammar de forma automática, con la mente ya en otros asuntos—. Mañana por la noche, a esta hora, los servicios de noticias internacionales informarán de que el *Lady Flamborough* ha sido dado por desaparecido y por presumiblemente perdido con todo su pasaje y tripulación bajo doscientas brazas de agua.

38

—¿No has oído nada, Carlos? —preguntó el viejo pescador mientras asía los gastados radios del timón de su vieja barca de pesca.

El hombre más joven, hijo del anterior, se llevó las manos a los oídos y escuchó la oscuridad delante de la proa.

—Tú tienes mejor oído que yo, papá. Sólo distingo el ruido del motor.

—Me ha parecido oír gritar a alguien, como una voz de mujer pidiendo auxilio.

El hijo calló, escuchó de nuevo y se encogió de hombros.

—Lo siento, sigo sin oír nada.

—Ha sido ahí. —Luis Chávez se frotó la barba grisácea contra la manga y puso el motor al ralentí—. No lo he soñado.

Chávez estaba de buen humor. La pesca había sido buena. Las bodegas sólo estaban llenas a medias, pero las redes habían subido cargadas de pescado variado y de calidad que le valdrían los mejores precios por parte de los *chefs* en los hoteles y restaurantes de turistas. Las seis botellas de cerveza que chapoteaban en su estómago no perjudicaban tampoco, sino todo lo contrario, su alegre estado de ánimo.

—Papá, veo algo en el agua.

—¿Dónde?

Carlos señaló el lugar.

—A proa y babor. Parecen fragmentos de una embarcación.

Los ojos del viejo pescador ya no eran los de antes en la oscuridad de la noche. Forzó la vista en la dirección que señalaba su hijo y reconoció la brillante pintura blanca y los fragmentos de madera barnizada como procedentes de un yate. « Una explosión, o tal vez una colisión —se dijo—. Más bien lo segundo» . Las luces más próximas del puerto estaban sólo a dos millas de distancia. Una explosión se habría visto y oído desde allí. No apreció rastro de luces de navegación de lanchas de rescate dirigiéndose al canal.

La barca empezaba a entrar en el área donde se encontraban los restos del abordaje cuando volvió a escuchar algo. Lo que había tomado por un grito sonaba ahora como un sollozo. Y venía de muy cerca.

—Di a Raúl, Justino y Manuel que salgan de la cocina deprisa. Diles que se

preparen para saltar al agua a rescatar supervivientes.

El hijo se apresuró a obedecer mientras Chávez ponía el motor a cero. Salió de la cabina, conectó un foco y barrió lentamente la superficie del agua con su haz.

Divisó dos bultos encogidos, medio encaramados sobre un pequeño fragmento de cubierta de teca astillada y con las piernas en el agua, a menos de veinte metros de la barca. Uno de los cuerpos, de un hombre, parecía inerte. El otro pertenecía a una mujer que, pálida como la cera, alzó la cabeza hacia la luz y agitó la mano frenéticamente. Luego, de repente, la mujer se puso a chillar histéricamente y a patalear en el agua.

—¡Aguarde! ¡No tema! —gritó Chávez—. Ahora vamos por usted.

Chávez se volvió al escuchar el ruido de unos pasos apresurados detrás de él. La tripulación había salido de la caseta de sobrecubierta y se agolpó rápidamente en torno a él.

—¿Podéis ver algo? —preguntó Luis.

—Dos supervivientes flotando en un pedazo de madera. Preparaos para traerlos a bordo. Uno de vosotros tendrá que saltar al agua para echarles una mano.

—Esta noche, nadie va al agua —murmuró uno de los marineros, palideciendo.

Chávez volvió la vista a los supervivientes en el instante en que la mujer lanzaba un grito terrible. Helado de espanto, vio la aleta enhiesta y la cabeza repugnante con sus ojos como manchas de tinta, dando enérgicas sacudidas a un lado y a otro con las mandíbulas firmemente cerradas en torno a las pantorrillas de la mujer.

—¡Virgen santa! ¡Madre de Dios! —murmuró Luis, santiguándose tan deprisa como pudo.

Un escalofrío recorrió a Chávez, pero no apartó la vista cuando el tiburón arrastró a la mujer unos metros más allá. Otros tiburones se acercaron nadando en círculos, atraídos por la sangre, y golpearon la improvisada balsa hasta que el cuerpo del hombre rodó al agua. Uno de los pescadores se volvió y vomitó por la borda mientras el grito de la mujer se convertía en un atroz barboteo.

Después, la noche quedó tranquila y en el más completo silencio.

Menos de una hora después, el coronel José Rojas, coordinador jefe uruguayo de Seguridad Especial, se encontraba tieso como una vara frente a un grupo de oficiales en traje de campaña. Entrenado con el cuerpo de granaderos británico después de graduarse en la academia militar de su país, Rojas había adoptado la anticuada costumbre de llevar en la mano un bastón ligero.

El coronel se encontraba ante una mesa que contenía una maqueta a escala

del puerto de Punta del Este y se dirigía a los hombres reunidos.

—Nos organizaremos en tres equipos móviles para patrullar los muelles en turnos rotatorios de ocho horas —empezó mientras se daba unos teatrales golpecitos con el bastón en la palma de la mano—. Nuestra misión es permanecer en constante alerta como fuerza de reserva para el caso de un ataque terrorista. Comprendo que sea difícil pasar desapercibido, pero inténtenlo. Permanezcan en las sombras por la noche y aléjense de las calles transitadas durante el día. No queremos asustar a los turistas haciéndoles pensar que Uruguay es un estado militarizado. ¿Alguna pregunta?

El teniente Eduardo Vázquez levantó la mano.

—¿Vázquez?

—¿Qué debemos hacer si vemos algún sospechoso, coronel?

—No hagan nada. Sólo informar. Probablemente se tratará de alguno de los agentes internacionales de seguridad.

—¿Y si parece llevar armas?

—Entonces, seguro que es un agente de seguridad —respondió Rojas con un suspiro—. Dejen los incidentes internacionales para los diplomáticos, ¿entendido?

No hubo más preguntas.

Rojas despidió a los hombres y se dirigió a su despacho provisional en el edificio de la Junta Portuaria. Se detuvo junto a una máquina de café para tomar una taza cuando se le acercó su ayudante.

—El capitán Flores, de Asuntos Navales, ha preguntado si podría reunirse con él al pie de la escalera.

—¿Ha dicho por qué?

—Sólo ha dicho que era urgente.

Rojas no quería derramar su café, de modo que tomó el ascensor en lugar de bajar por la escalera. Flores, impecable con su blanco uniforme de marino, lo esperaba en la planta baja, pero no le ofreció la menor explicación mientras lo escoltaba, cruzando la calle, hasta un amplio tinglado que albergaba las lanchas de rescate marino. En el interior, un grupo de hombres examinaba varios fragmentos astillados que el coronel identificó como procedentes de una embarcación.

El capitán Flores le presentó a Chávez y a su hijo.

—Estos pescadores acaban de traer esos restos. Los han descubierto en el canal —explicó—. Dicen que parecía como si un yate hubiera sido aplastado por un barco de grandes dimensiones.

—¿Por qué ha de ocuparse la Seguridad Especial de un accidente marítimo? —inquirió Rojas.

El jefe del puerto, un hombre de cabello corto y bigote encrespado, intervino para decir:

—Porque tal vez estemos ante una catástrofe que puede afectar a la cumbre

económica. —Hizo una pausa y añadió—: En este momento se encuentran en la zona varias lanchas de rescate pero, hasta ahora, no se ha localizado ningún superviviente.

—¿Han identificado la embarcación?

—Uno de los fragmentos que el señor Chávez y su tripulación pescaron del agua lleva una placa con un nombre. Al parecer, la embarcación siniestrada era el yate *Lola*.

Rojas sacudió la cabeza y murmuró:

—Soy militar y no conozco apenas nada de yates privados. ¿Debería de tener ese nombre algún significado para mí?

—Creo que sí. El barco llevaba el nombre de *Lola* en honor de la esposa de Víctor Rivera —respondió Flores—. ¿Sabe usted quién es?

—Sí, es el presidente de nuestra Cámara de Diputados. ¿El yate era suyo?

—Está registrado a su nombre —asintió Flores—. Ya nos hemos puesto en contacto con su secretaria en casa de ésta. No le hemos proporcionado ninguna información, como es lógico, sino que nos hemos limitado a preguntar por el paradero del señor Rivera. La secretaria nos ha dicho que estaba a bordo del yate ofreciendo una fiesta a un grupo de diplomáticos argentinos y brasileños.

—¿Cuántos? —quiso saber Rojas, cada vez más alarmado.

—Rivera y su esposa, veintitrés invitados y cinco tripulantes. Treinta personas en total.

—¿Nombres?

—La secretaria no tenía la lista de invitados a mano. Me he tomado la libertad de enviar a mi ayudante al despacho del señor Rivera para conseguir una copia.

—Creo que será mejor si me hago cargo de la investigación desde este punto —declaró Rojas en tono oficial.

—La Marina está preparada para ofrecer toda su colaboración —añadió Flores, contento de lavarse las manos en el asunto. Rojas se volvió hacia el jefe del puerto.

—¿Qué otro barco se ha visto involucrado en la colisión?

—Es un misterio. En las últimas diez horas, no tenemos constancia de que haya arribado ni zarpado ningún buque.

—¿Es posible que un barco entre en el puerto sin que usted lo sepa?

—El capitán que lo intentara sin solicitar un práctico sería un estúpido.

—Pero ¿es posible? —insistió Rojas.

—No —afirmó el jefe del puerto—. Ningún barco de gran tamaño podría amarrar o echar anclas en el puerto sin que yo estuviera al corriente.

Rojas aceptó su tajante negativa.

—Bien, supongamos ahora que el buque pretendiera abandonar el puerto. ¿Sería posible hacerlo?

El jefe del puerto meditó la cuestión unos instantes y, acto seguido, hizo un

leve gesto de asentimiento con la cabeza.

—Ningún barco podría desatracar de los muelles sin mi conocimiento. Pero, si el buque estuviera anclado a cierta distancia de la costa, si su capitán o sus oficiales conocieran el canal y si navegara sin luces, tal vez podría alanzar el mar abierto sin que nadie lo advirtiera. No obstante, debo añadir que tal hazaña rondaría la categoría de milagro.

—¿Podría proporcionar al capitán Flores una lista de los barcos en puerto?

—Haré llegar una copia a sus manos en diez minutos.

—Capitán Flores…

—¿Sí, coronel?

—Dado que la desaparición de un barco es una operación naval, preferiría que tomara usted el mando de la búsqueda.

—Con mucho gusto, coronel. Empezaré inmediatamente.

Rojas contempló, pensativo, los restos del naufragio esparcidos en el suelo de cemento del tinglado portuario.

—Nos espera un montón de trabajo antes de que amanezca —murmuró.

Poco antes de medianoche, una vez se hubo completado una búsqueda exhaustiva en el puerto y en las aguas frente al canal, el capitán Flores notificó a Rojas que el único barco que no conseguía localizar era el *Lady Flamborough*.

El coronel Rojas se quedó pasmado al examinar la lista de personalidades que se encontraban a bordo del crucero y exigió llevar a cabo una investigación urgente con la débil esperanza de que los presidentes egipcio y mexicano hubieran desembarcado y se encontraran descansando en algún hotel de tierra firme. Hasta que no recibió la confirmación de que ambos estadistas habían desaparecido con el barco, el coronel no aceptó la terrible posibilidad de hallarse ante un secuestro terrorista.

Desde ese momento hasta el amanecer, se puso en marcha una extensa búsqueda aérea. Todos los aviones de rastreo que tenían disponibles las fuerzas aéreas combinadas de Uruguay, Argentina y Brasil fueron destinados a registrar los cuatrocientos mil kilómetros cuadrados del Atlántico sur, pero no se encontró el menor rastro del *Lady Flamborough*.

Era como si el mar se lo hubiese tragado.

39

Dos manos le acariciaban la espalda por debajo de la camisa y luchó por despertar de su profundo sueño, en el cual estaba sumergido a gran profundidad en el agua y nadaba hacia el trémulo resplandor de la superficie sin terminar de alcanzarlo nunca. Se frotó los ojos, comprobó que estaba acostado en el sofá de su despacho y se dio la vuelta. Un par de pantorrillas bellamente torneadas le impidió ver nada más.

Pitt se incorporó hasta quedar sentado en el sofá y contempló los ojos seductores de Lily. Echó un vistazo a su muñeca pero se había quitado el reloj y lo había dejado sobre el escritorio junto con las llaves, la cartera y las monedas sueltas.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las cinco y media —respondió la muchacha con voz dulce, moviendo sus manos sobre los hombros de Pitt y dándole un masaje en el cuello.

—¿De la tarde o de la madrugada?

—Está haciéndose de noche. Sólo has echado una cabezada de tres horas.

—¿Y tú? ¿No duermes nunca?

—Puedo aguantar perfectamente con cuatro horas de sueño al día.

—Tu futuro esposo tiene todas mis simpatías —comentó él con un bostezo.

—Aquí tienes café —repuso ella al tiempo que dejaba una taza humeante en una esquina de la mesa, cerca de la cabeza de Pitt. Él se calzó sus zapatos y metió los faldones de su camisa por dentro de los pantalones.

—¿Yaeger ha encontrado algo?

—Sí.

—¿El río?

—No, todavía no. Hiram se ha mostrado muy misterioso en sus comentarios, pero ha confirmado que tú tenías razón. Venator cruzó el Atlántico antes que Colón o que los vikingos.

Pitt dio un sorbo al café e hizo una mueca.

—Esto es casi azúcar puro.

—Al me dijo que siempre lo tomabas con cuatro cucharadas —contestó Lily, con aire de desconcierto.

—Te ha mentido. Me gusta solo y con un poco de azúcar en el fondo de la

taza, sin remover.

—Lo siento —murmuró ella con una sonrisa nada compungida—. Me temo que he caído en una de sus bromas pesadas.

—No eres la primera —replicó él, con la mirada puesta en la puerta del despacho.

Giordino estaba sentado ante la mesa de trabajo de Yaeger, con los pies sobre el escritorio, devorando el último pedazo de pizza mientras estudiaba un detallado mapa topográfico de un tramo de costa.

Yaeger se encontraba ante una consola, consultando la pantalla de un ordenador con los ojos enrojecidos y tomando notas apresuradas en un bloc. No tuvo necesidad de volverse cuando Pitt y Lily entraron en la sala, pues pudo ver su reflejo en el monitor.

—Hemos hecho un descubrimiento —dijo con cierta satisfacción.

—¿De qué se trata? —preguntó Pitt.

—En lugar de concentrarnos en cada accidente geográfico al sur de la tumba del *Serapis* en Groenlandia, he decidido dar un salto hasta Maine y empezar a buscar desde allí una zona que se correspondiera con la descripción del lugar donde había tocado tierra la nave.

—Y la búsqueda ha dado resultado, ¿no es así? —dijo Pitt, expectante.

—En efecto. Si recuerdas, Rufino escribió que, tras desertar de Venator, su barco fue golpeado por continuas tormentas procedentes del sur durante treinta y un días, hasta que encontraron refugio en la bahía abrigada donde poder efectuar las reparaciones necesarias en la nave. En la siguiente etapa del viaje, nuevas tormentas rompieron las velas y arrancaron los remos de dirección. Después, el *Serapis* estuvo a la deriva una serie de días que no se concreta antes de terminar en el fondo del fiordo groenlandés.

Yaeger efectuó una pausa e hizo aparecer en la pantalla un mapa de la costa norteamericana del Atlántico norte. A continuación, sus dedos marcaron con agilidad una serie de instrucciones. Una pequeña flecha apareció en el mapa y empezó a desplazarse hacia el sur desde la costa este de Groenlandia siguiendo un curso zigzagueante alrededor de Terranova y dejando atrás Nueva Escocia y Nueva Inglaterra, para detenerse en un punto ligeramente al norte de Atlantic City.

—¿Nueva Jersey? —murmuró Pitt, desconcertado.

—Barnegat Bay, para ser exactos —intervino Giordino al tiempo que sacaba el mapa topográfico y lo extendía sobre la mesa. Después, destacó un tramo de costa trazando un círculo en torno a él con un rotulador rojo.

—¿Barnegat Bay, Nueva Jersey? —repitió Pitt.

—El perfil de la costa era muy distinto en el año 391 —explicó Yaeger

desapasionadamente—. El frente de playa era más irregular y la bahía era más profunda y abrigada.

—¿Cómo has determinado que ése era el punto exacto?

—Al describir la bahía, Rufino menciona un gran mar de pinos enanos en el que surgía agua dulce de la tierra con sólo clavar el bastón. Nueva Jersey tiene un bosque de pinos enanos que concuerda con la descripción. La zona se llama Pine Barrens y es un terreno improductivo que se extiende en la mitad sur del estado, bordeando la costa al este. El nivel del agua se encuentra justo bajo la superficie y, durante el deshielo primaveral o después de unas lluvias intensas, basta con hacer un hoyo en el suelo arenoso para que mane el agua.

—La pista parece prometedora —dijo Pitt—, pero ¿no dice Rufino también que allí recogieron algunas rocas para lastrar el barco?

—Reconozco que eso me tenía confundido, de modo que he hecho una llamada a un geólogo del cuerpo de ingenieros del ejército y éste ha dado con una cantera que indica prácticamente el punto exacto donde, en mi opinión, se produjo el desembarco de la tripulación del *Serapis*.

—Un trabajo excelente —comentó Pitt en tono de gratitud—. Has logrado ponernos en la buena pista.

—¿Dónde seguimos buscando, a partir de ahora? —quiso saber Lily.

—Continuaré la investigación hacia el sur —respondió Yaeger—. Al mismo tiempo, haré que mis colaboradores investiguen en el ordenador el rumbo aproximado que pudo tomar Venator al oeste de la península Ibérica. Visto en perspectiva parece evidente que las islas donde la flota tocó tierra por primera vez después de salir del Mediterráneo fueron las Indias Occidentales. Siguiendo el rastro del *Serapis* desde Nueva Jersey y haciendo una proyección del posible rumbo de Venator hasta el continente americano, deberíamos determinar un punto aproximado de la costa a partir del cual, en un radio de quinientas millas náuticas, se hallaría el río que concuerda con los datos.

Lily puso cara de escepticismo.

—No veo cómo esperas seguir el rastro de la flota cuando Venator se ocupó de censurar cualquier anotación de rumbo, corrientes, vientos y distancias.

—No hay que ser muy listo —repuso Yaeger secamente—. Deduciré los datos a partir de los viajes de Colón al Nuevo Mundo, estudiando su travesía por ordenador y corrigiendo las diferencias en diseño del casco y fricción del agua, aparejo y superficie de velamen, entre las carabelas del descubridor y la flota bizantina mil años anterior.

—Haces que parezca muy fácil.

—No lo es, créeme. Aunque estemos sobre la pista, vamos a necesitar otros cuatro días hasta llegar al lugar exacto.

El cansancio de las largas horas de tedioso estudio parecía olvidado. En los ojos enrojecidos de Yaeger había un brillo de determinación. Lily parecía

galvanizada con un exceso de energía. Todos estaban preparados para el pistoletazo de salida.

—Consigúelo —dijo Pitt—. Encuentra la biblioteca.

Pitt pensaba que Sandecker lo había llamado para tener un informe sobre el progreso de la investigación, pero en el mismo instante que observó la sombría expresión del rostro del almirante, supo que había algún problema. Lo que realmente preocupó a Pitt fue la mirada blanda en los ojos de Sandecker; habitualmente, era dura como el pedernal.

Luego, cuando el almirante se le acercó, lo tomó del brazo, lo condujo hasta el sofá y tomó asiento a su lado, Pitt tuvo la certeza de que, efectivamente, había un problema.

—Acabo de recibir unas noticias perturbadoras de la Casa Blanca —empezó Sandecker—. Se sospecha que el crucero que albergaba a los presidentes De Lorenzo y Hasan en la cumbre económica de Uruguay ha sido secuestrado.

—Lamento saberlo —respondió Pitt—, pero no entiendo en qué afecta eso a la NUMA.

—Hala Kamil se encontraba a bordo.

—¡Maldita sea!

—Y también el senador.

—¿Mi padre? —murmuró Pitt, sorprendido—. Hablé con él por teléfono anoche. ¿Cómo es posible que ahora esté en Uruguay?

—Estaba realizando una misión para el presidente.

Pitt se puso en pie, anduvo de un extremo a otro de la estancia y volvió a sentarse.

—¿Cuál es la situación?

—El *Lady Flamborough*, nombre del crucero británico, desapareció anoche del puerto de Punta del Este.

—¿Dónde está el barco ahora?

—Se ha efectuado una intensa búsqueda por aire pero no ha aparecido el menor rastro de él. La opinión general entre los funcionarios situados en la zona, es que el *Lady Flamborough* yace en el fondo del mar.

—Me niego a aceptar eso sin tener más pruebas concluyentes.

—Lo mismo digo.

—¿Cuáles eran las condiciones meteorológicas?

—Según los informes, el tiempo en la zona era bueno y el estado de la mar, en calma.

—Los barcos desaparecen en las tormentas —dijo Pitt—. Rara vez lo hacen con el mar tranquilo.

Sandecker hizo un gesto vago con las manos.

—Hasta que sepamos más detalles, sólo podemos especular.

Pitt no podía aceptar que su padre estuviera muerto. Lo que acababa de oír era demasiado inconcreto.

—¿Qué está haciendo la Casa Blanca al respecto?

—El presidente tiene las manos atadas.

—¡Eso es ridículo! —exclamó Pitt—. El presidente puede ordenar que todas las unidades navales en la zona colaboren en la búsqueda.

—Ahí está el problema —explicó Sandecker—. Salvo para algún esporádico ejercicio de prácticas, y no está realizándose ninguno de ellos en estos momentos, Estados Unidos no tiene unidades navales destacadas en el Atlántico Sur.

Pitt se puso en pie nuevamente y contempló las luces de Washington tras la ventana. Después, dirigió una mirada penetrante a los ojos de Sandecker.

—¿Me está diciendo que el gobierno de Estados Unidos no participa en la búsqueda?

—Así parece.

—¿Y qué impide investigar a la NUMA?

—Nada, salvo que carecemos de una flota de guardacostas y de transporte aéreo.

—Tenemos el *Sounder*.

Sandecker mantuvo la mirada de Pitt unos instantes, pensativo. Después, en su rostro apareció una mueca de interrogación.

—¿Uno de nuestros buques de investigación?

—Está realizando trabajos de cartografía por sonar en la plataforma continental. Frente a las costas del sur de Brasil.

Sandecker asintió.

—Sí, ya recuerdo el barco, pero es demasiado lento para que resulte de utilidad en un rastreo marítimo. ¿Qué espera de él?

—Si no se puede encontrar el barco de mi padre en la superficie, lo buscará bajo el agua.

—Está hablando de inspeccionar mil millas cuadradas, tal vez más.

—El sonar del *Sounder* puede barrer una franja de dos millas de anchura y, además, transporta un sumergible. Sólo preciso su autorización para ponerme al mando del buque, almirante.

—Necesitará algún colaborador.

—Giordino y Rudi Gunn. Formamos un buen equipo.

—Rudi está en una operación de minado explosivo del suelo marítimo, frente a las islas Canarias.

—Podría estar en Uruguay en dieciocho horas.

Sandecker dio una palmada con las manos detrás de la cabeza y alzó la vista al techo. En su fuero interno pensaba que Pitt estaba persiguiendo sombras, pero

no dudó ni un solo instante de cuál sería su respuesta.

—Ponga usted mismo los nombres —dijo sin cambiar el tono de voz—. Yo me encargaré de las autorizaciones.

—Gracias, almirante. Le estoy muy agradecido.

—¿Cómo está el asunto de la Biblioteca de Alejandría?

—Yaeger y la doctora Sharp están cerca de la solución. No es preciso que Al y yo nos entrometamos.

Sandecker se puso en pie y colocó ambas manos en los hombros de Pitt.

—Tal vez su padre no esté muerto, ¿sabe?

—Será mejor que no lo esté —respondió Pitt con una sombría sonrisa—. No se lo perdonaría nunca al viejo.

40

—¡Maldita sea, Martin! —exclamó con brusquedad el presidente—. ¿No se olieron tus hombres en Oriente Medio el plan para secuestrar al *Lady Flamborough*?

Martin Brogan, el director de la CÍA, se encogió de hombros con gesto abatido. Estaba muy acostumbrado a cargar con las culpas de cada acto terrorista en el cual morían o eran tomados como rehenes ciudadanos norteamericanos. Los éxitos de la CÍA rara vez eran dados a la publicidad, mientras que sus errores eran objeto de investigaciones en el Congreso y de titulares en los medios de comunicación.

—El barco, con todo su pasaje y tripulación, ha sido secuestrado en las mismas narices de los mejores agentes de seguridad del mundo —replicó—. Quien haya planificado y ejecutado la operación es un tipo muy astuto. La propia envergadura de la acción no tiene comparación con ningún atentado terrorista anterior. A la vista de ello, no me sorprende que nuestra red contraterrorista no haya tenido ninguna información previa.

Alan Mercier, el consejero de Seguridad Nacional, se quitó las gafas y limpió ociosamente los cristales con el pañuelo.

—A mí tampoco me llegó nada —dijo, apoyando a Brogan—. El análisis de nuestros sistemas de control y escucha no reveló ningún indicio del posible secuestro de un barco de pasajeros y del rapto de dos dirigentes políticos extranjeros.

—Al enviar a George Pitt a reunirse con el presidente Hasan, he condenado a muerte a un viejo amigo —murmuró el presidente, apesadumbrado.

—No es culpa suya —le consoló Mercier. El presidente descargó el puño sobre el escritorio, colérico.

—El senador, Hala Kamil, De Lorenzo y Hasan —enumeró—. No puedo aceptar que todos hayan muerto.

—No lo sabemos con seguridad —dijo Mercier.

El presidente lo miró a los ojos.

—No se puede ocultar un crucero con toda esa gente a bordo, Alan. Incluso un estúpido político como yo lo sabe.

—Aún queda una posibilidad…

—¡Una posibilidad…! ¡Ninguna! Ha sido una misión suicida, pura y simple. Toda esa pobre gente, encerrada probablemente en alguna bodega mientras el barco era enviado al fondo del mar… Sin duda, los terroristas no tenían la intención de escapar y se hundieron también.

—Todavía no disponemos de todos los datos —protestó Mercier.

—¿Qué sabemos de cierto? —exigió saber el presidente.

—Nuestros expertos están ya en Punta del Este, colaborando con los servicios de seguridad uruguayos —explico Brogan—. Hasta ahora, sólo tenemos algunas conclusiones preliminares. Primera, el secuestro ha sido atribuido a un grupo árabe. Se han presentado dos testigos que pasaban en una lancha. Vieron al *Lady Flamborough* transbordando una carga desde una lancha de desembarco y escucharon a tripulantes de ambas embarcaciones hablando en árabe. La lancha de desembarco no ha sido localizada y se supone que ha sido hundida en algún lugar del puerto.

—¿Alguna idea sobre la carga? —preguntó Mercier.

—Lo único que recuerdan haber visto los testigos son algunos bidones —contestó Brogan—. Segundo dato, el despacho del capitán de puerto recibió un informe del crucero desaparecido diciendo que habían tenido una avería en el generador principal y que el barco utilizaría sólo las luces de navegación hasta que se terminara la reparación. Luego, en cuanto cayó la oscuridad, el barco sin luces levó el ancla y dejó el puerto, colisionando con un yate privado que transportaba un grupo de importantes hombres de negocios y diplomáticos latinoamericanos. El único tropiezo en una maniobra que, por lo demás, fue ejecutada perfectamente. Después, el barco desapareció.

—Un trabajo nada chapucero —comentó Mercier—. Todo lo contrario que el torpe segundo intento de asesinato de Hala Kamil.

—Eso fue obra de un grupo completamente distinto —añadió Brogan.

Dale Nichols abrió la boca por primera vez en la reunión para añadir:

—Que ustedes atribuyen directamente a Ajinad Yazid.

—Sí, los asesinos no fueron muy cuidadosos. Encontramos pasaportes egipcios en los cuerpos y uno de los terroristas, el jefe, fue identificado como un *mullah* y seguidor fanático de Yazid.

—¿Cree usted que Yazid es el responsable del secuestro?

—Desde luego, tiene motivos —respondió Brogan—. Con el presidente Hasan fuera de su camino, tiene una clara oportunidad de apoderarse del gobierno egipcio.

—Lo mismo puede decirse acerca de México. Topiltzin y De Lorenzo —afirmó Nichols sin variar el tono de voz.

—Una interesante coincidencia —dijo Mercier.

—¿Qué podemos hacer además de enviar un grupo de investigadores especiales a Uruguay? —preguntó el presidente—. ¿Cómo podemos colaborar en

la búsqueda del *Lady Flamborough*?

—Respondiendo a la primera pregunta, muy poco —declaró Brogan—. La investigación está en buenas manos. Los jefes de la policía y de los servicios de inteligencia de Uruguay recibieron instrucción aquí y en Gran Bretaña. Conocen los procedimientos y cooperan abiertamente con nuestros expertos. —Hizo una pausa y evitó la mirada del presidente—. En cuanto a la segunda pregunta, poco podemos hacer, también. La Marina no tiene unidades patrullando el océano frente a las costas sudamericanas. Nuestro buque más próximo a la zona es un submarino nuclear que efectúa un ejercicio de prácticas frente a la Antártida. Nuestros amigos latinoamericanos lo están haciendo bien sin nosotros. Más de ochenta aviones militares y comerciales y un mínimo de catorce barcos de Argentina, Brasil y Uruguay están peinando la zona marítima próxima a Punta del Este desde el amanecer.

—Y no han descubierto una sola pista sobre lo sucedido con el *Lady Flamborough* —musitó el presidente. El escaso optimismo que aún conservaba estaba transformándose rápidamente en desaliento.

—Lo harán —replicó Mercier sucintamente.

—No cabe ninguna duda de que habrán de aparecer cuerpos y restos del naufragio —asintió Brogan ingenuamente—. Un barco de ese tamaño no puede desvanecerse sin dejar ningún rastro.

—¿Ha llegado ya la noticia a la prensa? —quiso saber el presidente.

—Me han informado de que las agencias informaron del suceso hace una hora —respondió Nichols. El presidente juntó las manos y las apretó con fuerza.

—En el Congreso le llevarán los demonios cuando descubran que uno de sus miembros ha sido víctima de un acto terrorista. Por no hablar del tipo de represalia que exigirán.

—Si se produjera una filtración, el mero propósito de la misión del senador sería suficiente para causar un gran escándalo —dijo Nichols.

—Es curioso —musitó el presidente—. Los terroristas pueden asesinar a líderes internacionales y diplomáticos, y a un montón de inocentes que nada tienen que ver con sus propósitos, y librarse del asunto con unos años de cárcel. En cambio, si nos ponemos a jugar con sus reglas y vamos a por ellos a tiro limpio, se nos tacha de inmorales y de vengadores sedientos de sangre. La prensa se nos echa encima y el Congreso exige investigaciones.

—Es duro ser los buenos —apostilló Brogan. Su voz empezaba a sonar cansada. Nichols se puso en pie y se estiró.

—No creo que debamos preocuparnos. No se registró nada por escrito ni en cinta y únicamente los presentes en esta sala sabemos el motivo de que el senador Pitt volara a Punta del Este para conferenciar con el presidente Hasan.

—Dale tiene razón —asintió Mercier—. Podemos buscar varias excusas para justificar el encuentro.

El presidente separó las manos y se frotó los ojos con gesto de cansancio.

—George Pitt no lleva ni un día muerto y todos tratamos ya de cubrirnos las espaldas.

—Ese problema no tiene importancia en comparación con las catástrofes políticas a que estamos haciendo frente en Egipto y México —dijo Nichols—. Si Hasan y De Lorenzo han muerto también, Egipto se convertirá en otro Irán y se perderá irremisiblemente para Occidente. Luego, respecto a México… —titubeó y, al fin, añadió—: Tendremos una bomba de tiempo a punto de estallar en nuestras propias fronteras.

—Como jefe del Gabinete y mi consejero más allegado, ¿qué medidas sugiere que adoptemos?

A Nichols se le hizo un nudo en el estómago y sus latidos se aceleraron. El presidente y los dos consejeros de Seguridad parecían estudiar sus ojos y se preguntó si la tensión que le comprimía las entrañas se debía al hecho de encontrarse en el centro de atención o a la premonición de una extraña catástrofe en el horizonte.

—Propongo que aguardemos a tener pruebas de que el *Lady Flamborough* y todos sus ocupantes se encuentran en el fondo del océano.

—¿Y si no llegan esas pruebas? —inquirió el presidente—. ¿Seguimos esperando hasta que Egipto y México, con sus líderes desaparecidos y presumiblemente muertos, caigan en manos de Ajmad Yazid y de Topiltzin, un par de megalómanos desquiciados? ¿Qué haremos entonces? ¿Qué acciones podemos emprender para detenerlos antes de que sea demasiado tarde?

—Salvo el asesinato, ninguna —admitió Nichols, frotándose el estómago con un gesto nervioso para aliviar el dolor—. Sólo podemos prepararnos para lo peor.

—¿Y lo peor es…?

—Damos por perdido Egipto —declaró Nichols con voz grave— e invadimos México.

41

Un fuerte aguacero empapaba Montevideo, la capital de Uruguay, mientras el pequeño reactor descendía entre las nubes y se alineaba con la pista de aterrizaje. Poco después de haber tocado tierra, el aparato se desvió de la terminal comercial y rodó por una pista auxiliar hacia un puñado de hangares flanqueados por una hilera de cazas de combate. Un coche Ford con distintivos militares apareció en el asfalto y guió al piloto del reactor hacia una zona de aparcamiento reservada para aviones de personalidades.

El coronel Rojas se encontraba en la oficina de uno de los hangares, observando la maniobra tras una ventana a cubierto de la lluvia. Cuando el avión se aproximó, pudo distinguir las letras NUMA en el rótulo de color azul marino que ocupaba la parte inferior del fuselaje. El sonido de los motores se apagó. Un minuto después, tres hombres descendieron del aparato, subieron rápidamente al Ford para escapar del chaparrón y fueron conducidos al interior del hangar donde los esperaba Rojas.

El coronel salió a la puerta de la oficina y estudió a los recién llegados, que cruzaban el enorme suelo de asfalto escoltados por su ayudante, un joven teniente.

El más bajo de los tres, un hombre con una mata de pelo negro rizado y revuelto y un pecho como un acorazado, caminaba pavoneándose con relajada energía. Sus brazos y sus manos parecían trasplantados de un oso. Su mirada era ceñuda, pero sus labios mostraban una dentadura blanca y uniforme en una irónica sonrisa.

El tipo delgado de las gafas de concha, con sus hombros y sus caderas muy estrechos, tenía el aspecto de un contable que se dispusiera a auditar los libros de la empresa. Llevaba un maletín y dos libros bajo el brazo. También sonreía, pero su mueca parecía maliciosa. Rojas lo catalogó como un tipo agradable, que se divertía con facilidad, pero muy competente en su trabajo.

El hombre que cerraba la marcha, el más alto del trío, tenía el cabello negro y ondulado y un rostro bronceado de facciones angulosas y cejas pobladas. Lo envolvía un aire de absoluta indiferencia, como si fuera capaz de mostrar la misma sangre fría ante una condena de cárcel que ante la perspectiva de unas vacaciones en Tahití. Rojas no se dejó engañar. La mirada penetrante del hombre

lo delataba. Mientras que los otros dos paseaban la mirada por el hangar al avanzar, el tercero clavó en Rojas unos ojos ardientes como el sol a través de dos lupas gemelas.

El coronel se adelantó unos pasos para saludarlos.

—Bienvenidos a Uruguay, caballeros. Coronel José Rojas, a su servicio. —A continuación se dirigió al hombre más alto en un perfecto inglés con un ligero acento que había adquirido en su estancia en Gran Bretaña—; Esperaba con impaciencia conocerlo desde nuestra conversación telefónica, señor Pitt.

Pitt se adelantó entre sus amigos y estrechó la mano de Rojas.

—Gracias por venir a recibirnos. —Volvió la cabeza y presentó al hombre de las gafas—. Éste es Rudi Gunn, y el tipo patibulario de mi derecha es Al Giordino.

Rojas inclinó ligeramente la cabeza y dio unos ociosos golpecitos con el bastón ligero contra la pernera de su pantalón, perfectamente planchado.

—Presento excusas por recibirlos en un lugar tan espartano, pero un ejército de periodistas de todo el mundo ha invadido nuestro país como la peste desde el secuestro. Me ha parecido más conveniente que nos viéramos lejos de esa horda.

—Una idea muy acertada —asintió Pitt.

—¿Les apetece descansar un rato después del largo vuelo y cenar en nuestro club de oficiales de la fuerza aérea?

—Gracias por la invitación, coronel —respondió Pitt cortésmente—, pero, si no le importa, nos gustará ir al grano enseguida.

—Bien, si lo prefieren así, les informaré sobre nuestras operaciones de rastreo.

Dentro de la oficina, Rojas presentó al capitán Ignacio Flores, que había coordinado la búsqueda por mar y aire. Después, indicó con un gesto a los tres norteamericanos que se situaran en torno a una gran mesa cubierta de cartas marítimas y fotografías obtenidas desde satélites.

Antes de iniciar su exposición, Rojas miró a Pitt con aire solemne.

—Lamento mucho que su padre fuera uno de los pasajeros a bordo del barco. Cuando hablamos por teléfono no mencionó usted el parentesco.

—Está usted bien informado —reconoció Pitt.

—Estoy en comunicación con el consejero de Seguridad del presidente cada hora.

—Le alegrará saber que los agentes de inteligencia de Washington que me han aleccionado sobre la situación alabaron su eficacia.

El porte oficial y estirado de Rojas desapareció como por ensalmo. El coronel no esperaba un cumplido semejante y empezó a relajarse.

—Lamento no poder darle noticias alentadoras. No ha habido novedades desde que salió usted de Estados Unidos. Lo que sí puedo, en cambio, es ofrecerles una copa de nuestro buen brandy uruguayo.

—Me parece una idea excelente —intervino Giordino sin la menor vacilación —. Sobre todo en un día lluvioso.

El coronel hizo un gesto a su ayudante.

—Teniente, haga los honores.

A continuación, Rojas se inclinó sobre la mesa y juntó varias ampliaciones en blanco y negro de fotografías tomadas desde un satélite hasta formar un mosaico que mostraba las aguas oceánicas hasta trescientos kilómetros de la costa.

—Supongo que están familiarizados con la fotografía de satélite.

Rudi Gunn asintió.

—La NUMA tiene actualmente tres programas oceanógraficos desde satélite para el estudio de corrientes, contracorrientes, vientos en superficie y hielos marinos.

—Pero ninguno de ellos está enfocado sobre este sector del Atlántico Sur — dijo Rojas—. La mayoría de los sistemas de información geográfica están dirigidos al norte.

—Sí, tiene toda la razón. —Gunn se ajustó las gafas y examinó las fotografías colocadas sobre la mesa—. Veo que han utilizado un satélite de estudio de recursos terrestres.

—Sí, el Landsat.

—Y han empleado un potente sistema óptico para distinguir los barcos en el agua.

—Hemos tenido la suerte de nuestro lado —explicó Rojas—. La órbita polar del satélite lo lleva sobre el océano frente a Uruguay sólo una vez cada dieciséis días. Ha llegado en el momento oportuno.

—El principal uso del Landsat es la investigación geológica —dijo Gunn—. Las cámaras suelen desactivarse cuando el satélite órbita sobre los océanos para ahorrar energía. ¿Cómo han conseguido las imágenes?

—Inmediatamente después de ordenada la búsqueda —expuso Rojas—, se alertó a nuestro servicio meteorológico para que proporcionara informes sobre el estado del tiempo a las patrulleras y a los aviones. Uno de los meteorólogos tuvo una inspiración y consultó la órbita del Landsat, comprobando que estaba a punto de pasar sobre la zona de rastreo. Envió una petición urgente al gobierno norteamericano para que lo pusiera en funcionamiento. Las cámaras se activaron con una hora de plazo y las señales fueron enviadas a una estación receptora en Buenos Aires.

—¿Aparecería en una foto del Landsat un objeto del tamaño del *Lady Flamborough*? —preguntó Giordino.

—No verías los detalles como en una imagen de alta definición de un satélite espía de Defensa —respondió Pitt—, pero debería ser visible como un punto.

—Lo ha descrito perfectamente —dijo Rojas—. Véanlo por ustedes mismos.

Colocó una gran lupa, incorporada a un armazón y dotada de una luz, sobre

una pequeña zona del mosaico de fotos. Después, se hizo a un lado y Pitt fue el primero en mirar.

—Distingo dos, no, tres barcos.

—Los hemos identificado a los tres. —Rojas se volvió y asintió con la cabeza al capitán Flores, que empezó a leer en voz alta una hoja de papel, luchando con el inglés como si recitara delante de una clase—. El barco más grande es un carguero chileno de mineral el *Cabo Gallegos*, en ruta de Punta Arenas a Dakar con un cargamento de carbón.

—¿El que va hacia el norte y justo entra en la imagen por la parte inferior? —preguntó Pitt.

—Sí —asintió Flores—. Ése es el *Cabo Gallegos*. El más próximo a la parte superior de la imagen lleva rumbo al sur y navega bajo pabellón mexicano. Es un buque contenedor, el *General Bravo*, que transporta suministros y material para perforaciones petrolíferas con destino a San Pablo.

—¿Dónde está San Pablo? —quiso saber Giordino.

—Es una pequeña ciudad portuaria en el extremo sur de Argentina —respondió Rojas—. El año pasado dieron con un yacimiento petrolífero en la zona.

—El barco que está entre ellos y más próximo a la costa es el *Lady Flamborough*.

Flores pronunció el nombre del crucero como si mencionara a un difunto. El teniente ayudante de Rojas apareció con una botella de brandy y cinco copas. El coronel alzó la suya.

—A su salud —brindó.

—A su salud —respondieron los norteamericanos.

Pitt dio un largo sorbo que, según juró más tarde, le quemó las amígdalas y reanudó el estudio del minúsculo punto durante varios segundos antes de pasar la lupa a Gunn.

—No logro descubrir su rumbo —confesó.

—Después de escapar de Punta del Este, el crucero se dirigió al este sin variar el rumbo un solo grado.

—¿Se ha puesto usted en contacto con los otros barcos?

—Sí, pero ninguno de los dos ha informado haber visto al crucero.

—¿A qué hora se produjo el paso del satélite?

—Exactamente a las tres y diez.

—Las fotografías se hicieron con infrarrojos.

—En efecto.

—El tipo que pensó en usar el Landsat se merece una medalla —comentó Giordino cuando le llegó su turno en el visor.

—Ya está en marcha un ascenso —repuso Rojas con una sonrisa.

Pitt se volvió hacia el coronel.

—¿A qué hora despegaron los aviones de reconocimiento?

—Los aparatos empezaron la búsqueda con las primeras luces. A mediodía ya habíamos recibido y analizado las imágenes del Landsat, y entonces pudimos calcular la velocidad y el rumbo del *Lady Flamborough* y dirigir nuestras patrulleras y aviones hasta un punto de intercepción.

—Pero sólo encontraron un mar vacío.

—Efectivamente, así sucedió.

—¿No encontraron restos del naufragio?

—Nuestras patrulleras encontraron algunos objetos flotando —confirmó el capitán Flores.

—¿Los han identificado?

—Subieron parte de los restos a bordo y los examinaron, pero los desecharon rápidamente. Parecen proceder de un carguero, más que de un crucero de lujo.

—¿Qué clase de objetos eran?

Flores rebuscó en un maletín y sacó un delgado expediente.

—He recibido un breve inventario del capitán del barco de búsqueda. En la lista aparece una silla vieja, dos chalecos salvavidas descoloridos, con una antigüedad de al menos quince años y con las instrucciones de uso marcadas en un español casi ilegible, varias cajas de madera sin marcas, un colchón de litera, envases de alimentos, tres periódicos, uno de Veracruz, México, y los otros dos de Recife, Brasil…

—¿De qué fechas? —lo interrumpió Pitt.

Flores dirigió una mirada de desconcierto a Pitt durante unos segundos y, a continuación, apartó la mirada.

—El capitán no las facilitó —respondió.

—Un descuido que deberá ser corregido —intervino Rojas en tono severo, captando de inmediato los pensamientos de Pitt.

—Si no es demasiado tarde ya —añadió Flores con inquietud—. Debe admitir, coronel, que esos objetos parecen ser basura flotante, no los restos de un naufragio.

—¿Podría mostrarnos las coordenadas de los barcos según aparecen en la foto del satélite? —solicitó Pitt.

Flores asintió y empezó a marcar las posiciones en una carta náutica.

—¿Otra copa, caballeros? —ofreció Rojas.

—Este brandy suyo tiene mucha personalidad —comentó Gunn, alzando el vaso hacia el teniente—. Detecto en él un ligero sabor a café.

—Es demasiado dulce —afirmó Giordino—. Me recuerda el regaliz.

—También contiene anís —dijo Rojas, volviéndose hacia Pitt—. Y a usted, señor Pitt, ¿qué le parece?

Pitt alzó su vaso y lo estudió bajo la luz de la lámpara.

—Yo diría que tiene más de cien grados.

Los norteamericanos nunca dejaron de sorprenderlo, se dijo Rojas. Concentrados en su trabajo en un momento dado, eran capaces de ser auténticos bufones un minuto después. El coronel se preguntaba a menudo cómo podían conformar una de las superpotencias planetarias.

Instantes después, Pitt soltó una de sus contagiosas carcajadas.

—Era una broma. Dígale a su tío que, si alguna vez se decide a exportarlo a Estados Unidos, yo seré el primer comprador de la cola.

Flores dejó el compás de dirección y dio unos golpecitos con el dedo en la carta náutica, señalando un pequeño cuadrado marcado a lápiz.

—Los barcos estaban aquí a las tres y diez de la madrugada de ayer.

Todos volvieron a centrar su atención en la carta, colocándose en torno a la mesa.

—Los tres navegaban en cursos convergentes —comentó Gunn, al tiempo que sacaba una pequeña calculadora del bolsillo y empezaba a pulsar botones—. Si hacemos un cálculo aproximado de velocidades, pongamos treinta nudos para el *Lady Flamborough*, dieciocho para el *Cabo Gallegos y* veintidós para el *General Bravo*... —dejó la frase en el aire mientras escribía unas anotaciones en el margen de la carta náutica. Unos instantes después, volvió a erguirse mientras subrayaba con un lápiz el resultado de sus cálculos—. No me sorprende que el carguero chileno no tuviera contacto visual con el crucero. Según los datos, se debió cruzar con él a unos sesenta y cuatro kilómetros al este.

Pitt estudió las líneas marcadas en la carta con aire pensativo.

—En cambio, parece que el transporte de contenedores mexicano pasó a apenas tres o cuatro kilómetros del *Lady Flamborough*.

—No es sorprendente que no lo vieran —dijo Flores—, si tenemos en cuenta que el crucero navegaba sin luces.

—¿Recuerda la fase de la luna, capitán? —preguntó Pitt a Flores.

—Sí, está entre luna nueva y cuarto creciente.

—No es suficiente para iluminar el crucero si el vigía del puente no estaba mirando en la dirección adecuada.

—Supongo que han efectuado una búsqueda exhaustiva a partir de ese punto —comentó Pitt. Flores asintió.

—Sí, los aviones rastrearon una zona de doscientas millas al este, al norte y al sur.

—Pero no encontraron rastro del *Lady Flamborough*.

—Exacto. Sólo el transporte de contenedores y el carguero.

—Tal vez el crucero volvió sobre sus pasos y luego se desvió hacia el norte o hacia el sur —sugirió Gunn.

—También hemos pensado en ello —informó Flores—. Los aviones rastrearon todo el mar al oeste, entre este punto y tierra firme, cuando volvieron a sus bases para repostar y reemprender la búsqueda.

—A la vista de los hechos —afirmó Gunn con voz lúgubre—, me temo que el único lugar donde puede haber ido a parar el *Lady Flamborough* es el fondo del mar.

—Anota su última posición, Rudi —ordenó Pitt— y calcula qué distancia pudo recorrer antes de que llegaran los aviones de reconocimiento.

Rojas contempló a Pitt con interés.

—¿Puedo preguntarle qué pretende hacer? Es inútil seguir buscando. Ya hemos barrido toda la superficie de la zona donde desapareció.

Pitt pareció fijar su mirada más allá de Rojas como si el coronel fuera transparente.

—Como acaba de decir mi colaborador, el único lugar donde puede estar el *Lady Flamborough* es en el fondo.

—¿Puedo serle de alguna ayuda?

—El *Sounder*, un barco oceanógrafico de la NUMA dedicado a la investigación en aguas profundas, debe llegar a la zona de rastreo a última hora de esta tarde. Le agradeceríamos que nos prestara un helicóptero para trasladarnos hasta él.

—Me encargaré de que tengan uno preparado —asintió Rojas, para añadir a continuación—: Se da usted cuenta de que lo que se propone es como ir tras un pez en concreto en un área de diez mil kilómetros cuadrados de océano, ¿verdad? Podría llevarle toda la vida encontrarlo.

—No —replicó Pitt—. Veinte horas como mucho.

Rojas era un hombre pragmático, poco dado a fantasías. Volvió la mirada hacia Giordino y Gunn esperando ver reflejado en sus ojos el escepticismo, pero observó que los dos se mostraban absolutamente de acuerdo con la afirmación.

—Bueno —dijo entonces—, supongo que no hablará en serio cuando marca ese plazo.

Giordino alzó una mano y se estudió las uñas con gesto de despreocupación.

—Si he de juzgar por la experiencia —respondió—, Dirk ha sido excesivamente prudente en el cálculo.

42

Exactamente catorce horas y cuarenta y dos minutos después de que el helicóptero del ejército uruguayo los depositara en la plataforma de aterrizaje del *Sounder*, Pitt y sus compañeros localizaron el casco de un barco naufragado, de unas dimensiones que se correspondían con las del *Lady Flamborough*, a una profundidad de 1020 metros.

En el momento de efectuarse el hallazgo, el casco hundido apareció como un pequeño punto oscuro en una llanura, fuera de la plataforma continental. Cuando el *Sounder* estuvo más cerca, el operador del sonar redujo el ángulo de rastreo hasta que la imagen borrosa de un barco se convirtió en una forma discernible.

El buque oceanógrafico no iba dotado del sistema de visión submarina —valorado en cinco millones de dólares— que Pitt y Giordino habían utilizado a bordo del *Polar Explorer*. No llevaba cámaras de vídeo en color instaladas en el sensor del sonar que arrastraba detrás. La misión científica del barco era únicamente la de cartografiar grandes parcelas del lecho marino y su equipo electrónico estaba diseñado para reconocimientos a distancia, pero no para tomas detalladas de primeros planos de objetos de fabricación humana en el fondo del mar.

—Tiene la misma configuración —dijo Gunn—, aunque la imagen es muy vaga. Podrían ser imaginaciones mías, pero parece tener una chimenea en forma aerodinámica en la parte de popa de la superestructura. Los costados parecen altos e intactos. El barco reposa en el fondo sobre la quilla, escorado no más de diez grados a un costado.

—Tendremos que bajar cámaras hasta el casco para identificarlo sin lugar a dudas —murmuró Giordino.

Pitt no hizo comentarios y continuó mirando la grabación obtenida del sonar mucho después de que el objeto desapareciera tras la popa del *Sounder*. Las esperanzas de encontrar con vida a su padre se diluían y se sintió como si estuviera contemplando un ataúd en el momento de rellenar de tierra la fosa.

—Buen trabajo, chico —le dijo Giordino—. Nos has llevado justo a la diana.

—¿Cómo ha sabido dónde debíamos mirar? —quiso saber Frank Stewart, capitán del *Sounder*.

—He supuesto que el *Lady Flamborough* no había cambiado de dirección

después de cruzarse con el *General Bravo* —explicó Pitt—, y, dado que los aviones no han vuelto a verlo desde que se cruzó con el *Cabo Gallegos*, he creído que lo mejor era concentrar la búsqueda en un área al este de la última posición conocida que nos facilitó el Landsat.

—En pocas palabras, siguiendo un estrecho pasillo entre el *General Bravo* y el *Cabo Gallegos* —añadió Giordino.

—Eso es —asintió Pitt.

—Lamento que no sea una ocasión indicada para celebrar el éxito —añadió Gunn, mirándolo a los ojos.

—¿Querrá enviar un sumergible a control remoto? —preguntó Stewart.

—Ahorraremos tiempo si dejamos a un lado la cámara y bajamos directamente a echar un vistazo con nuestros propios ojos. Además, los brazos manipuladores del sumergible nos serán de utilidad si queremos rescatar algo del naufragio.

—La tripulación puede tener el *Deep Rover* preparado para la inmersión en media hora —dijo Stewart—. ¿Lo querrá tripular usted?

—Sí, yo bajaré en el batiscafo.

—A mil metros de profundidad, estará rozando el límite de su resistencia.

—No se preocupe —intervino Rudi Gunn—. El *Deep Rover* tiene un índice de Habilidad de cuatro a uno a esa profundidad.

—Yo —declaró el capitán—, antes me lanzaría por las cataratas del Niágara en un Volkswagen que descender a mil metros bajo el agua en una burbuja de plástico.

Stewart, con sus hombros estrechos y su cabello castaño largo y alisado, tenía el aire de un vendedor de alimentos para animales de ciudad de provincias y de responsable de una tropa de niños exploradores. Era un hombre maduro y sabía nadar, pero recelaba de las profundidades y no había querido aprender a sumergirse. Se acomodaba a las exigencias y deseos de los científicos en lo que se refería a los estudios oceanógraficos, como lo haría en cualquier relación con un cliente, pero el gobierno del barco era asunto exclusivamente de él y cualquier científico que intentara hacer de *Long John Silver* con su tripulación era llamado al orden inmediatamente.

—Esa burbuja de plástico —lo corrigió Pitt—, es una esfera acrílica de más de doce centímetros de grosor.

—Me conformo con sentarme en cubierta bajo el sol y decir adiós a todo aquel que se atreva a sumergirse en ese artefacto —murmuró Stewart al tiempo que salía por la puerta.

—Ese tipo me cae bien —comentó Giordino con el entrecejo fruncido—. Carece absolutamente de tacto, pero me gusta.

—Los dos tenéis algo en común —señaló Pitt con una sonrisa.

Gunn congeló una imagen del barco naufragado en la cinta de vídeo donde tenían registrada la grabación del sonar y la estudió, pensativo. Después, alzó las gafas situándolas en su frente y se frotó los ojos.

—El casco parece intacto. No hay rastro de roturas. ¿Por qué diablos se hundió?

—Más incluso —musitó Giordino—. ¿Por qué no hay restos del naufragio en la zona?

—¿Recordáis el *Cyclops*? —inquirió Pitt mientras contemplaba la confusa imagen—. También se perdió sin dejar rastro.

—¿Cómo vamos a olvidarlo? —gruñó Giordino—. Todavía llevamos las cicatrices de esa aventura.

—Con toda franqueza —comentó Gunn volviéndose hacia Pitt—, no se puede comparar un barco sin apenas carga y construido hacia el cambio de siglo con un moderno crucero de pasajeros dotado de mil sistemas de seguridad y de todo tipo de salvavidas.

—A ese barco no lo ha hundido ninguna tormenta —dijo Pitt.

—¿Un golpe de mar, entonces?

—O tal vez algún banco de arena le abrió una brecha en la quilla —apuntó Giordino.

—Muy pronto lo sabremos —dijo Pitt pausadamente—. Dentro de un par de horas, estaremos posados en su cubierta principal.

El *Deep Rover* parecía construido para orbitar el espacio, más que para surcar las profundidades oceánicas. Tenía una forma que sólo podía ser del gusto de un marciano. La esfera, de dos metros y medio de diámetro, estaba dividida por un gran anillo y se alzaba sobre unas cajas rectangulares que contenían las baterías de 120 voltios. De la parte posterior de la esfera surgía todo tipo de extraños apéndices: impulsores y motores, bombonas de oxígeno, cilindros para la extracción del dióxido de carbono, mecanismos de amarre, cámaras y una unidad de sonar. Sin embargo, eran los instrumentos manipuladores que se extendían en la parte frontal de la burbuja lo que habría hecho palidecer de envidia a cualquier robot que se preciara. En pocas palabras, se trataba de dos brazos mecánicos terminados en unas «manos» que tenían una sorprendente capacidad para realizar las mismas tareas que unas extremidades de carne y hueso, y algunas más. Un sistema sensorial interactivo posibilitaba el control de los movimientos del brazo y la mano hasta la milésima de centímetro, mientras que el control de fuerza permitía al instrumento tanto sostener con delicadeza una taza de café con su plato como agarrar y levantar un horno de hierro.

Pitt y Giordino deambularon pacientemente en torno al *Deep Rover* mientras dos mecánicos se apresuraban a hacer los últimos retoques. El batiscafo se

hallaba sujeto a una plataforma en el interior de una cámara como una caverna que llamaban «la charca de la luna». La base en la que se apoyaba la plataforma formaba parte del casco del *Sounder y* podía descender hasta siete metros de profundidad bajo la quilla. Por último, uno de los mecánicos hizo un gesto de asentimiento.

—Cuando ustedes quieran.

Pitt puso la mano en la espalda de Giordino.

—Después de ti.

—Muy bien, yo me ocuparé de los brazos articulados y de las cámaras —replicó Al con tono jovial—. Tú conduces. Ten mucho cuidado con el tráfico de hora punta.

—¡Recuérdele —gritó Stewart desde una pasarela sobre la cámara, haciendo que su voz resonara en ésta— que si me devuelve el batiscafo en una pieza, le daré un beso enorme!

—¿A mí también? —respondió Giordino en respuesta, siguiendo la broma.

—Sí, también a usted.

—¿Podré quitarme la dentadura postiza?

—Podrá quitarse lo que quiera.

—¿Un beso es lo que ofrece como estímulo? —replicó Pitt con fingida aspereza, agradeciendo al capitán que intentara hacerles olvidar lo que podían encontrar allá abajo—. Antes me largaría en línea recta hacia África que volver aquí.

—Necesitará una carga extra de oxígeno para eso —dijo Stewart.

Gunn se acercó, haciendo caso omiso del alegre diálogo, con unos auriculares en la cabeza y el cable colgándole en la pierna. Intentó comunicar las instrucciones en tono neutro, pero su voz no conseguía ocultar el nerviosismo.

—Estaré controlando vuestra señal de localización y vuestras comunicaciones. Cuando tengáis el fondo a la vista, efectuad una vuelta de trescientos sesenta grados hasta que el sonar capte el pecio. Entonces, dadme vuestro rumbo. Espero que me informéis de cada paso.

—Estaremos en contacto —afirmó Pitt mientras estrechaba la mano de Gunn. Éste miró a su amigo con aire desolado.

—¿Seguro que no prefieres quedarte y que baje yo?

—Tengo que verlo con mis propios ojos.

—Está bien, buena suerte —murmuró Gunn. A continuación, dio rápidamente media vuelta y ascendió una escalerilla hasta salir de «la charca de la luna».

Pitt y Giordino se instalaron en los asientos, situados en paralelo como los de un avión de pasajeros. Los mecánicos bajaron la mitad superior de la esfera hasta ajustaría con el anillo hermético y comprobaron todos los cierres. Giordino empezó a repasar la lista de comprobaciones previas a la inmersión.

—¿Motor?

—Motor en marcha —dijo Pitt.

—¿Radio?

—¿Nos recibes, Rudi?

—Alto y claro —respondió Gunn.

—¿Oxígeno?

—Veintiuno coma cinco por ciento.

Cuando hubieron terminado, Giordino anunció:

—Listos. Cuando os parezca, *Sounder*.

—Todo a punto para la maniobra, *Deep Rover* —respondió Stewart con su habitual tonillo de ironía—. Traigan unas langostas para la cena.

Dos submarinistas perfectamente equipados se acomodaron en la plataforma mientras ésta descendía lentamente hasta el agua, que pronto envolvió la esfera transparente. Pitt alzó la mirada a las luces parpadeantes de la cámara y vio las siluetas ondulantes de varias personas inclinadas sobre la barandilla superior, contemplando la operación. Todo el grupo de oceanógrafos y tripulantes se acercó a observar la inmersión, rodeando a Gunn y prestando atención a los informes que llegaban del sumergible. Pitt se sintió como un pez exhibido en un acuario.

Cuando el batiscafo estuvo completamente sumergido, los buzos procedieron a soltar el aparato de la base a la que había estado sujeto. Uno de los submarinistas alzó una mano para indicar que la operación había terminado. Pitt sonrió, respondió levantando el pulgar en gesto de asentimiento y, seguidamente, señaló al frente.

Una serie de mandos situados al final de los apoyabrazos de los asientos guiaba las extremidades manipuladoras, mientras que en los propios apoyabrazos iban incorporados los controles de los propulsores submarinos. Pitt pilotó el *Deep Rover* como si fuera un helicóptero bajo el agua. Con una ligera presión de los codos, el batiscafo se levantó de la plataforma Después, llevó los brazos hacia adelante y los propulsores horizontales hicieron que el vehículo avanzara hasta quedar flotando libremente entre dos aguas.

Pitt se separó unos treinta metros de la plataforma y detuvo el sumergible para comprobar la orientación en la brújula. A continuación, puso en marcha los propulsores verticales e inició el descenso.

El *Deep Rover* se hundió rápidamente y las aguas, cada vez más en tinieblas, engulleron en sus profundidades al extraño artefacto. El vibrante verde azulado de la superficie oceánica pasó rápidamente a un suave tono gris. Un pequeño tiburón azul de un metro de longitud se acercó nadando sin esfuerzo hacia el sumergible, dio una vuelta a su alrededor sin encontrar nada aprovechable y continuó su solitario viaje por las aguas brumosas.

En el interior del batiscafo no se apreciaba ninguna sensación de movimiento. El único sonido era el ligero crepitar de la radio y el pitido del localizador. El agua

se convirtió en una cortina de negrura que envolvía su pequeño círculo de luz.

—Cuatrocientos metros y bajando —informó Pitt con la misma calma que un piloto anunciando la altitud de vuelo.

—Cuatrocientos metros —repitió Gunn por los auriculares.

En condiciones normales, en el interior del sumergible no habrían faltado las bromas y el sarcasmo para pasar el tiempo pero, en esta ocasión, Pitt y Giordino se mantuvieron en un extraño silencio. Durante el descenso, su conversación se redujo a apenas unas breves frases.

—Ahí tenemos a un auténtico encanto de criatura —comentó Giordino, señalando hacia el frente.

Pitt vio al animal en el mismo instante que su compañero. Se trataba de uno de los habitantes más feos de las profundidades. El perfil de su cuerpo, largo y en forma de anguila, despedía una luminiscencia como un rótulo de neón. Sus mandíbulas rígidas y entreabiertas no podían cerrarse del todo debido a los dientes, largos y afilados, que le servían más para retener a sus presas que para morderlas. Sus ojos lanzaban una mirada maliciosa y de su mandíbula inferior sobresalía una trompa, unida a una barba luminiscente, que le servía para atraer a su siguiente víctima.

—¿Qué te parecería alargar el brazo articulado para capturar esa cosa? —preguntó Pitt.

Antes de que Giordino pudiera responder, Gunn intervino:

—Uno de los científicos quiere saber qué habéis visto.

—Un pez dragón —respondió Pitt.

—Quiere una descripción.

—Dile que le haremos un dibujo cuando volvamos —gruñó Giordino.

—Pasando los ochocientos metros —informó Pitt.

—Cuidado con no chocar contra el fondo —recomendó Gunn.

—Estaremos ojo avizor. Ninguno de nosotros desea que el viaje sea sólo de ida.

—No está de más que alguien se preocupe de revisar los procedimientos de seguridad. ¿Cómo está el oxígeno?

—Perfectamente.

—Ya debéis de estar cerca.

Pitt redujo la velocidad de descenso del *Deep Rover* con un ligero deslizamiento del apoyabrazos móvil. Giordino concentró la vista hacia abajo, vigilando cualquier signo de la proximidad del fondo. Pitt habría jurado que su amigo no parpadeó una sola vez en los ocho minutos que tardó el lecho marino en materializarse gradualmente debajo del sumergible.

—Estamos abajo —anunció Giordino—. Profundidad, mil quince metros.

Pitt aumentó la potencia de los propulsores verticales, haciendo que el batiscafo detuviera su descenso a tres metros de los sedimentos grises. Debido a

la presión del agua, el peso de la embarcación había aumentado durante el descenso. Pitt abrió una válvula del tanque de lastre y, vigilando el indicador de presión, lo llenó con el aire suficiente para conseguir una flotabilidad equilibrada.

—Vamos a iniciar la exploración —notificó a Gunn.

—El barco debería estar aproximadamente en el rumbo uno uno cero grados —respondió Gunn entre crepitaciones.

—Afirmativo —dijo Pitt—. Tenemos un objetivo en el sonar a doscientos veinte metros, rumbo uno uno dos grados.

—Entendido, *Deep Rover*.

Pitt se volvió hacia Giordino y comentó:

—Bien, veamos qué podemos descubrir.

Aumentó la potencia de los propulsores horizontales y avanzó en una amplia curva, estudiando el yermo paisaje marino que se abría ante él mientras Giordino lo guiaba mediante la lectura del rumbo que señalaba la brújula.

—Un par de puntos a la izquierda. Demasiado. Muy bien, ahora lo tienes. Continúa recto.

Las palabras de Pitt no reflejaban el menor asomo de emoción y sus facciones estaban extrañamente en calma. Cada vez más preocupado, se preguntó qué era lo que iba a encontrar allí abajo.

Recordó la escalofriante historia de un submarinista que trabajaba en el rescate de un transbordador hundido tras una colisión. El submarinista estaba dedicado a su tarea en el pecio, a treinta metros bajo el agua, cuando notó que alguien le daba unos golpecitos en el hombro. Cuando dio media vuelta, se encontró frente a frente con el cuerpo de una hermosa muchacha que lo contemplaba a través de sus ojos ciegos, con un brazo extendido hacia adelante y tocándolo como si le pidiera que la tomara de la mano. El submarinista tuvo pesadillas durante años, tras lo sucedido.

Pitt había visto muchos cadáveres con anterioridad: congelados, como los tripulantes del *Serapis*; abotargados y grotescos como la dotación del yate presidencial, el *Eagle*, o en estado de descomposición en diversos aviones hundidos frente a las costas islandesas y en un lago de las Rocosas de Colorado. Si cerraba los ojos, aún podía visualizarlos uno por uno.

Rogó a Dios no tener que contemplar el cadáver flotante de su padre. Cerró los ojos un instante y estuvo a punto de enviar el *Deep Rover* contra el fondo. Pitt deseaba que su último recuerdo de su padre fuera el de un hombre vivo y animado, vibrante, y no el de un ente fantasmal en el mar o el de un cadáver ridículamente maquillado en un ataúd.

—Un objeto en el sedimento, a la derecha —indicó Al Giordino, haciendo salir a Pitt de sus morbosos pensamientos. Pitt se inclinó hacia adelante y prestó atención.

—Es un barril de doscientos litros. Y hay tres más a la izquierda.

—Los hay por todas partes —dijo Giordino—. Esto parece un depósito de chatarra.

—¿Alguna marca?

—Sólo algunas palabras escritas en español. Probablemente información sobre el peso y el volumen del bidón.

—Me acercaré más al que tenemos delante. Todavía está derramándose parte de su contenido, formando un hilillo que asciende hacia la superficie.

Pitt acercó la esfera del *Deep Rover* hasta escasos centímetros del bidón hundido. Los focos del batiscafo mostraron una sustancia oscura que formaba volutas en el aire al escapar por la rosca del tapón.

—¿Petróleo? —aventuró Giordino. Pitt sacudió la cabeza en gesto de negativa.

—El color se parece más al óxido. No, espera: es rojo. ¡Por todos los santos, es pintura roja al óleo!

—Al lado del bidón hay otro objeto cilíndrico.

—¿Puedes reconocer de qué se trata?

—Diría que es un gran rollo de tela plástica.

—Creo que tienes razón.

—No sería mala idea llevar eso a bordo del *Sounder* para examinarlo. Manten la posición y lo cogeré con los brazos articulados.

Pitt asintió en silencio y mantuvo el batiscafo inmóvil contra la ligera corriente del fondo oceánico. Giordino asió los mandos y dobló las articulaciones de las sofisticadas extremidades mecánicas del mismo modo que un ser humano doblaría los codos para abrazar a un amigo. Después, cerró las manos de la herramienta hasta tener agarrado con fuerza el objeto por su extremo inferior.

—Ya lo tengo —anunció—. Necesitaremos un poco de potencia ascensional para sacar eso del sedimento.

Pitt obedeció y el *Deep Rover* se alzó lentamente con el rollo de plástico, envuelto en una nube de fango. Durante unos instantes, no pudieron ver nada. Después, Pitt hizo avanzar en horizontal al sumergible hasta encontrarse de nuevo en aguas limpias.

—Ya deberíamos tener el barco a la vista —dijo Giordino—. El sonar muestra un objeto de grandes dimensiones delante de nosotros, ligeramente a la derecha.

—Aquí os tenemos casi encima de él —informó Gunn.

Como una imagen fantasmagórica en un espejo oscuro, el barco surgió de entre las sombras. Agrandado por la distorsión que producía el agua, el casco ofrecía un aspecto imponente.

—Tenemos contacto visual —anunció Giordino.

Pitt redujo la velocidad del sumergible hasta detenerlo a siete metros de la quilla. Después, lo hizo ascender junto al casco y avanzar sobre la cubierta de proa.

—¿Qué diablos…? —soltó de pronto Pitt, para añadir seguidamente—: Rudi, ¿de qué colores era el casco del *Lady Flamborough*?

—Un momento. —No transcurrieron más de diez segundos antes de que Gunn respondiera—: Azul celeste, tanto la superestructura como el casco.

—Este barco tiene el casco rojo y la obra muerta blanca.

Gunn no hizo ningún comentario inmediatamente. Cuando al fin habló, su voz sonó avejentada y cansada.

—Lo siento, Dirk. Debemos de haber tropezado con algún barco desaparecido en la Segunda Guerra Mundial, hundido por los torpedos de algún submarino alemán.

—Imposible —murmuró Giordino—. El barco está como nuevo, sin la menor señal de corrosión o de adherencias, y puedo ver diversas burbujas de aire y de petróleo que escapan de su interior. No puede llevar aquí abajo más de una semana.

—Negativo —escucharon decir a Stewart por los altavoces—. En esta zona del Atlántico, el único barco cuya desaparición se ha denunciado durante los últimos seis meses es el crucero que buscamos.

—Pues esto no es ningún crucero —replicó Giordino.

—Un momento —intervino Pitt—. Vayamos hasta la popa y veamos si podemos identificarlo.

Con una hábil maniobra, hizo que el batiscafo se deslizara hasta el costado del buque y avanzó en paralelo a él. Cuando llegaron a la popa, Pitt viró el vehículo y lo detuvo. El sumergible permaneció allí, inmóvil, a apenas un metro del nombre del barco, cuyas letras estaban grabadas en relieve y soldadas al casco.

—¡Oh, Dios mío! —musitó Giordino con incredulidad y asombro en la voz—. Nos han tomado el pelo.

Pitt, sentado a los mandos, no mostraba desconcierto ni sorpresa, sino que sonreía como si hubiera perdido el juicio. El rompecabezas no estaba resuelto, ni mucho menos, pero las piezas vitales ya estaban en su sitio. Las letras blancas en relieve sobre las planchas de acero pintado de rojo no decían *Lady Flamborough*.

Lo que podía leerse en ellas era *General Bravo*.

43

A cuatrocientos metros de distancia ni siquiera sus diseñadores y constructores habrían podido reconocer al *Lady Flamborough*. La chimenea había sido remodelada y se había repintado todo el barco. Para completar el efecto, el casco estaba veteado en ficticias manchas de óxido.

La bella superestructura, los ojos de buey de los camarotes y las cubiertas de paseo estaban ocultos bajo grandes planchas de fibra de vidrio diseñadas para dar el aspecto de contenedores de carga.

Allí donde era imposible eliminar u ocultar los perfiles modernos y redondeados del puente del crucero, se habían empleado marcos de madera y lona para dotarlos de aristas, y se habían pintado portillas y escotillas falsas.

Antes de que desaparecieran a popa las luces de Punta del Este, todos los tripulantes y pasajeros fueron repartidos en grupos de trabajos forzosos y obligados a obedecer las órdenes de los secuestradores armados de Ammar. Oficiales del buque, directores del crucero, azafatas, cocineros, camareros y marineros sin rango… todos ellos fueron forzados a montar los falsos contenedores en una tarea que se prolongó toda la noche.

Ni siquiera los invitados de alto rango se libraron de trabajar. El senador Pitt y Hala Kamil, los presidentes Hasan y De Lorenzo, así como los miembros de sus gabinetes y sus colaboradores personales, fueron obligados a colaborar como pintores y carpinteros.

Cuando el crucero llegó a la cita con el *General Bravo*, los falsos contenedores estaban terminados y el *Lady Flamborough* lucía un aspecto y un colorido casi idéntico al del carguero mexicano.

Desde la línea de flotación hacia arriba, el crucero recién disfrazado habría podido pasar fácilmente por el buque de transporte. Una inspección desde el aire habría puesto de relieve pocas discrepancias. Únicamente un examen detenido desde el agua habría podido detectar las diferencias.

El capitán Juan Machado y los dieciocho tripulantes del *General Bravo* fueron transbordados al crucero después de abrir todas las compuertas y escotillas y detonar varias cargas explosivas estratégicamente distribuidas a lo largo del casco. Con una serie de ahogados estallidos, el carguero desapareció bajo el mar sin más ruido que unos ligeros borboteos de protesta.

Cuando el cielo empezó a iluminarse por el este con el nuevo día, el *Lady Flamborough* disfrazado navegaba ya hacia el sur, en dirección al puerto de destino del *General Bravo*. Sin embargo, cuando el puerto de San Pablo, Argentina, quedó a veinticinco millas a babor del crucero, éste continuó rumbo al sur, sin acercarse a su previsto punto de arribada.

El ingenioso plan de Ammar había dado resultado. Habían transcurrido tres días y el mundo aún seguía pensando que el *Lady Flamborough y* sus distinguidos pasajeros reposaban en algún punto del fondo marino.

Ammar tomó asiento ante la mesa de derrota y marcó en la carta la última posición del barco. Después, trazó una línea recta hasta su destino final y lo marcó con un aspa. Con gesto pulcro y complacido, dejó el lápiz y encendió un cigarrillo, exhalando el humo sobre la carta náutica como un banco de niebla.

Dieciséis horas, se dijo. Sólo dieciséis horas más de navegación sin persecuciones y el barco quedaría oculto y en sus manos, sin la menor posibilidad de ser detectado.

El capitán Machado entró en la sala de mapas procedente del puente, sosteniendo en la mano una pequeña bandeja.

—¿Le apetece una taza de té y una pasta? —preguntó en inglés fluido.

—Gracias, capitán. Ahora que lo recuerdo, no he comido nada desde que zarpamos de Punta del Este.

Machado dejó la bandeja sobre la mesa y sirvió el té para ambos.

—Lo que sé con certeza es que no ha pegado ojo desde que yo y mi tripulación subimos a bordo.

—Aún queda mucho por hacer.

—Tal vez deberíamos empezar por presentarnos formalmente.

—Yo sé quién es usted o, al menos, el nombre que utiliza —respondió Ammar con indiferencia—. No me interesan las biografías detalladas.

—¿Lo dice de veras?

—Sí.

—¿Le importaría darme a conocer sus planes? —pidió Machado—. Mis órdenes sólo llegaban hasta el momento de transbordar a su buque, después de echar a pique el *General Bravo*. Estoy muy interesado en saber cuáles serán los siguientes pasos de la misión y, en especial, cómo está previsto que nuestras fuerzas combinadas abandonen el barco sin caer en las manos de las fuerzas militares internacionales.

—Lo siento, pero he estado demasiado ocupado para explicárselo.

—Quizá ahora sea un buen momento…, ¿no cree? —insistió Machado.

Ammar, en un gesto característico, dio un lento sorbo a su té y terminó de comer la pasta bajo su máscara sin responder. Después, miró a Machado desde el otro lado de la mesa de derrota sin hacer el menor gesto.

—No tengo intención de abandonar la nave por ahora —respondió entonces,

sin alzar la voz—. Las instrucciones que he recibido de su líder y del mío son de ganar tiempo y retrasar la destrucción final del *Lady Flamborough* hasta que los dos tengan tiempo de evaluar la situación y decantarla en su provecho.

Poco a poco, Machado se relajó, observó los ojos fríos y oscuros del egipcio tras la máscara y se dio cuenta de que aquel hombre tenía un férreo control de sí mismo.

—Ningún problema por mi parte. —Alzó la tetera y añadió—: ¿Otra taza?

Ammar aceptó.

—¿A qué se dedica cuando no hunde barcos?

—Estoy especializado en asesinatos políticos —dijo Machado despreocupadamente—. Igual que usted, Suleiman Aziz Ammar.

Machado no pudo ver el entrecejo fruncido de preocupación tras la máscara de Ammar, pero se dio cuenta de que lo tenía.

—¿Lo han enviado para matarme? —preguntó Ammar, haciendo saltar la ceniza de su cigarrillo con gesto relajado mientras dejaba ver una pequeña pistola automática que había aparecido en la palma de su otra mano como un juego de prestidigitación. Machado sonrió y cruzó los brazos, dejando las manos completamente a la vista.

—Puede tranquilizarse. Tengo órdenes de trabajar en completa armonía con usted.

Ammar guardó el arma en un artilugio de resorte que llevaba sujeto al antebrazo derecho.

—¿Cómo es que me conoce?

—Nuestros líderes tienen pocos secretos entre ellos.

«¡Maldito Yazid!», se dijo Ammar, furioso. Yazid lo había traicionado revelando su identidad a otras personas. Las mentiras de Machado no le habían engañado un solo instante. Una vez quitado de en medio el presidente Hasan, el asesino a sueldo ya no sería de utilidad para el Mahoma reencarnado. Ammar no tenía intención de revelar sus planes para la huida al mexicano. Se daba perfecta cuenta de que éste no tenía más remedio que continuar con la alianza de conveniencia y se sentía muy a gusto sabiendo que podía matar a Machado en cualquier momento, mientras que el mexicano estaba obligado a esperar hasta tener asegurada la supervivencia.

Ammar sabía exactamente el terreno que pisaba. Levantó la taza.

—Por Ajmad Yazid.

—Por Topiltzin —alzó rígidamente la suya Machado.

Hala y el senador Pitt estaban encerrados en una suite junto con el presidente Hasan. Estaban sucios, manchados de pintura y demasiado agotados para conciliar el sueño. Tenían ampollas en las manos y agujetas a consecuencia del

agotador trabajo físico, para el cual no estaban preparados. Y tenían hambre.

Después de la frenética remodelación de la estructura externa del crucero a la salida de Uruguay, los secuestradores no les habían dado de comer. La única agua que podían beber era la del grifo del lavamanos. Y, para empeorar las cosas, con el paso de los días la temperatura había descendido gradualmente y la calefacción no funcionaba.

El presidente Hasan estaba tendido en una de las camas, hecho un doliente ovillo. El hombre padecía un problema crónico de espalda y la tensión de las diez horas ininterrumpidas que había pasado doblándose y estirándose le había provocado un torrente de dolor que soportaba estoicamente.

A juzgar por su ausencia de movimientos, se habría dicho que Hala y el senador eran de madera tallada. Hala estaba sentada a una mesa con la cabeza hundida entre las manos. Incluso sin arreglar como estaba, seguía siendo hermosa con su aire sereno.

El senador Pitt estaba recostado en un sofá, contemplando un aplique luminoso del techo con aire pensativo. Sólo el parpadeo de sus ojos revelaba que estaba vivo. Finalmente, Hala alzó la cabeza y se volvió hacia él.

—Si pudiéramos hacer algo… —dijo en apenas un susurro.

El senador se incorporó rígidamente hasta quedar sentado. Estaba aún en buena forma para su edad. Tenía doloridos todos los músculos desde el cuello hasta los pies, pero su corazón latía con la misma firmeza que cuando tenía veinte años menos.

—A ese demonio de la máscara no se le escapa un detalle —murmuró—. No nos piensa dar de comer para mantenernos en un estado de debilidad. Nos tiene a todos separados para que no podamos comunicarnos ni ayudarnos en un contraataque. Además, él y sus hombres no han mantenido ningún contacto con nosotros durante dos días. Todo perfectamente calculado para mantenernos nerviosos y en un estado de postración.

—¿No podríamos, al menos, intentar salir de aquí?

—Probablemente haya un centinela al fondo del pasillo, dispuesto a hacer pedazos al primero que intente asomar por una puerta. Y, aunque consiguiéramos dejarlo atrás, ¿qué haríamos a continuación?

—Tal vez podríamos arriar un bote salvavidas —sugirió Hala desatinadamente.

—Es demasiado tarde para intentar nada —respondió el senador con una sonrisa, moviendo la cabeza—. Ahora, las fuerzas de los secuestradores se han doblado al añadírseles los tripulantes de ese carguero mexicano.

—¿Y si rompemos la ventana y dejamos un rastro con muebles, ropas de cama o cualquier cosa que podamos arrojar? —insistió Hala.

—Sería como echar botellas con mensajes. De aquí a mañana, las corrientes lo arrastrarían todo a cientos de kilómetros de nuestra ruta. —El senador hizo una

pausa y movió de nuevo la cabeza en gesto de negativa—. El equipo de rastreo no encontraría las pistas a tiempo.

—Senador, sabe usted tan bien como yo que nadie nos busca. El mundo cree que nuestro barco se ha hundido y que todos hemos muerto. A estas alturas, la búsqueda del *Lady Flamborough* ya debe de haberse suspendido.

—Yo sé de alguien que jamás se dará por vencido.

—¿Quién? —dijo la mujer, dirigiéndole una mirada de interrogación.

—Mi hijo, Dirk.

Hala se puso en pie, se acercó cojeando hasta la ventana y contempló con ojos vacíos el tablero de fibra de vidrio que impedía ver el mar al otro lado del cristal.

—Debe estar usted muy orgulloso de él. Es un hombre valiente e ingenioso, pero sólo un hombre. No sabrá descubrir el engaño y… —Hala hizo una brusca pausa y acercó el ojo a una pequeña grieta del tablero que permitía ver un resquicio de mar—. El barco está dejando atrás algo que no identifico.

El senador se acercó y miró también por la grieta. Logró distinguir varios objetos blancos contra el fondo azul de las aguas.

—Es hielo —dijo, desconcertado—. Eso explica el frío. Debemos de dirigirnos hacia la Antártida.

Hala, abatida, se apoyó contra el senador y hundió el rostro en su pecho.

—Ahora seguro que nadie podrá rescatarnos —murmuró, resignada e impotente—. A nadie se le pasará por la cabeza buscarnos aquí.

44

Nadie sabía que el *Sounder* pudiera navegar tan deprisa. Sus cubiertas vibraban ante el esforzado traqueteo de los motores y el casco se estremecía mientras surcaba las olas.

Botado en unos astilleros de Boston durante el verano de 1961, el buque había pasado casi tres décadas fletado por escuelas oceanógraficas para proyectos de investigación en aguas profundas en todos los mares del mundo. Tras su adquisición por la NUMA en 1990, había sido remozado y reequipado por completo. Su nuevo motor diesel de 4000 caballos estaba diseñado para proporcionarle una velocidad máxima de catorce nudos, pero Stewart y sus maquinistas eran capaces de sacarle hasta diecisiete.

El *Sounder* era el único barco tras el rastro del crucero desaparecido y tenía tantas posibilidades de reducir la distancia que lo separaba de éste como un perro basset de alcanzar a un leopardo. Varios buques de guerra argentinos y las unidades navales británicas destacadas en las Malvinas podrían haber interceptado el barco fugitivo, pero no fueron alertadas.

Después del mensaje codificado de Pitt al almirante Sandecker anunciando el asombroso descubrimiento del *General Bravo* en el lugar del *Lady Flamborough*, la junta de Jefes de Estado Mayor y los directores de Inteligencia de la Casa Blanca recomendaron calurosamente al presidente que ordenara un silencio absoluto en torno a la revelación hasta que las Fuerzas de Operaciones Especiales norteamericanas pudieran llegar a la zona y coordinar un rescate.

Así pues, el *Sounder* continuó solo y sin contar con ninguna autorización oficial. A bordo, su tripulación de marineros y científicos compartía la excitación de la caza.

Pitt y Giordino se encontraban en el comedor del barco, estudiando una carta náutica del extremo sur del océano Atlántico que Gunn había desplegado sobre la mesa, sujeto por cuatro tazas de café en los extremos.

—¿Estás convencido de que han seguido hacia el sur? —preguntó Gunn a Pitt.

—Si hubieran dado media vuelta hacia el norte, el barco habría entrado de nuevo en la zona de búsqueda —explicó Pitt—, y es imposible que cambiaran de rumbo hacia el oeste, en dirección a la costa argentina.

—Tal vez se han dirigido a mar abierto.

—Con una delantera de tres días, ya podrían estar a medio camino de África —añadió Giordino.

—Demasiado arriesgado —dijo Pitt—. Al tipo que ha pensado todo esto no le falta materia gris. Tomar la dirección este y cruzar el océano dejaría el barco expuesto a la búsqueda desde aviones y a que cualquier nave que pasara lo identificase. No, su única solución para evitar sospechas era seguir el rumbo previsto del *General Bravo* hasta San Pablo, en Tierra del Fuego.

—Pero las autoridades portuarias habrían dado la alarma al advertir el retraso en la arribada —insistió Giordino.

—No subestimes a ese tipo. ¿Qué te apuestas a que ha llamado al capitán de puerto de San Pablo para avisarle de que el barco llegaría con retraso debido a una avería en los motores?

—Un buen golpe —asintió Giordino—. Eso le proporcionaría fácilmente otras cuarenta y ocho horas de absoluta tranquilidad.

—Entonces, ¿qué? —intervino Gunn—. ¿Dónde está? En la zona del estrecho de Magallanes hay mil islas deshabitadas en las que podría perderse.

—O… —Giordino dejó flotar la disyuntiva—. O podría dirigirse a la Antártida, donde crea que nadie lo buscará.

—Vamos a hablar en presente —dijo Pitt—. Por lo que sabemos, hay que dar por hecho que ya está amarrado en alguna cala desierta.

—Dentro de poco los tendremos localizados —afirmó Gunn—. Las cámaras del Landsat serán activadas en su próximo paso por la zona y el *Lady Flamborough*, alias *General Bravo*, quedará retratado en toda su gloria.

Giordino miró un instante a Pitt para comentar algo, pero su viejo amigo tenía la mirada perdida en el espacio. Giordino estaba acostumbrado al hábito de su amigo de desconectar de las conversaciones y conocía demasiado bien los síntomas.

Pitt no estaba ahora en el *Sounder*, sino en el puente del *Lady Flamborough*, tratando de meterse en la cabeza de su adversario. No era una tarea fácil. El individuo que dirigía el secuestro tenía que ser el tipo más astuto con el que Pitt se había enfrentado nunca.

—El tipo lo tiene en cuenta —murmuró finalmente.

—¿Tiene en cuenta qué? —quiso saber Gunn.

—El hecho de que pueden detectarlo por una fotografía desde un satélite.

—Entonces, sabe que, por mucho que corra, no puede ocultarse.

—Me parece que sí puede.

—Me gustaría saber cómo.

Pitt se puso en pie y se desperezó.

—Voy a estirar un poco las piernas.

—No has contestado a mi pregunta.

Gunn estaba ahora nervioso, impaciente. Pitt se balanceó y equilibró el

cuerpo con el cabeceo del barco mientras contemplaba a Gunn con una media sonrisa.

—Si estuviera en su lugar —comentó, como si hablara de un hombre al que conociese bien—, haría desaparecer el barco por segunda vez.

Gunn se quedó boquiabierto mientras Giordino le dirigía una mirada de «ya te lo decía yo» pero, antes de que pudiera preguntarle algo más, Pitt ya había salido del comedor.

Se dirigió a popa y descolgó una escala en el interior de «la charca de la luna». Dio una vuelta en torno al *Deep Rover* y se detuvo frente al gran rollo de tela plástica que habían rescatado del fondo. Estaba apoyado contra un extremo, casi tan alto como Pitt y sujeto con unos cabos a un puntal.

Lo contempló durante casi cinco minutos antes de acercarse al cilindro y darle unas palmaditas. Una intuición que rápidamente se convirtió en certidumbre, dio a sus ojos un brillo que sólo podría catalogarse de absolutamente maquiavélico.

Sólo pronunció dos palabras, murmuradas para sí en voz tan baja que el mecánico que trabajaba con unas herramientas a unos metros de él no las oyó.

—¡Te tengo!

45

Un torrente de informaciones sobre lo que se conoció como la crisis del *Flamborough* surgió de los teletipos y ordenadores del Centro de Mando Militar del Pentágono, del Centro de Operaciones de la séptima planta del Departamento de Estado y de la Sala de Juegos de Guerra del viejo edificio del Poder Ejecutivo.

En cada uno de estos centros de análisis estratégicos, los datos recibidos fueron estructurados y analizados casi a la velocidad del rayo. A continuación, la versión concentrada, acompañada de las recomendaciones pertinentes, fue llevada a toda prisa a la Sala de Exposición situada en el sótano de la Casa Blanca para su valoración final.

El presidente, vestido informalmente con unos pantalones anchos y un jersey de lana con cuello de cisne, entró en la sala y tomó asiento en la cabecera de la larga mesa de conferencias. Tras ser puesto al día sobre la situación, preguntó a sus consejeros cuáles eran las posibles acciones a adoptar. Aunque las decisiones finales eran responsabilidad suya, el presidente tenía muy en cuenta las opiniones de los funcionarios expertos en el tratamiento de las crisis internacionales, que trabajaban en la búsqueda de un consenso político y estaban dispuestos para llevar a cabo esta política una vez él diera su aprobación, pese a las opiniones disidentes.

Los informes de los servicios de inteligencia que llegaban desde Egipto eran, en su mayor parte, muy desfavorables. El país se hallaba en un estado de absoluta anarquía y la situación se deterioraba hora a hora. La policía y las fuerzas militares permanecían en sus cuarteles mientras miles de seguidores de Ajmad Yazid llevaban a cabo huelgas y boicots a lo largo y ancho de Egipto. Las únicas buenas noticias en medio de la caótica situación eran que las manifestaciones no estaban marcadas por la violencia.

El secretario de Estado, Douglas Oates, examinó brevemente un informe que un ayudante colocó ante él.

—Eso es todo lo que necesitamos —murmuró. El presidente lo miró en silencio con actitud expectante y Oates añadió—: Los rebeldes musulmanes acaban de irrumpir y tomar la principal cadena de televisión de El Cairo.

—¿Ha habido alguna aparición de Yazid?

—Todavía no —aclaró Brogan, el jefe de la CÍA, volviendo la atención hacia ellos y alzando la vista de una de las pantallas de ordenador—. Los últimos comunicados de Inteligencia dicen que sigue encerrado en su casa de campo cerca de Alejandría, esperando a formar un nuevo gobierno por aclamación.

—Ya no debe faltar mucho para eso —suspiró el presidente, preocupado—. ¿Qué postura está tomando ante los hechos el gabinete israelí?

Oates reordenó algunos papeles mientras respondía:

—Una estricta actitud de esperar a ver. No consideran a Yazid una amenaza inmediata.

—Ya cambiarán de opinión cuando ese hombre rompa el acuerdo de paz de Camp David. —El presidente se volvió y clavó una fría mirada en los ojos de Brogan—. ¿Podemos quitarlo de en medio?

—Sí —respondió Brogan lacónicamente.

—¿Cómo?

—Señor presidente, sugiero respetuosamente que no lo pregunte usted, por si el asunto se vuelve contra la administración y es preciso dar explicaciones.

—Es probable que tenga razón —asintió el presidente, inclinando ligeramente la cabeza—. De todos modos, no hagan nada a menos que les dé la orden.

—Insisto en que no recurra usted al asesinato —dijo Oates.

—Doug tiene razón —intervino Julius Schiller—. El asunto podría volverse contra la Casa Blanca. Si estos comentarios se filtraran, pasaría usted a ser considerado un objetivo prioritario de los líderes terroristas de Oriente Medio.

—Por no hablar de la conmoción que se organizaría en el Congreso —añadió Dale Nichols, sentado también en torno a la mesa—. Y la prensa lo atacaría a muerte.

El presidente sopesó las consecuencias con aire pensativo. Por último, asintió y dijo:

—Muy bien, dado que Yazid odia tanto al primer ministro soviético, Antonov, como a mí, dejaremos aparcado por ahora el asunto de su eliminación. Sin embargo, tengan esto en cuenta, caballeros: no estoy dispuesto a tragarme de ese individuo la mitad de la mierda que Jomeini les hizo comer a mis predecesores.

Brogan frunció el entrecejo, pero Oates y Schiller intercambiaron una mirada de alivio. Nichols se limitó a dar unas chupadas de su pipa con aire satisfecho.

Los actores de aquel drama eran hombres fuertes con puntos de vista definidos y, a menudo, contradictorios. Las victorias se celebraban contenidamente, pero las derrotas quemaban por dentro.

El presidente pasó al siguiente punto de la agenda.

—¿Alguna novedad de México?

—La situación sigue inquietantemente tranquila —respondió Brogan—. No hay manifestaciones ni disturbios. Topiltzin parece estar practicando el mismo

juego de esperar acontecimientos que su hermano.

—¿He oído bien? —El presidente volvió la vista hacia él, desconcertado—. ¿Ha dicho « hermano» ?

Brogan ladeó la cabeza hacia Nichols.

—Dale intuyó la pista. Yazid y Topiltzin son hermanos y no son egipcio y mexicano, respectivamente, como dicen.

—¿Tiene pruebas definitivas de una relación de parentesco? —interrumpió Schiller—. ¿Cómo las ha conseguido?

—Nuestros agentes obtuvieron sus códigos genéticos y los han comparado.

—Es la primera noticia que tengo de esto —comentó con asombro el presidente—. Debería haberme informado antes.

—La documentación final todavía está siendo evaluada y pronto la recibiremos de Langley. Lo lamento, señor presidente. Aun a riesgo de parecer excesivamente cauteloso, no quería revelar un descubrimiento tan sorprendente hasta haber reunido pruebas firmes.

—¿Cómo diablos consiguió sus códigos genéticos? —preguntó Nichols.

—Nuestros dos sujetos son individuos vanidosos —explicó Brogan—. El departamento de Falsificaciones envió un Corán a Yazid, y una fotografía a Topiltzin en la que aparecía él mismo con toda su parafernalia azteca, junto con sendas peticiones en las que se suplicaba a ambos que escribieran en los objetos una breve plegaria y los devolvieran a sus remitentes. En realidad, el asunto fue un poco más complicado, pues hubo que escribir las peticiones con la letra de conocidos seguidores suyos, partidarios influyentes con poder político y económico, cabría añadir. Tanto Yazid como Topiltzin cayeron en el engaño. Lo más arriesgado fue interceptar el correo de vuelta antes de que llegara a las direcciones correctas. El siguiente problema fue identificar las diferentes huellas digitales que acompañaban a cada objeto. Ayudantes, secretarios y demás. Una huella de un dedo pulgar en el Corán concordaba con una impresión digital de Yazid que se sabía auténtica, conservada en los archivos de la policía egipcia desde su detención hacía varios años. A continuación, analizamos su ADN a partir de los aceites dejados por las huellas.

» Con Topiltzin no resultó tan fácil. No tenía ningún registro en México, pero el laboratorio estableció la relación con su hermano a partir, también, de las huellas tomadas de la foto. A continuación, un descubrimiento casual en los archivos criminales internacionales de la sede central de la Interpol en París nos llevó a la clave del enigma. Todas las piezas encajan. Lo que hemos descubierto es una organización familiar, una dinastía de delincuentes que se formó después de la Segunda Guerra Mundial. Un imperio de miles de millones de dólares gobernado por los padres, tres hijos y una hija, tías, primos y demás parientes por vínculos de sangre o de matrimonio. Esta organización cerrada ha hecho casi imposible la infiltración por parte de los investigadores internacionales.

Salvo el traqueteo de los teletipos y el murmullo ahogado de los secretarios, un silencio de perplejidad flotó sobre la mesa. Brogan paseó la mirada por los rostros de Nichols, Schiller, Oates y el presidente.

—¿Cómo se llaman? —preguntó éste en voz baja.

—Capesterre —respondió Brogan—. Roland y Josephine Capesterre son los padres. El hijo mayor es Robert o, según lo conocemos nosotros, Topiltzin. El siguiente de los hermanos es Paul.

—¿Él es Yazid?

—Sí.

—Creo que todos estamos interesados en conocer los detalles de este asunto —dijo el presidente.

—Como ya he dicho —respondió Brogan—, aún no tengo todos los datos en mis manos. Por ejemplo, no tengo noticias de Karl y Marie, el hijo pequeño y la hija, ni los nombres de los parientes que participan en sus actividades. De momento, sólo hemos rascado la superficie. El informe completo debería estar aquí dentro de pocos minutos. Por lo que recuerdo, los Capesterre son una familia de delincuentes con una larga tradición que se inició hace casi ochenta años, cuando el abuelo emigró de Francia al Caribe y se dedicó al contrabando, tráfico de objetos robados e introducción clandestina de alcohol en Estados Unidos durante la ley seca. Al principio, tenía la base en las afueras de Puerto España, Trinidad, pero cuando prosperó, adquirió una pequeña isla próxima e instaló en ella sus negocios. Roland se hizo cargo de la empresa cuando el abuelo murió y, junto a su esposa Josephine, de la que algunos dicen que es el cerebro en las sombras, no perdió un minuto en ampliar los negocios del tráfico de drogas. Primero establecieron en su isla una plantación bananera legal y sacaron unos buenos beneficios con ella, de forma totalmente honrada. Después, en una demostración de ingenio, hicieron su auténtico agosto recolectando dos cosechas. La segunda, la marihuana, crecía debajo de las plataneras para evitar ser detectada. También instalaron un laboratorio de refinado en la isla. ¿Va quedando claro el asunto?

—Sí… —murmuró el presidente—. Todos nos hacemos una idea. Gracias, Martin.

—Lo tenían todo pensado —murmuró Schiller—. Los Capesterre producían, manufacturaban y se encargaban de la introducción clandestina en una operación limpia y rentable.

—Y también distribuían el género —continuó Brogan—. Pero hay un detalle interesante: no operaban en los Estados Unidos. Sólo vendían drogas en Europa y en el Extremo Oriente.

—¿Todavía continúan dedicándose a los estupefacientes? —quiso saber Nichols.

—No —respondió Brogan acompañando la negativa de un gesto de cabeza—.

Gracias a sus contactos, recibieron el soplo de que las fuerzas de seguridad de las Indias Occidentales preparaban un raid sobre su isla privada. La familia quemó la cosecha de marihuana, mantuvo la de plátanos y empezó a adquirir participaciones en empresas que le dieron el control de sociedades en estado financiero tambaleante. La familia tuvo un éxito superlativo en los negocios que emprendió, consiguiendo unos beneficios asombrosos. Naturalmente, sus inusuales métodos comerciales tal vez tuvieron algo que ver con ello.

—¿Cuáles eran esos métodos? —picó el anzuelo Nichols. Brogan le dirigió una sonrisa.

—Los Capesterre se basaban en el chantaje, la extorsión y el asesinato. Cuando una empresa rival se interponía en su camino, sus principales directivos, no se sabe por qué, iniciaban conversaciones para su fusión con los intereses de Capesterre, perdiendo en el trato, naturalmente, hasta los pantalones. Funcionarios que obstaculizaban sus intereses, abogados con querellas en su contra, políticos hostiles, todos acababan conociendo y amando a los Capesterre pues, de lo contrario, cualquier día sus esposas o hijos podían sufrir un accidente, o su casa arder hasta los cimientos, o ellos mismos desaparecer sin dejar rastro.

—Algo así como si la Mafia dirigiera la General Motors o la Gulf & Western —dijo el presidente con tono irónico.

—Una buena comparación —asintió Brogan, y continuó—: Ahora, la familia controla un vasto conglomerado de empresas financieras e industriales valorado, según los cálculos, en doce billones de dólares.

—¿Ha dicho doce *billones*? —murmuró Oates, incrédulo—. Me parece que no volveré a asistir a un servicio religioso.

—¿Quién dijo que el crimen no paga? —añadió Schiller, encogiéndose de hombros con admiración.

—No me extraña que estén tirando de los hilos en Egipto y México —comentó Oates—. Deben de haber sobornado, forzado o chantajeado a gente de todos los ministerios de ambos gobiernos y del ejército. Empiezo a entender el plan que están tramando —dijo el presidente—. Lo que no alcanzo a comprender es cómo pueden sus hijos hacerse pasar por auténticos egipcios o mexicanos. No se puede engañar a millones de personas sin que nadie se dé cuenta.

—Su madre era descendiente de esclavos negros, y de ahí les viene la piel morena —explicó Brogan en tono paciente—. Sólo podemos especular sobre su pasado. Roland y Josephine debieron de plantar las semillas para su plan hace más de cuarenta años. Al nacer sus hijos, los sometieron a un programa intensivo para convertirlos en auténticos naturales de esos dos países. Sin duda, Paul recibió una educación en árabe desde antes de empezar a andar, mientras que Robert aprendió a hablar en antiguo azteca. Cuando los chicos fueron mayores, probablemente asistieron a escuelas privadas de México y Egipto bajo identidades supuestas.

—Un plan de amplias miras —murmuró Oates con admiración—. No eso tan trillado de introducir topos en las filas enemigas, sino una infiltración en los niveles más altos, y envuelta en buena medida en la imagen de un mesías.

—Me suena a una conspiración diabólica —dijo Nichols.

—Estoy de acuerdo con Doug —declaró el presidente, haciendo un gesto hacia Oates—. Un plan muy ambicioso. Eso de preparar a los niños desde que nacieron, y de utilizar una riqueza y un poder incalculables para desencadenar unas revueltas nacionales… Lo que tenemos ante nosotros en realidad es una demostración increíble de tenacidad y paciencia.

—Es preciso reconocer que esos cerdos son muy hábiles —admitió Schiller —. Se han ceñido estrictamente a su guión mientras los acontecimientos se decantaban en su favor y, ahora, se encuentran a centímetros de hacerse con el poder en dos de los países más destacados del Tercer Mundo.

—¡No podemos permitir que eso suceda! —exclamó el presidente—. Si el hermano de México se convierte en jefe de estado y lleva a cabo su amenaza de enviar a dos millones de sus compatriotas a través de la frontera, tendremos que ordenar la intervención de nuestras fuerzas armadas.

—Debo prevenirlo contra cualquier acción agresiva —dijo Oates, en su calidad de secretario de Estado—. La historia reciente ha demostrado que las invasiones no suelen salir bien. Matando a Yazid y a Topiltzin, o comoquiera que se llamen de verdad, y lanzando un asalto sobre México, no resolveremos el problema a largo plazo.

—Tal vez no —gruñó el presidente—, pero quizá eso nos proporcionaría el tiempo necesario para apaciguar la situación.

—Puede que exista otra solución —apuntó Nichols—. Utilizar a los Capesterre contra ellos mismos.

—Estoy cansado —declaró el presidente, con claras muestras de fatiga en las arrugas de su rostro—. Por favor, evite los juegos de adivinanzas y vaya al grano.

Nichols volvió la mirada a Brogan en busca de apoyo.

—Esa gente eran traficantes de drogas, ¿verdad? Deben ser delincuentes en busca y captura, ¿no?

—Sí a lo primero, y no a lo segundo —respondió Brogan—. No estamos ante pequeños camellos callejeros. Toda la familia ha sido sometida a investigaciones durante años. Ningún arresto. Ninguna condena. Cuentan con un equipo de abogados civiles y penales que dejaría en ridículo al mayor gabinete de leyes de Washington. Tienen amistades y relaciones en los puestos de máxima responsabilidad de diez gobiernos importantes. ¿Quiere pillar a esa banda y someterla a juicio? Sería más fácil convertir en polvo una pirámide con un punzón para el hielo.

—Entonces, denúncielos al mundo como la escoria que son —propuso

Nichols.

—No funcionaría —replicó el presidente—. Seguramente, cualquier intento en tal sentido sería rechazado como una falsedad, como una maniobra propagandística.

—Tal vez Nichols nos haya proporcionado otra pista —apuntó Schiller sin alzar la voz. Era un hombre que escuchaba más que hablaba—. Lo único que necesitamos es una base que no pueda ser rebatida o puesta en duda.

—¿Dónde pretende ir a parar, Julius? —preguntó el presidente con expresión de sorpresa.

—Al *Lady Flamborough* —replicó Schiller con gesto pensativo—. Si encontramos pruebas irrefutables de que Yazid está detrás del secuestro del barco, tendremos una manera de resquebrajar el muro de los Capesterre.

—El escándalo que se produciría sería, desde luego, un buen paso para desenmascarar la manipulación mística de Yazid y de Topiltzin y para revelar a la opinión pública las incontables actividades delictivas de la familia.

—Y no olvidemos a los medios de comunicación. Cuando puedan cebarse en el sangriento pasado de los Capesterre, se lanzarán sobre ellos con el frenesí de los tiburones en pleno festín. —Nichols frunció el entrecejo tardíamente ante su propia observación.

—Estamos pasando por alto un hecho importante —dijo Schiller con un largo suspiro—. De momento, cualquier relación entre la desaparición del barco y los Capesterre es estrictamente circunstancial.

—¿Quién más tiene motivos para librarse de los presidentes De Lorenzo y Hasan, y de Hala Kamil? —inquirió Nichols frunciendo el entrecejo.

—¡Nadie! —replicó Brogan.

—Un momento —intervino el presidente con tono conciliador—. Julius ha tocado un punto interesante. Los secuestradores no están actuando como típicos terroristas de Oriente Medio. Todavía no se han identificado, no han realizado demandas o amenazas ni han utilizado a los pasajeros y tripulantes como rehenes para una operación de chantaje internacional. No me avergüenza reconocer que este silencio me parece una pesadilla.

—Esta vez nos enfrentamos a una gente distinta —admitió Brogan—. Los Capesterre están jugando a dejar pasar el tiempo, con la esperanza de que los gobiernos de De Lorenzo y Hasan caigan en su ausencia.

—¿Ha habido alguna noticia del crucero desde que el hijo de George Pitt descubrió el cambio de barcos? —preguntó Oates, alejando fríamente la conversación de la confrontación que parecía a punto de desencadenarse.

—Está en algún lugar frente a la costa este de Tierra del Fuego navegando como un demonio con rumbo sur —respondió Schiller—. Lo estamos siguiendo por satélite y ya deberíamos tenerlo acorralado para mañana por lo menos a esta hora.

El presidente no se mostró satisfecho con el dato.

—Para entonces, los secuestradores ya podrían haber matado a todos los rehenes de a bordo.

—Si no lo han hecho ya —añadió Brogan.

—¿Qué fuerzas tenemos en la zona?

—Prácticamente ninguna, señor presidente —respondió Nichols—. No tenemos razones para mantener una presencia tan al sur. Salvo un puñado de aviones de transporte de las fuerzas aéreas que suplen de provisiones y equipo a las estaciones de investigación polar, el único buque de los Estados Unidos relativamente próximo al *Lady Flamborough* es el *Sounder*, un barco de investigación y estudio de las aguas profundas de la NUMA.

—¿El que lleva a bordo a Dirk Pitt?

—Sí, señor.

—¿Qué hay de nuestras Fuerzas de Operaciones Especiales?

—Hace veinte minutos he hablado por teléfono con el general Keith, del Pentágono —informó Schiller—. Hace una hora, aproximadamente, han despegado varios reactores de transporte C-140 con un grupo de élite y todos sus pertrechos. Los aviones iban escoltados por una escuadrilla de cazas de ataque Osprey.

El presidente se recostó en su asiento y cruzó las manos sobre su estómago.

—¿Dónde montarán el puesto de mando?

Brogan iluminó un mapa del extremo meridional de América del Sur en una pantalla mural gigante y señaló un punto determinado con una flecha luminosa.

—Salvo que recibamos nuevas informaciones que nos hagan modificar los planes —expuso—, tomarán tierra en un aeropuerto cerca de la ciudad chilena de Punta Arenas, en la península de Brunswick, y lo utilizarán como base de operaciones.

—Un vuelo muy largo —comentó el presidente en voz baja—. ¿Cuándo está prevista la llegada?

—Hacia las tres de la tarde.

El presidente se volvió hacia Oates:

—Doug, dejo en tus manos las cuestiones de soberanía con los gobiernos chileno y argentino.

—Me ocuparé enseguida.

—Para que las Fuerzas de Operaciones Especiales puedan preparar un intento de rescate —dijo Schiller con cruda lógica—, primero habrá que encontrar al *Lady Flamborough*.

—En este aspecto, tenemos las cosas en contra. —Había un curioso tono de aceptación en la voz de Brogan—. La flota de portaaviones más próxima está a casi cinco mil millas. No hay modo de organizar una búsqueda aérea y marítima a gran escala.

Schiller contempló la mesa, dando vueltas al asunto.

—Si los secuestradores introducen al *Lady Flamborough* entre las bahías y calas desiertas de la costa antártica, cualquier intento de rescate se retrasaría semanas. La niebla, las brumas y las nubes bajas tampoco ayudarían a localizarlo.

—Nuestro único recurso es la vigilancia desde un satélite —dijo Nichols—. El problema es que no disponemos de satélites espía enfocados en esa región de la tierra.

—Dale está en lo cierto —asintió Schiller—. Los mares del extremo sur no cuentan apenas en la lista de vigilancia estratégica. Si estuviéramos hablando del hemisferio norte, podríamos concentrar toda una serie de equipos de escucha y de fotografía suficientes para oír todas las conversaciones de a bordo y para leer un periódico olvidado en cubierta.

—¿De qué podemos disponer? —quiso saber el presidente.

—Del Landsat —informó Brogan—, algunos satélites meteorológicos de Defensa y un Seasat utilizado por la NUMA para los estudios de los hielos antárticos y las corrientes marinas. Pero nuestra mejor apuesta es el SR-90 Casper.

—¿Tenemos algún avión de reconocimiento SR-90 en América Latina?

—El más cercano al lugar está en un aeródromo de alta seguridad en Texas.

—¿Cuánto tardaría uno de esos aparatos en volar ahí abajo y volver?

—El Casper puede alcanzar Mach cinco, casi cinco mil kilómetros por hora. Es capaz de volar hasta la costa de la Antártida, tomar una serie de fotos y traer de vuelta el negativo en cinco horas.

El presidente sacudió la cabeza lentamente en gesto de abatimiento.

—¿Quiere alguien decirme, por favor, por qué siempre pillan al gobierno de Estados Unidos con los pantalones bajados? ¡Por todos los santos, nadie jode las cosas como nosotros! ¡Construimos los sistemas de detección más sofisticados que ha conocido el mundo y, cuando los necesitamos, están todos concentrados en el lugar inadecuado en el momento más inoportuno!

Nadie habló. Nadie se movió. Los hombres del presidente evitaron su mirada. Incómodos, clavaron las suyas en la mesa, en los papeles, en las paredes: en cualquier sitio, salvo en su rostro.

Por fin, Nichols afirmó con voz serena y confiada:

—Encontraremos el barco, señor presidente. Si alguien puede sacarlos de allí con vida, son las Fuerzas Especiales.

—Sí —respondió en voz baja el presidente—. Están bien preparados para una misión así. La única duda que tengo en la cabeza es si la tripulación y los pasajeros estarán allí cuando acudamos al rescate. Tal vez las Fuerzas Especiales sólo encontrarán un barco silencioso lleno de cadáveres.

46

El coronel Morton Hollis no había recibido precisamente con júbilo la orden de abandonar a su familia en mitad de la fiesta de aniversario de su esposa. La mirada comprensiva en los ojos de ésta le había encogido el estómago, pues sabía que el cumplimiento del deber iba a salirle muy caro. Al collar de coral rojo que acababa de regalarle, Hollis había tenido que añadir la promesa de emprender el crucero de cinco días por las Bahamas que la mujer venía proponiéndole desde hacía tanto tiempo.

Ahora, Hollis se encontraba sentado ante un escritorio en un compartimiento especialmente habilitado como oficina en el avión de transporte C-140 que sobrevolaba Venezuela rumbo al sur. El coronel dio una profunda calada al enorme habano que había adquirido en la tienda de la base, ahora que el embargo de importaciones cubanas se había levantado.

Hollis estudió los últimos informes meteorológicos de la península antártica y observó las fotografías que mostraban sus costas ásperas y heladas. Desde el despegue del avión, ya había repasado mentalmente una decena de veces las dificultades que le aguardaban. Durante su breve historia, la unidad de Fuerzas de Operaciones Especiales de reciente creación había conseguido una notable hoja de servicios, pero aún no había tenido que enfrentarse a una situación de la magnitud del secuestro del *Lady Flamborough*.

Las Fuerzas Especiales, hijas huérfanas del Pentágono, no fueron reestructuradas bajo un mando único hasta el otoño de 1989. En esa fecha, la Fuerza Delta del ejército, cuyos miembros eran seleccionados entre las unidades de élite de los comandos y los Boinas Verdes, así como de una unidad secreta de aviación conocida por Grupo Operativo 160, se fusionaron con otras dos unidades de intervención inmediata, el equipo SEAL de la Marina y el ala de operaciones especiales de la fuerza aérea.

Las fuerzas unificadas pusieron fin a los conflictos de competencias y rivalidades de servicio y se convirtieron en una unidad con su propia escala de mandos y una dotación de doce mil hombres, acuartelados en una base de alta seguridad al sudeste del estado de Virginia, donde sus miembros recibían un duro entrenamiento en tácticas guerrilleras, paracaidismo, supervivencia en tierras vírgenes y submarinismo, con un especial énfasis en el asalto a edificios, barcos

y aviones en misiones de rescate.

Hollis era un hombre de baja estatura —casi no había dado la talla mínima para pertenecer a las Fuerzas Especiales— pero poseía unos hombros muy desarrollados y casi medía lo mismo de ancho que de alto. Cuarentón, pero tremendamente fuerte, había sobrevivido a una rigurosa guerra de guerrillas simulada en los pantanos de Florida durante tres semanas, para inmediatamente lanzarse en paracaídas e iniciar un nuevo ejercicio de prácticas. Su cabello castaño, cortado muy corto, era ralo y prematuramente encanecido y tenía los ojos verde azulados, con los blancos ligeramente amarillentos debido a una excesiva permanencia al sol sin gafas protectoras.

Hombre astuto que siempre sabía mirar más allá de sus narices y trazar sus planes de acuerdo con ello, Morton Hollis dejaba muy pocos detalles al azar. Expulsó con delectación un anillo de humo del habano y se dijo que no podría contar con un equipo mejor si hubiera escogido a los ganadores de medallas de una Olimpiada militar. Sus hombres eran la élite de la élite para afrontar conflictos de baja intensidad. Los ochenta hombres del grupo, que se denominaban a sí mismos «cazadores diabólicos», habían sido seleccionados para el rescate del *Lady Flamborough* porque ya habían participado en prácticas de asalto en tiempo invernal contra un falso grupo de terroristas que simulaba haberse apropiado de un barco frente a las costas de Noruega, tomando como rehenes a los tripulantes. Cuarenta de los miembros del grupo serían «tiradores», mientras que la otra mitad actuaría como fuerza logística y de apoyo.

Su lugarteniente, el comandante Dillinger, llamó a la puerta con los nudillos y asomó la cabeza.

—¿Estás ocupado, Mort? —preguntó con un claro acento tejano. El coronel Hollis le hizo un relajado gesto con la mano.

—Mi oficina es la tuya —aseguró a Dillinger con jovialidad—. Entra y toma asiento en mi nuevo sofá de piel de diseño francés.

Dillinger, un hombre delgado, seco, de rostro chupado pero fuerte como el roble, contempló dubitativo el asiento de lona atornillado al piso y se instaló en él. Objeto de continuas bromas por llevar el mismo apellido que el famoso ladrón de bancos, el comandante era un maestro en el arte de la planificación táctica y de la infiltración en defensas casi imposibles de penetrar.

—¿Estudiando la operación? —preguntó al coronel.

—Sí —respondió Hollis—. Repaso las previsiones meteorológicas y las condiciones del terreno y los hielos.

—¿Ves algo en tu bola de cristal?

—Es demasiado pronto —respondió Hollis, enarcando una ceja—. ¿Qué planes está haciendo ese perverso cerebro tuyo?

—Puedo explicar de palabra y con dibujos hasta seis medios distintos de abordar una nave sin ser descubiertos. Ya me he familiarizado con el diseño y la

disposición del *Lady Flamborough*, pero sólo puedo trazar un plan de acción a grandes rasgos, hasta que sepamos si podemos asaltarlo saltando en paracaídas, buceando bajo el agua o avanzando a pie desde tierra firme o sobre el hielo.

Hollis asintió con aire solemne y murmuró:

—En esa nave van más de cien personas inocentes, entre ellas dos presidentes de estado y la secretaria general de las Naciones Unidas. Que Dios nos ayude si se interponen en nuestra línea de fuego.

—No podemos lanzarnos al asalto con una salva de balas —replicó Dillinger, cáustico.

—Es cierto, y tampoco podemos descolgarnos de ruidosos helicópteros disparando con todas nuestras armas. Tendremos que infiltrarnos antes de que los secuestradores descubran nuestra presencia. Es fundamental que los pillemos totalmente por sorpresa.

—Eso significa que será preciso hacer un salto nocturno en paracaídas.

—Es posible —asintió Hollis, taciturno. Dillinger se movió en el sillón de lona con expresión de inquietud.

—Un salto nocturno ya es bastante peligroso, pero caer a ciegas sobre una nave sin luces puede significar una carnicería y los dos lo sabemos, Mort. De los cuarenta hombres, quince no acertarán en el objetivo y caerán al mar. Otros veinte sufrirán heridas al golpearse con los aparejos y las duras planchas metálicas del barco. Con suerte, tendré a cinco hombres en condiciones de combatir.

—No podemos descartar esa solución.

—Esperemos hasta que llegue más información —propuso Dillinger—. Todo depende de dónde esté el barco. La cosa cambia totalmente si está amarrado o si sigue navegando en aguas abiertas. Tan pronto como tengamos noticia de su situación final, trazaré un plan de asalto detallado y lo pondré en tus manos para tu aprobación final.

—Estupendo —asintió Hollis—. ¿Cómo están los hombres?

—Siguen estudiando. Cuando tomemos tierra en Punta Arenas, ya habrán memorizado el *Lady Flamborough* lo suficiente para recorrer sus cubiertas con los ojos cerrados.

—Esta vez, hay mucho en juego en la operación.

—Sabrán hacer el trabajo, de eso estoy seguro. La cuestión está en llevarlos a bordo de una pieza.

—Hay otra cosa… —añadió Hollis con una expresión de profunda preocupación en el rostro—. Se trata del último cálculo estimativo de los servicios de inteligencia sobre el número de secuestradores. Acaba de llegar del Pentágono.

—¿De cuántos estamos hablando? ¿Cinco, diez, doce tal vez?

Hollis titubeó antes de responder:

—Si damos por hecho que la tripulación del carguero mexicano que transbordó al crucero también iba armada… podríamos tener enfrente a un total de cuarenta hombres.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Dillinger—. ¿Vamos a enfrentarnos a un número de terroristas igual al de nuestras fuerzas?

—Parece que así será —asintió Hollis con aire sombrío. Dillinger sacudió la cabeza en gesto de perplejidad y desaprobación y se pasó una mano por la frente. Después, dirigió una colérica mirada al coronel.

—Algunos se van a llevar una buena patada en el trasero antes de que termine este baile.

En las profundidades del bunker de cemento perforado en una colina a las afueras de Washington, el teniente Samuel T. Jones llegó a toda prisa a un gran despacho, jadeando como si acabara de correr los doscientos metros lisos. De hecho, era lo que acababa de hacer, pues ésa era la distancia un par de pasos más o menos, que separaban la sala de Comunicaciones de la oficina de Análisis Fotográfico. Con las mejillas encendidas de excitación, el teniente sostenía una gran fotografía entre sus manos, levantadas a la altura de la cabeza.

Jones había corrido muchas veces por los pasillos durante los ejercicios de prácticas pero, al igual que los otros trescientos hombres y mujeres que trabajaban en el comando de adiestramiento de las Fuerzas de Operaciones Especiales, no había puesto toda su alma en la carrera hasta aquel momento. Los simulacros no le hacen a uno descargar adrenalina como cuando el asunto va en serio. Después de esperar como sabuesos en hibernación, todo el comando había cobrado vida como en un estallido cuando llegó del Pentágono la alerta sobre el secuestro del *Lady Flamborough*.

Al mando de las Fuerzas Especiales estaba el general de división Frank Dodge. Junto a varios miembros de su plana mayor, el general aguardaba con expectación la llegada de la fotografía más reciente del satélite con imágenes de las aguas al sur de Tierra del Fuego, cuando el teniente Jones irrumpió en la sala.

—¡Ya está aquí!

Dodge lanzó al joven oficial una severa mirada de reproche por su demostración de entusiasmo poco marcial.

—Debería haber estado aquí hace ocho minutos —gruñó.

—Es culpa mía, general. Me he tomado la libertad de eliminar los perímetros exteriores y hacer una ampliación de la zona de búsqueda inmediata antes de pasar la imagen por el ordenador para hacerla más definida.

La expresión adusta de Dodge se ablandó y el general asintió en gesto de aprobación.

—Buena idea, teniente.

Jones emitió un breve suspiro y se apresuró a colgar la última foto del satélite en un gran tablero instalado en la pared bajo una hilera de focos. Junto a la foto había otra imagen anterior en la que aparecía la última posición conocida del *Lady Flamborough* en un círculo rojo, su curso previo marcado en verde y su rumbo previsto en color naranja.

El teniente se apartó del tablero al tiempo que el general Dodge y sus oficiales se congregaban en torno a la foto, buscando ansiosamente con la mirada el pequeño punto que señalaba la posición del crucero.

—La última toma desde el satélite situaba el barco a sesenta millas al sur del cabo de Hornos —dijo un comandante, siguiendo en la nueva foto el curso trazado en la anterior—. Actualmente, ya debería de estar aguas adentro del paso Drake, aproximándose a las islas situadas frente a la costa de la península antártica.

Tras un minuto completo de valoraciones, el general Dodge se volvió hacia Jones.

—¿Ha estudiado usted la foto, teniente?

—No, señor. No me ha dado tiempo. La he traído corriendo lo antes posible.

—¿Y está seguro de que ésta es la última imagen transmitida?

—Sí, señor —aseguró Jones con aire confuso.

—¿No hay ningún error?

—No, señor —respondió el teniente, esta vez con firmeza—. El satélite Seasat de la NUMA ha registrado la zona con impulsos electrónicos digitales transmitidos instantáneamente a las estaciones en tierra. La imagen que están ustedes viendo ha sido tomada hace no más de seis minutos.

—¿Cuándo tendremos la próxima?

—El Landsat tiene previsto sobrevolar la zona dentro de cuarenta minutos.

—¿Y el Casper?

Jones consultó su reloj y respondió:

—Dentro de cuatro horas, si vuelve según lo previsto, podremos estudiar las imágenes que haya conseguido.

—Tráigamelas en el momento que lleguen.

—Sí, señor.

Dodge se volvió hacia sus subordinados.

—Bien, caballeros, a la Casa Blanca no le va a gustar esto. —Se acercó a una mesa y levantó el auricular del teléfono—. Póngame con Alan Mercier.

La voz del consejero de Segundad Nacional contestó, al otro extremo de la línea, veinte segundos más tarde.

—Espero que tenga buenas noticias, Frank.

—No, lo lamento —respondió Dodge—. Parece que el crucero…

—¿Se ha hundido? —le interrumpió Mercier.

—No lo sabemos con certeza.

—Entonces, ¿qué ha averiguado?

Dodge respiró profundamente antes de continuar.

—Haga el favor de informar al presidente que el *Lady Flamborough* ha vuelto a desaparecer.

47

A principios de la década de los noventa, los aparatos para la transmisión de fotografías y gráficos a cualquier lugar del mundo vía satélite por microondas, o a cualquier punto de una misma ciudad por medio de cables de fibra óptica, se habían hecho tan comunes en los despachos comerciales y gubernamentales como las fotocopiadoras. Leídas por láser y transmitidas luego a un receptor, también a láser, las imágenes podían ser reproducidas casi instantáneamente, con extraordinario detalle y a todo color.

Así pues, diez minutos después de la llamada del general Dodge, el presidente y Dale Nichols se encontraban ya apoyados sobre el escritorio del Despacho Oval inspeccionando, la imagen del Seasat de las aguas frente al extremo meridional de América del Sur.

—Esta vez, el barco podría estar de verdad en el fondo del mar —comentó Nichols, fatigado y perplejo.

—No lo creo —replicó el presidente, con el rostro en una contenida mueca de furia—. Los secuestradores tuvieron una buena oportunidad para destruir el barco tras abandonar Punta del Este y, en cambio, escaparon al encuentro del *General Bravo*. ¿Por qué habrían de hundirlo ahora?

—Cabe la posibilidad de que tengan planeada una fuga en submarino.

El presidente pareció no escuchar el comentario.

—Nuestra incapacidad para hacer frente a esta crisis resulta aterradora. Toda nuestra respuesta parece atascada en la inercia.

—El asunto nos ha pillado desprevenidos y sin equipo —aceptó Nichols débilmente.

—Un hecho que se produce con demasiada frecuencia —murmuró el presidente. Cuando volvió a alzar los ojos, había fuego en ellos—. Me niego a dar por muerta a esta gente. Se lo debo a George Pitt. Sin su apoyo, no estaría sentado ahora en este despacho. —Hizo una pausa para dar un efecto teatral a sus palabras y añadió—: Esta vez, no volveremos a morder el anzuelo.

Sid Green también estaba estudiando las fotos del satélite. Especialmente en espionaje fotográfico de la Agencia de Seguridad Nacional en la sede central de

Fort Meyer, acababa de proyectar las dos imágenes del satélite sobre una pantalla. Intrigado, dejó a un lado la foto más reciente, la que no mostraba la presencia del barco, y se concentró en la anterior. Gracias a una lente manejada por ordenador, amplió la pequeña mancha borrosa que representaba al *Lady Flamborough*.

El perfil era difuso, demasiado borroso para poder distinguir algo más que la silueta del casco. Green se volvió hacia el ordenador que tenía a su izquierda y tecleó una serie de instrucciones. Tras ello, quedaron a la vista algunos detalles que habían pasado desapercibidos al ojo. Ahora era posible distinguir la chimenea y la forma de la superestructura, así como secciones más borrosas de las cubiertas superiores.

Continuó jugando con el teclado del ordenador, tratando de perfilar mejor los rasgos de la nave. Pasó casi una hora dedicado a ello y, por último, se recostó en su sillón, se llevó las manos a la nuca y dio un descanso a sus ojos. La puerta de la sala a oscuras se abrió y dio paso a Vic Patton, el supervisor de Green. El recién llegado se situó detrás de Green y contempló las proyecciones durante unos instantes.

—Es como intentar leer un periódico tirado en la calle desde el techo de un rascacielos —comentó.

Green, sin volverse, le respondió:

—Una foto de una zona de setenta kilómetros por ciento treinta no permite una definición, ni siquiera después de todas las ampliaciones posibles.

—¿No hay ningún rastro del barco en la imagen?

—En absoluto.

—Es una lástima que no podamos hacer volar más bajo nuestros pájaros espía de la serie KH.

—Un KH-15 tal vez podría sacar una foto mejor.

—La situación en Oriente Medio se está calentando de nuevo. No puedo retirar ningún satélite de observación de la zona hasta que las cosas se tranquilicen.

—Entonces, envía un Casper.

—Ya hay uno en camino —le informó Patton—. A la hora del almuerzo, probablemente sabremos incluso el color de los ojos de los secuestradores.

Green señaló la lente computerizada con un gesto.

—Echa un vistazo y dime si algo parece fuera de lugar.

Patton acercó el rostro al visor y estudió la pequeña mancha que habían identificado como el *Lady Flamborough*.

—Está demasiado borroso para apreciar los detalles. ¿Me estoy perdiendo algo?

—Comprueba la sección de proa.

—¿Cómo sabes cuál es la popa y cuál la proa?

—Por la estela que queda en el agua tras la popa —respondió Green en tono paciente.

—Muy bien, ya esta. Las cubiertas de proa parecen oscurecidas, casi como si algo las cubriera.

—¡Bravo! ¡Premio para el caballero! —exclamó Green.

—¿Qué se propone hacer esa gente? —susurró Patton.

—Lo sabremos cuando lleguen las imágenes del Casper.

A bordo del C-140, que ahora sobrevolaba Bolivia, la atmósfera era de amarga decepción. La fotografía en la que no aparecía el crucero acababa de llegar por el receptor a láser y en el reducido centro de mando instalado en el avión había causado la misma agitación y sorpresa que en los círculos del poder en Washington.

—¿Dónde diablos está? —quiso saber Hollis.

—No puede haber desaparecido —acertó apenas a murmurar Dillinger.

—Pues eso es precisamente lo que ha sucedido. Obsérvalo tú mismo.

—Ya lo he visto y no puedo localizarlo.

—Con ésta van tres veces seguidas que se nos cierra la puerta en las narices por un fallo de información, por el mal tiempo o por averías en el equipo. Ahora, nuestro objetivo se pone a jugar al escondite con nosotros.

—Debe de haberse hundido —murmuró Dillinger—. No veo ninguna otra explicación.

—Me extraña que cuarenta secuestradores se pongan de acuerdo en un pacto de suicidio.

—¿Y ahora, qué?

—No veo que podamos hacer gran cosa, salvo pedir instrucciones al centro de mando.

—¿Suspendemos la misión? —preguntó Dillinger.

—No, salvo que nos ordenen regresar.

—Entonces, seguimos adelante, ¿no es eso?

—Sí. Continuamos hacia el sur mientras no llegue la contraorden —asintió Hollis con gesto abatido.

El último en enterarse fue Pitt, que dormía como un tronco cuando Rudi Gunn entró en su camarote y lo despertó a sacudidas.

—¡Vamos, arriba! —exclamó Gunn con voz enérgica—. Tenemos un buen problema.

Pitt abrió los ojos al instante y miró el reloj.

—¿Nos han puesto una multa por exceso de velocidad en Punta Arenas?

Gunn miró a Pitt con aire de impotencia. Un tipo como aquél, capaz de despertar de un profundo sueño alegre como unas castañuelas y haciendo chistes, debía de proceder de una rama extinguida de la evolución.

—Aún falta más de una hora para que el barco entre en puerto.

—Bien. Entonces, puedo dormir un poco más.

—¡Hablo en serio! —exclamó Gunn con brusquedad—. Acabamos de recibir la última foto del satélite. El *Lady Flamborough* ha desaparecido por segunda vez.

—¿De veras se ha volatilizado?

—Las ampliaciones fotográficas no pueden encontrar el menor rastro. Acabo de hablar con el almirante Sandecker. La Casa Blanca y el Pentágono están escupiendo órdenes como máquinas tragaperras que se hubieran vuelto locas. Está en camino un grupo de rescate de las Fuerzas Especiales, preparado para la acción pero sin un lugar adonde ir. También viene hacia aquí un avión espía para tomar unas imágenes aéreas decentes.

—Pregunta al almirante si puede organizar una reunión entre el jefe de las Fuerzas Especiales y yo, tan pronto como tomen tierra.

—¿Por qué no se lo pides tú mismo?

—Porque yo me vuelvo a dormir —respondió Pitt con un sonoro bostezo. Gunn no dio crédito a lo que oía.

—¡Tu padre está en el barco! ¿No te preocupa eso?

—Sí —replicó Pitt, con un destello de advertencia en sus ojos—, sí me preocupa. Pero ¿qué puedo hacer por él?

Gunn retrocedió hacia la puerta del camarote.

—¿Hay algo más que deba saber el almirante?

Pitt se subió la manta hasta los sobacos, dio media vuelta y se colocó de cara al casco.

—En realidad, sí. Puedes decirle que sé cómo ha desaparecido el *Lady Flamborough*. Y creo que puedo adivinar dónde se esconde.

Si hubiera sido otro quien pronunciase aquellas palabras, Gunn le habría tomado por un mentiroso. En cambio, no dudó un segundo de las palabras de Pitt.

—¿Te importaría darme una pista?

—Tú eres una especie de coleccionista de arte, ¿verdad, Rudy? —respondió Pitt, volviéndose a medias.

—Mi pequeña colección de arte abstracto no puede compararse con la del Museo de Arte Moderno de Nueva York, pero es respetable. ¿Qué tiene que ver la pintura con todo esto? —Gunn dirigió a Pitt una mirada de curiosidad e incomprensión.

—Si estoy en lo cierto, tal vez esta segunda desaparición tenga que ver algo con el arte monumental.

—¿Estamos hablando de lo mismo?

—Christo… —dijo Pitt mientras volvía de nuevo el rostro hacia el mamparo

—. Estamos ante una variante de una escultura de Christo —añadió, terminando de confundir a su compañero.

48

La ligera nevada se había convertido en aguanieve que el viento impulsaba sobre las calles de la ciudad importante más meridional del mundo. Punta Arenas había prosperado como puerto de escala antes de la apertura del canal de Panamá, pero luego había languidecido. Poco a poco, se había recuperado como centro ganadero y, en los últimos tiempos, se estaba produciendo un nuevo auge debido al descubrimiento de campos petrolíferos productivos en sus cercanías.

Hollis y Dillinger se hallaban en un malecón del puerto aguardando con nerviosismo el momento de subir al *Sounder*. La temperatura había descendido varios grados por bajo cero y el frío, húmedo y áspero, se hacía notar en sus rostros al descubierto. Los dos hombres se sentían como camellos en el Ártico.

Gracias a la colaboración de las autoridades chilenas, habían podido ocultarse y cambiar sus ropas de campaña por dos uniformes de oficiales chilenos de Inmigración.

Según lo previsto, el avión había aterrizado en un aeródromo militar cercano antes de que amaneciera. La tormenta les proporcionó una ventaja suplementaria, reduciendo la visibilidad a unos cientos de metros y contribuyendo a que su llegada pasara desapercibida. El mando militar chileno se mostró generoso y hospitalario, proporcionándoles un hangar para que la reducida escuadrilla del C-140 y los Osprey permaneciera lejos de las miradas curiosas.

Hollis y Dillinger salieron del abrigo de un almacén cuando las amarras del barco de investigaciones quedaron sujetas a los norays y se arrió la pasarela. Los dos hombres se encogieron ante la fuerza del viento helado.

Un hombre alto de rostro curtido y amistosa sonrisa, vestido con una chaqueta de esquí, apareció a un costado del puente y se llevó ambas manos a la boca para hacer de bocina.

—¿Señor López? —gritó entre el viento y el aguanieve.

—¡Sí! —contestó Hollis.

—¿Quién viene con usted?

—*Mi amigo el señor Jones* —respondió Hollis, señalando a Dillinger.

—He oído hablar mejor español en algunos restaurantes chinos —gruñó Dillinger.

—Suban a bordo, por favor. Cuando lleguen a la cubierta, tomen la escalerilla a su derecha y suban al puente.

—*Gracias*.

Los dos jefes de la fuerza de intervención de élite norteamericana ascendieron rápidamente la empinada pasarela y subieron la escalerilla como el hombre había indicado. A Hollis lo devoraba la curiosidad. Una hora antes de llegar a Punta Arenas, había recibido una comunicación urgente en clave del general Dodge ordenándole acudir en secreto al *Sounder* tan pronto como el barco arribara a puerto. Ninguna explicación. Ninguna orden más. El coronel sólo sabía, por la apresurada reunión previa celebrada en Virginia antes de despegar, que el barco oceanógrafico y su tripulación eran los responsables del descubrimiento del engaño entre el carguero mexicano y el *Lady Flamborough*. Eso era todo. Ahora, Hollis tenía un gran interés en saber por qué aparecía el barco en Punta Arenas casi al mismo tiempo que su grupo de las FOE.

Al coronel no le gustaba que se le mantuviese al margen y estaba de un humor muy quisquilloso.

El hombre que los había saludado seguía aún en el exterior del puente. Hollis contempló sus ojos verdes hipnotizadores, de un verde muy opalescente. Pertenecían a un individuo delgado pero de anchos hombros, cuyo cabello negro al viento estaba moteado de blancas escamas de hielo. Sus ojos verdes contemplaron a los dos oficiales durante cinco segundos, tiempo suficiente para estudiarlos de arriba abajo. Después, sacó lentamente la mano derecha del bolsillo de la chaqueta y la tendió a los recién llegados.

—Coronel Hollis, comandante Dillinger, soy Dirk Pitt.

—Parece que sabe usted más de nosotros que a la inversa, señor Pitt.

—Una situación que pronto cambiará —comentó animadamente Pitt—. Por favor, síganme al cuarto del capitán. Hay café recién hecho y podremos hablar en un lugar cálido y confortable.

Agradecidos, los dos hombres dejaron atrás el frío y siguieron a Pitt a la cubierta inferior, hasta el camarote del capitán Stewart. Una vez dentro, Pitt presentó a Gunn, Giordino y el propio capitán. Los oficiales de las Fuerzas Especiales estrecharon las manos de todos ellos y aceptaron una taza de café.

—Tomen asiento, por favor —dijo Stewart, ofreciéndoles unas sillas.

Dillinger se instaló en una de ellas, pero Hollis rechazó la otra con un movimiento de cabeza.

—Gracias, prefiero seguir de pie. —Dirigió una mirada inquisitiva a los cuatro hombres de la NUMA y añadió—: Si puedo hablar con franqueza, ¿les importaría decirnos qué diablos está pasando?

—Evidentemente, guarda relación con el *Lady Flamborough* —dijo Pitt.

—¿Qué queda por hablar? Los terroristas lo han destruido.

—El barco sigue navegando perfectamente —le aseguró Pitt.

—No he recibido ninguna noticia en tal sentido. La última foto del satélite no muestra el menor rastro del crucero.

—Acepte mi palabra —insistió Pitt.

—Muéstreme alguna prueba.

—Usted no se anda con rodeos, ¿verdad?

—Mis hombres y yo hemos volado aquí para salvar vidas —respondió Hollis con aspereza—. Nadie, ni mis superiores, me ha podido demostrar que la gente retenida a bordo del barco puede ser salvada todavía.

—Tiene que comprender, coronel —replicó Pitt en un tono de voz repentinamente cortante como un látigo—, que no estamos enfrentándonos al habitual grupúsculo de terroristas amantes de darle al gatillo. Su jefe es un hombre listo y hábil como pocos. Hasta ahora, ha burlado a los mejores cerebros de seguridad. Y sigue haciéndolo.

—Pero alguien ha sabido reconocer su disfraz —comentó Hollis, en un falso halago.

—Hemos tenido suerte. Si el *Sounder* no hubiera estado realizando estudios científicos en esa parte del mar, el descubrimiento del *General Bravo* habría podido retrasarse un mes. Tal como están las cosas, hemos recortado a un par de días la delantera que nos llevan los secuestradores.

El pesimismo de Hollis empezaba a remitir. Aquel hombre no cedía un milímetro y empezó a decirse que, después de todo, la operación de rescate tal vez llegara a realizarse.

—¿Dónde está el barco? —preguntó bruscamente.

—No lo sabemos —respondió Gunn.

—¿Ni siquiera una posición aproximada?

—Lo mejor que podemos hacer es una suposición —intervino Giordino.

—¿Basada en qué?

Gunn se volvió con gesto expectante hacia Pitt y éste sonrió, tomando de nuevo la iniciativa en la conversación.

—Basada en la intuición.

Las renacidas esperanzas de Hollis empezaron a derrumbarse.

—¿Utiliza usted las cartas de tarot o la bola de cristal? —preguntó con sorna.

—En realidad, prefiero los posos del té —replicó Pitt, en el mismo tono burlón.

Hubo un breve instante de frío silencio. Hollis comprendió, acertadamente, que la actitud agresiva no iba a llevarlo a ninguna parte. Apuró el café y se puso a darle vueltas a la taza.

—Está bien, señores, lamento haberme comportado con excesiva brusquedad. No estoy acostumbrado a tratar con civiles.

La reacción de Pitt no fue de rencor u hostilidad, sino de divertida sorpresa.

—Si eso lo hace sentirse mejor, tengo el grado de comandante de la fuerza

aérea.

Hollis frunció el entrecejo.

—¿Puedo preguntarle qué está haciendo en un barco de la NUMA?

—Considérelo un destino permanente… Es una larga historia que no viene a cuento ahora.

Dillinger había sido el primero en darse cuenta y Hollis lo habría advertido también en el instante de las presentaciones, pero la mente del coronel había estado saturada de preguntas. Dillinger aprovechó el momento.

—¿Está usted emparentado, por casualidad, con el senador George Pitt?

—Es mi padre.

Una pequeña parte del telón se había levantado y los dos oficiales captaron un rayo de luz debajo de él. Hollis tomó una silla y se acomodó.

—Muy bien, señor Pitt, haga el favor de contarme qué tiene.

—El último informe —intervino Dillinger— mostraba al *Lady Flamborough* dirigiéndose hacia la Antártida. Dice usted que todavía está a flote. Si es así, las próximas fotografías mostrarán su posición entre los hielos flotantes.

—Si está usted pensando en el Casper SR-90 —replicó Pitt—, puede olvidarlo.

Dillinger lanzó una mirada sombría a Hollis. Aquel grupo de chiflados oceanógrafos disponía de la misma información que tenían ellos.

—Un SR-90 puede captar desde cien mil kilómetros imágenes tridimensionales tan nítidas que se podrían distinguir las costuras de una pelota de fútbol.

—No lo dudo, pero suponga que la pelota está camuflada con el aspecto de una piedra.

—Sigo sin entender…

—Lo verá más fácilmente si se lo enseño —dijo Pitt—. La tripulación ha preparado una demostración en cubierta.

La cubierta al aire libre de popa estaba tapada con una gran tela opaca de plástico blanco, sujeta con fuerza para evitar que se hinchara bajo el viento constante. El capitán Stewart se encontraba a un lado con dos miembros de la tripulación que sostenían una manguera de incendios.

—Durante la inspección de la zona circundante al *General Bravo* recuperamos un rollo de ese plástico —explicó Pitt—. En mi opinión, debió de caer accidentalmente del *Lady Flamborough* cuando los dos barcos se encontraron. El plástico estaba en el fondo del mar entre bidones vacíos de pintura que los secuestradores emplearon para repintar el crucero y darle la apariencia del carguero mexicano. Naturalmente, no es una prueba definitiva y tendrán que aceptar mi palabra en este punto, pero todo indica que el crucero ha sido sometido a un nuevo maquillaje maestro. En la última foto del satélite no se ha encontrado nada porque todos los ojos buscaban un barco. El *Lady Flamborough* ya no tiene ese aspecto. Al jefe de los secuestradores debe de

gustarle el arte y ha adaptado una idea de un controvertido escultor, Christo, que se ha hecho célebre por sus esculturas con plástico en grandes superficies al aire libre. Este artista utiliza la tela plástica para envolver edificios, rodear islas o cubrir tramos de costa. Ha colocado una monumental cortina en el cañón de Rifle Gap, Colorado, y ha colocado una cerca de varios kilómetros de longitud en Marin County, California. El jefe de los secuestradores ha imitado sus ideas y ha envuelto el barco entero. Ahora, el crucero ya no es un buque de grandes dimensiones. El perfil básico de su casco puede estar modificado mediante puntales y andamiajes. Si los elementos utilizados estaban previamente cortados y numerados, el centenar de rehenes más los terroristas podría terminar el trabajo en apenas diez horas. Seguramente, cuando el Landsat pasó sobre ellos estaban trabajando en el asunto, pero las fotografías ampliadas no eran lo bastante claras como para revelar detalles de su actividad. Cuando el Seasat sobrevoló la zona medio día después, no había nada que identificar: no había formas que correspondieran a un barco y, por tanto, no había barco. ¿Voy demasiado deprisa?

—No… —dijo Hollis—. Pero nada de cuanto está diciendo tiene pies ni cabeza.

—Tendremos que hacerle una demostración —comentó Giordino burlón. Pitt hizo una breve señal al capitán Stewart.

—Está bien, chicos —gritó Stewart a los marineros—. Dadle un poco, con cuidado.

Uno de los hombres abrió el paso del agua mientras el otro apuntaba la boca de la manguera. Una fina lluvia roció la capa de plástico. Al principio, el viento llevó hacia un lado la mitad del agua. El marinero corrigió la dirección y el plástico no tardó en quedar cubierto con una capa de agua.

Apenas transcurrió un minuto antes de que la frígida temperatura convirtiera el agua en hielo.

Hollis observó la transformación con gesto pensativo. Después, se acercó a Pitt y le estrechó la mano.

—Mis respetos, señor. Su apuesta parece atinada.

Dillinger continuó boquiabierto como un aldeano que hubiera visto pasar un carnaval ambulante.

—Un iceberg —murmuró con enojo—. Los muy condenados han convertido el barco en un iceberg.

49

Hala despertó rígida y aterida de frío. Era media mañana pero aún reinaba la penumbra en la sala. Las planchas de fibra de vidrio que disfrazaban el crucero, en combinación con el plástico cubierto de hielo que envolvía su casco y su obra muerta, impedían casi por completo el paso de la luz. La poca que penetraba hasta las suites de las personalidades bastaba para reconocer las figuras de los presidentes Hasan y De Lorenzo en la cama contigua a la de Hala Kamil. Los dos estadistas se apretujaban el uno contra el otro bajo la insuficiente protección de una única manta y su helado aliento formaba unas breves nubéculas de vapor sobre sus cabezas antes de condensarse y helarse en los mamparos.

El frío en sí habría resultado tolerable, por riguroso que fuera pero la elevada humedad hacía insoportables las gélidas temperaturas. El estado de los rehenes se veía agravado por el hecho de no haber ingerido alimento alguno desde la salida de Punta del Este. Los secuestradores no se cuidaron en ningún momento de proporcionar comida a los pasajeros y tripulantes del *Lady Flamborough*. La inhumana insensibilidad de Ammar surtió efecto en sus prisioneros: el frío debilitaba sus fuerzas y el temor a lo desconocido atenazaba sus mentes.

Durante la primera parte del viaje, los rehenes habían sobrevivido sin otra cosa que el agua de los grifos del baño, pero las cañerías se habían helado y al dolor del hambre se había añadido el tormento de la sed.

El *Lady Flamborough* había sido aprovisionado para navegar por aguas tropicales y llevaba una reserva mínima de mantas. Por otra parte, los tripulantes y pasajeros que habían subido a bordo en Puerto Rico y en Punta del Este iban vestidos también para un clima templado y habían dejado las ropas de abrigo en los armarios de sus casas. En consecuencia, los prisioneros se cubrían como mejor podían, enfundándose varios juegos de camisas, pantalones y calcetines de verano, además de envolverse las cabeza con toallas para conservar lo mejor posible el calor corporal. Las prendas para el frío que más echaban en falta eran unos guantes para proteger sus doloridos dedos.

No había calefacción en ningún rincón del barco. Ammar había rechazado todas las súplicas para poner en marcha la calefacción. No podía permitirse tal lujo, pues el calor interno habría fundido la capa de hielo de la envoltura de plástico, echando a perder el disfraz.

Hala no era la única prisionera despierta. A la mayoría de los encerrados le resultaba imposible conciliar un sueño profundo. Permanecían acostados en una especie de trance hipnótico, conscientes de lo que los rodeaba pero incapaces de hacer el menor esfuerzo físico. Cualquier intención de ofrecer resistencia había desaparecido muy pronto bajo las penosas condiciones en que se hallaban. En lugar de intentar enfrentarse a los secuestradores, el capitán Collins y su tripulación se veían reducidos a luchar por mantenerse vivos bajo el frío entumecedor.

Hala se incorporó apoyada sobre los codos cuando el senador Pitt entró en la estancia.

El hombre ofrecía un extraño aspecto con su traje gris por encima de un pijama a rayas azules. Al entrar, dirigió una sonrisa de estímulo a la mujer, pero su esfuerzo resultó patético. La fatiga acumulada en los cinco días anteriores le habían hecho perder su aspecto juvenil y ahora se le notaba mucho más su auténtica edad.

—¿Qué tal se encuentra? —preguntó el senador.

—Daría mi brazo derecho por una taza de té caliente —respondió Hala animosamente.

—Yo daría aún más.

El presidente De Lorenzo se sentó en la cama y apoyó los pies en el suelo.

—¿Alguien ha mencionado un té caliente?

—Sólo fantaseábamos, señor presidente —respondió el senador.

—Jamás pensé que moriría de hambre y de frío a bordo de un crucero de lujo.

—Ni yo —asintió Hala.

El presidente Hasan emitió un leve gemido al cambiar de postura y levantó la cabeza.

—¿Le molesta la espalda? —preguntó el presidente De Lorenzo con una mueca de preocupación.

—Tengo demasiado frío para que me duela —respondió Hasan con una sonrisa forzada.

—¿Le ayudo a incorporarse?

—No, gracias. Creo que me quedaré aquí, en la cama, y conservaré las pocas fuerzas que me quedan. —Hasan miró a De Lorenzo y le dirigió una leve sonrisa—. Ojalá nos hubiéramos conocido y hecho amistad en circunstancias más agradables.

—Según un dicho norteamericano, « la política hace extraños compañeros de cama» . Parece que nosotros somos un ejemplo de ello, en el sentido más literal.

—Cuando salgamos de ésta, tiene que ser usted mi invitado en Egipto.

—Lo mismo digo —asintió De Lorenzo—. Usted también debe visitar México.

—Un honor que acepto con mucho gusto.

Los dos presidentes se estrecharon solemnemente las manos. Ya no eran dos jefes de estado engreídos, sino sólo dos hombres cuyas vidas compartían un destino que no estaba en sus manos, y ambos estaban dispuestos a llegar al final con dignidad.

—Los motores se han parado —dijo Hala de pronto.

—Sí, acaban de echar el ancla —confirmó el senador Pitt—. Estamos inmóviles y han cortado los motores.

—Debemos de estar cerca de tierra.

—No hay modo de saberlo, con las ventanas tapadas como están.

—Es una pena que no podamos ver nada —murmuró Hasan.

—Si alguno de ustedes vigila la puerta, yo intentaré forzar la ventana —dijo Pitt—. Si puedo romper el cristal sin alertar al centinela, intentaré abrir un agujero en el tablero de fibra de vidrio. Con un poco de suerte, podremos ver dónde nos encontramos.

—Yo me ocuparé de la puerta —se ofreció Hala.

—Ya hace suficiente frío como para dejar entrar más —protestó De Lorenzo, nada entusiasmado con la idea.

—La temperatura es la misma afuera que aquí dentro —replicó el senador sin miramientos.

No estaba dispuesto a perder el tiempo en discusiones y se acercó inmediatamente a la gran ventana panorámica del salón de la suite. El cristal medía dos metros de alto por uno de ancho y, en la parte exterior, no había ninguna cubierta de paseo. Los camarotes y las entradas a las suites daban a la zona central del barco y las cristaleras se encontraban a ras de casco.

Las únicas zonas abiertas que patrullaban los secuestradores eran las cubiertas de la piscina y del salón, en la parte superior del buque, y las cubiertas de observación a proa y a popa.

El senador dio unos golpecitos en el cristal con los nudillos y se produjo un ruido sordo. El cristal era muy grueso; había de serlo por fuerza, ya que tenía que soportar el tremendo impacto de las olas más violentas y de los vientos más huracanados.

—¿Alguien de ustedes tiene un anillo de diamantes? —preguntó.

Hala sacó las manos de los bolsillos de una ligera gabardina, las sostuvo en alto y agitó los dedos dejando a la vista dos pequeños anillos montados de ópalos y turquesas.

—Los pretendientes musulmanes no tienen por hábito acostumbrar mal a sus mujeres haciéndoles regalos lujosos.

—Con una piedra de un quilate tendría suficiente.

El presidente Hasan se quitó un gran anillo de uno de sus dedos sonrosados.

—Aquí tengo uno de tres quilates.

El senador estudió la joya bajo la luz mortecina.

—Me servirá perfectamente. Gracias.

Puso manos a la obra rápida pero cuidadosamente, sin apenas hacer ruido, hasta abrir un pequeño agujero por el que se podía pasar un dedo. Cada pocos instantes, tenía que detenerse para calentarse las manos con el aliento. Cuando empezó a notar entumecidos los dedos, los guardó bajo las axilas hasta que recuperaron el movimiento.

No le preocupó detenerse a pensar en lo que le harían los secuestradores si lo descubrían. Casi pudo ver su cuerpo cosido a balazos flotando en la corriente.

Trazó un círculo en torno al pequeño agujero central y repasó el surco una y otra vez, haciéndolo más profundo. Lo más delicado de la operación era evitar que un pedazo de cristal cayera por el costado del casco, tintineando contra el hierro mientras lo hacía.

Pasó un dedo por el agujero, lo cerró tanto como pudo y tiró con fuerza del cristal. El círculo de vidrio cedió. El senador tiró lentamente de él hasta extraerlo y lo depositó en la moqueta. No lo había hecho mal. Ahora, disponía de un agujero por el que podía introducir la cabeza.

Los tableros que daban al barco la falsa apariencia de carguero quedaban al alcance de la mano al otro lado de la ventana y cubrían a todo lo largo la superestructura central del crucero. El senador asomó con cautela la cabeza, atento a no cortarse las orejas con los bordes del agujero, filosos como cuchillas. Miró a un lado y a otro pero sólo alcanzó a ver la estrecha rendija entre el casco de hierro de la nave y las pantallas que lo enmascaraban. Arriba, apreció una rendija luminosa que debía de ser el cielo, pero la luz llegaba hasta él mortecina, como si estuviera sofocada por la niebla. A sus pies, debería de haber visto una estrecha cinta de agua en movimiento, pero en lugar de ello, sus ojos descubrieron una inmensa tela plástica, sujeta al casco con cuerdas y puntales, que llegaba hasta la misma línea de flotación. Contempló con asombro aquel velo de plástico, sin la menor idea de su propósito.

Ahora, el senador se sentía más seguro. Si él no podía ver a los secuestradores que vigilaban las cubiertas, ellos tampoco podían verlo a él. Volvió a la alcoba de la suite y rebuscó en su maleta.

—¿Qué necesita? —preguntó Hala Kamil. El senador le mostró una navaja multiuso y respondió:

—Siempre llevo un aparato de éstos en el equipo de afeitar. —Y con una sonrisa añadió—: El sacacorchos puede resultar muy útil en las fiestas improvisadas.

El senador Pitt se tomó su tiempo y se calentó las manos antes de volver al trabajo. Tomó el mango rojo de la herramienta, pasó el brazo por la abertura del cristal y empezó a hacerlo girar a un lado y a otro, utilizando la hoja pequeña como taladro y, a continuación, la grande para ir rascando el contorno y ampliar

el diámetro del agujero original.

El resultado resultaba angustiosamente lento. No se atrevía a llevar la hoja de la navaja un milímetro más allá de la capa exterior del tablero, pues tenía un miedo terrible a que algún centinela se asomara por la borda y se percatara del movimiento del metal. Así pues, continuó horadando con mucho cuidado, quitando las virutas de fibra de vidrio capa por capa.

Tenía la mano totalmente insensible, pero no la retiró para calentarla. Su puño estaba rígido, cerrado con fuerza en torno al mango de la pequeña navaja. El instrumento parecía una prolongación de su brazo.

Por fin, el senador apartó las virutas suficientes para dejar un agujero por el que podía asomar el ojo y observar una buena porción de mar. Introdujo la cabeza por la abertura de cristal y aplicó la mejilla contra la fría superficie del tablero.

Algo le impedía la visión. Coló el dedo por el agujero y tocó la envoltura de plástico. La comprobación de que éste cubría las planchas que enmascaraban el barco, y no sólo la parte inferior del casco, lo dejó todavía más perplejo.

Soltó una maldición en voz baja. Las precauciones para abrir el agujero en la tabla habían sido innecesarias. Nadie habría podido ver la hoja de la navaja bajo la cubierta de plástico. Sin tomar más medidas de cautela, rasgó el opaco material hasta abrir una rendija. Después, el senador volvió a aplicar el ojo.

Al otro lado no vio una extensión de mar abierto, ni tampoco el perfil de la costa.

Lo que encontró fue una inmensa pared de hielo que se extendía mucho más allá de su reducido campo de visión. El reluciente muro de hielo estaba tan próximo que lo habría podido tocar con la punta de un bastón. Mientras miraba, llegó a sus oídos un amortiguado sonido grave, como unos golpes de bombo, que recordó al senador el rumor de un temblor de tierra de poca intensidad.

Cuando empezó a comprender el significado de lo que acababa de descubrir, retiró la cabeza al interior de la suite con un gesto brusco. Hala lo notó tenso.

—¿De qué se trata?—inquirió con expectación—. ¿Qué ha visto?

El senador se volvió y la miró con aire desconcertado, luchando por hacer salir de su boca las palabras deseadas hasta que por fin lo consiguió:

—Estamos anclados contra un glaciar enorme. El muro de hielo puede romperse en cualquier momento y aplastar el barco como si fuera de papel.

50

A veinte mil metros por encima de la península antártica, el avión de reconocimiento de alas en delta surcó la atmósfera enrarecida a 3200 kilómetros por hora. El aparato estaba diseñado para volar al doble de altura y velocidad, pero el piloto lo mantenía al 40 por ciento de su potencia para conservar combustible y proporcionar a las cámaras la oportunidad de captar imágenes terrestres más detalladas gracias a esa velocidad.

Al contrario que su antecesor, el SR-71 Black Bird, cuyo fuselaje y alas de titanio natural le proporcionaban el color añil profundo que estaba en el origen de su apodo, la tecnología de aviones « invisibles» que incorporaba el SR-90, más avanzada, proporcionaba al avión un fuselaje plástico, muy ligero de peso e increíblemente resistente, que conservaba el típico tono gris-blancuzco. Apodado el *Casper* en referencia a un famoso fantasma de una serie de dibujos animados, era casi tan indetectable por radar como al ojo humano.

Sus cinco cámaras podían fotografiar la mitad de la superficie de Estados Unidos en una hora, con una sola pasada. El equipo fotográfico de a bordo filmaba en blanco y negro, color, infrarrojo, tres dimensiones y un puñado de técnicas de tratamiento de imágenes altamente secretas y completamente desconocidas para los fotógrafos comerciales.

El teniente coronel James Slade tenía poco que hacer en aquel vuelo de reconocimiento, largo y aburrido, desde su base en el desierto californiano de Mohave. El único momento en que se hizo cargo de los controles manuales fue durante las operaciones de reabastecimiento de combustible. Los motores del Casper tragaban como esponjas y el aparato necesitaba ser aprovisionado dos veces en cada tramo del viaje.

Slade inspeccionó los instrumentos con ojo crítico. El Casper era un avión nuevo y todavía no había mostrado todos sus defectos. Satisfecho al comprobar que todo estaba en orden, suspiró y extrajo un juego electrónico en miniatura de un bolsillo del mono de vuelo. Empezó a pulsar los botones situados bajo un pequeño visor, tratando de hacer pasar la figura de un pequeño submarinista más allá de los tentáculos de un pulpo gigante para alcanzar un cofre del tesoro.

Unos minutos más tarde, cansado del juego, echó un vistazo al paisaje desolado y blanco de la Antártida. Abajo, a lo lejos, la punta curva de la

península septentrional del continente helado y sus islas próximas brillaban bajo un cielo diáfano como un diamante.

El hielo, las rocas y el mar creaban una extensión interminable de enorme belleza, imponente para el ojo e intimidadora para el espíritu. Desde veinte kilómetros de altura, la vista tal vez resultara atractiva, pero Slade sabía cómo era en realidad. En cierta ocasión había transportado suministros a una estación científica del Polo Sur y no había tardado en aprender que, en aquel reino permanente del frío, la belleza y las penalidades iban cogidas de la mano.

El piloto tenía un claro recuerdo de las temperaturas extremas pues, hasta aquel viaje, había creído imposible escupir y ver helarse la saliva antes de que tocara el suelo. Y tampoco olvidaría nunca los vientos furibundos que barrían el más frío de los continentes. Las ráfagas de 160 kilómetros por hora eran inimaginables hasta que se experimentaban por primera vez.

Slade no había entendido nunca la atracción que algunos hombres sentían por aquel infierno helado. Al regresar a su base tras el vuelo al polo Sur, tuvo la jocosa ocurrencia de llamar a una agencia de viajes e interesarse por una reserva de habitaciones en un buen hotel turístico cerca del propio polo.

De pronto, escuchó una voz femenina por uno de los altavoces de la carlinga.

«Atención, por favor. Está a punto de rebasar el límite exterior de su trayectoria de vuelo en las coordenadas setenta longitud y setenta latitud. Desconecte el piloto automático y vire ciento ochenta grados empezando… ahora. El nuevo rumbo para el viaje de regreso está programado en el ordenador. Por favor, introduzca el código correspondiente. Que tenga una feliz vuelta a casa».

Slade siguió las instrucciones y efectuó un amplio giro. Cuando el ordenador señaló que estaba de nuevo en el rumbo de retorno, conectó otra vez el piloto automático y se movió ligeramente en su angosto asiento, buscando una postura más cómoda.

Como tantos otros pilotos que realizaban misiones de reconocimiento, el teniente coronel se puso a fantasear sobre el rostro y el cuerpo que se escondía tras aquella voz desencarnada. Corría el rumor de que pesaba ciento treinta kilos, tenía sesenta años y era doce veces abuela, pero ningún piloto con una imaginación como era debido podía dar crédito a una idea tan iconoclasta. Tenía que parecerse a Sigourney Weaver. Quizá era la voz de la propia Sigourney Weaver. Slade decidió explorar tan tentadora posibilidad durante el viaje de regreso a la base.

Resuelto aquel delicado problema, el piloto hizo una nueva comprobación de los instrumentos de a bordo y se relajó mientras la tierra cubierta de hielo se alejaba tras su cola. Cuando estuvo de nuevo sobre el mar, volvió a concentrarse en su juego del tesoro electrónico.

No tenía objeto seguir viendo pasar el mundo bajo sus pies, dado que Tierra

del Fuego estaba cubierta por densas capas de nubes de color carbón. Slade había estudiado suficiente geografía para saber que era una región torturada por vientos, lluvias y nieves constantes. Casi agradeció no poder ver el monótono paisaje y dejó a la cámara de infrarrojos del Casper la tarea de penetrar la oscura cubierta nubosa y filmar el desolado extremo sur del continente.

El capitán Collins contempló la máscara de Ammar y tuvo que obligarse a no apartar la mirada. En los ojos del educado líder de los secuestradores había un brillo perverso, casi inhumano. Collins podía percibir que el hombre sentía una espeluznante indiferencia por el valor de una vida humana.

—Le exijo saber cuándo liberará mi barco —dijo el capitán con palabras precisas.

Ammar dejó su taza de té en el plato, se secó los labios con unos toques de la servilleta y miró a Collins con indiferencia.

—¿Puedo ofrecerle una taza de té?

—No, salvo que la ofrezca también a los pasajeros y a mi tripulación —replicó Collins. El capitán estaba de pie, muy erguido, absolutamente helado y tiritando con su blanco uniforme de verano.

—La respuesta exacta que esperaba. —Ammar puso boca abajo la taza vacía y se echó hacia atrás en su asiento—. Le alegrará saber que mis hombres y yo esperamos marcharnos en algún momento de mañana por la tarde. Si me da su palabra de que no habrá ningún estúpido intento de recuperar el barco o escapar a la costa antes de que partamos, nadie resultará herido y podrá usted retomar el mando.

—Le pido que caliente el barco y dé de comer a todos ahora mismo. Estamos desesperadamente escasos de mantas y ropas de abrigo para protegernos del frío. Nadie ha probado bocado desde hace días. Las tuberías se han congelado y estamos sin agua. Todo eso, por no hablar de los problemas de higiene.

—El sufrimiento es bueno para el espíritu —respondió Ammar filosóficamente.

—¡Vaya estupidez! —exclamó Collins, lanzándole una mirada furiosa.

—Si usted lo dice… —Ammar se encogió de hombros con gesto cansino.

—¡Santo cielo! Escuche. A bordo hay gente enferma, agonizante.

—Dudo mucho que ninguno de sus tripulantes o pasajeros muera de frío o de inanición antes de mi partida —declaró Ammar con sequedad—. Sólo tendrán que resistir una cierta falta de comodidades durante las próximas treinta horas, más o menos.

—Tal vez sea demasiado tarde para cualquiera de nosotros si la pared de hielo del glaciar se desprende.

—Parece bastante sólida.

—No se da cuenta del peligro. En cualquier momento podría caer una inmensa masa de hielo que aplastaría al *Lady Flamborough* como un edificio de diez pisos que cayera sobre un automóvil.

—Es un riesgo que no puedo evitar. La capa de hielo sobre el plástico podría fundirse, descubriendo nuestra posición, y las cámaras de infrarrojos de los satélites podrían detectar el calor irradiado por el barco.

En el rostro de Collins se reflejaba una rabia desesperada.

—¡Es usted un estúpido, o está loco! ¿De qué ha servido todo esto? ¿Qué provecho sacará de la acción? ¿No nos retiene aquí para cobrar un rescate o como rehenes a cambio de la libertad de sus correligionarios encarcelados en alguna parte? Si sólo piensa marcharse y dejarnos aquí, no acabo de entender el propósito de este acto de piratería…

—Posee usted un grado de curiosidad irritante, capitán, pero su tesón es enteramente de mi gusto. Muy pronto le dejaré conocer las razones que han movido a la captura de su barco. —Ammar se puso en pie e hizo una señal al centinela situado detrás de Collins—. Devuelve al capitán a su lugar de confinamiento.

Collins se resistió a moverse.

—¿Por qué no nos proporciona té o café caliente, una sopa, algo que nos ayude a aliviar el sufrimiento?

Ammar no se molestó en volverse mientras salía del comedor.

—Adiós, capitán. No nos volveremos a ver.

Ammar se encaminó directamente a la sala de comunicaciones. Ibn se encontraba allí de pie, observando el teletipo que servía el último boletín del servicio telegráfico de noticias. El hombre del comando especialista en electrónica estaba sentado a la radio, escuchando una transmisión que llegaba en aquel instante mientras una grabadora de voces pasaba el mensaje a papel. El teletipo y la radio funcionaban por medio de un generador portátil.

Al aproximarse Ammar, Ibn se volvió, hizo un leve gesto de asentimiento al reconocerle y cortó una larga tira de papel del teletipo.

—Los medios de comunicación internacionales siguen dando por perdido al *Lady Flamborough* —le informó—. Los barcos de rescate apenas empiezan a llegar ahora frente a las costas de Uruguay para iniciar un rastreo bajo el agua. Mis felicitaciones, Suleiman; has engañado a todo el mundo. Estaremos de regreso en El Cairo sanos y salvos antes de que los occidentales sepan la verdad de lo sucedido.

—¿Qué novedades hay de Egipto? —inquirió Ammar.

—Nada que merezca la pena festejar, de momento. Los ministros de Hasan controlan todavía el gobierno y permanecen tercamente aferrados al poder. Han sido muy hábiles al no enviar a las fuerzas de seguridad a disolver las manifestaciones. El único derramamiento de sangre ha sido causado por nuestros

hermanos fundamentalistas, que han volado por error un autobús cargado de bomberos argelinos que asistían a una convención en El Cairo. Creyeron que el autobús formaba parte de un convoy de la policía gubernamental. La televisión de El Cairo habla de que el movimiento de Ajmad Yazid es una fachada tras la cual se esconden fanáticos iraníes. Muchos seguidores de Yazid vacilan en su lealtad y no se ha producido una exigencia masiva para que los ministros de Hasan disuelvan el gobierno.

—Ese idiota de Jaled Fauzi está detrás de la explosión de ese autobús, sin duda —masculló Ammar—. ¿Y los militares? ¿Qué dicen las fuerzas armadas?

—Abu Hamid, el ministro de Defensa, no se comprometerá hasta que vea los cuerpos del presidente Hasan y de Hala Kamil y pueda confirmar sus muertes.

—Así pues, Yazid todavía ha de llevar a cabo su triunfal toma del poder.

Ibn asintió y su rostro adoptó una expresión sombría.

—Hay una noticia más. Yazid ha anunciado que la tripulación del crucero y sus pasajeros siguen con vida y que negociará personalmente con los terroristas un acuerdo para la liberación de todos ellos. Ha llegado incluso a ofrecer su vida a cambio del senador George Pitt para impresionar a los norteamericanos.

Una oleada de rabia entumecedora, paralizante, recorrió a Ammar agudizando sus sentidos y abriendo sus pensamientos como sobres en el interior de su mente. Al cabo de unos instantes, se volvió hacia Ibn.

—¡Por Alá, ese traidor nos ha metido en una encerrona! —exclamó, incrédulo—. Yazid nos ha vendido.

Ibn asintió, totalmente de acuerdo, y añadió:

—Yazid te ha utilizado y te ha traicionado.

—Por eso ha estado retrasando la orden para que acabáramos con Hasan, Kamil y los demás. Los quería intactos hasta que Machado y su escoria pudieran terminar con nosotros y nuestros hombres.

—¿Qué ganan Yazid y Topiltzin manteniendo con vida a los prisioneros? —preguntó Ibn.

—Presentándose como salvadores de los dos presidentes, de la secretaria general de la ONU y de un importante político norteamericano, Yazid y Topiltzin conseguirán cierta talla como líderes internacionales y, automáticamente, se harán más fuertes mientras sus adversarios salen debilitados. Entonces estarán en condiciones de tomar las riendas del gobierno de sus países en sendos golpes de estado pacíficos, ampliando sus bases populares y haciendo crecer su imagen de políticos moderados a los ojos del mundo.

—Entonces, hemos sido arrojados a los buitres —resumió Ibn, bajando la cabeza en gesto de resignación. Ammar asintió.

—Yazid pensaba eliminarnos desde el primer momento. Así, se aseguraría nuestro silencio en ésta y otras misiones que hemos llevado a cabo para él.

—¿Qué hay del capitán Machado y su grupo de mexicanos? ¿Qué sería de

ellos, según esto, una vez nos hubieran eliminado?

—Supongo que Topiltzin se encargaría de hacerlos desaparecer después de su regreso a México.

—Primero, tendrían que escapar del barco y de la isla.

—Sí —respondió Ammar, pensativo, mientras recorría la sala de comunicaciones con aire enfurecido—. Parece que he subestimado gravemente la astucia de Yazid. Yo estaba tranquilo pensando que Machado no podía actuar porque desconocía nuestros planes para escapar a un aeródromo seguro en Argentina pero, gracias a Yazid, nuestro camarada mexicano ha puesto en marcha su propio plan de huida.

—Entonces, ¿por qué no nos ha matado ya?

—Porque Yazid y Topiltzin no le darán la orden hasta que estén a punto para poner en escena sus falsas negociaciones para la liberación de los rehenes. —De pronto, Ammar se volvió y asió por el hombro al radiotelegrafista, que se despojó de los auriculares al momento—. ¿Has recibido algún mensaje inusual dirigido al barco?

El experto en comunicaciones egipcio le miró, sorprendido.

—Es extraño que lo preguntes. Nuestros amigos latinos han estado entrando y saliendo de aquí cada diez minutos, haciendo la misma pregunta. Les había tomado por estúpidos. Cualquier señal de recibido a una transmisión directa sería interceptada por las instalaciones de escucha norteamericanas o europeas. Descubrirían nuestra posición en cuestión de segundos.

—De modo que no has interceptado nada sospechoso…

El hombre de la radio movió la cabeza en gesto de negativa.

—Aunque así fuera, el mensaje llegaría sin duda en clave.

—Cierra el equipo, pero haz creer a los mexicanos que sigues a la escucha. Cuando te pregunten si ha llegado ya el mensaje, hazte el loco y sigue diciendo que no has oído nada.

—¿Qué instrucciones tienes para mí, Suleiman? —preguntó Ibn, mirando a su jefe y amigo en actitud expectante.

—Manten bajo estricta vigilancia a los hombres de Machado. Desconciértales actuando amistosamente. Abre el bar e invítales a beber. Pon a nuestros hombres en los peores turnos de guardia para que los mexicanos puedan relajarse. Con eso, se confiarán y bajarán sus defensas.

—¿Acabamos con ellos antes de que ellos lo hagan con nosotros?

—No —respondió Ammar con un destello de sádico placer en los ojos—. Le dejaremos ese trabajo al glaciar.

51

—Ahí abajo debe haber un millón de icebergs, al menos —murmuró Giordino, desolado—. Sería más fácil descubrir a un camarero enano en una colonia de pingüinos. Podríamos tardar días.

El coronel Hollis estaba del mismo humor:

—Tiene que haber uno que coincida con el contorno y las dimensiones del *Lady Flamborough*. Siga buscando.

—Ten en cuenta —dijo Gunn a Giordino— que los icebergs antárticos tienden a ser planos. La superestructura oculta bajo el velo de plástico proporcionará al crucero una forma piramidal.

El ojo de Dillinger estaba ampliado cuatro veces su tamaño detrás de la lente de aumento.

—La definición es asombrosa —murmuró—. Y aún será mejor cuando veamos qué hay al otro lado de esas nubes.

El grupo estaba reunido en torno a una pequeña mesa en la sala de comunicaciones del *Sounder*, examinando una enorme foto en color procedente del Casper. Las vistas tomadas en el reconocimiento aéreo habían sido procesadas y enviadas por el receptor láser del barco oceanógrafico apenas cuarenta minutos después de tomar tierra el aparato.

La detallada fotografía mostraba un mar de icebergs desprendidos de la banquisa de Larsen, en el lado este de la península antártica, y podían distinguirse cientos más cerca de los glaciares de la vertiente oeste de la tierra de Graham.

Pitt estaba concentrado en otra cosa. Sentado ligeramente aparte, estudiaba una gran carta náutica que tenía desplegada sobre los muslos. De vez en cuando alzaba la vista y escuchaba, pero no participaba en la conversación.

Hollis se volvió al capitán Stewart, que estaba junto al receptor y llevaba puestos unos auriculares con micrófono incorporado.

—¿Cuándo llegará la foto de infrarrojos del Casper?

Stewart alzó la mano para pedir que no lo interrumpiera. Se apretó los auriculares contra los oídos y escuchó la voz procedente de la sede central de la CÍA en Washington. Después, hizo un gesto de asentimiento a Hollis.

—El laboratorio fotográfico de Langley dice que empezarán a transmitir dentro de medio minuto.

Hollis deambuló de un extremo a otro de la pequeña sala de comunicaciones como un gato al escuchar el sonido del abrelatas. Luego se detuvo y contempló con curiosidad a Pitt, que se dedicaba a medir distancias con un compás, ajeno a la expectación general.

En las últimas horas, el coronel Hollis había aprendido muchas cosas sobre aquel hombre de la NUMA, no de boca del propio Pitt sino por los comentarios de los hombres de a bordo, que hablaban de él como si fuera una especie de leyenda viviente.

—Ahí viene —anunció Stewart. Se quitó los auriculares y aguardó pacientemente a que saliera la fotografía, del tamaño de una página de periódico, por el receptor láser. Tan pronto como terminó la transmisión, tomó la foto y la colocó sobre la mesa. Todos se pusieron de inmediato a inspeccionar la línea de la costa en el extremo superior de la península.

—Los técnicos del laboratorio fotográfico de la CÍA han convertido una película especial ultrasensible en una termografía por medio de un ordenador —explicó Stewart—. Las diferencias en radiación infrarroja quedan expuestas en distintos colores. El negro representa las temperaturas más bajas. La escala sigue por el azul marino, el azul celeste, el verde, el amarillo y el rojo, señalando las temperaturas sucesivamente superiores hasta terminar en el blanco, la más caliente.

—¿En qué grado de la escala podemos esperar que aparezca el *Lady Flamborough*? —preguntó Dillinger.

—En el tramo superior, entre el amarillo y el rojo.

—Más bien en el azul marino —intervino Pitt.

Todos se volvieron hacia él con gesto enfadado, como si acabara de estornudar en mitad de una partida de ajedrez.

—En tal caso, será imposible identificarlo y jamás lo encontraremos.

—La radiación calórica de los motores y generadores nos señalará su posición con la misma claridad que una pelota de golf en el campo —protestó Gunn.

—No, si la sala de máquinas está parada.

—¿Crees que el barco desconectó todos sus sistemas? —inquirió Dillinger con incredulidad.

Pitt asintió y contempló a los demás con una mirada casual, relajada, más perturbadora que si hubiera arrojado un cubo de agua fría sobre el entusiasmo de un descubrimiento. Por último, sonrió y dijo:

—Estamos cayendo en el persistente error de subestimar al entrenador del equipo contrario.

Los cinco hombres se miraron entre sí y de nuevo a Pitt, esperando alguna aclaración por su parte.

Pitt dejó las cartas náuticas a un lado y se levantó de la silla. Se acercó a la

mesa, tomó la foto de infrarrojos y la dobló por la mitad, dejando a la vista únicamente el extremo sur de Chile.

—Así pues —continuó Pitt—, ¿no han advertido que cada vez que el barco cambió de aspecto o alteró su rumbo, lo hizo inmediatamente después del paso de uno de nuestros satélites por la zona?

—Un ejemplo más de precisión en la planificación —reconoció Gunn—. Las órbitas de los satélites científicos de recogida de datos son seguidas por la mitad de los países del mundo. Es tan fácil conseguir esa información como conocer las fases de la luna.

—Muy bien, pongamos que el jefe de los secuestradores conocía las órbitas y calculó cuándo debían de estar enfocadas en su dirección las cámaras de los satélites —intervino Hollis—. ¿Y qué?

—¿Qué? Que el tipo, para evitar cualquier riesgo, apagó todos los sistemas de a bordo e impidió la detección mediante fotografías de infrarrojos. Y, sobre todo, evitó así que el calor pudiera fundir la fina capa de hielo que cubre el velo de plástico.

Cuatro de entre los cinco encontraron muy posible la teoría de Pitt. El quinto hombre era Gunn. Éste, el cerebro más rápido del grupo, advirtió el punto débil de la argumentación antes que los demás.

—Olvidas que las temperaturas en torno a la península son muy inferiores a cero —protestó—. Sin energía, no hay calor. Todos los ocupantes del barco morirían congelados en pocas horas. Eso significaría que los secuestradores se estaban suicidando al tiempo que mataban a sus prisioneros.

—Rudi tiene razón —declaró Giordino—. No podrían sobrevivir ahí sin cierto grado de calor y una indumentaria protectora adecuada.

Pitt sonrió como si le hubiera tocado la lotería.

—Estoy de acuerdo con Rudi en un ciento por ciento.

—Está usted dando vueltas en círculo —se quejó Hollis irritado—. Vaya al grano.

—No es nada complicado: el *Lady Flamborough* no ha penetrado en aguas antárticas.

—¿Que no ha entrado en la Antártida? —repitió Hollis maquinalmente—. Acepte los hechos, hombre. La última foto del satélite mostraba la nave a medio camino entre el cabo de Hornos y el extremo de la península antártica, navegando con rumbo sur a toda máquina.

—No tiene otro sitio adonde ir —añadió Dillinger.

Pitt dio unos golpecitos con el índice en el mapa, señalando la masa de islas de tortuoso perfil que salpicaban la zona del estrecho de Magallanes.

—¿Se apuestan algo?

Hollis se irguió y frunció el entrecejo, desconcertado por unos instantes. Entonces lo vio claro. La confusión desapareció y un destello de completa

comprensión brilló en sus ojos.

—El barco retrocedió sobre sus pasos —dijo con voz monocorde.

—Rudi dio con la clave —reconoció Pitt—. Los secuestradores no tenían intención de suicidarse, ni de arriesgarse a ser detectados por las fotos de infrarrojos. En ningún momento tenían pensado dirigirse al continente antártico, sino variar el rumbo al noroeste y rodear las islas desiertas de la zona del cabo de Hornos.

—Las temperaturas no son en absoluto tan gélidas en Tierra del Fuego —comentó Gunn, aliviado—. Todos a bordo del barco sin calefacción lo pasarían mal, pero sobrevivirían.

—Entonces, ¿a qué viene el disfraz del iceberg? —preguntó Giordino.

—Para simular que se ha desgajado de un glaciar.

—¿Glaciares tan al norte? —insistió Giordino, estudiando la foto de infrarrojos.

—En un radio de ochocientos kilómetros en torno al puerto de Punta Arenas donde nos encontramos, existen varios de ellos que bajan desde las montañas hasta el mar —respondió Pitt.

—¿Dónde supone que está? —quiso saber Hollis.

Pitt tomó un mapa que mostraba las desoladas islas costeras al oeste de Tierra del Fuego.

—Hay dos posibilidades en el radio de acción del *Lady Flamborough* desde el punto en que fue localizado por última vez por el satélite. —Hizo una pausa para marcar con un aspa dos nombres del mapa e indicó—: Directamente al sur de aquí, fluyen glaciares de los montes Italia y Sarmiento.

—Desde luego, están apartados de cualquier ruta.

—Pero demasiado próximos a los campos petrolíferos —le corrigió Pitt—. Un avión de reconocimiento de la empresa de prospecciones volando a baja altura podría identificar el falso iceberg. Si yo estuviera en la piel de los secuestradores, seguiría otros ciento sesenta kilómetros al noroeste, lo cual me situaría cerca de un glaciar de la isla de Santa Inés.

Dillinger estudió durante unos instantes sobre el mapa la tortuosa costa de la isla citada. Repasó la fotografía en color, pero el extremo meridional de Chile estaba cubierto por las nubes. Dejó a un lado la foto y observó con la lente de aumento la mitad superior de la imagen de infrarrojos que Pitt había doblado para reducir la zona de búsqueda.

Al cabo de unos segundos, alzó de nuevo la vista con expresión maravillada y complacida.

—A menos que la naturaleza haga icebergs con una proa en punta y una popa redondeada, creo que hemos descubierto nuestro barco fantasma.

Hollis tomó la lupa de manos de su subordinado y examinó la pequeña forma alargada.

—Efectivamente, tiene el contorno de un barco. Y, como ha dicho Pitt, no hay rastro de irradiación calórica. Da una temperatura casi tan fría como la del glaciar. No es un negro absoluto, pero sí un azul muy oscuro.

—Sí, ya lo veo —confirmó Gunn—. El glaciar termina en un fiordo que se abre a una bahía salpicada de pequeñas islas. Hay un par de icebergs de tamaño medio, desprendidos de la pared del glaciar. Nada más. El agua está razonablemente libre de hielos. —Hizo una pausa, con una expresión de curiosidad en los ojos tras las gafas—. Me pregunto por qué habrán anclado el *Lady Flamborough* justo debajo del extremo del glaciar.

Pitt hizo un gesto de preocupación ante el comentario.

—Déjame ver —exigió. Se abrió paso entre Dillinger y Gunn, se inclinó sobre la imagen y miró por la potente lupa. Instantes después, se incorporó con el rostro contraído en una mueca de creciente rabia.

—¿Qué has visto? —preguntó el capitán Stewart.

—Tienen intención de matarlos a todos.

Stewart se volvió hacia los demás, perplejo.

—¿Cómo puede saberlo? —les dijo.

—Cuando una porción de hielo se desprenda del glaciar y caiga sobre el barco —explicó Giordino con toda crudeza—, el crucero se hundirá bajo el peso y será aplastado contra el fondo. No se encontrará nunca el menor rastro de él.

Dillinger dirigió una dura mirada a Pitt.

—Después de tantas ocasiones desaprovechadas, ¿de verdad cree que finalmente tienen intención de asesinar a la tripulación y a los pasajeros?

—Sí, así lo creo.

—¿Y por qué no lo hicieron antes?

—Toda esa serie de engaños y disfraces sólo tenían por objeto ganar tiempo. Quienquiera que ordenara llevar a cabo el secuestro tenía razones para mantener con vida a los presidentes Hasan y De Lorenzo. No sé decir cuáles, pero…

—Yo sí puedo —lo interrumpió Hollis—. El instigador del golpe es Ajmad Yazid. Sus planes eran tomar el control del poder en Egipto poco después de anunciarse que el presidente Hasan y la secretaria general de la ONU, Hala Kamil, habían sido raptados y, presumiblemente, asesinados por un grupo de terroristas en pleno mar. Una vez Yazid y sus secuaces hubieran establecido una sólida base popular, ese hombre proyectaba lanzar la noticia de que sus agentes habían localizado el barco y, fingiéndose un enviado de Dios lleno de buena voluntad, anunciar su mediación en la liberación de los rehenes.

—Astuto bastardo… —murmuró Giordino—. Seguro que habría sido candidato destacado al premio Nobel de la Paz si además, hubiese conseguido salvar las vidas del presidente De Lorenzo y del senador Pitt.

—Desde luego, Yazid se habría ocupado inmediatamente de que Hasan y Kamil sufrieran un infortunado accidente a su regreso a Egipto.

—Y hubiese salido del asunto limpio como la nieve —gruñó Giordino.

—Un plan maquiavélico —asintió Pitt—. Sin embargo, según los últimos informes, los militares egipcios se mantuvieron neutrales y los ministros de Hasan se negaron a dimitir y disolver el actual gobierno.

—Sí —confirmó Hollis—. Eso ha dado al traste con el plan que Yazid había trazado con tanta meticulosidad.

—Y se ha encontrado contra las cuerdas —añadió Pitt—: Se han acabado las tácticas dilatorias y las mascaradas; esta vez, está obligado a enviar al olvido al *Lady Flamborough* o afrontar la amenaza de que los servicios de inteligencia demuestren su participación en la operación.

—Una teoría muy sólida —asintió Hollis.

—De modo que, mientras estamos aquí, el jefe de los secuestradores está jugando a la ruleta rusa con el glaciar —dijo Gunn en voz baja—. Él y su grupo podrían haber abandonado la nave para escapar por barco o helicóptero, dejando a la tripulación y a los pasajeros encerrados e impotentes.

—Cabe la posibilidad de que no nos hayamos fijado en la embarcación fugitiva —apuntó Dillinger con expresión sombría. Hollis no opinaba como él. Garabateó un nombre en un pedazo de papel y entregó éste a Stewart.

—Capitán, póngase en contacto con mi oficial de comunicaciones en esta frecuencia, por favor. Dígale que el comandante y yo volveremos al aeródromo y que convoque a los hombres para una reunión inmediatamente.

—Nos gustaría ir con ustedes —dijo Pitt con serena determinación.

—De ningún modo —respondió Hollis moviendo la cabeza—. Son civiles y no tienen entrenamiento para asaltos. La petición está fuera de lugar.

—Mi padre está en ese barco.

—Lo lamento —afirmó su interlocutor, pero no lo parecía—. Considérelo un golpe de mala suerte.

Pitt clavó en Hollis una mirada helada.

—Una llamada a Washington y puedo echar por la borda toda su carrera.

Hollis apretó los labios.

—No me venga con amenazas, señor Pitt —replicó, dando un paso adelante —. Esto no es un juego de niños. En las próximas doce horas se va a organizar un buen jaleo en las cubiertas de ese crucero. Si mis hombres y yo hacemos nuestro trabajo como lo hemos entrenado, no conseguirá nada por mil llamadas que haga a la Casa Blanca y al Congreso. —Avanzó otro paso y continuó—: Sé más trucos de los que podría aprender usted en su condenada vida. Podría hacerle pedazos con mis propias manos…

Ninguno de los presentes vio el movimiento y apreció de dónde salía. Un segundo antes, Pitt estaba inmóvil con los brazos a los costados y al siguiente, su mano apoyaba el cañón de un Colt automático calibre 11,5 contra los testículos de Hollis.

Dillinger se encogió, como si se dispusiera a saltar. No le dio tiempo a hacerlo. Giordino se le acercó por detrás y sujetó los brazos del comandante a los costados mediante un abrazo de oso, con la fuerza de una trampa de acero.

—No le aburriré con nuestros historiales —replicó Pitt con calma—. Acepte mi palabra de que Rudi, Al y yo tenemos suficiente experiencia para valemos por nosotros mismos en un enfrentamiento a tiros. Le prometo que no intervendremos. Supongo que lanzará sus Fuerzas Epeciales sobre el *Lady Flamborough* en un asalto combinado por mar y aire. Nos mantendremos a distancia y avanzaremos por tierra.

Hollis no tenía miedo, pero estaba sorprendido. No acababa de entender cómo Pitt había podido desenfundar aquel arma de grueso calibre con una rapidez tan centelleante.

—Dirk no le está pidiendo gran cosa, coronel —insistió Gunn en tono paciente —. Le sugiero que se muestre un poco más razonable y acceda.

—No he pensado ni por un segundo que esté dispuesto a matarme —gruñó Hollis a Pitt.

—No lo haré, pero le garantizo que en adelante no tendrá una vida sexual demasiado productiva.

—¿De dónde salen ustedes? ¿De la compañía?

—¿La CÍA? —dijo Giordino—. No. No nos quisieron. Por eso nos alistamos a continuación en la NUMA.

—No entiendo nada —murmuró Hollis, sacudiendo la cabeza.

—No es preciso —respondió Pitt—. ¿Trato hecho?

Hollis se lo pensó medio segundo. Después, se inclinó hacia adelante hasta que la punta de su nariz quedó a milímetros de la de Pitt y, como si fuera un sargento instructor dirigiéndose a un recluta primerizo, masculló:

—Me ocuparé de que usted y sus extraños compañeros sean transportados en un Osprey hasta diez kilómetros del barco. Ni un metro más cerca, o perderíamos el elemento sorpresa. Desde ahí, pueden hacer el trayecto a pie. Si tengo suerte, no llegarán hasta que todo haya terminado.

—Me parece bien —asintió Pitt.

Hollis dio un paso atrás después de estas palabras. Se volvió a Giordino y le dijo con voz tensa:

—Le agradecería que soltara a mi primer oficial. Bien —añadió, dirigiéndose nuevamente a Pitt—, nos vamos inmediatamente. De hecho, si no vienen ahora mismo con el comandante Dillinger y conmigo, no hay excursión. Porque, cinco minutos después de que subamos a mi avión de mando, todo nuestro grupo de asalto estará ya en el aire.

—Iremos pisándole los talones —respondió Pitt al tiempo que retiraba el arma de la entrepierna de Hollis.

—Yo acompañaré al comandante —añadió Giordino, dando una amistosa

palmadita en la espalda a Dillinger—. Las grandes mentes van siempre por los mismos canales.

Dillinger le dedicó una mirada de franco desprecio.

—La suya debe de moverse por las cloacas, pero la mía, no.

La sala quedó despejada en quince segundos. Pitt corrió a su camarote y recogió un petate de lona. Después hizo un rápido viaje al puente y conversó con el capitán Stewart.

—¿Cuánto tardaría el *Sounder* en llegar a Santa Inés?

Stewart pasó a la sala de mapas y realizó unos rápidos cálculos.

—Poniendo las máquinas a toda marcha, los motores diesel deberían llevarnos hasta el glaciar en nueve o diez horas.

—Hágalo —ordenó Pitt—. Iremos a su encuentro hacia el alba.

—Tenga cuidado, ¿me oye? —dijo Stewart mientras le estrechaba la mano.

—Intentaré no mojarme los pies.

Uno de los científicos del barco se adelantó hacia él a la salida del puente. Era de raza negra, de mediana estatura y tenía una expresión seria y ceñuda que parecía tallada con un cincel. Se llamaba Clayton Findley y tenía una voz de bajo, potente y profunda.

—Perdóneme si he escuchado lo que no debía, pero juraría que ha mencionado usted la isla de Santa Inés.

—En efecto —asintió Pitt.

—Cerca del glaciar hay una vieja mina de cinc. Fue cerrada cuando el gobierno chileno dejó de subvencionar la producción.

—¿Conoce usted la isla?

—Estuve en ella como geólogo jefe de una compañía minera de Arizona que creía posible rentabilizar la producción a través de una gestión más eficaz y una reducción de costos. Me enviaron allí con un par de ingenieros para hacer una inspección y pasé tres meses en ese agujero, pero encontramos la veta casi agotada. Poco después, la mina fue cerrada y las instalaciones y el equipo, abandonados.

—¿Qué tal maneja usted el fusil?

—He salido de caza alguna vez.

—Clayton, amigo mío —dijo Pitt, tomándolo del brazo—, es usted un regalo del cielo.

52

Clayton Findley demostró ser realmente un don caído del cielo.

Mientras Hollis daba instrucciones a sus hombres en el interior de un almacén fuera de uso, Pitt, Gunn y Giordino ayudaron a Findley a esculpir un diorama de la isla de Santa Inés sobre una vieja mesa de ping-pong con barro recogido junto a la pista de aterrizaje del aeródromo, utilizando la carta náutica de Pitt para refrescar la memoria en los detalles que se le habían olvidado.

Findley dio consistencia al paisaje en miniatura pasando sobre él un calentador portátil y destacó los detalles principales con pintura en aerosol que se encargó de conseguir uno de los hombres de Hollis, gris para el terreno rocoso, blanca para la nieve y el hielo del glaciar. Incluso realizó un modelo a escala del *Lady Flamborough*, colocándolo al pie del glaciar. Por último, se apartó un par de pasos y contempló su obra.

—Eso es Santa Inés —dijo, satisfecho de su trabajo.

Hollis interrumpió la reunión y congregó a sus hombres en torno a la mesa. Todos observaron el diorama durante unos momentos, pensativos y silenciosos.

La isla parecía la pieza central de un rompecabezas cortado por una máquina borracha. La torturada costa era una pesadilla de espolones y salientes rocosos, hendidos por fiordos cortados a pico y ensenadas escabrosas. Sus orillas eran bañadas por las aguas del estrecho de Magallanes al este y se asomaban al océano Pacífico al oeste. Era una tierra árida, un mal lugar incluso para un cementerio, de 65 kilómetros de ancho por 95 de largo, cuyo punto más alto era el monte Wharton, con 1320 metros.

Las playas y zonas de llano eran prácticamente inexistentes. Las montañas, ocultas por la nieve, se alzaban como barcos de piedra y sus empinadas laderas caían en desesperada agonía hasta el mar helado.

El antiguo glaciar tenía la forma de una silla de montar sobre la isla y era consecuencia de los veranos fríos y cubiertos por las nubes, que impedían la fusión de los hielos invernales. Yermos farallones de roca desnuda flanqueaban la masa helada, sumidos en un lóbrego silencio mientras el glaciar se abría paso irresistiblemente hacia el agua, donde su frente se desprendía sección a sección como un embutido cortado en lonchas.

Pocas zonas del mundo resultan más hostiles al hombre. En todo el rosario de

islas magallánicas no existe un asentamiento humano permanente. A lo largo de los siglos, los hombres han ido y venido por estas tierras dejando tras sí unos nombres muy expresivos, como península del Cuello Roto, isla Decepción, bahía Calamidad, isla Desolación y puerto del Hambre. Era una región dura. La única vegetación que podía sobrevivir allí eran unos arbustos siempre verdes, retorcidos y enanos, que se mezclaban con una especie de brezos de aspecto miserable.

Findley pasó una mano sobre su obra.

—Imaginen un terreno desierto con nieve en las cotas superiores y tendrán una idea bastante aproximada de cómo es la isla.

—Gracias, señor Findley —asintió Hollis—. Estamos en deuda con usted.

—Me alegro de haber podido colaborar.

—Muy bien, pasemos ahora a perfilar la estrategia. El comandante Dillinger conducirá las fuerzas aerotransportadas, mientras yo iré al frente del equipo de submarinismo.

Hollis hizo una breve pausa para estudiar el rostro de sus hombres. Éstos eran unos soldados enjutos, duros, llenos de determinación, que vestían enteramente de negro. Pertenecían a una casta de combatientes que había sobrevivido a la tortura del entrenamiento de supervivencia para conseguir la distinción de servir en aquel grupo de élite de las Fuerzas Especiales. Un equipo de mil demonios, se dijo Hollis con orgullo. El mejor del mundo.

—Nos hemos entrenado a fondo durante mucho tiempo para realizar abordajes nocturnos a todo tipo de barcos —continuó—, pero nunca en unas condiciones tan ventajosas para el enemigo. Nos falta la información más elemental de Inteligencia, las condiciones meteorológicas son penosas y debemos enfrentarnos a un glaciar que puede desmoronarse en cualquier momento. Los problemas pueden parecer desconcertantes, pero sólo son eso: problemas que se interponen en nuestro camino al éxito. Dentro de unas horas lanzaremos nuestro asalto, pero antes es preciso tener todas las respuestas posibles. Si alguien aprecia algún fallo importante en la operación, que lo indique. Ahora, empecemos.

—¿La isla está habitada? —preguntó Dillinger a Findley, rompiendo el fuego.

—Una vez cerrada la mina, no quedó nadie.

—¿Qué tiempo hace allí?

—Llueve casi constantemente. Es una de las zonas de lluvias más abundantes del continente. Rara vez se puede ver el sol. En esta época del año, las temperaturas descienden algunos grados por debajo de cero. Los vientos son constantes y en ocasiones pueden hacerse violentos. La sensación de frío debido al viento es intensísima y, casi con toda seguridad, estará lloviendo.

Dillinger lanzó una mirada sombría a Hollis.

—No podemos ni pensar en un asalto nocturno de precisión en paracaídas.

—Tendremos que acercarnos con los minicópteros y descender sobre el

barco empleando cuerdas —comentó el coronel con aire ceñudo.

—¿Han traído helicópteros? —preguntó Gunn, incrédulo—. No creía que tuvieran la velocidad y la autonomía suficientes…

—… para volar tan lejos con tanta rapidez —terminó la frase Hollis—. La denominación militar de nuestros aparatos tiene demasiadas letras y dígitos para poder memorizarlos. Nosotros los llamamos « palomas mensajeras» . Pequeños y compactos, transportan un piloto en una carlinga cerrada y dos hombres en el exterior. Van equipados con una cúpula infrarroja y rotores de cola silenciosos. Pueden ser desmantelados y vueltos a montar en quince minutos, y uno de nuestros C-140 puede transportar seis de ellos.

—Existe otro problema —dijo Pitt.

—Adelante.

—El radar de navegación del *Lady Flamborough* puede estar conectado para descubrir la proximidad de aviones. Aunque esas « palomas mensajeras» puedan disimular su presencia, es probable que sean identificadas en la pantalla con el tiempo suficiente para que los secuestradores les preparen una desagradable fiesta de recepción.

—Adiós al ataque sorpresa por el aire —murmuró Dillinger con voz malhumorada. Hollis se volvió hacia Findley.

—¿Existe alguna condición adversa que debamos conocer para el ataque desde las aguas del fiordo?

—En principio, debería encontrar más facilidades que el comandante —respondió Findley con una leve sonrisa—. Va a contar con la ventaja del vapor de agua helado.

—¿Qué es eso?

—El aire frío del interior forma nieblas y brumas al contacto con las aguas, más calientes, próximas a la pared del glaciar. La capa de bruma puede tener una altura entre dos y diez metros. Aprovechando la constante lluvia, el equipo de submarinistas debería quedar oculto desde el momento de iniciar la aproximación hasta el instante de escalar hasta las cubiertas.

—Al menos, uno de nosotros tendrá una cierta ventaja —comentó Dillinger. Hollis se frotó la barbilla, pensativo.

—Desde luego, ésta no va a ser una operación de manual y podría convertirse en un verdadero fiasco si el ataque desde el aire es un fracaso: perderíamos la ventaja de la sorpresa y, sin ella, el equipo de veinte submarinistas no sería suficiente para enfrentar sin apoyo a cuarenta secuestradores armados.

—Ya que saltar en paracaídas sobre el barco sería suicida —propuso Pitt—, ¿por qué no descender sobre el glaciar? Desde allí se podría intentar el avance hasta su borde y descolgarse mediante cuerdas a la cubierta principal.

—El descenso sería bastante sencillo —asintió Dillinger—. El muro de hielo

queda por encima de la superestructura del barco y lo bastante cerca para que podamos saltar al barco sin dificultades.

—Ya me había pasado por la cabeza la idea —confirmó Hollis—. ¿Alguien ve algún obstáculo para adoptar esa táctica?

—En mi opinión —dijo Gunn—, el mayor peligro será el propio glaciar, donde pueden encontrar un laberinto interminable de fisuras y traidoras cortezas de hielo que ceden bajo el peso de un hombre. Para cruzarlo en la oscuridad, deberán avanzar muy despacio y con grandes precauciones.

—¿Algún otro comentario? —preguntó Hollis. Nadie añadió nada y Hollis lanzó una mirada de soslayo a Dillinger—. ¿Cuánto tiempo necesitará desde el salto hasta colocarse en posición para el ataque?

—Para calcularlo necesitaría saber la velocidad del viento y su dirección.

—Nueve días de cada diez, sopla del sudeste —informó Findley—. La velocidad media es de unos diez kilómetros por hora, pero pueden soplar ráfagas que alcanzan con facilidad los cien.

Dillinger contempló por unos instantes las pequeñas montañas que se alzaban tras el glaciar. Con aire pensativo, intentó hacerse una idea de cómo sería el lugar durante la noche y de la intensidad del viento. Calculó mentalmente el tiempo que precisaría para la operación y alzó de nuevo la vista.

—Entre cuarenta y cuarenta y cinco minutos desde el salto hasta el ataque a la nave.

—Perdone por meterme en su trabajo, comandante —dijo Pitt—, pero sus cálculos son demasiado optimistas.

—Estoy de acuerdo en eso —corroboró Findley—. He recorrido el glaciar en muchas ocasiones y las crestas de hielo hacen muy lento el avance.

Con un gesto elástico y fluido, Dillinger sacó un gran machete de caza, de hoja larga y fuerte en ángulo con la empuñadura, de una funda situada a la espalda y utilizó su afilada punta para señalar el diorama mientras hablaba.

—Según veo yo las cosas, debemos realizar el salto tras la montaña situada a la derecha del glaciar. De este modo, nuestros transportes C-140 podrán escapar al radar de la nave. Utilizando los vientos dominantes, que con suerte soplarán según lo previsto, rodearemos la montaña con nuestros paracaídas indetectables a lo largo de siete kilómetros, para posarnos a un kilómetro del muro delantero del glaciar. Calculo en dieciocho minutos el tiempo necesario para reagruparnos en el hielo. Para llegar hasta el borde del glaciar, otros veinte minutos. Seis más para preparar la operación de rapel. Tiempo total: cuarenta y cuatro minutos.

—Si yo fuera usted, calcularía el doble —comentó Giordino con un gesto de desaprobación—. Si alguno de sus hombres cae en una fisura, el grupo tendrá muchos problemas para llegar en el tiempo previsto y los submarinistas no estarán sobre aviso del retraso.

Hollis lanzó a Giordino una mirada que habitualmente reservaba para los

antibelicistas.

—¡No estamos en la Primera Guerra Mundial, señor Giordino! No tenemos que sincronizar los relojes antes de lanzar el ataque. Todos los hombres van equipados con un receptor de radio en el oído y con un micrófono en el pasamontañas. Dado que estaremos en comunicación constante, podemos coordinar perfectamente un ataque simultáneo aunque el comandante Dillinger y sus hombres lleguen tarde o mi grupo lleve adelanto…

—Otra cosa —lo cortó Pitt—. Supongo que llevan silenciadores en sus armas.

—Naturalmente —afirmó Hollis—. ¿Por qué?

—Una ráfaga de una ametralladora sin silenciador podría hacer caer la pared del glaciar.

—No puedo hablar por los secuestradores…

—Entonces, será mejor que los maten deprisa —murmuró Giordino.

—No nos entrenamos para tomar prisioneros —le aseguró Hollis con una sonrisa fría y siniestra—. Muy bien, si nuestros visitantes han terminado con sus críticas, ¿hay alguna pregunta más?

El jefe del equipo de submarinistas, Richard Benning, alzó la mano.

—Señor.

—¿Benning?

—¿Nos acercaremos al objetivo bajo el agua o por superficie?

Hollis utilizó como puntero un simple bolígrafo. Dio unos golpecitos sobre una pequeña isla del fiordo, situada tras una punta de tierra y fuera de la vista del barco.

—Nuestro equipo será transportado por paloma mensajera hasta este islote. La distancia al *Lady Flamborough* es de unos tres kilómetros. El agua está demasiado fría para un chapuzón tan largo, de modo que nos mantendremos secos y avanzaremos en botes de caucho. Si el señor Findley acierta en eso de la bruma, podremos acercarnos sin ser detectados. Si la bruma se levanta, nos sumergiremos a doscientos metros del barco y avanzaremos bajo el agua hasta llegar al casco.

—A más de uno se le helarán las pelotas si tenemos que esperar mucho tiempo a que el grupo del comandante esté en posición.

Un pequeño coro de risas surgió de los ochenta hombres reunidos en torno a la maqueta del teatro de operaciones. Hollis suspiró y sonrió abiertamente.

—No tengo intención de que le suceda eso a las mías. Dejaremos al comandante el tiempo suficiente.

Gunn levantó la mano.

—¿Sí, señor Gunn? —dijo Hollis con voz cansina—. ¿Qué se le ha pasado por la cabeza ahora? ¿Ha olvidado algo?

—Sólo por curiosidad, coronel. ¿Cómo sabrá que los secuestradores no se han enterado por algún medio del asalto y no han tendido alguna trampa?

—Uno de nuestros aviones está dotado de equipo de vigilancia electrónica avanzada y sobrevolará en círculos el *Lady Flamborough* a una altura de once mil metros para detectar posibles transmisiones de radio que envíen los secuestradores a sus colaboradores fuera de la región. Si en algún momento sospechan que un grupo de las Fuerzas Especiales está cerrando la red en torno a ellos, seguro que se ponen a aullar por la radio como locos y nuestros expertos en comunicaciones y traductores podrán interceptar cualquier transmisión y alertarnos con tiempo suficiente.

Pitt hizo un gesto despreocupado con una mano.

—Usted dirá, señor Pitt.

—Espero que no se haya olvidado de nosotros, los de la NUMA.

—No, no me he olvidado —replicó Hollis, enarcando una ceja. Se volvió hacia el geólogo y le preguntó—: Señor Findley, ¿dónde ha dicho que está esa vieja mina abandonada?

—No me había preocupado de señalarla, pero si le interesa que lo haga… —respondió Findley con despreocupación. Hizo una pausa y colocó una caja de cerillas en la ladera de un pequeño monte asomado al glaciar y al fiordo—. Está aquí, a unos dos kilómetros y medio del frente del glaciar y del barco.

—Pues ahí se quedarán ustedes —indicó Hollis, volviéndose hacia Pitt—. Pueden utilizarla como puesto de observación.

—¡Vaya puesto de observación! A oscuras, bajo la lluvia y entre las volutas de hielo, tendremos suerte si alcanzamos a vernos los cordones de las botas.

—Un lugar recogido, tranquilo y lejos del riesgo —comentó Pitt—. Podremos encender un fuego en la cocina y prepararnos un picnic.

—Sí, hagan eso —asintió Hollis con cierta satisfacción. Después, contempló a los hombres reunidos—. Bien, caballeros, no voy a aburrirlos con un discursillo de estímulo. Cumplamos nuestro trabajo y salvemos todas las vidas que podamos.

—Y usted se apuntará otro tanto en el historial —murmuró Giordino.

—¿Qué ha dicho?

—Al decía que es todo un honor formar parte de un cuerpo de combate de élite —intervino Pitt.

Hollis lanzó a Giordino una mirada cortante como el cristal.

—Las Fuerzas Especiales no admiten miembros honorarios. Ustedes son civiles; manténganse lejos de nuestro camino. —Hollis se volvió hacia Dillinger —: Si alguno de esos hombres de la NUMA intenta poner el pie en el barco antes de contar con mi permiso, dispare contra él. Es una orden.

—Será un placer —respondió Dillinger con una sonrisa de tiburón.

Giordino se encogió de hombros.

—Veo que aquí la gente no se reprime de expresar su ira.

Pitt no compartía el humor despreocupado de Giordino y comprendía

perfectamente la postura de Hollis.

Sus hombres eran profesionales y formaban un equipo. Les echó un vistazo: fuertes y callados, formaban un apretado círculo en torno a la maqueta. Ninguno de ellos tenía más de veinticinco años.

Mientras contemplaba sus rostros, no pudo evitar preguntarse cuáles de ellos morirían en las horas siguientes.

53

—¿Cuánto tiempo más hemos de esperar? —preguntó Machado a Ammar mientras se dejaba caer en el sofá del camarote del capitán Collins.

Con la energía del barco cortada, el camarote estaba iluminado con el mortecino resplandor de cuatro linternas estratégicamente colgadas del techo. Ammar se encogió de hombros con indiferencia mientras continuaba la lectura del Corán.

—Usted pasa más tiempo que yo en la sala de comunicaciones. Dígamelo usted.

Machado hizo el gesto de escupir contra el suelo.

—Estoy harto de esperar como una embarazada. Digo que los matemos a todos y nos larguemos enseguida de este purgatorio desolado.

Ammar contempló a su socio en el negocio del asesinato. Machado era un hombre de aspecto desaliñado. Tenía el cabello grasiento y las uñas sucias. Su presencia a un par de pasos era suficiente para advertir que rara vez tomaba un baño. Ammar respetaba a Machado por cuanto podía ser un enemigo peligroso pero, más allá de esto, el mexicano sólo le producía desagrado.

Machado se incorporó del sofá y deambuló con aire inquieto por el camarote hasta acomodarse en una silla.

—Deberíamos haber recibido instrucciones hace veinticuatro horas —comentó—. Topiltzin no es de los que vacilan.

—Tampoco lo es Ajmad Yazid —replicó Ammar sin apartar la vista del Corán—. Él y Alá proveerán.

—¿Proveerán qué? ¿Helicópteros, un barco, un submarino? ¿Lo harán antes de que nos descubran? Estoy seguro de que usted, mi amigo egipcio, conoce perfectamente la respuesta, pero sigue sentado aquí como una esfinge.

Ammar pasó una página sin alzar la mirada.

—Mañana a esta hora, usted y sus hombres estarán de vuelta en México, sanos y salvos.

—¿Quién nos garantiza que no nos sacrificarán a todos por el bien de la causa?

—Yazid y Topiltzin no pueden arriesgarse a que nos capturen los comandos internacionales —explicó Ammar con aire cansino—, por temor a que nos hagan

hablar mediante torturas. Si uno de nosotros hiciera alguna revelación que los implicara en este asunto, los imperios en ciernes de nuestros líderes saltarían en pedazos. Confíe en mí. Los preparativos para nuestra huida están a punto. Ahora, debe tener paciencia.

—¿Qué preparativos?

—Le daré a conocer esa parte del plan cuando lleguen las instrucciones sobre el destino de nuestros rehenes.

Las mentiras dilatorias empezaban a ser insuficientes. Machado podía darse cuenta del engaño en cualquier momento. Mientras uno de los hombres de Ammar se encargara del sistema de comunicaciones del barco, no se recibiría ninguna señal pues la radio estaba sintonizada en otra frecuencia. Ammar se dijo una vez más que Yazid, y también Topiltzin, probablemente, debían de estar pasándolo muy mal si creían que el comando había hecho caso omiso del plan original y había matado a todos cuantos iban a bordo, en lugar de mantenerlos con vida con propósitos propagandísticos.

—¿Por qué no actuamos por nuestra cuenta, los encerramos a todos abajo, hundimos el barco y terminamos de una vez? —insistió Machado con la voz ronca de exasperación.

—Matar a la tripulación británica, al senador norteamericano y a los demás prisioneros que no sean egipcios o mexicanos sería un error. Tal vez a usted le atraiga la emoción y la intriga constante de ser objeto de una caza del hombre internacional, capitán, pero yo prefiero seguir mi vida tranquila.

—Es una estupidez dejar testigos.

El pobre imbécil ignoraba cuánta razón tenía, pensó Ammar. Con un suspiro, dejó a un lado el Corán.

—Lo único que debe preocuparle es el presidente De Lorenzo. A mí, lo único que me interesa es Hasan y Hala Kamil. Nuestra relación termina ahí.

Machado se puso en pie, cruzó el camarote y abrió la puerta de golpe.

—Será mejor que recibamos alguna noticia muy pronto —gruñó aviesamente—. No podré mantener a raya a mis hombres mucho tiempo más. Están cada vez más impacientes y quieren que me ponga al mando de la misión.

Ammar le dirigió una sonrisa de conformidad.

—A mediodía… —dijo—. Si no hemos tenido noticias de nuestros líderes a mediodía, le cederé el mando de la operación.

Los ojos de Machado se abrieron un instante, suspicaces.

—¿Usted accedería a renunciar al mando y entregármelo?

—¿Por qué no? Ya he conseguido lo que me había propuesto y, salvo la eliminación del presidente Hasan y de Hala Kamil, mi trabajo ha terminado. Me encantará dejarle a usted los últimos dolores de cabeza.

En el rostro de Machado apareció de pronto una sonrisa digna del propio diablo.

—Voy a hacerle cumplir su promesa, egipcio. Entonces, quizá veré por fin el rostro que se oculta tras la máscara.

Tras esto, el mexicano se fue. Apenas cayó el pestillo de la puerta, Ammar sacó la radio en miniatura del bolsillo interior del abrigo y pulsó el comunicador.

—¿Ibn?

—¿Sí, Suleiman Aziz?

—¿Dónde estás?

—A popa.

—¿Cuántos tenemos en la orilla?

—Seis de nosotros ya han sido transbordados al embarcadero de la vieja mina. Quedamos quince a bordo, incluido tú. El asunto va lento. Sólo tenemos una embarcación de tres plazas. El bote hinchable de ocho plazas estaba destrozado a cuchilladas.

—¿Sabotaje?

—Sólo puede ser obra de los hombres de Machado.

—¿Han causado más problemas?

—Todavía no. El frío los mantiene lejos de las cubiertas exteriores. La mayoría de ellos están sentados en el salón apurando tequilas. El resto duerme. Has tenido una buena idea al ordenar a nuestros hombres que trabaran amistad con ellos. Su disciplina se ha relajado considerablemente.

—¿Y las cargas?

—Todos los explosivos han sido colocados en una fractura que corre paralela al frente del glaciar. La detonación debería hacer caer toda la pared delantera sobre el barco.

—¿Cuánto tardaremos en terminar la retirada?

—A fuerza de remos, la marcha es muy lenta debido al fuerte reflujo de la marea. No podemos usar el motor por miedo a alertar a los hombres de Machado. Calcula otros cuarenta y cinco minutos para evacuar a todos los hombres.

—Tenemos que estar todos a salvo en tierra después del alba.

—Todos haremos el máximo, Suleiman Aziz.

—¿Pueden prescindir de ti para realizar el transbordo?

—Sí.

—Trae un hombre y reúnete conmigo en el camarote de Hasan.

—¿Vamos a ejecutarlo?

—No —replicó Ammar—. Los llevaremos con nosotros.

Ammar desconectó el transmisor y lo guardó en el bolsillo junto al Corán. La traición de Ajmad Yazid no quedaría sin venganza. Era irritante ver por tierra el espléndido plan que había trazado. Ammar no tenía la menor intención de llevar a cabo el plan original, sabiendo que Machado había recibido la orden de matarlo junto con sus hombres. Lo que más le irritaba no era que lo hubieran apuñalado

por la espalda, sino quedarse sin cobrar la operación.

Vistas cómo estaban las cosas, se dijo, lo mejor era mantener con vida, al menos temporalmente, a Hasan, Kamil y, sí, también a De Lorenzo, para utilizarlos como moneda de cambio. En último término, tal vez pudiera resarcirse volviendo las tornas y cargando toda la responsabilidad de la acción a Yazid y a Topiltzin.

Necesitaba tiempo para pensar y crear un nuevo plan. Pero lo primero era lo primero.

Tenía que sacar a los rehenes del barco antes de que Machado y su heterogéneo grupo se diera cuenta de su juego de manos.

A Hala le dio un vuelco el corazón cuando la puerta se abrió y el jefe de los secuestradores entró en la suite. Observó al hombre un instante, sin ver otra cosa que sus ojos tras la ridícula máscara y el fusil automático sujeto despreocupadamente con una mano, y se preguntó con curiosidad femenina qué tipo de hombre sería en otras circunstancias.

El hombre terminó de entrar y habló con voz tranquila pero atemorizadora.

—Vendrán todos conmigo.

Hala tuvo un escalofrío y bajó la mirada al suelo, enfadada consigo misma por mostrar miedo.

Pero el senador Pitt no se dejó intimidar. Se puso en pie y cruzó el camarote en tres zancadas, deteniéndose con las punteras de sus zapatos a escasos centímetros de las botas de Ammar.

—¿Dónde nos lleva y con qué propósito? —exigió saber el senador.

—No estamos en uno de esos comités de investigación de su país, senador —replicó Ammar en tono gélido—. No me venga con preguntas.

—Tenemos derecho a saberlo —insistió el senador con firmeza.

—¡No tienen ningún derecho! —soltó Ammar. Apartó bruscamente a un lado al senador y se adentró en la suite recorriendo con la mirada los rostros pálidos, atemorizados—. Vamos a hacer un paseíto en barca, seguido de un corto trayecto en tren. Mis hombres les entregarán mantas para protegerse del frío y la humedad.

Todos lo miraron como si estuviera loco, pero nadie protestó.

Con un abrumador sentimiento de desesperación, Hala ayudó al presidente Hasan a ponerse en pie lentamente. La mujer estaba cansada de vivir bajo una constante amenaza de muerte. Era como si hubiese dejado de importarle.

Y, sin embargo, algo dentro de ella, una chispa, una voluntad de desafío, ardía aún en su interior.

Era el arrojo del soldado que marcha al combate sabiendo que va a morir, que no tiene nada que perder luchando hasta el fin.

Poco a poco aquella sensación se apoderó de ella. Estaba dispuesta a sobrevivir.

El capitán Machado entró en la sala de comunicaciones y la encontró vacía. Al principio pensó que el radiotelegrafista de Ammar se había tomado un breve respiro para atender sus necesidades fisiológicas, pero miró en la letrina y la encontró también vacía.

Machado contempló el panel de la radio un largo instante con los ojos cansados y enrojecidos por la falta de sueño y una expresión de desconcierto en el rostro. Pasó al puente y se acercó a uno de sus hombres, que atendía la pantalla del radar.

—¿Dónde está el radiotelegrafista? —preguntó. El encargado del radar se volvió y se encogió de hombros.

—No lo he visto, capitán. ¿No está en la sala de comunicaciones?

—No, está desierta.

—¿Quiere que le pregunte al jefe árabe?

Machado movió la cabeza en gesto de negativa, sin comprender del todo la causa de la desaparición del operador de radio.

—Busca a Jorge Delgado y tráelo aquí. Él sabe de radios. Será mejor que nos ocupemos nosotros de las comunicaciones, en lugar de esos estúpidos árabes.

Mientras hablaban, ninguno de los dos advirtió el nítido destello en la pantalla de radar que indicaba el paso de un avión a baja altura sobre el centro de la isla.

Pero, aunque hubieran estado alerta, no habrían detectado los paracaídas especiales del grupo de operaciones de Dillinger, invisibles al radar, al abrirse y empezar a planear hacia el glaciar.

54

Pitt estaba sentado en los espartanos confines del Osprey de rotores basculantes. El avión con forma de bala despegaba del suelo como un helicóptero, pero volaba como un avión normal a velocidades superiores a seiscientos kilómetros por hora. Estaba totalmente despierto: sólo un muerto podría dormir en aquellos asientos de aluminio con almohadillas ultrafinas por cojines, bajo las turbulencias del tiempo y con el ruido de los motores que rugían en el fuselaje desprovisto de aislantes para el sonido. Sólo un muerto y, claro está, Al Giordino. Éste estaba deshinchado como un globo de forma humana a tamaño natural —no había otra descripción posible— justo con el aire suficiente para darle forma. Cada pocos minutos, como si su cerebro tuviera un cronómetro automático, cambiaba de postura sin abrir un ojo ni desacompasar la respiración.

—¿Cómo lo hace? —preguntó Findley, abiertamente sorprendido.

—Es una cosa de genes —respondió Pitt.

Gunn sacudió la cabeza, admirado.

—Lo he visto dormir en las posturas más increíbles y en los lugares más inverosímiles, y sigo sin podérmelo creer cuando lo veo.

El joven copiloto se volvió también a mirarlo desde su asiento de la cabina.

—No sufre precisamente de estrés, ¿verdad? —comentó.

Pitt y los demás se echaron a reír y, por último, se quedaron en silencio: a ninguno de ellos le gustaba la idea de abandonar el agradable calor del avión por el mundo helado del exterior. Pitt se relajó lo mejor que pudo. Estaba satisfecho hasta cierto punto. Aunque no podría participar en el asalto —mejor dejar el asunto en manos de profesionales preparados en el arte del rescate de rehenes—, estaba lo bastante cerca como para pisarles los talones a Hollis y su grupo de Operaciones Especiales, y totalmente decidido a seguir a los hombres de Dillinger por las cuerdas de escalada una vez estuviese en marcha el ataque.

Pitt no notaba ninguna premonición agorera ni ningún presagio de muerte. No había dudado ni por un instante de que su padre seguía vivo. No podía explicarlo, ni siquiera a sí mismo, pero notaba la presencia del senador. Padre e hijo habían estado muy unidos a lo largo de los años. Casi eran capaces de leerse el pensamiento.

—Estaremos en el punto de aterrizaje en seis minutos —anunció el piloto con

una alegría que causó un escalofrío a Pitt.

El piloto parecía feliz y despreocupado mientras volaba sobre aquellos picos abruptos y coronados de nieve que no podía ver en la noche. Lo único que se veía tras el parabrisas era el destello de los cristales de hielo que se estrellaban contra él, y más allá la oscuridad.

—¿Cómo sabe dónde estamos? —preguntó Pitt.

El piloto, un tipo clavado a Burt Reynolds, se encogió de hombros ociosamente.

—Nada por aquí, nada por allá —dijo el piloto en son de burla.

Pitt se inclinó hacia adelante y miró por encima del hombro del piloto. El piloto no tenía las manos en los controles: estaba sentado con los brazos cruzados sobre el pecho, observando una pequeña pantalla, parecida a la de una máquina de marcianos. Únicamente el morro del Osprey aparecía en la parte inferior de la pantalla, mientras que el resto de la imagen estaba llena de montañas y valles que pasaban a toda velocidad bajo el avión simulado. En la esquina superior de la pantalla, en un recuadro, se podían leer las distancias y altitudes con números digitales de color rojo.

—Se mueve sin intervención manual humana —dijo Pitt—. El ordenador se encarga de todo.

—Por suerte para nosotros, esos aparatos no son sexualmente interesantes. —El piloto se echó a reír. Alargó la mano y realizó una ligera corrección en uno de los mandos—. Los detectores radar e infrarrojos estudian el suelo y el ordenador convierte los datos en una imagen tridimensional. Pongo el piloto automático y, mientras el avión sortea los accidentes del terreno como un jugador de rugby de Los Angeles Raiders, yo me dedico a meditar sobre temas tan prodigiosos como el presupuesto del Congreso o la política exterior del departamento de Estado.

—Todo esto es nuevo para mí —balbució el copiloto con ironía.

—Sin nuestro sistema electrónico de guía —continuó el piloto, impertérrito—, todavía estaríamos posados en Punta Arenas, esperando al amanecer y a que aclarase el tiempo. —Un timbre sonó en ese instante en la pantalla y el piloto prestó atención—. Estamos llegando al punto previsto para el aterrizaje. Será mejor que prepare a su gente para el desembarque.

—¿Qué instrucciones le dio el coronel Hollis para nosotros?

—Me dijo que los depositara detrás de la cumbre montañosa, por encima de la mina, para ocultar el avión al radar del crucero. El resto del camino tendrán que hacerlo a pie.

—¿Algún problema por su parte? —preguntó Pitt a Findley. El geólogo sonrió.

—Conozco esa montaña como el culo de mi mujer, cada rincón y cada grieta. La cumbre está a sólo tres kilómetros de la entrada de la mina. Es un paseo sencillo ladera abajo. Podría hacerlo con los ojos cerrados.

—A juzgar por este tiempo de perros —murmuró Pitt con voz sombría—, eso

será lo que tendremos que hacer.

El aullido del viento sustituyó al gemido de las turbinas del Osprey cuando el grupo de la NUMA saltó rápidamente del avión por la compuerta de carga. No perdieron un segundo ni cambiaron palabra alguna; sólo agitaron la mano en un silencioso adiós a los pilotos. Un instante más tarde, los cuatro hombres, con sólo dos petates de lona por equipaje, avanzaban inclinados contra el viento cargado de cristales de hielo, abriéndose paso por la pendiente rocosa hacia la cumbre de la montaña.

Findley tomó la delantera en silencio. La visibilidad era casi tan mala en tierra como en el aire. La linterna que Findley llevaba en la mano era prácticamente inútil. Las nubes de hielo reflejaban la luz e impedían ver el terreno a más de dos metros.

El cuarteto no se parecía ni remotamente a un grupo de asalto de élite. No llevaban armas a la vista ni había dos que vistieran las mismas ropas para protegerse del frío. Pitt tenía puesto un traje de esquí gris y Giordino uno azul oscuro. Gunn iba enfundado en un traje anaranjado que parecía dos tallas más grande. Findley vestía como un leñador canadiense, tocado con una gorra de lana con borla que le cubría las orejas. La única prenda común a todos eran las gafas de esquí de cristales amarillos.

El viento soplaba a unos veinte kilómetros por hora, calculó Pitt: duro, pero soportable. El terreno, rocoso y desigual, estaba resbaladizo debido a la humedad y avanzaron a duras penas, perdiendo con frecuencia el equilibrio y dándose fuertes golpes contra el suelo.

Cada dos por tres, tenían que detenerse a limpiar la capa de hielo que se formaba en las gafas. Pronto, por delante parecían muñecos de nieve mientras que sus espaldas permanecían completamente secas.

Findley barrió la ladera frente a él con la luz de la linterna, poniendo a la vista grandes peñascos y algunos arbustos ralos y de formas grotescas. Supo que había alcanzado la cumbre cuando, al rodear un afloramiento de rocas peladas, el viento le golpeó con toda su fuerza.

—Ya no queda mucho —gritó, haciéndose oír por encima del aullido del viento—. Desde aquí, es todo bajada.

—Qué pena que no podamos alquilar un tobogán —comentó Giordino.

Pitt apartó el guante de la muñeca y consultó las manecillas luminosas de su viejo reloj de submarinismo. El asalto estaba previsto para las cinco en punto. Faltaban veintiocho minutos. Iban con retraso.

—Venga, démonos prisa —gritó—. No quiero perderme la fiesta.

Durante los quince minutos siguientes, avanzaron a buen paso. La pendiente de la montaña fue haciéndose menos empinada y Findley encontró un sendero

estrecho y serpenteante que conducía a la mina. Más abajo, al pie de la montaña, los pinos atrofiados se hacían más espesos, las rocas se hacían más pequeñas y sueltas, y las botas podían sujetarse al suelo con más firmeza.

Por fortuna, el viento de frente y los cristales de hielo empezaron a amainar. Entre las nubes empezaron a abrirse claros y se hicieron visibles algunas estrellas. Ahora, podían avanzar sin el engorro de las gafas.

Findley adquirió una renovada confianza sobre su capacidad de orientación cuando un gran montón de residuos de mineral se materializó ante él, surgiendo de la noche. Dio un rodeo en torno a la pequeña montaña de escoria y se dirigió hacia un pequeño tendido de ferrocarril cuyos estrechos raíles empezó a seguir en la oscuridad.

Se disponía a volverse y gritar «ya estamos», pero no le dio tiempo. De pronto, inesperadamente, Pitt alargó la mano, agarró por detrás el cuello de la chaqueta de Findley y tiró de él para que se detuviera, con tanta fuerza que al geólogo le resbalaron los pies y terminó cayendo sentado. Mientras caía Pitt agarró la linterna y la apagó.

—¿Qué diablos…?

—¡Silencio! —le ordenó Pitt con voz áspera.

—¿Has oído algo? —preguntó Gunn sin alzar la voz.

—No. Huelo algo familiar.

—¿Un olor familiar?

—A cordero. Alguien está preparando una pata de cordero a la barbacoa.

Todos echaron la cabeza hacia atrás y olfatearon el aire.

—¡Por todos los santos! —Giordino en un murmullo—, ¡tienes razón! —exclamó—. ¡Huele a cordero a la parrilla!

—Parece que alguien ha usurpado su propiedad —dijo Pitt a Findley mientras le ayudaba a incorporarse.

—Han de ser unos ilusos para creer que por aquí hay mineral suficiente para justificar el esfuerzo de explotarlo.

—Dudo que excaven en busca de cinc.

—Antes de que apagaras la luz, me ha parecido ver un reflejo por aquí —dijo Giordino, dirigiéndose a uno de los lados. Movió un pie trazando un semicírculo, golpeó un objeto que emitió un sonido agudo y lo recogió del suelo. Al se volvió, dando la espalda a la mina, e iluminó el objeto con una pequeña linterna de bolsillo—. Una botella de Chateau Margaux de 1966. Para ser unos mineros endurecidos, esos tipos tienen auténtica clase.

—Aquí suceden cosas raras —comentó Findley—. Quienquiera que se haya instalado aquí, no se está ensuciando las manos.

—El cordero y ese burdeos de crianza deben de proceder del *Lady Flamborouhb* —resumió Gunn.

—¿A qué distancia estamos del punto donde el glaciar encuentra las aguas del

fiordo? —preguntó Pitt a Findley.

—El glaciar en sí está a apenas quinientos metros al norte. El frente de hielo penetra en el fiordo algo menos de dos kilómetros hacia el oeste.

—¿Cómo se transportaba el mineral?

Findley señaló hacia el fiordo.

—Mediante el tendido ferroviario para vagonetas. Los raíles van desde la entrada de la mina hasta la tolva y, de ahí, al embarcadero, donde el mineral era cargado en los barcos.

—No había dicho nada de un embarcadero.

—Nadie lo preguntó —respondió Findley encogiéndose de hombros—. Es un pequeño muelle de carga que se adentra ligeramente en una ensenada, a un lado del glaciar.

—¿A qué distancia aproximada del barco?

—Un jugador de béisbol con un buen brazo podría hacer llegar una bola desde ese embarcadero hasta el casco.

—¡Debería haberlo previsto! —murmuró Pitt, enfadado consigo mismo—. Pero lo pasé por alto, igual que todos.

—¿De qué está hablando?

—El grupo de apoyo de los terroristas —respondió Pitt—. Los secuestradores del barco necesitaban una base avanzada para la huida. No podían desembarcar en el mar sin ser detectados y capturados a menos que tuvieran un submarino, imposible de conseguir sin el respaldo de un gobierno establecido. Esta mina abandonada es un emplazamiento perfecto para esconder unos helicópteros. Y pueden utilizar el ferrocarril de vía estrecha para ir y venir al fiordo.

—Hollis… —musitó Gunn, lacónicamente—. Será mejor que le avisemos.

—Imposible —respondió Giordino—. Nuestro buen vecino, el coronel, no quiso proporcionarnos una radio.

—Entonces, ¿cómo avisamos a Hollis? —intervino Gunn.

—De ninguna manera —respondió Pitt encogiéndose de hombros—. Pero podemos ayudarle encontrando y destruyendo sus helicópteros y clavando sobre el terreno a cualquier fuerza terrorista que se encuentre en el campamento minero, para impedir que caigan por la espalda sobre Hollis y su grupo de asalto.

—Podrían ser cincuenta —protestó Findley—. Nosotros sólo somos cuatro.

—Su vigilancia está relajada —apuntó Gunn—. No esperan que nadie les caiga encima desde el interior de una isla desierta en mitad de una tormenta.

—Rudi tiene razón —asintió Giordino—. Si hubieran estado alerta, ya nos habrían caído encima. Yo voto por desalojar a esos cerdos.

—Tenemos a nuestro favor la sorpresa —continuó Pitt—. Mientras tengamos precaución y nos mantengamos a cubierto en las sombras, podemos mantenerlos a raya.

—Y si vienen por nosotros —preguntó Findley—, ¿les arrojamos piedras?

—Soy un chico previsor, como el lema de los exploradores —replicó Pitt. Él y Giordino hincaron la rodilla en tierra a la vez y abrieron la cremallera de los petates de lona. Giordino empezó a pasar chalecos antibalas a los demás mientras Pitt repartía las armas.

Le mostró un rifle semiautomático a Findley y le dijo, tuteándolo:

—Comentaste que en ocasiones habías ido de caza, Clayton. Aquí tienes un regalo de Navidad. Una Benelli Super Noventa de calibre treinta.

A Findley le brillaron los ojos.

—¡Me gusta! —exclamó mientras pasaba la mano por la caja del arma con la misma suavidad que si estuviera acariciando el muslo de una mujer—. ¡Sí, me gusta! —Instantes después, advirtió que Gunn y Giordino portaban unas metralletas Heckler-Kock modificadas con silenciadores y comentó—: Estas armas no se venden en la armería de la esquina. ¿De dónde las habéis sacado?

—Es material de las Fuerzas Especiales —explicó Giordino, indiferente—. Las hemos tomado prestadas mientras Hollis y Dillinger no miraban.

Findley aún quedó más sorprendido cuando Pitt dejó ver el cargador redondo de un viejo modelo de subfusil Thompson.

—Parece que te gustan las antigüedades.

—Estas viejas armas artesanas merecen un gran respeto —respondió Pitt mientras consultaba de nuevo el reloj. Sólo faltaban seis minutos para que Hollis y Dillinger atacaran el barco—. No disparéis hasta que dé la orden, no vayamos a perjudicar el asalto de las Fuerzas Especiales. Tal como están las cosas, es preciso no estropear las escasas posibilidades de sorpresa que tienen los comandos.

—¿Qué hay del glaciar? —inquirió Findley—. Si empezamos a disparar, ¿no es posible que las ondas de choque provoquen la rotura del frente de hielo?

—Desde esta distancia no —le aseguró Gunn—. Nuestro fuego concentrado parecerá apenas el estallido lejano de una traca de petardos.

—Recordad que nos interesa retrasar todo lo posible el intercambio de disparos —insistió Pitt—. Nuestro primer objetivo es encontrar los helicópteros.

—Es una lástima que no dispongamos de explosivos —murmuró Giordino.

—No se puede tener siempre todo.

Pitt dio a Findley unos segundos para orientarse. Luego, el geólogo asintió y el cuarteto inició su avance rodeando por su parte trasera los viejos edificios resistentes a la intemperie, ocultos en las sombras y haciendo el menor ruido posible al andar. El crepitar de las botas sobre la grava suelta quedaba amortiguado por el fuerte viento, que había cambiado de dirección y ahora soplaba desde la cumbre de la montaña.

Los edificios en torno a la mina estaban construidos en su mayor parte con una estructura de vigas de madera cubiertas con planchas de hierro acanalado que mostraba señales de óxido y corrosión. Algunos eran pequeños cobertizos;

otros se alzaban entre dos y cuatro plantas y sus paredes se perdían en la penumbra. Excepto por el olor a cordero asado, el lugar tenía el aspecto de una ciudad fantasma del oeste norteamericano.

Findley se detuvo bruscamente detrás de un largo cobertizo y alzó la mano, esperando a que sus tres compañeros lo alcanzaran. Se asomó un par de veces tras la esquina y, a continuación, miró a Pitt.

—El edificio de la cantina queda a unos pasos a nuestra derecha —susurró—. Puedo ver unas rendijas de luz en las ventanas cubiertas con tupidas cortinas.

—Les debe de gustar la carne muy hecha —comentó Giordino, olfateando el aire.

—¿Se ve algún centinela? —preguntó Pitt.

—No. Desde aquí todo parece desierto.

—¿Dónde pueden haber escondido los helicópteros?

—La mina principal es un pozo vertical que desciende seis niveles, de modo que queda descartada como hangar.

—¿Dónde, entonces?

Findley hizo un gesto vago hacia la oscuridad de la noche.

—El molino de trituración del mineral es el edificio de mayor capacidad y posee una puerta corredera que utilizábamos para almacenar el equipamiento pesado. Si los helicópteros están dotados de palas plegables, en el interior de ese edificio podrían guardarse fácilmente hasta tres aparatos.

—Entonces, no hay duda: vamos al molino —decidió Pitt sin alzar la voz. No había tiempo que perder. El ataque conjunto de Hollis y Dillinger empezaría en cualquier instante.

Acababan de dejar atrás la cantina cuando la puerta de ésta se abrió de pronto y un charco de luz se filtró entre la lluvia, iluminándolos por debajo de las rodillas y bañando sus pies El cuarteto permaneció inmóvil, con las armas en posición de disparo.

Por un instante, la silueta de un hombre quedó recortada por la luz procedente del interior. El individuo salió al umbral del edificio por unos segundos y volcó en el suelo unos restos del plato que tenía en las manos. A continuación, dio media vuelta y cerró la puerta. Instantes después, Pitt y los demás tenían ya la espalda pegada a la pared del molino.

Pitt se volvió y acercó su boca al oído de Findley.

—¿Cómo podemos colarnos ahí dentro?

—En varios puntos del edificio existen aberturas por las que penetraban las cintas continuas que transportaban el mineral bruto hasta la trituradora y de ésta al tren de vagonetas, una vez convertido en grava. El único problema es que esas aberturas quedan algunos metros por encima de nuestras cabezas.

—¿Hay alguna puerta de acceso a nivel del suelo?

—La gran puerta corredera que antes he mencionado —respondió Findley en

un murmullo tan inaudible como el de Pitt— y la entrada principal. Si no recuerdo mal, también hay una escalera que conduce a una oficina anexa.

—Sin duda, la oficina estará cerrada —dijo Giordino de mal talante.

—Una idea brillante —concedió Pitt—. Está bien, usaremos la puerta principal. Dentro, nadie esperará que se presenten unos extraños. Entraremos tranquilamente y en silencio, como si fuéramos parte del grupo. Nada anormal: sólo algunos de sus compañeros que vienen de la cantina.

—Apuesto a que la puerta chirría —murmuró Giordino.

Sin apresurarse, doblaron una esquina del molino y entraron en él sin problemas, por la puerta, una puerta alta y resistente al mal tiempo que giró sobre sus goznes sin producir el menor ruido.

—¡Caramba! —murmuró Giordino entre dientes.

El interior del edificio era enorme. Tenía que serlo. En su centro se alzaba una gran mole mecánica que recordaba un pulpo gigante, con cintas transportadoras, mangueras de agua y cables eléctricos por tentáculos. La trituradora de mineral consistía en un enorme cilindro horizontal que contenía bolas de acero de diversos tamaños que reducía a grava las rocas extraídas de la mina.

A lo largo de una de las paredes había unos grandes tanques de flotación que en otro tiempo habían recibido la grava después de pasar por la trituradora. A varios metros del suelo, unas pasarelas para trabajos de mantenimiento, a las que se accedía por unas escalerillas metálicas, se entrecruzaban sobre la enorme maquinaria. De las pasarelas colgaba una serie de lámparas iluminadas gracias a la energía producida por un generador portátil cuyo tubo de escape tosía en un rincón.

Pitt se había equivocado en sus cálculos. Había imaginado que encontraría al menos dos o quizá tres helicópteros para evacuar a los secuestradores. En cambio, en el molino había sólo un aparato: un gran Comando de la British Westland, un modelo viejo pero fiable diseñado para el transporte de tropas y el apoyo logístico que podía transportar treinta o más pasajeros si se apretaban un poco en su bodega. Dos hombres vestidos con uniformes de campaña se encontraban sobre un andamio metálico, asomados al interior de un panel de acceso junto a los motores. Enfrascados en su trabajo, ninguno de los dos prestó atención a sus visitantes de madrugada.

Lenta y cautelosamente, Pitt se adentró en el vasto interior del molino de trituración. Llevaba a Findley a la derecha. Giordino cubría la izquierda y Gunn cerraba la marcha. Los dos mecánicos del helicóptero continuaron sin volver la cabeza. Sólo en aquel instante, Pitt advirtió la presencia de un relajado centinela sentado en una caja tras una columna, de espaldas a la puerta. Con un gesto, Pitt indicó a Giordino y a Findley que rodearan el helicóptero al amparo de las sombras para comprobar la presencia de otros secuestradores. El centinela, al advertir la ráfaga de viento frío procedente de la puerta, se volvió a medias para

ver quién había entrado en el edificio.

Pitt se acercó lentamente al centinela, que iba enfundado en su uniforme de campaña negro con un pasamontañas en la cabeza. Cuando estaba a apenas dos metros de él, sonrió y alzó la mano en un vago saludo.

El centinela le dirigió una mirada inquisitiva y dijo algo en árabe.

Pitt se encogió de hombros con aire amistoso y respondió con un galimatías que se perdió bajo el sonido del transformador portátil.

En ese instante, el centinela fijó los ojos en la vieja metralleta Thompson. Los dos segundos que transcurrieron entre la sorpresa, la alarma y la reacción física le costaron muy caros. Antes de que pudiera hacer uso de su arma, Pitt descargó la culata de la Thompson contra su cráneo, cubierto por el pasamontañas.

Impidió que el cuerpo del centinela cayera al suelo y lo apoyó contra la columna, sentado en la caja, como si estuviera dormido. A continuación, se agachó bajo la parte delantera del fuselaje del helicóptero y se acercó a los dos mecánicos que seguían ocupados con el motor. Cuando llegó al andamio metálico, agarró los barrotes y empujó con todas sus fuerzas, derribándolo.

Los mecánicos volaron por los aires, tan desconcertados que ni siquiera gritaron. Su única reacción fue levantar las manos en un fútil intento de sujetarse en el aire antes de caer pesadamente en el duro suelo de tablones. Uno de ellos cayó de cabeza y quedó inconsciente en el acto. El otro aterrizó de lado, rompiéndose un brazo con un seco sonido perfectamente audible. Un gemido de dolor surgió de sus labios pero fue silenciado al instante por el súbito impacto de la culata de la Thompson contra la sien.

—Buen trabajo —susurró Findley, sin respetar ya el silencio.

—Ha salido todo perfecto —murmuró Pitt con orgullo.

—Espero que no haya nadie más.

—Te equivocas. Al tiene a otros cuatro detrás del helicóptero.

Findley se asomó con cuidado detrás del aparato y, atónito, encontró a Giordino cómodamente instalado en una silla plegable, vigilando con aire fiero a cuatro ceñudos cautivos envueltos hasta el cuello en sus sacos de dormir.

—Siempre has sentido una especial predilección por los buenos envoltorios —comentó Pitt.

Giordino respondió sin apartar un segundo los ojos de sus prisioneros.

—Y tú siempre haces demasiado ruido. ¿Qué era ese estruendo?

—Los mecánicos han tenido una desgraciada caída del andamio.

—¿A cuántos hemos cogido?

—A siete, en total.

—Estos cuatro deben de ser parte de la tripulación del helicóptero.

—Un piloto y un copiloto de reserva, más dos mecánicos. Esta gente no quería correr riesgos.

—Uno de los mecánicos está volviendo en sí —señaló Findley.

Pitt se colgó la Thompson al hombro.

—Será mejor que nos aseguremos de que no irán a ninguna parte en un buen rato. Haz los honores, Clayton, átalos y amordázalos. Seguramente encontrarás el material necesario en el helicóptero. Al, vigílalos. Rudi y yo vamos fuera a echar un vistazo.

—Nos aseguraremos de su completa inmovilización —dijo Giordino, hablando como un burócrata.

—Será mejor así, si no queréis que os maten.

Pitt hizo un gesto a Gunn y ambos se enfundaron las ropas de combate de dos de los prisioneros. Pitt le quitó el pasamontañas y el suéter negro al centinela inconsciente. Arrugó la nariz al percibir el olor del suéter, que no había sido lavado en mucho tiempo, y se lo pasó por la cabeza.

A continuación, salieron por la puerta sin hacer ningún esfuerzo por pasar desapercibidos. Avanzaron con paso rápido y confiado por el centro de la calle que formaban los edificios. Al llegar a la cantina, se ocultaron en las sombras y escrutaron el interior por una rendija en las cortinas de una ventana.

—Debe de haber una docena de tipos ahí dentro —susurro Gunn a Pitt—, todos armados hasta los dientes. Parece que se disponen a evacuar las instalaciones.

—¡Condenado Hollis! —gruñó Pitt por lo bajo—. ¡Si nos hubiera dejado algún medio de comunicarnos con él!

—Ya es demasiado tarde.

—¿Tarde?

—Son las cinco y doce —respondió Gunn—. Si el asalto hubiera ido según lo previsto, las fuerzas de apoyo y los sanitarios de Hollis ya deberían estar volando hacia el barco.

Gunn tenía razón. No se escuchaba en absoluto el sonido de los helicópteros de las Fuerzas Especiales.

—Busquemos el tendido del ferrocarril minero —ordenó Pitt—. Sería conveniente ponerlo fuera de servicio y cortar ese medio de transporte entre la mina y el barco.

Gunn asintió y avanzaron en silencio junto a la pared de la cantina, agachándose bajo las ventanas y haciendo un alto al llegar a la esquina, donde se detuvieron para escrutar con cautela el entorno inmediato. Después, cruzaron a toda prisa un espacio abierto hasta alcanzar la vía del ferrocarril, saltaron entre los raíles y echaron a correr por las traviesas.

Un escalofrío recorrió el espinazo de Pitt mientras corría detrás de Gunn y apretó los dedos en torno a la caja y el asidero delantero de la Thompson con una sensación de desasosiego. El viento y la lluvia habían cesado y las estrellas se apagaban rápidamente por el este.

Algo había salido terriblemente mal.

55

A Hollis le parecía que habían pasado horas desde que los botes se habían hecho al agua.

Los pequeños helicópteros « paloma mensajera» habían volado a baja altura siguiendo la escabrosa costa y habían depositado al equipo de Hollis sobre un islote, en la boca del fiordo, sin el menor contratiempo. La botadura se efectuó con total normalidad, pero la rápida corriente provocada por la marea, de cuatro nudos, resultó mucho más poderosa de lo que nadie había calculado.

A continuación, el motor eléctrico silencioso del bote que abría la flotilla, con cinco hombres a bordo, se había estropeado misteriosamente transcurridos apenas diez minutos. Allí habían perdido un tiempo precioso mientras los hombres de las Fuerzas Especiales montaban los remos y empezaban a bogar en una desesperada carrera por acercarse al *Lady Flamborough* antes de las primeras luces.

Otro asunto que había venido a complicar aún más las cosas era el corte total de comunicaciones. Para consternación de Hollis, le fue imposible conectar con Dillinger o con cualquier otro componente del grupo de tierra. No tenía modo de saber si Dillinger había abordado el crucero o si estaba perdido en el glaciar.

Hollis continuó remando y soltando maldiciones contra el motor estropeado, contra la corriente y contra Dillinger a cada golpe de remo. El tiempo que tan meticulosamente había calculado para la operación se le escurría entre las manos. El ataque llevaba mucho retraso y a aquellas alturas no podía arriesgarse a suspenderlo.

Su única salvación era la bruma que Findley había mencionado y que envolvía las pequeñas embarcaciones y a sus pasajeros, rabiosamente doblados sobre los remos, amparándoles con su velo protector.

La niebla y la oscuridad impedían ver a apenas unos metros. Hollis se encargaba de la navegación y de vigilar a su minúscula flota a través de un visor de infrarrojos, manteniendo los botes estrechamente agrupados en un radio de trescientos metros y transmitiendo las instrucciones precisas por su pequeña radio en miniatura cada vez que uno se alejaba demasiado.

Hollis volvió el visor hacia el *Lady Flamborough*. Sus hermosas líneas parecían ahora un grotesco iceberg flotando ante la agrietada pared de porcelana

de una bañera antigua. Calculó que el crucero estaba todavía a más de un kilómetro.

Tras cobrarse su peaje, la marea empezó a perder fuerza y la velocidad de los botes no tardó en aumentar a casi un nudo. La resistencia del agua decreció justo a tiempo. Hollis pudo apreciar que sus hombres se estaban agotando bajo el arduo y constante bogar. Eran hombres endurecidos bajo un estricto entrenamiento y todos ellos levantaban pesas con regularidad. Hundían las palas de los remos en el agua sin ruido y avanzaban contra la corriente inmisericorde, pero los músculos empezaban a cargárseles y cada palada se hacía una tortura.

La bruma protectora empezaba a levantarse y tuvo miedo de que los botes se convirtieran en fáciles blancos en mitad del fiordo. Hollis miró al cielo y su confianza menguó como el reflujo de la marea. Entre los jirones de niebla que se abrían pudo apreciar que el firmamento iba pasando del negro a un azul cada vez más claro.

Los barcos estaban en el centro del fiordo y la costa más próxima que ofrecía cierta protección quedaba medio kilómetro más allá del *Lady Flamborough*.

—¡Poned los riñones y el alma en los remos! —animó a sus hombres—. Ya estamos en el largo final. ¡Adelante!

Los cansados combatientes recurrieron a sus últimas reservas y aumentaron la profundidad y el ritmo de sus paladas.

A Hollis le pareció que los botes hinchables levantaban la proa sobre las aguas. Dejó a un lado el visor de infrarrojos y remó furiosamente.

Quizá lo podrían lograr. Sí, quizá podrían, se dijo esperanzado mientras empezaban a acercarse rápidamente al barco.

Disgustado y desconcertado, se preguntó dónde debía de estar Dillinger. ¿Qué diablos le habría sucedido al grupo de asalto del glaciar?

Dillinger tampoco lo estaba pasando nada bien. Su situación, de hecho, era aún más delicada. Inmediatamente después de saltar del transporte C-140, él y sus hombres se habían visto desperdigados debido a las fuertes rachas de un viento inconstante.

Con las facciones en tensión, Dillinger miró a su alrededor, arriba y abajo, para ver qué tal les iba a sus hombres. Cada paracaidista llevaba una pequeña luz azul, pero los cristales de nieve transportados por el viento le impedían verlas. Perdió a todos de vista en el instante en que su paracaídas se abrió.

Bajó la mano y pulsó el botón de una cajita negra que llevaba cosida a la pernera del pantalón. Después, habló por el pequeño transmisor.

—Aquí el comandante. He conectado mi radiofaro de posición. Tenemos siete kilómetros de planeo, de modo que tratad de permanecer cerca de mí y reagrupaos sobre mi posición cuando lleguemos a tierra.

—Con esta mierda, tendremos suerte si caemos sobre la isla —murmuró algún descontento.

—¡Silencio por la radio salvo para una emergencia! —ordenó Dillinger.

Miró hacia abajo y no vio nada más allá de la bolsa con su equipo de supervivencia y las armas, que colgaba de una cuerda de dos metros bajo su arnés. Se orientó por la esfera luminosa de un aparato, combinación de brújula y altímetro, que llevaba sujeto a la frente como el espejo de los otorrinos.

Sin puntos de referencia o un radiofaro de orientación lanzado previamente sobre la zona —un lujo que no habían podido permitirse so riesgo de alertar a los secuestradores—, Dillinger se vio obligado a descender literalmente con el culo al aire y a calcular por intuición el ángulo de planeo y la distancia.

Su principal temor era caer más allá del frente del glaciar y acabar en las aguas del fiordo. Decidió no arriesgar y su salto se quedó corto: casi un kilómetro demasiado corto.

El glaciar se materializó ante él surgiendo de la oscuridad y Dillinger vio que estaba descendiendo justo sobre una fisura. Una súbita racha de viento lateral rozó su paracaídas rectangular y éste empezó a oscilar. Maniobró con las cuerdas para compensar el movimiento y se situó en posición de tocar tierra en el mismo instante en que la bolsa que colgaba debajo de él golpeaba la pared de la fisura y rebotaba en su borde. Una fina capa de nieve amortiguó el impacto y el comandante realizó un aterrizaje perfecto sobre ambos pies a apenas dos metros de la grieta en el hielo.

Se desprendió de los arneses y el paracaídas cayó al suelo antes de que el viento pudiera llevárselo. No se preocupó de recogerlo y ocultarlo en el hielo para su posterior recuperación. No había tiempo que perder y los contribuyentes tendrían que pagar el paracaídas perdido.

—Aquí Dillinger. Estoy en tierra. Agrupaos hacia mi posición.

Extrajo un silbato de plástico de un bolsillo de la guerrera y cada diez segundos sopló por él en una dirección distinta.

Durante los primeros minutos no apareció nadie. Luego, poco a poco, los primeros soldados surgieron de entre las sombras y trotaron hacia él. Habían quedado ampliamente diseminados y su avance por la irregular superficie del glaciar les resultó mucho más lento de lo que Dillinger había previsto. Pronto fueron apareciendo los demás. Uno de los soldados se había roto la clavícula y otro sufría una lesión de tobillo. El sargento de la unidad se sujetaba una muñeca que Dillinger supuso rota, pero el hombre soportaba el dolor como si sólo se tratara de un esguince. Dillinger necesitaba demasiado a su suboficial para darle de baja en aquel momento.

Se volvió hacia los dos heridos y les dijo:

—Vosotros no podréis mantener la marcha de los demás, pero seguid nuestro rastro lo mejor que podáis. Sólo aseguraos de no delataros con las luces. —Tras

esto, Dillinger hizo un gesto a su sargento, Jack Foster—. Atémonos y emprendamos la marcha, sargento. Yo iré en cabeza.

Foster asintió y empezó a reunir al grupo.

El avance por la accidentada superficie helada era traicionero, pero la unidad avanzó con un sostenido y cómodo trote lento. Dillinger no temía caer en cualquier fisura abierta, pues la cuerda que llevaba en torno a la cintura iba asegurada a un montón de músculos lo bastante fuertes como para levantar del suelo un camión. En dos ocasiones, ordenó un breve alto para orientarse y, seguidamente, reemprendió la marcha.

Tuvieron que superar varias crestas de hielo de bordes mellados y una grieta abierta que estuvo a punto de tragarlos. Perdieron siete minutos hasta conseguir anclar un garfio en el hielo del otro lado de la fisura y, a continuación, el hombre de menor peso del grupo hubo de cruzar el vacío con el solo impulso de sus manos para asegurar la maroma, permitiendo así el paso de los demás. Transcurrieron otros diez minutos antes de que el último hombre superara el obstáculo.

Dillinger estaba cada vez más impaciente. Su grupo ya tenía dos bajas y cada vez se retrasaba más sobre el momento previsto para el asalto. Ahora, lamentaba con amargura no haber seguido el consejo de Giordino al calcular el tiempo entre el salto en paracaídas y el ataque al barco. Rogó al cielo que el equipo de submarinistas no estuviera esperando muerto de frío en el agua, bajo el casco del *Lady Flamborough*. Trató repetidamente de ponerse en contacto con Hollis y advertirle del retraso, pero no obtuvo respuesta. A la espalda del comandante, las primeras leves trazas del alba empezaban a asomar por el horizonte iluminando débilmente la superficie del glaciar. El terreno a su alrededor aturdía por su desolación, por la terrible sensación de vacío que producía. Dillinger alcanzó a distinguir el leve resplandor de las aguas del fiordo… y de pronto supo por qué se habían interrumpido las comunicaciones.

Ahora, Hollis podía distinguir el barco perfectamente sin el visor de infrarrojos. Y si un secuestrador con buena vista hubiera estado mirando en la dirección debida, se habría percatado de las sombras de los botes hinchables recortadas contra las aguas gris plomizas. Hollis no se atrevía ni a respirar mientras la distancia se acortaba.

Contra toda esperanza, Hollis no dejó en ningún momento de intentar restablecer las comunicaciones por radio con Dillinger.

—Tiburón a Halcón, por favor, responda.

Se disponía a probar por centésima vez cuando la voz de Dillinger surgió de pronto por el auricular.

—Aquí Halcón, adelante.

—¡Llega tarde! —susurró Hollis—. ¿Por qué no respondía a mis llamadas?

—Hasta este momento estábamos fuera de alcance. Nuestras señales no podían penetrar la pared de hielo.

—¿Está en posición?

—Negativo —respondió Dillinger llanamente—. Hemos tropezado con una situación delicada que nos llevará un rato corregir.

—¿A qué llama delicada?

—Una serie de explosivos colocados en una fractura del hielo detrás del frente del glaciar, armados y dispuestos para ser detonados por radio.

—¿Cuánto tardará en desarmarlos?

—Podría tardar una hora solamente para localizarlos en su totalidad.

—Tiene cinco minutos —respondió Hollis—. No podemos esperar más o seremos hombres muertos.

—Todos lo seremos si las cargas estallan y el frente del glaciar cae sobre el barco.

—Correremos el riesgo; tal vez el factor sorpresa nos permita impedir que los terroristas las hagan detonar. Dése prisa. Mis botes pueden ser descubiertos en cualquier momento.

—Yo mismo puedo distinguir sus sombras desde el borde del glaciar.

—Su equipo va primero —ordenó Hollis—. Sin la oscuridad total que proteja nuestra subida por el casco, necesitaremos urgentemente un elemento de distracción.

—Nos encontraremos en la cubierta solárium para tomar unos cócteles —respondió Dillinger.

—Yo me hago cargo de la cuenta —respondió Hollis; de pronto, volvía a estar animado y expectante—. Buena suerte.

Ibn los vio.

Estaba en el viejo embarcadero de la mina con Ammar, los cuatro rehenes y veinte hombres del grupo secuestrador egipcio. Observó por los prismáticos las figuras con el uniforme completamente negro que estaban apostadas en el borde del glaciar. Los vio descender por las cuerdas, abrirse paso en la cubierta de plástico y desaparecer bajo ella.

Bajó los prismáticos unos grados y enfocó a los hombres de los botes apostados bajo el casco. Los vio lanzar garfios con unas pequeñas armas especiales, y subir luego por las cuerdas hasta la cubierta principal del crucero.

—¿Quiénes son? —preguntó Ammar, que observaba la escena a su lado con otros prismáticos.

—No lo sé, Suleiman Aziz. Parece alguna fuerza de élite. No oigo ruido de combate, de modo que sus armas deben de llevar silenciadores potentes. La

operación de abordaje ha sido muy eficiente.

—Demasiado para ser un grupo reunido sobre la marcha por Yazid o Topiltzin.

—Debe de tratarse de una unidad norteamericana de operaciones especiales.

Ammar asintió bajo la creciente luz del amanecer.

—Tal vez tengas razón pero, en nombre de Alá, ¿cómo han podido encontrarnos tan pronto?

—Tenemos que marcharnos antes de que lleguen las tropas de apoyo.

—¿Has hecho la señal para que nos envíen el tren?

—Debería bajar en breve para trasladarnos hasta la mina.

—¿De qué se trata? —quiso saber el presidente De Lorenzo—. ¿Qué está sucediendo?

Ammar no hizo caso a De Lorenzo. Por primera vez, en su voz se reflejó cierta emoción.

—Parece que hemos abandonado el barco en el momento más oportuno. Alá nos sonríe. Los intrusos no han advertido nuestra presencia aquí.

—Dentro de treinta minutos, la isla estará llena de soldados norteamericanos —intervino el senador Pitt, apretando las clavijas de los árabes con gran presencia de ánimo—. Será mejor que se rindan.

Ammar se volvió de repente y dirigió una mirada furiosa al político.

—No es necesario, senador. No espere que su famosa caballería aparezca a la carga para rescatarlos. Si llegan, cuando lo hagan no quedará aquí nadie a quien salvar.

—¿Por qué no nos ha matado en el barco? —preguntó Hala con gran valentía.

Ammar enseñó los dientes bajo la máscara en una horrible sonrisa y no se dignó responder a las palabras de Hala. Hizo un gesto a Ibn con la cabeza y murmuró:

—Haz detonar las cargas.

—Como tú ordenes, Suleiman Aziz —asintió Ibn.

—¿Qué cargas? —quiso saber el senador—. ¿De qué están hablando?

—¿De qué? De los explosivos que hemos colocado junto al muro frontal del glaciar.

—¡En el nombre de Dios, no lo haga! —suplicó el senador Pitt.

Ibn titubeó y miró a Ammar.

—Hay cientos de personas inocentes en ese barco —intervino el presidente Hasan, con un rictus de abatimiento en cada arruga de su rostro—. No tiene ninguna razón para matarlas.

—No tengo que justificar mis actos ante ninguno de los presentes.

—Yazid será castigado por esta atrocidad —murmuró Hala en un tono de voz cargado de rabia.

—Gracias por hacerme más fácil la decisión —respondió Ammar dirigiendo

una sonrisa a Hala Kamil, cuyo rostro se convirtió en un poema de perplejidad e incomprensión—. Ya basta de retrasos sensibleros. Deprisa, Ibn. Termina de una vez con esto.

Sin dar tiempo a que los conmocionados rehenes pudieran balbucir nuevas protestas, Ibn conectó el pequeño transmisor de bolsillo y pulsó el botón que activaba los detonadores.

56

La explosión sonó como un trueno sorprendentemente apagado. La masa frontal del glaciar crujió y gimió con un ruido siniestro. Después no pareció suceder nada. El muro de hielo se mantuvo firme y erguido.

Deberían haberse producido ocho detonaciones en otros tantos puntos de la grieta del glaciar, pero el comandante Dillinger y sus hombres habían descubierto y desarmado todas las cargas, salvo una, antes de suspender la búsqueda.

El rugido lejano se produjo en el instante en que Pitt y Gunn se acercaban a los dos secuestradores que estaban atareados poniendo a punto la caldera de la vieja locomotora de la mina. Los dos hombres hicieron una pausa en su trabajo y escucharon con atención durante unos segundos, intercambiando unas palabras en árabe. Al escuchar el ruido, se echaron a reír y volvieron a concentrarse en su trabajo.

—Sea cual sea la causa de ese ruido —susurró Gunn—, no ha pillado por sorpresa a esos tipos. Por su reacción, se diría que lo estaban esperando.

—Ha sonado como una pequeña explosión —replicó Pitt sin alzar la voz.

—Decididamente, no se trata de una rotura en el glaciar. De ser así, habríamos notado vibraciones en el suelo.

Pitt observó la locomotora de vía estrecha, que llevaba enganchado un ténder de carbón y cinco vagonetas de mineral. Era un pequeño tren de los utilizados en las plantaciones, instalaciones industriales y minas. Pintoresca, fuerte y robusta, con una chimenea alta y ventanillas redondas en la cabina del maquinista, la locomotora permanecía inmóvil, soltando chorros de vapor en torno al tren de rodaje.

Un ferroviario habría descrito la disposición de las ruedas con la fórmula 0-4-0, es decir, sin bogie delantero, con cuatro ruedas motrices y sin ruedas traseras bajo la cabina del maquinista.

—Démosle al maquinista y al fogonero una cálida despedida —murmuró Pitt, impasible—. Es lo que haría un amigo.

Gunn miró a Pitt con extrañeza y sacudió la cabeza perplejo antes de agacharse y echar a correr hacia la cola del tren. Se separaron y se aproximaron desde lados opuestos, poniéndose a cubierto bajo las vagonetas. La cabina del

maquinista estaba brillantemente iluminada por la caja de fuego de la caldera y Pitt hizo un gesto con la palma de la mano hacia arriba, indicándole a Gunn que aguardara.

El árabe que hacía las funciones de maquinista estaba ocupado manipulando válvulas y observando los indicadores de la presión del vapor. Su compañero echaba a las llamas paladas de carbón que traía del ténder situado tras la locomotora. El hombre echó una palada de negro carbón a la caja de fuego de la caldera, que ardía vorazmente: hizo una pausa para secarse el sudor de la frente y cerró la portilla de la caja de fuego con la pala, dejando la cabina en la semioscuridad.

Pitt señaló con el dedo a Gunn y, luego, al maquinista. Gunn hizo un gesto de asentimiento, se agarró de la escalerilla metálica y subió los peldaños que lo separaban de la cabina.

Pitt fue el primero en llegar, por el otro lado. Tranquilamente, se acercó al fogonero y le dijo en tono educado:

—Buenos días…

Antes de que el sorprendido y desconcertado fogonero pudiera responder, Pitt le quitó la pala de las manos y le golpeó con ella en la cabeza.

El maquinista se disponía a volverse cuando Gunn le golpeó en la mandíbula con el sólido silenciador ajustado al cañón, corto y grueso, de su Heckler & Koch. El árabe cayó como un saco de cemento.

Mientras Gunn vigilaba la presencia de intrusos, Pitt colocó a los dos secuestradores de modo que sus cuerpos colgaran por la cintura de las ventanillas laterales de la cabina. A continuación, estudió el laberinto de conductos, palancas y válvulas.

—Jamás lo conseguirás —dijo Gunn moviendo la cabeza.

—Al menos sé cómo se ponía en marcha y se conducía un Stanley Steamer —replicó Pitt, tocado en su orgullo.

—¿Un qué?

—Un automóvil antiguo de vapor —respondió Pitt—. Abre la portilla de la caja de fuego. Necesito algo de luz para ver los indicadores.

Gunn hizo lo que le decía Pitt y aprovechó las llamas que surgían por la portilla para calentarse las manos.

—Será mejor que te des prisa —dijo con impaciencia—. Aquí arriba quedamos tan a la vista como si estuviéramos en un escenario.

Pitt tiró hacia abajo de una larga palanca y la pequeña locomotora se deslizó hacia adelante unos centímetros.

—Muy bien, aquí tenemos el freno. Creo que ya sé cuál es el mando de cada cosa. Ahora, cuando pasemos junto al molino de trituración, salta y ocúltate en el interior.

—¿Y el tren?

—Este expreso no hace paradas —respondió Pitt con una ancha sonrisa.

Pitt soltó el retén de la palanca de marcha y movió ésta hacia adelante. Luego, soltó el retén de la válvula de estrangulación y la abrió. La máquina comenzó a avanzar lentamente, acompañada del estruendo metálico de las vagonetas enganchadas. Abrió a fondo la válvula. Las ruedas motrices dieron varias vueltas antes de agarrarse a los oxidados raíles. El tren se puso en movimiento y se lanzó hacia adelante.

Los penosos resoplidos aceleraron su ritmo cuando la locomotora adquirió velocidad y pasó traqueteando frente a la cantina. La puerta de ésta se abrió y uno de los secuestradores asomó por ella y alzó una mano como para saludar, pero la volvió a bajar cuando vio los dos cuerpos colgando de las ventanillas laterales de la cabina. El hombre desapareció en el interior del edificio de un salto, como impulsado por una inmensa banda de caucho, mientras lanzaba un furioso grito de advertencia.

Pitt y Gunn dispararon unas ráfagas con sus armas contra las ventanas y la puerta del edificio. Instantes después, la máquina había dejado atrás la cantina y se dirigía al molino. Pitt estudió el terreno y calculó que la velocidad debía estar entre quince y veinte kilómetros.

Tiró del silbato situado sobre su cabeza y lo ató con una cuerda que extrajo del interior de su chaqueta de esquí. El chorro repentino de vapor en el silbato de latón cortó el aire como una cuchilla.

—Prepárate para saltar —gritó a Gunn por encima del pitido, capaz de romperle a uno los tímpanos.

Gunn no replicó. Observó el suelo de áspera grava que pasaba centelleando en dirección contraria como si alguien la hubiera lanzado a velocidad de reactor mil metros bajo sus pies.

—¡Ahora! —gritó Pitt.

Saltaron al suelo a la carrera, resbalando y tambaleándose pero, milagrosamente, consiguieron mantenerse en pie. Sin el menor titubeo, sin una pausa para recobrar el aliento, corrieron junto al tren y subieron los peldaños de la escalera que conducía al molino, sin detenerse hasta que alcanzaron el umbral y entraron atropelladamente en el edificio, rodando por el suelo.

Lo primero que vio Pitt fue a Al Giordino, en pie junto a él, sosteniendo despreocupadamente la metralleta con el cañón apuntando al techo.

—Te he visto salir a patadas de algunos bares bastante cutres —dijo Giordino con voz severa—, pero es la primera vez que te echan así de un tren en marcha.

—No me he perdido nada —respondió Pitt poniéndose en pie—. No tenía vagón restaurante.

—Esos disparos… ¿Habéis sido vosotros o ellos?

—Nosotros.

—¿Vendrán tras vuestros pasos?

—Como un enjambre de abejas furiosas saliendo de una colmena destruida —respondió Pitt—. No tenemos mucho tiempo para preparar la defensa.

—Será mejor que se anden con cuidado; como apunten mal, van a estropear su propio helicóptero.

—Una ventaja que aprovecharemos cuanto podamos.

Findley había terminado de atar al centinela y a los dos mecánicos en el centro de la estancia y se incorporó.

—¿Dónde quieres que los deje?

—Ahí mismo. Están tan seguros en el suelo como en cualquier otra parte —respondió Pitt, al tiempo que echaba una rápida ojeada al inmenso interior del edificio, con el triturador de mineral en el centro—. Al, tú y Findley coged todo lo que os sirva y convertid el triturador en un fortín. Rudi y yo les detendremos todo el tiempo que podamos.

—Un fortín dentro de otro —comentó Findley.

—Para defender un edificio de estas dimensiones serían precisos veinte hombres —explicó Pitt—. La única esperanza de los secuestradores para recuperar intacto el helicóptero es volar la puerta principal e irrumpir en masa. Abatiremos a todos los que podamos desde las ventanas y luego nos retiraremos al triturador para una última defensa desesperada.

—Ahora empiezo a comprender cómo se sentía Davy Crockett en el Álamo —gruñó Giordino.

Findley y él empezaron a fortificar la enorme máquina mientras Pitt y Gunn se instalaban ante sendas ventanas en esquinas opuestas del edificio. El sol empezaba a iluminar con sus rayos sobre las laderas de la montaña. La oscuridad había desaparecido casi por completo.

Pitt notó que una sensación de inquietud llenaba su mente. Tal vez pudieran evitar que los árabes que estaban rodeando rápidamente el molino escaparan pero, si los secuestradores que estaban en el crucero conseguían eludir a las Fuerzas Especiales y buscaban refugio en la mina, él y su reducidísimo grupo serían barridos.

Con rostro serio, observó por la ventana la pequeña locomotora que rugía raíles abajo en su último viaje, tomando impulso con cada nueva vuelta de las ruedas. La chimenea vomitaba chispas y dejaba tras de sí un largo penacho de humo que se desviaba a un lado, impulsado por el fuerte viento de costado. Las vagonetas de mineral chirriaban y se bamboleaban sobre los estrechos raíles. El agudo pitido del silbato se convirtió en el lóbrego gemido de un alma en pena mientras el tren se lanzaba vía abajo en la distancia.

57

Los ojos de Ammar reflejaron sin disimulo su sorpresa y decepción cuando el árabe advirtió que el frente del glaciar no se desprendía. Se volvió a Ibn y, con la voz ronca y llena de cólera, masculló:

—¿Qué ha salido mal? Debería oírse una serie de explosiones en cadena.

Ibn parecía petrificado.

—Me conoces bien, Suleiman Aziz. No cometo errores. Los explosivos deberían haber estallado. Ese grupo de comandos que vimos deslizarse desde el glaciar al barco debe haber encontrado y desarmado todas las cargas, salvo una.

Ammar alzó la vista al cielo por un instante, levantó las manos y las dejó caer de nuevo.

—Alá urde extraños planes para nuestras vidas —dijo filosóficamente. Después, una leve sonrisa iluminó sus labios—. El glaciar aún puede caer. Una vez a bordo de nuestro helicóptero, podemos dar una pasada y arrojar granadas en el interior de la fisura del hielo.

Ibn mostró también una sonrisa y declaró con fervor:

—Alá no nos ha abandonado. No olvides que estamos a salvo aquí, en la orilla, mientras los mexicanos van a correr con el trabajo de combatir a los norteamericanos.

—Sí, amigo mío, tienes razón. Debemos dar gracias a Alá por nuestra oportuna retirada. —Ammar contempló el crucero con gesto desdeñoso—. Pronto comprobaremos si los dioses aztecas del capitán Machado son capaces de protegerle.

—Ese tipo era un gusano… —De pronto, Ibn dejó de hablar y aguzó el oído; después, volvió la cabeza hacia la ladera de la montaña—. Disparos. Provienen de la mina.

Ammar prestó atención, pero escuchó algo más: el lejano pitido del silbato de la locomotora. El sonido era continuo y cada vez más alto. A continuación, vio el penacho de humo y observó con súbita sorpresa el tren que descendía a toda velocidad, inclinándose violentamente en un tramo de curvas antes de entrar como una bala en un largo tramo recto que conducía al embarcadero.

—¿Qué están haciendo esos estúpidos? —exclamó Ammar al ver el tren lanzado vía abajo y escuchar el silbato que llenaba el amanecer con su agudo

chillido.

Los secuestradores y sus rehenes no estaban preparados para el increíble espectáculo que se abalanzaba ahora sobre ellos como un monstruo rabioso. Todos se quedaron petrificados, presa de una fascinada incredulidad.

—¡Que Alá nos salve! —balbució uno de los hombres con voz ronca.

—¡Sálvate tú mismo! —replicó Ibn, el primero en recuperarse de la sorpresa. Inmediatamente, empezó a gritar a todos que se apartaran de las vías. Con un gran revuelo, todos consiguieron alejarse de los raíles segundos antes de que las vagonetas de mineral, tiradas por la pequeña locomotora fuera de control, entraran en el embarcadero con los ejes de las ruedas vibrando en un movimiento borroso.

Los pilares y el suelo de madera se estremecieron ante la furiosa embestida. La última vagoneta saltó fuera de los raíles pero, sujeta por su gemela, fue arrastrada por el embarcadero alquitranado como un niño rebelde al que llevaran de la oreja entre gritos. Una nube de chispas saltó al aire debido al roce de las ruedas de acero contra los raíles. Por fin, la locomotora llegó al final de la vía y salió despedida por el estrecho embarcadero.

El tren pareció formar un arco en el aire por un instante a cámara lenta antes de que la máquina cayera definitivamente, hundiéndose en el fiordo. Milagrosamente, la caldera no estalló cuando sus paredes calientes entraron en contacto con el agua helada. La máquina desapareció con un gran siseo y una nube de humo, seguida por el sonoro chirrido del metal torturado mientras las vagonetas se apilaban una encima de otra.

Ammar e Ibn corrieron al extremo del embarcadero y contemplaron impotentes las burbujas y el vapor que surgían del agua.

—De las ventanas de la cabina colgaban los cuerpos de dos de nuestros hombres —dijo Ammar—. ¿Los has visto?

—Sí, Suleiman Aziz.

—¡Los disparos que has oído hace un momento! —exclamó Ammar, pálido de ira—. Nuestros hombres deben estar siendo atacados en la mina. Si nos damos prisa en ayudarlos antes de que el helicóptero sufra daños, todavía tendremos una oportunidad de escapar.

Ammar se detuvo sólo el tiempo suficiente para ordenar a uno de los hombres que cubriera la retaguardia con los prisioneros. Después, empezó a subir el tendido de vía estrecha al trote, seguido en fila india por los demás miembros de su grupo de secuestradores.

Ammar sentía en su fuero interno un temor y una incertidumbe crecientes. Si el helicóptero resultaba destruido, no habría escapatoria ni escondite alguno en aquella isla desierta. Las Fuerzas Especiales norteamericanas les darían caza uno por uno, o les dejarían morir de hambre y frío.

Ammar estaba dispuesto a sobrevivir aunque sólo fuera para poder matar a

Yazid y para encontrar al demonio que le había seguido el rastro hasta la isla de Santa Inés y había dado al traste con sus complejos planes.

El ruido de los tiroteos aumentó y resonó por toda la montaña. Ammar jadeaba fatigosamente debido al esfuerzo de correr pendiente arriba, pero apretó los dientes y aceleró el paso.

El capitán Machado estaba en la sala del timón cuando notó la sorda detonación del glaciar. Por un instante se puso en tensión, atento a los sonidos, pero el único que captó fue el ligero tic-tac de un gran reloj semanal colocado sobre las ventanas del puente.

A continuación, su rostro palideció. El glaciar debía estar a punto de romperse, se dijo.

Machado corrió al cuarto del radiotelegrafista y encontró allí a uno de sus hombres que contemplaba el teletipo con aire estúpido. El hombre alzó la cabeza y lo miró inexpresivamente.

—Me ha parecido oír una explosión —dijo el hombre.

Machado sintió crecer dentro de él una sospecha.

—¿Has visto al radiotelegrafista o al jefe egipcio?

—No he visto a nadie.

—¿A ningún árabe?

—A ninguno, desde hace más de una hora. —El secuaz de Machado hizo una pausa y añadió—: No he visto uno solo de ellos desde que he dejado el comedor para entrar de servicio. Deben estar vigilando a los prisioneros y patrullando las cubiertas exteriores, ya que los muy estúpidos se ofrecieron voluntarios para esas tareas.

Machado estudió la silla vacía del radiotelegrafista con gesto pensativo.

—Tal vez no sean tan estúpidos.

Dio un paso hacia el panel situado delante del timón y echó un vistazo por las finas rendijas abiertas en la cubierta de plástico justo delante de los cristales del puente. Ya había suficiente luz para ver con claridad la parte delantera del barco.

Sus ojos percibieron amplios desgarrones en el plástico. Demasiado tarde, vio las cuerdas que bajaban desde lo alto del glaciar a través de las aberturas. Demasiado tarde, se volvió para lanzar la alarma por el sistema de comunicaciones del barco.

Antes de abrir la boca, se quedó paralizado.

En la portilla de entrada al puente había un hombre.

Un hombre vestido completamente de negro; sus manos y la pequeña parte del rostro que asomaba del pasamontañas también estaban ennegrecidas. En torno a su cuello colgaban unas gafas de visión nocturna. Llevaba un chaleco antibalas con varios bolsillos y pinzas de las que colgaban granadas aturdidoras y

de fragmentación, tres machetes de aspecto sanguinario y diversos instrumentos mortíferos más. Machado entrecerró los ojos.

—¿Quién eres? —preguntó, consciente de que estaba cara a cara con la muerte.

Mientras hablaba sacó una pistola automática de 9 mm de la sobaquera con un movimiento relampagueante y efectuó un disparo.

Machado era bueno. Cualquier asesino se habría enorgullecido de él. Su bala dio al intruso en mitad del pecho.

Con un chaleco antibalas de un modelo más anticuado, la mera fuerza de la bala podría haber roto una costilla o detenido un corazón. Sin embargo, las protecciones utilizadas por los hombres de las Fuerzas Especiales eran el último grito en chalecos antibalas. Eran capaces de detener incluso una bala 308 de la OTAN y distribuir el impacto de modo que apenas dejara una contusión.

Dillinger se tambaleó ligeramente al ser alcanzado, dio un paso atrás y apretó el gatillo de su *Heckler & Koch*, todo en el mismo movimiento.

Machado también llevaba chaleco, pero de un modelo más antiguo. El proyectil de Dillinger lo agujereó y atravesó su pecho. El espinazo de Machado se dobló como un arco tensado y se tambaleó hacia atrás, cayendo contra la silla del capitán antes de derrumbarse en el suelo.

El vigía mexicano levantó los brazos y gritó:

—¡No dispare! ¡Estoy desarmado…!

El disparo de Dillinger a la garganta del hombre cortó de raíz la súplica, enviando al mexicano contra la brújula de la nave, donde quedó suspendido como un muñeco de trapo.

—No te muevas o abro fuego —dijo Dillinger, un poco tarde.

El sargento Foster salió de detrás del comandante y observó el cadáver del terrorista.

—Está muerto, señor.

—Se lo había advertido —comentó Dillinger despreocupadamente mientras introducía otro cargador en su arma.

Foster hizo rodar el cuerpo boca abajo con la punta de la bota. Una bayoneta de considerables proporciones cayó de una vaina que el mexicano llevaba bajo la ropa y rebotó en la cubierta.

—¿Intuición, comandante? —preguntó Foster.

—Nunca confío en un hombre que se declara desarmado…

De pronto, Dillinger se detuvo y escuchó. Los dos hombres escucharon el sonido al mismo tiempo y se miraron, desconcertados.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Foster.

—Aunque desaparecieron treinta años antes de que yo naciera, juraría que es el silbato de una vieja locomotora a vapor.

—Parece que viene de la montaña donde está la vieja mina.

—Yo creía que estaba abandonada.

—Esos tipos de la NUMA tenían que esperar a que el barco estuviera a salvo.

—¿Por qué razón iban a poner en marcha una vieja locomotora?

—No lo sé. —Dillinger hizo una pausa y fijó la vista en la lejanía, mientras en su interior crecía una súbita certeza—. A menos que… que estén tratando de decirnos algo.

La detonación en el glaciar sorprendió a Hollis y su equipo en el salón-comedor, después de un furioso tiroteo.

Su equipo de submarinistas se había abierto paso rasgando la cubierta de plástico hasta encontrar un estrecho pasadizo entre los falsos contenedores. Después de penetrar con cautela por una portilla que conducía a un bar vacío anexo al comedor, los hombres se habían desplegado, ocultándose detrás de las columnas y el mobiliario: cuatro hombres cubrieron la escalera y otros dos los ascensores. La acción tomó por sorpresa al grupo de terroristas mexicanos de Machado.

Todos los terroristas menos uno cayeron abatidos al suelo en un abrir y cerrar de ojos. El último se quedó de pie en el mismo lugar donde había recibido varios disparos, con una expresión de odio y de indefinido asombro en sus ojos agonizantes. Instantes después, las piernas le fallaron y cayó redondo sobre la moqueta, tiñendo de un carmesí intenso su tejido, caro y de considerable grosor.

Hollis y su grupo continuaron avanzando, pasando con cautela por encima de los cuerpos o alrededor de ellos. Un crujido del muro de hielo que les heló la sangre pudo escucharse por todo el barco, haciendo tintinear un puñado de vasos y de botellas enteras tras la ornamentada barra del bar.

Los hombres del comando se miraron unos a otros con inquietud y se volvieron hacia su coronel, pero continuaron atentos a la situación y dispuestos para intervenir.

—El grupo del comandante Dillinger debe haberse descuidado una carga —murmuró Hollis con calma.

—Aquí no hay ningún rehén, señor —dijo uno de los hombres—. Todos parecen ser terroristas. Hollis estudió varios de los rostros sin vida. Ninguno de ellos parecía proceder de Oriente Medio. Debía tratarse de la tripulación del *General Bravo*, se dijo.

—Informe de su situación, comandante.

—Hasta el momento hemos encontrado poca oposición —respondió Dillinger —. Sólo hemos neutralizado a cuatro secuestradores. El puente es nuestro y hemos liberado a más de cien miembros de la tripulación que estaban encerrados en la bodega de equipajes. Lamento que no encontráramos todos los explosivos.

—Buen trabajo, comandante. Hizo bien en desarmar las cargas suficientes

para que el glaciar no se rompiera. Ahora me dirijo a los camarotes principales para liberar a los pasajeros. Pida a los maquinistas que vuelvan a sus puestos y den energía al barco. No nos arriesguemos a permanecer bajo el farallón de hielo un minuto más de lo imprescindible. Y vayan con cuidado. Aquí hemos eliminado a otros dieciséis secuestradores, todos latinoamericanos. Debe haber todavía unos veinte árabes a bordo.

—Tal vez estén en tierra, señor.

—¿Por qué dice eso?

—Hace un par de minutos hemos oído el silbato de una locomotora. He ordenado a uno de mis hombres que subiera al mástil del radar para comprobarlo y me ha informado que efectivamente, un tren bajaba por la montaña desde la mina a toda velocidad. También ha visto cómo saltaba al agua desde un embarcadero próximo en el que se encontraban dos decenas de terroristas.

—Olvide eso por ahora. Rescatemos a los rehenes primero y ya bajaremos a tierra cuando hayamos puesto a salvo el barco.

—Entendido.

Hollis condujo a sus hombres al piso superior por la escalera principal y avanzó, silencioso como un susurro, por el pasillo al que se abrían los camarotes. De pronto, los soldados se colocaron en posición, inmóviles, mientras uno de los ascensores subía del piso inferior con un zumbido. La puerta se abrió y apareció un secuestrador, ajeno al asalto. El hombre abrió la boca. Fue el único movimiento que pudo hacer antes de que uno de los hombres le golpeara enérgicamente en la cabeza con el silenciador de su fusil.

Increíblemente, no encontraron centinelas en la puerta de los camarotes. Los soldados empezaron a abrir puertas a patadas y, al penetrar en las cabinas, encontraron a los consejeros y ayudantes de los presidentes egipcio y mexicano. Sin embargo, no había rastro de Hasan y De Lorenzo.

Hollis abrió violentamente la última puerta del pasillo, irrumpió en el interior y encontró ante sí a cinco hombres con uniformes de marinos. Uno de ellos se adelantó y miró a Hollis con desprecio.

—Podría haber utilizado el pestillo —masculló, mirando con recelo a Hollis.

—Usted es el capitán Oliver Collins, ¿verdad?

—Sí, soy Collins. Como si no lo supiera…

—Lamento lo de la puerta. Soy el coronel Morton Hollis, de las Fuerzas de Operaciones Especiales.

—¡Cielo santo, un norteamericano! —exclamó Finney, el primer oficial.

A Collins se le iluminó el rostro mientras se apresuraba a estrechar la mano de Hollis.

—Perdone, coronel. Creí que era uno de ellos. No sabe cuánto nos alegramos de verle.

—¿Cuántos secuestradores hay? —preguntó Hollis.

—Después de la subida a bordo de los mexicanos del *General Bravo*, calculo que son unos cuarenta.

—Sólo hemos encontrado veinte.

En las facciones de Collins se reflejaban las penalidades sufridas. Se le veía agotado, pero todavía era capaz de mantenerse firme.

—¿Han liberado ya a los dos presidentes, al senador Pitt y a la señora Kamil?

—Me temo que aún no les hemos encontrado.

Collins le dejó atrás y salió apresuradamente al pasillo.

—Los tenían en la suite principal, al otro extremo del pasillo.

Hollis lo alcanzó, sorprendido.

—Ahí no hay nadie —dijo—. Ya hemos mirado antes.

El capitán del crucero entró en la suite vacía pero sólo encontró unas sábanas arrugadas y el pequeño revoltijo desordenado que habían dejado los pasajeros. La serenidad que había mantenido hasta entonces le abandonó y se mostró profundamente aturdido.

—¡Dios mío, se los han llevado!

Hollis llamó de inmediato al comandante Dillinger por el micrófono. Dillinger tardó cinco segundos en responder.

—Le escucho, coronel. Adelante.

—¿Algún contacto con el enemigo?

—Ninguno. Creo que los hemos cazado a todos.

—Faltan al menos veinte secuestradores y los pasajeros de alto rango. ¿Ve algún rastro de ellos?

—Negativo. Ni el menor rastro.

—Muy bien, termine de inspeccionar el barco y haga que la tripulación lo saque al centro del fiordo.

—No podrá ser —respondió Dillinger con voz solemne.

—¿Problemas?

—Esos cerdos asesinos hicieron un buen trabajo en la sala de máquinas. Lo han destrozado todo. Tardaremos una semana en poner de nuevo en marcha este crucero.

—¿No tenemos energía?

—Lo siento, coronel. Aquí estamos, y aquí seguiremos. Estos motores no nos llevarán a ninguna parte. También han roto los generadores, incluidos los auxiliares.

—Entonces, tendremos que llevar a la tripulación y a los pasajeros a tierra en los botes salvavidas utilizando las manivelas manuales.

—Imposible, coronel. Estamos tratando con auténticos sádicos. También han destrozado los botes salvavidas. Han reventado los fondos de todos ellos.

El abrumador informe de Dillinger se vio subrayado por el ronco gemido que surgió del glaciar y recorrió el buque como un redoble de tambor. Esta vez no

hubo vibraciones: sólo el gemido que se convirtió en un rugido sobrecogedor que se prolongó casi un minuto antes de apagarse y cesar por fin.

Hollis y Collins eran hombres valientes, de eso no cabía la menor duda, pero ambos vieron el miedo en los ojos del otro.

—El glaciar está a punto de romperse —dijo el coronel con voz sombría—. Nuestra única esperanza es cortar la cadena del ancla y rezar para que la corriente nos adentre en el fiordo.

—Faltan ocho horas para que vuelva la marea —respondió Hollis—. Créame, sé muy bien lo que me digo.

—No me da usted más que buenas noticias, coronel.

—La situación no parece muy halagüeña, ¿verdad?

—No parece muy halagüeña… —repitió Collins—. ¿Eso es todo lo que se le ocurre? ¡Hay casi doscientas personas a bordo del *Lady Flamborough* y deben ser evacuadas inmediatamente!

—No puedo agitar una varita mágica y hacer que el glaciar desaparezca —explicó Hollis—. Puedo poner a salvo a algunos en los botes hinchables y llamar a nuestro helicóptero para que vaya sacando a los demás, pero eso nos llevará una hora, por lo menos.

En la respuesta de Collins hubo un claro tono de impaciencia.

—En tal caso, le sugiero que lo haga mientras aún estamos vivos…

Interrumpió la frase ante el brusco gesto de Hollis, que pedía silencio con la mano. El coronel entrecerró los ojos de estupefacción mientras una voz desconocida surgía de pronto por sus auriculares.

—¿Estamos en su frecuencia, coronel Hollis? Cambio.

—¿Quién diablos está ahí? —exclamó Hollis.

—Capitán Frank Stewart, de la NUMA, al mando del *Sounder*. A su disposición. ¿Puedo llevarle a alguna parte?

—¡Stewart! —exclamó el coronel—. ¿Cuál es su posición?

—Si pudiera ver a través de toda esa basura que cuelga de su superestructura, me encontraría cruzando el fiordo a media milla a babor de su barco.

El coronel soltó un gran suspiro y dirigió un gesto de asentimiento a Collins.

—Un barco se dirige hacia nosotros. ¿Alguna instrucción?

Collins le observó, paralizado de incredulidad. Por fin, logró balbucir:

—¡Dios santo, sí! ¡Claro que sí! Dígale que nos remolque.

Trabajando febrilmente, la tripulación de Collins consiguió soltar las cadenas de las anclas, a proa y a popa y preparó los cabos de amarre.

En una maniobra de gran navegante, Stewart colocó la popa del *Sounder* debajo mismo de la proa del *Lady Flamborough* al primer intento. La tripulación del crucero lanzó a continuación dos gruesos cabos, utilizados normalmente para amarrar en puerto, que fueron sujetados rápidamente a las bitas de la cubierta del barco oceanógrafico. Éste no era el remolcador perfecto pero los barcos no

tenían que ir muy lejos ni surcar mares tormentosos y el arreglo provisional quedó preparado en cuestión de minutos.

Stewart dio la orden de « avanzar despacio» hasta que los cabos entre ambos barcos quedaron tensados. Luego, lentamente, aumentó la velocidad hasta « avanzar a toda máquina» mientras volvía la cabeza, con un ojo en el glaciar y el otro en el crucero. Las dos hélices cicloidales del barco, una a popa y otra a proa, batieron el agua mientras el gran motor diesel luchaba por tirar de la carga.

El *Sounder* desplazaba la mitad de tonelaje que el *Lady Flamborough* y no había sido diseñado para arrastrar grandes pesos, pero tiró y tiró como un caballo percherón en un concurso, vomitando un humo negro por la chimenea.

Al principio no pareció suceder nada pero luego, lenta, casi imperceptiblemente, apareció un poco de espuma bajo la proa del *Sounder*. El barco avanzaba, arrastrando al reacio crucero fuera de la sombra del glaciar.

Pese al peligro, los tripulantes, pasajeros y soldados arrancaron la cubierta de plástico y se quedaron en las cubiertas, observando la maniobra y empujando al esforzado *Sounder* con sus pensamientos. Diez metros, luego veinte, cien… El hueco entre el buque y el hielo se ensanchó con angustiosa lentitud.

Y, por fin, el *Lady Flamborough* quedó fuera de peligro.

A bordo de ambos barcos, todos lanzaron un grito de alegría que resonó en el fiordo. Más tarde, el capitán Collins lo denominaría, humorísticamente, el grito que rompió la giba del camello.

Un potente crujido siguió a las voces de júbilo, creciendo hasta convertirse en un rugido ensordecedor. A los espectadores les pareció que el aire se electrizaba. Entonces, toda la pared frontal del acantilado de hielo cayó hacia adelante y golpeó las aguas del fiordo como un enorme petrolero botado de costado. El agua se agitó e hirvió, levantando una ola de tres metros que se extendió por el fiordo y levantó ambos barcos como si fueran tapones de corcho antes de seguir camino hacia el mar abierto.

El enorme iceberg recién formado flotó en las profundas aguas del canal del fiordo y su hielo brilló como un campo de diamantes anaranjados bajo el nuevo sol. Entonces, el eco del rugido llegó de la montaña y resonó en los oídos de los aturdidos espectadores, que aún no podían creer que hubieran sobrevivido.

58

Al principio, la confusión fue absoluta, con gran derroche de gritos y de disparos a ciegas. Los egipcios no tenían idea del tamaño de las fuerzas que habían disparado contra la cantina al paso del tren. Apagaron las luces y usaron sus armas contra las sombras matinales hasta que advirtieron que éstas no respondían a los disparos.

Los caminos de tierra entre los edificios de madera quedaron en un siniestro silencio. Durante algunos minutos, los secuestradores egipcios no hicieron ningún esfuerzo por abandonar la cantina.

Luego, de pronto, media docena de hombres —dos por la parte delantera del edificio y otros cuatro por la trasera— salieron por las puertas agazapados, corrieron agachados unos metros y se lanzaron de cabeza tras los refugios previamente escogidos. Una vez en posición, establecieron una barrera de fuego para cubrir al resto de los hombres, que les siguieron entonces rápidamente.

El líder del grupo, un hombre con un turbante negro en la cabeza, dirigía los movimientos de sus hombres a base de sonoros golpes de pito.

Pasada la sorpresa inicial, el grupo de terroristas egipcios demostró ser todo lo que Pitt temía: un comando altamente preparado, experimentado y duro. En el combate callejero casa por casa, eran los mejores del mundo. Incluso estaban bien dirigidos. El tipo del turbante negro era competente y metódico.

Avanzaron de un edificio al siguiente, acercándose al molino de trituración hasta que lo rodearon en un semicírculo como una media luna. Aquellas víboras escogidas personalmente por Ammar no iban a intentar un asalto al azar, sino que se movían con sigilo y sabiendo lo que se hacían.

El líder gritó algo en árabe. Al no obtener respuesta, otro terrorista lanzó un segundo grito desde otra posición. Pitt dedujo, acertadamente, que estaban llamando al centinela y a los mecánicos del interior del edificio.

Ya estaban demasiado cerca para que Pitt pudiera arriesgarse a dejarse ver en la ventana. Se quitó el pasamontañas y el suéter de los terroristas y los arrojó al suelo; después, rebuscó en un bolsillo de su chaqueta de esquí y extrajo un espejito pegado a un pequeño mango. Levantó el espejo por encima del antepecho de la ventana y extendió el mango, moviendo el artilugio a un lado y a otro como un periscopio.

Descubrió el blanco que buscaba; estaba oculto en un noventa por ciento, pero aún asomaba lo suficiente como para acertarle con un buen disparo.

Pitt pasó la palanca de selección de tiro de « ráfaga» a « tiro a tiro» . Después se incorporó, apuntó y apretó el gatillo.

La vieja Thompson escupió su carga mortífera. El hombre del turbante negro dio un par de pasos con el rostro descompuesto de incredulidad; después, trastabilló, cayó hacia adelante y quedó inmóvil en el suelo.

Pitt se agachó, bajó el arma y miró de nuevo por el espejo. Los terroristas habían desaparecido. Como un solo hombre, se habían refugiado detrás de los edificios o habían gateado rabiosamente bajo el viejo material de la mina, abandonado y oxidado. Pitt sabía que no iban a abandonar. Seguían allí fuera, peligrosos como siempre, esperando las instrucciones de su segundo al mando.

Le tocó el turno a Gunn y éste soltó una ráfaga de diez disparos contra la débil puerta de madera de un cobertizo, al otro lado del camino. Muy lentamente, la puerta se abrió empujada por un cuerpo que dio una vuelta y cayó al suelo.

Ni siquiera entonces hubo disparos de respuesta. Aquellos árabes no eran estúpidos, se dijo Pitt. Ahora que sabían que no tenían enfrente a unas fuerzas superiores sino que eran acosados por un grupo reducido, se estaban tomando el tiempo necesario para reagruparse y estudiar las alternativas.

Y también se habían dado cuenta de que sus desconocidos atacantes habían capturado el helicóptero y se habían hecho fuertes en el molino.

Pitt se agachó, cambió de posición y se detuvo en cuclillas junto a Gunn.

—¿Cómo está por tu lado?

—Tranquilo. Están actuando con cuidado. No quieren dañar el helicóptero.

—Creo que van a crear una maniobra de diversión en la puerta principal y luego intentarán entrar por la oficina de ese lado.

—Parece lógico —asintió Gunn—. De todos modos, ya es momento de que encontremos otro refugio mejor, lejos de las ventanas. ¿Dónde quieres que me ponga?

Pitt alzó la vista a las pasarelas superiores. Señaló una hilera de pequeñas claraboyas que rodeaban un montacargas.

—Sube ahí y vigila. Grita cuando lancen el ataque y recíbeles con fuego concentrado en la puerta delantera. Después, baja aquí inmediatamente. Esa gente no tendrá ningún escrúpulo en agujerear las paredes por encima del helicóptero.

—Voy allá.

Pitt se desplazó hasta la oficina, hizo una pausa al llegar a la puerta y se volvió hacia Giordino y Findley.

—¿Cómo va eso? —preguntó.

Giordino dejó de amontonar residuos de mineral con los que estaba preparando una barricada y se volvió hacia él.

—Fuerte Giordino estará terminado a tiempo.

Findley también dejó de trabajar y lo miró.

—La F va antes que la G; fuerte Findley.

Giordino se volvió un instante hacia Findley con gesto malhumorado, antes de reanudar el trabajo.

—Fuerte Findley, si perdemos; Giordino, si ganamos.

Pitt sacudió la cabeza, atónito, y se preguntó por qué había tenido la bendita suerte de encontrar unos amigos tan increíbles. Quiso decirles algo, expresarles su sentimiento de gratitud por arriesgar sus vidas para detener a una banda de escoria humana cuando podrían haberse quedado ocultos en la montaña hasta que Hollis y su gente hiciera acto de presencia. Sin embargo, ellos lo sabían. Los hombres de su fuste no necesitaban palabras de estímulo ni de gratitud: se quedarían allí y lucharían con todas sus fuerzas. Pitt rogó a Dios que ninguno de ellos muriera en vano.

—Ya discutiréis eso más tarde —ordenó—. Y preparad el comité de recepción si superan mi posición.

Se volvió y entró en la oficina, húmeda y con olor a moho. Comprobó su Thompson y la dejó a un lado. Después de montar una apresurada barrera con dos escritorios volcados, un archivador de acero y una estufa de carbón de sólido hierro forjado, se tendió en el suelo a esperar.

No tuvo que hacerlo mucho tiempo. Un minuto más tarde, se colocó en posición, inmóvil, creyendo oír un leve crepitar en la grava del exterior. El sonido cesó y se reanudó, leve pero inconfundible. Alzó el arma y apoyó la empuñadura en el archivador.

Demasiado tarde, Gunn lanzó un grito de aviso cuando, de pronto, un objeto penetró por la ventana horizontal situada encima de la puerta y cayó rodando por el suelo. Un segundo objeto siguió el mismo camino. Pitt se agachó y trató de ampararse en el mueble de acero, maldiciendo su falta de previsión.

Las dos granadas estallaron con un estruendo ensordecedor. La oficina se desintegró con un gran rugido en una lluvia de muebles hechos astillas, maderas y papeles amarillentos. La pared exterior se abrió hacia afuera y la mayor parte del techo se hundió.

Pitt quedó aturdido por la conmoción y por el ensordecedor estampido de la doble explosión. Jamás hasta entonces había experimentado una explosión a tan corta distancia y estaba paralizado de la cabeza a los pies.

La estufa de hierro había recibido la mayor parte de la metralla pero seguía conservando su forma, con sus paredes redondas perforadas por agujeros de bordes mellados. El archivador estaba doblado y retorcido y los escritorios habían sufrido graves mutilaciones, pero las únicas heridas visibles que Pitt encontró en su cuerpo fueron un corte fino pero profundo en el muslo derecho y otro de cinco centímetros en la mejilla.

La oficina se había desintegrado y en su lugar había un montón de restos humeantes; durante un terrible instante, Pitt tuvo la sensación de estar atrapado en un infierno de llamas. Sin embargo, sólo fueron unos segundos: la vieja madera del edificio, empapada de agua, humeó un poco aquí y allá pero no llegó a prender.

Con un esfuerzo de voluntad, Pitt se obligó conscientemente a poner la palanca de la Thompson en «ráfaga» y dirigió el cañón del arma hacia los restos astillados de la puerta. La sangre le corría por la cara y el cuello. Sus ojos no parpadearon una sola vez mientras una ráfaga de fuego de armas automáticas pasaba sobre su cabeza, disparada por los cuatro hombres que entraban a la carga por los restos destrozados de la pared exterior del molino.

Pitt no sintió remordimientos ni temor cuando disparó una larga ráfaga que abatió a los atacantes como árboles en un huracán. Los árabes soltaron las armas agitando los brazos como frenéticos bailarines sobre el escenario y rodaron descontroladamente por el suelo lleno de escombros.

Tres terroristas más siguieron a la primera oleada y fueron detenidos con la misma brusquedad por Pitt. Todos, excepto uno que reaccionó con increíble rapidez y se arrojó tras un sofá de cuero humeante y hecho trizas.

Unos estampidos como cañonazos llegaron a los oídos de Pitt cuando Findley hincó las rodillas detrás de él y descargó tres cartuchos de su arma contra la base del sofá. Fragmentos de madera, cuero y acolchado de arpillera volaron por el aire. Tras un momento de silencio, uno de los brazos del terrorista asomó, sin vida, junto a las patas torneadas del sofá.

Giordino apareció entre el humo y los vapores de la pólvora, sujetó a Pitt por debajo de los brazos y lo arrastró hacia la zona de la máquina trituradora, colocándole detrás de una vagoneta de mineral.

—¿Siempre tienes que montar un escándalo? —dijo con una sonrisa. Después, su rostro se distendió preocupado—. ¿Estás malherido?

Pitt se secó la sangre de la mejilla y observó la mancha carmesí que se extendía por la pernera del pantalón.

—¡Maldita sea! ¡Unos pantalones de esquí perfectos… echados a perder! Esto sí que me molesta de verdad. —Findley se arrodilló, rasgó la pernera del pantalón y empezó a vendar la herida.

—Has tenido suerte de sobrevivir a la explosión con apenas dos cortes superficiales.

—Estúpido de mí, no había pensado en las granadas —respondió Pitt disgustado—. Debí preverlo.

—No te culpes —dijo—. No es nuestro estilo.

Pitt alzó la vista.

—Será mejor que pensemos algo enseguida si queremos seguir vivos cuando lleguen los hombres de Hollis y Dillinger.

—Los árabes no volverán a intentar el ataque por este lado —dijo Findley—. La explosión ha derribado la escalera exterior y serán un blanco perfecto si intentan escalar esos tres metros de madera rota.

—Tal vez ahora tenemos una buena oportunidad para incendiar el helicóptero y salir de aquí a escape —propuso Giordino sin mucha convicción.

—Malas noticias —dijo Gunn, saltando de una escalera al suelo—. He visto a otros veinte de ellos subiendo por la vía del tren a la carrera, como un incendio forestal. Estarán aquí en siete u ocho minutos.

Giordino miró a Gunn con suspicacia.

—¿Cuántos dices?

—He dejado de contar cuando llevaba quince.

—Esto reduce aún más las posibilidades de escapar de esta ratonera —murmuró Findley.

—¿Qué hay de los soldados? —preguntó Pitt.

—Ni rastro de ellos —respondió Gunn, sacudiendo la cabeza con gesto de desaliento. Hizo una pausa para exhalar un profundo suspiro y volvió los ojos a Pitt—. Esos refuerzos terroristas llevaban detrás a cuatro rehenes custodiados por dos hombres. Los he reconocido por los prismáticos. Uno era tu padre. Él y una mujer ayudaban a otros dos hombres a caminar por las traviesas.

—Hala Kamil, bendita sea —exclamó Pitt con alivio—. Gracias a Dios, el viejo está vivo.

—¿Quiénes son los otros dos? —preguntó Giordino.

—Seguramente los presidentes Hasan y De Lorenzo.

—Adiós a una retirada rápida —murmuró Findley tétricamente mientras colocaba el último esparadrapo sobre la venda de Pitt.

—Los terroristas sólo mantienen vivos al senador y a los demás para asegurarse la retirada —afirmó Pitt.

—Y no dudarán en matarlos uno a uno hasta que les entreguemos el helicóptero —predijo Gunn.

—Sin duda —asintió Pitt— pero, si nos rendimos, no tenemos ninguna garantía de que no los maten de todos modos. Ya han intentado matar a Hala en dos ocasiones y, con toda certeza, también quieren ver muerto a Hasan.

—Pedirán una tregua para negociar.

—No estarán inactivos mucho rato —replicó Pitt consultando el reloj—. Saben que se les agota el tiempo, a pesar de ello, tal vez podamos ganar unos minutos más.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —inquirió Giordino.

—Nos quedaremos y lucharemos todo lo que haga falta. —Se volvió hacia Gunn y le preguntó—: ¿Los rehenes iban rodeados por los secuestradores?

—No, estaban al menos doscientos metros por detrás, siguiendo al grupo principal por la vía —respondió Gunn—. Sólo iban vigilados por dos hombres. —

Clavó la mirada en los ojos de Pitt y, al cabo de un instante, asintió como si le hubiera leído el pensamiento—. Quieres que elimine a los guardianes y proteja al senador y a los demás hasta que aparezca Hollis, ¿no es eso?

—Tú eres el más menudo y el más rápido, Rudi. Si alguno de nosotros puede escapar del edificio sin ser visto y dar un rodeo por detrás de los dos vigilantes mientras nosotros los distraemos, eres tú.

Gunn abrió las manos y las dejó caer a los costados.

—Te agradezco la confianza. Sólo espero ser capaz de hacerlo.

—Seguro que sí.

—De este modo sólo seréis tres para defender el fuerte.

—Tendremos que bastarnos. —Pitt se puso en pie a duras penas y se acercó cojeando a las ropas de los terroristas que se había quitado poco antes. Volvió con ellas y las entregó a Gunn—. Ponte esto. Creerán que eres uno de ellos.

Gunn se quedó plantado donde estaba, reacio a abandonar a sus amigos.

Giordino acudió en su rescate posando su mano de oso en el hombro del pequeño Gunn y conduciéndolo hacia un pasadizo de mantenimiento que descendía bajo el suelo y corría en torno al enorme edificio del molino.

—Puedes salir por aquí —dijo con una sonrisa—. Espera a que las cosas se calienten antes de echar a correr.

Gunn se encontró metido en el pasadizo hasta la cintura antes de que pudiera protestar. Echó una última mirada a Pitt, al increíblemente resistente Pitt, al indestructible Dirk Pitt, que le lanzó un despreocupado saludo de despedida. Se volvió a Giordino, siempre sobrio y fiable, cuya preocupación intentaba ocultar tras una expresión festiva. Por último, miró a Findley, que le lanzó una radiante sonrisa mientras le deseaba suerte con ambos pulgares hacia arriba. Los tres eran parte de él y le abrumaba la idea de marcharse sin saber si volvería a ver a alguno de ellos con vida.

—Será mejor que estéis todos aquí cuando vuelva —les dijo—. ¿Me habéis oído?

Luego, se agachó en el pasadizo y desapareció.

59

Hollis dio unos pasos junto a la plataforma de aterrizaje que la tripulación del *Lady Flamborough* había preparado apresuradamente sobre la piscina del crucero. Un helicóptero «paloma mensajera» se posó en ella mientras un pequeño grupo de soldados esperaba para subir a bordo.

Hollis se detuvo al escuchar un nuevo tiroteo procedente de la mina. En su rostro se reflejaba la preocupación.

—Suba y lleve a los hombres allí —gritó con impaciencia a Dillinger—. Ahí arriba alguien esta librando una batalla que nos corresponde a nosotros.

—La mina debía ser la base para la huida de los secuestradores —intervino el capitán Collins, que no se despegaba del coronel.

—Y, gracias a mí, Dirk Pitt y sus amigos se han ido a dar de bruces con ellos —masculló Hollis.

—¿Hay alguna posibilidad de llegar a tiempo para salvar a ellos y a los rehenes? —inquirió el capitán Collins.

—Ninguna en absoluto —respondió Hollis sacudiendo la cabeza en gesto de sombría desesperación.

Rudi Gunn agradeció la lluvia que, súbitamente, empezó a caer en abundancia. El aguacero le sirvió de eficaz protección mientras se alejaba del molino arrastrándose bajo una hilera de vagonetas de mineral vacías. Cuando hubo dejado atrás los edificios, descendió por la ladera de la montaña bajo la mina unos cientos de metros y luego empezó a dar un rodeo.

Localizó las vías y empezó a avanzar con cautela por las traviesas. Sólo podía ver unos metros delante de sus narices pero, transcurridos pocos minutos desde su huida del asalto terrorista al molino de trituración, se quedó inmóvil cuando sus ojos distinguieron varias figuras confusas entre la lluvia. Contó cuatro de ellas sentadas y otras dos de pie.

Gunn estaba ante un dilema. Estaba convencido de que los rehenes descansaban mientras los guardianes permanecían erguidos, pero no podía disparar primero y comprobar su suposición más tarde. Tendría que confiar en su indumentaria, que había tomado prestada de los terroristas, para acercarse lo

suficiente y distinguir cuáles eran los rehenes y cuáles los enemigos.

El único inconveniente, aunque fundamental, era que apenas conocía dos o tres palabras en árabe.

Gunn soltó un suspiro y continúo caminando.

—*Salam* —murmuró, repitiendo la palabra un par de veces más en una voz tranquila y controlada.

Al acercarse, pudo ver con más detalle a las dos figuras que estaban de pie y comprobó que los dos individuos sostenían sendas metralletas apuntadas hacia él.

Uno de ellos respondió con unas palabras que Gunn no pudo interpretar. Cruzó mentalmente los dedos y esperó que le hubiera preguntado el equivalente en árabe a « ¿quién va?» .

—Mohamed —murmuró, confiando en que el nombre del profeta le sirviera para salir del paso. Mientras lo hacía, sostuvo el Heckler & Koch cruzado sobre el pecho con el cañón hacia un lado.

Los latidos del corazón de Gunn se tranquilizaron considerablemente cuando los dos terroristas bajaron sus armas al unísono y volvieron a concentrarse en la vigilancia de los rehenes. Se movió sin levantar sospechas hasta colocarse de manera que los rehenes quedaran fuera de la línea de fuego.

Luego, con los ojos fijos en los agotados rehenes sentados en el suelo entre los raíles, sin siquiera dirigir una mirada a los dos guardianes, apretó el gatillo.

Ammar y sus hombres estaban al borde del agotamiento cuando alcanzaron las proximidades de la mina. La lluvia persistente había dejado sus ropas empapadas y pesadas. Tras un último esfuerzo para superar un gran montón de escoria de mineral, lograron refugiarse en un cobertizo que en otro tiempo había albergado piezas de maquinaria para la mina.

Ammar se dejó caer en un banco de madera, hundió la cabeza contra el pecho y fue recuperando el aliento entre jadeos. Alzó la vista cuando Ibn entró con uno de los hombres.

—Éste es Mustafá Osmán —dijo Ibn—. Dice que un grupo de comandos armados ha matado al jefe de grupo y se ha hecho fuerte en el molino con nuestro helicóptero.

Ammar apretó los labios en gesto de ira.

—¿Cómo pudisteis dejar que sucediera una cosa así?

—Nosotros… Nos pilló por sorpresa —balbució Osmán, cuyos ojos negros reflejaron el pánico que sentía—. Debieron bajar por la montaña. Redujeron a los centinelas, se apoderaron del tren y ametrallaron el edificio que usábamos como base. Cuando hemos lanzado el contraataque, nos han disparado desde el edificio del molino.

—¿Bajas? —inquirió Ammar con frialdad.

—Quedamos siete.

La pesadilla era aún peor de lo que Ammar había pensado.

—¿Cuántos son en el grupo atacante?

—Veinte, quizá treinta.

—¿Y entre siete tenéis sitiados a treinta enemigos? —replicó Ammar con un profundo tono de sarcasmo en la voz—. Vamos, dime su número. Esta vez, dime la verdad o Ibn se encargará de rebanarte la garganta.

Osmán evitó los ojos de Ammar. Estaba helado de miedo.

—No hay modo de saberlo con seguridad —murmuró—. Cuatro, o quizá más.

—¿Cuatro hombres han hecho todo esto? —dijo Ammar con asombro. Estaba a punto de estallar, pero era demasiado disciplinado para permitir que la cólera se adueñara de él—. ¿Qué hay del helicóptero? ¿Ha sufrido daños?

Osmán pareció recuperar el ánimo por un instante.

—No. Hemos ido con mucho cuidado de no disparar contra la parte del edificio donde está guardado. Por el honor de mi padre que no le hemos dado al aparato.

—Pero sólo Alá sabe si esos comandos lo han saboteado —añadió Ibn.

—Todos nosotros veremos pronto a Alá si no recuperamos ese helicóptero en buen estado —comentó Ammar con calma—. El único modo de derrotar a los defensores es lanzar un ataque en tromba y penetrar en el edificio por todos los lados, aplastándoles por una mera cuestión de superioridad numérica.

—Tal vez podríamos utilizar a los rehenes para negociar nuestra huida —propuso Ibn esperanzadoramente. Ammar asintió.

—Es una posibilidad. Los norteamericanos son débiles frente a las amenazas de muerte. Parlamentaré con nuestro desconocido oponente mientras tú te ocupas de preparar a los hombres para el asalto.

—Ten cuidado, Suleiman Aziz.

—Disponte para atacar en el momento en que me quite la máscara.

Ibn asintió con un leve gesto de cabeza y empezó a dar órdenes a los hombres inmediatamente.

Ammar arrancó la raída cortina de una ventana. La tela había sido blanca alguna vez, pero ahora presentaba un desvaído tono amarillento. Tendría que servir, se dijo. Ató la cortina a una vieja escoba y saltó del cobertizo.

Avanzó entre una fila de barracones construidos para acoger a los mineros, manteniéndose fuera de la vista del molino hasta que hubo cruzado la calle. Después, extendió la cortina tras una esquina y la agitó arriba y abajo.

No surgió ningún disparo contra el descolorido trapo, pero tampoco sucedió ninguna otra cosa. Ammar intentó establecer comunicación gritando en inglés:

—¡Queremos hablar!

Al cabo de unos segundos, otra voz respondió, también a gritos:

—*No hablo inglés*.

Ammar se quedó desconcertado momentáneamente. ¿La policía de seguridad chilena? En tal caso, era gente mucho más preparada de lo que había creído. El árabe hablaba con fluidez el inglés y podía defenderse en francés, pero apenas conocía algunas palabras en español. Sin embargo, las vacilaciones no le llevarían a ninguna parte. Era preciso saber quién se interponía entre él y su vía de escape.

Alzó la improvisada bandera blanca, levantó la mano libre y salió al descubierto, deteniéndose en mitad del camino que conducía al molino.

Una de las palabras que conocía en español era *paz* y la repitió a gritos varias veces. Finalmente, un hombre abrió la puerta principal y salió lentamente al camino, cojeando, hasta detenerse a unos pasos de Ammar, a quien miró fijamente.

El desconocido era alto, con unos ojos intensamente verdes que, impertérritos, hacían caso omiso de la decena de armas que le apuntaban al corazón desde detrás de puertas y ventanas. Aquellos ojos sólo estaban concentrados en Ammar. El hombre tenía el cabello negro, largo y ondulado, la piel intensamente bronceada debido a su larga exposición al sol, unas cejas bastante tupidas y unos labios firmes que mostraban una ligera sonrisa; todos estos rasgos le daban a aquel rostro varonil, aunque no muy hermoso, una engañosa apariencia de burlona despreocupación, con un leve asomo de frialdad y firmeza. Tenía un corte en una mejilla que rezumaba sangre y una herida en el muslo, que llevaba aparatosamente vendado bajo la tela desgarrada del traje de esquí.

Su complexión tal vez fuese delgada bajo el abultado mono de esquí, extrañamente fuera de lugar, pero Ammar no logró comprobarlo con certeza. Una de las manos del hombre estaba desnuda mientras que la otra, enguantada, colgaba sin fuerza bajo una manga de la chaqueta de esquí.

Ammar sólo necesitó tres segundos para hacerse cargo de la situación; sólo tres segundos para apreciar que estaba ante un tipo peligroso. Rebuscó en su mente las pocas palabras de español que recordaba.

—*¿Podemos hablar*? —gritó.

El atisbo de sonrisa del desconocido se abrió hasta convertirse en una mueca relajada.

—*¿Porqué no*?

—*Hacer capitular usted*.

—Dejémonos ya de tonterías —replicó Pitt, pasando súbitamente a hablar en inglés—. Su español todavía es peor que el mío. La respuesta a su pregunta es no: no vamos a rendirnos bajo ningún concepto.

Ammar era un profesional y se recuperó inmediatamente, pero le dejó perplejo el hecho de que su adversario llevara caras prendas de esquí en lugar de

uniforme de campaña. La primera idea que le rondó por la cabeza fue que el hombre era un agente de la CÍA.

—¿Puedo preguntarle su nombre?

—Dirk Pitt.

—Yo soy Suleiman Aziz Ammar…

—Me importa un bledo quién sea usted —replicó Pitt con absoluta frialdad.

—Como usted guste, señor Pitt —aceptó Ammar. A continuación, enarcó ligeramente una de sus cejas—. ¿No estará emparentado por casualidad con el senador George Pitt?

—Yo no me muevo en círculos políticos.

—Pero conoce al hombre. Puedo apreciar cierto parecido. ¿Es su hijo, tal vez?

—¿No podemos darnos prisa? He tenido que dejar un estupendo almuerzo con champán para salir aquí, bajo la lluvia.

Ammar se echó a reír. Aquel tipo era increíble.

—Tiene usted una cosa mía. Quiero que me la devuelva en perfecto estado.

—Naturalmente, se refiere a ese helicóptero sin marcas.

—Exacto.

—Si lo quiere, amigo, tendrá que venir a por él.

Ammar abrió y cerró los puños en gesto de impaciencia. Aquello no estaba saliendo como había previsto. Con voz suave, añadió:

—Si no me lo entrega enseguida, algunos de mis hombres morirán, usted morirá y su padre morirá también, se lo aseguro.

—Se ha olvidado de incluir a Hala Kamil y a los presidentes De Lorenzo y Hasan. Y no se olvide de usted. No hay ninguna razón para que no termine criando malvas también.

Ammar miró a Pitt y notó crecer la cólera dentro de sí.

—No comprendo esa actitud de terca estupidez. ¿Qué ganará con un baño de sangre?

—Frustrar sus planes, escoria de la humanidad —replicó Pitt con brusca aspereza—. Si quiere una guerra, declárela, pero no vaya por ahí matando mujeres y niños y tomando rehenes inocentes que no pueden defenderse. Ya basta de terror. No me rijo por más ley que la mía. Por cada uno de nosotros que matéis, enterraremos a cinco de los vuestros.

—¡No he venido aquí para discutir bajo la lluvia nuestras diferencias políticas! —exclamó Ammar, luchando por controlar su irritación—. Dígame si el helicóptero ha sufrido daños.

—No tiene un solo rasguño. Y puedo añadir que los pilotos siguen en condiciones de volar. ¿Le alegra eso?

Más le vale rendir las armas y devolverme el helicóptero y la tripulación.

—A la mierda —dijo Pitt encogiéndose de hombros.

Ammar acusó el golpe de no haber logrado intimidar a Pitt. De pronto, su voz se volvió brusca y fría.

—¿Cuántos hombres tiene ahí, cuatro, tal vez cinco? Les superamos ocho a uno.

Pitt señaló con la cabeza los cuerpos esparcidos junto al molino.

—Tendrá que cambiar de táctica. Tal como yo lo veo, les llevamos nueve fiambres de ventaja en el marcador. —Luego, como si le viniera de pronto a la cabeza, añadió—: Antes de que me olvide… Le doy mi palabra de que no sabotearé su helicóptero. Será suyo intacto si puede arrebatárnoslo pero, si hace daño a alguno de los rehenes, lo haré volar en pedazos de aquí a la chatarrería más próxima. Ése es el único trato que haré.

—¿Es su última palabra?

—Por ahora, sí.

Un pensamiento cristalizó en la cabeza de Ammar y la súbita revelación cayó sobre él como una losa.

—¡Ha sido usted! —masculló con voz áspera—. ¡Usted ha guiado aquí a las fuerzas especiales norteamericanas!

—La mayor parte del asunto fue sólo cuestión de suerte —respondió Pitt con modestia—. Pero, cuando encontré los restos del *General Bravo y* un rollo de plástico fuera de sitio, todo encajó.

Ammar permaneció paralizado de profundo asombro unos instantes. Después se recuperó y dijo:

—No rinde usted justicia a su capacidad de deducción, señor Pitt. Estoy dispuesto a reconocer que el coyote ha agotado al zorro.

—¿Zorro? —replicó Pitt—. Se adula usted. ¿No será, más bien, al gusano?

Ammar miró a Pitt con ojos entrecerrados.

—Voy a matarlo yo mismo, Pitt, y voy a tener un gran placer viendo su cuerpo despedazado a balazos. ¿Qué me dice a eso?

En los ojos de Pitt no había furia, ni sus facciones estaban contraídas por el odio. Sostuvo la mirada de Ammar con una especie de divertido desagrado como si estuviera intercambiando la mirada con una cobra tras el cristal de un terrario.

—No sea tan exagerado —respondió, volviendo la espalda a Ammar y regresando despreocupado hasta la puerta del molino.

Furioso, Ammar lanzó al suelo la bandera de tregua y dio unos rápidos pasos en dirección contraria. Mientras lo hacía, sacó una pistola American Ruger P-85 semiautomática de 9 mm del bolsillo interior de la guerrera.

De pronto, giró sobre sus talones, se quitó la máscara y se colocó en la clásica postura agachada con la Ruger sujeta con ambas manos. En el instante en que el punto de mira estuvo alineado en el centro de la espalda de Pitt, Ammar tiro del gatillo seis veces en relampagueante sucesión.

Vio cómo las balas destrozaban el centro de la chaqueta de esquí de Pitt

formando un grupo de agujeros desiguales, y observó cómo el impacto concentrado lanzaba a su odiado enemigo contra la pared del molino.

Ammar bajó lentamente su arma esperando a que Pitt cayera. No tenía la menor duda de que su rival ya estaba muerto mucho antes de tocar el suelo.

60

Poco a poco, Ammar se dio cuenta de que Pitt no reaccionaba como era de esperar.

Pitt no cayó muerto. Al contrario, se volvió y Ammar vio la sonrisa del demonio en persona.

Perplejo, se dio cuenta de que Pitt había sido más listo. Comprendió que el hombre había previsto un ataque a traición por la espalda y se había protegido con un chaleco antibalas bajo el abultado mono de esquí.

Y, paralizado por la sorpresa, vio que la mano enguantada que colgaba de la manga era falsa. Un truco de prestidigitador. La mano de verdad asomaba ahora empuñando un gran Colt 45 automático que sobresalía de la chaqueta, con la cremallera parcialmente bajada.

Ammar levantó de nuevo la Ruger pero Pitt disparó antes.

La primera bala de Pitt dio a Ammar en el hombro derecho y lo echó hacia atrás de costado. La segunda le atravesó el mentón y la mandíbula inferior. La tercera le destrozó la muñeca cuando levantaba la mano hacia el rostro. La cuarta le atravesó la cara de lado a lado.

Ammar rodó al suelo y quedó tendido de espaldas, sin hacer caso del tiroteo que rugió sobre él, sin saber que Pitt había saltado ileso por la puerta del molino antes de que sus hombres abrieran fuego… demasiado tarde.

Sólo reconoció vagamente a Ibn arrastrándolo a lugar seguro, tras el depósito metálico de agua, antes de que una breve ráfaga de fuego procedente del edificio sitiado rociara el suelo a su alrededor. Lentamente, su mano asió el brazo de Ibn hasta agarrar su hombro, de puro músculo. Luego, tiró de la cabeza de su amigo hacia abajo.

—No puedo verte —dijo con un jadeo.

Ibn sacó un botiquín de urgencias que llevaba al cinto y colocó con cuidado una gasa sobre la carne desgarrada donde había tenido sus ojos Ammar.

—Alá y yo veremos por ti —respondió.

Ammar tosió y devolvió la sangre del destrozado mentón que se le había colado en la garganta.

—Quiero en pedazos a ese diablo de Pitt y a los rehenes.

—Ya hemos iniciado el ataque. Sus vidas pueden contarse en segundos.

—Si muero… mata a Yazid.

—No morirás.

Ammar tuvo otro espasmo de tos antes de poder hablar de nuevo.

—No importa… Ahora, los americanos destruirán el helicóptero, sin duda. Tú debes escapar de la isla por otra vía. Déjame… Es lo último que te pido.

Sin un comentario, sin hacer caso de la súplica, Ibn tomó a Ammar en brazos y empezó a alejarse del escenario de la batalla.

Pitt apenas tuvo tiempo de saltar por la puerta, quitarse los dos chalecos blindados de la espalda, volver a colocarse uno en el pecho y devolver el otro a Giordino, antes de que una lluvia de balas taladrara las débiles paredes de madera.

—Ahora, también la chaqueta está inservible —gruñó Pitt, apretando su cuerpo contra el suelo.

—Habrías sido hombre muerto si te hubiera disparado al pecho —dijo Giordino, terminando de colocarse el chaleco—. ¿Cómo sabías que iba a disparar cuando estuvieras de espaldas?

—Tenía mal aliento y ojos pequeños.

Findley empezó a pasar de ventana en ventana arrojando granadas todo lo deprisa que conseguía sacar los seguros.

—¡Ya están aquí! —aulló.

Giordino rodó por el suelo de tablones y empezó a vomitar un fuego sostenido desde detrás de una carretilla llena de mineral. Pitt agarró la Thompson justo a tiempo de detener a dos terroristas que habían conseguido de algún modo escalar el edificio hasta la oficina destrozada.

El pequeño ejército de Ammar cargó sobre el edificio por todos los lados, con sus armas rugiendo. El seco tableteo de los AK-47 de los terroristas, de pequeño calibre, y la tos profunda de la Thompson calibre 11 de Pitt, tenían el contrapunto en los estampidos del rifle de Findley.

Giordino retrocedió hasta el triturador y cubrió con sus disparos la retirada de Pitt y Findley hasta que los tres hubieron alcanzado la temporal protección de su fuerte de juguete. Los terroristas se quedaron desconcertados unos instantes al no encontrar enemigos encogidos en el suelo o con las manos levantadas en señal de rendición. Una vez en el interior del edificio, habían previsto arrollar al enemigo desprotegido aprovechando su pura superioridad numérica. En lugar de ello, se encontraron al descubierto y a merced de una atroz lluvia de plomo que segaba sus cuerpos desde el triturador.

Pitt, Giordino y Findley diezmaron la primera oleada, pero los árabes eran valientes hasta el fanatismo y aprendían rápido. Las ráfagas de disparos se intensificaron y los estallidos de varias granadas invadieron el enorme edificio

como preparación del siguiente asalto.

Los muertos se amontonaban en el suelo y los árabes se protegían tras los cadáveres de sus compañeros. La escena era espantosa: el rugido de las armas, las explosiones de granadas, los gritos y maldiciones en dos idiomas de dos culturas tan distintas como la noche y el día. El edificio se estremecía con los ecos de los disparos y las sacudidas de las granadas. Balas y metralla rozaban los costados del gran triturador mecánico como chispas de una cubeta de acero fundido. El aire estaba lleno con el olor acre de la pólvora.

Estalló una decena de incendios, pero nadie les prestó la menor atención. Giordino arrojó una granada que hizo pedazos el rotor de cola del helicóptero. Incluso cuando hubo desaparecido su última esperanza de escapar, los árabes continuaron luchando irracionalmente, sin ceder un ápice en su ímpetu.

La vieja Thompson vomitó plomo con un ruido ensordecedor y luego enmudeció. Pitt sacó el cargador redondo e introdujo otro. El último. Le embargó una determinación fría y calculada que nunca había sentido hasta entonces. Giordino, Findley y él no tenían la menor intención de arrojar la toalla. Habían dejado atrás el punto de no retorno y, al otro lado, no habían encontrado temor alguno a la muerte. Continuaron luchando tenazmente, combatiendo por su misma existencia, dando en todo momento más de lo que recibían.

Tres veces fueron rechazados los árabes y las tres volvieron a cargar frente a la mortífera cortina de fuego. Sus fuerzas, terriblemente reducidas, se reagruparon de nuevo y lanzaron un último ataque suicida, cerrando el círculo cada vez con más fuerza.

Los atacantes no podían entender la ferocidad de sus enemigos, cómo eran capaces de luchar con aquella letal precisión, por qué se mantenían tan violentamente desafiantes. Los norteamericanos luchaban con desesperación solamente por sus vidas, mientras que ellos buscaban una muerte santa, un martirio que los llevaría al paraíso.

A Pitt le escocían los ojos debido al humo y le corrían las lágrimas por las mejillas. Todo el edificio estaba vibrando. Las balas rebotaban en las planchas de metal como avispas furiosas; cuatro de ellas rasgaron la manga de Pitt y le dejaron unas heridas superficiales en la piel.

Findley cayó al suelo cuando dos balas le acertaron en el flanco desprotegido, pero continuó combatiendo de rodillas, balanceando débilmente su rifle vacío como un bate de béisbol.

Giordino, herido en cinco partes, arrojaba rocas de mineral con la mano derecha, mientras el brazo izquierdo colgaba a su costado, inútil, debido a un disparo en el hombro.

La Thompson disparó la última bala y Pitt arrojó el arma al rostro de un árabe que había aparecido de pronto frente a él. Extrajo el Colt automático del cinto y disparó contra cualquier rostro que asomara entre el humo. Notó una

comezón en la base del cuello y comprendió que lo habían herido. El Colt se vació rápidamente y Pitt continuó la lucha blandiendo el pesado fusil como garrote. Empezaba a notar en la boca el primer gusto amargo de la derrota.

La realidad había dejado de existir. Pitt sentía como si estuviera debatiéndose en una pesadilla. Una granada estalló en una explosión demoledora que lo asordó por su proximidad. Un cuerpo cayó sobre él y, desequilibrado, fue arrojado hacia atrás.

Su cabeza golpeó contra un conducto de acero y una bola de fuego cada vez mayor llenó su cabeza. Luego, como una ola al romper, la pesadilla lo cubrió hasta anegarlo.

61

Las Fuerzas Especiales tomaron tierra y se reagruparon tras las colinas de desechos que protegían su avance desde los edificios de la mina. Se distribuyeron rápidamente en formación de combate y aguardaron la orden de avanzar. Los tiradores establecieron sus posiciones en torno a la mina, tendidos en el suelo y atentos a cualquier movimiento dentro de su radio de visión.

Hollis, con Dillinger a su lado, se arrastró hasta la cumbre de la colina y se asomó con cautela. La escena tenía el aspecto de un cementerio.

La mina fantasma era un escenario lóbrego para una batalla, pero la lluvia fría y la ladera pelada parecían un fondo adecuado para una matanza. El cielo gris plomizo proporcionaba a los edificios en ruinas el aspecto de un lugar ajeno a cualquier mundo.

El intercambio de disparos había cesado. Dos de los edificios exteriores ardían vorazmente y el humo se alzaba de ellos en grandes columnas hacia el firmamento cubierto de nubes bajas. Hollis contó, al menos siete cuerpos tendidos en el camino que conducía al molino de trituración.

—Lamento tener que decirlo —murmuró Hollis—, pero no me gusta el aspecto de todo esto.

—No hay rastro de vida —asintió Dillinger, mientras estudiaba el terreno a través de unos potentes prismáticos. Hollis estudió detenidamente los edificios durante otros cinco minutos y luego indicó por el transmisor:

—Muy bien, vayamos con cuidado y entremos…

—Un momento, coronel —lo interrumpió una voz.

—Aguarden —dijo Hollis.

—Habla el sargento Baker, señor, en el flanco derecho. Tengo a un grupo de cinco personas aproximándose por la vía del ferrocarril.

—¿Están armados?

—No, señor. Usted y sus hombres rodéenlos. Tomen precauciones, no vaya a ser una trampa. El comandante Dillinger y yo vamos para allá.

Hollis y Dillinger serpentearon al abrigo de la escoria de la mina hasta alcanzar la vía y echaron a correr en dirección al fiordo. Al cabo de unos setenta metros, varias figuras humanas cobraron forma bajo la lluvia.

El sargento Baker se acercó a informar.

—Tenemos a los rehenes y a un terrorista, coronel.

—¿Ha rescatado a los rehenes? —exclamó Hollis—. ¿A los cuatro?

—Sí, señor —replicó Baker—. Están totalmente agotados, pero no tienen nada grave.

—Buen trabajo, sargento —dijo el coronel, sacudiendo la mano de Baker con indisimulado calor.

Los dos jefes habían memorizado los rostros de los presidentes y de la secretaria general de las Naciones Unidas durante el vuelo desde Virginia, y también conocían el aspecto del senador Pitt por los medios de comunicación. Cubrieron rápidamente la distancia que los separaba de ellos y los invadió una oleada de alivio al reconocer a las cuatro personalidades desaparecidas.

Y gran parte de su alivio se convirtió en sorpresa al comprobar que el terrorista capturado no era otro que Rudi Gunn.

El senador Pitt se adelantó a estrechar la mano de Hollis y Gunn realizó las presentaciones.

—Me alegro de conocerle, coronel —dijo el senador, radiante.

—Lamento llegar tarde —mujmuró Hollis, aún no muy seguro de cómo tomarse todo aquello.

Hala le dio un abrazo, y también Hasan y De Lorenzo. Después le tocó el turno a Dillinger, quien enrojeció como un tomate.

—¿Le importaría decirnos qué sucede aquí? —preguntó Hollis a Gunn.

Gunn se deleitó restregándole la historia en las narices.

—Parece que nos dejó usted en un punto muy crítico, coronel. Encontramos cerca de veinte terroristas en la mina, junto con un helicóptero oculto con el que pensaban abandonar la isla. Como no le pareció bien incluirnos en su red de comunicaciones, Pitt intentó avisarle enviando el tren sin control montaña abajo hasta el fiordo.

Dillinger asintió al entender el plan.

—El helicóptero explica por qué los secuestradores árabes abandonaron el barco y dejaron a los mexicanos solos para defenderse.

—Y el tren era su medio de transporte a la mina —añadió Gunn.

—¿Dónde están los demás? —quiso saber Hollis.

—La última vez que los vi, antes de que Pitt me enviara a rescatar a su padre y a esas personas, se habían hecho fuertes en el edificio del molino y estaban rodeados.

—¿Los cuatro solos se han enfrentado con cerca de cuarenta terroristas? —exclamó Dillinger, incrédulo.

—Pitt y los demás impedían la huida a los árabes y, al mismo tiempo, servían de distracción para que yo pudiera rescatar a los rehenes.

—Sus posibilidades eran de menos de diez a una —afirmó Hollis.

—Estaban haciéndolo bastante bien cuando me fui —repuso Gunn con

rotundidad. Hollis y Dillinger se miraron.

—Será mejor ver qué encontramos —dijo el coronel.

El senador Pitt se acercó:

—Coronel, Rudi me ha dicho que mi hijo está en la mina. Querría ir con ustedes.

—Lo siento, senador. No puedo permitirlo hasta que la zona esté segura.

Gunn pasó su mano por los hombros del anciano.

—Me ocuparé de todo, senador —le aseguró—. No se preocupe por Dirk. Nos sobrevivirá a todos.

—Gracias, Rudi. Aprecio su amabilidad.

Hollis, sin embargo, no compartía su optimismo.

—Deben de haber acabado con ellos —murmuró en voz baja a Dillinger.

—Es inútil pensar —asintió éste— que puedan haber sobrevivido a una fuerza semejante de terroristas experimentados.

Hollis dio la señal y sus hombres empezaron a moverse como fantasmas entre los edificios de la mina. Al aproximarse al molino, la cosecha de cadáveres empezaba a resultar asombrosa. Contaron trece cuerpos en posturas inverosímiles sobre el camino y alrededor del edificio.

El molino estaba taladrado por cientos de agujeros de bala y mostraba en sus paredes astilladas el resultado de las granadas. No quedaba intacto un solo cristal en las ventanas y todas las puertas habían sido voladas con explosivos.

Hollis y cinco de sus hombres entraron cautelosamente por los agujeros abiertos en los muros mientras Dillinger y su grupo se acercaban por la abertura informe que había sido la entrada principal. Por todas partes ardían y humeaban pequeños incendios, pero aún no se habían extendido lo suficiente para formar una gran hoguera.

Dos decenas de cuerpos se amontonaban en el suelo, algunos de ellos apoyados en torno al triturador central. El helicóptero seguía sorprendentemente intacto, sólo con ligeros daños en el rotor de cola.

Tres hombres seguían vivos entre aquella carnicería. Tres hombres tan ensangrentados, tan enmascarados por el humo, en un estado tan lastimoso, que Hollis no podía creer lo que veían sus ojos. Uno de los hombres estaba tendido en el suelo con la cabeza apoyada en el regazo de otro, que llevaba un brazo colgado del cuello con un jirón de ropa ensangrentada. El tercero estaba en pie, meciéndose de un lado a otro; la sangre le corría de las heridas de una pierna, de la base del cuello junto al hombro, de la parte superior de la cabeza y de una mejilla.

Hasta que estuvo a sólo dos metros, Hollis no reconoció al hombre malherido que tenía ante sí. Se quedó absolutamente perplejo. No lograba entender cómo aquellos tres hombres de aspecto tan lastimoso habían mantenido la fe y habían logrado imponerse contra todo pronóstico.

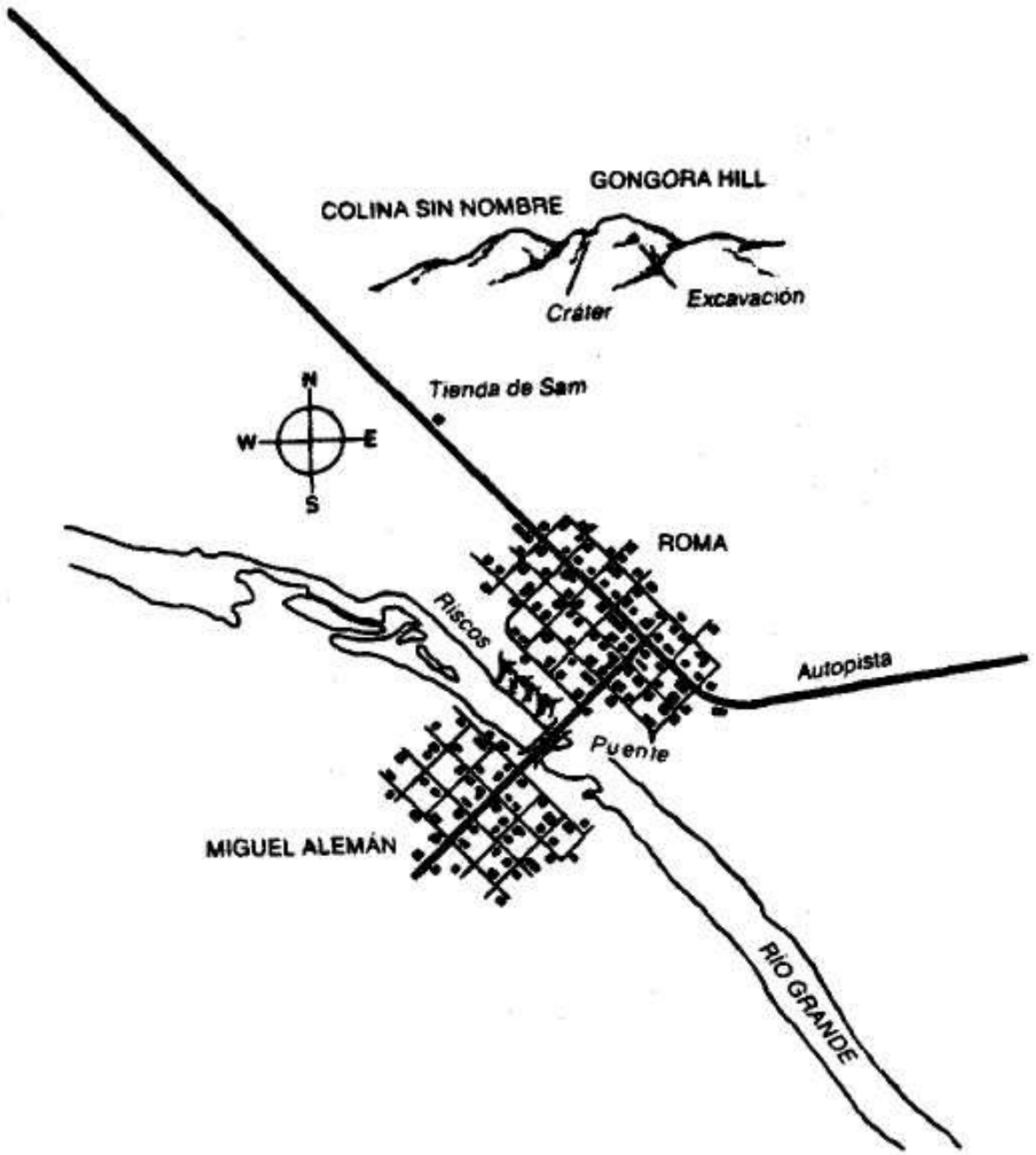
Las Fuerzas Especiales se reunieron en torno a la escena con un silencio de admiración. Rudi Gunn sonreía de oreja a oreja. Hollis y Dillinger permanecieron inmóviles, mudos.

Por fin, Pitt se puso lo más firme que el dolor le permitió y dijo:

—Ya era hora de que aparecieran. Nos estábamos quedando sin nada que hacer.

IV.

EL CIRCO ROMANO DE SAM


GONGORA HILL
COLINA SIN NOMBRE
Cráter
Excavación
N
W
E
S
Tienda de Sam
ROMA
Riscos
Autopista
Puente
MIGUEL ALEMÁN
RIO GRANDE

62

27 de octubre de 1991 - Washington, D.C.

Dale Nichols y Martin Brogan aguardaban en las escaleras de la Casa Blanca mientras el presidente descendía del helicóptero y cruzaba el césped con paso rápido.

—¿Tienen algo para mí? —preguntó el presidente con expectación al tiempo que estrechaba las manos de sus colaboradores. Nichols no pudo reprimir su excitación.

—Acabamos de recibir un informe del general Dodge. Sus Fuerzas de Operaciones Especiales han recuperado intacto el *Lady Flamborough* en el sur de Chile. El senador Pitt, Hala Kamil y los presidentes De Lorenzo y Hasan han sido rescatados en buen estado.

El presidente venía cansado de una serie de conversaciones con el primer ministro canadiense en Ottawa, pero su rostro se iluminó de alegría como un farol callejero.

—¡Gracias a Dios! ¡Eso sí que son buenas noticias! ¿Ha habido bajas?

—Dos soldados han resultado heridos, ninguno de ellos de gravedad, pero tres hombres de la NUMA se han llevado la peor parte y están heridos de importancia —informó Brogan.

—¿Qué hacía la gente de la NUMA en el teatro de operaciones?

—Dirk Pitt fue quien encontró la pista del crucero. Él y tres de sus compañeros han impedido que los secuestradores escaparan con sus rehenes.

—De modo que ha contribuido a salvar a su propio padre…

—Desde luego, hay que atribuirle gran parte del mérito.

El presidente se frotó las manos con aire de felicidad.

—Ya es casi mediodía, caballeros —comentó—. ¿Por qué no celebramos este éxito con una botella de vino en el almuerzo y me cuentan todos los detalles?

El secretario de Estado, Douglas Oates, el consejero de Seguridad Nacional del presidente, Alan Mercier, y Julius Schiller se sumaron al grupo para el almuerzo. Tras los postres, Mercier repartió copias con la transcripción del mensaje enviado por Ammar a Yazid.

—Esta comunicación fue interceptada por nuestra instalación de escucha clandestina en Maryland —explicó—. La envió el líder de los secuestradores a Ajmad Yazid desde el *Lady Flamborough*.

—¿Contiene alguna información útil? —preguntó el presidente.

—Hablaban con rodeos e indirectas —añadió Mercier— pero, si se lee entre líneas, puede apreciarse que no todo va bien entre la gente de Yazid.

—En efecto —confirmó Nichols—, el conflicto es evidente. El líder de los secuestradores estaba seguro de haber sido traicionado.

El presidente jugueteó con el tenedor mientras leía la transcripción. Después, alzó la cabeza con una mezcla de sorpresa y triunfo en su rostro.

—¡Topiltzin!

—Está metido en esto hasta el cuello —afirmó Brogan—. Topiltzin se encargó de proporcionar el barco para dar el cambiazo por el crucero y de organizar la tripulación de terroristas que iba a bordo.

—Y que al final ha sido la cabeza de turco… —comentó el presidente.

—En efecto. Parece que Yazid concedió a regañadientes su permiso para matar a los mexicanos junto con los rehenes, aun a sabiendas de que eso sacaría de sus casillas a Topiltzin.

—¿Está seguro de que era Yazid?

—Tenemos un análisis perfecto de su voz y la identificación es positiva.

—De modo que, en efecto, los dos hermanos conspiraron para organizar el secuestro del *Lady Flamborough* —dijo el presidente.

—Los datos apuntan en esa dirección —asintió Nichols—, pero no será fácil demostrarlo.

—¿Tiene idea de quién ha planificado toda la operación?

—Tenemos un buen perfil —respondió Brogan con brevedad—. Aquí encontrará un resumen de la información que hemos reunido sobre el hombre. —Hizo una pausa para entregar al presidente la documentación—. El tipo mostró una notable habilidad para disfrazarse y hacerse pasar por el capitán del crucero durante la captura de éste. Luego, Dirk Pitt pudo verlo cara a cara durante una tregua, antes del tiroteo definitivo. El nombre que se dio a sí mismo fue el de Suleiman Aziz Ammar.

—Parece extraño que ese tal Ammar se relajara hasta el punto de revelar su nombre —murmuró Schiller—. Debe de ser un alias…

—El nombre es auténtico —replicó Brogan sacudiendo la cabeza—. Tenemos un abultado expediente acerca de él, y también la Interpol. Ammar debió de pensar que Pitt no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir y que, por tanto, no corría ningún riesgo identificándose.

El presidente frunció el entrecejo y comentó:

—Según estas notas, es sospechoso de haber participado directa o indirectamente en más de cincuenta asesinatos de importantes funcionarios

gubernamentales. ¿Es posible tal cosa?

—Suleiman Aziz es uno de los mejor considerados en su profesión.

—Un terrorista contumaz.

—Un asesino —lo corrigió Brogan—. Ammar se ha especializado únicamente en asesinatos políticos. A sangre fría, por cierto. Es muy hábil para los disfraces y proyecta sus golpes con gran cuidado. Como dice la canción: « Nadie lo hace mejor» . La mitad de sus atentados han sido tan limpios que han pasado como accidentes. Ammar es musulmán, pero ha realizado trabajos para los franceses, los alemanes e, incluso, para los israelíes. Gana muchísimo dinero y ha amasado una fortuna considerable con sus fructíferas operaciones en el Mediterráneo y su entorno.

—¿Ha sido capturado?

—No, señor —reconoció Brogan—. No estaba entre los muertos y heridos.

—¿Ese hombre ha escapado? —preguntó el presidente incisivamente.

—Si aún vive, no está en condiciones de llegar muy lejos —le aseguró Brogan—. Pitt afirma haberle metido en el cuerpo un mínimo de tres balas. Hemos iniciado una masiva caza del hombre; no tiene modo de escapar de la isla y lo encontraremos en pocas horas.

—Si lo convenciéramos para que hablase, sería un gran éxito para los servicios de inteligencia —intervino Nichols.

—El general Dodge ya ha alertado a su comandante de campo, el coronel Morton Hollis, para que trate por todos los medios de capturar con vida a Ammar, pero el coronel cree que existen buenas razones para pensar que ese hombre se suicidará si se ve acorralado.

Nichols se encogió de hombros con resignación.

—Probablemente, Hollis tiene razón.

—¿No ha habido más supervivientes entre los secuestradores? —preguntó el presidente a Brogan.

—En condiciones de ser interrogados, ocho. Sin embargo, sólo parecen ser mercenarios contratados por Ammar y no seguidores radicales de Yazid.

—Necesitaremos algo más que una conversación grabada en malas condiciones para demostrar que Ammar trabajaba para Yazid y Topiltzin —dijo el presidente con gesto de frustración.

A Schiller no le pareció que hubiera motivos para sentirse decepcionados.

—Vea el lado positivo del asunto, señor presidente. El barco y los rehenes han sido rescatados sanos y salvos. El presidente Hasan sabe muy bien que Yazid quería verlo muerto y que su mano ha movido los hilos de este secuestro. Ahora, se lanzará contra Yazid con ánimo de vengarse.

El presidente lo observó fijamente y pasó luego la mirada de rostro en rostro.

—¿Es así como lo ven ustedes, caballeros?

—Julius conoce a fondo a Hasan —dijo Mercier—. Cuando se enfada, puede

volverse realmente terrible.

Doug Oates también asintió con la cabeza y añadió:

—Salvo que suceda algo imprevisto, creo que la observación de Julius es muy acertada. Tal vez Hasan no se arriesgue a detener a Yazid y juzgarlo por traición para evitar posibles disturbios que pudieran desencadenar una revuelta, pero no hay duda de que actuará sin miramientos y hará cualquier cosa para destruir la credibilidad de Yazid, salvo matarlo.

—Yazid sufrirá un fuerte retroceso en sus ambiciones —predijo Brogan—. Los fundamentalistas egipcios moderados no apoyan las maniobras terroristas y le volverán la espalda, al tiempo que el Parlamento de su país brindará un apoyo abrumador al presidente Hasan. Poniéndonos en el caso más favorable, los militares descenderán de su torre de marfil y reafirmarán su lealtad a Hasan.

El presidente tomó un último sorbo de vino y dejó la copa en la mesa.

—Debo confesarles que me gusta lo que estoy oyendo.

—La crisis de Egipto está lejos de una solución definitiva —advirtió el secretario de Estado—. Tal vez Yazid quede fuera de la atención de los focos durante una temporada pero, en ausencia del presidente Hasan, los fanáticos fundamentalistas de los Hermanos Musulmanes han formado una alianza con los partidos liberal y socialista obrero. Proyectan trabajar unidos para socavar el poder de Hasan, implantar la ley islámica en Egipto, cortar los lazos con Estados Unidos y denunciar los acuerdos de paz con Israel.

El presidente hizo un gesto con la cabeza hacia Schiller.

—Julius, ¿estás de acuerdo con el tétrico panorama que nos pinta Doug?

—Sí —respondió con gesto grave el aludido.

—¿Martin?

La expresión solemne de Brogan lo dijo todo.

—Sólo hemos retrasado lo inevitable. El gobierno de Hasan terminará por caer, pues el apoyo de los militares puede desaparecer cualquier día. Mis mejores cerebros de Langley prevén un golpe bastante incruento por parte del ejército dentro de dieciocho a veinticuatro meses.

—Recomiendo que adoptemos una actitud de no intervención y de esperar a ver, señor presidente —apuntó Oates—. Y estudiar nuestras posibilidades de tratar con otros gobiernos musulmanes.

—Lo que me está sugiriendo es una posición aislacionista —replicó el presidente.

—Tal vez sea el momento de adoptar tal planteamiento —intervino Schiller—. Nada de cuanto intentaron sus predecesores en los últimos veinte años ha dado resultado, señor.

—Los rusos también saldrán perdiendo —añadió Nichols—. Y nuestro mayor consuelo será que se habrá evitado que Paul Capesterre, también conocido por Ajmad Yazid, creara otro desastre como el iraní. Desde el poder, habría

maniobrado para destruir nuestros intereses en Oriente Medio a toda costa.

—No estoy totalmente de acuerdo con esa panorámica general —dijo Brogan— pero, durante el tiempo que nos queda, aún tenemos la oportunidad de cultivar la amistad del próximo hombre que ocupará el poder en Egipto.

Una mueca de interrogación apareció en el rostro del presidente.

—¿A quién se refiere?

—Al ministro de Defensa, Abu Hamid.

—¿Usted cree que se pondrá al frente del gobierno?

—Cuando el momento le sea propicio, sí —explicó Brogan con paciencia—. Tiene en el bolsillo el poder militar y ha buscado hábilmente el apoyo de los fundamentalistas islámicos moderados. En mi opinión, Abu Hamid es el segundo ganador.

—Podría haber sido mucho peor —murmuró Oates con una leve sonrisa—. Ese hombre no se ha negado a aceptar favores y a meter mano en algunos de los miles de millones de dólares que hemos volcado sobre su país. Abu Hamid no es del tipo que haga ascos a los regalos. Naturalmente, tendrá que hacer las obligadas declaraciones de condena contra Israel y soltar las maldiciones de costumbre contra los Estados Unidos para contentar a los fanáticos religiosos, pero por debajo de esa retórica mantendrá abierta una línea de comunicación amistosa con nosotros.

—Y el hecho de que esté en buenas relaciones con Hala Kamil tampoco nos perjudica —añadió Nichols con rotundidad.

El presidente permaneció en silencio, contemplando la copa de vino como si fuera una bola de cristal. A continuación, la levantó.

—Por una relación amistosa y prolongada con Egipto.

—Eso, eso —dijeron Mercier y Brogan al unísono.

—Por Egipto —murmuró Oates.

—Y por México —añadió Schiller.

El presidente consultó su reloj y se levantó, seguido por sus consejeros.

—Lamento tener que dejar aquí el asunto, pero tengo una reunión con un grupo de funcionarios del Tesoro. Feliciten en mi nombre a todos los participantes en el rescate de los huéspedes. —Se volvió hacia Oates y añadió—: Quiero reunirme con usted y el senador Pitt en cuanto llegue.

—¿Para tratar de sus conversaciones con el presidente Hasan durante el secuestro?

—Me interesa más saber qué ha averiguado del presidente De Lorenzo y de la crisis al sur de nuestra frontera. Egipto sólo tiene una importancia secundaria en comparación con México. Podemos dar por hecho que Ajmad Yazid ha quedado fuera de juego por lo que resta de temporada, pero Topiltzin es una amenaza todavía peor. Concéntrense en él, caballeros. Si no logramos estabilizar la situación en México, que Dios nos ayude.

63

Poco a poco, a regañadientes, Pitt surgió de la profunda oscuridad del sueño y regresó a la brillante luz de la conciencia, para descubrir de inmediato que ésta iba acompañada de un dolor intenso y agudo. Intentó sumirse de nuevo en el reconfortante vacío pero sus ojos parpadearon, se abrieron, y ya fue demasiado tarde. Lo primero que vio fue un rostro enrojecido y sonriente frente a él.

—Vaya, vaya, ya ha vuelto al mundo de los vivos —dijo el primer oficial, Finney, alegremente—. Iré a informar al capitán.

Mientras Finney desaparecía por la portilla, Pitt volvió los ojos sin mover la cabeza y observó a un hombrecillo calvo sentado en una silla junto a la cama. Pitt reconoció al médico del barco, pero no logró recordar su nombre.

—Lo siento, doctor, pero no me acuerdo de…

—Henry Webster —adivinó inmediatamente el hombre, con una cálida sonrisa—. Y, si se pregunta dónde está, le diré que se encuentra en la mejor suite a bordo del *Lady Flamborough*, que actualmente es remolcado por el *Sounder* hacia Punta Arenas.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

—Mientras usted hacía su informe al coronel Hollis, me estuve ocupando de sus heridas. Poco después, le administré un sedante. Ha estado durmiendo durante unas doce horas.

—No me extraña que esté hambriento.

—Me ocuparé personalmente de que el *chef* le haga llegar alguna de sus especialidades.

—¿Cómo están Giordino y Findley?

—Es admirable que se interese usted antes por sus amigos que por usted mismo. Giordino es un hombre muy resistente. Le extraje cuatro balas, ninguna de ellas en zonas delicadas. Estará en plena forma para celebrar la Nochevieja. Las heridas de Findley eran mucho más serias. Recibió un balazo en los pulmones y otro en el estómago. Hice cuanto pude por él, aquí en el barco. Giordino y él fueron transportados por vía aérea a Punta Arenas y de allí a Washington, poco después de que le administrara el sedante. Findley será operado por especialistas en heridas de bala en el centro médico Walter Reed. Si no surgen complicaciones se restablecerá totalmente. Por cierto, su amigo Rudi

Gunn consideró que ellos lo necesitaban más que usted, de modo que los acompañó en el vuelo.

Antes de que Pitt pudiera replicar, el doctor le introdujo un termómetro digital en la boca, retirándolo a los pocos instantes. Estudió la cifra y asintió.

—En cuanto a usted, señor Pitt… Se recuperará sin problemas. ¿Qué tal se siente?

—No me siento con ánimos para participar en un triatlón pero, salvo por un latido en la cabeza y una sensación de escozor en el cuello, estoy perfectamente.

—Es usted un hombre de suerte. Ninguna de las balas que le hirieron ha afectado un hueso, un órgano interno o una arteria. Le he dado unos puntos en la pierna y en el cuello o, más exactamente, en el músculo trapecio. Y también en la mejilla. La cirugía plástica podrá eliminar la cicatriz salvo, claro está, que usted considere que le añade atractivo ante las mujeres. El arañazo en la cabeza le ha causado una contusión, pero las radiografías no han revelado señales de fractura craneal. Mi pronóstico es que dentro de tres meses estará en condiciones de cruzar a nado el canal de la Mancha y de tocar el violín.

Pitt se echó a reír, pero soltó un gemido ante el dolor que le atenazaba todo el cuerpo. En el rostro de Webster se reflejó al instante la preocupación.

—Lo siento —dijo—. Me temo que mi trato con los pacientes es excesivamente festivo.

Pitt se relajó y el dolor no tardó en remitir. Le encantaba el humor y el acento británico del médico. Lanzó una leve sonrisa y contempló a Webster con indisimulado respeto, consciente de que el doctor, en un rasgo de modestia, había restado importancia a sus esfuerzos y habilidad.

—Si ha de dolerme así —dijo Pitt—, no veo el momento de liquidarle la minuta.

Ahora, la carcajada corrió a cargo de Webster.

—Tenga cuidado, no quiero que eche a perder mi excelente zurcido.

Pitt se incorporó a duras penas hasta quedar sentado y tendió la mano a Webster.

—Le agradezco mucho lo que ha hecho por los tres.

—Ha sido un honor atenderlo, señor Pitt —respondió Webster, poniéndose en pie y estrechando la mano extendida de Pitt—. Ahora, lo dejo. Parece que es usted el hombre de moda y creo que ahí fuera tiene a varios visitantes muy distinguidos.

—Adiós, doctor, y gracias.

Webster le guiñó el ojo y asintió con la cabeza. Después se dirigió a la puerta, la abrió e indicó con un gesto que podían entrar.

El primero en hacerlo fue el senador Pitt, seguido por Hala, el coronel Hollis y el capitán Collins. Los hombres le estrecharon la mano, pero Hala se inclinó y dio un ligero beso a Pitt.

—Espero que haya encontrado satisfactorio el servicio a bordo —dijo el capitán Collins con jovialidad.

—Nadie se ha recuperado nunca en un hospital más lujoso —respondió Pitt —. Lo único que lamento es no poder gozar de este lujo durante otro mes entero.

—Por desgracia, se ha solicitado su presencia en el norte mañana mismo —dijo Hollis.

—¡Oh, no! —gruñó Pitt.

—¡Oh, sí! —insistió el senador, enseñándole su reloj de bolsillo—. El *Sounder* nos remolcará hasta los muelles de Punta Arenas dentro de noventa minutos. Un avión de transporte de la fuerza aérea aguarda allí para llevaros conmigo a Washington a ti y a la señora Kamil.

Dirk Pitt hizo un gesto de impotencia con ambas manos.

—Adiós a mi crucero de lujo.

A continuación llegó la habitual ronda de solícitas preguntas interesándose por su estado de salud. Al cabo de unos minutos, Hollis condujo la conversación a su problema de aquel momento.

—¿Reconocería a Ammar si lo volviera a ver? —preguntó a Pitt.

—Podría identificarlo bastante fácilmente en una rueda de sospechosos. ¿No lo han encontrado? Le proporcioné una descripción detallada de su altura, peso y rasgos faciales antes de que el doctor Webster me administrara el sedante.

Hollis le presentó un pequeño montón de fotografías.

—El fotógrafo de a bordo ha tomado y revelado estas fotos de los secuestradores, tanto de los muertos como de los prisioneros. ¿Ve entre ellos a Suleiman Aziz Ammar?

Pitt estudió lentamente los retratos, observando las facciones de los cadáveres, y recordó que los asaltantes habían parecido carecer de rostro durante la batalla. Se preguntó con morbosa curiosidad cuáles serían los muertos por su mano. Por fin, alzó la vista y sacudió la cabeza en gesto de negativa.

—No está entre los vivos ni entre los muertos.

—¿Está seguro? —insistió Hollis—. Las heridas y las expresiones de los muertos pueden modificar mucho los rasgos faciales.

—Lo tuve más cerca de lo que está usted ahora, y en unas circunstancias que no resultan fáciles de olvidar. Si le digo que no está en esas fotos, créame, coronel.

Hollis sacó de un sobre otra foto mayor y la pasó a Pitt sin comentarios. Al cabo de unos segundos, Pitt lanzó una mirada interrogativa a Hollis.

—¿Qué quiere que le diga?

—¿Es ése Suleiman Aziz Ammar?

Pitt le devolvió la fotografía y respondió:

—Usted sabe perfectamente que lo es, o no habría sacado por arte de magia una foto suya tomada en otro momento y lugar.

—Sospecho que el coronel se está callando el hecho de que todavía no ha encontrado a Ammar o sus restos.

—Entonces, sus hombres deben de haber ocultado el cuerpo —dijo Pitt—. Estoy seguro de que no fallé. Le acerté una vez en el hombro y dos en la cara. Vi a uno de sus hombres arrastrarlo hasta ponerlo a cubierto después de que cayera. Es imposible que vaya a ninguna parte.

—Tal vez enterraron el cuerpo —admitió Hollis—. La búsqueda por tierra y aire no ha detectado rastro alguno de su presencia en la isla.

—De modo que el zorro no ha sido cazado —dijo Pitt para sí. El senador lo miró.

—¿De qué estás hablando?

—Es algo que dijo Ammar acerca de un coyote y un zorro cuando parlamentamos —respondió Pitt, pensativo. Después, se volvió a los demás—. Apuesto a que ha eludido la persecución. ¿Alguien quiere jugarse algo?

Hollis lanzó una tétrica mirada a Pitt en respuesta a sus palabras.

—Será mejor que rece para que esté más muerto que una barracuda en un desierto. De lo contrario, dé por seguro que el de Dirk Pitt será el nombre a partir de ahora que encabece su lista de objetivos.

Hala se acercó a la cabecera de la cama con paso elegante, envuelta en un vestido de seda dorada con un diseño de jeroglíficos modernizados. Colocó con suavidad la mano en torno a su hombro y dijo con voz tranquila:

—Dirk está muy débil. Necesita una buena comida y descanso hasta el momento de desembarcar. Sugiero que lo dejemos solo durante la próxima hora.

Hollis guardó las fotos en el sobre y se puso en pie.

—Yo me despido aquí. Me espera un helicóptero para volver a Santa Inés y seguir buscando a Ammar.

—Déle recuerdos al comandante Dillinger.

—Lo haré. —Hollis pareció titubear por un instante; luego se acercó a la cama y estrechó la mano de Pitt—. Dirk, les pido disculpas a usted y a sus amigos. Lamento haberlos subestimado. Si alguna vez desea el traslado de la NUMA a las FOE seré el primero en firmar la recomendación.

—No me encontraría cómodo —sonrió Pitt—. Tengo alergia a recibir órdenes.

—Sí, ya lo ha demostrado —asintió Hollis con una leve sonrisa.

El senador se acercó a estrechar la mano de su hijo.

—Te veré en cubierta —le dijo.

—Yo también me despediré allí —añadió el capitán Collins.

Hala permaneció callada. Empujó a los hombres fuera de la habitación; luego, cerró la puerta despacio y pasó el pestillo antes de volver junto a la cama. Los pliegues del vestido se ajustaban a su cuerpo y algo en su movimiento llevó a Pitt a convencerse de que la mujer no llevaba nada debajo.

Hala demostró que así era cuando se aflojó el ceñidor y se despojó del vestido dejándolo caer desde sus hombros. Pitt escuchó el crujido de la seda al deslizarse de sus suaves carnes. Hala permaneció inmóvil como una estatua de bronce con los pechos firmes, las manos apoyadas en los muslos y una pierna ligeramente por delante de la otra. Luego, extendió las manos y se coló bajo la sábana.

—Te debo algo —dijo en un susurro.

Pitt vio su imagen reflejada en los espejos de las puertas del armario. Sólo estaba cubierto con una gasa blanca. Llevaba vendada la parte superior de la cabeza y la mitad del rostro, así como un lado del cuello y la pierna herida. No se había afeitado en una semana y el blanco de sus ojos estaba veteado de venillas rojas. En su opinión, tenía un aspecto tan horrible que cualquier mujer lo rechazaría.

—Lamento si soy una mala imitación de don Juan —murmuró.

—A mis ojos, eres guapísimo —susurró Hala mientras se acercaba suavemente a su lado y pasaba los dedos con ligereza por el vello de su pecho—. Debemos darnos prisa. Tenemos menos de una hora.

Pitt soltó un largo suspiro. El doctor Webster le echaría una buena bronca si se excedía y hacía saltar los puntos. Qué absurdo. ¿Por qué, se preguntó, los hombres preparaban estratagemas tan complicadas para seducir a las mujeres y ellas, en cambio, respondían poniéndose cariñosas en circunstancias absurdas, cuando uno menos lo esperaba? Pitt estuvo más seguro que nunca de que James Bond tampoco era para tanto, a fin de cuentas.

Cuando Ammar despertó, sólo vio la oscuridad. Notó el hombro como si una brasa de carbón le quemara la carne. Intentó llevarse las manos al rostro, pero una de ellas le estalló de dolor y recordó entonces la bala que le había dado en la muñeca. Levantó la mano útil para palparse los ojos pero las yemas de sus dedos sólo notaron el paño, atado con fuerza, que le cubría toda la cabeza, desde la frente a la barbilla.

Comprendió que sus ojos no tenían salvación y se dijo que una vida de ciego no era para él. Buscó a tientas un arma, cualquier cosa con la que darse muerte, pero lo único que pudo tocar fue la superficie rocosa, húmeda y llana.

Ammar, desesperado e incapaz de reprimir el temor al desamparo y la impotencia, luchó por ponerse en pie, trastabilló y cayó al suelo.

En ese instante, dos manos lo cogieron por los hombros.

—No te muevas ni lances un solo grito, Suleiman Aziz —escuchó susurrar a Ibn—. Los americanos están buscándonos.

Ammar se asió de las manos de Ibn, serenándose. Intentó hablar pero no pudo pronunciar sonidos coherentes; sólo unos ruidos guturales, como de un

animal, surgieron entre el paño empapado de sangre coagulada que sostenía los restos de su mandíbula destrozada.

—Estamos en una pequeña cámara en el interior de uno de los túneles de la mina —le cuchicheó Ibn al oído—. Pasaron muy cerca, pero tuve tiempo de construir un muro que ocultó nuestro escondite.

Ammar asintió y trató desesperadamente de hacerse entender.

Fue como si Ibn pudiera ver en la oscuridad y leer los pensamientos de Ammar.

—¿Deseas morir, Suleiman Aziz? No, no morirás. Los dos lo haremos juntos, pero ni un segundo antes de cuando Alá lo decida.

Ammar cedió, desesperado. Nunca se había sentido tan desorientado, tan completamente fuera de control. El dolor era insoportable y el pensamiento de pasar el resto de sus días en la celda de una cárcel de máxima seguridad, ciego y mutilado, le abrumaba. Lo había abandonado todo instinto de conservación. No soportaba la idea de depender de otros a lo largo de toda su existencia. Ni siquiera de Ibn.

—Descansa, hermano mío —dijo éste con suavidad—. Necesitarás todas las fuerzas cuando llegue el momento de escapar de la isla.

Ammar se derrumbó y rodó de costado. Su hombro intacto golpeó el suelo desigual del túnel. Estaba mojado y la humedad empapaba sus ropas, pero el dolor era demasiado para percibir aquella molestia añadida.

Cada vez se sentía más desesperado. El fracaso en la operación se había convertido en un horror. Vio a Ajmad Yazid de pie junto a él, sonriéndole con afectación; después, una cortina tomó forma en los profundos recovecos de Ammar, para abrirse a continuación. Apareció entonces un débil resplandor, un fulgor que aumentó hasta estallar en un destello cegador y, en aquel momento espeluznante, tuvo una visión del futuro.

Sobreviviría para vengarse.

Repitió mentalmente la palabra una y otra vez hasta que por fin, recuperó el control de sí mismo.

La primera decisión que tuvo que afrontar fue a quién daría muerte primero con sus propias manos, a Yazid o a Pitt. No podía actuar en solitario, puesto que ya no era físicamente capaz de asesinar a ambos por sí mismo, pero ya estaba cobrando forma un plan en su mente. Tendría que confiar en Ibn para compartir la venganza.

La decisión disgustó a Ammar pero, al fin y al cabo, no tenía elección.

Ibn atraería al coyote y Ammar se encargaría como acto final de acabar con la víbora.

64

Pitt se negó a volver en el avión postrado en una camilla. Prefirió ir sentado en un cómodo sillón de ejecutivo, con la pierna sobre el asiento de una silla colocada enfrente y admirando por la ventanilla las cumbres nevadas de los Andes. A la derecha, se adivinaban las verdes llanuras que indicaban los confines de las tierras altas brasileñas. Dos horas más tarde, una distante bruma grisácea anunció la proximidad de la abigarrada ciudad de Caracas y, poco después, se encontró contemplando el horizonte donde el verde turquesa del Caribe se fundía con el cielo azul cobalto. A cuarenta mil pies de altura, las aguas acariciadas por el viento parecían una hoja de papel rizado.

El reactor de transporte de personalidades de la fuerza aérea no era muy grande —Pitt no hubiera cabido de pie—, pero sí muy lujoso. Se sentía como si estuviese uno en el juguete caro de algún niño rico.

Su padre no estaba muy hablador. El senador pasó la mayor parte del vuelo trabajando sobre su maletín, tomando unas notas para la reunión con el presidente.

Sólo habían mantenido una breve conversación. Cuando Pitt le preguntó cómo era que se encontraba a bordo del *Lady Flamborough* en Punta del Este, el senador ni se molestó en levantar la vista antes de responder.

—Una misión para el presidente —se limitó a decir, cerrando la posibilidad de nuevas preguntas sobre el tema.

Hala también se mantuvo ocupada en sus asuntos, usando el teléfono de la aeronave constantemente para disparar órdenes a sus colaboradores del edificio de las Naciones Unidas en Nueva York. El único gesto que dedicó a Pitt fue una breve sonrisa cuando sus ojos se cruzaron un instante.

Qué pronto estaban olvidando, pensó Pitt ociosamente.

Volvió sus pensamientos a la búsqueda de los tesoros de la Biblioteca de Alejandría. Pensó en interrumpir el monopolio telefónico de Hala para tener un informe de los progresos de Yaeger, pero ahogó su curiosidad en un *dry martini* cortesía de la azafata y decidió esperar a conocer las novedades de primera mano en presencia de Lily y Yaeger.

¿Qué río había remontado Venator antes de enterrar los preciados objetos? Podía ser cualquiera de los mil que desembocaban en el Atlántico entre el San

Lorenzo, en Canadá, y el río de la Plata, en Argentina. No, no cualquiera. Yaeger tenía la teoría de que el *Serapis* había tomado agua y efectuado reparaciones frente a lo que más tarde sería Nueva Jersey, el río desconocido tenía que estar al sur, mucho más al sur que los ríos que daban a la bahía de Chesapeake.

¿Era posible que Venator hubiera conducido su flota hasta el golfo de México y Misisipí arriba? El río actual podía ser muy diferente al de hacía dieciséis siglos. Tal vez habían surcado el Orinoco, en Venezuela, que era navegable casi cuatrocientos kilómetros. O quizá el Amazonas.

Dejó vagar su mente ante lo irónico del asunto. Si podía demostrarse fehacientemente el viaje de Junio Venator a América con el hallazgo de los contenidos de la biblioteca enterrados, sería preciso revisar los libros de historia y escribir nuevos capítulos.

Los pobres Leif Eriksson y Cristóbal Colón serían relegados a simples notas a pie de página.

Pitt estaba todavía en estas divagaciones cuando lo interrumpió la azafata para indicarle que se abrochara el cinturón.

Anochecía y el avión había hundido la proa y se deslizaba en un largo viraje lateral hacia la base Andrews de las fuerzas aéreas. La luminosa extensión de Washington pasó bajo las alas y Pitt se encontró pronto descendiendo las escalerillas con la ayuda de un bastón improvisado sobre la marcha con un tubo de aluminio que le había regalado el *Lady Flamborough*. Por fin, pisó el asfalto casi en el lugar exacto en que lo había hecho a su llegada de Groenlandia.

Hala bajó del reactor y se despidió de él. La mujer continuaba en el avión hasta Nueva York.

—Te has convertido en un preciado recuerdo para mí, Dirk Pitt.

—Aún tenemos pendiente una cita para cenar.

—La próxima vez que visites El Cairo. Correrá de mi cuenta.

El senador escuchó el comentario e intervino.

—¿El Cairo, señora Kamil? ¿No Nueva York?

Hala le dedicó una sonrisa digna de la bella Nefertiti.

—Voy a dimitir como secretaria general y regresaré a mi país. La democracia agoniza en Egipto y puedo hacer más para mantenerla viva si trabajo en medio de mi pueblo.

—¿Y Yazid?

—El presidente Hasan ha prometido ordenar su arresto domiciliario.

—Tenga cuidado —le recomendó el senador con un gesto ceñudo de preocupación—. Yazid sigue siendo un hombre peligroso.

—Si no es Yazid, siempre habrá otro maníaco esperando al acecho. —Sus dulces ojos negros ocultaban el temor que le atenazaba el corazón. El senador le dio un abrazo paternal y ella añadió—: Dígale a su presidente que Egipto no se convertirá en una nación de locos fanáticos.

—Le transmitiré sus palabras.

Hala se volvió hacia Pitt. Estaba a punto de enamorarse de él pero luchó por reprimir sus sentimientos con toda la fuerza de voluntad que poseía. Notó que le vacilaban las piernas cuando tomó entre las suyas las manos de Pitt y contempló su rostro siempre joven. Por un instante se vio, con los ojos de la imaginación, enroscada en su cuerpo, acariciando su piel musculosa; luego, con la misma rapidez, borró la imagen de su mente. Había encontrado en aquel hombre una breve y satisfactoria realización que se había negado mucho tiempo, pero sabía que no podría nunca dividir su amor entre Egipto y un solo hombre.

Su vida pertenecía a aquéllos que no tenían más que la miseria y la pobreza.

Besó a Pitt con ternura y le susurró:

—No me olvides.

Antes de que pudiera responder, Hala se había vuelto y corría escalerilla arriba hacia el avión. Pitt se quedó mirando el hueco vacío de la portezuela un largo instante.

El senador adivinó sus pensamientos y los interrumpió.

—Han mandado una ambulancia para llevarte al hospital.

—¿Al hospital? —repitió Pitt con voz ausente y con la mirada aún fija en la portezuela que se cerraba. Los motores del reactor silbaron al aumentar de revoluciones y el aparato empezó a recorrer la pista de servicio hacia la de despegue.

Pitt se quitó los vendajes de la cabeza y el rostro y los arrojó hacia el chorro de los reactores del aparato, que enviaron las vendas dando vueltas por el aire como si fueran serpientes voladoras.

Hasta que el reactor no hubo despegado, Pitt no respondió a su padre. Entonces, declaró tajantemente:

—No pienso ir a ningún maldito hospital.

—Te estás excediendo un poco, ¿no crees? —dijo el senador con paternal preocupación, consciente de que era una pérdida de tiempo y de energías hacer recomendaciones a alguien tan independiente como su hijo.

—¿Cómo vas a la Casa Blanca? —preguntó Pitt. El senador señaló con la cabeza un helicóptero que aguardaba a un centenar de metros de ellos y respondió:

—El presidente se ha ocupado de mi transporte.

—¿Te importa dejarme en la NUMA?

Su padre lo miró con aire socarrón.

—No querrás saltar en marcha, ¿verdad?

Pitt sonrió.

—Estar contigo siempre me recuerda de qué rama de la familia procede mi sentido más sádico del humor.

El senador pasó el brazo en torno a la cintura de su hijo.

—Vamos, hijo, deja que te ayude a llegar al helicóptero.

Pitt notó un nudo de tensión en el estómago mientras subía en el ascensor y veía encenderse los botones de los pisos que le faltaban para llegar a la planta donde se encontraba el complejo de ordenadores de la NUMA. Lily lo esperaba en el vestíbulo cuando las puertas se abrieron y Pitt salió cojeando.

La muchacha lucía una ancha sonrisa que se convirtió en una mueca helada cuando vio su aspecto cansado y molido, la larga costura de su mejilla, el bulto de las vendas bajo el suéter de lana de cuello alto que le había prestado su padre y la pierna que arrastraba, apoyado en el bastón. Tras unos segundos, Lily recuperó resueltamente la sonrisa.

—Bienvenido a casa, marinero.

Avanzó hacia él y le pasó los brazos en torno al cuello. Pitt dio un respingo y soltó un gemido por lo bajo. Lily saltó hacia atrás al instante.

—¡Oh, lo siento!

—No te apartes —replicó Pitt, tomándola por la cintura y apretando sus labios contra los de ella. La barba sin afeitar rascaba su piel y Lily aspiró su aroma deliciosamente varonil, mezclado con el olor a ginebra.

—Hay algo de especial en los hombres que sólo vuelven a casa una vez por semana —dijo ella por fin.

—Y en las mujeres que esperan —añadió Pitt, retrocediendo un paso y echando un vistazo a su alrededor—. ¿Qué habéis descubierto Hiram y tú desde que me fui?

—Que sea Hiram quien te lo cuente —respondió la muchacha con aire frívolo, al tiempo que lo tomaba de la mano y lo conducía por las instalaciones informáticas.

Yaeger salió apresuradamente de su despacho y, sin una palabra de saludo o de interés por las heridas de Pitt, fue directamente al grano.

—¡Lo hemos encontrado! —anunció con gesto ampuloso.

—¿El río? —concretó Pitt, expectante.

—No sólo el río, sino que creo poder situarte en una zona de cinco kilómetros cuadrados donde ha de estar la cueva del tesoro.

—¿Dónde está?

—En Texas. Un pequeño pueblo fronterizo llamado Roma.

Yaeger tenía el aspecto complacido y satisfecho de un tiranosaurio Rex que acabara de zamparse un brontosaurio.

—Lleva ese nombre porque está situado entre siete colinas, como la capital de Italia. Unas colinas bastante bajas, lo reconozco; casi insignificantes. Pero también existen informaciones acerca del supuesto hallazgo de objetos de la época romana clásica en excavaciones realizadas en la zona. Los arqueólogos de

prestigio se han burlado de tales hallazgos, naturalmente, pero ¿qué saben ellos?

—Entonces, el río es…

—El río Bravo del Norte, según la denominación en español —reveló Yaeger —. Más conocido, a este lado de la frontera, como río Grande.

—Río Grande…

Pitt repitió las palabras lentamente, apurando el sabor de cada sílaba; le resultaba difícil aceptar la verdad tras decenas de corazonadas fallidas, de suposiciones infundadas y de especulaciones que no llevaban a ninguna parte.

—Es una verdadera lástima —comentó Yaeger, malhumorado.

—¿Por qué lo dices? —replicó Pitt, mirándolo con cierta sorpresa. Yaeger sacudió la cabeza enérgicamente y añadió:

—Porque esos tejanos se pondrán aún más insoportables cuando sepan lo que han tenido debajo de sus traseros durante los últimos dieciséis siglos.

65

A media mañana del día siguiente, después de tomar tierra en el aeródromo de la base naval de Corpus Christi, Pitt y Lily, acompañados del almirante Sandecker, fueron conducidos por un marinero de primera al centro de investigaciones oceánicas de la NUMA, situado en la bahía. Sandecker ordenó al conductor que se detuviera junto a un helicóptero posado en una explanada asfaltada junto a un largo muelle. No había nubes y el sol lucía en el cielo. La temperatura era suave pero la humedad muy alta y los tres empezaron a sudar tan pronto como se apearon del coche.

El geólogo jefe de la NUMA, Herb Garza, les dirigió un amistoso saludo con la mano y se acercó. Era un tipo bajo y rechoncho, de piel morena, con algunas marcas de viruela en el rostro y un cabello negro reluciente. Garza llevaba una gorra de béisbol de los California Angels y una camiseta anaranjada fluorescente tan chillona que Pitt la seguía viendo si cerraba los ojos unos segundos.

—Doctor Garza, me alegro de volver a verlo —dijo Sandecker, lacónicamente.

—Le esperaba con impaciencia —respondió Garza con entusiasmo—. Podemos despegar tan pronto como estemos a bordo.

Se volvió y les presentó al piloto, Joe Mifflin, que llevaba unas gafas de sol y que, en la rápida apreciación de Pitt, parecía muy animado.

Pitt y Garza habían trabajado juntos en un proyecto de investigación a lo largo de la extensión desierta de costa atlántica en Sudáfrica.

—¿Cuánto tiempo ha pasado, Herb? —comentó Pitt—. ¿Tres años, cuatro?

—¿Quién los cuenta? —respondió Garza con una ancha sonrisa mientras se estrechaban la mano—. Encantado de volver a estar en tu equipo.

—Te presento a la doctora Lily Sharp.

—¿Otra científica marina? —preguntó mientras hacía una cortés inclinación de cabeza.

—Arqueóloga terrestre —replicó Lily sacudiendo la cabeza. Garza se volvió y contempló a Sandecker con patente curiosidad.

—¿No se trata de una investigación marítima, almirante?

—No. Lamento no haberle facilitado más información, Herb, pero me temo que aún tendremos que mantener en secreto el verdadero propósito de nuestra

misión durante algún tiempo más.

—Usted es el jefe —respondió Garza, encogiéndose de hombros en gesto de indiferencia.

—Lo único que necesito es un rumbo —añadió Mifflin.

—Al sur —dijo Pitt—. Al sur hasta el río Grande.

Descendieron por la costa sobrevolando el canal navegable de la Waterway y pasaron por encima de los hoteles y urbanizaciones de la isla Padre. Luego, Mifflin llevó el helicóptero verde, con las letras NUMA pintadas en el costado, bajo una capa de nubes hinchadas como palomitas de maíz, y varió el rumbo hacia el oeste más allá de Puerto Isabel, donde las aguas del río Grande desembocaban en el golfo de México.

La tierra a sus pies era una extraña mezcla de marisma y desierto, lisa como un aparcamiento, en la que crecían los cactus entre la hierba alta. Pronto apareció ante el parabrisas la ciudad de Brownsville. El río se estrechaba al pasar bajo el puente que unía Texas con Matamoros, en México.

—¿Puede decirme qué se supone que debemos investigar? —inquirió Garza.

—Usted creció en el valle del río Grande, ¿verdad? —preguntó a su vez Sandecker, sin responder todavía.

—Nací y pasé la juventud río arriba, en Laredo. Hice varios cursos universitarios en el Texas Southernmost College de Brownsville. Acabamos de pasar junto a él.

—Entonces, estará familiarizado con la estructura geológica de la zona de Roma…

—Sí, he realizado diversos trabajos de campo en esa zona, en efecto.

Pitt intervino entonces en la conversación:

—En comparación con la actualidad, ¿cómo sería el río tres o cuatro siglos después de Cristo?

—El curso no debía de ser muy distinto del actual —contestó Garza—. Naturalmente, habrá cambiado un poco debido a esporádicas inundaciones, pero rara vez más allá de un par de kilómetros y, a lo largo de los siglos, habrá vuelto las más de las ocasiones a su cauce anterior. La principal diferencia es que, en esa época, el río Grande debía de ser considerablemente más caudaloso. Hasta la guerra con México, su anchura era de entre doscientos y cuatrocientos metros. Sin duda, el canal principal era mucho más profundo que hoy día.

—¿Quién fue el primer europeo en descubrirlo?

—Alonso de Pineda navegó por la desembocadura del río en 1519.

—¿Podría ser comparable al Misisipí en esa época?

Garza meditó un instante antes de contestar.

—El río Grande era más parecido al Nilo —dijo finalmente.

—¿Al Nilo?

—Sus manantiales se encuentran en las montañas Rocosas, en Colorado. En el pasado, cuando llegaba la temporada primaveral del deshielo, sus aguas barrían las extensiones de su curso bajo inundando las tierras y los antiguos indios, igual que los egipcios, cavaban zanjas para que las aguas regaran sus campos. Ésa fue, precisamente, la causa de que el río que ahora vemos sea apenas un arroyo en comparación con su viejo caudal. Cuando los colonizadores españoles y mexicanos se establecieron, seguidos por los tejanos norteamericanos, se construyeron nuevos canales y obras de irrigación. Después de la guerra civil, el tren trajo nuevos campesinos y ganaderos que extrajeron más agua a base de pozos. Hacia 1894, la presencia de bajíos y peligrosos bancos de arena puso fin a la presencia de vapores a palas. De no haberse producido los excesos en la irrigación, el río Grande habría podido ser el Misisipí de Texas.

—¿Los barcos de vapor navegaban por río Grande? —le interrumpió Lily.

—Durante una corta época, hubo un tráfico de barcos muy considerable y el comercio se desarrolló a lo largo de ambas riberas. Flotillas de vapores a palas realizaron trayectos regulares entre Brownsville y Laredo durante más de treinta años. Ahora, desde la construcción de la presa Falcon, las únicas embarcaciones que pueden verse en el tramo inferior del río son algunas lanchas fuera borda y botes neumáticos.

—¿Es posible que algún barco de vela pudiera remontar el río hasta Roma?

—De sobras. El río debía ser lo bastante ancho para avanzar dando bordos. Lo único que debía hacer un barco de vela era esperar a que se levantaran las brisas del este procedentes del mar. En 1850, un barco fluvial de quilla poco profunda logró llegar hasta Santa Fe.

Todos permanecieron en silencio unos minutos mientras Mifflin seguía los meandros del río hasta que aparecieron algunas colinas de poca altura y formas redondeadas. En la orilla mexicana, diversas poblaciones de pequeño tamaño fundadas casi trescientos años antes se asentaban junto al río, apartadas y polvorientas. Algunas casas estaban construidas con piedra y adobe y lucían techos de tejas rojas, mientras que las afueras aparecían salpicadas de pequeñas chozas primitivas de techos de paja.

La zona del valle destinada a la agricultura, con sus plantaciones de frutales y sus campos de verduras y de áloe, daba paso a áridas planicies de árboles ralos y cardos silvestres. Pitt esperaba encontrar un río enfangado de aguas marrones, pero río Grande le sorprendió agradablemente por su intenso verdor.

—Estamos acercándonos a Roma —anunció Garza—. La ciudad hermana del otro lado del río se llama Miguel Alemán. No es nada del otro mundo. Aparte de algunas tiendas de curiosidades para turistas, apenas es más que un paso fronterizo de la ruta a Monterrey.

Mifflin redujo la velocidad y sobrevoló el puente internacional antes de

volver a tomar el curso del río, a baja altura. En el lado mexicano, hombres y mujeres se dedicaban a lavar sus automóviles, remendar las redes de pesca y nadar. Junto a la orilla, un puñado de cerdos chapoteaba en el fango. En la orilla norteamericana, un pequeño promontorio de roca arenisca amarillenta se alzaba de la ribera protegiendo la mayor parte del casco urbano de Roma. Los edificios de la población parecían muy antiguos y algunos ofrecían un aspecto descuidado, pero todos daban impresión de gran solidez. Un par de ellos estaba siendo objeto de restauración.

—Esos edificios parecen muy pintorescos —comentó Lily—. Deben de tener mucha historia tras sus muros.

—Roma fue un puerto muy activo durante la era de los vapores comerciales y militares —explicó Garza—. Los comerciantes enriquecidos contrataron arquitectos para que les diseñaran las casas y los locales de negocios. Muchos de los edificios se han conservado perfectamente.

—¿Alguno de ellos destaca o es más famoso que los demás? —preguntó Lily. Garza se echó a reír.

—¿Famoso? Si me dieran a escoger, me quedaría con una residencia construida a mediados del siglo pasado que fue utilizada como la «Cantina de Rosita» cuando se filmó en la ciudad la película *Viva Zapata*, con Marlon Brando.

Sandecker indicó con un gesto al piloto que sobrevolara las colinas en torno a la población y se volvió hacia Garza.

—¿De veras el nombre de Roma le viene de estar rodeado por siete colinas?

—Nadie lo sabe con certeza —repuso Garza—. Incluso resulta difícil distinguir siete colinas. Dos de ellas tienen una cumbre visible, pero la mayoría están amontonadas y sus laderas se confunden.

—¿Cuál es su composición geológica? —preguntó Pitt mientras contemplaba el paisaje a sus pies.

—En su mayor parte, sedimentos cretácicos. Toda esta zona estuvo en otro tiempo cubierta por el mar. Abundan los caparazones fósiles de moluscos y se han encontrado algunos de ostras que medían medio metro. Cerca de aquí hay un cascajar que ilustra los diversos períodos geológicos transcurridos. Puedo darle una conferencia rápida sobre el terreno si prefiere que Joe tome tierra en ese lugar.

—Todavía no —dijo Pitt—. ¿Existe alguna caverna natural en esta región?

—Ninguna visible en la superficie, pero eso no significa que no las haya. No existe modo de saber cuántas cuevas, formadas por los antiguos mares, se ocultan bajo la capa superior del terreno. Si cavas lo suficiente en el lugar adecuado, es muy probable que encuentres una oquedad de grandes dimensiones en la arenisca. Las viejas leyendas indias hablan de espíritus que viven bajo tierra.

—¿Qué clase de espíritus?

—Fantasmas de los antepasados que murieron en combate con los dioses del mal —respondió Garza encogiéndose de hombros. Lily se asió inconsciente y fuertemente al brazo de Pitt.

—¿Se ha descubierto algún objeto arqueológico en las cercanías de Roma?

—Algunas puntas de flecha y de lanza de pedernal, cuchillos del mismo metal y varias piedras-barca.

—¿Qué son las piedras-barca? —se interesó Pitt.

—Son unas piedras huecas con forma de casco de embarcación —respondió Lily con creciente excitación—. Su origen exacto y su propósito son un misterio. Se cree que eran utilizadas como amuletos. Supuestamente, lo protegían a uno del mal, sobre todo si se temía el poder de una bruja o un chamán. Se colocaba una efigie de la bruja atada a una piedra-barca y se arrojaban a un río o lago, quedando uno libre del hechizo.

Pitt hizo una pregunta más a Garza:

—¿Ha aparecido aquí algún objeto perteneciente a un período histórico que no encaje con lo que sería de esperar?

—Sí, varios, pero han sido considerados falsos.

—¿Qué clase de objetos? —intervino Lily con su expresión más inocente.

—Espadas, cruces, fragmentos y piezas de armadura, astas de lanza, la mayoría de ellas de hierro. También recuerdo haber oído hablar de una vieja ancla de piedra que fue encontrada en los riscos junto al río.

—Probablemente era de origen español —aventuró Sandecker, con cautela. Garza movió la cabeza en señal de negativa.

—No era española, sino romana. Los funcionarios del museo del estado se mostraron, como es lógico, muy escépticos. Finalmente, las catalogaron como una reproducción del siglo pasado.

Lily hundió más los dedos en el brazo de Pitt.

—¿Hay alguna posibilidad de que les eche un vistazo a esos objetos? —preguntó con voz alterada—. ¿O tal vez se han perdido y olvidado, arrinconados bajo el polvo en el sótano de alguna universidad del estado?

Garza señaló con el dedo hacia la ventana, apuntando hacia la carretera que se dirigía hacia el norte.

—No. En realidad, todos esos objetos están muy cerca de aquí. El hombre que descubrió la mayoría de ellos los ha guardado y coleccionado. Es un típico tejano llamado Sam Trinity, más conocido en el pueblo por Sam *el Chiflado*. Lleva sesenta años haciendo agujeros en sus tierras jurando que un ejército romano acampó aquí. Se gana la vida con una pequeña estación de servicio y almacén. En la parte de atrás tiene un cobertizo que él denomina, ampulosamente, su Museo de Antigüedades.

Pitt sonrió pausadamente.

—¿Puede dejarnos junto a la gasolinera de ese hombre? —pidió a Mifflin—.

Creo que deberíamos hablar con Sam.

66

El rótulo medía diez metros de largo y estaba situado detrás del desvío de la autovía. El enorme panel horizontal se apoyaba en unos postes de madera blanqueada por el sol y agrietada por el tiempo que estaban inclinados hacia atrás uniformemente en un ángulo inverosímil. Unas floridas letras rojas sobre un desvaído fondo plateado anunciaban: el circo romano de sam.

Los surtidores de gasolina frente a la tienda-almacén estaban nuevos y relucientes y anunciaban un carburante con mezcla de atanol a cuarenta y ocho centavos el litro. La tienda era de adobe y estaba construida siguiendo el modelo de las easas indias de Arizona, de techos cuadrados con las vigas de troncos redondos sobresaliendo de las paredes. El interior estaba limpio y en los estantes se acumulaban, perfectamente ordenados, dulces, chucherías y refrescos. Era uno más de los miles de pequeños oasis aislados que salpicaban las carreteras a lo largo y ancho del país.

Sam, en cambio, no hacía juego con la decoración.

No llevaba gorra de béisbol con un anuncio de tractores. No caminaba arrastrando las botas de vaquero ni lucía sombrero de ala ancha ni pantalones tejanos descoloridos. Sam llevaba por atuendo un polo verde de manga corta, unos pantalones amarillos y unos zapatos de golf de piel de cocodrilo, de excelente calidad, con los clavos correspondientes. Su cabello canoso, bastante corto, quedaba cubierto por una gorra deportiva de cuadros escoceses.

Sam Trinity permaneció a la puerta de la tienda hasta que el polvo levantado por los rotores del helicóptero desapareció arrastrado por una leve brisa. Después, dejó atrás el sendero de asfalto sosteniendo en la mano un palo de golf al estilo de Bob Hope y se detuvo a unos seis metros de la portezuela del aparato. Garza fue el primero en bajar y se acercó al hombre.

—¡Qué tal, viejo topo!

El rostro moreno de Trinity se abrió en una gran sonrisa tejana.

—¡Herb, tú por aquí! Me alegro de verte.

Sam se quitó las gafas poniendo al descubierto unos ojos azules entrecerrados debido al fuerte sol del sur de Texas. A continuación, volvió a colocárselas como una cortina. Era un hombre alto, enjuto como un poste, con los brazos delgados y los hombros estrechos, pero su voz estaba llena de vigor y de fortaleza.

Garza realizó las introducciones pero resultó evidente que Trinity apenas se fijaba en los hombres. Se limitó a hacer un gesto con la mano y dijo:

—Me alegro de conoceros a todos. Bienvenidos al Circo Romano de Sam. —Tras aquellas palabras, advirtió el rostro de Pitt, la presencia del bastón y la cojera que sufría—. ¿Te has caído de una moto?

—Son las consecuencias de una pelea en un salón.

—Creo que me caes bien, muchacho.

Sandecker saltó atléticamente al suelo con ambas piernas separadas e indicó el palo de golf con un gesto de cabeza.

—¿Dónde juegan a golf por esta zona?

—Carretera abajo, en Río Grande City —contestó Sam Trinity con jovialidad —. Hay varios campos desde aquí a Brownsvilíe. Precisamente volvía ahora de hacer un recorrido rápido con unos viejos amigos del ejército.

—Nos gustaría echar un vistazo a tu museo —comentó Garza.

—Será un honor. Vosotros mismos. No sucede todos los días que alguien venga en un aparato volador como ése para ver mis cacharros. ¿Os apetece algo de beber, una soda o cerveza? Tengo una jarra de margarita, preparada en el congelador.

—Un margarita sería estupendo —dijo Lily, secándose el sudor del cuello con un pañuelo.

—Acompaña a tus amigos hasta el museo, Herb. La puerta está abierta. Yo vendré enseguida.

Un camión con remolque se detuvo a repostar y Trinity se quedó a charlar un momento con el camionero antes de volver a la parte posterior de la tienda.

—Ese Sam es un tipo muy amistoso.

—Puede ser más amistoso que una ranchera tejana —asintió Garza—. Pero si se pone a malas, puede ser más duro que un filete de noventa centavos.

Garza los condujo a un edificio de adobe situado detrás de la tienda. En el interior apenas cabían dos coches, pero estaba abarrotado de vitrinas y de figuras de cera vestidas de legionarios romanos. La sala de exposición estaba impoluta, sin una mota de polvo en los cristales. Los objetos estaban limpios de óxidos y perfectamente bruñidos.

Lily portaba un maletín que depositó con cuidado sobre una vitrina; abrió los cerrojos y sacó un grueso volumen con ilustraciones y fotografías que parecía un catálogo. Empezó a comparar los objetos con los que aparecían en el libro.

—Tiene buen aspecto —comentó tras estudiarlo—. Las espadas y las puntas de lanza coinciden con armas del siglo IV.

—No te emociones —le aconsejó Garza con expresión seria—. Sam fabricó lo que estamos viendo aquí y, probablemente, lo envejeció con ácidos y exponiéndolo al sol.

—Sam no falsificó todo eso —se limitó a afirmar Sandecker. Garza lo miró

con interés y escepticismo.

—¿Cómo puede decir eso, almirante? No se tiene noticia de contactos precolombinos en el golfo.

—Ahora, sí.

—Todo esto es nuevo para mí.

—El hecho se produjo el año 391 de nuestra era —le explicó Pitt—. Una flota de naves remontó río Grande hasta el lugar donde hoy está situada Roma. En alguna parte, en una de las colinas que rodean el pueblo, unos mercenarios romanos, sus esclavos y unos sabios egipcios enterraron una enorme colección de objetos procedentes de la Biblioteca de Alejandría…

—¡Lo sabía! —exclamó Sam Trinity desde la puerta abierta. Estaba tan excitado que casi dejó caer la bandeja con los vasos y la jarra de combinado que llevaba en las manos—. ¡Por todos los diablos, lo sabía! ¡Es verdad que los romanos pisaron el suelo de Texas!

—Tenía razón, Sam —asintió Sandecker—, y los que dudaban de usted se equivocaban.

—¡Todos estos años sin que nadie me creyera! —murmuró Sam, atolondrado —. Incluso después de leer la piedra, me acusaron de haber grabado la inscripción yo mismo.

—¿Piedra? ¿Qué piedra? —preguntó Pitt, incisivo.

—Ésa del rincón. La hice llevar a la Universidad de Texas pero lo único que me dijeron fue « buen trabajo, Sam, tu latín no está nada mal» . Se han burlado de mí durante años por insistir en un cuento increíble tan bien escenificado.

—¿Existe alguna traducción de la inscripción? —preguntó Lily.

—Ahí, en la pared. La hice mecanografiar y la colgué en un marco.

Lily observó las palabras escritas y las leyó en voz alta mientras los demás se reunían en torno a ella.

Esta piedra marca el camino al lugar
donde ordené enterrar las obras
de la gran sala de las Musas.
Escapé a la matanza de nuestros
hombres a manos de los bárbaros
y me dirigí al sur, donde fui aceptado
como sabio y profeta
por un pueblo primitivo constructor de pirámides.
Les he enseñado cuanto sé
de las estrellas y las ciencias, pero ellos
apenas han dado uso práctico a mis
enseñanzas. Prefieren adorar a dioses paganos
y seguir las exigencias de sacrificios humanos de sus

ignorantes sacerdotes.
Siete años han transcurrido desde mi llegada.
Mi regreso aquí está lleno de pesar
ante la visión de los huesos de mis camaradas.
Me he ocupado de su inhumación. Mi barco está
dispuesto y pronto zarparé hacia Roma.
Si Teodosio vive aún, seré ejecutado.
Pero acepto el riesgo sin vacilación
por ver a mi familia una última vez.
Para quien esto lea, en caso de que yo muera,
la entrada a la cámara está
enterrada bajo la colina. Debe ponerse al norte
y mirar recto al sur, al acantilado del río.

Junio Venator
10 de agosto de 398

—De modo que Venator sobrevivió a la batalla, sólo para morir siete años más tarde en el viaje de regreso a Roma —murmuró Pitt.

—Tal vez lo consiguió y fue ejecutado sin llegar a hablar —añadió Sandecker.

—No; Teodosio murió en el año 395 —intervino Lily intrigada—. ¡Pensar que el mensaje ha estado aquí todo este tiempo, ignorado y considerado una falsificación!

—¿Sabéis algo de ese tipo, Venator? —intervino Sam Trinity arqueando las cejas.

—Le hemos estado siguiendo los pasos —confirmó Pitt.

—¿Ha buscado usted esa cámara? —quiso saber Sandecker. Trinity asintió con la cabeza y respondió:

—He cavado en todas esas colinas, pero no he encontrado otra cosa que esto que ven aquí.

—¿A qué profundidad ha excavado?

—Hace unos diez años utilicé una retroexcavadora e hice un agujero de siete metros de hondo, pero sólo encontré esa sandalia de ahí.

—¿Puede enseñarnos el lugar donde descubrió la piedra y los demás objetos? —le pidió Pitt.

El viejo tejano se volvió a Garza.

—¿Tú crees que está bien, Herb?

—Te doy mi palabra, Sam; puedes confiar en ellos. No son ladrones de antigüedades.

—Está bien —asintió Trinity con un enérgico gesto de cabeza—. Vamonos de excursión. Podemos ir en mi todo terreno.

Sam Trinity condujo el vehículo por un camino de tierra que subía entre varias casas modernas y se detuvo frente a una valla de alambre de espinos. Saltó del coche, desenganchó una sección del alambre y lo apartó a un lado. Montó de nuevo tras el volante y continuó por un sendero casi invisible entre la crecida maleza.

Cuando el todo terreno con tracción a las cuatro ruedas llegó a lo alto de una larga pendiente poco pronunciada, el conductor detuvo la marcha y paró el motor.

—Bien, aquí es. Gongora Hill. Hace mucho tiempo alguien me dijo que la colina llevaba el nombre de un poeta español del siglo XVII. No puedo imaginar cómo nadie pudo bautizar este montón de polvo en honor de un poeta.

Pitt señaló una colina baja a unos cuatrocientos metros al norte.

—¿Cómo llaman a ese altozano de ahí?

—No sé si tiene nombre —respondió Trinity.

—¿Dónde descubrió la piedra? —preguntó Lily.

—Un momento. Es un poco más allá.

Sam Trinity puso de nuevo en marcha el motor y condujo el vehículo a marcha lenta ladera abajo, sorteando los árboles y los matorrales tupidos. Tras un par de minutos de avanzar dando tumbos, frenó junto a un curso de agua poco profundo. Se apeó del coche, se acercó a la orilla y bajó la vista.

—Justo aquí descubrí una esquina de la piedra, sobresaliendo de la ribera.

—Este arroyo estacional serpentea entre la colina Gongora y la de más allá —apuntó Pitt.

Trinity asintió con la cabeza antes de replicar:

—Es cierto, pero la piedra de la incripción no pudo viajar desde la segunda hasta la ladera de la colina de Gongora, a no ser que fuera arrastrada por alguien.

El almirante Sandecker se mostró de acuerdo con el viejo Sam y añadió:

—Esto no es una llanura aluvial. La erosión y unas lluvias intensas a lo largo de un período prolongado tal vez podrían haber desplazado la piedra cincuenta metros desde la cumbre de Gongora, pero no medio kilómetro desde la segunda cumbre.

—¿Y los demás objetos? —inquirió Lily—. ¿Dónde los encontró?

Trinity hizo un amplio gesto con la mano señalando un tramo de río.

—Estaban esparcidos un poco más abajo en esta ladera, y continuaban casi por el centro del pueblo.

—¿Efectuó usted una medición topográfica y marcó la localización de los descubrimientos?

—Lo siento, pero como no soy arqueólogo, no se me ocurrió señalar los agujeros.

En los ojos de Lily hubo un destello de decepción, pero no dijo nada.

—Seguro que usó un detector de metales —intervino Pitt.

—Sí, señor. Hecho con mis propias manos —respondió Trinity con aire orgulloso—. Lo bastante sensible como para captar una moneda pequeña a medio metro bajo tierra.

—¿Quién es el propietario de las tierras?

—Quinientas hectáreas de estas colinas han pertenecido a mi familia desde que Texas era una república.

—Eso nos ahorra un montón de papeleo legal —comentó Sandecker con satisfacción.

Pitt consultó su reloj. El sol empezaba a ponerse tras la sucesión de colinas. Intentó visualizar la lucha entre los indios y los romano-egipcios que se batían en retirada hacia el río y la flota de antiguas naves. Casi pudo escuchar los gritos de los combatientes, los alaridos de dolor, el choque de las armas. Le pareció estar reviviendo aquella jornada aciaga tan lejana en el tiempo. Regresó al presente mientras Lily continuaba interrogando a Trinity.

—Es extraño que no encontrara huesos en el campo de batalla.

—Los primeros navegantes españoles que embarrancaron en la costa tejana del golfo y consiguieron regresar a Veracruz y Ciudad de México hablaron de indios que practicaban el canibalismo —le respondió Garza.

Lily hizo una mueca de desagrado y añadió:

—No se puede afirmar con certeza que se comieran a los muertos.

—Tal vez a algunos solamente —dijo Garza—. Y los demás restos que no fueran pasto de los perros de la tribu o de los animales salvajes debieron de ser enterrados más tarde por ese Venator. Los pocos que pudieran quedar deben de haberse convertido en polvo.

—Herb tiene razón —intervino Pitt—. Los huesos que quedaran en la superficie se desintegrarían con el paso del tiempo.

Lily guardó silencio unos instantes, contemplando con un arrobamiento casi místico la cresta cercana de la colina de Gongora.

—No puedo creer que estemos realmente a pocos metros de los tesoros.

Una calma helada pareció extenderse sobre los presentes durante unos segundos. Finalmente, Pitt se hizo eco de los pensamientos de los demás.

—Un montón de hombres valientes murió aquí hace dieciséis siglos para preservar el conocimiento de su tiempo —murmuró apenas, con los ojos vueltos hacia el pasado—. Creo que ya es hora de recuperarlo.

67

A la mañana siguiente, los guardias del Servicio Secreto franquearon el paso al almirante Sandecker a la puerta de la finca. Condujo el coche por un camino serpenteante hasta la cabaña campestre del presidente, en los montes Ozark de Missouri. Detuvo el automóvil de alquiler en el camino y sacó el maletín del portaequipajes. El aire estaba fresco y desapacible y se sintió estimulado después de soportar el bochorno de río Grande.

El presidente, vestido con una abrigada chaqueta de piel de borrego, bajó los peldaños del porche y le dio la bienvenida.

—Gracias por venir, almirante.

—Prefiero estar aquí que en Washington.

—¿Qué tal el viaje?

—He dormido la mayor parte del tiempo.

—Lamento haberlo convocado con esta urgencia.

—Soy consciente de la importancia de la llamada.

El presidente posó la mano en la espalda de Sandecker y lo condujo peldaños arriba hasta la puerta de la casa.

—Entre y desayune algo. Dale Nichols, Julius Schiller y el senador Pitt ya están dando cuenta de unos huevos con jamón ahumado.

—Veo que está reunido el grupo de cerebros —comentó Sandecker con una sonrisa cauta.

—Hemos pasado la mitad de la noche discutiendo sobre las consecuencias políticas de su descubrimiento.

—Poco puedo añadir personalmente al informe que le hice llegar por un enlace.

—Pero se le olvidó adjuntar un diagrama de la zona donde propone que se lleven a cabo las excavaciones.

—Esperaba encontrar un momento adecuado para tratar el asunto —dijo el almirante, sin ceder terreno. El presidente sin embargo, no se dejó engañar por la finta de Sandecker.

—Podrá exponerlo durante el desayuno —replicó.

Interrumpieron allí la conversación por unos instantes mientras el presidente lo conducía por la casa, construida con troncos de árboles. Atravesaron un

acogedor salón decorado más como una vivienda moderna que como una cabaña de caza. Un pequeño fuego crepitaba en una gran chimenea de piedra. Entraron en el comedor donde Schiller y Nichols, vestidos de pescadores, se levantaron a la vez para estrecharle la mano. El senador Pitt, ataviado con un chandal deportivo, se limitó a agitar la mano en gesto de bienvenida.

El senador y el almirante eran buenos amigos debido a la estrecha relación de ambos con Dirk Pitt. Sandecker creyó apreciar una señal de advertencia en la sombría expresión del senador.

En el comedor se encontraba también otro hombre de quien el presidente no había hecho mención: era Harol Wismer, viejo amigo y consejero del presidente que gozaba de una enorme influencia y trabajaba con independencia de la burocracia de la Casa Blanca. Sandecker se preguntó a qué se debería su presencia.

El presidente le indicó una silla.

—Tome asiento, almirante. ¿Cómo prefiere los huevos?

—Me basta con un poco de fruta y un vaso de leche descremada —respondió Sandecker. Un camarero de uniforme blanco tomó nota de lo ordenado y desapareció hacia la cocina.

—Así que ése es su sistema para mantenerse en tan buena forma —comentó Schiller.

—Esta dieta, y el ejercicio físico suficiente para pasarme el día sudando.

—Todos nosotros deseamos felicitarlos a usted y a su gente por el espléndido descubrimiento —entró en materia Wismer sin la menor vacilación, alzando la mirada tras sus gafas sin montura, de cristales rosáceos. Una barba enmarañada casi ocultaba sus finos labios. Era calvo como una bola de billar y tenía unos ojos castaños tan grandes que incluso parecían un poco saltones—. ¿Cuándo tiene previsto que empiecen las excavaciones?

—Mañana —respondió Sandecker, sospechando que muy pronto le iban a sorprender con algo inesperado. Sacó del maletín un mapa geológico que recogía la topografía de Roma y sus alrededores. A continuación, añadió un recorte con un perfil de la colina señalando los puntos de excavación previstos y extendió los dos documentos en un extremo de la mesa libre de cubiertos—. Tenemos intención de excavar dos túneles exploratorios en la colina mayor a ochenta metros por debajo de la cima.

—¿Es esa colina llamada Gongora Hill?

—Sí. Los túneles penetrarán por los dos extremos de la ladera que mira al río y después doblarán en ángulo como para encontrarse, pero a diferentes niveles. Uno de los túneles —o ambos— deberían encontrar la gruta que Junio Venator citó en la piedra de Sam Trinity o, con suerte, uno de los pozos de acceso originales.

—¿Está absolutamente seguro de que en ese lugar se encuentra un tesoro

procedente de la Biblioteca de Alejandría? —preguntó Wismer, cerrando el lazo —. ¿No tiene dudas al respecto?

—Ninguna —le aseguró Sandecker en tono agudo—. El mapa del barco romano de Groenlandia nos condujo a los objetos hallados en Roma por Trinity. Las piezas encajan.

—Pero ¿no podría ser todo una…?

—No, los objetos romanos han sido autentificados. —El almirante interrumpió a Wismer con brusquedad—. No es una falsificación, ni un intento de fraude, ni un truco publicitario. Sabemos que está ahí. El único interrogante es cuál será el tamaño del tesoro.

—No es nuestra intención sugerir que los tesoros de la biblioteca no existan —se apresuró a intervenir Schiller, un poco demasiado deprisa—. Sin embargo, almirante, debe usted comprender que las repercusiones internacionales de un descubrimiento tan importante pueden ser difíciles de predecir, y mucho más de controlar.

Sandecker contempló fijamente a Schiller a los ojos sin parpadear.

—No veo cómo podría desencadenar el apocalipsis el hecho de sacar a la luz los conocimientos del mundo antiguo. Además, ¿no es un poco tarde? La existencia del tesoro es ya un dato de dominio público. Hala Kamil anunció nuestra búsqueda en su alocución en la ONU.

—Existen algunas consideraciones que tal vez le hayan pasado inadvertidas, almirante —dijo el presidente con voz grave—. El presidente Hasan puede argumentar que todas las antigüedades que se hallen pertenecen a Egipto. Grecia insistirá en la devolución del ataúd de oro de Alejandro Magno y quién sabe qué reclamaciones presentará Italia.

—Quizá entendí mal las cosas, caballeros —insistió Sandecker—. Tenía entendido que habíamos prometido compartir el descubrimiento con el presidente Hasan como medio de apuntalarlo en el gobierno.

—Es cierto —reconoció Schiller—, pero eso era antes de que ustedes determinaran su ubicación junto al río Grande. Ahora, también México entra en escena. El fanático Topiltzin podría utilizar el argumento de que el lugar en donde está enterrado pertenecía originariamente a México.

—Puede esperarse algo así —replicó Sandecker—, pero la posesión es nueve décimas partes de la ley. Desde el punto de vista legal, los objetos pertenecen al propietario de las tierras donde están enterrados.

—Se le ofrecerá al señor Trinity una suma sustanciosa por su tierra y por los derechos sobre las antigüedades —intervino Nichols—. Y puedo añadir también que esa cantidad estaría libre de impuestos.

Sandecker observó a Nichols con aire escéptico.

—El tesoro puede valer cientos de millones de dólares. ¿Está dispuesto el gobierno a llegar a esas cifras?

—Naturalmente que no.

—¿Y si Trinity no acepta su oferta?

—Existen otras formas de hacer un trato —insinuó Wismer con fría determinación.

—¿Desde cuándo interesa al gobierno el comercio del arte?

—Las obras de arte, las esculturas y los restos de Alejandro Magno sólo tienen interés histórico —respondió Wismer—. Lo que consideramos de vital importancia es el conocimiento contenido en los escritos.

—Eso depende del cristal con que se mire —murmuró Sandecker con aire filosófico.

—La información contenida en los tratados científicos, en especial los datos geológicos, pueden tener una importancia enorme en nuestras futuras relaciones con Oriente Medio —añadió obstinado Wismer—. Y también cabe tener en consideración el aspecto religioso del asunto.

—No veo en qué pueda afectar a la religión. La traducción al griego del texto original hebreo del Viejo Testamento se realizó en la biblioteca, y esa traducción ha sido la base para todas las versiones de la Biblia.

—Pero no del Nuevo Testamento —corrigió Wismer al almirante—. Bajo esa colina tejana puede haber constancia de hechos históricos que estén en contradicción con los fundamentos del cristianismo. Hechos que sería mejor dejar en el olvido.

Sandecker lanzó una fría mirada a Wismer antes de volver los ojos hacia el presidente.

—Esto me huele a conspiración, señor presidente. Le agradecería que me revelara la razón de mi presencia aquí.

—No se trata de nada siniestro, almirante, se lo aseguro. Sin embargo, todos estamos de acuerdo en que este asunto se ha convertido en una operación delicada y de grandes dimensiones que debe llevarse a cabo con la mayor discreción.

Sandecker no tardó en comprender que la trampa se había cerrado. No le tomó por sorpresa, pues había adivinado desde el primer momento lo que se estaba cocinando.

—Eso significa que la NUMA… —Hizo una pausa y se volvió hacia el senador Pitt— y en especial su hijo, senador, van a ser apartados del asunto después de haber hecho todo el trabajo sucio.

—Debe usted reconocer, almirante —insistió Wismer con tono oficial— que éste no es precisamente un trabajo que corresponda a una agencia gubernamental cuyas responsabilidades burocráticas se centran en los temas submarinos.

Sandecker rechazó con un gesto el comentario de Wismer.

—Hemos llevado adelante el proyecto hasta ahora y no veo razón para que

no continuemos haciéndolo.

—Lo siento, almirante —dijo el presidente con firmeza—, pero voy a retirar el asunto de sus manos para pasarlo al Pentágono.

—¡A los militares! —exclamó Sandecker, perplejo—. ¿A quién se le ha ocurrido esta brillante idea?

En los ojos del presidente apareció un destello de turbación mientras volvía la vista a Wismer por un instante.

—No importa quién haya sido. La decisión es mía.

—Creo que no lo entiende usted, Jim —intervino el senador en tono apaciguador—. Su descubrimiento va mucho más allá de la simple arqueología. Los conocimientos que se ocultan bajo esa colina podrían perfectamente remodelar nuestra política exterior en Oriente Medio para las próximas décadas.

—Razón más que suficiente para que enfoquemos todo el tema como si fuera una operación de inteligencia de alto secreto —insistió Wismer—. Debemos mantener el descubrimiento como materia clasificada hasta que todos los documentos hayan sido examinados y sus datos, sometidos a análisis.

—Eso podría llevar entre veinte y cien años, según el número y el estado de los pergaminos después de permanecer dieciséis siglos en ese almacén subterráneo —protestó Sandecker.

—Si es eso lo que tardamos… —el presidente dejó la frase en el aire y se encogió de hombros.

El camarero trajo la fruta y el vaso de leche al almirante, pero éste había perdido el apetito.

—En otras palabras, necesitan tiempo para hacerse una idea del valor de este regalo caído del cielo —resumió Sandecker con aspereza—. Entonces podrán negociar acuerdos políticos a cambio de los antiguos mapas donde aparecen localizados depósitos perdidos de minerales y petróleo por todo el Mediterráneo. Si Alejandro no está convertido en polvo, sus huesos serán negociados con el gobierno griego a cambio de la renovación del acuerdo sobre la presencia de nuestras bases navales en el país. Y todo ello antes de que el pueblo norteamericano descubra que ha liquidado las existencias en estos cambalaches.

—No podemos permitir que el asunto se haga público —explicó Schiller en tono paciente—. Al menos hasta que estemos preparados para actuar. Usted no se da cuenta de las tremendas ventajas en política exterior que ha puesto en manos del gobierno. Sencillamente, no podemos desperdiciarlas en nombre de la curiosidad pública por unos objetos históricos.

—Caballeros, no soy tan necio —respondió Sandecker—. Pero confieso que soy un viejo patriota sentimental que cree que la gente merece de su gobierno un trato mejor del que recibe. Los tesoros de la Biblioteca de Alejandría no son de un puñado de políticos para que negocien con ellos. Pertenecen a todos los norteamericanos por derecho de posesión.

El almirante no aguardó a que alguien replicara. Tomó un rápido sorbo de leche, sacó un periódico del maletín y lo dejó caer en el centro de la mesa con gesto indiferente.

A continuación, añadió:

—Todo el mundo ha estado tan ocupado analizando la situación general que sus ayudantes han pasado por alto una breve información de la agencia de noticias Reuter que ha llegado a la mayoría de periódicos del mundo. Aquí tengo un ejemplar de un diario de San Luis que cogí en la agencia de alquiler de coches. He señalado el artículo en la página tres.

Wismer tomó el periódico doblado y lo abrió por la página que había indicado Sandecker. Leyó el titular en voz alta y continuó luego con el texto:

¿Desembarco romano en Texas?

Según fuentes de alto nivel de la administración en Washington, la búsqueda de un enorme depósito subterráneo de restos antiguos de la famosa Biblioteca de Alejandría ha concluido a unos metros al norte de río Grande, en la localidad de Roma, Texas. Diversos objetos descubiertos a lo largo de los años por un tal Samuel Trinity han sido reconocidos como auténticos por los arqueólogos.

La búsqueda se inició con el descubrimiento de un buque mercante romano de finales del siglo cuarto en los hielos de Groenlandia…

Wismer interrumpió la lectura, con el rostro encendido de cólera.

—¡Una filtración! ¡Una maldita filtración!

—¿Pero cómo… quién? —se preguntó Nichols, desconcertado.

—Fuentes de alto nivel de la administración —repitió Sandecker—. Esto sólo puede referirse a la Casa Blanca. —Miró al presidente, luego a Nichols, y añadió —: Probablemente algún funcionario despechado al que uno de sus supervisores ha despedido o ha descartado para un ascenso.

Schiller se volvió hacia el presidente con gesto abatido.

—Un millar de personas ya debe de estar invadiendo el lugar. Sugiero que ordene el desplazamiento de una unidad militar para custodiar la zona.

—Julius tiene razón, señor presidente —dijo Nichols—. Los buscadores de tesoros harán pedazos esas colinas con sus picos si no los detenemos.

—Está bien, Dale —asintió el presidente—. Ponme en comunicación con el general Metcalf, de la Junta de Estado Mayor.

Nichols dejó rápidamente la mesa y pasó al estudio, donde se encontraban varios hombres del Servicio Secreto y unos técnicos de comunicaciones de la Casa Blanca.

—Recomiendo enérgicamente que pongamos bajo secreto toda la operación

—intervino Wismer con voz tensa—. También deberíamos extender la versión de que el descubrimiento es un fraude.

—No me parece una buena idea, señor presidente —aconsejó Schiller, más prudente—. Sus predecesores en el cargo aprendieron por las malas que no conviene mentir al pueblo norteamericano. Los medios de comunicación se olerían que descubrimos algo y lo despedazarían.

—Comparto la opinión de Julius —asintió Sandecker—. Cierre la zona, pero continúe las excavaciones sin ocultar nada y manteniendo informado al público. Créame, señor presidente, su administración saldrá mucho mejor parada si da abierta publicidad al contenido de la biblioteca una vez sea recuperado.

El presidente se volvió hacia Wismer y le dijo:

—Lo siento, Harold, pero tal vez sea lo mejor.

—Esperemos que sí —respondió Wismer, contemplando la noticia del periódico con expresión solemne—. No quiero ni pensar lo que puede suceder si Topiltzin decide hacer una bandera de este asunto.

68

Sam Trinity observó a Pitt mientras éste extendía un par de cables eléctricos que salían de dos cajas metálicas instaladas en la parte trasera del vehículo todoterreno. Una de las cajas contenía un monitor y la otra, una amplia ranura por la que salía un rollo de papel como una lengua aplastada.

—Un aparato muy extraño —comentó Trinity—. ¿Cómo lo llamas?

—El nombre completo es unidad electromagnética de medición para exploraciones subsuperficiales —respondió Pitt mientras conectaba los cables a un extraño artefacto con una especie de doble joroba, cuatro ruedas y un manillar para guiarlo—. En dos palabras, se trata de un radar para sondeos subterráneos; el nombre comercial es Geo-radar Uno y los fabrica la Oyó Corporation.

—No sabía que un radar pudiera atravesar la tierra y las rocas.

—Puede proporcionar un buen análisis del suelo hasta diez metros de profundidad, e incluso veinte en condiciones ideales.

—¿Cómo funciona?

—Mientras la sonda se mueve por el terreno, su transmisor envía un pulso electromagnético a la superficie. Las señales que se reflejan son captadas por un receptor y enviadas de allí al procesador de color y al grabador gráfico instalados en el coche. Más o menos, en eso consiste.

—¿Estás seguro de que no quieres que arrastre el transmisor con el coche?

—Sí. Puedo controlarlo mejor si lo empujo con la mano.

—¿Qué estamos buscando?

—Una cavidad.

—Una cueva, quieres decir…

—Sí, algo así —sonrió Pitt, encogiéndose de hombros.

Trinity alzó la vista de la cadena de colinas donde se encontraban y miró hacia la cumbre de Gongora Hill, a unos cuatrocientos metros de distancia.

—¿Por qué buscamos en la ladera de la colina que no es?

—Quiero hacer algunas pruebas con el aparato antes de empezar a sondear la zona que parece el objetivo principal —replicó Pitt sin concretar—. Además existe la ligera posibilidad de que Venator enterrara más objetos en otro lugar. —Efectuó una pausa e hizo un gesto con la mano a Lily, que estaba tomando datos

por un teodolito a corta distancia de los dos hombres—. ¡Estamos preparados! —gritó Pitt.

La muchacha agitó la mano también y se acercó con un tablero en el que llevaba sujeta una hoja de papel milimetrado.

—Aquí tienes la cuadrícula de rastreo —dijo, señalando con un lápiz las marcas dibujadas en el papel—. Las estacas que marcan los límites ya están colocadas. Yo caminaré detrás del coche y comprobaré los instrumentos. Cada veinte metros, más o menos, colocaré una bandera de marca para no desviarnos de la línea recta.

Pitt asintió con la cabeza a Trinity.

—¿Preparado, Sam?

Trinity puso en marcha el todoterreno.

—Cuando tú digas.

Pitt puso en funcionamiento el aparato y efectuó unos pequeños ajustes. Después, tomó el manillar de la unidad de rastreo y apuntó al frente.

—Adelante.

Trinity puso la primera marcha y empezó a avanzar lentamente seguido por Pitt, que empujaba el aparato transmisor-receptor a cinco metros del coche.

Una ligera capa de nubes hacía que el sol pareciera un mortecino globo amarillento. Por fortuna, era un día templado y agradable y el grupo recorrió el terreno arriba y abajo, esquivando árboles y matorrales. La mañana dio paso a la tarde mientras la monotonía característica de los rastreos y mediciones hacía que el tiempo se alargara desmesuradamente.

Se saltaron el almuerzo y sólo hicieron algún alto a indicación de Lily para permitirle estudiar los datos y tomar anotaciones.

—¿Buenas noticias? —preguntó Pitt mientras se tomaba un respiro sentado en la parte posterior del todoterreno.

—Estamos cerca de algo que parece interesante —comentó Lily, enfrascada en sus notas—. Aunque podría no ser nada. Lo sabré mejor cuando hayamos cubierto las dos próximas calles.

Trinity pasó a la pareja unas botellas de cerveza mexicana Bohemia que sacó de una nevera portátil que tenía en el coche. Fue en uno de estos breves descansos cuando Pitt advirtió un número creciente de coches aparcados al pie de Gongora Hill. Varias personas se habían dispersado por la ladera armados de detectores de metales. Sam también las vio.

—No han servido de mucho mis carteles de «No Pasar» —gruñó—. Cualquiera pensaría que anuncian bebida gratis.

—¿De dónde han salido? —preguntó Lily—. ¿Cómo se han enterado tan pronto de lo que estamos haciendo?

Trinity escrutó la lejanía por encima de sus gafas de sol.

—La mayor parte es gente del pueblo. Alguien debe de haberse ido de la

lengua. Mañana a esta hora, habrán llegado de todos los puntos del país.

Sonó el teléfono del vehículo y Trinity contestó. Acto seguido, pasó el auricular a Pitt por la ventanilla.

—Para ti. El almirante Sandecker.

—Sí, almirante…

—Nos han apuñalado por la espalda, Pitt; nos quedamos fuera de la excavación —le informó Sandecker—. Los consejeros del presidente lo han convencido para que pase la operación al Pentágono.

—Era de esperar, pero yo hubiera preferido al Servicio de Parques. Están mejor equipados para una excavación arqueológica.

—La Casa Blanca quiere entrar en la cámara y sacar los manuscritos para su estudio lo más deprisa posible. Temen una desagradable controversia con otros países que podrían exigir la participación en el descubrimiento.

Pitt golpeó con el puño la capota del coche.

—¡Maldita sea! ¡No pueden bajar ahí y cargarlo todo en camiones como si fuera mercancía de segunda mano! Esos documentos podrían hacerse polvo si no se manejan adecuadamente.

—El presidente ha asumido la responsabilidad del riesgo que se corre.

—El pasado no tiene prioridad sobre la política, ¿no es eso?

—Y no es el único problema —añadió Sandecker—. Algún funcionario de la Casa Blanca ha filtrado toda la historia a una agencia de noticias extranjera. La noticia se está extendiendo como la peste.

—Ya ha empezado a llegar gente hasta aquí.

—No pierden el tiempo…

—¿Qué piensa hacer el gobierno ante el hecho de que la finca es propiedad de Sam?

—Digamos que le van a hacer una propuesta que no podrá rechazar —replicó Sandecker con enfado—. El presidente y sus amigos tienen un gran plan para sacar provecho político de la información contenida en los documentos de la biblioteca.

—¿Mi padre entre ellos? —quiso saber Pitt.

—Me temo que sí.

—¿Quién va a hacerse cargo, exactamente?

—Una compañía de ingenieros del ejército procedente de Fort Hood. Ellos y su equipo están trasladándose en camiones. De un momento a otro llegará un helicóptero con fuerzas de seguridad para cerrar la zona al público.

—¿Podría utilizar su influencia para conseguir que nos permitan quedarnos?

—Déme una buena excusa.

—Aparte de Hiram Yaeger, Lily y yo sabemos más de este asunto que ninguno de los que van a encargarse de la excavación. Dígales que somos fundamentales para el proyecto como consejeros. Utilice las credenciales

científicas de Lily para confirmarlo. Diga que estamos realizando una inspección arqueológica en busca de más objetos en superficie. Diga lo que sea, almirante, pero convenza a la Casa Blanca de que nos permita continuar aquí.

—Veré qué puedo hacer —respondió Sandecker, empezando a simpatizar con el asunto aunque no tenía la más remota idea de qué pretendía Pitt—. El único obstáculo será con seguridad Harold Wismer. Si el senador nos presta su apoyo, creo que podré conseguirlo.

—Hágame saber si mi padre se porta como es debido. Se lo tendré en cuenta.

—Me pondré en contacto.

Pitt devolvió el auricular a Trinity y se dirigió a Lily.

—Nos han apartado del caso —informó a ambos—. El ejército se encargará de la excavación. Van a llevarse el contenido en cuanto puedan cargarlo en la caja de un camión.

Lily hizo una mueca de alarma.

—¡Destruirán los documentos! —exclamó—. Después de dieciséis siglos en una cavidad subterránea, los manuscritos de papiro y pergamino deben ser tratados con sumo cuidado, podrían desintegrarse con un brusco cambio de temperatura o al menor contacto.

—Ya me has oído hacerle la misma protesta al almirante —replicó Pitt, impotente. Trinity parecía atenuado.

—Bueeeno… —dijo con voz cansada—, ¿damos por terminada la jornada?

Pitt contempló las estacas que marcaban el limite del terreno que estaban rastreando.

—Todavía no —respondió con voz pausada y llena de determinación—. Terminemos el trabajo. La función debe continuar hasta el final.

69

La limusina Mercedes se detuvo en el muelle del club náutico del puerto de Alejandría. El chófer abrió la puerta y Robert Capesterre se apeó del asiento trasero. Con su traje blanco de lino de excelente corte, la camisa verde azulada y la corbata a juego, no se parecía en nada a Topiltzin.

Un conserje lo guió por una escalinata de piedra hasta una lancha que lo aguardaba. Tomó asiento en los mullidos cojines de la embarcación y disfrutó de la travesía por el puerto hasta la bocana del mismo, donde en otro tiempo se había levantado una de las Siete Maravillas del Mundo, la famosa torre de 135 metros de altura conocida como el Faro de Alejandría. Ahora, lo único que quedaba de sus ruinas eran algunas piedras que formaban una fortificación árabe.

La lancha se dirigió hacia un gran yate anclado en las proximidades del puerto, frente a una amplia playa abierta. Capesterre ya había recorrido sus cubiertas en anteriores ocasiones. Sabía que medía cuarenta y cinco metros de eslora, con sus líneas estilizadas al estilo de un avión. Había sido construido en Holanda, tenía capacidad para travesías transoceánicas y ofrecía una velocidad de crucero de treinta nudos.

El piloto de la lancha redujo la velocidad y puso la contramarcha al acercarse a la escalerilla de abordaje. Capesterre fue recibido en cubierta por un hombre vestido con una camisa abierta de seda, pantalones cortos y sandalias. Se abrazaron.

—Bienvenido, hermano —dijo Paul Capesterre—. Ha pasado mucho tiempo.

—Tienes buen aspecto, Paul. Yo diría que tú y ese Ajmad Yazid habéis ganado cuatro kilos, al menos.

—Seis.

—Casi me resulta extraño verte sin uniforme —dijo Robert. Paul se encogió de hombros.

—Me cansé de las túnicas árabes de Yazid y de ese estúpido turbante. —Se apartó un paso y sonrió a su hermano—. ¡Y vaya quién lo dice! No llevas precisamente tus galas de dios azteca.

—Topiltzin está de vacaciones temporalmente. —Robert hizo una pausa y ladeó la cabeza señalando la cubierta—. Veo que el tío Theodore te ha prestado el

yate.

—Apenas lo utiliza desde que la familia dejó el negocio de las drogas. —Paul Capesterre dio media vuelta y condujo a su hermano al comedor—. Ven, he hecho preparar un almuerzo. Ahora que sé que por fin le has encontrado gusto al champán he desempolvado una botella de la mejor cosecha del tío.

Robert aceptó la copa que le ofrecía.

—Creía que el presidente te tenía en arresto domiciliario.

—La única razón de que comprase la casa de campo fue porque tiene un túnel secreto que va bajo tierra un centenar de metros y sale a un taller de reparaciones de automóviles.

—Que también es tuyo. —Naturalmente.

—Por el gran plan de papá y mamá. Robert levantó la copa y Paul lo imitó, añadiendo: —Aunque, de momento, tu posición en México parece más prometedora que la mía en Egipto.

—No te culpes por el fracaso del asunto *Lady Flamborough*. La familia aprobó el plan. Nadie podía prever la habilidad de los norteamericanos.

—Ese idiota de Suleiman Aziz echó a perder la operación —insistió Paul con aspereza.

—Hay noticias de supervivientes.

—Los agentes de la familia informan que la mayoría murió, incluidos Ammar y tu capitán Machado. Algunos fueron hechos prisioneros, pero no sabían nada de nuestra participación.

—Entonces, podemos considerarnos afortunados. Con Machado y Ammar muertos, ningún servicio de inteligencia del mundo puede tocarnos. Ellos eran nuestros únicos contactos.

—El presidente Hasan no ha tenido dificultades en sumar dos más dos o no estarías confinado en tu casa.

—Es cierto —asintió Robert—, pero Hasan no puede actuar contra ti sin pruebas contundentes. Si lo intentara, tus seguidores se levantarían e impedirían el juicio. El consejo de la familia es que te mantengas en un segundo plano mientras consolidas tu base de poder. Al menos durante un año más, para ver cómo sopla el viento.

—Por el momento, sopla a favor de Hasan, Hala Kamil y Abu Hamid —replicó Paul, colérico.

—Ten paciencia. Pronto, tu movimiento fundamentalista islámico te llevará al parlamento egipcio.

Paul miró a su hermano con un destello de astucia en los ojos.

—El descubrimiento de los tesoros de la Biblioteca de Alejandría puede acelerar un poco las cosas.

—¿Has leído las últimas informaciones? —preguntó Robert.

—Sí, los norteamericanos afirman que han encontrado su emplazamiento en

una cueva de Texas.

—La posesión de los mapas geológicos de la Antigüedad puede favorecernos. Si indicaran el camino a unas reservas abundantes de petróleo y minerales, podrías apuntarte el éxito de la reactivación económica egipcia.

—He pensado en esa posibilidad —asintió Paul—. Si conozco bien la Casa Blanca, el presidente utilizará los objetos y documentos como mercancía para comerciar. Mientras Hasan suplica y porfía por unas miserables migajas de lo que es herencia de Egipto, yo puedo aparecer ante el pueblo y presentar el asunto como una afrenta a nuestros venerables antepasados. —Paul vaciló con la imaginación desatada. Continuó con los ojos entrecerrados—: Con la verborrea adecuada, creo que podré convertir la ley musulmana y las palabras del Corán en un grito de unión que derrumbará al gobierno de Hasan.

—Que no se te escape la risa cuando lo digas —se burló Robert—. Es cierto que los cristianos quemaron la mayor parte de los escritos en el año 391, pero fueron los musulmanes quienes destruyeron definitivamente la biblioteca en el año 646.

Un camarero empezó a servir salmón ahumado escocés y caviar iraní. Durante unos minutos, comieron en silencio. Luego, Paul comentó:

—Espero que te darás cuenta de que la tarea de conseguir esos tesoros te corresponde a ti.

Robert lo miró por encima de su copa de champán.

—¿Me lo dices a mí o a Topiltzin?

—A Topiltzin —aclaró Paul con una carcajada. Robert dejó la copa y levantó lentamente los brazos al aire como si implorara a una mosca posada en el techo. En sus ojos apareció una mirada hipnótica y habló en tono de ultratumba:

—Nos alzaremos decenas de miles, centenares de miles. Cruzaremos el río todos juntos y tomaremos lo que fue enterrado en nuestra tierra, en la tierra que nos fue robada por los norteamericanos. Muchos caerán sacrificados, pero los dioses exigen que tomemos lo que por derecho pertenece a México. —Dejó caer los brazos y sonrió—: Si logro apoderarme de los tesoros y conservarlos, ¿qué hacemos luego?

—Yo sólo quiero los mapas. Todo lo demás que podamos sacar a escondidas irá a la familia para que lo guarde o lo venda en el mercado negro a los coleccionistas acaudalados. ¿De acuerdo?

Robert se lo pensó un momento y asintió.

—De acuerdo.

El camarero trajo una bandeja con copas, una botella de coñac y una caja de habanos.

Paul encendió uno lentamente y miró a su hermano entre el humo con aire inquisitivo.

—¿Cómo te propones apoderarte de los tesoros de la biblioteca?

—Había pensado lanzar una invasión masiva de gente desarmada sobre los estados fronterizos norteamericanos cuando llegara al poder, pero esto me ofrece una buena oportunidad para hacer una prueba. —Con la vista puesta en la copa y mientras hacía girar el coñac de su interior, añadió—: Cuando haya puesto en marcha los engranajes de mi organización, reuniré a los pobres de las ciudades y a los campesinos y los trasladaré al norte hacia Roma, Texas. Puedo juntar trescientas o tal vez cuatrocientas mil personas a nuestro lado de la frontera de río Grande en cuatro días.

—¿Y la resistencia de los tejanos?

—Todos los soldados, vigilantes de fronteras y policías del estado serán insuficientes para detener la marcha. Pondré a las mujeres y niños en la primera oleada que cruce el puente y el río. Los norteamericanos son un puñado de sensibleros. Por muchos campesinos que mataran en Vietnam, no dispararán contra civiles desarmados a las puertas de su propia casa. También puedo jugar con los temores de la Casa Blanca a algún desagradable incidente internacional. El presidente estadounidense no dará la orden de disparar y cualquier resistencia estática será barrida por una oleada humana que invadirá Roma y ocupará la cavidad subterránea que contiene los tesoros de la biblioteca.

—¿Y Topiltzin los guiará?

—Sí, yo encabezaré la marcha.

—¿Cuánto tiempo crees que podrás mantenerte en la caverna? —quiso saber Paul.

—Lo suficiente para que unos traductores de lenguas antiguas estudien y seleccionen los documentos relativos a depósitos minerales desconocidos en la actualidad.

—Eso podría llevar semanas y no dispondrás de tanto tiempo. Los norteamericanos enviarán más tropas y obligarán a tu gente a volver a México en cuestión de pocos días.

—No lo harán si amenazo con prender fuego a los documentos y con destruir los objetos de arte —replicó Robert mientras se limpiaba los labios con la servilleta—. Mi reactor ya debe de estar reabastecido. Será mejor que regrese a México y ponga en marcha la operación.

En los ojos de Paul se reflejó la admiración por la capacidad inventiva de su hermano.

—Con el gobierno norteamericano contra la pared, no les quedará más remedio que negociar. Me gusta la idea.

—Desde luego, será la horda de gente más numerosa que haya invadido Estados Unidos desde la presencia británica durante la Revolución americana —añadió Robert—. Eso me gusta todavía más.

70

Empezaron a llegar a miles el primer día, a decenas de miles el día siguiente. Procedentes de todo el norte de México, hombres y mujeres impulsados por los apasionados llamamientos de Topiltzin llegaron en coche, en abarrotados autobuses y camiones, o incluso a pie, hasta la polvorienta población de Miguel Alemán, situada al otro lado del río, frente a Roma. Las carreteras asfaltadas de Monterrey, Tampico y Ciudad de México hacia la frontera tejana quedaron saturadas por una caravana continua de vehículos.

El presidente De Lorenzo intentó detener la avalancha humana que avanzaba hacia la frontera. Ordenó a las fuerzas armadas del país que bloquearan las carreteras, pero fue como pedir a los soldados que detuvieran una riada furiosa. En las afueras de Guadalupe, una unidad militar a punto de ser arrollada por una masa de cuerpos abrió fuego contra la multitud, matando a cincuenta y cuatro personas, mujeres y niños en su mayoría.

Sin advertirlo, De Lorenzo había caído en el juego de Topiltzin. Aquélla era exactamente la reacción que Robert Capesterre había esperado. Estallaron disturbios en la capital federal, y De Lorenzo se dio cuenta de que debía dar marcha atrás o vería crecer rápidamente la agitación social hasta prender la mecha de una posible revolución. Envió un mensaje a la Casa Blanca en la que expresaba excusas por no poder controlar la marea humana y retiró a los soldados, muchos de los cuales desertaron para unirse a la cruzada.

Sin ningún freno ante sí, la multitud afluyó en masa hacia el río Grande.

Los planificadores profesionales contratados por la familia Capesterre y los seguidores de Topiltzin-Robert montaron una ciudad de tiendas de campaña de cinco kilómetros cuadrados, instalaron cocinas y organizaron la intendencia. Se trajeron y montaron retretes y no se dejó nada al azar. Muchos de los pobres que llegaron con la marcha en su vida habían comido y estado mejor. Sólo las nubes de polvo y el humo de los tubos de escape de los motores diesel escapaban al control humano.

A lo largo de la orilla mexicana del río aparecieron pancartas pintadas a mano que proclamaban «USA nos robó nuestra tierra», «Queremos la devolución de la tierra de nuestros antepasados», «Las antigüedades pertenecen a México», y otros parecidos. La gente repetía las consignas en inglés, español y

náhuatl. Topiltzin se mezclaba con las masas, agitándolas en un frenesí raramente visto fuera de Irán.

Los equipos de noticias de televisión tuvieron un día de campo filmando la colorista manifestación. Las cámaras, con sus cables zigzagueando sobre el terreno, hasta las más de dos decenas del farallón rocoso que separaba Roma del río, con los objetivos concentrados en la orilla opuesta.

Los incautos corresponsales que se mezclaban entre la multitud no sabían que las familias campesinas que entrevistaban habían sido cuidadosamente seleccionadas y aleccionadas. En la mayoría de los casos, la gente sencilla y de aspecto miserable eran actores preparados que hablaban un inglés fluido, pero que respondían a trompicones, con un acento muy marcado. Sus lacrimógenas llamadas a instalarse permanentemente en California, Arizona, Nuevo México y Texas levantaron una oleada de apoyo sentimental a lo largo de la nación cuando los reportajes aparecieron en los noticiarios vespertinos y en los programas matinales de debate.

Los únicos que permanecieron firmes, sin dejarse impresionar, fueron los esforzados miembros del Cuerpo de Fronteras de Estados Unidos. Hasta entonces, la amenaza de una incursión masiva sólo había sido una pesadilla. Ahora, estaban a punto de presenciar cómo sus peores temores se hacían realidad.

Los patrulleros de fronteras rara vez habían hecho uso de las armas durante su servicio, dispensando a los emigrantes ilegales un trato humanitario y respetuoso antes de enviarles de nuevo a su país. Por eso, vieron con desaprobación el despliegue de fuerzas del ejército a lo largo de la ribera estadounidense del río, como nidos de hormigas camufladas. Para ellos, la larga fila de armas automáticas y los veinte tanques con sus mortíferos cañones dirigidos hacia México sólo presagiaban una catástrofe y una carnicería.

Los soldados eran jóvenes y efectivos en el combate, pero estaban preparados para enfrentarse a un enemigo combatiente. La posibilidad de encontrarse ante una oleada de civiles desarmados los inquietaba.

El comandante de las fuerzas, general de brigada Curtís Chandler, había cerrado el puente con tanques y blindados, pero Topiltzin había contado con aquella contingencia. La orilla mexicana estaba repleta de pequeñas embarcaciones de todas clases, balsas de madera y cámaras de neumático de camión, recogidas en trescientos kilómetros a la redonda. Una serie de puentes de cuerda para cruzar a pie fueron extendidos y preparados en la ribera para ser transportados y tendidos por la primera oleada invasora.

El oficial de inteligencia del general Chandler calculó una fuerza de choque de unos veinte mil fanáticos en el primer contingente, antes de que la flotilla volviera, cargara y transbordara a la segunda oleada. No había modo de imaginar el número de los que pasarían a nado. Una de las agentes femeninas de los servicios de información se había infiltrado en el camión comedor utilizado

por los colaboradores de Topiltzin y se enteró de que la invasión se lanzaría a última hora de la tarde, después de que el mesías azteca agitara a sus devotos hasta el paroxismo. Sin embargo, no pudo averiguar la fecha exacta.

Chandler había cumplido tres períodos de servicio en Vietnam y sabía por propia experiencia lo que era matar a muchachas y niños fanatizados que acosaban por sorpresa a los soldados en la selva. Dio orden de que se disparase por encima de la cabeza de la multitud cuando empezara el paso del río.

Si la descarga de advertencia no surtía efecto… Chandler era un soldado que cumplía su deber sin vacilaciones. Si recibía la orden, utilizaría las fuerzas bajo su mando para repeler la invasión pacífica aunque con ello causara un baño de sangre.

Pitt salió a la terraza solarium del piso superior de la tienda de Sam Trinity y miró por el telescopio que el tejano utilizaba para observar las estrellas. El sol se había puesto tras la cadena de colinas al oeste y la luz diurna se difuminaba ya, pero el espectáculo que se había preparado al otro lado del río Grande estaba a punto de empezar. Se encendieron unas baterías de focos multicolores, algunos iluminando el cielo y otros enfocados sobre una alta torre erigida en el centro de la ciudad de tiendas.

Pitt reguló el telescopio y observó, ampliada, una pequeña figura que vestía una túnica blanca hasta los pies y un pintoresco tocado en la cabeza. El hombre estaba de pie sobre una estrecha plataforma en lo alto de la torre y Pitt dedujo, por el agitado movimiento de sus brazos levantados, que el centro de la atención de la multitud estaba dirigiendo a ésta una fervorosa arenga.

—Me pregunto quién será el tipejo con ese vestuario tan raro que está agitando a los nativos.

Sandecker estaba sentado junto a Lily, examinando los datos tomados por el aparato durante el sondeo del terreno. Levantó la vista ante el comentario de Pitt y respondió en un gruñido:

—Probablemente es ese falso Topiltzin.

—Pues sabe influir en las masas como el mejor de los predicadores.

—¿Alguna señal de que intentarán cruzar esta noche? —preguntó Lily. Pitt se retiró del telescopio y sacudió la cabeza en gesto de negativa.

—Están trabajando duro en la flota, pero dudo que estén preparados hasta dentro de cuarenta y ocho horas. Topiltzin no lanzará su gran golpe hasta estar seguro de contar con los titulares en todos los medios de comunicación.

—Topiltzin es un alias —le informó Sandecker—. Su nombre auténtico es Robert Capesterre.

—Pues ha conseguido organizar un fraude grandioso.

—A ese Capesterre le falta esto para apoderarse de México —dijo el

almirante levantando el pulgar y el índice separados apenas un par de centímetros.

—Pues si esa aglomeración al otro lado del río sirve de indicio, parece que el tipo anda también tras todo el sudoeste de Estados Unidos.

—No soporto seguir aquí con los brazos cruzados —declaró Lily, poniéndose en pie y desperezándose—. Nosotros hacemos todo el trabajo y los ingenieros del ejército se llevan toda la gloria. Nos han impedido supervisar la excavación y no nos dejan entrar en la finca de Sam… Creo que es una desconsideración por su parte.

Pitt y Sandecker se echaron a reír al escuchar el término que había escogido la muchacha.

—¿Una desconsideración? Yo emplearía una palabra más fuerte… —comentó el almirante.

—¿Cómo es que no hay noticias del senador? —insistió Lily, mordiendo la punta de un lápiz con gesto nervioso—. Ya debería habernos dicho algo.

—No sé —respondió Sandecker—. Lo único que me dijo cuando le expuse la petición de Dirk fue que conseguiría de algún modo el visto bueno.

—Ojalá supiéramos de verdad cómo está el asunto —murmuró Lily.

Sam Trinity apareció al pie de la escalera con un delantal a la cintura.

—¿Alguien querrá un plato de mi famosa enchilada Trinity?

—¿Es muy picante? —preguntó Lily, con una mirada aprensiva.

—Señorita, puedo hacerlo suave para tu estómago como el malvavisco o ardiente como el ácido de una batería de automóvil. Como tú lo prefieras.

—Mejor como el malvavisco —se decidió Lily sin dudarlo.

Antes de que Pitt y Sandecker pudieran intervenir, Trinity dio media vuelta y observó en la penumbra una caravana de luces que se acercaba por la carretera.

—Debe de ser otro convoy de tropas —anunció—. No circulan más coches ni camiones en esta dirección desde que el general cerró las carreteras y desvió el tráfico por el norte.

Pronto contaron cinco camiones encabezados por un zumbador, el vehículo todoterreno de la nueva generación que había sustituido al duradero *jeep*. El camión que cerraba la marcha llevaba un remolque con una pieza de equipo cubierta con una lona. El convoy no se desvió de la carretera hacia el lugar de acampada de la unidad de ingenieros en Gongora Hill ni continuó hacia Roma como hubiera sido de esperar. Los camiones siguieron al zumbador por el sendero que conducía al Circo Romano de Sam y se detuvieron entre la gasolinera y la tienda. Los pasajeros saltaron del zumbador y miraron a su alrededor.

Pitt reconoció de inmediato tres rostros familiares. Dos de los hombres vestían de uniforme y el tercero llevaba un suéter y pantalones tejanos. Pitt pasó las piernas sobre la barandilla de la terraza con cuidado y bajó el cuerpo hasta

quedar a unos palmos del suelo. Después, soltó las manos y fue a caer justo delante de los recién llegados, exhalando un gemido ante la punzada de dolor de su pierna herida. Los hombres quedaron tan sorprendidos ante su repentina aparición como él lo estaba de la suya.

—¿De dónde caes? —preguntó Al Giordino con una ancha sonrisa. Sus facciones se veían pálidas a la luz de los focos y llevaba un brazo en cabestrillo, pero mantenía su expresión ceñuda habitual.

—Lo mismo iba a preguntarte yo.

—No creía que volviéramos a encontrarnos tan pronto —intervino en la conversación el coronel Hollis.

—Ni yo —añadió el comandante Dillinger. Pitt notó una gran sensación de alivio al estrechar las manos que le tendían.

—Decir que me alegro de verlos no resulta muy original, ¿verdad? ¿Cómo es que están aquí?

—Su padre utilizó su capacidad de convicción ante la Junta de Estado Mayor —explicó Hollis—. Casi no me había dado tiempo de terminar el informe sobre la misión del *Lady Flamborough* cuando recibí la orden de reunir las unidades y acudir aquí inmediatamente, por tierra y utilizando carreteras secundarias. Todo muy secreto y clandestino. Me han indicado que el comandante de campo no será advertido de nuestra misión hasta que me presente a él.

—Es el general Chandler —dijo Pitt.

—Sí, Chandler el *Trampa de Acero*. Serví a su mando en la OTAN hace ocho años. Todavía piensa que los blindados pueden ganar una guerra por sí solos. Así que le ha tocado el trabajo sucio de interpretar el papel de Horacio defendiendo el puente.

—¿Cuáles son sus órdenes, Hollis?

—Colaborar con usted y la doctora Sharp en el proyecto que se traen entre manos. El almirante Sandecker hará de enlace directo con el senador y el Pentágono. Eso es todo lo que sé.

—¿Ninguna mención a la Casa Blanca? —Nada que conste por escrito.

Hollis se volvió cuando Lily y el almirante, que habían bajado por el camino más largo utilizando las escaleras de la tienda, aparecieron en la puerta. Mientras Lily abrazaba a Giordino y Dillinger se presentaba a Sandecker, Hollis llevó aparte a Pitt.

—¿Qué diablos se está organizando aquí? —murmuró—. ¿Un circo?

—No sabe lo mucho que se ha acercado —sonrió Pitt.

—¿Y cuál es el papel de mis fuerzas especiales?

—Cuando empiece el alboroto —dijo Pitt, con una expresión de fúnebre seriedad—, su misión será volar la colina.

71

La retroexcavadora que habían transportado desde Virginia las Fuerzas Especiales era una máquina enorme. Unas ruedas anchas movieron su mole ladera arriba hasta el punto señalado por una de las banderas de Lily. Tras diez minutos de instrucción y algunas prácticas, Pitt había memorizado el funcionamiento de las palancas y empezó a maniobrar con el monstruo de acero sin ayuda. Levantó la pala de dos metros y medio de anchura y la dejó caer como una zarpa gigantesca que golpeó el duro suelo con un estridente sonido metálico.

En menos de una hora, una trinchera de seis metros de profundidad por veinte de longitud había quedado abierta en la ladera posterior de la colina. Hasta allí había alcanzado la excavación cuando un Chevrolet todoterreno de cuatro ruedas motrices perteneciente al ejército apareció a toda velocidad entre los matorrales, con un camión cargado de soldados armados siguiendo su rastro polvoriento.

Las ruedas del coche todavía no habían terminado de detenerse cuando saltó del vehículo un capitán de porte envarado, con el aire de un hombre movido por un estricto acatamiento de la disciplina militar y de los procedimientos reglamentarios.

—Están en una zona prohibida —dijo con tono enérgico—. Hace dos días les advertí personalmente que no volvieran a entrar. Deben recoger el equipo y marcharse inmediatamente.

Pitt, indiferente, bajó del asiento de la excavadora y contempló el fondo de la zanja como si el oficial no existiera. El capitán enrojeció de ira y gritó a su sargento:

—¡Sargento O'Hara, disponga a los hombres para que escolten a los civiles fuera de esta zona!

Pitt se volvió lentamente y lanzó una calmosa sonrisa al militar.

—Lo siento, pero nos quedamos aquí.

El capitán sonrió también, pero con una mueca de sarcasmo.

—Tienen tres minutos para largarse. Y llévense esa excavadora.

—¿Quiere ver los papeles que nos autorizan a estar aquí?

—Es inútil, si no van firmados por el general Chandler.

—Vienen de un mando más alto que su general.

—Tienen tres minutos —insistió el capitán—. Después, tendré que sacarlos por la fuerza.

Lily, Giordino y el almirante, que estaban sentados al sol en el todoterreno de Sam, se acercaron a contemplar el espectáculo. Lily sólo llevaba una camiseta y unos pantalones cortos muy ceñidos y se exhibió con descaro delante de los soldados.

Las mujeres que no han trabajado las calles no saben andar con un contoneo seductor que parezca un fenómeno natural. Tienden a exagerar hasta resultar casi ridículas. Lily no era una excepción, pero a los soldados no les importaba en absoluto y devoraron con los ojos su actuación.

Pitt empezaba a irritarse. Odiaba a aquellos peleles pomposos.

—Sólo dispone usted de doce hombres, capitán. Doce ingenieros con menos de cien horas de instrucción para el combate. Tengo cuarenta hombres apoyándome y un par de ellos, a mano limpia, bastaría para acabar con todo su grupo en menos de treinta segundos. No se lo estoy pidiendo, capitán. Se lo ordeno: retírese.

El capitán miró lenta y relajadamente de un lado a otro pero sólo vio cerca de Pitt a Lily, pavoneándose ante los soldados, al almirante Sandecker, que daba unas chupadas a un habano con aire despreocupado y a un tercer hombre que no había visto antes, con el brazo en cabestrillo. Los dos últimos estaban apoyados en el todoterreno como si acabaran de despertar de una siesta.

El militar miró rápidamente a Pitt, pero en los ojos de éste no había el menor asomo de emoción. Hizo un gesto con la mano y dijo:

—Sargento, saque a esa gente de una vez.

Antes de que sus hombres hubieran dado dos pasos, el coronel Hollis apareció ante ellos como por arte de magia. Los colores de su uniforme de camuflaje, junto a la pintura de las manos y del rostro, resultaban increíblemente fieles a la vegetación de la zona. A menos de cinco metros del capitán, se había confundido con el paisaje de matorrales casi hasta el punto de la invisibilidad.

—¿Algún problema? —preguntó Hollis al capitán con el mismo tono caritativo que usaría una serpiente con un ratón.

El capitán se quedó boquiabierto y sus hombres, paralizados donde estaban. Después, el oficial se acercó unos pasos y estudió a Hollis con más detenimiento, sin ver distintivo alguno de rango.

—¿Quién es usted? —masculló—. ¿Cuál es su rango?

—Coronel Morton Hollis, Fuerzas de Operaciones Especiales.

—Capitán Louis Cranston, señor, batallón 486 de ingenieros.

Tras cambiar unos saludos, Hollis señaló hacia el pelotón de ingenieros, con sus armas automáticas en prevención.

—Creo que puede dar la orden de descanso a sus hombres, capitán.

Cranston no sabía qué actitud tomar ante un coronel desconocido que acababa

de aparecer de la nada.

—¿Puedo preguntarle, coronel, qué está haciendo aquí un jefe de Operaciones Especiales?

—Me ocupo de que se permita a estas personas llevar a cabo un sondeo arqueológico sin interferencias.

—Debo recordarle, señor, que no se permite la presencia de civiles en una zona militar acotada.

—Suponga que le digo que tienen autorización para estar aquí.

—Lo siento, coronel. Tengo órdenes expresas del general Chandler. Ha sido muy explícito: no se permitirá la entrada a nadie que no sea miembro del batallón… y eso lo incluye a usted, señor…

—¿Debo entender que también se propone expulsarme a mí?

—Si no le es posible enseñarme una orden firmada por el general Chandler autorizándolo —replicó Cranston con nerviosismo—, tendré que cumplir mis instrucciones.

—Su actitud no le va a valer ninguna medalla, capitán. Creo que será mejor que reconsidere…

Cranston se daba perfecta cuenta de que estaban jugando con él y no le gustaba nada.

—Por favor, coronel, no cause problemas —lo interrumpió.

—Haga subir al camión a sus hombres, vuelva a su base y ni se le ocurra mirar atrás —replicó Hollis.

Pitt estaba disfrutando con el diálogo pero, a regañadientes, volvió la espalda a los dos hombres y descendió a la zanja. Una vez allí, empezó a sondear la tierra del fondo. Giordino y Sandecker se acercaron relajadamente al borde de la trinchera y lo observaron.

Cranston vaciló. Su rango era inferior, pero las órdenes eran muy claras y decidió que su posición era sólida. El general Chandler lo respaldaría si se abría alguna investigación.

Pero antes de que pudiera ordenar a sus hombres que despejaran la zona, Hollis sacó un silbato de un bolsillo y lanzó dos agudos pitidos.

Como espectros levantándose de las tumbas en una película de terror, cuarenta formas más parecidas a arbustos y matorrales que a seres humanos cobraron vida de pronto y rodearon al capitán Cranston y a sus soldados. En los ojos de Hollis brilló un destello malicioso.

—¡Bang! Estás muerto —susurró al capitán.

—¿Ha llamado, jefe? —dijo un matorral con la voz de Dillinger.

Cranston perdió todo asomo de engreimiento.

—Yo… —balbució— debo informar de esto… al general Chandler.

—Pues hágalo —replicó Hollis—. Y puede informarle también de que recibo órdenes del general Clayton Metcalf, de la Junta de Estado Mayor. Puede

comprobarlo poniéndose en comunicación con el Pentágono. Estos civiles y mi grupo no estamos aquí para interferir en las excavaciones de Gongora Hill ni para entrometernos en las operaciones del general junto al río. Nuestra labor consiste en descubrir y conservar los objetos romanos de la superficie antes de que se pierdan o sean robados. ¿Va entendiendo, capitán?

—Entiendo, señor —asintió Cranston, observando con inquietud a aquellos hombres de aspecto decidido cuyas expresiones resultaban temibles bajo la máscara de camuflaje.

—¡He encontrado otra! —gritó Pitt, invisible bajo tierra. Sandecker hizo gestos excitados para que todos se acercaran a la zanja.

—Tiene algo —comentó el almirante.

El enfrentamiento quedó olvidado al instante mientras ingenieros y miembros de las Fuerzas de Operaciones Especiales se congregaban al borde de la zanja. Pitt estaba de cuatro manos en el fondo, apartando tierra suelta de un gran objeto metálico.

En unos instantes, consiguió extraerlo y lo pasó con cuidado a Lily. La tensión ya había desaparecido de la atmósfera cuando la muchacha examinó el antiguo objeto.

—Es una espada del siglo IV con visibles características romanas —anunció —. Prácticamente intacta y sin apenas corrosión.

—¿Puedo? —pidió Hollis.

Lily le entregó el arma y el coronel la agarró con suavidad por la empuñadura, alzando la hoja por encima de la cabeza.

—Pensar que el último hombre que empuñó esta espada fue un legionario romano —murmuró con veneración. Después, en un gesto benevolente, la entregó a Cranston—. ¿No le gustaría librar una batalla con esto en lugar de con armas de fuego automáticas?

—Cuando llegue mi día —respondió Cranston, pensativo—, prefiero una bala a ser despedazado por esa hoja.

Tan pronto como los ingenieros hubieron emprendido el corto viaje de vuelta a su campamento, Pitt se volvió a Hollis.

—Felicidades por el camuflaje. Sólo he detectado a tres entre el total de sus hombres.

—Era espeluznante —asintió Lily—. Saber que estaban todos allí y ser incapaz de verlos…

Hollis parecía verdaderamente turbado.

—Estamos más acostumbrados a camuflarnos en la jungla o en los bosques. Éste era un buen ejercicio práctico en terreno semiárido.

—Un trabajo excelente —añadió Sandecker, estrechando con fuerza la mano de Hollis.

—Esperemos que el general Chandler dé por bueno el informe del pobre

capitán —comentó Giordino.

—Si se molesta en oírlo. La tarea más urgente del general es impedir que medio millón de extranjeros rebasen la frontera y se apoderen de las obras de arte y los conocimientos de la biblioteca. No tiene tiempo para tonterías como nuestro asunto.

—¿Qué hay de la espada romana? —preguntó Hollis, sosteniéndola en alto.

—Tenemos que devolverla a la colección del museo de Sam.

—¿No la ha encontrado en la zanja? —dijo Hollis, volviéndose a Pitt.

—No —respondió éste.

—¿Continuamos cavando?

Pitt actuó como si no le hubiera oído. Anduvo un corto trecho hasta la cumbre de la colina y miró en dirección a México. La ciudad de tiendas había doblado su tamaño respecto al día anterior. « Mañana por la noche» , se dijo. Topiltzin desencadenaría la tormenta al día siguiente por la noche. Se volvió hacia la izquierda y contempló la cima, ligeramente más alta, de Gongora Hill.

El grupo de ingenieros del ejército estaba excavando en el lugar exacto donde Lily había colocado sus marcas cuatro días antes. Los soldados realizaban dos excavaciones separadas. Una era el túnel habitual, completo con travesaños y refuerzos. El otro era una mina abierta, un cráter acanalado en la ladera de la colina. El trabajo avanzaba despacio pues el general Chandler había destinado la mayor parte de los soldados de Ingenieros a la defensa de la frontera.

Pitt dio media vuelta y descendió de nuevo por la pendiente, dirigiéndose hacia Hollis.

—¿Quién es su mejor experto en demoliciones?

—El comandante Dillinger es uno de los mejores artificieros del ejército.

—Necesito unos doscientos kilos de gel de nitroglicerina C-6.

Hollis lo miró con genuina sorpresa.

—¿Doscientos kilos? ¡Veinte kilos bastan para hundir un barco de guerra! ¿Sabe lo que está pidiendo? La mezcla de nitrogel puede estallar con una sacudida.

—También necesito una batería de focos —continuó Pitt—. Podemos pedirla prestada a un grupo de rock. Focos, luces estroboscópicas y un equipo de sonido capaz de romper los tímpanos. —Se volvió hacia Lily y añadió—: Dejo de tu cuenta encontrar a un carpintero que pueda montar un estrado.

—¿Para qué diablos quieres todo eso? —preguntó Lily con los ojos muy abiertos e impaciente de curiosidad.

—No te gustaría saberlo —murmuró Giordino.

—Te lo explicaré después —eludió responder Pitt.

—Todo esto me parece de locos —comentó Lily, sin entender nada.

La chica sólo tenía razón a medias, pensó Pitt. Su plan era dos veces más loco de lo que Lily hubiera podido imaginar jamás. Sin embargo, prefirió

reservárselo. No le pareció buen momento para hacerles saber que pensaba salir a actuar a un escenario en el papel de un lancero.

72

El Volvo verde, con las marcas que lo identificaban como un taxi, se detuvo en el camino de acceso a la casa de Yazid, cerca de Alejandría. Los centinelas armados egipcios, apostados a la entrada por orden personal del presidente Hasan, se pusieron en estado de alerta al ver que el automóvil permanecía detenido sin que nadie se apeara.

Ammar ocupaba el asiento trasero, con los ojos y la mandíbula aparatosamente vendados. Llevaba una túnica de seda azul y un pequeño turbante rojo. El único tratamiento médico que había recibido desde su huida de Santa Inés había sido una visita de dos horas a un cirujano de los bajos fondos de Buenos Aires, antes de fletar un reactor privado que lo había conducido sobre el océano hasta el pequeño aeropuerto a las afueras de la ciudad.

Ya no sentía ningún dolor en las cuencas vacías de sus ojos, pues las drogas se encargaban de adormecerlo. En cambio, aún le resultaba una agonía hablar con la mandíbula destrozada. En cambio, aunque notaba una extraña sensación de tranquilidad, su mente funcionaba con la misma crueldad y determinación de siempre.

—Ya estamos —dijo Ibn desde el asiento del conductor.

Ammar visualizó mentalmente la casa de Yazid hasta el último detalle, como si la estuviera viendo realmente.

—Lo sé —dijo simplemente.

—No es preciso que lo hagas, Suleiman Aziz.

—Ya no tengo esperanzas ni temores —murmuró Ammar lentamente, luchando contra el dolor sílaba a sílaba—. Es la voluntad de Alá.

Ibn se apeó del coche, abrió la puerta trasera y ayudó a Ammar a descender. Después, lo condujo por el camino y lo dejó frente a la verja, vigilada por una fuerte guardia.

—La verja está a cinco metros de ti —dijo Ibn con voz vacilante y cargada de emoción. Dio un ligero abrazo a Ammar y añadió—: Adiós, Suleiman Aziz. Te echaré de menos.

—Cumple lo que has prometido, mi fiel amigo, y nos encontraremos en el jardín de Alá.

Ibn dio media vuelta deprisa y regresó al coche. Ammar permaneció inmóvil

hasta que escuchó desaparecer en la distancia el ruido del motor. Entonces se acercó a la verja.

—Detente donde estás, ciego —ordenó un centinela.

—Vengo a visitar a mi sobrino, Ajmad Yazid —dijo Ammar.

El centinela hizo un gesto con la cabeza a otro, que desapareció en una pequeña oficina y asomó de nuevo con una hoja donde constaba una veintena de nombres.

—¿Eres su tío, dices? ¿Cómo te llamas?

Ammar disfrutó en su última actuación como impostor. Se había cobrado una vieja deuda pendiente de un coronel situado en el Ministerio de Defensa de Abu Hamid, el cual le había facilitado una lista con los nombres de las personas con acceso a la casa de Yazid. Después, había seleccionado uno que no pudiera ser localizado inmediatamente.

—Mustafá Majfouz.

—El nombre consta aquí. Veamos tu identificación.

El centinela estudió el documento falsificado de Ammar, tratando infructuosamente de comparar la foto con las facciones ocultas tras las vendas.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—El coche bomba que estalló en el bazar de El Mansura. Me cayó encima una esquirla.

—Una lástima —dijo el guardián sin la menor sinceridad—. Puedes echarle la culpa a tu sobrino. Fueron sus seguidores quienes lo colocaron. —El centinela hizo un gesto a uno de sus subordinados—. Si pasa el detector de metales y los rayos X, guiadle hasta la casa.

Ammar levantó los brazos como si esperara ser cacheado.

—No es preciso tocarte, Majfouz. Si llevas un arma, las máquinas lo dirán.

Los rayos X no revelaron más que dos llaves y un billetero. El detector de metales no sonó.

La puerta principal. Ammar sintió una satisfacción perversa mientras el centinela del ejército egipcio lo conducía peldaños arriba hacia la puerta principal. Esta vez no tenía que escabullirse por una entrada lateral. Deseó con amargura poder ver la expresión de Yazid cuando se encontraran. Fue conducido a lo que le pareció un gran vestíbulo de entrada, a juzgar por el eco de las botas del guardián sobre el suelo de baldosas. El hombre le ayudó a tantear un banco de piedra y Ammar tomó asiento.

—Espera aquí.

Ammar escuchó al centinela hacer un comentario en voz baja a otra persona antes de volver a la verja. Permaneció sentado en silencio varios minutos. Después, escuchó unos pasos que se acercaban, seguidos de una voz desdeñosa.

—¿Eres Mustafá Majfouz?

Ammar reconoció la voz al instante.

—Sí —respondió con indiferencia—. ¿Te conozco?

—No nos hemos visto nunca. Soy Jaled Fauzi, líder del consejo revolucionario de Ajmad.

—He oído hablar muy bien de ti. —Aquel necio arrogante, pensó Ammar, no le había reconocido bajo las vendas y con sus dificultades para hablar—. Es un honor conocerte.

—Vamos —dijo Fauzi, tomando a Ammar por el brazo—. Te llevaré a Ajmad. Pensaba que todavía estabas en una misión para él en Damasco. No creo que esté al corriente de tus heridas.

—Consecuencia de un intento de asesinato hace tres días —mintió Ammar diestramente—. He salido del hospital esta misma mañana y he tomado el primer vuelo para venir a informar directamente a Ajmad.

—A Ajmad le gustará saber de tu lealtad. Y también se entristecerá al enterarse de tus heridas. Por desgracia, tu visita no es muy oportuna.

—¿No puedo reunirme con él?

—Está rezando —contestó Fauzi lacónicamente. Pese a sus sufrimientos, Ammar se habría reído de buena gana. Poco a poco, se dio cuenta de la presencia de otra persona en la estancia.

—Es vital que me reciba.

—Puedes hablar conmigo en confianza, Mustafá Majfouz —pronunció el nombre con marcado sarcasmo—. Yo le transmitiré tu mensaje.

—Dile a Ajmad que tiene que ver con su aliado.

—¿Quién? —inquirió Fauzi—. ¿Qué aliado?

—Topiltzin.

El nombre pareció rondar la estancia durante un tiempo interminable. El silencio se cargó de intensidad y, por fin, fue roto por una nueva voz.

—Deberías haberte quedado a morir en la isla, Suleiman —dijo Ajmad Yazid en tono amenazador.

A Ammar no le abandonó la calma. Había puesto todo su ingenio y las últimas fuerzas que le quedaban en llegar allí. Él no iba a esperar la muerte. Iba a dar un paso adelante y abrazarla voluntariamente. No era para él una vida de desfiguración y de oscuridad perpetua. Su redención era la venganza.

—No podía morir sin acceder a tu misericordiosa presencia por última vez.

—Ahórrate la palabrería y quítate esas estúpidas vendas. Estás perdiendo facultades, Suleiman. Esta mala imitación de Majfouz no era digna de un hombre de tu habilidad.

Ammar no respondió. Lentamente, desenrolló los vendajes hasta el final y los dejó caer al suelo.

Yazid exhaló un sonoro jadeo cuando vio el rostro terriblemente desfigurado de Ammar. Por las venas de Fauzi corrió su sangre sádica y contempló el espectáculo con la perversa emoción de quien se complace en la visión de las

piltrafas humanas.

—Mi pago por los servicios prestados —dijo Ammar con un ronco gruñido.

—¿Cómo has logrado sobrevivir? —preguntó Yazid con un temblor en la voz.

—Ibn, mi fiel amigo, consiguió ocultarme de las fuerzas especiales norteamericanas durante dos días hasta que tuvo preparada una balsa elaborada con maderas arrastradas por el mar. Después de remar y derivar con la corriente durante diez horas, Alá en su gracia quiso que nos recogiera un barco pesquero chileno que nos dejó en la costa cerca de un pequeño aeródromo en Puerto Williams. Robamos allí un avión y volamos a Buenos Aires, donde fleté un reactor que nos ha traído a Egipto.

—La muerte no lo tiene fácil contigo —murmuró Yazid.

—Supongo que te das cuenta de que has firmado tu sentencia de muerte al venir aquí —ronroneó Fauzi.

—No esperaba otra cosa.

—Suleiman Aziz Ammar —dijo Yazid con un asomo de tristeza—. El mayor asesino de su tiempo, temido y respetado por la CÍA y el KGB, autor de los atentados más extraordinarios que se han llevado a cabo jamás. ¡Pensar que deberás terminar tus días como un mendigo andrajoso y patético en las calles de Alejandría!

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Fauzi, sorprendido.

—Este hombre ya está muerto —continuó Yazid, mientras su tono de disgusto iba cambiando lentamente por otro de satisfacción—. Nuestros expertos financieros se ocuparán de que su fortuna y sus inversiones pasen a mi poder. Después, Suleiman será arrojado a las calles, sometido a una vigilancia permanente para estar seguros de que no sale de los barrios pobres. Se pasará el resto de sus días mendigando para sobrevivir. Para él será mucho peor que una muerte rápida.

—Seguro que me harás matar cuando te enteres de lo que he venido a decirte —replicó Ammar en tono de conversación.

—Te escucho —dijo impaciente Yazid.

—He dictado un informe completo de treinta páginas sobre el asunto del *Lady Flamborough*. Todos los nombres, conversaciones, fechas y horas aparecen en él cuidadosamente pormenorizados; todo, incluidas mis observaciones sobre la parte mexicana de la operación y mis opiniones sobre la relación entre Topiltzin y tú. En este momento, copias del informe están siendo leídas por los servicios de inteligencia de seis países y por miembros de sus medios de comunicación. Hagas lo que hagas conmigo, Ajmad, saber que estás acabado me…

Ammar quedó cortado a media frase y soltó un gemido al tiempo que su cabeza estallaba en un dolor agónico, extremo. Fauzi, con el rostro lívido y los dientes apretados de rabia, acababa de golpearle. El impacto no le alcanzó con toda la potencia de un golpe medido. La reacción de Fauzi, explosiva e

irreflexiva, fue resultado de una absoluta pérdida de autocontrol y su puño sólo rozó el costado de la mandíbula herida del ciego.

Un hombre en buen estado físico apenas habría notado el golpe, pero Ammar se tambaleó, al borde de la inconsciencia. El delicado tejido cicatricial en torno a sus ojos y a la mandíbula se reabrió.

Ammar retrocedió unos pasos, protegiéndose a ciegas de los furiosos golpes de Fauzi con las manos y los brazos, luchando por mantener clara la mente pese al dolor, pálido como la cera y ensangrentado.

—¡Basta! —gritó Yazid a Fauzi—. ¿No ves que este hombre está deseando morir? Tal vez esté mintiendo, con la esperanza de que le matemos aquí y ahora.

Ammar recuperó en parte el control de su mente. Guiándose por la voz de Yazid y por la respiración acelerada del furioso Fauzi, consiguió determinar la posición de ambos.

Extendió la mano izquierda y avanzó ligeramente hasta estar seguro de poder asir el brazo derecho de Yazid. Entonces, lo agarró y, con la rapidez de un rayo, se llevó la mano libre detrás del cuello.

El cuchillo de fibra de carbono estaba apretado y plano en el pequeño hueco justo a la derecha de las vértebras torácicas de Ammar, sujeto a la piel con un esparadrapo. El arma, un instrumento conocido entre los expertos en operaciones encubiertas, estaba diseñado para superar sin problemas los detectores de metales y los aparatos de rayos X.

Ammar se arrancó de la espalda la hoja delgada y puntiaguda de dieciocho centímetros, echó hacia atrás el codo como un pistón y hundió el cuchillo en el pecho de Yazid, justo por debajo de las costillas.

La feroz acometida levantó del suelo al impostor revolucionario musulmán. Paul Capesterre abrió unos ojos enormes de sorpresa y horror. El único sonido que salió de sus labios fue un ronco gorgoteo.

—Adiós, canalla —gruñó Ammar por su boca sangrante.

De inmediato, Ammar extrajo el cuchillo del cuerpo de Yazid y, desplazándose un poco, movió el brazo en un amplio arco hacia el lugar donde percibió que se encontraba Fauzi. El arma no estaba pensada para descargar cuchilladas, pero su mano entró en contacto con el rostro de Fauzi y notó que la hoja cortaba la mejilla de éste.

Ammar sabía que Fauzi era diestro e iba siempre armado con una vieja Luger de nueve milímetros que llevaba en una funda bajo la axila izquierda. Se arrojó contra él en un ciego intento de sujetar al arrogante fanático, mientras lanzaba una nueva estocada de abajo arriba.

La ceguera hizo que su reacción no llegara a tiempo. Fauzi había sacado su Luger inmediatamente. Apoyó el cañón del arma contra el estómago de Ammar y consiguió hacer dos disparos antes de que el cuchillo le alcanzara el corazón. Entonces dejó caer la pistola y se llevó las manos al pecho. Dio unos pasos a un

lado, tambaleándose y mirando con una extraña expresión de desconcierto el cuchillo que sobresalía de su esternón. Por último, sus ojos quedaron en blanco y se desplomó en el suelo a apenas un metro de donde había caído Capesterre.

Ammar se dejó caer lentamente al suelo de baldosas cerámicas y quedó tendido de espaldas. Ya no sentía ningún dolor. Sin sus ojos, vio visiones. Notó que la vida se le escapaba como si se la llevara una corriente.

Su destino había sido decidido por un hombre al que sólo había visto unos breves minutos. Evocó la imagen del hombre alto de ojos verdes y sonrisa terca. Se sintió invadido por una oleada de odio, pero lo abandonó con igual rapidez. Dirk Pitt. Repitió el nombre mientras su mente quedaba poco a poco en tinieblas.

Notó que lo embargaba una sensación de euforia y satisfacción. Su último pensamiento fue que Ibn se encargaría de Pitt. Entonces podría descansar en paz…

73

El presidente estaba sentado en un sillón de cuero y contemplaba las cuatro pantallas de televisión. Tres de ellas estaban sintonizadas con las cadenas más importantes, mientras la cuarta recibía imágenes directas desde el camión de comunicaciones del ejército en Roma. Parecía cansado, pero sus ojos brillaban con intensidad mientras pasaban de un monitor a otro. En su rostro había una mueca de concentración.

—Aún no puedo creer que pueda juntarse tanta gente en tan poco espacio —dijo, asombrado.

—Están a punto de quedarse sin comida —dijo Schiller, leyendo un informe de última hora de la CÍA—. Las reservas de agua potable están agotándose y las instalaciones sanitarias están colapsadas.

—Será esta noche o nunca —suspiró Nichols, muy preocupado.

—¿Qué cifra de gente se calcula que hay ahí? —quiso saber el presidente.

—Un recuento por ordenador de una fotografía aérea muestra cerca de cuatrocientas treinta mil personas —respondió Schiller.

—Y van a penetrar por un corredor de menos de un kilómetro de anchura —añadió Nichols en tono sombrío.

—¡Maldito sea ese cerdo asesino! —exclamó el presidente, furioso—. ¡No se da cuenta, no le importa que miles de personas vayan a morir aplastadas o ahogadas, sólo en el paso del río!

—La mayoría de ellos mujeres y niños —añadió Nichols.

—Los Capesterre no son famosos por su buen corazón, precisamente —murmuró Schiller con tono áspero.

—Aún no es demasiado tarde para acabar con él —propuso el director de la CÍA, Martin Brogan—. Matar ahora a Topiltzin sería comparable a asesinar a Hitler en 1930.

—Para eso, su hombre debería acercarse lo suficiente —comentó Nichols—. Después, sería linchado por la multitud.

—Estaba pensando en un fusil de alta precisión y gran alcance. Un disparo desde cuatrocientos metros.

—No sería una solución práctica —observó Schiller—. Un disparo así sólo podría hacerse desde una elevación del terreno a nuestro lado del río y los

mexicanos sabrían inmediatamente quién ha sido el autor. Las cosas se pondrían entonces feas de verdad. En lugar de una multitud pacífica, las tropas del general Chandler deberían enfrentarse a una turba enloquecida que arrasaría Roma con todas las armas que pudiera encontrar, pistolas, navajas, piedras y palos. Nos encontraríamos metidos en una guerra de verdad.

—Estoy de acuerdo —dijo Nichols—. El general Chandler no tendría más remedio que utilizar todos sus recursos para salvar a sus hombres y a los ciudadanos norteamericanos de la zona.

El presidente descargó el puño en un apoyabrazos del sillón en gesto de frustración.

—¿No podemos hacer algo para prevenir una matanza?

—Por más vueltas que le demos —dijo Nichols—, estamos en una posición muy delicada.

—Tal vez deberíamos echar el asunto a rodar y entregar el tesoro de la Biblioteca de Alejandría al presidente De Lorenzo. Lo que sea, con tal que Topiltzin no les ponga encima sus sucias manos.

—Sería un gesto inútil —dijo Brogan—. Topiltzin sólo utiliza esos objetos como excusa para una confrontación. Nuestras fuentes de inteligencia informan que está proyectando otras invasiones de inmigrantes parecidas desde la costa atlántica hacia el sur de California y por la frontera de Nogales al interior de Arizona.

—Si pudiéramos detener esta locura… —musitó el presidente.

Sonó uno de los teléfonos y Nichols atendió la llamada.

—Es el general Chandler, señor presidente. La comunicación viene por línea codificada.

—Atender cara a cara al hombre a quien quizá tenga que ordenar que mate a diez mil personas es lo menos que puedo hacer —murmuró el presidente tras un largo suspiro. El monitor quedó en negro por un instante y mostró luego el busto de un hombre camino de los cincuenta, de rostro enjuto y cabello muy canoso, que no llevaba cubierto con gorra o casco alguno. La tensión de la espera se reflejaba en las arrugas alrededor de sus ojos azules.

—Buenos días, general —le saludó el presidente—. Lamento que yo lo esté viendo y usted a mí, no. En la sala donde estoy no hay cámaras.

—Entiendo, señor presidente.

—¿Cómo está la situación?

—Ahora mismo empieza a caer un chaparrón considerable que será como un regalo del cielo para esa pobre gente. Les permitirá reaprovisionarse de agua, se depositará el polvo y ya empieza a disminuir el hedor de sus letrinas.

—¿Ha habido provocaciones?

—Las banderas y gritos habituales, pero ningún acto de violencia.

—Por lo que ha podido observar, ¿aprecia si alguien se ha desanimado y ha

emprendido el regreso a su hogar?

—No, señor —respondió Chandler—. Si acaso, ha crecido su entusiasmo. Creen que su mesías azteca ha traído la lluvia y él se ha apresurado a señalarse a sí mismo para terminar de convencerlos. Grupos de sacerdotes católicos se han introducido entre la gente, rogando y suplicando que regresen a sus iglesias y hogares, pero los hombres de Topiltzin los han expulsado a toda prisa de la ciudad de tiendas.

—Martin Brogan cree que empezarán a moverse esta noche.

—Mis informaciones concuerdan con el cálculo del señor Brogan. —El general vaciló antes de formular la pregunta fatal—. ¿Algún cambio de órdenes, señor presidente? ¿Aún tengo que detenerlos a toda costa?

—Hasta que le ordene otra cosa, general, sí.

—Debo decir, señor, que me ha puesto en una situación muy delicada. No puedo garantizar que mis hombres disparen contra mujeres y, sobre todo, contra niños, si se lo ordeno.

—Comprendo su posición pero, si no nos mantenemos firmes en Roma, millones de mexicanos indigentes lo entenderán como una invitación abierta a pasar a Estados Unidos impunemente.

—No puedo discutirle la razón, señor presidente, pero si lanzamos una andanada con nuestras modernas armas de fuego contra medio millón de personas apiñadas codo con codo, la historia nos acusará de haber cometido un crimen contra la humanidad.

Las palabras de Chandler hicieron revivir en la mente del presidente los horrores de la ignominia nazi y los procesos de Nuremberg, pero se mantuvo firme en su decisión.

—Por terrible que sea pensarlo, general —respondió con solemnidad—, las consecuencias de no actuar serían incalculables. Mis expertos de Seguridad Nacional predicen que una histeria de autoconservación barrería el país, con el resultado de la formación de bandas de somatenes para combatir la oleada de inmigrantes ilegales. Ningún norteamericano de origen mexicano quedaría a salvo y el número de muertes en ambos bandos podría alcanzar proporciones astronómicas. Los legisladores conservadores se levantarían a pedir la votación de una declaración de guerra formal contra México en el Congreso. No quiero ni pensar qué sucedería en tal caso.

Todos los presentes en la sala pudieron ver con claridad la confusión que los pensamientos y emociones contradictorios creaban en la mente del general. Cuando al fin habló, lo hizo con voz serena, medida.

—Le solicito respetuosamente que sigamos en estrecha comunicación hasta el momento de la incursión.

—Entendido, general —asintió el presidente—. Mis consejeros de Seguridad Nacional y yo nos reuniremos en breve en la sala de Situación.

—Gracias, señor presidente.

La imagen del general Chandler dio paso a un primer plano de una pequeña barcaza que era botada al agua sobre rodillos por un centenar de hombres que tiraban de cuerdas.

—Bien —dijo Schiller, meneando la cabeza como si todo aquello le asombrara—, hemos hecho cuanto hemos podido por desarmar la bomba pero no hemos conseguido impedir que la explosión sea irremisible. Ahora, ya sólo nos queda sentarnos y esperar a que se produzca.

74

Llegaron una hora después del crepúsculo.

Hombres, mujeres y niños, algunos apenas en edad de andar. Todos sostenían velas encendidas. Las nubes bajas que habían quedado tras la lluvia despidieron un fulgor anaranjado al reflejar el inmenso mar de llamas oscilantes.

Llegaron en una oleada gigante hacia la orilla, alzando las voces poco a poco en un antiguo cántico. El sonido pasó de un murmullo a un potente rugido que hizo vibrar los cristales de las ventanas de Roma.

Campesinos refugiados y pobres urbanos que habían abandonado sus chozas de adobe, sus cabañas de planchas metálicas onduladas y sus chabolas de cartón en aldeas miserables o en los suburbios de las ciudades, avanzaron al unísono galvanizados por la promesa de Topiltzin de un nuevo amanecer del poderoso imperio azteca en sus antiguas tierras, ahora ocupadas por Estados Unidos. Eran gentes desesperadas que ocupaban los estratos más bajos de la sociedad y, sumidas en la pobreza, se aferraban a su única esperanza de una vida mejor.

Avanzaron a paso de tortuga, con zancadas cortas, hacia la flota de embarcaciones que los estaba aguardando. Bajaron por caminos embarrados, encharcados por la lluvia. Niños de corta edad lloraban de miedo mientras sus madres los llevaban de la mano o en brazos hacia las inestables balsas que se sumergían y escoraban durante el abordaje.

Cientos de caminantes fueron empujados al río por la masa que venía detrás. Se alzaron gritos de terror de una multitud de jóvenes víctimas al verse hundidos bajo las aguas. Muchos se ahogaron o fueron arrastrados por la corriente antes de que pudiera intentarse el rescate, tarea casi imposible ya que la mayor parte de los hombres estaba agrupada en la retaguardia.

Lentamente, en una desorganizada confusión, los cientos de barcas y balsas empezaron a surcar las aguas hacia la orilla opuesta.

Los focos del ejército norteamericano, junto a las luces de las unidades de televisión, iluminaron el confuso hervor que se acercaba por el río. Los soldados contemplaron con inquieta fascinación la tragedia del abordaje y la muralla humana que avanzaba hacia ellos.

El general Chandler estaba en el techo de la furgoneta de la policía de Roma, en el centro del Risco. Su rostro aparecía gris bajo las luces y en sus ojos había

un aire de desesperación. La escena resultaba aún más pasmosa de lo que había temido.

—¿Puede ver eso, señor presidente? ¿Puede ver esa locura? —dijo por un micrófono prendido al cuello de su camisa.

El presidente contempló fijamente el enorme monitor de la sala de Situación.

—Sí, general. La transmisión llega con claridad.

Tomó asiento a la cabecera de la larga mesa, flanqueado por sus consejeros más próximos, miembros del gobierno y dos de los cuatro jefes del Estado Mayor Conjunto. Todos contemplaron el increíble espectáculo que recibían en sonido estereofónico y vividos colores.

Las barcas más rápidas habían tocado la orilla y sus pasajeros se apresuraban a descender. Cuando la primera oleada hubo terminado de cruzar y las embarcaciones emprendieron el regreso en busca de su siguiente carga, la masa se concentró y empezó a avanzar. Los contados hombres que habían cruzado empezaron a deambular arriba y abajo por la orilla provistos de megáfonos, animando a las mujeres a continuar adelante.

Agarrando a sus hijos y con las velas en alto, entre los cánticos en lengua azteca, las mujeres empezaron a fluir por las pendientes menos inclinadas, rodeando el saliente rocoso como un ejército de hormigas que se dividiera en torno a una roca con la intención de juntarse de nuevo al otro lado.

Las expresiones aterrorizadas de los niños y los gestos resueltos de sus madres frente a las bocas de las armas quedaron fielmente reflejados por las cámaras. Topiltzin había afirmado que sus poderes divinos las protegerían y ellas lo creían fervientemente.

—¡Dios santo! —exclamó Doug Oates—. Toda esa multitud está compuesta de mujeres y niños.

No hubo comentarios a la alarmante observación de Oates. Los hombres reunidos en aquel despacho de la Casa Blanca contemplaron con creciente inquietud cómo una nueva masa de mujeres empezaba a guiar a sus hijos por el puente hacia los tanques y blindados que les cerraban completamente el paso.

—General —dijo el presidente—. ¿Puede hacer una descarga cerrada por encima de sus cabezas?

—Sí, señor —respondió Chandler—. He ordenado a mis tropas que carguen balas de salva. El riesgo de herir a inocentes es demasiado grande para utilizar munición real.

—Una buena decisión —dijo el general Metcalf, del Estado Mayor—. Curtis sabe lo que hace.

El general Chandler se volvió hacia uno de sus ayudantes.

—Dé la orden de lanzar una descarga de salvas.

Su auxiliar, un comandante, transmitió la orden por un radiotransmisor:

—¡Andanada de salvas, fuego!

El rugido atronador escupió un muro de llamas en la noche. La descarga llegó como una ráfaga de viento y apagó muchas de las velas que sostenía la multitud. El estampido ensordecedor del cañón de un tanque y el tableteo de las armas automáticas resonó en el valle.

Diez segundos. Ése fue el plazo que transcurrió entre las órdenes de « fuego» y « alto el fuego» y lo que tardó en volver el eco desde las colinas bajas situadas detrás de Roma.

Un silencio paralizante, embriagado en el acre olor a pólvora, se adueñó de la desconcertada multitud.

Luego, los gritos de las mujeres rasgaron el silencio y a ellos se unieron muy pronto los chillidos de los niños aterrados. La mayoría se echó de bruces al suelo, presa del pánico, y el resto continuó de pie, paralizado. Un enorme griterío surgió entonces de la otra orilla cuando los hombres, a los que se había impedido cruzar con sus esposas e hijos, expresaron su temor de que los caídos estuvieran muertos o heridos.

Se formó una algarabía y durante los minutos siguientes pareció como si la invasión hubiera quedado detenida donde estaba.

En ese instante, los focos de la orilla mexicana cobraron vida y se dirigieron a una figura situada de pie sobre una pequeña plataforma que llevaban a hombros varios hombres vestidos con túnicas blancas.

Topiltzin tenía los brazos extendidos en una parodia de Cristo y gritaba por los altavoces, ordenando a las mujeres caídas de bruces que se levantaran y continuaran avanzando. Paulatinamente, el desconcierto se apaciguó y todos empezaron a advertir que no había muertos ni sangre. Muchas mujeres se echaron a reír histéricas al descubrir que no estaban heridas. Unos vítores surgieron ensordecedores de la multitud, convencida de que los poderes de Topiltzin habían obrado el milagro de protegerlas de las balas.

—Ha sacado provecho de esas salvas contra nosotros —dijo Julius Schiller con gesto de frustración.

El presidente movió la cabeza con abatimiento y murmuró:

—Como tantas veces ha sucedido en la historia de nuestra nación, nuestros esfuerzos humanitarios se vuelven en contra de nosotros.

—Chandler se encargará del asunto —dijo Nichols.

—Sí —asintió el general Metcalf, moviendo la cabeza lentamente—. Ahora, todo está en sus manos.

Había llegado el momento de la terrible decisión. No podían seguir retrasando el penoso asunto. El presidente, sentado en la seguridad del profundo sótano de la Casa Blanca, permaneció sumido en un extraño silencio. Había tenido la habilidad de pasar la bomba de relojería a los militares, determinando con ello

que el general Chandler se convirtiera en cabeza de turco.

El presidente estaba entre la espada y la pared. No podía permitir que un ejército de extranjeros irrumpiera por la frontera impunemente, pero tampoco podía arriesgarse a provocar la caída de toda su administración dando la orden directa a Chandler de empezar a matar niños.

Ningún presidente se había sentido nunca tan impotente.

Las mujeres y niños, sin cesar en sus cánticos, estaban ya a escasos metros de las tropas atrincheradas a poca distancia de la orilla. La cabeza de la serpenteante columna de velas que cruzaba el puente internacional se hallaba casi encima de los tanques.

El general Curtis Chandler tenía tras él una larga e ilustre carrera militar, pero nada le esperaba ahora en el futuro, salvo una conciencia angustiada por el sentimiento de culpa. Su esposa había muerto un año antes a causa de una larga enfermedad y no habían tenido hijos. En su calidad de general de brigada de una estrella, el escaso tiempo que le quedaba para el retiro no le daba opción a subir de rango. Ahora, Chandler estaba sobre los riscos contemplando cómo cientos de miles de inmigrantes ilegales invadían su patria y preguntándose por qué su vida había tenido tan cruel culminación en aquel lugar y momento.

Su ayudante lo miraba con una expresión lindante en la desesperación.

—Señor, la orden de fuego.

Chandler contempló a los niños que avanzaban asidos nerviosamente a la mano de sus madres, con sus ojos grandes y oscuros iluminados por las velas.

—¿Sus órdenes, general? —imploró el auxiliar.

Chandler murmuró algo, pero el comandante no lo oyó debido a los cánticos.

—Lo siento, general, ¿ha dicho usted « fuego» ?

El general se volvió y, con un destello en los ojos, repitió:

—Déjenlos pasar.

—¿Señor?

—Ésas son mis órdenes, comandante. No estoy dispuesto a irme a la tumba como un infanticida. Y, por el amor de Dios, no se le ocurra utilizar las palabras « no abran fuego» , no sea que algún jefe de unidad entienda mal la orden.

El comandante asintió y se apresuró a comunicar por el micrófono:

—A todos los comandantes. Ordenes del general Chandler: no efectúen ningún movimiento hostil y dejen pasar a los inmigrantes entre nuestras líneas. Repito, no intervengan y déjenlos pasar.

Con infinito alivio, los soldados bajaron las armas y permanecieron tensos e inquietos durante unos minutos. Después, se relajaron y empezaron a coquetear con las mujeres y, arrodillándose, a jugar con los niños, persuadiéndolos con lisonjas para que se secaran las lágrimas.

—Perdone, señor presidente —dijo Chandler, hablando a una cámara—. Lamento tener que terminar mi carrera militar desobedeciendo una orden directa de mi comandante en jefe, pero he considerado que dadas las circunstancias…

—No se preocupe —respondió el presidente—. Ha hecho usted un trabajo espléndido. —Se volvió al general Metcalf y añadió—: No me importa el lugar que ocupe en el escalafón; ocúpese de que Chandler reciba otra estrella, por favor.

—Me sentiré muy feliz de hacer las gestiones, señor.

—Un gran acierto, señor presidente —intervino Schiller, comprendiendo que el silencio del presidente había sido una simulación—. Desde luego, conoce usted, muy bien a ese hombre.

El presidente respondió con una leve sonrisa en su mirada.

—Serví con Curtis Chandler en Corea, siendo ambos tenientes de Artillería. El general habría disparado contra una turba armada, agresiva y fuera de control, pero jamás lo haría contra mujeres y niños desarmados.

El general Metcalf comprendió también la jugada y apuntó:

—De todos modos, ha corrido usted un gran riesgo.

El presidente asintió. Luego, dijo:

—Ahora, tengo que responder ante el pueblo norteamericano por no presentar resistencia a la invasión del país por esas masas de extranjeros ilegales.

—Sí, pero su muestra de moderación será una valiosa moneda de cambio en futuras negociaciones con el presidente De Lorenzo y otros líderes centroamericanos —lo consoló Oates.

—Mientras tanto —añadió Mercier—, nuestras fuerzas militares y de seguridad se dedicarán con calma a rodear a los seguidores de Topiltzin y a conducirlos de nuevo al otro lado de la frontera, antes de que la amenaza de la formación de grupos espontáneos de autodefensa empiece a hacerse realidad.

—Quiero que la operación se lleve a cabo del modo más humanitario posible —dijo el presidente con firmeza.

—¿No hemos olvidado algo, señor? —preguntó Metcalf.

—¿General?

—La Biblioteca de Alejandría. Ahora, nada impide que Topiltzin se apodere de los objetos.

El presidente se volvió hacia el senador Pitt, que permanecía sentado en silencio en un extremo de la mesa.

—Bien, George, el ejército ha quedado eliminado y a usted le toca ser nuestro último hombre al bate. ¿Le importaría poner a todos al corriente de su plan alternativo?

El senador mantuvo la vista fija en la mesa. No quería que los reunidos apreciaran el destello de inquietud y temor de sus ojos.

—Es una apuesta arriesgada, un engaño creado por mi hijo Dirk. No sé describirlo de otro modo pero, si todo sale bien, Robert Capesterre, alias Topiltzin, no llegará a poner sus manos en los conocimientos de la antigua, biblioteca. Sin embargo, si nuestro intento fracasa como ya apuntan ciertos críticos, los Capesterre se apoderarán de México y el tesoro se perderá para siempre.

75

Afortunadamente, la explosión de fanatismo religioso y el loco intento de Topiltzin por hacerse con el poder no terminó en un baño de sangre. No se produjeron muertes debido a malentendidos y la única tragedia de verdad fue la de las jóvenes víctimas que habían muerto ahogadas durante la primera travesía.

Suelta, la multitud pasó entre las filas de soldados y recorrió las calles de Roma en dirección a Gongora Hill. Los cánticos se habían acallado y ahora gritaban consignas en la vieja lengua azteca, incomprensibles para los norteamericanos y para la mayoría de observadores mexicanos.

Topiltzin encabezó la triunfal peregrinación por las laderas de la colina. El impostor había preparado con sumo cuidado su interpretación como redentor enviado por los dioses aztecas. La captura de los tesoros egipcios le proporcionaría la influencia y la financiación necesarias para apartar del poder al sempiterno Partido Revolucionario Institucional del presidente De Lorenzo sin pasar el estorbo de unas elecciones libres. Todo México estaba a cuatrocientos metros de caer en manos de la familia Capesterre.

Topiltzin todavía no estaba enterado de la muerte de su hermano en Egipto. Sus seguidores y consejeros más cercanos habían abandonado el camión de comunicaciones durante la excitación y no habían captado el mensaje urgente. Movido por la curiosidad de ver los tesoros de la biblioteca, el círculo más próximo a Topiltzin caminaba ahora detrás del palanquín en el que su líder era transportado por unos fanáticos seguidores.

El impostor se encontraba de pie sobre el palanquín con una túnica blanca y una capa de piel de jaguar sobre los hombros, empuñando una vara levantada con un estandarte que mostraba un águila y una serpiente. Una batería de focos portátiles estaba concentrada en el palanquín, envolviendo al hombre en un aura multicolor. El resplandor lo distrajo y, con un gesto, Topiltzin indicó que algunas de las luces barrieran la ladera delante de la columna en marcha.

Salvo algunas piezas de maquinaria pesada, la excavación parecía desierta. No se apreciaba ningún soldado de Ingenieros cerca del cráter o del túnel. A Topiltzin no le gustó lo que veía y extendió las manos indicando a la multitud que se detuviera. La orden fue repetida por unos altavoces hasta que el muro frontal de caminantes dejó lentamente de avanzar. Todos los rostros se volvieron hacia

Topiltzin, aguardando su siguiente orden con aire reverente.

De pronto, un aullido, fantasmal se elevó desde la cumbre de la colina y creció hasta que su agudísimo sonido obligó a la multitud a cubrirse los oídos con las manos para que no les estallasen los tímpanos.

A continuación, una serie de luces estroboscópicas lanzó sus destellos sobre el mar de rostros. Un juego de luces que producía el mágico efecto de una aurora boreal formó un velo en el cielo nocturno. La multitud se quedó inmóvil, contemplando en trance la extraordinaria visión.

El espectáculo de las luces aumentó hasta alcanzar una intensidad indescriptible mientras el espectral chillido cortaba el aire con el efecto estremecedor de la banda sonora de una película de terror.

Los destellos de las luces y los espeluznantes sonidos aumentaron, en un crescendo sobrecogedor; de pronto, los focos estroboscópicos se apagaron y el silencio sacudió a los presentes por su súbita brusquedad.

Durante un largo minuto, el aullido resonó en los oídos de la multitud y sus ojos siguieron deslumbrados. Luego, un chorro de luz recortó muy lentamente contra el cielo nocturno la figura solitaria de un hombre puesto en pie en la cumbre de la colina. El efecto era pasmoso. La luz despedía brillantes reflejos al tocar los objetos metálicos que rodeaban su cuerpo.

Cuando el hombre quedó plenamente a la vista, pudo apreciarse que llevaba el uniforme de combate de un antiguo legionario romano.

Lucía una túnica color borgoña bajo una coraza de hierro bruñido. El casco de su cabeza y las espinilleras que protegían sus piernas refulgían espectacularmente. Llevaba al costado un *gladius*, una espada corta de doble filo, colgada de una cinta de cuero sujeta al hombro contrario. Uno de sus brazos sostenía el escudo oval y en la otra mano, enhiesto, un *pilum*, una lanza de ataque.

Topiltzin lo contempló con fascinada curiosidad. ¿Un juego, una broma, un fraude teatral? ¿Qué estaban tramando ahora los norteamericanos? Su inmensa horda de fieles permaneció en silencio, contemplando al romano como si fuera una aparición. Poco a poco, los rostros se volvieron a Topiltzin, aguardando con expectación a que su mesías hiciera el primer movimiento.

Un truco nacido de la desesperación, decidió finalmente. Los norteamericanos estaban jugando su última baza en un esfuerzo por impedir que sus ignorantes y supersticiosos seguidores se aproximaran a los tesoros.

—Podría ser un truco para secuestrarte y retenerte como rehén —dijo uno de sus colaboradores cercanos.

En el rostro de Topiltzin había una expresión de desdeñoso interés.

—Un truco, sí, pero no un secuestro. Los norteamericanos saben que la multitud se pondría furiosa si me viera amenazado. La maniobra es evidente. Salvo ese enviado cuya piel devolví a Washington, he rechazado todos los intentos de establecer contacto con los funcionarios del departamento de Estado. Esta

representación teatral no es más que un torpe intento de entablar una última negociación cara a cara. Me interesa conocer qué oferta pondrán sobre la mesa.

Sin murmurar una palabra más y sin atender a los consejos de sus colaboradores, ordenó que bajaran al suelo el baldaquín y descendió de él. Los focos le siguieron mientras avanzaba colina arriba, solo y arrogante. No se le veían los pies bajo el borde de la túnica y parecía deslizarse sobre el terreno, más que andar.

Avanzó a paso medio, tanteando el revólver Colt Python de calibre 9 mm que llevaba al cinto bajo la túnica para comprobar que el seguro estaba quitado. También tenía a mano una bomba de humo anaranjado por si se hacía necesario recurrir a un efecto visual para cubrir una retirada rápida.

Se acercó hasta poder comprobar que la figura del legionario romano era un maniquí sacado de unos grandes almacenes que lucía una sonrisa insípida y unos ojos pintados que miraban al vacío. Las manos y el rostro, de yeso, estaban descoloridos y descantillados.

Una expresión inconfundible de curiosidad cubrió las facciones de Topiltzin mientras estudiaba el maniquí. No obstante, también exhibía un aire de cautela. Sudaba profusamente y llevaba la túnica blanca arrugada y pegada al cuerpo.

En ese instante, un hombre de elevada estatura con botas de montaña, pantalones vaqueros y suéter blanco de cuello alto apareció ante los focos desde detrás de unas matas y miró a Topiltzin con unos ojos más fríos que un témpano del Ártico. Cuando llegó junto al maniquí, el hombre se detuvo.

Topiltzin creyó tener la ventaja y no perdió el tiempo. Hablando en inglés, dijo despectivamente:

—¿Qué esperaba conseguir con ese muñeco y el espectáculo de luces?

—Su atención.

—Felicidades, entonces. Lo ha conseguido. Y ahora, si es tan amable de exponerme el mensaje de su gobierno…

El desconocido le miró un largo instante.

—¿Alguien le ha dicho que esa vestimenta parece una sábana el día después de la fiesta de fin de curso de una pandilla de estudiantes?

—¿Pretende insultarme su presidente enviándome un payaso? —replicó Topiltzin, irritado.

—Creo que aquí es donde debo decir que somos tal para cual.

—Tiene un minuto para exponer lo que sea. —Hizo una pausa y movió la mano en un amplio gesto, señalando a la multitud—. Luego ordenaré a mi pueblo reanudar la marcha.

Pitt se volvió hacia la parte de atrás de la colina y escrutó con aire inquisitivo los kilómetros de campo desierto y a oscuras.

—¿La marcha? ¿Hacia dónde?

Topiltzin hizo caso omiso del comentario.

—Puede empezar por su nombre, título y cargo en la administración.

—Me llamo Dirk Pitt. Mi título es *señor* Pitt. Mi cargo es el de mero contribuyente norteamericano y tú puedes irte derecho al infierno.

Los ojos de Topiltzin lanzaron un sombrío destello de cólera.

—Muchos hombres han tenido una muerte horrible por mostrarse poco respetuosos ante quien habla directamente con los dioses.

Pitt sonrió con la aburrida despreocupación del diablo ante las amenazas de un predicador televisivo.

—Si hemos de hablar, dejémonos ya de chachara inútil y de rodeos. Has engañado a los pobres de México con trucos escénicos, prometiéndoles una nueva vida de felicidad que no puedes proporcionarles. Eres un fraude, un absoluto engaño desde la cabeza a los pies, de modo que no me hables con esos humos. Yo no soy uno de sus ignorantes seguidores. A mí no me impresiona un criminal despreciable como Robert Capesterre.

Capesterre abrió la boca y volvió a cerrarla de golpe. Dio un paso atrás con una expresión de sorpresa en los ojos, sin acabar de creer lo que estaba escuchando.

Transcurrieron unos segundos mientras contemplaba a Pitt. Por último, preguntó en un ronco susurro:

—¿Cuánto saben del asunto?

—Lo suficiente —respondió Pitt—. La familia Capesterre y sus sucios negocios son la comidilla de Washington. Por toda la Casa Blanca se han descorchado botellas de champán cuando ha llegado la gran noticia sobre tu hermano, el que se cree un profeta musulmán. Es un rasgo de justicia que haya muerto a manos del terrorista que contrató para secuestrar el *Lady Flamborough* y asesinar a los pasajeros.

—Mi hermano… —Capesterre fue incapaz de pronunciar la palabra « muerto» —. No te creo.

—¿No lo sabías? —preguntó Pitt, ligeramente sorprendido.

—He estado con él hace menos de veinticuatro horas —insistió Topiltzin, obstinado—. Paul… Ajmad Yazid está sano y salvo.

—El de cadáver ambulante no es el disfraz que mejor le va.

—¿Qué esperáis conseguir tú y tu gobierno con estas mentiras?

—Me alegra que hayas planteado el tema —replicó Pitt, observando a Capesterre con frialdad—. Lo que nos proponemos es salvar los tesoros de la Biblioteca de Alejandría, y difícilmente lo podremos hacer si tú sueltas a tus partidarios en el interior de la cámara donde están depositados. Robarán todos los objetos que crean poder vender o cambiar por comida y destruirán lo que consideren sin valor, en especial los libros y rollos más preciados.

—No entrarán —respondió Capesterre con firmeza.

—¿Crees que podrás detenerlos?

—Mis seguidores hacen lo que yo ordeno.

—Los libros y grabados tienen que ser catalogados e inspeccionados por arqueólogos e historiadores cualificados —insistió Pitt—. Si quieres alguna concesión de Washington, tienes que garantizar que la biblioteca será tratada como un bien científico.

Los ojos de Capesterre escrutaron los de Pitt por un instante. Poco a poco, recuperó la calma y se enderezó todo lo posible. Aun así, Pitt le sacaba diez centímetros de estatura. Topiltzin permaneció ante él oscilando a un lado y otro como una cobra a punto de atacar. Por fin, habló con voz profunda, monocorde y amenazadora.

—No tengo que ofrecer ninguna garantía, señor Pitt. Aquí no va a haber negociaciones ni concesiones. Vuestro ejército no ha sabido rechazar a mi gente en el río y la iniciativa es mía. Los tesoros egipcios son míos. Todos los estados del sudoeste —sus ojos miraron a Pitt con el aire de un loco furioso— serán míos también. Mi hermano Paul gobernará Egipto. Nuestro hermano menor encabezará algún día el gobierno de Brasil. Por eso estoy aquí, y por eso estás aquí tú también como solitario defensor de una superpotencia mundial en un último y patético intento de negociación. Pero a tu gobierno no le queda nada que negociar. Y, al menor intento de impedir que nos llevemos el tesoro a México, ordenaré a mi gente que queme y destruya todo su contenido.

—Algo tengo que reconocer, Capesterre —murmuró Pitt con disgusto—, y es que sabes hacer planes a lo grande. Es una pena que te dejen andar suelto. Podrías hacer un buen Napoleón en una partida de póquer en un manicomio.

Un destello de irritación apareció en el rabillo de los ojos de Capesterre.

—Adiós, Pitt. Mi paciencia se ha agotado. Será una verdadera alegría para mí sacrificarte a los dioses y enviar tu piel desollada a la Casa Blanca.

—Perdona por no llevar ningún tatuaje decorativo.

La relajada indiferencia de Pitt desconcertó a Capesterre. Nadie le había menospreciado nunca de aquella manera. Topiltzin se volvió y alzó una mano hacia la multitud silenciosa.

—¿No crees que deberías hacer inventario de tu nueva riqueza antes de entregársela? —preguntó Pitt—. Piensa en la reacción del mundo cuando te acusen de permitir que tus secuaces destrocen el ataúd de oro de Alejandro Magno.

Capesterre bajó la mano lentamente. Las sienes le latían aceleradamente.

—¿Qué estás diciendo? ¿El ataúd de Alejandro Magno existe?

—Y también sus restos mortales. —Pitt indicó la entrada del túnel excavado —. ¿No te gustaría una visita comentada antes de que abras la cámara del tesoro a tu fervoroso público?

Capesterre asintió. De espaldas a la masa, extrajo el Colt del cinto bajo la túnica y lo dejó ver a Pitt bajo la ancha manga de su vestimenta. En la otra mano

tenía asida la bomba de humo.

—El menor movimiento tuyo o de quien pueda ocultarse en el túnel y te parto el espinazo en dos.

—¿Por qué iba yo a querer hacerte nada? —preguntó Pitt con burlona inocencia.

—¿Dónde están los soldados que trabajaban en la excavación?

—Todos los hombres que podían empuñar un arma están en la línea defensiva junto al río.

La mentira pareció satisfacer a Capesterre quien le ordenó:

—Levántate la camisa y bájate los pantalones hasta las botas.

—¿Delante de toda esta gente? —comentó Pitt con una sonrisa.

—Quiero comprobar que no estás armado ni llevas micrófonos encima.

Pitt se levantó el suéter de cuello alto por encima de los hombros y se bajó los vaqueros hasta los tobillos. No había rastro de transmisores ocultos o de armas en su cuerpo ni dentro de las botas.

—¿Satisfecho?

Topiltzin asintió y movió el arma señalando la entrada del túnel.

—Tú ve delante. Yo te seguiré.

—¿Te importa si llevo el maniquí dentro? Las armas que lleva son antigüedades verdaderas.

—Puedes dejarlas justo a la entrada.

Tras esto, Capesterre se volvió e hizo una señal a sus consejeros para indicar que todo iba bien.

Pitt terminó de arreglarse la ropa, despojó de sus armas al muñeco y entró en el pasadizo.

El techo estaba a algo menos de dos metros de altura y Pitt hubo de encogerse bajo las vigas de apoyo al avanzar. Dejó en el suelo la lanza y la espada pero se quedó el escudo, colocándoselo sobre la cabeza como para protegerse de la posible caída de rocas.

Topiltzin no protestó pues sabía que el escudo era tan inútil como un cartón contra las balas de su revólver del nueve corto.

El túnel descendía en una pronunciada pendiente a lo largo de doce metros y luego se nivelaba. El pasadizo estaba iluminado por una serie de lámparas que colgaban de las vigas. Los soldados de Ingenieros habían cortado las paredes y el suelo casi perfectamente lisos, de modo que la marcha era fácil. La única incomodidad era la atmósfera sofocante y el polvo que se levantaba en remolinos debido a sus pisadas.

—¿Recibe usted sonido e imagen, señor presidente? —preguntó el general Chandler.

—Sí, general —respondió el presidente—. La conversación nos llega con toda claridad, pero han salido fuera del campo de la cámara al entrar en el túnel.

—Volveremos a verles en la cámara del ataúd, donde tenemos otra cámara oculta.

—¿Cómo está conectado Pitt? —preguntó Martin Brogan a Chandler.

—El micrófono y el transmisor están insertados en la costura frontal del viejo escudo.

—¿Ha sufrido algún daño?

—No lo creemos.

Los altos cargos presentes en la sala de Situación permanecieron en silencio mientras sus ojos pasaban a un segundo monitor en el que podía verse la tumba excavada bajo Gongora Hill. La cámara estaba fija en un ataúd de oro situado en el centro de la estancia.

Pero no todos los ojos miraban hacia el segundo monitor. Uno de los hombres no los había apartado del primero.

—¿Quién era ése? —exclamó Nichols.

—¿A quién te refieres? —replicó Brogan frunciendo el entrecejo. Nichols señaló el monitor cuya cámara seguía mostrando la entrada subterránea a la colina.

—Una sombra ha pasado bajo la cámara y he visto una silueta introduciéndose en el túnel.

—Yo no he visto nada —dijo el general Metcalf.

—Yo, tampoco —indicó el presidente; no obstante, se inclinó hacia el micrófono situado frente a él sobre la mesa—. ¿General Chandler?

—¿Señor presidente? —se apresuró a responder el general.

—Dale Nichols asegura que ha visto a alguien entrando en el túnel detrás de Pitt y Topiltzin.

—Uno de mis ayudantes también ha creído ver algo extraño.

—De modo que no he visto visiones —suspiró Nichols.

—¿Tiene alguna idea de quién puede tratarse?

—Sea quien sea —respondió Chandler con expresión de alarma en el rostro —, no es uno de los nuestros.

76

—Veo que cojeas —comentó Robert Capesterre.

—Un pequeño recuerdo del loco plan de tu hermano para asesinar al presidente Hasan y a Hala Kamil.

Capesterre dirigió una mirada inquisitiva a Pitt, pero no hizo más preguntas. Su mente estaba ocupada vigilando a la vez los menores movimientos de Pitt y cualquier indicio de una conjura contra él.

Poco después, el túnel se ensanchó y se convirtió en una cámara circular. Pitt aminoró el paso y se detuvo frente a un ataúd sostenido sobre cuatro patas talladas en lo que parecían cuatro dragones chinos rampantes. El conjunto funerario despedía un brillo dorado bajo las luces del techo. Apoyado contra la pared había un puñado de armas de las legiones romanas.

—Alejandro Magno —anunció Pitt—. Los manuscritos y obras de arte están almacenadas en una cámara anexa.

Capesterre se acercó más, en actitud de reverente asombro. Extendió la mano, titubeante, y tocó la tapa del ataúd. Inmediatamente después, apartó la mano y dio media vuelta sobre los talones para quedar frente a frente con Pitt, con una mueca de rabia en el rostro.

—¡Un truco! —gritó, y su voz se perdió con el eco por los túneles—. ¡Esto no es un ataúd de más de veinte siglos de antigüedad! La pintura aún no está seca.

—Los griegos estaban muy avanzados en…

—¡Cierra el pico! —Capesterre echó hacia atrás la manga de la túnica, dejando a la vista el revólver—. Basta de charla, Pitt. ¿Dónde está el tesoro?

—Dame un respiro —suplicó Pitt—. Todavía no hemos entrado en la cámara principal del tesoro.

Empezó a apartarse del ataúd fingiendo miedo y retrocedió hasta que sus hombros dieron contra la pared en la que estaban apoyadas las viejas espadas y lanzas. Sus ojos dirigieron una rápida mirada al ataúd como si esperara que su ocupante se levantara de pronto.

Capesterre captó la mirada furtiva y en sus labios apareció una sonrisa astuta. Apuntó el revólver hacia el ataúd y tiró del gatillo cuatro veces. Cuatro agujeros aparecieron en uno de los costados del ataúd, mientras en el lado contrario las balas abrían otros tantos boquetes como puños. Los estampidos resultaron

ensordecedores en el interior de la cámara de roca. Sonaron como si el arma hubiera disparado dentro de una campana gigante.

Capesterre asió la tapa que abría la mitad superior del ataúd.

—¿Ahí tenías a tu hombre, Pitt? —masculló—. ¡Qué ingenuidad!

—No había otro lugar donde esconderlo —replicó Pitt, pesaroso. Sin embargo, sus ojos verdes no mostraban ningún miedo y su voz sonó firme y controlada.

Robert Capesterre abrió la tapa y se asomó al interior. Una palidez cadavérica llenó su rostro y se estremeció de horror antes de dejar caer la tapa con un estruendo. Un gemido escapó de sus labios y se convirtió en un largo y doliente « ¡no!» .

Pitt se puso ligeramente de perfil, de modo que el escudo ocultara los movimientos de su mano derecha. Se separó de la pared de la cámara hasta que quedó frente al costado izquierdo de Capesterre. Después, miró con inquietud las manecillas de su reloj. Se le estaba acabando el tiempo de que disponía.

Capesterre se acercó de nuevo a la tapa del ataúd y la levantó con temor; esta vez, la abrió por completo dejándola caer al otro lado y se obligó a mirar al interior.

—Paul… Es Paul… —balbució, abrumado.

—Según me han dicho —intervino Pitt—, el presidente Hasan no estaba dispuesto a permitir que los seguidores de Ajmad Yazid convirtieran su tumba en el sepulcro de un mártir, de modo que nos ha enviado el cadáver aquí por vía aérea para que podáis descansar los dos juntos.

Poco a poco, el desconcierto dio paso al desconsuelo mientras Capesterre contemplaba a su hermano. Después, apareció en su rostro una mueca de rencor mientras preguntaba con voz cargada de odio:

—¿Qué papel has jugado tú en todo esto?

—Yo dirigí el grupo que encontró la clave al emplazamiento secreto de la biblioteca. Ésa fue una tarea que mereció la pena. Después, unos terroristas contratados por tu hermano intentaron matarme a mí y a mis amigos, aunque sólo consiguieron estropear mi coche de época. Eso fue un gran error. Más tarde, tu hermano y tú tomasteis como rehén a mi padre en el *Lady Flamborough*. Ya sabes a qué barco me refiero. Y eso sí que fue un disparate. Decidí no ponerme furioso, sino vengarme como era debido. Ahora vas a morir, Capesterre. Dentro de un instante estarás tan muerto, frío y rígido como tu hermano. Un pago demasiado pequeño por esos hombres a los que arrancaste el corazón y por esos niños que han muerto ahogados a causa de tus locas ansias de poder.

Capesterre se puso en tensión y desapareció de sus ojos la pena por la muerte de su hermano.

—¡No moriré sin acabar antes contigo! —exclamó con furia salvaje al tiempo que se volvía y se agachaba.

Pitt había estado esperando el ataque. La espada que había tomado de la pared se alzaba ya por encima de su cabeza y la dejó caer en un arco hacia un costado, con todas sus fuerzas.

Capesterre levantó frenéticamente su Colt. El cañón estaba a pocos centímetros de apuntar la cabeza de Pitt. La brillante hoja de la espada hendió el aire, refulgiendo bajo las luces del techo. El revólver, junto con la mano de Capesterre asida de la culata —el dedo aún cerrado en torno al gatillo—, pareció desprenderse de su brazo y voló hacia el techo. Ambas cosas, mano y revólver, rodaron juntas por el aire y no se separaron ni siquiera después de caer al suelo de arenisca.

Capesterre abrió la boca y un leve grito retumbó en la excavación. Después, cayó de rodillas y contempló con aire incrédulo la extremidad cercenada, sin hacer caso de la sangre que perdía por el muñón, como si no pudiera aceptar que la mano ya no formara parte de él.

Permaneció arrodillado, oscilando de un lado a otro, con el dolor completamente anestesiado por la sorpresa y el horror. Poco a poco, alzó la vista hacia Pitt con aire aturdido.

—¿Por qué esto? —susurró—. ¿Por qué no una bala?

—Una pequeña compensación por lo que hiciste a un hombre llamado Guy Rivas.

—¿Le conocías?

Pitt sacudió la cabeza en señal de negativa.

—Unos amigos suyos me contaron cómo lo mutilaste y cómo la familia acudió a su tumba y procedió al funeral sin saber que sólo estaban enterrando su piel.

—¿Amigos? —preguntó Capesterre, confuso.

—Mi padre y un hombre que vive en la Casa Blanca —replicó Pitt con frialdad. Consultó de nuevo su reloj y miró a Robert Capesterre sin el menor asomo de lástima en el rostro—. Lamento no poder quedarme a aclararle el asunto, pero tengo que largarme corriendo.

Tras esto, dio media vuelta y se encaminó a la salida del túnel.

Sólo pudo dar dos pasos antes de verse obligado a detenerse. Un individuo bajo y de tez oscura, vestido con un uniforme militar de campaña viejo y raído, se hallaba en el centro de la entrada a la cámara, sosteniendo en la mano una escopeta de caza de cuatro tiros con los cañones recortados que apuntaban al estómago de Pitt.

—No es preciso que se apresure, señor Pitt —dijo el recién llegado con un marcado acento y una voz desapasionada—. Nadie va a ninguna parte.

77

A pesar de que todos eran conscientes de la presencia de una tercera persona en el túnel, la repentina aparición del amenazador desconocido pilló por sorpresa a los reunidos en la sala de Situación. La sensación de catástrofe empezó a adueñarse de ellos mientras, impotentes, contemplaban la escena que se estaba desarrollando bajo Gongora Hill.

—General Chandler, ¿qué diablos está pasando? —preguntó el presidente enérgicamente—. ¿Quién es el intruso?

—Nosotros también lo vemos por nuestro monitor, señor presidente, pero lo más probable es que se trate de un hombre de Topiltzin. Debe de haberse infiltrado desde el norte, donde nuestras líneas de seguridad son menos numerosas.

—Lleva uniforme militar —dijo Brogan—. ¿No podría tratarse de uno de sus hombres?

—No, salvo que nuestro intendente haya repartido a alguien un uniforme de campaña del ejército israelí.

—Haga bajar ahí a unos hombres para ayudar a Pitt —ordenó el general Metcalf.

—Señor, si envío un pelotón a las cercanías de la excavación, la multitud pensará que nos proponemos causar daño a Topiltzin o capturarlo y puede volverse loca.

—Chandler tiene razón —dijo Schiller—. La gente se está poniendo nerviosa.

—El intruso se escabulló al interior del túnel ante sus narices —insistió Metcalf—. ¿No podría hacer lo mismo un par de sus hombres?

—Hace diez minutos tal vez hubiera sido posible, pero ahora no —respondió Chandler—. Los secuaces de Topiltzin han enviado nuevas oleadas de gente y toda la ladera está bañada en una luz brillante. Ni una rata podría correr por ahí sin ser vista.

—Las excavaciones dan al sur, de cara a la gente —explicó el senador Pitt—. No hay salidas por la otra cara de la colina.

—Hasta ahora, hemos tenido suerte —continuó Chandler—. El eco de los disparos en el interior del túnel ha sonado como un trueno lejano y nadie ha sabido con certeza de dónde procedía.

El presidente miró al senador con expresión sombría.

—George, si la muchedumbre empieza a avanzar, tendremos que poner fin a la operación antes de que su hijo pueda escapar.

El senador se cubrió los ojos con la mano y asintió con aire solemne. Después, volvió a mirar al monitor.

—Dirk lo conseguirá —afirmó con serenidad y confianza.

De pronto, Nichols se puso en pie y señaló la pantalla.

—¡La gente! —exclamó con un jadeo de desesperación—. ¡Se está moviendo!

Mientras otros discutían sus posibilidades de supervivencia a dos mil quinientos kilómetros de distancia, la principal preocupación de Pitt era la negra boca de los cañones de la escopeta recortada. No dudó ni por un instante de que la sostenía la mano de un hombre que había matado muchas veces. El rostro, tras el arma, tenía una expresión aburrida. Era lo que le faltaba, pensó Pitt. Si no terminaba con las entrañas esparcidas por la pared de la cueva en un abrir y cerrar de ojos, moriría aplastado por toneladas de rocas y tierra. No sabía cuál de las dos posibilidades escoger.

—¿Te importaría decirme quién eres? —preguntó al hombre.

—Soy Ibn, lugarteniente y criado de Suleiman Aziz Ammar.

« Sí —se dijo Pitt—, claro» . La visión del terrorista en el camino, frente al molino de trituración, volvió a su mente.

—Los tipos como vosotros llegáis donde sea por venganza, ¿verdad?

—Su última voluntad fue que te matara.

Pitt bajó el brazo derecho muy lentamente, de modo que la espada apuntara al suelo de la cámara. Hizo el gesto de un hombre valiente que acepta su derrota y relajó el cuerpo hundiendo los hombros y doblando ligeramente las rodillas.

—¿Estabas en Santa Inés?

—Sí. Suleiman Aziz y yo escapamos juntos y volvimos a Egipto.

Pitt frunció sus oscuras cejas. Había juzgado imposible que Ammar pudiera sobrevivir tras el tiroteo. Dios santo, el tiempo se le estaba acabando. Ibn podría haberle disparado sin mediar palabra, pero Pitt sabía que el árabe sólo estaba jugando con él. El estampido de cincuenta perdigones de caza podía sonar en mitad de cualquier frase.

No tenía objeto tratar de ganar tiempo. Pitt miró a Ibn midiendo la distancia entre ambos y calculando la dirección en que debía saltar. Con gesto disimulado colocó el escudo perpendicular al cuerpo.

Capesterre envolvió con un jirón de la túnica el muñón sangrante, entre gemidos de creciente dolor. Después, sostuvo en alto el paño empapado en sangre frente a Ibn.

—¡Mátale! —gritó—. ¡Mira qué me ha hecho! ¡Dispárale de una vez!

—¿Quién eres tú? —preguntó Ibn con voz glacial, sin apartar los ojos de Pitt.

—Soy Topiltzin.

—Su nombre auténtico es Robert Capesterre —intervino Pitt—. Es una colosal falsificación.

Capesterre se acercó gateando a Ibn hasta que estuvo prácticamente encima de los pies del árabe.

—No le escuches —suplicó Capesterre—. Es un delincuente común.

Por primera vez, Ibn sonrió.

—De ningún modo. He estudiado el informe sobre Pitt y no es común en nada.

Aquello tenía mejor aspecto, se dijo Pitt. Ibn estaba distraído momentáneamente con Topiltzin. Se deslizó a un lado centímetro a centímetro, intentando colocarse de modo que Capesterre quedara entre él e Ibn.

—¿Dónde está Ammar? —preguntó bruscamente Pitt.

—Muerto —replicó Ibn. Su sonrisa se transformó rápidamente en una mueca de ira con los labios apretados—. Murió después de acabar con ese cerdo de Ajmad Yazid.

La exclamación desconcertó a Capesterre, que volvió automáticamente la mirada hacia el ataúd que contenía el cuerpo de su hermano.

—De modo que lo hizo el hombre que mi hermano contrató para secuestrar el barco —murmuró Robert Capesterre en un ronco gemido. Pitt reprimió el impulso de comentar « ya te lo dije» y se desplazó otro centímetro.

En los ojos de Ibn apareció un destello de confusión.

—¿Ajmad Yazid era tu hermano?

—Dos hijos de la misma camada —afirmó Pitt—. ¿Reconocerías a Yazid si lo vieras?

—Por supuesto. Sus facciones son tan familiares para mí como las de Jomeini o Arafat.

La mente de Pitt efectuó sobre la marcha las modificaciones pertinentes en su desesperado plan, aprovechando las escasas migajas de suerte a su disposición. Todo dependía ahora de si sabía leerle los pensamientos a Ibn y predecir la reacción del asesino al ver a Yazid.

—Entonces échale un buen vistazo al ataúd.

—No intentes el menor movimiento, Pitt —dijo Ibn. Sus ojos permanecieron cautamente fijos en Pitt mientras avanzaba hasta el ataúd. Cuando su cadera derecha tocó la barra del portaféretro, se detuvo y echó una rápida mirada al interior, volviéndola de inmediato a su presa.

Pitt no se había movido un centímetro.

Todo dependía de lo inesperado. Pitt había apostado a que la primera mirada rápida de Ibn al interior del ataúd provocaría en él una reacción retardada

seguida de un segundo vistazo más prolongado. Y ésa fue exactamente la reacción del árabe.

En el camión de mando de las Fuerzas Especiales, aparcado medio kilómetro al oeste de la excavación, Hollis, el almirante Sandecker, Lily y Giordino observaban el monitor de televisión con la atención concentrada en el drama que se estaba representando en las entrañas de Gongora Hill.

Lily permanecía inmóvil, con la piel blanca como la cascara de un huevo, mientras que Sandecker y Giordino se agitaban de frustración como un par de tigres en un zoo con una fuente de carne fresca fuera de su jaula.

Hollis deambulaba por el reducido espacio, agarrando con gesto nervioso un pequeño detonador a ultraseñales con una mano, mientras la otra sostenía un teléfono portátil.

El coronel le estaba gritando a un ayudante del general Chandler por el aparato.

—¡Ni soñar con que lo haga estallar! ¡No lo haré hasta que la multitud llegue a la zona de peligro!

—Ya están demasiado cerca —replicó el ayudante, otro coronel.

—¡Treinta segundos más! —gritó Hollis—. Ni un momento antes.

—¡El general Chandler ordena hacer estallar las cargas ahora! —exigió el coronel, alzando también la voz—. Es una orden que viene del presidente.

—Usted es sólo una voz por teléfono, coronel —respondió Hollis—. Quiero que el presidente me dé la orden personalmente.

—Esto puede llevarle a un consejo de guerra, coronel.

—No sería la primera vez.

Sandecker comentó, abatido:

—Dirk no lo conseguirá. Ya no.

—¿No se puede hacer algo? —suplicó Lily—. Hablad con él. Os puede oír por el altavoz conectado a la cámara de televisión.

—No lo distraigamos —contestó Hollis—. Si rompemos su concentración, el árabe lo matará sin remedio.

—¡Ya está bien! —murmuró Giordino, furioso. Abrió la puerta del camión de mando, saltó al suelo y corrió al todoterreno de Sam Trinity. Antes de que los hombres de Hollis pudieran detenerlo, el coche avanzaba ya dando tumbos entre los matorrales hacia Gongora Hill.

Pitt se extendió en un rápido salto como una serpiente y avanzó el escudo contra Ibn. La espada cortó el aire y cayó de nuevo.

Su brazo musculoso descargó el golpe con toda la fuerza desde el hombro y

notó que la hoja chocaba con algo metálico antes de hundirse en algo blando. Se produjo una explosión y le pareció que le acertaba de pleno en el rostro. Se encogió mientras la fuerza principal del disparo golpeaba el centro de su escudo y los perdigones salían despedidos contra el techo de roca. La cubierta de plástico blindado que el comandante Dillinger había añadido a las planchas de madera laminada aquella tarde quedó mellada, pero resistió el impacto. La mano con la que sostenía la espada terminó el arco y Pitt lanzó un mortífero golpe de revés.

Ibn reaccionó con rapidez, pero la sorpresa de ver a Yazid le costó un segundo precioso. Advirtió el ataque de Pitt por el rabillo del ojo y logró disparar un tiro mal dirigido antes de que la hoja de la espada resbalara sobre la culata del arma y le cortara la mano, amputándole el pulgar y los demás dedos justo a la altura de los nudillos.

Ibn soltó un gemido atroz. La escopeta recortada cayó al duro suelo de arenisca casi en el mismo sitio donde el Cok Python seguía aún agarrado por la mano cortada de Capesterre. Sin embargo, Ibn se recuperó lo suficiente para esquivar el segundo golpe de la espada de Pitt. Luego, en un violento escorzo, se lanzó contra él.

Pitt se prestó a resistir el asalto pero, cuando fintó a un lado, la pierna derecha se dobló bajo su peso. Por un fugaz instante, advirtió que un par de perdigones no habían sido bloqueados por el escudo y le habían acertado en la misma pierna que ya se había herido cuando estuvo en la isla de Santa Inés.

Sin darle tiempo a reaccionar y mantener la distancia, Ibn cayó sobre él como una pantera. Los ojos oscuros del árabe lucían un fulgor satánico bajo las luces del techo; sus dientes, al descubierto, le daban un aspecto brutal.

Pitt perdió la espada cuando Ibn la golpeó de un puntapié en la empuñadura. Su otro brazo estaba atrapado bajo las correas interiores del escudo. Entonces, lenta y premeditadamente, la mano útil de Ibn se cerró en torno a la garganta de Pitt.

—¡Mátalo! —chilló una y otra vez Robert Capesterre—. ¡Mátalo!

Pitt se arqueó en un movimiento de rosca y lanzó el puño hacia arriba desde el suelo, acertando a Ibn en la nuez. Con el cartílago de la laringe aplastado, la mayoría de los hombres habría muerto asfixiados al instante, y el resto habría quedado, al menos, inconsciente. Con Ibn no pasó ninguna de ambas cosas. Se limitó a agarrarse de la garganta, soltar un espantoso sonido y rodar hacia atrás por el suelo.

Los dos pugnaron por incorporarse, tambaleándose. Pitt cojeaba, apoyado en una pierna. Ibn jadeaba en busca de aire, con la mutilada mano derecha colgando inútil a un costado. Los dos hombres permanecieron así unos instantes, frente a frente como toros de lucha heridos que recuperaran el aliento para lanzarse al siguiente ataque y se observaran cautelosamente para ver quién hacía el primer movimiento.

Éste llegó de un lugar inesperado. De pronto, Capesterre recuperó el control de sí mismo y se arrojó sobre el Colt luchando frenéticamente con una mano por soltar los dedos de la otra, aún firmes en torno al arma. Por fin, la mano muerta se desprendió.

Entonces, como en el juego de las sillas vacías, el gesto de Capesterre provocó una idéntica respuesta en Ibn y Pitt. Los dos echaron un rápido vistazo alrededor buscando el arma más cercana.

Pitt perdió. La escopeta de caza estaba en el rincón de Ibn, y también la espada romana. « De perdidos, al río» , se dijo Pitt. Lanzó una seca patada con la pierna herida y acertó en la caja torácica de Capesterre, aunque sufriendo un lacerante dolor al hacerlo. Casi al mismo tiempo, arrojó el escudo contra Ibn como si fuera un disco de playa y golpeó al árabe en el estómago, dejándolo sin aliento.

Un sonoro lamento surgió de los labios de Capesterre. Soltó el Colt y Pitt lo tomó en el aire. Fue un movimiento casi perfecto: su mano resbaló por la ensangrentada empuñadura y el dedo se ajustó por sí solo al guardamonte del gatillo. Ibn, doblado por la cintura a consecuencia del impacto del escudo, todavía estaba apuntando torpemente la escopeta de caza con la mano izquierda cuando Pitt disparó.

Pitt apretó con más fuerza la empuñadura del revólver para el siguiente disparo. El árabe se tambaleó hacia atrás contra la pared de la cueva y, a continuación, su cuerpo cayó hacia adelante hasta golpear con la cabeza en el suelo de roca con un repulsivo batacazo.

Pitt se incorporó jadeando entre sus dientes apretados. Sólo entonces escuchó una voz frenética por el altavoz de la cámara de televisión.

—¡Salga de ahí! —aullaba Hollis—. ¡Por el amor de Dios, eche a correr!

Pitt se sintió momentáneamente desconcertado. Había estado tan enfrascado en la lucha con Ibn que no recordaba cuál era el pasadizo que conducía más fácilmente a la boca del túnel, y cuál iba a dar al cráter abierto en la colina, de acceso más difícil. Antes de salir lanzó una breve mirada final a Robert Capesterre.

El rostro de éste estaba ceniciento debido a la pérdida de sangre, pero Pitt no apreció miedo en sus facciones. La emoción que llenaba los ojos de Topikzin era de odio.

—Que tengas un buen viaje al infierno —dijo Pitt.

La respuesta de Capesterre fue la bomba de humo. De algún modo, había logrado quitar el seguro. Al instante, el humo llenó el interior de la cámara con una densa nube anaranjada.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el presidente al observar la extraña niebla

anaranjada que impedía la visión de la sala a través de la cámara.

—Capesterre debía de llevar algún tipo de bengala de humo —respondió Chandler.

—¿Por qué no han estallado los explosivos?

—Un momento, señor presidente. —Chandler apartó la mirada de la cámara y conversó agriamente con un ayudante. Después, volvió a dirigirse a la pantalla —. El coronel Hollis, de las Fuerzas de Operaciones Especiales, insiste en recibir la orden directa de usted, señor.

—¿Hollis es el encargado de la detonación? —preguntó Metcalf.

—Sí, mi general.

—¿Puede pasarlo a nuestra red de comunicaciones?

—Un momento.

No pasaron más de cuatro segundos hasta que el rostro de Hollis apareció en uno de los monitores de la sala de Situación de la Casa Blanca.

—Sé que no puede verme usted, coronel —dijo el presidente—, pero estoy seguro de que reconocerá mi voz.

—Sí, señor —respondió Hollis con los labios apretados.

—Como su comandante en jefe, le ordeno que vuele esa colina, y que lo haga ahora mismo.

—¡La multitud ya sube por la ladera! —exclamó Nichols al borde del pánico. Todos se pusieron en tensión y volvieron los ojos al monitor que recogía una toma de la colina. La inmensa masa de gente se movía lentamente ladera arriba hacia la cumbre, entonando el nombre de Topiltzin.

—Si espera más, matará a un montón de gente —dijo Metcalf en tono de urgencia—. ¡Por el amor de Dios, coronel, detone las cargas!

Hollis tenía el pulgar sobre el botón. Acercó el transmisor a la boca y ordenó:

—¡Detonación!

Pero no pulsó el botón. Utilizó el ardid del soldado: « No te niegues nunca a cumplir una orden, con el riesgo de ser juzgado por insubordinación; responde que sí y no llegues a cumplirla nunca» . La falta de eficacia era uno de los cargos más difíciles de demostrar ante un consejo de guerra.

Estaba dispuesto a apurar hasta el último segundo posible por Pitt.

Conteniendo la respiración como si estuviera bajo el agua, con los ojos cerrados con fuerza para evitar el escozor del humo, Pitt obligó a sus piernas a avanzar, a correr, a arrastrarse y a hacer lo que fuera necesario para alejarse de aquella cámara de los horrores. Penetró en un pasadizo sin saber si lo conduciría a la entrada del túnel o al cráter. Mantuvo siempre los ojos cerrados, tanteando las paredes, medio saltando y medio renqueando con la pierna herida.

Sentía una furia salvaje por sobrevivir. Sencillamente, no podía aceptar que

fuera a morir ahora, después de haber sobrevivido a aquellos minutos finales. Por último, se atrevió a abrir los ojos. Le picaron como si lo atacara un enjambre de abejas, pero pudo ver algo. Lo peor del humo había pasado y ahora sólo era un vapor de color naranja.

El pasadizo en la roca empezó a ascender. Notó un ligero aumento de la temperatura y una leve brisa. Finalmente, salió a trompicones a cielo raso. Sobre su cabeza lucían las estrellas, casi apagadas por las brillantes luces que ascendían por la colina.

Sin embargo, Pitt no estaba aún a salvo. Le quedaba todavía un obstáculo pues, abrumado, comprobó que había salido por el pasadizo del cráter. Las abruptas pendientes se alzaban otros cinco metros. Muy pocos pero de penosa escalada.

Empezó a arrastrarse hacia arriba con las manos, arrastrando la pierna herida, ahora totalmente inutilizada. Sólo podía clavar los dedos e impulsar el cuerpo con un solo pie.

Hollis había quedado en silencio. Al coronel no le quedaba nada más que decir. Pitt sabía que la explosión que con tanto cuidado había preparado iba a llevárselo con ella. La fatiga invadió su cuerpo en grandes oleadas y, a pesar de todo, siguió gateando tercamente.

Entonces, una forma oscura apareció sobre el borde del cráter y una manaza enorme agarró por la manga del suéter a Pitt, izándole hasta el exterior del hueco.

Con una facilidad que parecía imposible, Giordino cargó a Pitt en la parte trasera abierta del vehículo, saltó al volante y apretó a fondo el pedal del acelerador.

Apenas habían cubierto cincuenta metros cuando Hollis pulsó el botón de demolición. La señal de ultra-frecuencia hizo estallar los doscientos kilos de gelatina de nitroglicerina C-6 en las profundidades de la colina con un monstruoso rugido.

Por un breve instante, fue como si una erupción volcánica fuese a surgir de las entrañas de la tierra. La colina se estremeció con una sacudida aterradora. La gran masa de seguidores de Topiltzin fue arrojada al suelo y allí se quedaron, boquiabiertos, con la respiración cortada por efecto de la onda expansiva.

Por fin, toda la cumbre de Gongora Hill se alzó casi diez metros en el aire, permaneció allí colgada en la noche como si la sujetara una mano gigante, y volvió a caer sobre sí misma levantando una gran columna de polvo que se elevaba como una lápida espectral.

78

5 de noviembre de 1991 - Roma, Texas

Cinco días más tarde, unos minutos después de medianoche, el helicóptero del presidente se posó en un pequeño aeródromo a unos kilómetros de Roma. Lo acompañaban el senador Pitt y Julius Schiller. Tan pronto como las palas del rotor se hubieron detenido, el almirante Sandecker corrió a la portezuela y les dio la bienvenida.

—Encantado de verle, almirante —dijo el presidente con tono jovial—. Felicidades por su espléndido trabajo, aunque debo confesarle que no creía que la NUMA pudiera salirse tan bien parada.

—Gracias, señor presidente —respondió Sandecker con su habitual aire arrogante—. Todos le agradecemos que confiara en nuestro loco plan y le diera su aprobación.

—Una jugada perfecta. Perfecta de verdad. —El presidente se volvió y miró al senador Pitt—. Pero debe agradecerle mi respaldo al senador. Sabe ser muy convincente.

Tras unas palabras entre Sandecker y Schiller, todos subieron una escalerilla corta y, a través de una puerta oculta, pasaron al interior de un enorme camión, un volquete de diez ruedas.

Dos agentes del Servicio Secreto encargados de la custodia del presidente, con monos de trabajo, subieron a la cabina con el conductor. Cuatro más se apiñaban en una desvencijada furgoneta Dodge aparcada detrás del camión.

El exterior del camión tenía un aspecto viejo, polvoriento y despintado. En cambio, el interior de la parte trasera, de cuatro metros y medio por dos y medio, estaba convertido en una sala que contenía un pequeño mueble bar y seis asientos espaciosos. El techo había sido levantado mediante planchas laterales y cubierto con dos centímetros de grava para completar el disfraz.

La puerta de la caja del camión fue cerrada. Los presentes se instalaron en los cómodos asientos sujetos al suelo y se ajustaron los cinturones de seguridad.

—Lamento ofrecerles un transporte tan poco habitual —dijo Sandecker—, pero no podemos permitir que se descubra el pastel con un puñado de

helicópteros entrando y saliendo del lugar.

—Es mi primer viaje en el interior de un camión de grava —bromeó el presidente—. La suspensión no puede compararse con la del Lincoln limusina de la Casa Blanca.

—Hemos acondicionado seis de ellos como transportes secretos —explicó Sandecker.

—Buen diseño —se rió el senador mientras golpeaba el metal con los nudillos —. Ya vienen blindados.

La sonrisa del presidente se trocó por una expresión grave.

—¿Se ha guardado bien el secreto? —preguntó.

—No he visto nada que pueda indicar lo contrario, en lo que a nosotros respecta —contestó el almirante.

—Esta vez no habrá filtraciones de la Casa Blanca —aseguró Schiller, captando la velada insinuación del general—. La tapa está bien cerrada.

—Hemos tenido una suerte increíble al lograrlo —dijo el presidente tras unos instantes de silencio—. La masa de seguidores de Topiltzin podría haberse lanzado a una orgía de venganza una vez comprendieron que había muerto.

—Cuando se recuperaron de la explosión, vagaron alrededor de la colina contemplando el cráter abierto por la detonación como si fuera un fenómeno sobrenatural. Los altercados sangrientos se mantuvieron al mínimo, debido a la presencia de las mujeres y los niños; a eso, y también al hecho de que los consejeros y partidarios próximos a Topiltzin se escabulleron rápidamente y se batieron en rápida retirada hacia México. Sin jefes, cansada y hambrienta, la multitud empezó lentamente a regresar al otro lado de la frontera, camino de sus pueblos y ciudades.

—Según Inmigración —informó Schiller— unos pocos miles se dirigieron hacia el norte, pero un tercio de ellos ya ha sido recogido.

—Por lo menos, lo peor ha pasado —suspiró el presidente—. Si el Congreso aprueba nuestro plan de ayuda para América Latina, tendremos un buen instrumento para colaborar con nuestros vecinos del sur en la recuperación de su estabilidad económica.

—¿Y la familia Capesterre? —preguntó Sandecker—. ¿Qué va a hacer con ella?

—El Departamento de Justicia está tras las propiedades que puedan tener en este país. —El presidente mantenía el rostro inexpresivo, pero en sus ojos había un brillo acerado—. Que quede entre nosotros, caballeros, pero el coronel Hollis y nuestras Fuerzas Especiales están preparando un asalto de prácticas en una isla del Caribe cuyo nombre no citaré. Si casualmente hubiera algún miembro de la familia Capesterre en las cercanías en ese momento… en fin, sería muy mala suerte para ellos.

El senador Pitt lanzó una sonrisa sarcástica.

—Desaparecidos Yazid y Topiltzin, nuestras relaciones exteriores se presentan bastante tranquilas por un tiempo.

Schiller sacudió la cabeza en gesto de negativa y replicó:

—Sólo hemos tapado dos agujeros de la presa. Lo peor esta todavía por llegar.

—No llame al mal tiempo, Julius —dijo el presidente con su anterior tono jovial—. De momento, Egipto permanece estabilizado y, ante la dimisión del presidente Hasan por cuestiones de salud y el traspaso de poderes al ministro de Defensa, Abu Hamid, los fundamentalistas musulmanes se encontrarán bajo fuertes presiones para reducir sus exigencias de un gobierno islámico.

—El hecho de que Hala Kamil haya aceptado casarse con Hamid también contribuye a mejorar la situación —resumió el senador Pitt.

La conversación quedó interrumpida cuando el camión se detuvo. La puerta camuflada fue abierta desde el exterior y se colocó en posición la escalerilla.

—Después de usted, señor presidente —ofreció Sandecker.

Bajaron al suelo y miraron a su alrededor. La finca estaba rodeada por una valla normal y una simple cadena cerraba la entrada principal, iluminada por unas farolas situadas a considerable distancia unas de otras. Junto a la entrada, un gran rótulo anunciaba « Compañía de arena y grava de sam trinity» . Salvo por un par de cargadoras de grava, una gran pala excavadora y varios remolques y transportes de grava, el lugar estaba completamente desierto.

Las unidades de seguridad y los equipos de detección electrónica, situados bajo tierra, resultaban prácticamente invisibles para quien paseara por la zona de aparcamiento de la ficticia cantera.

—¿Pueden presentarme al señor Trinity? —preguntó el presidente.

—Me temo que no —contestó Sandecker moviendo la cabeza—. Ese Sam es un buen hombre. Un buen patriota. Después de firmar voluntariamente la cesión al gobierno de los derechos sobre los objetos, se marchó de viaje con la intención de recorrer los cien mejores campos de golf del mundo.

—Supongo que lo habremos compensado.

—Diez millones de dólares libres de impuestos —respondió Sandecker—. Y casi tuvimos que obligarle a cogerlos. —Tras esto, el almirante se volvió e indicó con la mano una profunda excavación a unos cientos de metros de donde estaban —. Los restos de Gongora Hill, ahora una cantera. Realmente, incluso vamos a sacar beneficios de nuestra operación « arena y roca molida» .

El rostro del presidente se ensombreció al contemplar la enorme zanja abierta donde en otro tiempo se había alzado la cumbre de la colina.

—¿Por casualidad han encontrado a Topiltzin y Yazid?

—Hace dos días —afirmó Sandecker—. Enviamos los restos a la trituradora de rocas y creo que ahora forman parte del firme de alguna carretera.

—Justo lo que se merecían esos cerdos —asintió el presidente con gesto satisfecho.

—¿Dónde está el túnel? —preguntó Schiller mirando a su alrededor.

—Ahí dentro —dijo el almirante señalando una casa remolque bastante desvencijada que había sido convertida en oficina. Un rótulo sobre una de las ventanas decía: « Expediciones» .

Los cuatro agentes del Servicio Secreto que viajaban en la furgoneta ya se habían apeado y patrullaban la zona mientras que los dos de la cabina del camión saltaron al suelo y entraron en la oficina para comprobar el interior en una inspección de rutina.

Cuando el grupo del presidente hubo cruzado un par de puertas y penetró en un despacho vacío situado en la parte trasera de la casa remolque, Sandecker los invitó a juntarse en el centro de la estancia y agarrarse de una barra metálica que iba desde el suelo hasta el techo. A continuación, hizo una señal a la cámara de televisión situada en un rincón del techo. De inmediato, el suelo empezó a descender, dejando atrás las paredes del remolque y penetrando en el suelo debajo de éste.

—Muy ingenioso —comentó Schiller, admirado.

—Realmente lo es —murmuró el presidente—. Ahora entiendo por qué no ha habido filtraciones en este asunto.

El ascensor bajó entre la roca arenisca hasta detenerse bruscamente a treinta metros por debajo de la superficie. Salieron a un pasadizo amplio iluminado con luces fluorescentes. Hasta donde alcanzaba la vista, pudieron apreciar que en ambos costados del túnel se alienaba una serie de esculturas.

Una mujer los estaba aguardando a la entrada.

—Señor presidente —dijo Sandecker—, permítame presentarle a la doctora Lily Sharp, directora del programa de catalogación.

—Doctora Sharp, tenemos una profunda deuda de gratitud hacia usted.

—Me temo que sólo he sido una pequeña pieza en el engranaje —respondió la muchacha con modestia, sonrojándose.

Después de ser presentada a Schiller, Lily inició la visita comentada de los tesoros de la Biblioteca de Alejandría.

—Hemos estudiado y catalogado 427 esculturas distintas —explicó— que representan las mejores obras desde los albores de la edad de Bronce, a partir de unos tres mil años antes de Cristo, y hasta el trascendental estilo de la época bizantina de principios del siglo cuatro. Salvo algunas manchas del agua que rezuma entre la arenisca, y que pueden ser eliminadas con productos químicos, las figuras de mármol y bronce están en un excelente estado de conservación.

El presidente recorrió el largo pasillo mudo de asombro, deteniéndose con frecuencia para contemplar con abierta admiración las espléndidas esculturas clásicas, algunas de ellas con casi cinco mil años de antigüedad. Se sentía asombrado por la enorme cantidad de obras que contenía la galería subterránea. Todas las eras, todos los imperios y dinastías estaban representadas con lo mejor

que habían dado sus artistas.

—Estoy viendo y tocando de verdad la colección escultórica del Museo de Alejandría —dijo con tono reverente—. Después de la explosión, me resultaba imposible pensar que no hubiese quedado todo destruido.

—Las vibraciones del terreno levantaron un poco de polvo y provocaron la caída de algunos fragmentos de roca del techo —dijo Lily—, pero todos los objetos resultaron indemnes. Ahora está contemplando las esculturas como las vio por última vez Junio Venator en el año 391.

Tras casi dos horas de estudio de la increíble exposición, Lily se detuvo junto a la última escultura antes de penetrar en la galería principal.

—El ataúd de oro de Alejandro Magno —anunció en un susurro.

Al presidente le pareció que estaba a punto de ver a Dios. Se acercó titubeante hasta el sarcófago de uno de los mayores líderes que el mundo ha conocido en su historia y se asomó a la mirilla acristalada.

Los macedonios habían ataviado a su rey con la armadura ceremonial. La coraza y el escudo eran de oro puro. La seda persa que en otro tiempo había formado su túnica había desaparecido prácticamente, descompuesta después de casi veinticuatro siglos. Lo único que quedaba del gran protagonista de leyendas románticas eran sus huesos.

—Cleopatra, Julio César y Marco Antonio fueron algunos de los muchos que acudieron a venerar sus restos —explicó Lily.

Uno tras otro, todos los miembros del grupo se turnaron en asomarse, casi incapaces de creer lo que tenían ante sus ojos. Finalmente, Lily les condujo a la gran galería donde se almacenaban los documentos.

Cerca de treinta personas se hallaban allí, concentradas en su trabajo. Varias de ellas estaban examinando el contenido de las cajas de madera apiladas en el centro de la galería. Cuadros —manchados o sucios de polvo, pero restaurables —, junto con delicados objetos tallados en marfil y mármol o moldeados en oro, plata o bronce, eran catalogados y colocados en nuevas cajas para su transporte a un complejo de edificios de alta seguridad de Maryland para proceder allí a su restauración y conservación.

La mayor parte de los arqueólogos, traductores y expertos en conservación se dedicaba a estudiar los cilindros de bronce que contenían los miles de libros antiguos, a traducir las etiquetas de cobre de las tapas y a tomar nota de la descripción del contenido. Los cilindros y sus delicados documentos también eran cuidadosamente embalados para su envío a Maryland, donde serían objeto de estudios e investigaciones.

—Aquí está —dijo Lily con gesto de orgullo a la entrada de la enorme galería —. Hasta ahora hemos descubierto la obra completa de Homero, muchas de las enseñanzas perdidas de los grandes filósofos griegos, escrituras hebreas antiguas y manuscritos y datos históricos que proporcionan una nueva perspectiva del

cristianismo. También hay mapas indicativos de las tumbas de reyes antiguos desconocidos hasta ahora y de la situación de emporios perdidos como Tarsís o Saba, junto a cartas geológicas de minas y yacimientos de petróleo largo tiempo olvidados. Ahora se podrán llenar bastantes huecos en la cronología de los acontecimientos de la Antigüedad. La historia de los fenicios, de Micenas, de los etruscos y de otras civilizaciones de cuya existencia sólo había indicios, se encuentran aquí y podrán estudiarse con detalle. Si podemos restaurarlos, esos cuadros nos proporcionarán el verdadero aspecto de los inmortales del mundo clásico.

Por un instante, el presidente no supo qué decir. Estaba abrumado y no podía empezar a digerir la inmensidad que suponía aquel asombroso cúmulo de objetos y documentos. Como obras de arte, no tenían precio. Como conocimiento, su valor era también incalculable.

Por fin, consiguió preguntar en un susurro:

—¿Cuánto tiempo les llevará terminar aquí?

—Primero trasladaremos los documentos y luego los objetos de arte —respondió Lily—. Las esculturas serán lo último. Trabajando las veinticuatro horas, esperamos haber vaciado el pasadizo y la galería y tener a salvo toda la colección en Maryland para Año Nuevo.

—Casi dos meses —dijo Sandecker.

—¿Y la conservación y traducción de los escritos?

—La conservación será lo más lento —explicó Lily encogiéndose de hombros—. Según el presupuesto disponible, podemos calcular entre veinte y cincuenta años para efectuar todas las traducciones y hacernos una idea cabal de lo que tenemos.

—No se preocupen por los fondos —intervino el presidente en tono excitado —. El proyecto tendrá la máxima prioridad. Me ocuparé de ello.

—No podemos mantener por mucho tiempo más a la comunidad internacional en la falsa creencia de que estos espléndidos tesoros fueron destruidos —advirtió Schiller—. Tenemos que hacer el anuncio, y pronto.

—Es cierto —le apoyó el senador Pitt—. Las voces de protesta de nuestra propia opinión pública y de los gobiernos extranjeros no se han acallado desde la explosión.

—Dígamelo a mí —comentó agriamente el presidente—. Mi tasa de popularidad ha bajado dieciocho puntos, el Congreso no deja de acosarme y todos los líderes extranjeros querrían poner a secar al sol mi pellejo.

—Perdonen, caballeros —intervino Lily con cierto titubeo—, pero si pueden mantener en secreto la noticia durante diez días más, creo que los miembros de este proyecto y yo podremos presentar una extraordinaria filmación en cine y vídeo de las principales piezas del inventario.

El senador Pitt se volvió hacia el presidente.

—Creo que la doctora Sharp nos acaba de poner en las manos una auténtica bomba informativa. Una noticia espectacular lanzada por la Casa Blanca con el respaldo de un documental… Parece una idea excelente.

El presidente tomó la mano de Lily y le dio unos golpecitos afectuosos.

—Gracias, doctora Sharp. Acaba usted de hacerme un poco más llevadera la vida.

—¿Ha pensado usted un poco más detenidamente en cómo va a repartir el contenido de la biblioteca? —preguntó Sandecker sin preocuparse por ocultar la irritación que tal decisión le producía. El presidente le dedicó una ancha sonrisa.

—Si puedo convencer al Congreso para que dedique los fondos precisos, y estoy seguro de conseguirlo, se construirá una réplica de la Biblioteca de Alejandría en el Mall de Washington que albergará todo cuanto Junio Venator trajo de Egipto a América, junto a objetos pertenecientes a las antiguas culturas de nuestro continente. Y si otros países quieren contemplar su herencia, no pondremos ningún problema a prestar los fondos para su exposición. Pero siempre seguirá siendo propiedad del pueblo norteamericano.

—¡Oh, gracias, señor presidente! —exclamó Lily, echándole los brazos al cuello en una muestra de irreprimible entusiasmo. El almirante Sandecker le estrechó la mano.

—Se lo agradezco, señor —dijo—. Creo que nos acaba de hacer muy felices a todos.

Schiller se inclinó hacia Lily y le susurró al oído:

—Asegúrese de que traduzcan primero los datos geológicos. Aunque nos quedemos las obras de arte, es preciso que compartamos los conocimientos con el resto del mundo.

Lily se limitó a asentir con la cabeza.

Cuando pasó la febril excitación y las preguntas se tranquilizaron un poco, Lily condujo al grupo del presidente a un extremo de la galería donde Pitt y Giordino estaban sentados en torno a una mesa plegable junto a un traductor de latín y griego que examinaba la etiqueta de un cilindro con una lupa.

El presidente los reconoció y se acercó a ellos rápidamente.

—Me alegro de verlo vivo y en buen estado, Dirk —dijo con una cálida sonrisa—. En nombre de una nación agradecida, deseo felicitarlo por haber puesto en nuestras manos un regalo tan asombroso.

Pitt se puso en pie y se apoyó pesadamente en un bastón.

—Yo también me alegro de que todo terminara tan bien. De no ser por mi amigo Al y el coronel Harris, en estos momentos estaría sin duda bajo las rocas de Gongora Hill.

—¿Querrá hacer el favor de aclararnos el misterio? —pidió Schiller—. ¿Cómo sabía que los tesoros de la biblioteca se encontraban ocultos en la colina más baja, en lugar de en las entrañas de Gongora Hill?

—No me importa reconocer que no nos llegaba la camisa al cuerpo —añadió el presidente—. Lo único que pensábamos era « ¿Y si han volado la colina que no era?» .

—Pido disculpas por haber sido tan vago en mis comentarios —respondió Pitt —, pero, por desgracia, no había tiempo para una explicación pormenorizada que apaciguara los temores de todo el mundo. —Hizo una pausa y lanzó una radiante sonrisa a su padre—. Me alegro mucho de que confiaras en mí, pero en realidad nunca tuve la menor duda de lo que hacía. La descripción de Junio Venator sobre la ubicación de los tesoros que aparecía escrita en la losa que encontró Sam Trinity decía claramente « colocarse al norte y mirar recto al sur al acantilado del río» . Cuando me situé al norte de Gongora Hill y miré hacia el sur como decía, comprobé que el farallón rocoso de Roma se encontraba casi medio kilómetro al oeste, a mi derecha. Entonces me desplacé más al oeste y ligeramente al norte hasta la primera colina que concordaba con la dirección apuntada por Venator.

—¿Cómo se llama esa colina? —preguntó el senador.

—Por lo que sé, carece de nombre —respondió Pitt, levantando las manos en un gesto vago.

—Pues, a partir de ahora, queda bautizada —dijo el presidente con una carcajada—. En cuanto la doctora Sharp me dé la autorización para anunciar el descubrimiento del mayor tesoro en la historia del hombre, diremos que procede de la colina Sin Nombre.

La bruma matutina estaba levantándose del río y el brillo de sol que se alzaba en el horizonte bañaba el valle del río Grande cuando el grupo del presidente inició el regreso a Washington, asombrados por lo que acababan de ver.

Pitt y Lily se sentaron en la cima de *No Name Hill* y aspiraron el aire húmedo de la mañana mientras veían apagarse las luces de Roma. Parecía un paisaje salido de los pinceles de Grant Wood.

Lily sonrió, vuelta hacia Pitt. Ahora, los ojos de éste no resultaban duros y feroces, sino suaves y pensativos. El sol brillaba en su rostro pero Pitt no sedaba cuenta de ello y sólo apreciaba el calor.

La muchacha se percató de que sus pensamientos estaban perdidos en el pasado. Con el paso de los días, había llegado a comprender que Pitt era un hombre al que ninguna mujer podría poseer nunca por completo. Su amor era un reto desconocido en algún lugar más allá del horizonte, un misterio que atraía con un canto de sirena que sólo él podía escuchar. Pitt era el hombre que una mujer desearía para un romance apasionado, pero no como esposo. Lily sabía que su relación era efímera y tenía intención de aprovechar todos los momentos posibles hasta que un día despertara y descubriera que se había marchado en

busca del enigma que esperaba más allá de la siguiente colina.

Sentada junto a él, apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Qué decía la etiqueta?

—¿Qué etiqueta?

—La del manuscrito en que tú y Al parecíais tan interesados.

—Era una pista tentadora a nuevos tesoros —respondió Pitt en voz baja, con la vista todavía fija en la distancia.

—¿Dónde?

—Bajo el mar. La etiqueta del cilindro decía: « Registro de naufragios con cargas de valor» .

—Un mapa de tesoros submarinos —dijo ella, volviendo los ojos hacia Pitt.

—Siempre hay un tesoro en alguna parte —murmuró él.

—¿Y vais a encontrarlos?

Pitt la miró y sonrió.

—No estará de más echar un vistazo. Por desgracia, el Tío Sam no me deja mucho tiempo para ello. Todavía tengo que recorrer las junglas brasileñas para localizar El Dorado.

La muchacha lo observó unos instantes; luego, se tendió de espaldas sobre la hierba y contempló las últimas estrellas del cielo matutino.

—Me pregunto dónde estarán enterrados.

Pitt apartó lentamente de su imaginación la visión del tesoro sumergido y se volvió hacia Lily.

—¿Quiénes?

—Los antiguos aventureros que ayudaron a Venator a salvar el contenido de la biblioteca.

—Junio Venator es un tipo bastante imprevisible —respondió, sacudiendo la cabeza—. Podría haber enterrado a sus camaradas bizantinos en cualquier lugar entre el río y…

Lily se pasó la mano suavemente por el cabello y lo atrajo hacia ella. Sus labios se encontraron y se apretaron con fuerza por unos instantes. Un halcón sobrevoló en espiral el cielo anaranjado encima de la pareja pero, al no ver nada apetecible, puso rumbo a México batiendo las alas. Lily abrió los ojos y se apartó ligeramente de Pitt con una tímida sonrisa.

—¿Crees que les importará?

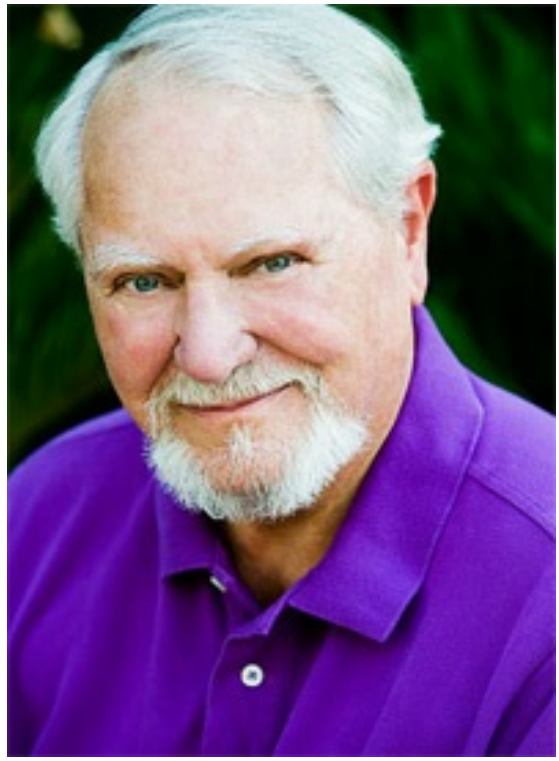
Pitt le dirigió una mirada de extrañeza.

—¿Les importará…?

—Si hacemos el amor sobre sus tumbas. Podrían estar justo debajo de nosotros.

Pitt y Lily rodaron por la hierba hasta que ella quedó de espaldas y él encima, con sus ojos fijos en los de la muchacha. A continuación, en sus labios apareció una sonrisa socarrona.

—No creo que les importe. Desde luego, a mí no me importaría.



CLIVE CUSSLER. Nació en Illinois en 1931, pero creció en Alhambra, California, donde era el típico chico que se perdía en clase para soñar que estaba navegando bajo bandera pirata, o junto al almirante Nelson. Dejó la Universidad cuando empezó la guerra de Corea para alistarse en las fuerzas aéreas, donde sirvió como mecánico de aviones e ingeniero de vuelo, en una base de Hawai, y aprovechó su tiempo libre para aprender a bucear junto a sus amigos, uno de los cuales fue la fuente del mejor amigo de su personaje estrella, el ítaloamericano Al Giordino. El propio autor recuerda que en esta época, principios de los años 50, no se sabía casi nada sobre el submarinismo, que no se respetaban los tiempos de descompresión, y que se jugo la vida más de una vez. Pero llegó a amar el mar con toda su alma, un amor que no le ha abandonado, y que fue clave en su vida.

Después de dejar el ejército, se dedicó a la publicidad, y llegó a ser director creativo de dos de las agencias más importantes de estados unidos. Durante este tiempo, también se dedicó a escribir y producir anuncios de radio y televisión, que le hicieron ganar varios premiso, incluido uno del festival de Cannes.

Sin embargo, llegó un momento en el que se dio cuenta que lo que él realmente quería era escribir novelas de submarinismo. Apoyado por su mujer, Barbara, dejó su trabajo en la multinacional para sacarse el título de buceador profesional, y se puso a trabajar en una tienda de artículos de submarinismo, al tiempo que daba cursos a aficionados. Los tiempos libres los aprovechaba en la trastienda, escribiendo en una máquina de escribir portátil artículos submarinos para

revistas. En 1973 publicó la que sería la primera novela de Dirk Pitt, *The Mediterranean Caper* (*Peligro en el mediterráneo*). Fue con su tercera novela, *Raise the Titanic* (*Rescaten el Titanic*) con la que alcanzó la fama, y pudo dedicarse a su mayor afición: rescatar barcos hundidos.

Cussler invirtió los beneficios de su libro para empezar a buscar, siempre apoyado por su mujer Barbara, y sus tres hijos, Teri, Dirk y Dana, barcos sumergidos. El primero que buscó fue el barco de John Paul Jones, uno de los héroes de la historia marítima, pero a pesar de que no logró encontrarlo, la experiencia le permitió aprender mucho sobre la búsqueda de barcos hundidos. Hasta la fecha, Cussler ha encontrado más de 60 barcos, entre ellos: El *Hunley*, un submarino confederado conocido por ser el primero en hundir un barco, el *Housatonic*. El *U-20*, el submarino alemán que hundió el famoso *Lusitania*; el barco de la república de Texas *Zavala*, encontrado bajo un parking en Galveston; y los restos del *Carpathia*, el barco que rescató a los supervivientes del *Titanic*. Todos estos descubrimientos los ha logrado con su ONG, la *NUMA*, que se llama así porque es la organización para la que trabaja su personaje, Dirk Pitt. (Él se negó a que se llamase así, pero el resto de socios votaron por unanimidad).

Con su libro, « *The Sea Hunters*» . (« *Exploradores del mar*»), publicado en 1996, acerca de sus trabajos como arqueólogo marino, logró que se conocieran gran parte de sus actividades enrolado en su ONG, la *NUMA*. También logró un hecho histórico: la Facultad de Ciencias del mar de la Universidad Estatal de Nueva York aceptó su libro como una tesis doctoral, y le otorgó el titulo de Doctor. Fue la primera vez en los 123 años de historia de la universidad que se concedió tal privilegio.

Además, Cussler es miembro de « El club de exploradores de Nueva York» , la « Royal Geographic Society» de Londres, y la « American Society of Oceanographers» . También destaca por su pasión por los automóviles antiguos, y posee una colección de más de 85 vehículos fabricados antes de los años 50, y restaurados a la perfección.

Cussler también tiene la tradición, desde su décima novela, « *Dragon*» , de aparecer en sus propias novelas, en ocasiones como simples cameos, y en otros casos como salvador de los protagonistas y fundamental para su desenlace. El autor confiesa que todo empezó con una broma, y que estaba seguro de que su editor lo retiraría antes de publicar el libro, pero no fue así, y ya se ha convertido en una tradición, a pesar de que los personajes nunca recuerdan a Cussler de un libro a otro.

Notas

[1] *Sweetpea*: guisante dulce. (N. del T.) <<

[2] *Bis millah*: Con la ayuda de Alá. (N. del T.) <<

[3] *Skiqueen*: Reina del esquí. (N. del T.) <<

[4] *Fly me to the Moon*: Llévame volando a la luna. (N. del T.) <<